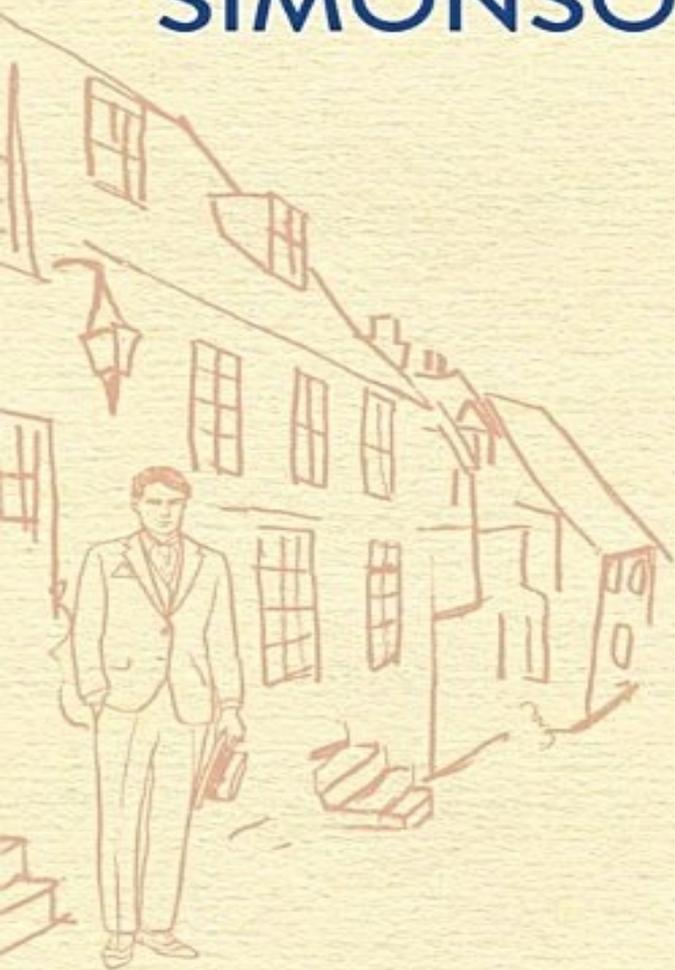


THE WASHINGTON POST
«UNA HISTORIA DELICIOSA.»

HELEN
SIMONSON

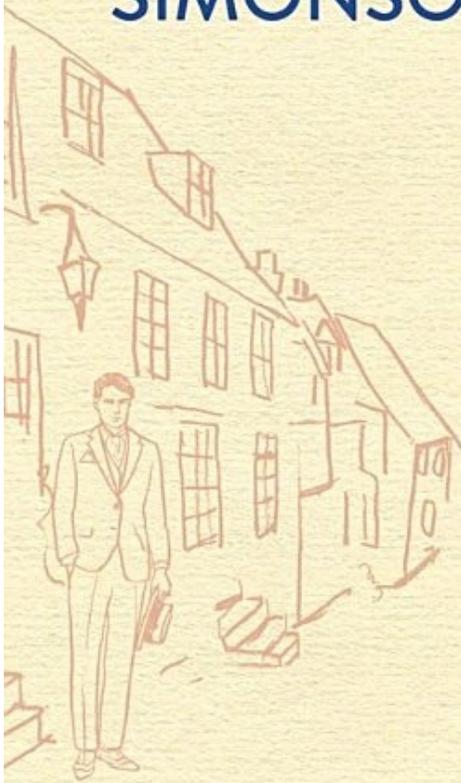


EL VERANO
ANTES DE
LA GUERRA

SUMA
de libros

THE WASHINGTON POST
«UNA HISTORIA DELICIOSA.»

HELEN
SIMONSON



**EL VERANO
ANTES DE
LA GUERRA**

SUMA
de libros

Helen Simonson

El verano antes de
la guerra

Traducción de
Isabel Murillo



SÍGUENOS EN
me**gustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para mis padres, Alan y Margaret Phillips

Primera parte



«Fue en primer lugar, y de la forma más extraña, la sensación de la extraordinaria manera en que las condiciones más benignas de luz y de aire, de cielo y de mar, el verano inglés más bello que pueda concebirse, se combinaron con toda la violencia de la acción y la pasión. [...] Jamás actos tan desesperados se vieron tan débilmente iluminados como por los dos meses inolvidables que iba a pasar contemplando, desde las viejas murallas de una pequeña ciudad posada en lo alto de Sussex, la franja azul resplandeciente del Canal».

HENRY JAMES, *Within the Rim*

La ciudad de Rye se alzaba por encima de la superficie plana de las marismas como una isla y sus tejados rojos creaban una pirámide de formas erosionadas que resplandecía bajo la luz oblicua del atardecer. Los altos acantilados de Sussex formaban una impresionante línea ininterrumpida de sombra que se desplegaba de este a oeste, los campos exhalaban el calor de la jornada y el mar era una sábana de peltre trabajado a martillazos. De pie junto al ventanal, Hugh Grange contuvo la respiración en un vano intento de suspender aquel momento en el tiempo, como solía hacer de pequeño en ese mismo salón, ahora más deslucido, cuando el encendido de las lámparas era la señal que esperaba su tía para mandarlo a la cama. Sonrió al recordar hasta qué punto llegaron a prolongarse aquellas noches de verano y lo amargamente que se quejó hasta que le permitieron quedarse despierto hasta mucho más tarde de la hora de acostarse. Los niños pequeños, sabía ahora, eran timadores habituales que suplicaban, rogaban y lisonjeaban para acumular derechos y amenazaban a los mayores con ojos inocentes y corazones oscuros.

Los tres niños con los que su tía le había pedido que trabajara como tutor ese verano lo habían dejado con medio soberano menos y sin la mayoría de sus libros antes de que cayera en la cuenta de que ninguno de ellos tenía tanta hambre como sus suspiros daban a entender, ni tenía otro interés en *Ivanhoe* que no fuera el que había despertado en su momento el hombre que cantaba sus bondades en el puesto de libros de segunda mano del mercado de la ciudad. No les guardaba rencor. Más bien al contrario, su ingenio de hurón era de admirar y soñaba en el fondo con que su breve periodo de enseñanzas y el ejemplo que pudiera darles sirvieran para transformar esa agudeza en cierta curiosidad intelectual cuando volvieran a empezar sus clases en la escuela de secundaria.

En aquel momento, una mano robusta abrió la puerta de acceso al salón y Daniel, el primo de Hugh, se apartó con una reverencia jocosa para ceder el paso a su tía Agatha.

—Tía Agatha dice que no habrá guerra —comentó Daniel riendo y entrando

también en la estancia—. Así que, por supuesto, no la va a haber. Ni en sueños se atreverían a desafiar a nuestra tía.

Tía Agatha intentó poner una expresión severa, pero lo único que consiguió fue bizquear, y debido a la visión borrosa resultante a punto estuvo de tropezar con una mesita auxiliar.

—Yo no he dicho eso, ni mucho menos —replicó, tratando de colocar en su lugar su largo pañuelo bordado, un esfuerzo tan inútil como el de descansar una cometa plana sobre una roca redondeada, pensó Hugh, al ver cómo el pañuelo empezaba de inmediato a deslizarse hacia un lado.

Con cuarenta y cinco años de edad, la tía Agatha seguía siendo una mujer guapa, aunque tendía a la corpulencia y poseía escasas formas puntiagudas a las que sujetar la ropa. El vestido elegido para aquella noche, confeccionado en resbaladizo raso, tenía un escote de vértigo y manga larga oriental. Hugh confiaba en que la prenda consiguiera mantener la dignidad a lo largo de toda la cena y tolerara los gestos exagerados con que su tía solía embellecer su conversación.

—¿Y tío John qué dice? —preguntó Hugh, acercándose a la bandeja de los decantadores para servirle a su tía su habitual copa de Madeira—. ¿Alguna posibilidad de que baje mañana?

Hugh confiaba en poder pedirle a su tío opinión con respecto a un tema menor aunque no por ello menos importante. Después de años volcado en sus estudios de medicina, Hugh se encontraba en el punto no solo de convertirse en cirujano asistente principal de sir Alex Ramsey, uno de los cirujanos más destacados de Inglaterra, sino también de haberse enamorado muy posiblemente de la bellísima hija de este, Lucy. Durante el año pasado, se había mantenido bastante distanciado de Lucy, tal vez para demostrarse a sí mismo, y también a los demás, que el afecto que sentía hacia ella no tenía nada que ver con sus esperanzas de progreso profesional. Pero lo único que había conseguido con esa actitud había sido convertirse en el favorito de ella y diferenciarse de los varios estudiantes y médicos jóvenes que se apiñaban alrededor de su padre, aunque no había sido hasta aquel verano, cuando ella y su padre emprendieron una larga gira de conferencias por los lagos italianos, que Hugh había experimentado una placentera tristeza provocada por la ausencia. Había descubierto que echaba de menos sus ojos danzarines, el movimiento de su cabello rubio cuando reía por algún comentario mordaz que pudiera hacer él; echaba incluso de menos las gafitas que se ponía cuando se dedicaba a copiar los archivos de casos de su padre o a responder su voluminosa correspondencia. Lucy acababa de dejar atrás

las aulas y a veces se distraía con todos los placeres que Londres ofrecía a la juventud, pero estaba consagrada a su padre y podría ser, pensaba Hugh, una esposa excepcional para un joven y prometedor cirujano. Por ello quería consultar, con cierta urgencia, si estaría en posición de plantear el matrimonio.

El tío John era un hombre sensato y con los años siempre había comprendido rápidamente cualquier dificultad que Hugh le hubiera expresado con vacilación y le había ayudado hablando sobre el tema hasta que Hugh se quedaba convencido de que había solventado el complicado problema por sí mismo. Hugh ya no era un niño y ahora comprendía que parte de aquella sabiduría era resultado de su formación diplomática, aunque sabía también que el cariño que sentía su tío por él era sincero. Las palabras de despedida de sus padres, cuando partieron para su esperado viaje, de un año entero, habían sido que recurriese al tío John en caso de necesidad.

—Tu tío dice que están trabajando febrilmente para calmar la situación antes de que todo el mundo inicie sus vacaciones de verano —contestó su tía—. A mí no me cuenta nada, claro está, pero el primer ministro y el secretario de Asuntos Exteriores se pasan el día encerrados con el rey. —Tío John era un alto funcionario del Foreign Office y de todo el mundo era sabido que, desde el asesinato del archiduque en Sarajevo, el distrito de Whitehall, que en verano siempre solía quedar adormilado, estaba abarrotado de funcionarios, políticos y generales—. Me ha llamado por teléfono para decirme que ya ha visto a la maestra y que la ha acompañado a Charing Cross para que cogiera el último tren, por lo que calculo que llegará después de cenar. Le preparemos algo de comer para entonces.

—Si llega tan tarde, ¿no sería mejor que fuera directamente a sus aposentos en la ciudad y tal vez enviarle a la cocinera con una cena fría? —dijo Daniel, ignorando el jerez seco que le ofrecía Hugh y sirviéndose una copa del mejor whisky de tío John—. Seguro que estará agotada y en escasas condiciones de enfrentarse a un salón lleno de gente vestida de noche.

Habló intentando mantener una expresión neutral, pero Hugh detectó un leve matiz de repugnancia ante la idea de tener que recibir a la nueva maestra que había encontrado su tía. Después de graduarse en Balliol en junio, Daniel había pasado las primeras semanas de verano en Italia como invitado de un colega de universidad de familia aristocrática y había desarrollado un sentido de superioridad social que Hugh confiaba en que tía Agatha consiguiera sacarle de su estúpida cabeza. Pero Agatha se había mostrado paciente y simplemente había comentado: «Oh, déjale que saboree un poco la vida de la alta sociedad. ¿No

crees que no tardarán mucho en partirle el corazón? Estoy segura de que cuando Daniel entre a trabajar en el Foreign Office en otoño, en ese puesto que a tío John tanto le ha costado conseguir, su amigo lo abandonará al instante. Déjale que tenga su ratito de glamur».

Hugh era de la opinión de que Daniel debería entender cuál era su lugar en la vida, pero quería mucho a su tía Agatha y pensaba que una discusión continuada sobre el tema podría inducirla a pensar que sentía rencor hacia Daniel por ser su favorito. La madre de Daniel, la hermana de Agatha, había muerto cuando Daniel tenía solo cinco años y el padre era un hombre raro y distante. Habían enviado a Daniel a un internado solo un mes después del fallecimiento de su madre y Agatha se había convertido en su refugio en Navidades y en verano. Las Navidades siempre habían sido un dilema para Hugh. Las pasaba en Londres con sus padres, que lo querían y lo agasajaban. Él habría preferido poder pasarlas todos juntos en Sussex, en casa de la tía Agatha, pero su madre, que era hermana de tío John, prefería estar en compañía de sus amistades en la ciudad, mientras que su padre no quería permanecer mucho tiempo alejado del banco. Hugh se sentía feliz entre montañas de papel de envolver regalos, enormes cajas misteriosas y las bandejas de dulces y fruta que había repartidas por toda su villa de Kensington. Pero a veces, cuando lo mandaban a acostarse y la música de las fiestas con los invitados de sus padres se filtraba hasta su habitación, se sentaba en la cama y contemplaba por la ventana los tejados oscuros con la esperanza de que la vista le alcanzara hasta Sussex, donde tía Agatha estaría contándole a Daniel una de sus descabelladas historias sobre los gigantes y los duendes que vivían en las cuevas del subsuelo de Sussex Downs y cuyas fiestas podían confundirse a menudo con los truenos.

—No seas tonto, Daniel. La señorita Nash se quedará aquí esta noche —dijo tía Agatha, inclinándose para encender la lámpara eléctrica que había al lado del sofá floreado. Tomó asiento y estiró los pies, que tenía embutidos en unas zapatillas de estilo oriental bordadas, curiosamente, con un motivo de langostas—. He tenido que utilizar toda la fuerza del comité directivo de la escuela para que el gobernador accediera a contratar a una mujer. Mi intención es echarle un buen vistazo y asegurarme de que entiende lo que tiene que hacer.

La escuela de secundaria local era una de las muchas causas sociales que ocupaban a tía Agatha. Creía en la educación para todos y esperaba obtener grandes líderes de entre el grupo de chicos con rodillas raspadas, hijos de granjeros y tenderos, que llenaban el nuevo edificio de ladrillo rojo que acababa de construirse detrás de las vías del tren.

—Supongo que te refieres a que quieres que ella te eche un buen vistazo a ti —señaló Hugh—. Estoy seguro de que quedará convenientemente intimidada.

—Yo estoy con el gobernador —dijo Daniel—. Para mantener a raya a esa banda de colegiales hace falta un hombre.

—Tonterías —replicó Agatha—. Además, hoy en día encontrar maestros no es nada fácil. Nuestro último profesor de latín, el señor Puddlecombe, no se quedó más que un año, y luego tuvo el atrevimiento de decirnos que se marchaba para probar suerte con un primo en Canadá.

—Bueno, la escuela está a punto de cerrar para las vacaciones de verano, tía —dijo Hugh.

—Lo cual no sirve más que para complicar la cosa —observó Agatha—. Hemos tenido suerte de que tu tío John hablara casualmente con lord Marbely y que resultara que lady Marbely estuviese buscando un puesto para esta joven. Al parecer es su sobrina y los Marbely nos la han recomendado encarecidamente; aunque me dio la impresión de que tenían algún motivo adicional para querer mandarla lejos de Gloucestershire.

—¿Tienen algún hijo varón? —preguntó Daniel—. Normalmente los tiros van por ahí.

—Oh, no, lady Marbely se desvivió para garantizarme que es una chica común y corriente —respondió tía Agatha—. Por muy progresista que me considere, jamás contrataría a una maestra guapa.

—Mejor que cenemos pronto —dijo Hugh, consultando el magullado reloj de bolsillo que había sido de su abuelo y que sus padres le suplicaban constantemente que sustituyera por otro más moderno.

Justo en aquel momento sonó la campana que anunciaba la cena.

—Sí, me gustaría digerir adecuadamente antes de que ese dechado de virtudes caiga sobre nosotros —comentó Daniel, apurando de un trago lo que quedaba en su copa—. Supongo que me tocará ser presentado y que no voy a poder quedarme escondido en la habitación, ¿no?

—¿Podrías ir con Smith a recogerla, Hugh? —dijo Agatha—. Imagino que si vais los dos abrumaréis a la pobre chica y, evidentemente, no me fío de que Daniel no se burle de ella.

—¿Y si resulta que Hugh se enamora? —preguntó Daniel. Hugh sintió tentaciones de replicar diciéndole que su amor ya estaba comprometido, pero sus intenciones de matrimonio eran demasiado importantes como para verse sujetas a las bromas irrespetuosas de Daniel, de modo que se limitó a lanzarle a su primo una mirada de desdén—. Al fin y al cabo —añadió Daniel—, Hugh

también es de lo más común y corriente.

Beatrice Nash estaba segura de que tenía la nariz manchada de hollín, pero no quería volver a sacar el espejito por si acaso con ello incitaba al joven borracho que tenía sentado enfrente a continuar con sus cumplidos. Se había mirado la cara poco después de partir de Charing Cross y él había tomado el minúsculo espejo dorado como una señal de tímido flirteo. El libro que había sacado a continuación había sido otro motivo de conversación, aunque él no había dado muestras de reconocer el nombre de Trollope y luego había confesado que no tenía costumbre de leer. Incluso le había ofrecido utilizar su pequeña bolsa de equipaje para reposar los pies y ella había respondido escondiendo los tobillos bajo el asiento, temerosa de que se atreviera tal vez a descalzarla.

Lo había reprendido con seriedad cuando habían cambiado de tren en Kent y él la había seguido hasta su compartimento. Él se había retirado, riendo, pero el tren ya se había puesto en marcha. Ahora estaban apretujados en un compartimento sin acceso al pasillo. Él se había sumido en una aparente siesta sin perder su expresión petulante y ella permanecía sentada muy rígida, con la espalda pegada al tejido rasposo del banco, intentando no aspirar aquel olor a licor rancio ni percibir la insolente proximidad de unas piernas extendidas, enfundadas en unos ceñidos pantalones de franela blanca y relucientes zapatos marrones con hebilla.

Con la cara vuelta hacia la ventanilla, dejó que la imagen de los campos verdes y húmedos desfilara ante sus ojos hasta que las ovejas, la hierba y el cielo se difuminaron y se transformaron en pinceladas pictóricas. Pensó que no debería haber rechazado la oferta de los Marbely de enviar a una criada para que la acompañara. Las interminables deliberaciones de Ada Marbely sobre qué medio podría estar disponible para llevarla a la estación o sobre de qué empleado se podía prescindir habían sido una tortura. Se le había dado a entender que su traslado suponía una molestia enorme y que, naturalmente, no podían ofrecerle ni un coche ni a nadie del servicio permanente de la casa. Ella había escondido la humillación que sentía detrás de una firme declaración de independencia. Les había recordado los grandes viajes que había realizado con su padre, desde el Oeste americano hasta las casbas de Marruecos, además de las visitas a las ruinas clásicas menos conocidas del sur de Italia, y les había asegurado que era perfectamente capaz de cuidar de sí misma y de su baúl hasta Sussex incluso viajando en carromato, si era preciso. Se había mostrado inflexible y ahora

comprendía que la única culpable de verse expuesta a las indignidades que podía conllevar viajar sola era ella. Su terquedad la llevó a esbozar una débil sonrisa.

—Cuando sonríen, todas las mujeres pueden ser bonitas —dijo el hombre.

Se giró rápidamente para mirarlo, pero seguía con los ojos cerrados y su cara, redonda y sudorosa, permanecía hundida sobre un cuello grueso envuelto en una grasienta corbata amarilla. El hombre se rascó la parte frontal de la camisa y bostezó sin taparse la boca, como si ella no existiese.

Tildar a una mujer de fea era un reproche de lo más bajo, pero al que tanto niños como hombres adultos recurrían rápidamente cuando se sentían desafiados. Por mucho que siempre hubiera desestimado la insistencia de su padre en llamarla «mi belleza», consideraba que tenía una cara agradable y de facciones regulares y se sentía orgullosa de la fortaleza que transmitían su barbilla y su postura erguida. El hecho de que aquel insulto fuese una mentira no reducía su efectividad y tuvo que morderse el labio para no darle al hombre la satisfacción de una respuesta.

El tren ralentizó la marcha después de lanzar una nube de vapor y la embargó una oleada de alivio cuando oyó que el jefe de estación gritaba: «Rye. Estación de Rye». Se levantó rápidamente para coger la bolsa, bajó la ventanilla, ignorando la amenaza de la ceniza que pudiera haber en el ambiente, y situó la mano sobre el pomo de la puerta para abrirla lo más pronto posible.

—Ahora sí que puedo decir que las estrellas se han alineado —dijo el joven, presionándola contra la puerta, la bolsa de él pegada a la pierna de ella. Beatrice casi rompió a llorar al percibir el aliento de aquel hombre en la nuca—. Si se queda por la zona, podría permitirme ir a visitarla.

Beatrice abrió la puerta y saltó del vagón, y a punto estuvo de caerse en el andén con el último bandazo del tren. Se golpeó el tobillo izquierdo con la bolsa y notó que se le desprendía al menos una horquilla del cabello. Sin pensar ni un segundo en su aspecto ni en el dolor, echó a correr hacia el vagón del equipaje para recuperar el baúl y, en su carrera, tropezó contra un hombre envuelto en la nube de vapor. No pudo impedir un grito de miedo al percibir que el hombre la sujetaba por el codo para que ambos no cayeran al suelo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él—. Lo siento muchísimo.

—Suélteme —replicó ella, y oyó su propia voz impregnada de rabia contenida.

El hombre, un joven, retrocedió y levantó las manos en señal de sumisión.

—No era mi intención ofenderla, señorita —dijo—. Lo siento muchísimo.

—Yo la vi primero, Grange —intervino el hombre del tren.

—Déjeme en paz, por favor —exclamó Beatrice, llevándose la mano a la cara.

De repente se sentía agotada y sin ganas de seguir luchando. La rabia había desaparecido y notó que le temblaban las extremidades, como si la ligera brisa que soplaba fuese una borrasca invernal.

—Wheaton, es usted un borracho desagradable —dijo el joven con una voz tan tranquila que parecía que estuviese hablando del tiempo—. ¿Acaso no es capaz de distinguir a una joven respetable de una de sus fulanas? Compórtese.

—No pensaba que le fueran a usted mucho las damas, Grange —respondió Wheaton con una sonrisa ladina—. ¿O eso solo le pasa a su hermoso primo Daniel?

—No sea bravucón, Wheaton —replicó el joven—. Váyase a su casa antes de que me vea obligado a hacer que se marche a la fuerza. No me cabe la menor duda de que acabaría tumbándome, pero lo único que conseguiría con ello sería echar a perder esas prendas tan excelentes que viste.

—Me voy; en casa me espera el gran recibimiento de mi llorosa madre —dijo Wheaton, impertérrito ante la amenaza velada de daño físico—. Ya puede quedarse usted con la maestra.

Se marchó tambaleándose y Beatrice notó que se ruborizaba.

—¿Es usted la señorita Nash? —preguntó el joven. Ella se quedó mirándolo, incapaz de hablar—. Soy Hugh Grange. Me envía mi tía, Agatha Kent, a recogerla.

—Me parece que necesito sentarme un momento —dijo ella. Notó que el joven tenía unos ojos grises que transmitían bondad, pero no vio nada más, puesto que la estación empezó a girar lentamente—. No deje que me desmaye, por favor.

—Aquí hay un banco —le indicó él, y Beatrice notó una mano tirándole con delicadeza del codo. Se dejó caer—. Bien. Ahora sitúe la cabeza por debajo de las rodillas y respire —añadió.

Beatrice notó que le empujaba la cabeza hacia los polvorientos ladrillos del andén. Respiró hondo, muy despacio, y la sensación de alivio llegó acompañada por un leve sudor que le mojó la frente.

—Lo siento. Ha sido ridículo por mi parte.

—En absoluto. —Beatrice solo podía ver un par de botas camperas, bien engrasadas pero arrugadas y peladas por el uso—. Siento mucho que Wheaton la haya molestado.

—No lo ha hecho. Es solo que... Tendría que haber comido más al mediodía, eso es todo. Normalmente como muy bien cuando viajo.

—Mantener las fuerzas es importante —dijo él, y a pesar de que Beatrice no percibió ningún tono de sarcasmo, notó que la rabia que había contenido durante toda la jornada reaparecía. Volvió a temblar y el joven, sin separar los dedos del pulso de su muñeca izquierda, añadió—: ¿Voy a pedirle un poco de agua al jefe de estación o cree que podrá llegar hasta el coche? Tendríamos que llevarla con mi tía Agatha enseguida.

—Estoy perfectamente bien —contestó ella, levantándose despacio—. Tengo que ir a recoger mi baúl y la bicicleta.

—Smith se encargará de recoger después sus cosas en el puesto del jefe de estación —dijo él—. Permítame que le lleve la bolsa.

Beatrice dudó, pero el tono del joven no era en absoluto condescendiente y su rostro franco revelaba su preocupación mediante una única arruga vertical entre los ojos. Estaba intentando tratarla bien. Beatrice era consciente de que no solo en el transcurso de las últimas dos horas, sino también de los últimos meses, había dejado de confiar en cómo podía tratarla la gente. Parpadeó y le entregó la bolsa sin decir palabra. Él la aceptó y levantó su inesperado peso.

—Lo siento —se disculpó ella—. Como siempre, me parece que he cargado con demasiados libros.

—Eso está bien —dijo él, tomándola del brazo y guiándola hacia una puerta lateral—. Aunque no quiero ni pensar en lo que debe de pesar el baúl. Tal vez será mejor que le pida al jefe de estación que llame por teléfono para pedir un carro y ahorrarnos así partirle un eje al automóvil.

Durante el trayecto colina arriba para alejarse de la ciudad, la joven permaneció mirando hacia un lado y con la vista fija en los setos y las casitas. Hugh observó entretanto la curva de su esbelto cuello y el grueso cabello castaño sujeto sin tirantez en la nuca. Debía de estar cansada, pero con todo y con eso no mostraba la postura de hombros caídos y derrota permanente que para Hugh era la marca distintiva de los enseñantes que había conocido. Incluso sus profesores de Oxford, muchos de ellos con seguridad tanto familiar como económica, parecían doblegarse con el paso del tiempo, como si vivieran bajo la arremetida constante de la ignorancia de sus alumnos. El abrigo de verano de viaje que llevaba la mujer estaba confeccionado con un tejido grueso y dúctil que parecía de calidad y la chaqueta y la falda eran ceñidas, tal y como marcaba la moda, aunque carentes de adornos. Calculó que tendría más o menos su misma edad; tal vez veintidós o veintitrés, mientras que él cumpliría veinticuatro en agosto. A pesar de no ser una chica temblorosa con los estudios recién terminados, tampoco era la anodina solterona que estaba esperando. Reconoció un destello

de interés que había que investigar más y avivar con conversación.

—Le pido de nuevo disculpas por el pobre Wheaton —dijo—. Se comporta como un perfecto caballero cuando está sobrio, pero cuando bebe se lanza encima de cualquier mujer que encuentre a su alrededor.

—No se disculpe —replicó ella—. ¿Es evidente, pues, que fue culpa mía por ocupar el vagón en el que él deseaba viajar?

Hugh se ruborizó bajo la mirada de Beatrice.

—No quería decir eso en absoluto —respondió—. Pero hombres como Wheaton...

—¿Los hay de distintos tipos, entonces? —preguntó ella.

—¿Distintos tipos?

—De hombres. Solo la mayoría tiende a sufrir un deterioro similar en sus modales bajo la influencia del alcohol.

Beatrice apretó los labios con fuerza y Hugh empezó a preguntarse cómo salir de aquella conversación.

—¿Desea que me disculpe en nombre de todos nosotros? —preguntó en voz baja.

—Preferiría que no se disculpara por nadie más —respondió ella—. Mi padre siempre dice que si todos corriéramos a disculparnos por nuestras faltas a la misma velocidad con que nos disculpamos por las de los demás, la sociedad avanzaría de verdad.

—Diría que tiene razón, aunque desgraciadamente resulta optimista —dijo Hugh—. Un hombre muy religioso, ¿no? —añadió, imaginándoselo como un tipo con templanza, con un mohín en los labios y dando golpecitos con sus finos dedos en la tapa de una Biblia.

La chica emitió lo que solo podría describirse como una carcajada y a continuación se tapó la boca con la mano enguantada y pareció luchar con sus emociones.

—Lo siento —se disculpó Hugh, incapaz de no pronunciar esta expresión.

—Gracias —contestó ella por fin. Esbozó una sonrisa que le transformó la cara e iluminó sus ojos castaños—. Murió hace un año y jamás pensé que podría volver a reír por algo relacionado con él.

—Entonces no era religioso —dijo Hugh.

—No —confirmó ella—. No precisamente. Pero confío en que no repita esto delante de su tía. Imagino que se espera de las maestras que tengamos padres irreprochables.

—Seguro —convino él—. ¿Y ha estudiado usted los demás atributos que

deben tener?

Ella le lanzó una mirada dubitativa.

—Le garantizo que estoy perfectamente cualificada para el puesto —aseveró—. Aunque me han dicho que tengo que trabajar duro para cultivar una actitud adecuada de agradecida subordinación.

—Por suerte para usted, mi tía ha tomado tal postura ante los directores de la escuela que no le gustaría nada tener que decir que su candidata no es adecuada —replicó él, justo cuando accedían al amplio patio delantero de gravilla de la confortable villa de su tía.

Lo dijo a modo de comentario gracioso, pero cuando Smith le abrió la puerta a la joven, se fijó en su expresión preocupada. Y mientras caminaba por delante de él para su encuentro con la tía Agatha, se preguntó si también debería haberle mencionado que en ningún sentido era tan normal y corriente como le habría gustado a su tía.

A Beatrice le gustó la casa al instante. A pesar de que su diseño evocaba un cruce de caserón medieval con un par de casitas con techo de paja, sus estancias, grandes y confortables, la luz eléctrica y los suelos relucientes hablaban a voces de comercio y de energía, no de una casa que se estuviera transformando poco a poco en piedra bajo la presión geológica de su propio linaje. Lady Marbely se movía con el lento paso de una mujer que aguarda su ingreso en la cripta familiar, su vida y su hogar cubiertos con el polvo del protocolo, recluida detrás de los muros de la superioridad. Beatrice no conocía con exactitud el lugar que ocupaban en el mundo Agatha Kent y su esposo, pero no creía que fueran a abalanzarse sobre todos los puntos flacos de su genealogía antes de que la sopa estuviera servida en la mesa.

—Usted debe de ser Beatrice e imagino que tiene hambre —dijo una mujer rolliza con un resbaladizo vestido oriental que emergió de entre las puertas de cristal que conectaban con un salón repleto de lámparas. Tenía esa edad en la que la flor de la juventud debe ceder paso a la fortaleza de carácter, pero sus ojos inteligentes y su sonrisa autoritaria formaban una cara bella y su cabello conservaba un rizo juvenil que amenazaba con escapar de entre las horquillas del recogido—. Soy Agatha Kent y este es mi sobrino, Daniel Bookham.

—Encantado —dijo él, sin mostrar siquiera indicios de un interés convencional.

A pesar de que había decidido dejar atrás las ideas románticas de su época estudiantil, Beatrice seguía sin ser inmune a un rostro atractivo. Y con aquel cabello castaño cuidadosamente despeinado, ojos azules, mandíbula varonil y un bigote aterciopelado, Daniel Bookham era un joven muy atractivo. Y aunque se dijo que su atuendo, con aquel pañuelo de cuello flojo y su aspecto bohemio, era absurdo, se vio obligada a contener un breve momento de decepción al comprender que era más joven que ella.

—Y a mi otro sobrino, Hugh Grange, ya lo ha conocido —añadió Agatha.

Beatrice se volvió y lo miró bien bajo la luz intensa del salón. Era más alto

que Daniel, le sacaba una cabeza, y tenía una normalidad que podría considerarse atractiva siempre y cuando no se comparase directamente con las formas casi clásicas de su primo. Cuando su tía lo despidió para que fuese a ver si ya había llegado el equipaje y llamó a la doncella para que la acompañase a su habitación, Beatrice decidió que lo más prudente sería mantener los ojos firmemente anclados en dirección a Hugh Grange.

Era probablemente la tercera mejor habitación de invitados, pensó Beatrice, pequeña y amueblada con una cama estrecha de madera de roble y un escritorio sencillo, pero agradablemente decorada con papel pintado a rayas de color azul y cortinas de chintz con estampado floral. Un lavamanos decorado con puntillas y con agua corriente ocupaba una de las esquinas y la ventana, de tamaño considerable, estaba abierta y dejaba entrar la fragancia nocturna del jardín. A lo lejos, un resplandor plateado indicaba el reflejo de la luna en el mar. Al otro lado del pasillo, la doncella le había mostrado con orgullo un cuarto de baño con una bañera enorme complementada con todo un alarde aterrador de grifos de latón y un trono de madera de caoba decorada, cuyo asiento levantado revelaba un retrete en su interior. Un depósito de caoba tallada situado en lo alto de la pared y una larga cadena de latón le otorgaban un aspecto casi eclesiástico.

—Sé cómo funciona, gracias —dijo Beatrice, anticipando las instrucciones de la doncella.

—En esta ala no hay más invitados —le informó la doncella—. Es toda para usted.

—¿No se alojan aquí los caballeros? —preguntó Beatrice.

—Les gusta ocupar sus antiguas habitaciones en la planta superior —respondió la doncella—. No sé cómo se las arregla el señor Hugh para dormir en aquella camita tan pequeña, hecho una bola como un erizo, supongo, pero no quiere ni oír hablar de un traslado, y el señor Daniel probó durante un tiempo la habitación verde de delante, pero el señor Hugh le gastó alguna broma terrible y la señora Kent no le dejaba fumar porque las cortinas eran nuevas, de modo que enseguida volvió arriba.

La voz de la doncella se ablandó a medida que avanzaba en su explicación y Beatrice empezó a tener en mejor concepto a los jóvenes, ya que tanto cariño le inspiraban a la criada.

Recordó a su padre y la apasionada lealtad que despertaba en los muchos criados que cuidaron de ambos. Lo dulces, y a la vez amargas, que habían sido

tantas despedidas. ¿Cuántas veces habría reposado la cabeza contra el pecho de una llorosa ama de llaves que le acariciaba el cabello y le suplicaba que le escribiese? En una ocasión, habían viajado con una doncella, a Italia, y la doncella prácticamente se había postrado ante ellos por el dolor de dejarlos después de que le resultara imposible acostumbrarse a tierras extranjeras. Beatrice era capaz de evocar, con tal vez demasiada facilidad, el frío andén de la estación, la cara cubierta de lágrimas de la doncella al otro lado de la ventanilla del tren, y ella, una niña flacucha, controlando la oleada de temblores que se había apoderado de su cuerpo y decidida a mantenerse a mayor distancia de la doncella que llegara a continuación. Así fue como, con cada criada amable que llegaba —y su padre siempre las contrataba por su amabilidad más que por las habilidades que pudieran demostrar en las labores de limpieza o en la cocina—, empezó a sumar más distancia que con la precedente, hasta que llegó el momento en que pudo, como ahora, evaluar a la doncella de Agatha Kent con mirada impasible.

La chica se había quedado sin aliento después de la explicación y se esforzaba por mantener su actitud orgullosa. Sin duda alguna, todos los criados de la casa debían de saber que Beatrice era maestra y una de las cosas graciosas del servicio, pensaba Beatrice, era que podían llegar a ser duros como revolucionarios con los que tenían justo por encima de ellos y, a la vez, seguir siendo incondicionalmente fieles a sus señores. Era evidente que la chica tenía un corazón bondadoso y era trabajadora, y que su marcado acento local probablemente le hacía sufrir la condescendencia de los demás. Beatrice le dirigió una amplia sonrisa.

—Gracias por ser tan amable, Jenny —dijo.

—Enseguida le traeré algo de cena —contestó la chica.

Le devolvió la sonrisa, ya sin rastro alguno de la anterior actitud orgullosa.

Cuando bajó, vestida con una blusa limpia y cubierta con un chal, Beatrice se tropezó con Daniel en el vestíbulo.

—Ah, espere un momento, que voy a preguntarle a tía Agatha dónde quiere recibirla —dijo, y desapareció por las puertas que daban al salón.

Beatrice se detuvo en el último peldaño y se sujetó a la barandilla hasta que le dolió la muñeca. Murmuró con rapidez: «La humillación es el deporte de los mezquinos», una frase habitual de su padre que le había resultado de lo más útil aquel último año.

—¿Pongo a la maestra en el estudio pequeño? —oyó que preguntaba Daniel.

—Oh, Dios santo, no, no tiene chimenea y en cuanto oscurece hace mucho frío. Dile que pase.

Daniel reapareció en la puerta, la arruga del entrecejo echando a perder sus facciones clásicas, y le hizo un gesto con la mano.

—Entre, señorita. No sea tímida, somos muy informales.

—Le aseguro que no me educaron para ser tímida —replicó Beatrice, su tono afilado—. El salón de una casa de campo no puede albergar nada que me asuste.

—¿Has oído eso, tía? —dijo Daniel—. No todo el mundo te tiene miedo.

—Eso espero —contestó Agatha, reclinándose en una esquina de un mullido sofá—. Soy una mujer de lo más apacible y me llevo bien con todo el mundo.

Hugh, que estaba sentado en un sillón orejero junto a la chimenea, se atragantó con su propia risa, le dio un trago a su copa y se levantó.

—Mire, incluso Hugh le asegurará que mi tía es una mujer formidable.

Daniel sonrió a Beatrice, pero la arrogancia informal que mostraba la había vuelto inmune a sus encantos.

—Estáis siendo muy groseros, chicos —dijo Agatha—. ¿Por qué no le ofreces una copa a la señorita Nash, Daniel? Venga y siéntese aquí a mi lado, señorita Nash.

—No quiero nada, gracias —respondió Beatrice.

Le habría encantado una copita de oporto pero sabía que no era conveniente pedirla. Lady Marbely había necesitado varias semanas para dejar de comentar lo excepcional que era que una dama conociera tantos detalles sobre el oporto y lo triste que resultaba que no hubiera tenido una madre para contrarrestar las excéntricas ideas de su padre sobre lo que era correcto y lo que no.

—¿Le ha parecido suficiente la cena? —preguntó Agatha—. Puedo llamar para que le sirvan algo de fruta.

—No, gracias, la cena ha sido estupenda y mi habitación es muy confortable. Ha sido muy amable recibéndome.

—Creo que es importante que nos conozcamos, y mejor que lo hagamos antes de que la conozca el resto de la ciudad. Tenemos cosas importantes que hacer, señorita Nash, y es vital que ambas nos entendamos a la perfección.

—Entiendo que esto es la señal que nos invita a marcharnos —dijo Daniel—. Hugh y yo vamos a jugar una partida al billar.

—Hugh tendrá que hablar con usted sobre las tutorías —dijo Agatha en cuanto

los jóvenes abandonaron la estancia.

—¿Tutorías?

—De unos chicos de la ciudad, protegidos míos. Le dije que usted estaba buscando algún tipo de clases particulares para el verano y estaría encantado de pasárselas. Nada complicado, solo un poco de ayuda en latín avanzado.

—Sería un honor —replicó Beatrice—. Ejercí de tutora de las tres hijas de un profesor de nuestra universidad en California y fue fascinante ver cómo florecía el latín en un grupo tan pequeño y tan ansioso por aprender.

—Me temo que estos chicos no son flores tan prometedoras —comentó Agatha, con expresión dubitativa—. Hugh dice que son brillantes, y con uno de ellos, en especial, tal vez cabría pensar que sus esfuerzos por enseñarle darían resultados, pero podría decirse que son algo revoltosos y desafiantes.

—A veces, los desafíos más grandes merecen nuestros mayores esfuerzos — señaló Beatrice—. Les estoy muy agradecida, a usted y a la escuela, por haberme brindado esta oportunidad.

—Sí, pero debemos asegurarnos de que los directores de la escuela no tengan motivos para causarle problemas.

Se quedó dudando y Beatrice observó que no sabía muy bien cómo continuar.

—No querían contratarme —dijo, aunque no lo formuló como una pregunta.

—Bueno, no exactamente —replicó Agatha—. Pero solo se quedarán convencidos cuando vean que usted sale adelante con éxito. —Hizo una pausa—. Mire, soy una de las únicas dos mujeres que forman parte de la junta rectora. Estoy en una posición muy delicada, en la cual debo templar mi impaciencia por poner en marcha reformas y elegir con cuidado las batallas que quiero librar. Tenemos mujeres maestras, por supuesto, que imparten las asignaturas apropiadas. Pero en este caso, hemos tenido ciertas dificultades para encontrar un sustituto adecuado para el profesor de latín, que nos dejó de forma repentina, y sus cualificaciones exceden tantísimo las del aspirante habitual que hice..., hice todo lo que estaba en mi poder para impulsar su candidatura.

—Gracias.

—Naturalmente, no es usted como me esperaba —añadió.

No ofreció más detalles y Beatrice, bajo la presión del silencio, intentó respirar despacio para impedir que le subiera el rubor a las mejillas.

—Le garantizo que mis certificados universitarios y de enseñanza están en perfecto orden —dijo por fin.

—Tanto sus cualificaciones como la descripción que hizo lady Marbely sobre sus viajes y su amplia experiencia sugerían una persona de más edad —indicó

Agatha.

—Hace ya años que dejé atrás las cursilerías de la niñez —replicó Beatrice—. He sido, durante muchos años, la secretaria y la acompañante de mi padre. Pero yendo más al grano, le diré que no puedo permitirme el lujo de esperar a madurar como un queso. —Sonrió para suavizar el reproche—. No es mi intención casarme, señora Kent, y ahora que mi padre no está, tengo que ganarme el pan. Imagino que no me negará por eso el trabajo para el que he estudiado y me he formado.

—Por supuesto que no —contestó Agatha—. Pero no es necesario mencionar tan incómoda necesidad. Creo que para salir adelante con éxito deberíamos basarnos en su relación con los Marbely y plantear la enseñanza más como un servicio que como una profesión.

—Como guste —dijo Beatrice, intentando eliminar la sequedad en el tono de su respuesta y preguntándose cómo iba a conseguir sueldo y alojamiento si no le estaba permitido demostrar que estaba necesitada de ambas cosas.

—Evidentemente, yo era mayor que usted cuando me casé con mi esposo —apuntó Agatha. No lo expuso como una pregunta, de modo que Beatrice, que estaba cansada de que la gente se tomase la libertad de interrogarla acerca de su determinación de vivir libre de marido, se mordió el labio y no respondió. Agatha suspiró y siguió hablando—. El mundo está cambiando, señorita Nash, pero muy lentamente. Confío en que a través del trabajo que yo hago, y el trabajo que va a realizar usted, podamos promover la causa de la inteligencia y del mérito e incentivar el desarrollo de nuestra nación.

—Señora Kent, ¿tengo que suponer con esto que apoya usted la causa de las mujeres? —preguntó Beatrice.

—¡Santo cielo, no! —exclamó Agatha—. La histeria que reina en las calles es terriblemente nociva. Será única y exclusivamente a través de actividades serias, como las de juntas rectoras de las escuelas y las buenas obras, llevadas a cabo bajo la guía de los caballeros más cultos y respetados, que demostraremos nuestra valía ante los ojos de Dios y del hombre. ¿No está usted de acuerdo, señorita Nash?

Beatrice no sabía si estaba de acuerdo. Más bien pensaba que le gustaría poder votar y ser admitida para cursar una carrera universitaria en Oxford, el alma máter de su padre. Pero ni siquiera los caballeros más cultos mostraban inclinación a poner remedio a tales injusticias con las mujeres sin que hubiese confrontación de por medio. Y no sabía tampoco si Agatha Kent era del todo sincera. Su rostro, por debajo de una ceja arqueada, era inescrutable.

—Lo único que sé es que deseo impartir asignaturas que no sean las de la enseñanza elemental —respondió al fin—. Quiero enseñar, estudiar y escribir, como hizo mi padre, y que mi trabajo no se considere menos relevante por el mero hecho de ser mujer.

Agatha suspiró.

—Es usted una persona culta que puede ser de utilidad al país, pero las mujeres como nosotras debemos demostrar nuestra valía, no manifestarnos en las calles. Además —añadió—, no necesitamos tampoco que todas nuestras criadas declaren su independencia y se marchen de casa para actuar en un club nocturno, ¿no le parece?

—¿Quién se ocuparía de poner el té a hervir? —dijo Beatrice, sin poder evitarlo.

—Debe saber, señorita Nash, que tanto usted como yo estaremos sometidas a un intenso escrutinio en los meses venideros. Quiero ser directa y decirle que espero de usted no solo que demuestre sus excelentes méritos y una respetabilidad irreprochable, sino que además proteja también mi reputación. He dedicado muchos años a labrarme una posición desde la que poder desarrollar un trabajo importante para esta ciudad, y enemigos no me faltan, la verdad.

—Entiendo —contestó Beatrice.

—No creo —replicó Agatha—. Nunca había presionado para algo tan excesivo como contratar a una mujer para dar clases de latín y soy personalmente responsable de usted. Si usted y yo fracasamos en esta tarea, habrá muchos más proyectos que nunca se harán realidad. —Beatrice vislumbró un momento de debilidad en el bondadoso rostro—. Podríamos decir que he puesto toda la carne en el asador con usted, señorita Nash. ¿Me he explicado con claridad suficiente?

Beatrice descubrió con curiosidad el renacimiento de una minúscula sensación de tener de nuevo un objetivo. Un objetivo distinto a la ira obstinada que le había llevado a huir de los Marbely. Llevaba muchos meses sin que nadie la necesitara. Pero ahora Agatha Kent daba la impresión de necesitarla y Beatrice experimentó un eco de aquel sentimiento de determinación que siempre le habían inspirado los planes de su padre.

—No la defraudaré, señora Kent —aseveró.

—Procure que sea así —replicó Agatha con una cálida sonrisa.

Se levantó y extendió ambas manos. Fue un gesto cordial, pero Beatrice lo identificó como una señal de despedida.

—Buenas noches, señora Kent.

—Solo una cosa más, señorita Nash —añadió Agatha cuando Beatrice daba media vuelta para abandonar la estancia—. Yo de usted no haría público su anhelo de escribir. Sería un desastre absoluto para una dama en su posición ganarse una reputación de persona bohemia.

En la sala de billar, Daniel estaba ocupado seleccionando un taco, como si no conociera de sobra los cuatro tacos del tío John desde que Hugh y él llevaban pantalón corto.

—Me gustaría que tía Aggie se olvidara de una vez de sus proyectos —comentó, observando en toda su longitud el taco de ébano y palisandro adquirido por el tío John en Marruecos. Empezó a embadurnar con tiza la punta de caucho de la India mientras Hugh, como era habitual, se encargaba de encender las lámparas y preparar las bolas.

—Creo que su interés por la educación podría considerarse una causa —rebatía Hugh, disfrutando del suave y monótono clic de las bolas rojas contra las amarillas mientras las disponía en triángulo.

—Lo de la junta rectora, sí —dijo Daniel—. Pero luego está lo de esos pilluelos que te ha endilgado.

—Te veo alarmado ante el auge del hombre trabajador, ¿no? —observó Hugh.

—En absoluto —replicó Daniel—. Es absurdo pensar que cualquiera de ellos pueda llegar siquiera a oficinista en una fábrica. Pero creo que con todo esto se arriesga a que la gente la tome por tonta.

—Y que nos tomen por tontos a nosotros también.

—Pienso principalmente en tío John —aclaró Daniel—. ¿Y qué me dices ahora de esto de abogar por que una mujer sea la maestra de latín de la escuela de secundaria? Es estrafalario.

—Creo que los demás candidatos carecían del talento necesario —objetó Hugh.

—Me parece que con tener nociones básicas es suficiente —dijo Daniel—. Esa profesión consiste en tener el brazo fuerte para empuñar la vara.

—Pues a mí me da la impresión de que la señorita Nash cree que será un placer poder compartir a César y Virgilio con los jóvenes —comentó Hugh.

Daniel soltó una risotada y su rostro, olvidándose por fin del mohín de desagrado, esbozó una sonrisa. Hugh suspiró con alivio. Normalmente, Daniel tardaba un tiempo en relajarse y adaptarse a la vida de Rye. De pequeño siempre llegaba con el ceño fruncido, los hombros encorvados bajo un peso imaginario,

la mirada cautelosa como la de un perro molido a patadas. Hugh, que era dos años mayor que Daniel, fingía no darse cuenta y se ocupaba con un libro o ayudando al jardinero a recoger lechugas para la cocina y esperaba con impaciencia a que su primo menor emergiera del cascarón y volviera a ser el líder de los ingenuos crímenes y aventuras que imaginaban por el bosque y por la ciudad.

Era Daniel quien planeaba las incursiones a medianoche por los huertos, las excursiones de pesca, las caminatas hasta el mar. Era Daniel quien era capaz de camelar a la cocinera para que le llenara la mochila con pasteles de carne de cerdo y huevos duros o quien convencía al lechero para que los dejara subir a su carro y los llevara a la ciudad. A Hugh siempre le habría gustado ser tan intrépido como Daniel, tener tantas ideas y planes como tenía él, pero era plenamente consciente de que estaba dotado con un sentido de la responsabilidad y una mentalidad que lo llevaban a considerar siempre todos los puntos débiles de los planes descabellados de su primo. Al menos, eso fue lo que le dijo tía Agatha cuando él y Daniel se perdieron una noche en el bosque de Higgins; cuando Daniel se fracturó el brazo al caer de la cuerda floja que habían instalado para practicar y hacer carrera en el circo; cuando llegaron a casa con un cerdito enfermo con solo tres patas e intentaron meterlo en una caja de color naranja que tenían en el cuarto de los juegos y llenó la alfombra de caca... y asustó a la cocinera con sus chillidos y la mandó corriendo escaleras abajo.

«Tú eres el responsable».

«Tú eres el mayor».

«Daniel no tiene una madre que le diga estas cosas».

Esta última regañina le parecía algo injusta a Hugh. Él no tenía la culpa de que su madre siguiera con vida. Ambos tenían padre, aunque había que reconocer que el padre de Hugh era un hombre mucho más alegre que el de Daniel. Además, estaba seguro de que había mucha gente más, desde tía Agatha hasta el maestro de la catequesis que hacía rechinar sus dientes de cerámica cuando gritaba a los niños revoltosos, capaz de darle a entender a su primo las nociones básicas de la conducta ética.

Pero a pesar de que a Hugh siempre le pareció injusto recibir el sermón como si hubiese sido él quien hubiera sugerido espiar a los gitanos que acampaban en las marismas o cogerle prestado el asno al vecino para recrear una expedición a Belén, mantenía la boca cerrada. Desde muy pequeño Hugh había entendido que, por razones que nunca se le habían explicado, a Daniel se le pasaban por alto tanto sus travesuras como la mala cara que ponía siempre durante los días

posteriores a su llegada.

En diversas ocasiones, Hugh había oído a su tío y a su tía comentar en voz baja lo austero que era el internado de Daniel y sabía también que la tía Agatha quería hablar con el padre de Daniel y que tío John le decía que mejor no interfiriese. Hugh no era de la opinión de que el problema estuviera en el internado, puesto que Daniel estaba igualmente malhumorado cuando llegaba después de una visita a la casa londinense de su padre. Cuando se hicieron mayores, Daniel sustituyó su semblante taciturno por una actitud distante y cínica. Se había hecho más popular en el internado y Hugh tenía la clara impresión de que su primo se dedicaba a estudiar el arte de la vida en sociedad con mucha más pasión que las matemáticas o el griego. Luego, en Oxford, se convirtió en un elemento buscado por múltiples tipos de gente y Hugh empezó a verlo con menos frecuencia tanto en Londres como en Sussex, puesto que Daniel aceptaba invitaciones para visitar casas de campo, acompañar a familias en sus viajes a capitales extranjeras, a patearse las Dolomitas o cualquier otra región rural.

—Hablando de Virgilio, ¿qué tal Florencia? —preguntó Hugh.

—Es, básicamente, un lugar lleno de matronas inglesas y norteamericanas que se esfuerzan en comprimir siglos de historia y de arte en las rutinas habituales de cualquier abrevadero veraniego provinciano —respondió Daniel—. Solo una hora y media en los Uffizi porque hay una comida al mediodía y luego, a primera hora de la tarde, hace demasiado calor para visitar iglesias y el té es a las cuatro. Y todas se dedican a hacer campaña para exhibir su bandada de hijas, razón por la cual cada noche hay cenas y fiestas. —Apuntó a la formación de bolas y las repartió con inteligencia sobre la superficie verde de la mesa de billar—. Se esmeran por convertir Italia en algo poco más exótico que el centro de Surrey.

—¿Y cómo lo soportaste? —preguntó Hugh.

—Sufriendo un resfriado de verano recurrente —respondió Daniel— que me obligaba, supuestamente, a pasar días enteros encerrado en mi habitación. Pero en cuanto no había moros en la costa, mi amigo Craigmore y yo nos escapábamos y pasábamos el día entero disfrutando solos de la ciudad.

—¿Craigmore comparte tu inclinación por la poesía? —preguntó Hugh.

—Oh, no, por Dios —contestó Daniel—. Es un artista tosco y un atleta de lo peor. Pero es un gran caminante y nos pateamos la ciudad entera y las colinas de los alrededores. Yo era el encargado de capturar toda la belleza y el arte y de decirle qué debía apuntar en su cuaderno de viaje, mientras que él me enseñó

cómo acabar con cualquier oponente en tenis.

—Normalmente tienes poca paciencia con los incultos —dijo Hugh, embargado por un pequeño ataque de celos provocado por el hecho de que su primo hubiera cambiado con tanta facilidad su compañía de verano por otra—. Aunque creo que tiene un título, ¿no?

—¡Vaya! —exclamó Daniel—. Este tipo de sarcasmo no es muy propio de ti.

—Lo siento —replicó Hugh.

—Aunque ya se sabe que siempre acabas disculpándote.

Daniel golpeó con el taco y proyectó una bola roja hacia una de las troneras de la esquina. Hugh se ruborizó ante la sugerencia de que sus buenos modales eran una especie de debilidad. Al menos, sus disculpas siempre eran sinceras. Había oído a Daniel disculparse educadamente muchas veces, palabras llenas de encanto pero sin ninguna sustancia.

—Lo siento, Hugh, ha sido imperdonablemente malicioso. —Hugh examinó el rostro de su primo en busca de algún trazo de ironía, pero esta vez no encontró nada—. Es el vizconde Craigmores, hijo de lord North —prosiguió Daniel—. En un ataque de romanticismo, su madre le puso por nombre Lancelot, de modo que todo el mundo lo conoce por Craigmores, incluso sus amigos más íntimos.

—Es comprensible —dijo Hugh.

—Tenemos intención de ir los dos a París este otoño a escribir y pintar. Estamos pensando en poner en marcha un periódico que combine poesía e ilustración.

—¿Y cómo piensas obtener el apoyo de tu padre para un viaje así? —se sorprendió Hugh—. Tenía entendido que lo de la poesía se lo escondías por completo.

—Le escondo muchas cosas —respondió Daniel—. En este caso, le diré que el padre de Craigmores me ha invitado a estar con ellos en París. A mi padre no le importa que juegue a ser un caballero, sobre todo si le menciono que Craigmores tiene una hermana menor casadera.

—No me dirás ahora que te has enamorado, Daniel —dijo Hugh, animado, puesto que, si Daniel estaba enamorado, él podría sacar a relucir el tema de sus esperanzas románticas sin miedo a ser objeto de burla.

—Santo cielo, no —replicó Daniel—. Es como un pobre pichoncillo pálido y escuálido y huele a tapioca, pero Craigmores cree que puede convencer a su padre de que unos meses de estancia en París, con la subvención adicional necesaria para mantener a una amante, son justo el lustre que un caballero inglés necesita antes de asentarse y asumir sus responsabilidades.

—¿Y la amante será la poesía? —preguntó Hugh, fallando el golpe con el que intentaba introducir una bola en la esquina y clavando el taco en el tapete—. ¿No sería mejor contarle la verdad?

—Por Dios, no —repuso Daniel—. Me parece que a lord North no le gusto mucho. Creo que recela de la gente que lee.

—Tal vez el padre de Craigmore se merezca que lo engañen, pero te deseo buena suerte si pretendes hacerlo con la tía Agatha —señaló Hugh—. Confía en que este año sigas los pasos del tío John e inicies carrera en el funcionariado.

—Solo tengo que convencerla de que, si no aprovecho la oportunidad que se me presenta en estos momentos, me arrepentiré toda la vida —contestó Daniel.

—De todas formas, creo que se puede escribir poesía y a la vez seguir una carrera profesional responsable —observó Hugh.

—A lo mejor es que la cirugía es una afición para los domingos, pero te aseguro que, para mí, la poesía es la vida y la muerte, Hugh —dijo Daniel—. Necesito escribir, igual que tú necesitas observar cuerpos ensangrentados en la mesa de operaciones y poner cabezas de pollo en conserva en los tarros de mermelada más grandes de tía Agatha.

—No es necesario que menciones a nadie lo de los tarros. Los devuelvo a la despensa antes de que la cocinera se percate de su ausencia.

—Pues tampoco es necesario mencionar París —replicó Daniel—. La nueva maestra tendrá distraída a tía Agatha. Deberíamos ocuparnos de esa pobre chica, Hugh, y asegurarnos de que tía Agatha sigue protegiéndola bajo su ala maternal.

—No creo que sea muy buena idea —rebató Hugh—. La señorita Nash no parece precisamente un pudín de tapioca.

—Tiene todo el aspecto de una marisabidilla —dijo Daniel—. Tendrás que ocuparla con algún tipo de debate intelectual, Hugh. Aunque si todo lo demás falla, siempre puedo escribirle un soneto.

—¿Un soneto? —cuestionó Hugh.

—No hay mujer que se resista a ver su nombre rimando con una flor en un pentámetro yámbico —aseguró Daniel.

El sol no había evaporado aún el rocío que cubría el césped y la brisa salada transportaba el aroma de la madreSelva y el alhelí. La primera hora de la mañana era el momento favorito del día para Agatha, pues le recordaba las alegrías sin sofisticaciones de la infancia y la invitaba a salir a caminar descalza sobre la hierba mojada. Con este objetivo, acabó de atar los lazos del cuello y la cintura de su sencilla bata de algodón, introdujo los pies en un par de zapatillas gastadas de tacón bajo y se encaminó hacia la escalera de atrás.

Agatha solo utilizaba esa escalera a primera hora de la mañana y nunca se sentía más en su casa que cuando asomaba la cabeza en la cocina para pedirle a la cocinera una taza de té de aquella enorme tetera de color marrón que estaba a punto todo el día para abastecer al personal. Durante un breve momento, en la estancia con baldosas blancas y negras, de ventanas altas y soleadas y delante de la resplandeciente y nueva cocina a gas, dejaban de ser señora y cocinera, gobernantes de dos territorios separados por la puerta tapizada en verde que separaba la residencia de la zona de servicios, para convertirse en dos mujeres que, en pie antes que cualquier otro integrante de la familia, necesitaban la primera taza de té de la jornada.

Hoy había en la mesa de la cocina dos recipientes con frambuesas y la cocinera estaba atareada retirando la capa de nata de la jarra de la leche.

—Confío en que haya hecho bien comprándolas —dijo la cocinera—. El lechero las llevaba en el carrito y sé que al señor Daniel le encantan las frambuesas... Las nuestras están todavía verdes.

—Me temo que nunca dejará usted de mimar a los chicos —contestó Agatha—. ¿Y qué tal está su nieta?

—Mejor, gracias al sol y al aire fresco —respondió la cocinera—. Se desplaza mucho más rápido.

La niña llevaba aparatos para corregir unas piernas torcidas y debilitadas por el raquitismo, un azote entre las clases más pobres. Agatha le hacía llegar con frecuencia, a través de la cocinera, cestas con caldo concentrado de carne y

mantequilla, pero la niña, que tenía ahora cinco años de edad, seguía tercamente frágil y enfermiza, y su estado angustiaba de tal manera a la cocinera que Agatha tenía que elegir con cuidado qué días preguntaba por ella.

—Me alegro —dijo, y rezó en silencio una oración de agradecimiento por tener unos sobrinos tan altos y fuertes.

Con la taza de té, Agatha cruzó el arco de madera instalado en el grueso seto de tejo y cerró a sus espaldas la valla construida con tablas estrechas, procurando hacer bastante ruido al echar el pestillo por si acaso el jardinero se había levantado temprano. Los criados de la casa sabían, sin necesidad de grandes explicaciones, que aquel tranquilo rincón del jardín estaba prohibido cuando la valla estaba cerrada. Pero con todo y con eso, Agatha prefería anunciar su presencia antes que ser discreta al respecto.

Dedicó unos momentos a vanagloriarse del ingenio que le había llevado a crear aquella pequeña caja verde rodeada, por un lado, por un seto que alcanzaba la altura de la barbilla y que permitía ver el mar y, por los otros tres, por muros de tejo más altos. El cuidadísimo césped era tan liso que se podría incluso jugar al cróquet en él, mientras que el único y robusto banco de roble situado en el centro pintado con pintura a la tiza de color azul resultaba encantador. Depositó allí la taza de té, se despojó de la bata y se quitó las zapatillas. Y se abandonó a la soleada mañana vestida solo con camisola, unos pololos cortos y unas medias de lana a las que había cortado los pies. Movié los dedos sobre la hierba mojada y respiró hondo dos veces, estiró los brazos por encima de la cabeza y empezó a trazar enérgicos círculos con el torso y la cabeza.

Cuando hacía gimnasia en el jardín, Agatha se transportaba de nuevo hasta el ambiente perfumado por camelias de Baden-Baden, donde John y ella, aprovechando unas breves vacaciones, habían ido a oír una conferencia sobre los beneficios del ejercicio diario. Habían acudido allí con el deseo de ver la magnificencia de cobre y cristal verde y blanco de los salones junto al lago y para asimilar el esplendor de las multitudes veraniegas y sus elegantes atuendos blancos. Pero resultó que los alemanes eran aficionados a los fajines de colores vivos repletos de medallas, o de broches que parecían medallas, hasta el punto de que las tardes de verano recordaban más un desfile militar que un paseo por una ciudad de provincias a orillas de un lago. El conferenciante, un escandinavo flaco y menudo, no dio de entrada la impresión de estar a la altura de poder dominar el enorme escenario vacío y, mientras ensalzaba las virtudes del desarrollo muscular y los sanos atributos de los baños fríos, el salón empezó a ponerse nervioso. Pero la repentina desaparición de sus pantalones tuvo un

efecto galvanizador. Vestido solo con un taparrabos, el hombre se puso en vertical sobre la cabeza, se encaramó a una barra colocada a un metro ochenta del suelo, realizó diversas flexiones, pidió a un hombre del público que diera saltos encima de su barriga y se abrió de piernas. John opinó de inmediato que ninguna de aquellas habilidades servía para nada a un hombre con la categoría de un caballero y que solo provocaría pérdidas en las ventas del pobre hombre, pero a pesar de las risillas de sorpresa que provocaba entre la multitud y las muestras de indignación de varios periódicos locales, el escandinavo y su régimen de ejercicios se pusieron bastante de moda aquel verano. Tanto Agatha como John leyeron el librito para poder participar en la conversación de la cena de gala que se ofreció a continuación, y las ideas con sentido común —dormir con las ventanas abiertas, baños diarios con esponja— acabaron convenciendo a John y en los seis años que habían transcurrido desde entonces había desarrollado un físico admirablemente más delgado. Se mostraba modesto al respecto y los resultados provocaban la frustración de su sastre, a quien insistía en seguir pidiendo las prendas con sus antiguas medidas.

Lamentablemente, Agatha se había resignado al hecho de no tener la fuerza de voluntad de su esposo. Su inconsistente utilización del programa, combinada con su amor por los pasteles, la nata y la salsa de carne bien espesa, la habían destinado a conservar una panza rolliza que se negaba a sucumbir al ejercicio y a los corsés. A pesar del rollo de carne que se interponía en la maniobra, se tumbó en la hierba, apalancó los pies bajo los largueros del banco e intentó subir el cuerpo hasta quedarse sentada, doce veces. Con todo, le gustaba repetir aquella rutina en su jardín privado, en un día seco y soleado como aquel, y ansiaba con ganas que terminara la tanda para permitirse la dosis prescrita de sanos rayos de sol.

Beatrice se despertó con la luz del sol bailando sobre el papel pintado de color azul y el sonido de los pájaros en busca de su desayuno entre árboles invisibles. Tenía la ventana abierta y la brisa incorporaba el aroma de una mañana cálida al frescor de la habitación. Por un momento fue incapaz de ubicarse y, con una breve pausa en el latido regular del corazón, se preguntó si no se encontraría todavía en Italia, en aquel pueblo por encima de Florencia, y si su padre estaría ya sentado a la mesa del desayuno de la *pensione*, abajo en la terraza, leyendo periódicos de dos días atrás y pidiendo más leche caliente. Se acomodó de nuevo en la almohada e intentó permanecer en aquel estado adormilado que le hacía

sentirse tan feliz.

Cuando por fin abrió los ojos, centró la imagen de la habitación desconocida y con ello llegó la conciencia de que había logrado escapar de la familia de su tía. Estaba en Sussex y la habitación olía al jardín exterior y, muy débilmente, a mar. Hoy al menos ese dolor que había mantenido sus extremidades pegadas a la cama la mayoría de las mañanas no lograba proclamarse vencedor ante la idea de un nuevo principio. Por primera vez en muchos meses, estuvo a punto de saltar de la cama para recibir aquel día de verano.

Limpia y aseada, con un vestido de algodón de color gris con la parte superior plisada y un cinturón ancho abrochado mediante botones de hueso, Beatrice cerró la bolsa de viaje, abrió la puerta de la habitación y bajó en busca del desayuno. El reluciente vestíbulo estaba silencioso y vacío, igual que el salón y un comedor que había en el otro extremo. Detrás de la escalera se oía algún que otro sonido débil, pero Beatrice decidió que era mejor no adentrarse más en la casa sin invitación previa. Las puertas acristaladas del salón estaban abiertas y dejaban entrar la brisa, de modo que, ansiosa por que nadie la viera pululando por la casa sin hacer nada, salió a la terraza.

La terraza de piedra parecía más vieja que el resto de la casa y el goteo implacable de la lluvia inglesa la había suavizado hasta otorgarle un agradable gris musgoso. Los balaústres de piedra sostenían la presión de tupidos arbustos y estaban envueltos por ramas de madre selva, glicinia y por las flores de color verde claro y del tamaño de una taza de té de una clemátide. Rosas blancas trepaban hasta la casa desde parterres repletos de luminosos agapantos azules. Beatrice se agachó para ahuecar la mano bajo una encerada flor azul tan grande como un sombrero y se preguntó si alguna vez las plantas intuirían lo lejos que estaban de casa: aquella azucena africana traída a Inglaterra en barco en tiempos de Enrique VIII, los rododendros extraídos de las onduladas laderas de montañas chinas, la pasiflora que se enredaba sobre sí misma en un ambiente mucho más seco que el de la selva sudamericana. Más allá de la terraza, un césped para jugar al cróquet se extendía hasta una terraza inferior cubierta también de hierba situada por encima de la brusca caída del promontorio. Abajo, los tejados rojos de Rye asomaban entre la planicie de las marismas y, más allá, el mar formaba una ancha franja resplandeciente bajo la amplia bóveda azul del cielo. A la izquierda, la terraza terminaba en un grueso muro de pinos que separaba la casa de la propiedad del vecino, pero hacia la derecha se prolongaba e invitaba a Beatrice a continuar caminando junto a las flores y los huertos hacia una puerta que se abría en un seto y el terreno boscoso que había más allá.

Agatha Kent sesteaba entre los pliegues de una bata de algodón blanco, encima de un banco de color azul intenso situado en medio de un immaculado césped verde..., completamente desnuda. Si un instante antes Beatrice hubiese procesado aquel rosa como piel, si hubiese captado la extensión de carne en vez de la pintura azul del banco, se habría retirado antes de que la señora Kent hubiera abierto los ojos de golpe. Pero se quedó paralizada. La señora Kent, una mujer rolliza, se sacudió como un pez fuera del agua en un intento de juntar las piernas, recuperar los extremos de la bata e intentar con torpeza cubrir su generoso cuerpo. Beatrice se ruborizó y buscó apresuradamente otro lugar donde centrar la mirada. El césped se volvió borroso.

—Lo siento mucho —consiguió balbucear—. Lo siento muchísimo.

El inmenso paisaje rosa seguía bailando ante sus ojos.

—No tenía por qué saberlo... —dijo Agatha, hinchando las mejillas en un intento de respirar y, al mismo tiempo, conseguir atarse la bata—. Todo el mundo sabe que no hay que molestarme.

—Lo siento mucho —repitió Beatrice, preguntándose si debería subir a la habitación, recoger la bolsa y correr a la estación—. No era mi intención espiarla.

—Siempre he pensado que tendría que poner una llave en la puerta —replicó Agatha—. Pero es que en un jardín parecería una estupidez y...

—Siempre me levanto demasiado temprano —adujo Beatrice—. No duermo muy bien.

—Estaba tomando el sol —dijo Agatha. La respiración empezó a ralentizarse y la voz adoptó un tono más autoritario—. Lo tengo prescrito como una parte vital de mi programa de ejercicios.

—Por supuesto.

—Debería probarlo —continuó Agatha—. Ninguna niña de su edad debería tener esa cara tan blanca.

—No soy una niña —replicó Beatrice—. Y no estaría tan pálida si aquí no estuviera lloviendo todo el tiempo.

—Razón por la cual debemos tomar el sol siempre que podamos —concluyó Agatha—. ¿Por qué no se acerca y lo prueba?

—No pretendo molestar.

—Oh, no se preocupe; no vamos a ponernos a retozar como ninfas del bosque. Venga y siéntese a mi lado. Me giraré hacia allí y las dos podremos tomar un poco el sol, aunque no sea un baño de sol completo.

Se trasladó hasta el extremo del banco y bajó la bata para descubrir los

hombros, sirviéndose de una mano para mantenerla sujeta por encima de su generoso pecho. Beatrice se acercó rápidamente al banco y se sentó. Se desabrochó el cuello del vestido y lo estiró hacia abajo. Se enrolló las mangas hasta el codo.

—Va a tener que bajarse ese vestido si quiere obtener algún beneficio —dijo Agatha, levantando la barbilla hacia el sol y cerrando los ojos.

Beatrice siguió desabrochando botones y retiró la parte del vestido que le cubría los hombros. La brisa le acarició la clavícula y levantó el borde de la combinación. El sol era como una mano cálida posada sobre los hombros. Y pronto empezó a caldear la elevación de su pecho y la piel frágil del interior de los codos. Notó que la respiración dejaba de ser nerviosa para ralentizarse y relajarse. Y cuando levantó la cara hacia el sol, experimentó la curiosa necesidad de quitarse los zapatos y caminar descalza por la hierba.

Hugh fingía disfrutar de un tranquilo desayuno con uno de los periódicos londinenses de la semana pasada abierto delante de él, pero en realidad prestaba atención a los sonidos que se oían en el vestíbulo y que daban a entender que las señoras se disponían a desayunar. Era plenamente consciente de la expectación que sentía ante la oportunidad de volver a ver a la joven maestra y ya había ensayado mentalmente diversas maneras de iniciar una charla. El deseo de nuevos temas de conversación y contertulios de su edad alentaba su impaciencia.

Un murmullo en el vestíbulo y el susurro de voces le llevaron a limpiarse las manos con la servilleta y recolocarse el cuello. No tuvo tiempo de cerrar el periódico antes de que la doncella abriese la puerta.

—Gracias, Jenny —dijo Beatrice, entrando en la estancia.

—Voy a buscar té recién hecho para rellenar la tetera y tostadas calientes — anunció Jenny, cogiendo la tetera de plata del aparador.

Hugh no recordaba que Jenny le hubiera ofrecido alguna vez té recién hecho.

—Buenos días —dijo—. Espero que no le importe disfrutar de un desayuno informal. Puede pedirle a Jenny cualquier otra cosa que le apetezca.

Se sentía satisfecho con su actitud alegre y se preguntó si su recién descubierto afecto hacia Lucy Ramsey estaría facilitándole su conducta ante las mujeres en general.

—Estoy encantada con lo que hay —respondió Beatrice.

Echó un vistazo a la bandeja con fruta y levantó las tapas de los platos calientes para examinar su contenido y descubrir huevos revueltos, salchichas y

beicon, junto con pasteles de pasas calientes y *kedgeree*. El *kedgeree* había salido de la cocina por segunda vez y Hugh se preguntó si debería mencionar que desde ayer se había puesto más picante, un hecho que no camuflaba la generosa cantidad de perejil picado que le había incorporado la cocinera. Pero decidió que no era él quien tenía que comentarlo.

—En verano cada uno sigue su propio horario —comentó, consciente de que los asuntos domésticos no constituían una conversación brillante—. Me temo que no he visto todavía a mi tía.

Beatrice se sirvió en un plato unas frambuesas e incorporó una cucharada de crema fresca de la jarrita. En un segundo platito, se sirvió una salchicha y se sentó con ambos platos a la mesa.

—Su tía ya me ha enseñado el jardín esta mañana —dijo—. Después de desayunar, iremos caminando a la ciudad y se ha ofrecido muy amablemente a presentarme a la que será mi casera.

—Tengo que advertirle que mi tía conoce a todo el mundo —replicó Hugh—. No muestra ningún reparo en pararse en la calle para hablar con la gente, de modo que un paseo con mi tía siempre acaba convirtiéndose en una salida llena de energía y muchas paradas, durante las cuales hay que intentar que no se note mucho que uno va cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Vaya —contestó Beatrice—. Tendré que armarme de mi mejor paciencia.

—Y como quiere saber si mi tío va a venir de Londres, estoy seguro de que no saldrá de casa hasta tarde —añadió Hugh.

—¿Y qué hago? —preguntó Beatrice. Habló con tono animado, pero Hugh se dio cuenta de que ensartaba con fuerza la salchicha con el tenedor—. El plan ha sido de su tía, pero me temo que haberlo aceptado me ha convertido en un terrible inconveniente.

—Oh, no, en absoluto —repuso Hugh—. Pero estaba pensando que tal vez esté impaciente por conocer la ciudad y...

Se interrumpió cuando empezó a ver con más claridad su difuminado plan y la magnitud de sugerirlo chocó contra su recién descubierta sensación de desenvoltura.

—A lo mejor puede prescindir de alguna criada o de alguien para que me muestre cómo ir —propuso Beatrice—. Aunque la verdad es que la ciudad parece lo bastante pequeña como para poder encontrar cualquier lugar por mí misma.

—A mi tía no le gustaría —dijo Hugh. Respiró hondo y se lanzó—. Me parece que no tengo ningún plan muy definido para esta mañana o que, en caso de

tenerlo, podría alterarlo sin problemas.

—Los planes indefinidos son los peores cuando hay que alterarlos —replicó ella, sonriendo por encima de la taza de té.

—Lo que pretendo decir es que tal vez, si me lo permite, podría acompañarla a realizar una pequeña visita a la ciudad y luego dejarla en su alojamiento para que se reúna allí con mi tía a la hora que acuerden.

Hecha la oferta, y de un modo tan precipitado, solo le quedaba esperar e intentar no sonrojarse.

—Estaría encantada —respondió Beatrice—. Hace un día estupendo y disfrutaría con una caminata de verdad. ¿Puedo confiar en que marque usted un paso ligero, señor Grange?

—Oh, llámeme Hugh —dijo él, la sensación de desenvoltura recuperada—. ¿Es usted pues andarina, señorita Nash?

—Lo que más nos gustaba a mi padre y a mí eran unas vacaciones con excursiones —respondió. No lo invitó, sin embargo, a dirigirse a ella por su nombre de pila—. ¿Ha caminado usted por los Alpes, señor Grange?

—He tenido ese placer —respondió Hugh—. No hay nada más bonito que las montañas con las cumbres nevadas y una cena en una granja suiza.

—Claro que el escenario es seguramente más potente en el Oeste norteamericano —objetó Beatrice—. Pero estoy de acuerdo en que no hay nada mejor que una jarra de cerveza negra artesanal al finalizar una jornada de caminata por puertos de montaña.

—Pues sí —dijo Hugh, confiando en que no estuviera pensando en colgarse una mochila y calzarse botas de clavos para caminar hasta la ciudad—. ¿Doy por sentado, entonces, que no le dan miedo las zarzas y que podemos bajar por los campos en lugar de hacerlo por la carretera?

—Magnífico —replicó ella—. Un poco de aire fresco y sin dar tregua en el ritmo, por favor, señor Grange.

Después de desayunar, Beatrice siguió a Hugh en un rápido descenso por un sendero enfangado hasta llegar a la ciudad y luego por las empinadas calles adoquinadas, con cuestas equiparables a las de cualquier pueblo suizo. En la calle principal, Beatrice se detuvo e intentó que no se notara que jadeaba cuando se apoyó en un poste en busca de un momento de respiro. Había seguido los pasos de Hugh todo el tiempo, pero como después tenía que reunirse con Agatha Kent y su nueva casera, se había visto obligada a calzarse con botas de tacón y a

apretarse el corsé más de lo que sería deseable para un ejercicio de aquel calibre. Tenía la cara ardiendo y, a pesar de que llevaba un vestido ligero de algodón, notaba un hilillo de sudor deslizándose por la espalda.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hugh—. La veo un poco falta de aire.

—Estoy perfectamente, gracias.

—Tal vez no haya sido muy caballeroso tomarme a pies juntillas lo que ha dicho sobre el ritmo.

—Es mi atuendo lo que no me permite seguirlo adecuadamente —dijo ella. Buscó en el bolsillo uno de los pañuelos sencillos y grandes de su padre y se abanicó la cara—. ¿Me concede unos instantes para hacerme una impresión de todo esto?

La calle principal era una agradable colección de escaparates de estilos Tudor y georgiano con toldos de vivos colores. Numerosos clientes, muchos de ellos demasiado arreglados, con este tono admonitorio que ostentan los burgueses rurales en todas partes, resoplaban y se abanicaban tanto en el exterior como en los interiores. Un carro regaba con agua fresca la recalentada calle adoquinada. Un automóvil asomaba el morro por detrás con impaciencia y sus ocupantes aspiraban el mordaz olor de los gases de origen mecánico combinados con los húmedos efluvios de caballos, flores y pasteles de carne puestos a enfriar en el escaparate descubierto de una tienda.

En cuanto Beatrice se hubo recuperado, continuaron el ascenso por las callejuelas estrechas que rodeaban la iglesia, pasando por delante de viejas casas isabelinas con entramado de madera negra con minúsculas ventanas con cristales emplomados, tejados inclinados y ladrillos erosionados por siglos de fina lluvia inglesa; emergieron al verde césped que se extendía enfrente de una antigua torre de piedra que se elevaba de forma destacada por encima de la planicie.

—Es como un cuadro —dijo Beatrice cuando se detuvieron a contemplar desde arriba el amasijo de tejados que cubría la empinada colina y la amplitud de las marismas que se extendían hasta el lejano y brillante Canal de la Mancha—. Parece como si el mar estuviera justo debajo de nosotros.

La brisa se brindó a secar sus sudorosas frentes y Beatrice se quitó el sombrero de paja para echarse el cabello hacia atrás.

—Y lo estaba, hace siglos —le explicó Hugh—. Ahora estamos varados entre las marismas y las embarcaciones lo pasan fatal cuando se quedan atrapadas en el lodo. —A su izquierda, una única y gigantesca vela parecía flotar en un campo repleto de ovejas, la embarcación invisible detrás de aquel dique de hierba—. Aquello es el Canal Militar Real, construido para mantener alejado a Napoleón

—añadió.

—Es difícil imaginar cómo un canal tan estrecho podría contener una invasión —dijo Beatrice—. ¿Hasta dónde llega?

—Tiene una longitud de cuarenta y cinco kilómetros, desde Hastings hasta Folkestone —respondió Hugh, satisfecho de que a Beatrice no le importara lo que Lucy Ramsey había calificado muy delicadamente como su necesidad masculina de cargar cualquier paisaje bonito con una montaña de hechos aburridos—. Mantener alejados a los franceses ha sido el pasatiempo nacional durante siglos —observó—. Ese castillo que se ve a lo lejos fue una contribución de Enrique VIII.

—¿Y qué haremos ahora que tenemos esta «Entente Cordiale» con París?

—Los utilizaremos como parachoques contra cualquier situación desagradable con el resto de Europa —contestó Hugh—. Y contrataremos a chefs franceses para preparar nuestras cenas.

—Suenan estupendo —replicó Beatrice—. Aunque no creo que en mi futuro inmediato haya ningún chef francés.

—No, según mi experiencia, las caseras suelen mostrar predilección por las costillas de cordero y el bizcocho de grosellas —dijo Hugh.

—¿Tiene usted una casera?

—Sí, una tal señora Rogers. Buena mujer, pero su forma de asegurarse de que yo y los otros tres estudiantes de medicina que nos alojamos en su casa no pasemos hambre consiste en envolver todo alimento posible en pudín de sebo o masa de bizcocho. Lo único que me evita adquirir corpulencia es practicar ejercicio con rigurosidad.

—¿Va a ser usted médico?

—Cirujano, para consternación de mis padres —le explicó—. Acabo de terminar un año de beca de colaboración en cirugía con sir Alex Ramsey y, al parecer, la investigación que he llevado a cabo ha sido de su agrado, puesto que me ha pedido que siga con él.

Pronunció sus palabras con una nota de orgullo, ya que no era un logro pequeño haber llamado la atención del cirujano más respetado de Londres.

—¿Y su familia no lo aprueba? —preguntó Beatrice.

Hugh se dio cuenta de que le lanzaba una mirada irónica, como si conociera por experiencia aquel tipo de desaprobación.

—Mi padre ha disfrutado de una larga y distinguida carrera en la banca —respondió Hugh—. Creo que mis padres me imaginaban embelleciendo el honor de la familia con algo más caballeresco y menos sangriento que la medicina.

—¿Qué tenían en mente? —preguntó Beatrice—. ¿Casarlo con una viuda rica?

—Las viudas ricas escasean, incluso las feas —replicó Hugh.

—¿Y qué piensa hacer? —dijo Beatrice.

—Mi cirujano posee un título de caballero y una consulta en la zona más elegante de Harley Street, de modo que últimamente mis padres parecen estar más congradados con mi carrera —le explicó Hugh—. Pero preferirían verme como un caballero ocioso.

—¿Es usted hombre de acción? —inquirió Beatrice.

—Estamos construyendo máquinas voladoras y nos hablamos a través de cables telefónicos de cobre, y la medicina avanza con tanta rapidez que es necesario revisar los libros cada dos años. —Se interrumpió y sonrió, como si, otra vez, hubiese hablado más de lo necesario—. No me imagino sentado sin hacer nada, jugando al golf, visitando el club y siguiendo los convencionalismos sociales.

—Su actitud me parece espléndida —dijo Beatrice—. ¿Y qué está investigando?

—He estado investigando el impacto del shock en los pacientes sometidos a cirugía —respondió Hugh—. Resulta interesante que muchos pacientes superen sin problemas la cirugía cerebral y luego mueran en las salas. —Pensando que las explicaciones podrían resultar demasiado escabrosas, cambió de tema para añadir—: Aunque, naturalmente, me he tomado el verano de descanso. Mi cirujano y su hija han ido a los lagos italianos.

—Los avances del nuevo siglo deben esperar a que disfrutemos de las curas y los baños de mar —observó Beatrice—. ¿Y está impresionada con su trabajo la hija del eminente cirujano?

—¿Lucy? —contestó él, deseando al instante haberse referido a ella como la señorita Ramsey. Tartamudeó en su respuesta, temiendo sonrojarse—. Es joven y demasiado sensible para digerir los detalles de nuestro trabajo. Su padre y yo nos esforzamos por protegerla.

—Yo nunca he aspirado a tales delicadezas —replicó Beatrice—. Prefería estar siempre junto a mi padre.

—Lucy colabora encargándose de la correspondencia de su padre y es una anfitriona magnífica —explicó Hugh—. Voy a tomar el té con ellos varias veces por semana.

—Debe de sentirse bastante solo en su ausencia —dijo Beatrice, sonriendo, y él comprendió que estaba provocándolo.

—Este verano estoy muy ocupado. —El amistoso desafío empezaba a abrumarlo. Lucy también lo provocaba a veces, pero siempre lo hacía con una deferencia encantadora y él se lo permitía porque la superaba tanto en edad como en conocimientos—. Algunas tardes acompaño al anciano doctor Lawton en sus visitas. En las casas más pobres hay un montón de casos interesantes.

—Me imagino que el médico rural debe de estar impresionado —comentó Beatrice.

—En absoluto —respondió Hugh—. Me conoce desde la infancia y me considera tan tonto como cuando me pasaba el día raspándome las rodillas en los huertos con mi primo. Pero sabe más medicina de la que yo pueda soñar con aprender y me llena de humildad intentar serle de alguna ayuda.

—Si no podemos transformar la edad que tenemos, tal vez baste con ser útil —dijo Beatrice. Suspiró, y cambió su tono provocador por otro de sinceridad—. Confío en poder aspirar a ser también de utilidad.

—Y yo confío en que consiga ser feliz a la vez que útil —repuso Hugh—. Esta ciudad siempre ha sido para mí un refugio de tranquilidad, pero es posible que para usted, después de su vida de viajes, resulte demasiado monótona.

—Convertirme en ermitaña me iría bien —señaló ella. Y Hugh se dio cuenta de que sus ojos perdían parte de su luz—. Después de este último año, lo único que ansío es que se me permita trabajar, y descansar, lejos de la estupidez de la sociedad. Me conformaría con ser como Lucy Snowe, el personaje de Charlotte Brontë, ocupándose feliz de su pequeña escuela para hijos de clases trabajadoras.

—Me temo que en la ciudad hay un buen número de comités y grupos de damas dedicados a las obras de caridad —dijo Hugh—. Dudo que la dejen tranquila por mucho tiempo. Mi tía ha amenazado con tener un bate de críquet preparado en el vestíbulo para ahuyentarlas.

—Gracias por la advertencia —respondió Beatrice con una sonrisa—. Daré instrucciones a mi casera para que siempre les diga que no estoy en casa.

Beatrice sentía ahora haber dejado a Hugh Grange en la calle principal y, a su llegada a la residencia de la señora Turber, una construcción formada por dos casitas adosadas, haber declinado esperar a Agatha Kent antes de acceder al interior a través de una de las dos puertas de la fachada. Estaba acostumbrada a examinar y dar su aprobación a los alojamientos y en muchas ocasiones, algunas veces en idiomas extranjeros, se había encargado de negociar con firmeza, en nombre de su padre, los términos y los detalles del contrato. Pero mientras que

los caseros de todos aquellos países habían asumido siempre con respeto, cuando no aceptado de inmediato, los requisitos muy particulares de un hombre de letras de prestigio, las peticiones sencillas de una pulcra solterona no fueron recibidas con la misma paciencia y gentileza. La cara carnosita y bien alimentada de la señora Turber había expresado sorpresa de entrada, luego un recelo más que considerable y, finalmente, un trasfondo de rabia mientras Beatrice la interrogaba acerca de sus métodos de limpieza, horarios de comida y menús, el abastecimiento de carbón y agua caliente y la ventilación de la ropa de cama. Era aleccionador reconocer que tal vez no tendría que haber comentado nada acerca de la suciedad en el cristal de la ventana. La señora Turber se había puesto tan colorada que Beatrice se había visto obligada a preguntarle si se encontraba bien y se había ofrecido a ir ella sola a mirar la planta superior mientras la señora Turber se sentaba un rato en una de sus habitaciones.

En el minúsculo dormitorio, descansó la cabeza contra el áspero y frío enlucido de la pared y sucumbió al silencio de su agotada tristeza. Tomó conciencia del deseo de gritarle a su padre, que la había abandonado por completo. A él le habría parecido gracioso, habría observado la escuálida casita con la ceja levantada y le habría dejado claro que la muerte nunca había sido su primera elección; que, de hecho, se lo había llevado antes de terminar varios trabajos importantes que tenía entre manos. Se imaginaba que habría tenido alguna cosa que decir sobre su impetuosa huida a Sussex y su completamente innecesaria decisión de sumergirse en el lúgubre mundo del trabajo asalariado. Con los ojos cerrados, sintió cómo le temblaba la comisura de los labios ante su propia insensatez. La hija de Joseph Nash, se recordó, nunca sucumbía a la autocompasión. La sensación de cansancio menguó; abrió un ojo y echó un vistazo de soslayo a la habitación.

Tenía un aspecto abovedado, como si fuese el camarote de un viejo galeón. Las paredes parecían estar inclinadas las unas sobre las otras y se elevaban por encima de un suelo combado; el techo tenía una leve convexidad, como el fondo de una bandeja de servir grande. La ventana, pese a estar sucia, tenía un bonito cristal antiguo emplomado, parteluces y un alféizar ancho. El mobiliario era espantoso. Los pilares de la cama eran larguiruchos y estaban repletos de carcoma. El tocador había perdido la mitad del barniz y dos de sus ennegrecidos tiradores de latón. El asiento de mimbre de la única silla era una réplica de la forma combada del suelo. Beatrice enderezó la espalda y levantó una esquina de la alfombra de retales con la punta del zapato. Estaba grasosa, llena de polvo y olía a lo que debió de ser tónico capilar de caballero. Y eso le recordó que en

aquella habitación debían de haberse desnudado otras personas, sudado sobre el duro colchón y utilizado el orinal de porcelana que encontró en una caja de madera debajo de la cama. Beatrice experimentó una punzada de tristeza al recordar la magnificencia alicatada en blanco del cuarto de baño de la casa de Agatha Kent.

Se incorporó y dio un pequeño salto. El suelo, al menos, no cedía. Se acercó a la ventana y miró hacia el exterior por encima del alféizar, donde pensó que podría colocar un par de macetas con olorosas resedas. La vista daba a la calle adoquinada y a las entradas de las casas de enfrente. Una bonita puerta de estilo georgiano con pilastras blancas y, a continuación, una puerta baja tachonada en roble estilo Tudor ennegrecida por el tiempo, en claro contraste con las paredes repintadas recientemente de blanco. Una ventana cuadrada con azucenas blancas y una maceta con pimienta racimosa en la casa georgiana, y un macetero alargado de metal con geranios rojos en la Tudor daban a la calle un aspecto alegre y vacacional. Los reflejos del sol sobre las paredes de ladrillo rojo y los tejados con tejas de arcilla cocida caldeaban la sombría calle y proyectaban luz hacia la habitación. Al otro lado de la puerta, en un pequeño recoveco en el descansillo, había una ventana que dominaba el patio trasero. Pensó que sería el lugar perfecto para el escritorio, aunque tendría que hacer algo para mejorar la vista, pues daba justo sobre el retrete exterior compartido por las dos casitas adosadas y al tendedero donde colgaban las deslucidas sábanas de la señora Turber.

Oyó voces abajo y al descender por la chirriante escalera, con su barandilla pegajosa, adivinó que se trataba de Agatha, que estaba hablando en voz baja y tono apremiante con la señora Turber, cuya voz se había transformado en un chillido sofocado de indignación. La conversación se filtró en la pequeña estancia a través de la puerta que la conectaba con los aposentos de la señora Turber, bastante más espaciosos.

—Lo único que digo es que esto es una casa respetable. El señor Puddlecombe jamás me puso ningún problema con el agua caliente, y en cuanto a lo de abrir las ventanas para que entre el polvo, en fin...

—Le garantizo que la señorita Nash es tan respetable como yo, señora Turber, y estoy segura de que estará dispuesta a discutir los servicios que usted pueda ofrecerle.

—Un poco demasiado respetable, me parece a mí —replicó la señora Turber—. La gente se preguntará qué hace una chica tan joven aquí sola.

—Tengo toda mi fe depositada en que estar bajo su custodia servirá para

acallar cualquier lengua viperina, señora Turber —dijo Agatha—. Su nombre jamás se ha visto asociado a los chismorreos.

—Como debe ser —replicó la señora Turber, y Beatrice captó un indicio de satisfacción en su voz.

—¿Quién negaría a una joven el derecho a ganarse la vida cuando el fallecimiento de su estimado padre la ha dejado abandonada en este mundo? —añadió Agatha, con fuerte entonación—. Lady Emily y yo tenemos en gran aprecio este refugio, señora Turber.

Beatrice pensó que igual estaba yendo demasiado lejos, pero el sonido de la señora Turber sonándose la nariz le dio a entender que había logrado un atisbo de empatía. Agatha Kent, reflexionó, era toda una política.

—No puede pedirme que le ofrezca agua caliente más de una vez por semana —replicó la señora Turber—. Independientemente de que sea o no huérfana, tengo mucho que hacer y mis piernas no soportarían estar cargando a todas horas con jarros pesados. El señor Puddlecombe jamás se bañó más que una vez cada quince días.

—Ya encontraremos la manera, señora Turber —dijo Agatha—. Entre usted, lady Emily y yo encontraremos la manera.

Mientras Beatrice seguía en el pequeño salón, sonriendo, Agatha Kent apareció por el retazo de sol que se filtraba por la puerta trasera abierta y entró. Beatrice se dirigió a la pequeña cocina para saludarla.

—Ah, aquí está —dijo Agatha—. Si pretende quedarse aquí, confío en que no le dé mucho trabajo a la señora Turber. —Bajó la voz para añadir—: No es la principal chismosa de la ciudad, pero seguramente estará entre la segunda y la tercera, de modo que más le vale tenerla contenta.

—Puedo hervirme yo misma el agua si es necesario —señaló Beatrice—. No tenía ni idea de que me estaba poniendo difícil.

—Lo dispondré todo para que se acerque la señora Smith, la esposa de nuestro chófer, y le dé un buen fregado a la habitación —continuó Agatha, ignorando el comentario—. Le encantan los retos. ¿Tiene usted alguna pieza de mobiliario? Me temo que a nuestro antiguo profesor de latín, el señor Puddlecombe, le importaban muy poco las comodidades.

—Sí, un pequeño escritorio que era de mi madre y la silla que mi padre insistía en cargar con nosotros hasta cualquier rincón del mundo. Tengo que pedir que vayan a recogerlos.

—¿Solo eso?

—Casi siempre alquilábamos habitaciones amuebladas —explicó Beatrice—.

Mi padre recibía continuamente invitaciones para dar conferencias y clases en universidades o para colaborar en periódicos de nueva creación.

Notó que se sonrojaba. Hasta aquel momento, no le había parecido pobre vivir en habitaciones alquiladas. Ella había sido siempre la encargada de desembalar y colocar en las estanterías la biblioteca de su padre, de retirar de las repisas de las chimeneas y de las mesitas cualquier exceso de baratijas y tapetes. Habían vivido mucho tiempo en París, en diversas habitaciones cerca de la Sorbona, pero en los últimos años también habían realizado una larga visita a Heidelberg, pasado dos años en la decadencia romántica de la casa de un mercader de Venecia y, finalmente, habían ocupado la tambaleante casa de madera de un profesor que estaba de viaje en el recinto de una universidad californiana. Siempre había entendido que la vida itinerante que llevaban estaba dictada por los moderados ingresos privados de su padre y que en parte conllevaba la inquietud interior de un exilio, pero siempre se había sentido rica, tanto por la compañía de su padre como por la intensa vida mental que llevaban. Con su ausencia, sin embargo, todo se había reducido a la escasez.

—En el establo tenemos un pequeño almacén de cosas viejas —comentó Agatha—. Le he dicho a la señora Turber que le enviaré algunas piezas. Venga y elija lo que quiera, y, si falta alguna cosa, estoy segura de que lady Emily estará encantada de buscarla en su desván.

—Oh, no quiero bajo ningún concepto molestar a lady Emily —replicó Beatrice. Agatha se quedó rígida al percibir el tono de ansiedad que Beatrice se vio incapaz de disimular. Beatrice hizo rápidamente cálculos y decidió contarle a Agatha la verdad—. En el tren conocí al hijo de lady Emily.

—Un joven estúpido y ofensivo —dijo Agatha—. No le llega ni a la suela del zapato a mi Daniel, ni a Hugh, aunque la verdad es que los duplica tanto en ingresos como en perspectivas de futuro. Un auténtico problema para su querida madre.

—Supongo que comprende, entonces, que prefiera no tener que deberle nada —adujo Beatrice.

Agatha suspiró y se quitó el sombrero.

—Mi querida niña, me temo que todos nos hemos convertido en esclavos de la alta sociedad. No hay forma de huir de eso. En el caso de usted, la rúbrica que supuso la aprobación de lady Emily sobre su contratación sirvió para convencer a la junta rectora del colegio donde yo, miembro de dicho organismo, no pude imponer mi criterio. Me parece que tanto su independencia como las iniciativas que yo pueda desarrollar en mi cargo dependen de nuestra amiga con título y de

sus invitaciones con monograma.

—Les estoy muy agradecida a ambas —dijo Beatrice.

—Y nosotras a usted, querida —contestó Agatha—. Con sus excelentes enseñanzas demostrará que tuvimos razón y mejorará el nivel de educación en Rye. Y todos disfrutaremos de sus conocimientos y su presencia representará un pequeño avance hacia una sociedad de mérito y honor.

—Pobre de mí, eso es mucho esperar por treinta chelines a la semana —respondió Beatrice.

—Intente hacer todo lo que pueda —dijo Agatha—. Demostrémosles lo mucho que se puede obtener de una mujer..., y con menos gasto para el presupuesto anual. Ah, acabo de oír un carro fuera. Deben de ser sus cosas.

Corrió hacia fuera, concediéndole a Beatrice un momento de privacidad durante el cual reflexionar que, por mucho que su padre y ella hubieran discutido a menudo sobre los principios abstractos del precio del trabajo, no era en absoluto agradable descubrir que, por el simple hecho de ser mujer, iba a recibir un sueldo inferior al del señor Puddlecombe, el de los suelos pegajosos y el tónico capilar barato.

Siguiendo instrucciones de Agatha, los hombres hicieron entrar el baúl de Beatrice a través de la estrecha puerta y, después de una breve discusión, lo depositaron en la grasienta alfombra que ocupaba la zona central del salón, puesto que era demasiado grande para subirlo por la escalera. Descargaron a continuación las cajas y cajones de libros y Beatrice tuvo que contener el temblor de ansiedad que le causaba el tener que vivir, por vez primera, en un lugar sin una sola librería. Apareció por fin la bicicleta, y mientras le mantenía la puerta abierta al hombre para que la pasara al jardín de atrás, todos pudieron oír un bufido en la estancia contigua que indicaba que la señora Turber no era precisamente una entusiasta del deporte del ciclismo. Agatha acompañó a los hombres a la puerta y se detuvo un instante antes de marcharse, reacia a la idea de dejar a Beatrice sola en la casa.

—Gracias —dijo Beatrice—. Ha sido muy amable por su parte acompañarme, pero no tema, me las arreglaré perfectamente bien sola.

—Esta tarde le enviaré a la señora Smith, y no quiero oír nada al respecto —contestó Agatha—. Y esta noche la espero para cenar. Estaremos solo los de la familia. Una cena totalmente informal.

—No es necesario que...

—No diré eso tan rápidamente cuando haya probado las comidas básicas de la señora Turber —dijo en voz baja Agatha—. Venga temprano para poder echar

un vistazo a los chicos a los que Hugh está dando clases. Creo que llegan a las cuatro de la tarde.

—Tengo ganas de conocerlos —respondió Beatrice.

Agatha lanzó una última y dubitativa mirada al deslucido salón.

—No estoy del todo segura de que tenga que vivir aquí. Cuando venga a cenar esta noche dígame si, después de reflexionarlo, no preferiría una habitación en casa de una familia agradable.

—Gracias —dijo Beatrice. Fijó la mirada en los dos sillones orejeros llenos de manchas, en la sencilla mesa de madera de pino y en la deslustrada pantalla de latón de la chimenea—. Creo que estaré bien, aunque debo decir que esta casita, en el estado en que se encuentra actualmente, es casi suficiente para empujar a cualquiera al matrimonio.

Había bajado ya el calor cuando Beatrice encontró a Agatha Kent entretenida entre los tupidos parterres de flores que marcaban los límites del jardín delantero de la casa, cortando hortensias y depositándolas distraídamente en una cesta. Llevaba un vestido de tarde poco ceñido y sombrero de paja.

—Dios mío, ¿ya es esta hora? —exclamó, saludando a Beatrice con la mano en cuanto la vio cruzando la verja—. Ni siquiera he oído la campana avisándome de que era hora de ir a arreglarme.

—He venido antes para conocer a mis futuros alumnos —explicó Beatrice, agradeciendo el delicioso frescor del jardín de Agatha después de haber subido hasta la casa a paso ligero.

—Es verdad, lo había olvidado —dijo Agatha. Cogió la cesta y varias hortensias cayeron al suelo. Beatrice se agachó para ayudarla a recogerlas—. Llevo una tarde un poco caótica. Primero me ha llamado por teléfono lady Emily y me ha dejado claro que quería que la invitase para poder conocerla cuanto antes, y, luego, nuestro hombre de letras, el señor Tillingham, que no tengo ni idea de cómo se ha enterado, diciendo que también quería venir, y yo soy incapaz de decir que no a la gente, de manera que somos algunos más a cenar y la cocinera se las ha ingeniado maravillosamente, pero luego he pensado que necesitaba más flores y añadir un ala más a la mesa y como no he encontrado a Smith por ningún lado he tenido que...

—¿No se referirá usted al señor Tillingham, el gran escritor? —preguntó Beatrice, pensando que era imposible que el autor norteamericano, ampliamente reconocido como una de las figuras literarias más destacadas del momento, fuese a cenar a casa de Agatha Kent.

—Por eso se tiene él —dijo Agatha—. Confío en que no empiece a hablar efusivamente y con nerviosismo con él, como hacen muchas de nuestras mujeres. Intentamos tratarlo como a un vecino más.

—Por supuesto que no lo haré —replicó Beatrice, intentando, sin éxito, contener su excitación. Estaba a punto de conocer al maestro cuya obra había

estudiado e imitado con torpeza en sus primeros y titubeantes intentos de escribir una novela. Incluso su padre, que aborrecía de tal modo el formato novelístico que Beatrice ni siquiera había compartido con él sus escritos, había admirado a regañadientes a Tillingham en sus mejores años. Sentía vértigo solo de pensarlo—. ¿Puedo ayudarla en algo? —le preguntó a Agatha—. Puedo cortar las flores, si quiere.

—Si no le parece grosero por mi parte, tal vez podría encontrar sola el camino hasta los establos. Imagino que Hugh estará allí, tiene un estudio en la planta superior.

—Creo que podré apañarme —dijo Beatrice, que veía el edificio de los establos detrás de un seto alto, en el otro extremo del jardín.

—Cuando haya terminado con lo de conocer a los chicos, eche un buen vistazo al trastero para ver si encuentra alguna pieza de mobiliario de su agrado. Está detrás de donde guardamos el coche. La llave está colgada debajo de las escaleras, Hugh sabe dónde. Y le agradecería si pudiera recordarle discretamente a mi sobrino que esta noche tenemos cena con invitados y que debería vestirse en consecuencia.

Los dos caballos que asomaban la cabeza por encima de la puerta de sus establos miraron a Beatrice con escaso interés. Se sumergió en el fresco y oscuro interior del edificio y vio una escalera a su derecha que conducía al piso de arriba. Dudó, consciente de que sentirse intimidada por una máquina era una tontería pero poco dispuesta a rodear el enorme automóvil. La planta superior parecía más soleada, pero se sentía reacia a subir sin invitación previa.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —gritó, el pie posado ya en el primer peldaño.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina, y Hugh apareció acto seguido en lo alto de la escalera con un rectángulo de cristal en la mano.

—Me envía su tía —respondió Beatrice—. Para conocer a sus alumnos.

—Estamos preparando muestras para el microscopio —dijo Hugh. Una ráfaga de olor a formol invadió la escalera—. Me comentó que no era delicada para estas cosas, ¿no es cierto?

—Oh, me encantaría subir a ver —contestó Beatrice, el entusiasmo superando su intención de ser comedida y educada—. Mi padre y yo preparábamos muestras de vez en cuando. Tengo una buena colección de alas de insecto.

—Seccionar cabezas de pollo es un poco más caótico —le advirtió Hugh.

—Le aseguro que no soy en absoluto remilgada —replicó Beatrice, a pesar de que el estómago acababa de darle un desagradable vuelco.

—Si sube, hágalo bajo su propia responsabilidad —dijo Hugh—. Y tenga en cuenta que, si se desmaya, no podré recogerla sin mancharle el vestido con sesos.

La estancia que se abría en lo alto de la escalera tenía sólidas vigas en el techo y una ventana en saliente desde la que se dominaban los huertos. Estaba amueblada con una mesa de trabajo grande y varias butacas con tapicería grumosa, gastada y dispareja. El sol de la tarde se filtraba por la ventana y dos de los tres alumnos de Hugh estaban sentados a la mesa, inclinados con cuchillos afilados sobre fragmentos de tejido sangriento, mientras que el tercero estaba acurrucado en un sillón, mordisqueando la punta de un lapicero e inclinado sobre un libro, echando de vez en cuando miradas hacia la ventana abierta. Cuando Beatrice hizo su aparición, todos se levantaron y la miraron con sincera curiosidad. Ella sonrió para disimular su sorpresa, puesto que eran aún menos atractivos de lo que se esperaba, con esas desgarradas nudosidades de los chicos que han dejado de ser niños pero no se han consolidado todavía como hombres. A pesar de tener alturas y rostros distintos, las orejas grandes, el pelo mal cortado y los calcetines caídos les proporcionaban una fealdad uniforme. Y aunque resultaba evidente que se habían peinado y lavado antes de acudir a recibir sus lecciones, estaban impregnados con ese olor inconfundible de los jóvenes que un baño de asiento semanal no logra sofocar. Por un momento, Beatrice se acobardó al pensar que muy pronto tendría que enfrentarse a un aula repleta de bocas tan toscamente abiertas como aquellas. Se preguntó cómo era posible que Agatha Kent hubiera llegado a ver algún tipo de esperanza prometedora en tres ejemplares tan mugrientos como esos chicos.

—Una estancia espléndida —comentó Beatrice, débilmente.

—De pequeño me exiliaron aquí poco después de que mis experimentos de química empezaran a ser malolientes —le explicó Hugh—. Concédame un momento para terminar con esto y le presentaré a los chicos.

Para recuperar la compostura delante de sus nuevos alumnos, se acercó a observar los armarios con puertas de cristal y las estanterías instaladas en la pared de ladrillo que contenían libros, cajas y la colección de toda una vida de ejemplares de todo tipo. Calaveras, piedras, fósiles, plumas, la mitad de un murciélago seco y un faisán disecado atacado por la polilla transmitían la sensación de formar parte de un tesoro perdido. Beatrice experimentó una dolorosa punzada de celos al pensar que aquel espacio, en casa de una tía, una

habitación más grande que el conjunto de aposentos que se había convertido en su nuevo alojamiento, se hubiera destinado a la afición de un chico que estaba simplemente de visita. Acarició con la punta de los dedos la superficie fría y llena de hoyuelos de un huevo de avestruz y se inclinó para observar un acuario que contenía dos ranas. Una de las ranas nadaba con energía contra un lateral de su habitáculo y Beatrice no pudo evitar detenerse para examinar sus tremendos esfuerzos por intentar alcanzar la libertad a través del cristal.

—Son Samuel y Samuel, señorita —dijo el chico del libro. Era el más alto y calzaba unas botas enormes.

—Íbamos a llamarlas Johnson y Pepys, pero Daniel pensó que sonaba a nombre de tienda de ultramarinos —comentó Hugh, cogiendo con cuidado del interior de una taza con formol algo cortado muy fino y transfiriéndolo con pinzas a un portaobjetos que mantenía muy cerca de su cara—. Ese chico que ha tenido la impertinencia de hablar con una dama sin que antes le hayan dado permiso es Jack Heathly.

—Lo siento, señor —se disculpó Jack, poniéndose colorado hasta las orejas—. Lo siento, señorita.

—El padre de Jack es uno de los pastores más respetados de la zona —le explicó Hugh—. Y el hermano mayor de Jack es campeón de esquilado de ovejas.

—Se ha marchado a Australia, muy lejos —dijo Jack, que parecía a la vez orgulloso y melancólico—. Guardo todos los sellos de las cartas que nos manda.

—Me parece que eso de cortar sesos está poniendo nervioso a Samuel —señaló Beatrice, sonriendo a Jack—. ¿Acaso el señor Grange seccionó las cabezas de todos sus hermanos y hermanas?

—Solo si morían por causas naturales —precisó Hugh—. No se me da muy bien eso de matar animales. La cocinera es la encargada de acabar con los pollos.

—Yo le mataría todo lo que quisiera, señor Hugh —dijo el chico más bajito, que estaba sentado detrás de la mesa.

—Gracias, Snout —contestó Hugh—. Este chico tan agradable, aunque algo bajito, es Snout. Su padre tiene una herrería junto al río.

—Encantado, señorita —dijo Snout.

El chico no levantó la cabeza, sino que siguió cortando con lenta precisión la cabeza del pollo, su fina cara arrugada por la concentración y la lengua asomando entre los labios.

—Y el tercero es Arty Pike, señorita Nash. Supongo que habrá visto al pasar un establecimiento llamado Pike Brothers, una ferretería que hay en la calle

principal.

—Ferretería y mercería —puntualizó el chico con orejas de soplillo, después de que el comentario captara su atención—. Nuestro lema es: «Todo lo que necesite a los mejores precios», señorita.

—Sin duda alguna, abriré enseguida una cuenta, señor Pike —dijo Beatrice, aunque su magnanimidad fue recibida con una mueca que sugería que el chico ya había valorado lo modesto de sus ingresos.

—Terminen, chicos, y les presentaré adecuadamente a la señorita Nash, que a partir de ahora pasará a ser su tutora de verano.

Debían de estar advertidos, pensó Beatrice, ya que consiguieron mantener los quejidos al nivel de un leve murmullo. No sentían tanto entusiasmo por recibir enseñanzas como ella por impartirlas.

—¿Puedo terminar yo también? —preguntó el chico del libro.

—Solo si ha acabado ya con la traducción, Jack —respondió Hugh. Miró a Beatrice y añadió—: Hemos llegado al acuerdo de que si quieren colaborar con los experimentos científicos tienen que presentar semanalmente sus deberes de latín.

Hugh sonrió de un modo que indicaba que habría comunicado muchas más cosas de no estar presentes los chicos en la estancia. Beatrice le devolvió la sonrisa y lo admiró por ser capaz de disfrazar de recompensa el aprendizaje científico.

—¿Para qué sirve aprender latín, de todos modos? —preguntó Jack, sin dejar de mordisquear el lápiz.

Tenía la mirada clavada con triste desesperación en las tres líneas de texto en latín que Hugh había escrito en una hoja grande de papel de estraza marrón y siguió consultando el libro.

—Jack está aprendiendo latín, y a hacer reverencias y comportarse servilmente para poder ser un caballero —dijo Arty—. Le darán un sombrero de copa para que pueda ponérselo mientras esquila ovejas.

—Mejor ser un hombre trabajador que un borracho, dice mi padre —sentenció Jack, que guardó el libro en una estantería como si se hubiese llegado al acuerdo de que podía terminar con sus deberes de latín.

La expresión de Arty se había tornado sombría después de aquella insinuación de insulto y Hugh intervino.

—Tranquilos, tranquilos, chicos. Comportémonos como caballeros en presencia de la señorita Nash.

—Yo no quiero ser caballero y dudo que un poco de latín vaya a servirnos

para sumarnos a ellos —contestó Jack.

—Yo sí que quiero ser un caballero —dijo Snout, manejando el cuchillo con la facilidad que otorga la experiencia y cortando finos como un papel los pocos sesos que le quedaban—. Así no se ríen de ti si lees libros, nadie puede entrar en tus tierras sin tu permiso y puedes matar todos los conejos que te apetezca sin que nadie llame a la poli.

—Es cazador furtivo, señorita —aclaró Jack.

—Repite eso que acabas de decir y te machaco —replicó Snout, cerrando los puños y arrugando tanto la cara que Beatrice comenzó a comprender el origen de su apodo[1].

—Vamos, Snout, no muerda el anzuelo —intervino Hugh—. Y Jack, ¿no le parece que tal vez debería dedicar menos tiempo a insultar a Snout y más a aprender del talento que demuestra tener para el latín?

El comentario no fue bien recibido por ninguno de los dos chicos. Ambos estaban furiosos y Beatrice se alegró de haber recibido su educación en el ámbito privado y no en un aula, donde, empezó a comprender, el talento podía aportar tanto el ridículo como el respeto.

—El latín no solo es el idioma de los césares, sino también el idioma de la ciencia que están estudiando —comentó Beatrice—. Y forma la base de la medicina, la ley y la religión, lo que lo convierte en la llave que da acceso a muchos campos de estudio.

Se interrumpió al ver que la miraban con recelo. Su vocación por la enseñanza estaba inspirada en parte por el punto de vista de su padre, que consideraba que la educación en general, y el latín en particular no tenían que estar limitados a unos pocos, que dividir el mundo y mantener todo el éxito y la distinción en manos de una pequeña élite era erróneo. Aunque, decidió Beatrice, era posible que esa tendencia hacia ideas tan novedosas y el deseo de difundir la educación clásica entre la población no fueran muy populares en un entorno rural como el de Rye.

—Ya lo ven, chicos —comentó Hugh—. La señorita Nash pretende convertirlos en hombres tan eruditos y ricos como los de la antigüedad.

—¿Puedo ver qué hay bajo el microscopio? —preguntó Beatrice, escondiendo el rubor e intentando cambiar de tema—. Imagino que será materia cerebral.

—¿Lo ven, chicos? La señorita Nash no es una remilgada —dijo Hugh, y Beatrice se sintió satisfecha por saber mantener una postura tan estoica—. Acérquese y mire. Es un corte transversal de médula.

—Del latín *medulla*, que significa «meollo», señorita —apuntó Snout—. La

mancha negra muestra los caminos por los que el cerebro envía los mensajes necesarios para respirar y esas cosas. —Había olvidado que debía ser comido y sus ojos, fijos ahora en los de ella, reflejaban una aguda inteligencia—. Cromato de plata, lo llaman. Muy venenoso, pero el pollo ya estaba muerto, señorita.

—Muy buena explicación, gracias —dijo Beatrice, sintiéndose un poco más optimista al ver que al menos uno de los chicos mostraba un entusiasmo sincero. Se inclinó sobre el ocular del microscopio negro y observó un fragmento de carne amarilla y transparente como la piel de una cebolla, recorrida por un sinfín de complejas líneas negras que recordaban una caligrafía elegante—. Es muy bonito —añadió.

—¿Dónde adquirió usted esta fortaleza? —preguntó Hugh, después de encargar a los tres chicos que desinfectaran la mesa de trabajo con un jabón amarillo potente.

—A pesar de lo anticuado que está tener el estómago fuerte, mi padre se aficionó a la historia de los pioneros durante nuestra estancia en Norteamérica —le explicó Beatrice—. Y acabó convenciéndose de que la educación no debería estar reñida con las habilidades más básicas y que es una debilidad que las clases cultas muestren una sensibilidad tan delicada.

—No me gustaría pensar cómo podría demostrarse eso —dijo Hugh.

—Hubo una horripilante visita a los corrales de la universidad, durante la cual quedé desacreditada al escaparme con el pollo cuyo cuello supuestamente tenía que partir —contestó ella. Levantó la vista del microscopio para añadir—: ¿No le parece que esto es una afición más macabra que coleccionar alas de insecto?

—No es una afición —replicó Hugh—. Forma parte de mi investigación. Podemos aprender muchas cosas del cerebro de los pollos.

—Solo en el caso de que tengamos la intención de especializarnos en el cerebro de clérigos y políticos, claro está —dijo la voz que precedió la entrada de su primo Daniel en la estancia—. ¿Piensas presentarte de nuevo a cenar con ese olor a droguería?

—Dispongo de tiempo de sobra —respondió Hugh.

—Teniendo en cuenta el carácter superficial de tu guardarropa, no me cabe la menor duda —observó Daniel—. Dios mío, nunca llegarás a nada mientras este lugar siga supurando las pústulas del populacho.

Los tres chicos, que estaban en un rincón enjabonándose las manos en una palangana de zinc, se volvieron con expresiones amenazantes que sugerían con claridad las réplicas cortantes que solo el respeto hacia sus superiores les

impedía expresar.

—Si quieres ser maleducado, Daniel, te aconsejaría que lo fueses en tu propio estudio —replicó Hugh—. Chicos, pueden ustedes marcharse. Y quiero las páginas traducidas al latín para el próximo día.

Hubo tres sonidos de queja, abreviados por las ganas que tenían los chicos de escapar de una estancia ocupada por una desconocida y un poeta maleducado con vocabulario elegante.

—Espero verlos pronto en mi casa para la siguiente lección —dijo Beatrice, confiando en que su voz proyectara más autoridad de la que sentía—. Nada de pollos muertos, me temo, pero habrá historias y discusiones apasionantes.

—Sí, señorita. Gracias, señorita.

Y con las más breves réplicas posibles y gestos de asentimiento dirigidos a Beatrice, los chicos desaparecieron escaleras abajo y echaron a correr hacia el sol que seguía iluminando el camino de acceso.

—He retrasado al señor Grange —continuó Beatrice—. Lo siento. Estaba tan interesada en los chicos y los cerebros... No sé si seré capaz de encontrar una tarea que les resulte la mitad de atractiva que esta y consiga captar su atención.

Pero a pesar de la preocupación, también estaba ansiosa por empezar. Lograr que aquellos chicos apreciaran el latín sería honrar a su padre. Y quería además poner a prueba su talento frente a los más mugrientos y los más tercos, puesto que si conseguía meter a aquellos tres chicos en vereda, sabía que el aula de la escuela de secundaria dejaría de amedrentarla.

—No le haga caso a Daniel —dijo Hugh—. Él jamás llega puntual a las cenas y luego, en el transcurso de estas, nunca puedes contar con que se muestre educado. Hay que ignorarlo... la mayoría de las veces.

—Eso duele —contestó Daniel, llevándose la mano al pecho—. Aunque sé que tu enfado solo pretende distraerme del hecho de que por fin has conseguido engatusar a una doncella para que suba a tu guarida.

—No digas tonterías, Daniel —replicó Hugh—. La señorita Nash es una protegida de la tía Agatha y no debes incomodarla. ¿Por qué no la llevas a dar un paseo por el jardín mientras yo ordeno todo esto?

—En realidad, su tía me ha dicho que mirara en el trastero por si encuentro alguna pieza de mobiliario que me interese —apuntó Beatrice—. Basta con que me enseñe dónde está la llave y me entretendré hasta que llegue la hora de la cena.

—Creo que las espantosas reliquias que se guardan en el trastero exigen los conocimientos de un guía —dijo Daniel—, a menos que pretenda que la gran

torre de la historia de los Kent le caiga sobre la cabeza. —Se instaló en un sillón y extrajo del bolsillo un cigarrillo y un libro delgado que parecía un diario de poesía—. Yo sería Virgilio y usted, Dante, señorita Nash, pero me temo que no soy lo bastante experto como para alejarla de todas las piezas que Hugh pueda haber utilizado para diseccionar o almacenar sus fragmentos de animales.

—Por favor, si fue solo un escritorio y un único frasco el que se derramó —se defendió Hugh—. Pero permítame que me lave las manos y la acompañaré, señorita Nash. Sé que hay un par de bonitas librerías georgianas que la tía Agatha, con gran prudencia, se negó a dejarme utilizar como conejeras.

—Yo me quedaré aquí y disfrutaré de un momento para leer y fumar en paz —dijo Daniel—. Tía Agatha me persigue hasta en la terraza. —Sacó unas cerillas del bolsillo y Beatrice se preguntó si pretendía encender el cigarrillo allí justo delante de ella. Pero Daniel se limitó a jugar con la caja entre los dedos hasta que Hugh, después de enjabonarse las manos en la palangana y de secárselas con la toalla que colgaba de un clavo, estuvo listo para acompañarla abajo. Cuando se iban, Daniel, sin levantar siquiera la vista del libro, añadió—: Si no oigo llegar a los invitados, ven a buscarme, Hugh..., pero no lo hagas hasta que la sopa esté literalmente en la mesa.

Beatrice temía que el trastero la ensuciara y la cubriera de telarañas, pero las dotes para la limpieza de la esposa de Smith no eran una exageración y, una vez dentro de la immaculada habitación, seleccionó una cama sencilla de color verde y un escritorio a juego, una mesita de té y sus sillas, y las estanterías, que le parecieron excesivamente valiosas pero que Hugh insistió en que eran perfectas.

—Permito espacio más que de sobra para los vínculos sentimentales —le explicó Hugh—. Pero, en cuanto algún objeto queda destinado al trastero, pasa a ser una cuestión de culpabilidad, no de amor.

Cuando subió para lavarse las manos y dejar el sombrero en la tercera mejor habitación de invitados, a la que Jenny le indicó que pasara como si esa habitación fuera a ser a partir de entonces de Beatrice, sonrió al pensar que Hugh Grange escondía un irónico sentido del humor bajo su adusta conducta de científico. Era más callado que su deslumbrante primo, pero parecía igual de perspicaz que él.

Beatrice entró en un salón animado con voces y sonidos de copas. Permaneció dubitativa en la puerta, consciente de que tendría que estar ansiosa por conocer a su mecenas, lady Emily, pero temblando de ilusión y examinando la estancia con

la mirada en busca del gran señor Tillingham. En el trastero, mientras hablaba con Hugh sobre los chicos y reía con las fornidas otomanas y los maceteros con que él trataba de tentarla, se había ido poniendo cada vez más nerviosa. Conocer al hombre cuya escritura había admirado por encima de la de todos los demás era maravilloso, aunque temía mostrarse excesivamente impaciente. Casi se alegraba de que Agatha le hubiera prohibido mencionar su deseo de convertirse en escritora; de lo contrario, habría acabado soltándole a aquel hombre tan ilustre cualquier torpe declaración.

Vio que Daniel había decidido ser educado y estaba ya presente. Se levantó brevemente cuando ella hizo su entrada. Agatha, con un vestido de color verde claro, complementado con un broche confeccionado en plata y plumas de avestruz y zapatillas doradas de estilo árabe, se aproximó, copa de madeira en mano, para recibirla.

—Señorita Nash, permítame que le presente a la mecenas más importante de nuestra pequeña escuela —dijo Agatha—. Lady Emily, permítame que le presente a la señorita Beatrice Nash.

Lady Emily, a pesar de que era una tarde cálida, llevaba un vestido de seda negro sobrio y de cuello alto. Era un ejemplo de ángulos rectos, sus extremidades dobladas con cuidado sobre el asiento menos confortable de todo el salón, la barbilla levantada como si fueran a hacerle un retrato. Como concesión al carácter informal de la cena, a la que prácticamente se había autoinvitado en el último minuto, lucía tan solo una gargantilla de perlas enormes.

—Bienvenida a nuestra pequeña ciudad —dijo lady Emily—. Agatha nos dice que somos afortunados por haber conseguido atraer a una maestra con sus credenciales y lady Marbely, naturalmente, responde por su carácter.

—Les estoy muy agradecida tanto a la señora Kent como a usted, lady Emily —contestó Beatrice.

Sabía lo que debía de haberle costado a su tía escribir unas líneas de elogio para librarse de ella y disfrutó del placer de no repetir su nombre, por mucho que el mohín que esbozó lady Emily sugiriera que estaba esperando más comunicación por su parte. Beatrice se limitó a ofrecerle su sonrisa más desabrida y recatada.

—Y permítame que le presente al señor Tillingham —continuó Agatha, moviendo uno de sus rollizos brazos en dirección a un hombre mayor de mandíbula cuadrada que se esforzaba por levantarse de un mullido sillón—. Aunque estoy segura de que nuestro vecino literario más distinguido no necesita

presentación.

Por fin tenía al gran escritor delante de ella. Jadeando, el hombre se enderezó y se balanceó levemente mientras el volumen de su torso intentaba buscar el equilibrio encima de un par de piernas cortas y dos pies delicados. Examinó a Beatrice con unos ojos entornados bajo una frente ancha que se prolongaba hacia una cabeza calva. Beatrice pensó enseguida en un búho gigante.

—Por supuesto que no —tartamudeó ella.

En persona era menos impresionante que en las fotografías que había visto de él en los periódicos, pero, aun así, se ruborizó como una niña cuando él le dio la mano.

—Encantado de conocerla —dijo.

Beatrice se esforzó por encontrar una réplica que no fuera un aluvión efusivo de comentarios tontos sobre la belleza de su lenguaje o sobre la construcción elíptica de sus frases. Se limitó a decir:

—Mi padre, Joseph Nash, era un gran admirador de su obra.

Pensó que, como mínimo, el nombre de su padre le daría a entender que era algo más que el último experimento educativo de las damas sobre el que poder hablar durante la cena.

—¿Joseph Nash? ¿Joseph Nash? —dijo el señor Tillingham, manteniendo una expresión educadamente neutra mientras intentaba encontrar alguna conexión con aquel nombre.

—¿*Una breve historia de Eurípides?* —apuntó ella—. Tuvo usted la amabilidad de escribirle al respecto.

Había sido la obra publicada de su padre más exitosa y él la había considerado su mayor logro, en parte porque había dado lugar a una correspondencia con el señor Tillingham. Tillingham le había escrito elogiando el trabajo y su padre había respondido en consecuencia. Tillingham había vuelto a escribirle para sugerirle que se concentrara única y exclusivamente en la biografía histórica y lamentar que tanta gente despilfarrara su talento en periodismo barato y críticas de bajo nivel. Su padre se había reído al leer la carta y había escrito de nuevo a Tillingham para agradecerle el consejo. Ninguno de los dos había mencionado el periódico para el que su padre escribía algunas colaboraciones y en el que había criticado con rotundidad una de las primeras obras de Tillingham. Beatrice conservaba las cartas de Tillingham, junto con las copias que ella misma había hecho de las respuestas de su padre. Las guardaba envueltas en tela de hule y sujetas con una cinta fina de cuero en el interior de la caja de hojalata que almacenaba los documentos de su padre, una caja que había logrado sacar a

escondidas de casa de los Marbely. Empezó a sentirse ansiosa cuando vio que todo el mundo arrugaba la frente, como si se buscara la respuesta en la memoria colectiva.

—Estoy segura de que el señor Tillingham debe de mantener correspondencia con docenas de personas —dijo Agatha.

—¿De qué color son los bordes? —preguntó Tillingham—. Tengo buena memoria para los colores.

—Verdes —respondió Beatrice—. Finos, con el anagrama en crema.

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo Tillingham—. Una obra histórica curiosa que lograba la brevedad prometida y con un par de momentos de sorprendente claridad entre sus páginas. Creo que me dejó bastante impresionado.

—Gracias —contestó Beatrice.

—Lo buscaré en mi biblioteca —prosiguió Tillingham—. Tal vez así recordaré la correspondencia que mantuve con su padre.

La tensión en la sala aflojó un poco, como si el hecho de que el señor Tillingham hubiera recordado el libro del padre de Beatrice hubiera hecho las veces de santo y seña.

—Siéntese, señorita Nash —dijo Agatha, indicándole un espacio a su lado en un cómodo sofá—. Aún debe de estar cansada después del viaje de ayer.

—Solo un poco —respondió Beatrice—. En las estaciones de Londres hacía mucho calor y estaban abarrotadas de gente.

Hugh hizo su entrada en la estancia, el lazo torcido y el cabello mojado delataban que se había arreglado en el último minuto. Nadie pareció percatarse de su presencia y Beatrice se dio cuenta de que todo el mundo estaba demasiado ocupado examinándola, por mucho que fingieran mirar hacia otro lado.

—Yo nunca viajo en tren —dijo lady Emily, rompiendo una incómoda pausa—. Con todo ese hollín y toda esa humanidad vulgar apretujada.

—Sí, y siempre acabas encontrándote con la persona vulgar por excelencia —comentó Beatrice, manteniendo una expresión impávida y sin mirar a Hugh, aunque quedó satisfecha cuando oyó que agitaba sonoramente un decantador.

—¿Alguien quiere más jerez? —preguntó, subiendo la voz.

La doncella, Jenny, permanecía en pie al lado de la mesita de los decantadores con una bandeja de plata para servir las copas.

—No hay ninguna necesidad de ser tan brusco, querido —dijo su tía—. Sírvele una copita de jerez a la señorita Nash.

—Pero, mi querida lady Emily, si nunca viaja en tren, ¿cómo llega hasta Escocia? —preguntó Daniel, repantingado en su sillón con la despreocupación

de un niño.

—Bueno, es evidente que para viajar a Escocia lo hago en vagón privado —respondió—. E incluso así, tengo que enviar a dos de mis criadas para que lo limpien a fondo antes de subir a bordo.

—Supongo que le gustará llevar su propia ropa de cama —dijo el señor Tillingham, ladeando la cabeza y frunciendo los labios. Beatrice se preguntó si estaría tomando mentalmente notas para una futura novela—. Y tal vez un par de cestos.

—Por supuesto —contestó lady Emily—. Y, claro está, cojines especiales para los niños. Les encanta rodar por el suelo y si no se sienten terriblemente incómodos.

Beatrice perdió el hilo de la conversación al visualizar la imagen y fue incapaz de contenerse y no enarcar una ceja.

—Lady Emily cría unos dachshunds adorables —le explicó Agatha.

—Viajan conmigo a todas partes —continuó lady Emily—. Excepto aquí, cuando sus terribles chicos están en casa —añadió, señalando con el abanico a Daniel, que rompió a reír, y luego a Hugh, que se quedó paralizado.

—Diría, lady Emily, que de eso hace mucho tiempo —contestó Hugh—. Le aseguro que sus pequeños amigos caninos estarían aquí completamente seguros.

—¿Qué diantres hicieron ustedes dos, jóvenes malvados, para inquietar de este modo a los dachshunds de lady Emily? —preguntó el señor Tillingham, inclinándose hacia Daniel en un gesto conspirador.

—Una vez montamos un circo y los utilizamos como payasos —explicó Daniel, en un susurro teatralizado—. Y en otra ocasión, Hugh decidió que podíamos llevarlos a cazar por el bosque y uno de los perros de lady Emily capturó un ratón de campo descomunal.

—No creo que haya necesidad de airear nuestros delitos de juventud, Daniel —dijo Hugh.

Beatrice se quedó encantada al comprender, por el rubor que le cubría la cara, que Hugh Grange no había sido toda la vida tan responsable como parecía ahora. Le gustó que fuera así.

—Son temas olvidados desde hace mucho tiempo —concluyó lady Emily—. Aunque me dolió tener que dar a ese.

—¿Dice que lo dio? —preguntó Daniel—. ¿Al rey de los ratones de campo?

—Fue desgarrador, pero ya no me sentía cómoda viéndolo picotear el beicon de mi plato del desayuno con aquellos dientecitos —dijo lady Emily—. Hay que ir con mucho cuidado con las enfermedades.

—Es comprensible —convino Daniel.

Pero mientras que Daniel se esforzaba por contener la risa, Beatrice se dio cuenta de que su primo Hugh estaba apenado.

—El coronel Wheaton siempre anda quejándose de que destinamos la mitad de los servicios de un lacayo solo en retirar pelos —continuó lady Emily—. Pero luego siempre lo descubro en su estudio, leyendo el periódico y con un perro en cada brazo. Para eliminar el olor a puro que les queda en el pelaje se necesitan días.

—A menudo pienso que debería tener un perrito —comentó el señor Tillingham—. Un terrier agresivo, quizás, para mantener a raya a las visitas indeseadas que interrumpen mi trabajo.

—No soporto a la gente a la que no le gustan los perros —dijo lady Emily—. Y recelo muy en especial de aquellos que prefieren los gatos. —Miró a Beatrice como si pudiera ser culpable—. Tienen algo excesivamente maleable, ¿no les parece?

—Creo que nuestra alcaldesa, la señora Fothergill, tiene dos siameses de pelo largo de lo más elegante —apuntó Daniel.

—Una mujer muy resuelta —replicó lady Emily—. Sin embargo, mañana me morderé la lengua para asegurar el puesto de la señorita Nash.

—No pretende decir con esto que su puesto en la escuela no esté asegurado —intervino Agatha—. Pero lady Emily celebra un té anual al que acuden los miembros de la junta rectora de la escuela, el director y el personal, así como otros dignatarios. Nos parece que sería una presentación de domingo por la tarde estupenda para garantizarnos que es bienvenida en la comunidad.

—Evidentemente, no esperábamos que fuera usted tan joven —añadió lady Emily.

Beatrice notó el rubor extendiéndose por el cuello y las mejillas cuando la cuestión de su edad que, por supuesto, no debía formularse, permaneció suspendida en el aire.

—Tengo veintitrés años —dijo, mirando directamente a lady Emily—. Confío en que sea una edad lo bastante avanzada como para ser considerada una solterona.

—Estoy segura de que nadie cuestionará que es así —respondió Agatha.

—Una anciana, ciertamente —apostilló Daniel—. ¿No te parece, Hugh?

—No me refería a eso en absoluto —se defendió Agatha.

—Cabría esperar una fisonomía más arrugada y cabello gris —dijo Hugh—. Aunque estoy seguro de que unas semanas con nuestros alumnos de secundaria

le otorgarán el aspecto deseado.

—Creo que el verdadero problema es que lady Emily y la señora Kent ofrecen una imagen tal de juventud que cualquiera con su edad parece simplemente una niña —apuntó el señor Tillingham.

—No sea absurdo, mi querido amigo —repuso lady Emily, aunque estaba más sonrosada.

—Habla como un escritor —señaló Daniel—. Los escritores deben ser sinceros con la belleza.

—Evidentemente, los poetas se ven forzados a producir hipérbolos en exceso —dijo Hugh—. Imagino que los escritores exageran, simplemente.

Daniel se echó a reír y Beatrice vio un destello de ira en la cara del señor Tillingham antes de que se relajara y riera también.

—Me parece que el médico está diseccionándonos de forma cruda y cruel con una sierra tremendamente afilada —observó el señor Tillingham.

—Independientemente de la edad, estoy segura de que la señorita Nash se presentará como una mujer recatada y digna y demostrará que hemos tomado la decisión correcta —dijo Agatha.

—Procuraré llevar el vestido más feo que tenga —aseguró Beatrice.

—Con que sea sencillo bastará —respondió lady Emily, muy seria—. Lo que menos necesitamos es otro espectáculo como el de esa maestra francesa y sus ridículos vestidos de seda.

—Para ser honestos, la señorita Clauvert no es inglesa —replicó Agatha—. Y es una suerte tener a una francesa de verdad.

—Cierto —dijo lady Emily—. Pero agradezco que la familia de la señorita Nash sea de un impecable linaje inglés.

—En realidad, mi madre era norteamericana —la corrigió Beatrice, sin tiempo de poder reprimirse. Cerró la boca con fuerza para contenerse y no añadir que su padre había sido repudiado por los Marbely y que él, a su vez, había renegado también de ellos todo el tiempo que le había sido posible.

—¿Norteamericana? —exclamó lady Emily, en un tono de horrorizada sorpresa.

—Es encantador —dijo Daniel—. Lady Emily es una gran admiradora de todo lo norteamericano, ¿verdad, señor Tillingham?

—Por supuesto —ratificó el señor Tillingham.

No parecía muy feliz de que le recordasen su nacionalidad. Beatrice reconoció entonces que con aquella meticulosa pronunciación se cuidaba expresamente de no mostrar indicios de ningún tipo de acento.

—Mi padre era inglés —aclaró Beatrice—. Aunque después del fallecimiento de mi madre, nunca llegó a ser feliz aquí.

—Ah, los misterios del corazón humano —dijo el señor Tillingham. Levantó una mano, como si se dispusiera a dirigir una orquesta invisible, y todo el mundo se quedó inmóvil, como él probablemente pretendía, pensó Beatrice, a la espera de que la mente brillante realizara un comentario ocurrente—. Pues yo hace tiempo que encontré un hogar y un refugio en este diminuto rincón de Inglaterra y nunca he sido más feliz que aquí.

—Y nosotros lo consideramos uno de los nuestros, señor Tillingham —replicó lady Emily—. Le aseguro que jamás pienso en usted como norteamericano.

—El señor Tillingham está muy solicitado por las anfitrionas locales —le informó Agatha a Beatrice—. Lo agobian con invitaciones.

—Me veo obligado a mostrarme descortés y declinar muchas de ellas pues, de lo contrario, nunca podría cenar en mi confortable residencia —explicó el señor Tillingham—. El reconocimiento público de mis contribuciones literarias resulta gratificante, evidentemente, pero la carga de la reputación puede llegar a ser onerosa.

—Es una suerte que no tengas que sufrir esta carga con tu poesía, Daniel —comentó Hugh—. Rezaré para que tus versos sigan sin publicarse.

—Tengo las espaldas anchas —contestó Daniel—. Soportarán bien el peso de la fama y los laureles.

—Bromeen, chicos, bromeen —dijo el señor Tillingham—. Pero esperen a que llegue un terrateniente local y les pregunte durante una cena, desde el otro lado de la mesa, si es posible que haya leído alguna cosa que hayan escrito.

—Entiendo a qué se refiere —intervino Beatrice—. A mi padre solían pedirle que explicara quién era y qué tipo de cosas escribía. Siempre mostró mucha paciencia.

Se produjo una educada pausa y Beatrice se quedó paralizada al comprender, con horror, que pensaban que estaba refiriéndose al fallo anterior del señor Tillingham, cuando se había mostrado incapaz de recordar el nombre de su padre.

—Yo, por desgracia, tal vez no sea tan paciente como su padre —dijo el señor Tillingham con una gran sonrisa que eliminó la tensión. Beatrice lo habría besado por su inesperada elegancia—. Me gusta responder que no escribo para el *Almanaque del terrateniente* y que, en consecuencia, no puedo atreverme a esperar que el caballero haya leído algún fragmento de mi exigua obra.

—Es mucho más educado reconocer que no leemos —observó lady Emily—.

¿Quién tiene tiempo para ello? Naturalmente, todos tenemos las obras del señor Tillingham en nuestra biblioteca. Su último libro ocupa un lugar de honor al lado de mi butaca en el salón, señor Tillingham. Y le destino un marcapáginas especial dorado con una borla de seda Fortuny.

—Estoy conmovido —contestó el señor Tillingham.

—Si el señor Tillingham prefiere cenar en su propia casa, deberíamos intentar invitarlo con menor frecuencia, tía —comentó Hugh—. Sería espantoso pensar que lo distraemos.

Lo dijo con una sonrisa, pero Beatrice detectó que Hugh no bromeaba en absoluto. Se preguntó por qué no le gustaría aquel hombre tan ilustre.

—Confío en que el señor Tillingham sepa que es libre de venir a cenar a casa siempre que quiera y de declinar la invitación cuando así lo desee —replicó Agatha—. Con los que consideramos de la familia no son necesarias ceremonias. —Se volvió hacia Beatrice para añadir—: El señor Tillingham me escribe siempre preguntando por los chicos y muestra un amable interés por la poesía de Daniel.

—Ayudar a la próxima generación de jóvenes escritores y poetas es un deber que considero tanto sagrado como gratificante —aseveró el señor Tillingham—. Confío, Daniel, en que venga usted a cenar a casa y me traiga algunos poemas más que leer —añadió, enarcando una gruesa ceja y sonriéndole a Daniel de forma conspiradora.

—Me temo que no están todavía en su mejor forma —respondió Daniel, manteniendo un lánguido aire de indiferencia—. Aunque estoy esforzándome por insuflar vida a un par de poemas.

—Creo que la señorita Nash también escribe —dijo Hugh.

—Oh, no, qué va —contestó Beatrice, aturullada por el deseo apremiante de que el gran escritor le regalara una sonrisa de interés y el deseo contrario de acatar el requerimiento de Agatha Kent—. He pasado años editando las cartas personales de mi padre con la esperanza de publicar un pequeño libro —explicó, y miró al señor Tillingham, cuya expresión era de cierto alivio.

—Recopilar y clasificar este tipo de material es un proyecto admirable para una hija —comentó—. Estoy seguro de que será de gran interés para los amigos y familiares de su padre; y al menos se trata de una empresa seria y no de una veleidosa novela femenina.

—A lo mejor la señorita Nash también desea escribir una novela —sugirió Hugh.

—La señorita Nash estará totalmente ocupada con su vocación de maestra y

no tendrá interés alguno por cuestiones tan frívolas —sentenció lady Emily.

Agatha Kent miró a Beatrice con una ceja levantada y mudas esperanzas.

—Mi única preocupación serán mis deberes como maestra —confirmó Beatrice, amargamente decepcionada pero resignada a lo práctico.

—Gracias a Dios —dijo el señor Tillingham—. Ahora está muy de moda animar a las jóvenes, y en especial a las norteamericanas, a creer que pueden escribir y ya he recibido diversas peticiones un tanto histéricas instándome a leer tan encantadores manuscritos.

—¿Y lo ha hecho? —preguntó Daniel.

—No, santo cielo, antes me cortarían la mano derecha —respondió el señor Tillingham—. Delego en mi secretaria para que redacte respuestas diplomáticas y destine las censurables páginas al horno de la cocina.

—Le tenía por gran amigo de esa mujer norteamericana que insiste en escribir pese a que su posición y su fortuna lo hacen totalmente innecesario —dijo lady Emily.

—La dama de la que habla es toda una categoría por sí misma —contestó el señor Tillingham—. Posee un ojo meticulado para el limitado medio sobre el que escribe y no puedo culparla por ser competente ni discutir su considerable éxito.

—Además es muy generosa, he oído decir —observó Daniel—. ¿No es cierto que viene a verlo para pasearlo en su gigantesco automóvil?

—¡Daniel! —exclamó su tía.

El señor Tillingham agitó la mano para indicar que no se había sentido ofendido.

—Le aseguro, hijo mío, que soy muy capaz de aceptar la generosidad de mis amistades y seguirles diciendo lo que opino de su arte —dijo—. De hecho, ya me gustaría que fuese de otro modo, puesto que he perdido amigos y, en mis buenos tiempos, ahuyentado un par de grandes amores con lo que algunos de ellos describen como mi brutal honestidad.

Para gran sorpresa de Beatrice, sacó del bolsillo su gran pañuelo de seda y se secó a golpecitos los ojos, que empezaban a llenarse de lágrimas.

—Jamás le describiría como brutal —aseguró Daniel. Se giró hacia el resto de los congregados y añadió—: Aunque el último conjunto de poemas que le mostré al señor Tillingham se vio desmantelado de un modo tan rotundo y preciso que se quedó reducido a un simple pareado.

—Es como un maleficio pero, por lo que a la palabra escrita se refiere, nunca he sido capaz de decir otra cosa que la verdad —reconoció el señor Tillingham—. Creo que su padre era del mismo parecer que yo, querida.

—¿Lo recuerda? —preguntó Beatrice.

—Empieza a venirme a la cabeza —respondió el señor Tillingham—. ¿Es posible que escribiera una crítica absolutamente mordaz de mi primera obra?

—Creo que hizo una crítica, sí —contestó Beatrice, sonrojándose.

—No fue el único, eso seguro —continuó Tillingham—. Pero recuerdo que su análisis fue lo bastante astuto como para hacerme sentir incapaz de escribir mi larga y detallada refutación habitual.

—Gracias —dijo Beatrice.

—Buscaré su libro en cuanto llegue a casa —añadió Tillingham—. Y tiene usted que venir a tomar el té para mostrarme algunas de las cartas más interesantes de su padre.

Beatrice notó el escozor de las lágrimas en los ojos y se clavó las uñas en la palma de la mano para contenerse y no dejar patente lo agradecida que se sentía. El señor Tillingham le dio unos golpecitos en la mano y Beatrice percibió el asombro de lady Emily.

—Maravilloso —dijo Agatha—. Recuérdeme que me asegure de que el director de la escuela y el vicario también le extiendan invitaciones.

—Turnarse para aliviar la soledad de las damas solteras de la parroquia es un acto de decencia habitual —explicó lady Emily—. Siempre que estoy en casa los martes recibo a dos hermanas de edad avanzada para jugar al bridge. ¿Juega usted, señorita Nash?

Beatrice se esforzó por encontrar una evasiva aceptable, puesto que se sentía orgullosa de su habilidad con el bridge.

—Los martes, la señorita Nash dará clase a unos chicos de secundaria —intervino Agatha sin alterarse—. No deseo imponerle más cargas, mi querida lady Emily, pero una invitación a tomar el té por su parte, emitida públicamente en plena recepción al aire libre, sería lo ideal para que nuestro pequeño proyecto fuera inexpugnable e impedir las intrigas de la señora Fothergill.

—Si piensa que puedo ser de alguna ayuda —respondió lady Emily, apaciguada—. Soportaría cualquier adversidad con tal de poner a la señora Fothergill en el lugar que le corresponde.

Cuando sonó el timbre que anunciaba la cena, Beatrice sorprendió a Hugh y Daniel intercambiando una débil sonrisa. Ella reprimió otra y pensó que estaría encantada de verse comparada con una adversidad con tal de no tener que incorporarse al desfile de solteras de lady Emily.

La chica que llamó a la puerta de la habitación de Beatrice a la mañana siguiente parecía incapaz de poder cargar con la bandeja donde reposaban una taza de té de porcelana floreada y una jarra grande con agua caliente para el lavamanos. Tenía las mejillas hundidas y los hombros estrechos, el cabello recogido sin gracia alguna en una sola trenza. El vestido y el delantal le iban grandes y las botas quedaban cómicamente enormes sobre unos tobillos esqueléticos.

—Una taza de té, señorita —dijo—. Me han encargado comunicarle que su desayuno está preparado abajo, tapado, porque la señora Turber se ha ido a la iglesia a las ocho y confía en que no espere usted que deje a Dios de lado por culpa de gente que utiliza el Sabbat para dormir hasta tarde.

—¿Por qué no me ha despertado? —preguntó Beatrice.

—Lo he intentado, señorita, pero usted no quería moverse y me he llevado el té frío.

Posó la bandeja en el suelo, dejó la jarra en el lavamanos y le acercó el té, sus labios cerrados en un esfuerzo de concentración para impedir que la taza se tambalara sobre el platillo dorado. La chica no levantó la vista ni siquiera cuando Beatrice le cogió la taza, sino que dio media vuelta para recoger la bandeja.

—Siempre me despierto —comentó Beatrice, bebiendo un trago largo de té—. Imagino que estaría cansada por el viaje.

Estaba acostumbrada a la luz clara del amanecer, al suave coro de los pájaros que la acompañaba cuando se despertaba y pensaba en su padre. Curiosamente, no se sentía culpable por haberse quedado dormida hasta bien entrada aquella calurosa mañana. Y si estaba cansada, por el viaje y por todas las cosas nuevas que la rodeaban, era un agotamiento distinto al que había sentido durante todo aquel año; más un cansancio físico bueno que la lasitud debilitante que acompaña a la desesperanza.

—Los domingos, el señor Puddlecombe nunca se despertaba antes de

mediodía —dijo la chica, que cambió el peso del cuerpo sobre una de sus absurdas botas y se ruborizó de un modo poco favorecedor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Beatrice.

La chica la miró de soslayo y dio la impresión de coger fuerzas para poder responderle.

—Lo siento, señorita. La próxima vez subiré más la voz para llamarla, si quiere —dijo—. Aunque, si se despierta antes, la señora Turber me obligará a ir también a la iglesia y entonces será muy complicado tener toda la limpieza acabada antes de comer, y tengo los domingos por la tarde libres pero solo si lo tengo todo hecho, y mi madre está mal y me necesita, y... me llamo Abigail.

—¿Cuántos años tienes, Abigail?

—Trece, señorita. O casi, pero soy fuerte para mi edad.

—Muy bien, Abigail, de todas formas prefiero acudir al servicio religioso más tarde, y hoy no voy a ir porque luego van a presentarme oficialmente en una recepción al aire libre y tengo que procurar que nadie me vea hasta entonces.

—Puedo subirle el desayuno si quiere —propuso Abigail—. Es un huevo duro con tostadas, un poco de beicon frío y tomates.

—Me gustaría que me lo envolvieras en una servilleta —dijo Beatrice—. Creo que voy a salir a dar un paseo en bicicleta y luego desayunaré en la playa. —Abigail se quedó tan sorprendida que ni pudo replicar. La sonrisa de Beatrice solo sirvió para alarmarla más si cabe—. Corre a preparármelo —añadió Beatrice—. Así no te molestaré y podrás dedicar toda la mañana a dejar la plata reluciente.

—Una bicicleta, señorita. Eso es estupendo.

La comida del domingo, servida cuando la señora Turber llegaba de la iglesia poco después de mediodía, era la única que se servía en el comedor.

—No estaré aquí para el té, señora Turber —anunció Beatrice.

Escondió debajo de una hoja de repollo la ternilla de un trozo de carne duro como una piedra y dejó el cuchillo y el tenedor en el plato. Estaba apretujada entre la sólida mesa de roble y un aparador voluminoso y oscuro. El aparador estaba decorado con un tapete de ganchillo, labor que adornaba asimismo el respaldo de las sillas, una pequeña vitrina y varios maceteros de pie con helechos y bulbos, plantas cuyo nombre desconocía por completo Beatrice. La mesa también estaba cubierta con un mantel de ganchillo blanco, colocado encima de una pieza cuadrada de paño verde, que a su vez protegía una tela de damasco

roja que nunca se retiraba. El mobiliario estaba además rematado con festones de cretona y la única ventanita se ocultaba detrás de una cortina de muselina plegada, lo que hacía que la estancia quedase cerrada como un termo. Beatrice bebió un poco de agua y rezó para pedir paciencia mientras el reloj decorativo dorado colocado encima de la repisa de la chimenea emitía su tictac a intervalos agonizantemente lentos.

—Entonces es una suerte que no haya preparado el bizcocho Victoria esta mañana —contestó la señora Turber—. Habría sido una pérdida de tiempo.

—Creo que la señora Kent ya le comentó que tengo que ir a casa de lady Emily —dijo Beatrice.

—Doy las gracias al buen Dios por no haber vivido nunca con aires de grandeza —replicó la señora Turber—. Hay gente en esta ciudad que... No pretendo decir con esto que culpe a lady Emily por haberse dejado llevar.

Frunció el entrecejo, cerró la boca con fuerza para impedir el paso de una ristra de desaires e hizo sonar la campanilla de cristal para ordenarle a Abigail que pasase a recoger. La chica entró con un humeante pudin de mermelada en un cuenco.

—¿Es muy imponente la casa del coronel Wheaton? —preguntó Beatrice.

Pensó que se iba a desmayar con la incorporación de aquel vapor a una estancia carente de oxígeno. La señora Turber se levantó, no sin cierta dificultad, y se acercó al aparador para cortar dos trozos de pudin.

—Solo he ido una vez, cuando el pobre capitán estaba aún con vida —respondió—. Por una reunión de ediles. Era encantadora, y recuerdo que lady Emily admiró mucho mi sombrero. —Suspiró—. Claro está, hoy en día nadie quiere invitar a una pobre viuda.

—Creo que solo estarán allí los componentes de la junta rectora de la escuela —dijo Beatrice.

—Oh, sí, solo la junta rectora, o solo los ediles, o solo los miembros del club de caza de liebre y sus esposas —replicó la señora Turber—. Ya le decía al señor Puddlecombe que solo por esto merecía la pena plantearse un casamiento, para que se vean obligados a buscar mejores excusas.

Beatrice bajó la vista hacia el mantel y cerró los ojos para no visualizar la imagen de la señora Turber sugiriéndole aquello al antiguo profesor de latín.

—La verdad es que no me apetece mucho —dijo Beatrice—. Será terrible sentir la mirada de todo el mundo.

—Estar agradecido es una muestra de humildad —sentenció la señora Turber—. Espero que no quiera nada más, sería una lástima que la chica no pudiese

disfrutar de su tarde libre.

La tarde era cálida y Beatrice repitió el trayecto que la alejaba de la ciudad y ascendía la colina para llegar a casa de Agatha Kent. Durante el camino, reflexionó sobre la rapidez con que se había familiarizado con aquel recorrido y lo confortable que empezaba ya a parecerle la pequeña población. Sin duda, algo tenían que ver con todo aquello el sol y la brisa, que indefectiblemente transportaba el aroma de la vegetación salada que cubría las marismas. Le había dicho a la señora Turber que no le gustaba ser el foco de atención pero ahora, mientras caminaba a buen ritmo, sentía tanta energía por empezar una nueva vida, con una nueva vocación, que se moría de ganas de incorporarse a la fiesta. La señora Kent y sus dos sobrinos la esperaban en el fresco vestíbulo.

—Esperaremos a que pasen un par de carruajes y luego iremos paseando tranquilamente a la fiesta —dijo Agatha, situándose delante del espejo del vestíbulo para colocarse el sombrero. Era nuevo, confeccionado con brillante paja oscura de buenísima calidad, con una circunferencia moderada y una cinta ancha de gorgorán a rayas azul marino y blanco rematada a ambos lados por una escarapela—. Lady Emily nos ha encargado llegar temprano, pero tampoco hay que estar allí antes de tiempo.

Le dio un último cepillado al traje, que no se veía tan nuevo pero era de lino grueso y estaba escrupulosamente planchado, con cintas incorporadas en los puños a juego con el sombrero. Era el típico vestido comprado para poder ser llevado durante años —la falda más corta o más larga, adornos incorporados o retirados para seguir las tendencias de la moda— y que cada otoño se guardaba en un baúl con un saquito de piel de naranja seca, lavanda y clavo para protegerlo de la polilla. El vestido de algodón de Beatrice parecía soso e infantil en comparación.

—Una carpa abarrotada y una limonada pegajosa no son a mi parecer la mejor manera de pasar una tarde tan espléndida como esta —dijo Daniel—. Confío en poder escabullirme.

—Si intentas huir, me veré obligada a contarle a tu tío John que en su ausencia has propuesto decidir a cara o cruz quién debía escoltarnos —replicó Agatha, poniéndose unos guantes blancos de encaje.

—Pero, tía Agatha, si precisamente para eso tienes a Hugh —protestó Daniel—. Ya sabes que tiene mejores modales que yo.

—Eres como un niño —dijo Hugh—. Siempre te quejas cuando hay que ir y,

luego, a Harry Wheaton y a ti hay que sacaros a rastras de la tienda del champán.

—Le aseguro, señorita Nash, que la fiesta al aire libre de lady Emily siempre es un acontecimiento encantador y está considerado, además, como uno de los momentos cumbre del verano —comentó Agatha—. Y el jardín, a pesar de ser tremendamente francés, ofrece unas vistas maravillosas de la costa.

—Confío, señorita Nash, en que mi tía le haya reservado un rato para poder ver el jardín y disfrutar de la limonada —añadió Hugh—. Aunque me temo que lady Emily y ella tienen pensado mantenerla ocupada con una campaña de presentaciones.

—Controladnos todo el tiempo, chicos —dijo su tía—. En cuanto veáis que levanto una ceja, tenéis que venir corriendo a rescatar a la pobre señorita Nash.

—Me gustan mucho las fiestas al aire libre —afirmó Beatrice—. La gente siempre se muestra muy amable en el exterior.

Los dos jóvenes encontraron gracioso el comentario. Incluso Agatha Kent le sonrió.

—Los ricos de Rye son mucho más agradables cuando están al aire libre, básicamente porque dispones de más espacio para alejarte de ellos —dijo Daniel—. De estar en su lugar, tendría todo el rato la mirada puesta en las verjas para salir corriendo en caso de necesidad.

—Veamos, ahora que ya has echado por tierra cualquier esperanza que la señorita Nash pudiera tener depositada en disfrutar de una tarde agradable, ¿te parece bien si vamos tirando? —preguntó Hugh—. ¿Puedo? —añadió.

Le ofreció el brazo a Beatrice y juntos siguieron a Daniel y Agatha hacia el exterior, abandonando el frescor del vestíbulo y sumergiéndose en una tarde moteada por el sol.

La casa del coronel Wheaton y lady Emily no era la avejentada mansión de campo que Beatrice se esperaba. Después de cruzar unas trabajadas verjas de hierro, se encontró con una brusquedad de ladrillo rojo: una vivienda alta con los perfiles y los elementos principales rematados, como si fuera el glaseado de un pastel, con sofisticada mampostería blanca. Dos criados con chaquetas abotonadas y dos doncellas con cofias impolutas y delantales almidonados montaban guardia en el patio de gravilla recién rastrillada. El patio estaba flanqueado por parterres simétricos, recortados con perfección geométrica y alfombrados con flores de colores. Varios limeros podados y colocados en fila marcaban el perímetro de la propiedad.

—¿Qué le parece la casita de campo de los Wheaton? —preguntó Hugh.

—Majestuosa —contestó Beatrice, intentando que la respuesta no sonase evasiva.

—El coronel tiene muchos intereses depositados en el negocio del coñac francés —explicó Agatha—. La casa está diseñada siguiendo un concienzudo estilo francés.

—Quiera el cielo que las líneas de su belleza acaben viéndose suavizadas y difuminadas bajo las presiones de la lluvia inglesa y de la fecundidad de la hierba —dijo Daniel.

—No hay ninguna necesidad de mostrarse gracioso, Daniel —le reprendió su tía—. Lady Emily puede tener los gustos que le apetezca.

Pero por cómo sonrió, Beatrice llegó a la conclusión de que Agatha Kent estaba disfrutando de un indigno momento de satisfacción y que, a su entender, el dinero y la posición de lady Emily no implicaban que tuviera un gusto exquisito.

El jardín de los Wheaton no podía ser otra cosa que un escenario de felicidad: el verde esmeralda del césped, la carpa blanca de techo piramidal engalanada con tiras con banderolas azul celeste, los sombreros, como flores de verano, moviéndose en gestos de asentimiento por encima de los vestidos de lino y algodón de las mujeres. Los criados uniformados, una pequeña fuerza naval, transportando bandejas de emparedados y cubos de hielo por un mar verde, la escena perfilada por el sol de la tarde y coquetamente amenizada por una ligera brisa. Beatrice se sintió animada y dejó que su mandíbula perdiera su tensa contracción y esbozara una sonrisa.

Había algunas parejas paseando junto al muro de piedra que marcaba el perímetro del césped, pero la mayoría de invitados se había congregado bajo el calor húmedo de la carpa. Protegerse bajo cualquier tejado o pared protectora formaba parte de la condición humana, pensó Beatrice, por mucho que las condiciones climatológicas fueran perfectas y no hubiera ningún peligro acechando.

—Veo que han llegado. Íbamos a enviar ya un equipo de rescate —dijo lady Emily, agitando su sombrilla desde el lugar donde estaba instalada, en un extremo de la carpa—. Todo el mundo está esperando para conocer a la señorita Nash.

Beatrice se sintió de repente bajo el descarado escrutinio de docenas de caras volviéndose hacia ella. El murmullo de la conversación bajó un punto y aumentó acto seguido en intensidad. Se concentró en intentar evitar la fugaz sensación de

liviandad, en respirar más despacio, inspirar y espirar, en tratar de alzarse por encima de una pequeña oleada de pánico que amenazaba con hacerle flaquear. Notó una mano en el codo y Hugh Grange, con el entrecejo fruncido, la guio discretamente por detrás de Agatha y Daniel para poder atravesar la franja de césped que se extendía entre la terraza y la carpa al cobijo de las anchas espaldas de Agatha y su sencilla sombrilla.

—No son mala gente —comentó Hugh—. Creo que el director de la escuela le gustará. Los veranos, siempre me prestaba libros de su biblioteca. Comprende a los chicos muy bien y colecciona mariposas nocturnas.

—Gracias —dijo Beatrice con la garganta seca.

—Las familias destacadas de toda la vida —añadió él—. Me temo que pueden explayarse durante horas en el relato de su historia familiar a poco que les des una oportunidad.

—Hugh, tendríamos que apostar a ver quién es capaz de contarle a la señorita Nash su historial más impresionante de parentela —dijo Daniel por encima del hombro.

—Compórtate, Daniel —le ordenó Agatha Kent, antes de adelantarse e intentar abrazar a lady Emily sin que el sombrero de ninguna de las dos se descolocara—. Es encantador que nos haya invitado, querida Emily.

—Bettina Fothergill se trae algo entre manos —dijo lady Emily, con su habitual tono brusco—. Aún no sé de qué se trata, pero anda por ahí arrullando como una paloma.

Miró hacia el otro lado de la carpa y Beatrice intentó seguir su mirada tratando de que se notara lo menos posible. No le costó mucho identificar la corpulenta figura del alcalde de la ciudad, que había decidido acudir a la ocasión con el collar que le correspondía por su cargo y conjuntarlo con unos pantalones de franela para fiestas al aire libre. Beatrice imaginó que la delgada mujer que llevaba del brazo era la tan comentada señora Fothergill. Lucía un traje ceñido de lino de color mostaza y se servía de la mano que le quedaba libre para mantener en su lugar un enorme sombrero verde de paja adornado con cerezas de terciopelo rojo. Cuando vio que lady Emily y Agatha Kent la estaban mirando, soltó por un momento el sombrero para ofrecerles una sonrisa y un saludo de la mano que acabó siendo, más bien, un leve movimiento con los dedos.

—Santo cielo, ha venido de árbol —dijo Agatha, devolviéndole el saludo.

—A mí me parece más bien un huerto entero —comentó Daniel.

—Ha venido acompañada de un sobrino, o del sobrino de una prima —

informó lady Emily. Observaron al joven con una chaqueta de rayas finas que se inclinaba para oír hablar al alcalde, un gesto que parecía innecesario dado el considerable tamaño de las orejas del chico—. Secretario en algún juzgado, creo, la verdad es que no he prestado atención.

—Es la mejor política que podemos seguir —dijo Agatha—. Ignorémosla todo el tiempo que nos sea posible. Quiero presentar a la señorita Nash a un par de personas.

—Aquí viene nuestro querido director —anunció lady Emily—. Parece que tiene prisa por asegurarse de que es usted tal y como él solicitó.

Un hombre con cara amable vestido con un arrugado traje beis de lino se abría paso con determinación entre los invitados.

—O a lo mejor simplemente pretende recuperar aquel libro con láminas de colores que no le devolviste el pasado verano —dijo Daniel, dándole un codazo en las costillas a Hugh.

—Santo cielo, tienes razón —contestó Hugh—. Me olvidé por completo.

—Si las señoras nos disculpan —continuó Daniel—, creo que es mejor que aleje a mi primo de cualquier daño y las dejemos con sus presentaciones.

—Director, qué agradable verlo con atuendo de vacaciones —dijo Agatha. El director se cubría la cabeza con un sombrero fedora de paja algo aplastado y llevaba la corbata remetida en la camisa. Parecía, pensó Beatrice, un director de escuela en pleno viaje de verano para visitar las antigüedades de Europa. Movié los hombros, como si percibiera el peso fantasma de la vestimenta académica que no llevaba—. ¿Me permite que le presente a la señorita Nash?

—Es estupendo que lady Emily lo haya dispuesto todo para que nos conozcamos en circunstancias tan relajadas como estas, señorita Nash —comentó, estrechándole la mano a Beatrice—. Uno se siente más cómodo lejos del habitual entorno formal.

—Le agradezco que me brinde esta oportunidad —dijo Beatrice—. Confío en que la fe que ha depositado en mí quede debidamente justificada.

—¿Ha conocido ya al profesorado? —preguntó el director. Movié la mano en dirección a un grupito que se mantenía aparte de la multitud. Una mujer joven con una sombrilla de encaje y vestido de seda con volantes con estampado de cuadros rosas y verdes charlaba con otra de edad más indeterminada que lucía un sombrero negro y había incorporado un rígido cuello blanco y puños del mismo color a una blusa oscura. Un hombre mayor con una chaqueta negra grisácea le dirigía una larga perorata a un hombre fornido con un enorme bigote, traje de franela a rayas, tirante en los hombros debido a su fuerte musculatura—. El

señor Dobbins, nuestro profesor más veterano, imparte matemáticas —explicó el director, señalando—. El señor Dimbly, gimnasia y ciencias, la señorita Clauvert da francés y la señorita Devon da clases de inglés, historia y costura.

—Estoy ansiosa por conocerlos y visitar la escuela —dijo Beatrice.

—Bueno, pues tendremos que hacer algo al respecto —replicó el director, pero no hizo el más mínimo intento de acompañarla para realizar las debidas presentaciones y Beatrice pensó que tampoco tenía ninguna prisa por reunirse con sus cohibidos colegas—. Aunque, naturalmente, en estos momentos estamos en pleno proceso de fumigación anual —añadió.

—Una excusa estupenda para cualquier circunstancia —observó Agatha—. Director, esta tarde está usted muy ingenioso.

Bajo la carpa, Beatrice empezó a sentir un fuerte dolor de cabeza que le tensaba la frente como una cinta de hierro. Le habían presentado a tantísima gente que ya no era capaz de distinguir a nadie. Ahora, estaba preguntándole a un criado sobre los méritos de la limonada y del ponche de frutas, confiando en poder disfrutar de un breve momento en el que nadie le formulara otra pregunta penetrante sobre su familia o sus cualificaciones.

—Recomiendo la limonada —dijo una voz, y al girarse descubrió a Hugh Grange que la cogía del brazo—. Imagino que estará cansada con tantas presentaciones.

—Todo el mundo ha sido muy amable —dijo Beatrice—. Pero es mucha gente a la que recordar.

—¿Qué le ha parecido el director? —preguntó Hugh.

—Hemos hablado sobre la exterminación de bichos —respondió Beatrice—. Me ha explicado que al final de cada curso encarga fumigar la escuela para que las plagas se mantengan dentro de mínimos aceptables.

—Confío en que le haya servido de consuelo —replicó Hugh.

—La verdad es que no —contestó Beatrice—. Me ha dicho también que la señorita Devon me enseñará a coser bolsitas de sulfuro en el dobladillo de los vestidos para evitar los piojos.

—Ah, la dura realidad de la educación moderna —dijo Hugh.

—Su primo tenía razón sobre la importancia de la historia de las familias de la ciudad —continuó Beatrice—. Algunos de sus vecinos se han mostrado capaces de relatarme varios siglos de hazañas familiares.

—¿Y ha conocido ya a la señora Fothergill? —preguntó Hugh.

—Me costará olvidarme de la señora Fothergill —respondió Beatrice—. Me hizo una cita en latín y se quedó de lo más sorprendida cuando le repliqué. Por lo visto, cree que me han contratado para enseñar un idioma que desconozco.

—Tengo entendido que después de que se marchara de forma algo repentina el señor Puddlecombe, el profesor de latín de los cursos superiores, el profesor de gimnasia, el señor Dimbly, se vio obligado a ocupar su puesto, y se ve que es un gran tipo para enseñar a jugar al fútbol y a trepar por la cuerda, pero me parece que no sabe escribir ni una sola palabra en latín y que se sentirá aliviadísimo cuando le quiten de encima la responsabilidad de impartir conocimientos sobre los clásicos.

—El sobrino de la señora Fothergill, un tal señor Poot, también habla latín, pero al menos hizo gala de los modales necesarios como para no hacerlo delante de mí —comentó Beatrice—. La señora Fothergill hizo hincapié en comentarle a lady Emily lo afortunados que eran, tanto su sobrino como Harry Wheaton, de poder disfrutar a partir de ahora de su mutua y buena compañía.

—Me muero de ganas de contárselo a Daniel —dijo Hugh—. Estará encantado de saber que Bettina Fothergill nos tiene por delincuentes.

—Es la mujer más desagradable de todas las que he conocido hoy —aseguró Beatrice—. A pesar de que parecía que no podía dejar de sonreír.

—¿Ha conocido ya a Eleanor, la hija de lady Emily? —preguntó Hugh. Señaló a una joven de rostro pálido y ovalado, con el cabello rubio ondulado, que acababa de sentarse en una silla de mimbre a la sombra de un árbol. Iba sofisticadamente ataviada con un deslumbrante vestido de batista blanca y un sombrero con tul del tamaño de la rueda de un carro. Detrás de ella, sumida en el frescor de la sombra, una niñera severamente vestida mecía un cochecito tan enorme que Beatrice pensó que no le extrañaría que se necesitara un poni para moverlo—. Está casada con un barón alemán —añadió Hugh.

—A lo mejor podría presentarnos —dijo Beatrice—. Se la ve tan sofisticada que me siento un poco insegura. ¿Es tan ampulosa como bonita?

—Si intenta serlo, pregúntele por el día en que Daniel y yo tuvimos que sacarla del canal cuando éramos pequeños —contestó Hugh—. Siempre fue un diablillo y nunca le permitimos dárselas de baronesa en nuestra presencia.

La tarde iba tal y como estaba planeado, pero Agatha Kent empezaba a desear con ansia uno de aquellos petisúes dispuestos en un expositor de tres pisos en el centro de la inmaculada mesa repleta de bandejas de plata con exquisiteces.

Brillante glaseado de chocolate con una humedad condensada que sugería la crema helada del interior, cortezas carnosas que apenas habían cogido color durante el breve tiempo que habían pasado al horno. Agatha se preguntó si haría bien permitiéndose una mínima celebración por haber superado sin contratiempos la presentación en sociedad de la señorita Nash. Era una satisfacción, como esposa de un alto funcionario, poder hacer gala de habilidades sutiles para ejercer su influencia. Animada por su elegante victoria, buscó con la mirada una silla vacía cerca de alguna de las numerosas mesitas de hierro forjado y, al ver solamente una, se recogió las faldas con una mano y se encaminó hacia donde Bettina Fothergill estaba sentada en compañía de su sobrino.

—¿Puedo sentarme con usted, querida Bettina? —preguntó—. Necesito desesperadamente un poco de té.

La señora Fothergill, que tenía en un plato tres canapés y dos rodajas de pollo en gelatina y, en otro plato aparte, una ración enorme de pastel de frutas, sonrió y se limpió la boca a golpecitos con una servilleta. El sobrino se levantó con parsimonia para retirar una silla.

—Por supuesto, se la ve agotada —respondió Bettina—. Le presento al hijo de mi hermana, Charles Poot. Charles, ve a dar una vuelta para que la señora Kent y yo podamos disfrutar de un agradable *tête-à-tête*.

—Enseguida —replicó él, cogiendo su plato y haciendo una reverencia tan exagerada que a punto estuvo de mancharse el chaleco con su sándwich de huevo.

A Agatha le desagradó de inmediato, no por sus orejas, sino por su exhibición de untuosa cooperación. No se imaginaba ni a Daniel ni a Hugh recibiendo una orden tan imperativa por parte de ella sin responder a la misma con un comentario desafiante.

—Una taza de té y un poco de pan con mantequilla —le dijo Agatha al sirviente.

Tendría que abstenerse del petisú, decidió con un suspiro, puesto que comérselo delante de Bettina Fothergill sería una debilidad y Bettina se abalanzaba sobre las debilidades de la gente como una comadreja sobre una rata.

—Su señorita Nash parece una chica muy agradable —dijo la alcaldesa—. Tal vez no con la edad y la experiencia que los miembros de la junta estaban esperando —añadió—. Si acaso, demasiado cualificada para nuestras pobres iniciativas educativas.

Transpiraba un engreimiento que a Agatha le resultaba casi tan nauseabundo

como aquel sombrero verde de paja.

—Está muy bien cualificada y es una suerte haberla encontrado —replicó con firmeza Agatha—. El director está satisfecho con su nueva incorporación.

—Seguro que sí —respondió Bettina, y suspiró—. Cualquier murmullo de descontento es solo eso: un simple murmullo.

—Creo que el director ha tomado una decisión excelente —aseveró Agatha.

—Evidentemente, todo el mundo desea respaldar al director —dijo Bettina, contemplando con cariño un sándwich de pepino—. Aunque supongo que recordará que, desde un punto de vista técnico, los miembros de la junta pueden ejercer su derecho a aprobar o no las decisiones que tome.

—Me lo han recordado ya varias veces en lo que va de tarde —contestó Agatha, que se concentró entonces en respirar en silencio dentro de los límites que le imponía el corsé. El criado le trajo el té y, por una vez, agradeció la parafernalia que lo acompañaba: la exagerada colocación del platillo y la taza de porcelana sobre la mesa, la meticulosa disposición del platito con el pan y la mantequilla—. ¿Hay alguna cosa de la que debería estar al corriente, Bettina?

—Diría que no —respondió la alcaldesa—. A diferencia de usted y nuestra querida lady Emily, a mí no me nombró la junta rectora. —La junta de la escuela tenía la exigencia legal de nombrar a dos miembros femeninos. En un maravilloso juego de prestidigitación, el coronel Wheaton, que presidía la junta, había sugerido que maridos y esposas no pudieran ejercer juntos sus funciones y entonces, una vez Agatha quedó confirmada como miembro, había renunciado elegantemente a su puesto en la junta cediéndoselo a su esposa, lo que había dejado al alcalde Fothergill a merced de la ira de su mujer—. A lo mejor haría bien pidiéndole a la señorita Nash que asista a la reunión de la junta, por si acaso precisan examinar con más detalle a su elegida —añadió.

Y, recogiendo la falda y sacrificando su plato de exquisiteces por la emoción de la victoria, le deseó un buen día a Agatha y se encaminó hacia el ya pisoteado césped.

Eleanor Wheaton tenía la piel blanca como si acabara de salir de un sanatorio y su vestido, visto más de cerca, era de una calidad y de un brillo tan sutil que sugería un precio muy elevado. A pesar de que llevaba el cabello recogido en intrincadas ondas, movía la cabeza con enorme facilidad. No habría quedado fuera de lugar en una fiesta al aire libre de la realeza, pensó Beatrice, e iba tan bien vestida que incluso la majestuosidad de su hogar familiar le quedaba

pequeña.

—Eleanor, permíteme que te presente a la señorita Nash —dijo Hugh—. Sin duda habrás oído hablar de ella.

—Encantada —contestó Eleanor, inclinando la cabeza antes de volverse hacia Hugh y añadir—: Tu primo aún tiene que acercarse a saludarme. Harry y él se están bebiendo todo el champán y, como puedes ver, ninguno de los dos ha considerado adecuado acercarme una copa. Fräulein y yo estamos sedientas, ¿verdad, Fräulein? —Se inclinó entonces hacia la niñera y añadió, en ese tono de voz elevado que reservan los ingleses cuando quieren dirigirse a un extranjero en cualquier parte del mundo—: *Wir sind* sedientas, *nicht wahr?*

—Dios mío, tu alemán es atroz —dijo Hugh—. ¿Qué has estado haciendo todo el año?

—Te lo contaría, pero temo que vaya a desmayarme en cualquier momento. ¿Podrías, por favor, ir a buscar un refresco para Fräulein y para mí? Te lo imploro.

—Enseguida vuelvo —contestó Hugh, emprendiendo el camino de vuelta hacia la carpa a paso ligero.

Beatrice pensó que podría haberle pedido otro vaso de limonada, pero no quiso llamarlo.

—Señorita Nash, le presento a fräulein Gerta. Gerta, *das ist* la señorita Nash —dijo Eleanor, con el aire aburrido de aquel que está acostumbrado al fluir de las convenciones sociales.

—*Freut mich, Sie kennenzulernen* —respondió Beatrice.

La niñera hizo un gesto de asentimiento y esbozó una sonrisa que transformó su semblante impertérrito. Sus mejillas de manzana delataron su juventud.

—*Ganz meinerseits* —repuso.

—¿Habla alemán? —preguntó Eleanor. Sus ojos azules brillaron con interés al instante y su sonrisa de oreja a oreja hizo desaparecer de pronto su aburrimiento—. Oh, Dios mío, a lo mejor ha sido enviada aquí para ser mi salvación. Llevo un montón de tiempo peleándome por entenderlo, pero Fräulein no habla ni pizca de inglés y pasarme el día arrojándome al abismo de la comprensión resulta agotador.

—Confío en que su esposo domine ambos idiomas —dijo Beatrice.

—Sí, así es, maldito sea, y está convencido de que tendría que resultarme fácil seguir su ejemplo —respondió Eleanor—. Pero, venga, siéntese aquí a mi lado y dígame si le parece razonable que haya aceptado volver a casa por un asunto urgente y me haya dejado rodeada de personal alemán que no habla ni una

palabra de inglés.

—He comprobado que la necesidad suele ayudar a entender los idiomas un poco más rápido —dijo Beatrice. Se sentó con cuidado en una tumbona de lona—. En una ocasión, tuve que alquilar un apartamento en El Cairo y...

—Sí, sí —la interrumpió Eleanor, meneando su bella cabeza y amenazando con descolocar el sombrero—. ¿Pero no podría, al menos, haberme procurado una niñera o una doncella bilingüe? No, fräulein Gerta y Liesl, la doncella, pertenecen a familias que llevan siglos al servicio de su familia, y la familia del barón solo tiene una forma de hacer las cosas.

Y entonces adoptó un tono de voz más grave y levantó un dedo. Con el gesto, bizqueó un poco y Beatrice no pudo evitar echarse a reír.

—He oído decir que su esposo es joven y atractivo y que están muy enamorados —señaló Beatrice, que llevaba toda la tarde escuchando el comentario de admiración en boca de diversas matronas.

—Oh, sí, está loco por mí y hace siempre lo que le ordeno —dijo Eleanor—. Pero en este asunto se muestra inamovible porque su madre insiste en que no puedo ser presentada a la corte hasta que hable suficiente alemán como para poder responder en el caso de que sus majestades imperiales se dignaran a hablar conmigo. —Suspiró y se descalzó sus zapatos blancos de tacón, arrojándolos en la hierba—. Con dos mil personas, que además circulan formando unas procesiones de lo más complicadas, podría considerarme afortunada si algún criado me ofreciera guardarme el chal.

—Oh, vaya —respondió Beatrice, intentando no sonreír.

—De modo que estoy limitada a comunicarme con signos y señalar, como si fuese una ciega —se quejó Eleanor, inclinándose para darse un masaje en los dedos de los pies, que seguían encerrados en medias blancas de seda.

Beatrice no entendió muy bien la analogía, pero perdió el hilo de sus pensamientos al ver que Hugh se acercaba acompañado no solo por Daniel, sino también por Harry Wheaton y un criado con un montón de copas sobre una bandeja con patas.

—No estábamos seguros de lo que las damas querrían para beber, de modo que hemos traído de todo —dijo Harry Wheaton, su expresión tan inocente y natural como la de un cachorrillo de spaniel.

Mientras el criado instalaba la bandeja al lado de la silla de Eleanor, Beatrice se levantó dispuesta a retirarse rápidamente, pero Wheaton se lo impidió.

—Tengo que decir, Eleanor, que el otro día me comporté como un burro rematado al insultar a la señorita Nash, razón por la cual te ruego que me ayudes

a disculparme.

—¿De verdad hiciste eso, Harry? —inquirió su hermana—. Pues tal vez tengas que marcharte de inmediato, porque si la señorita Nash no tiene ganas de perdonarte, me temo que tendré que elegir su compañía antes que la tuya. Va a enseñarme alemán.

—En realidad no fue nada —dijo Beatrice—. Pero tengo que ir a buscar a la señora Kent. Si me disculpan...

—No la disculparemos —contestó Eleanor—. Pediremos a varios criados que se lleven de aquí al zoque de mi hermano. Pásame una copa de champán, Daniel.

—Señorita Nash, le pido mis más sinceras disculpas, de verdad —dijo Wheaton—. Quédese y beba una copa de champán... o un vaso de limonada, como yo voy a hacer.

Cogió un vaso de limonada y su hermana y Daniel estallaron en carcajadas.

—Le perdono, señor Wheaton —respondió Beatrice—, aunque lo hago solo por su madre, que ha sido tan amable conmigo, y por su hermana, que es encantadora.

—Por eso suelen perdonarme —replicó Wheaton—. Beberé esta limonada en honor de ambas y prometo ser un hombre mejor de aquí en adelante.

—Perfecto —dijo Eleanor—. Y ahora, Beatrice, siéntese y nos pondremos cómodos todos mientras Daniel nos lee alguno de sus poemas.

El criado ofreció a Beatrice limonada y champán y ella eligió la limonada y se prometió que aquella sería la última vez.

—Soy un invitado, no el espectáculo —protestó Daniel—. Solo recito mis poemas en las reuniones serias.

—A mí solías recitármelos por un penique —dijo Eleanor—. Y guardo una caja entera de cantinelas sujetas con una cinta de cuadritos del día de mi duodécimo cumpleaños.

—En aquellos tiempos era menos selectivo —aclaró Daniel—. Cuando uno es pequeño y no tiene dinero en el bolsillo no queda otro remedio que olvidarse de ser selectivo.

Mientras la conversación iba y venía, Hugh se instaló en una tumbona y Daniel se acomodó en la hierba sin preocuparse por sus pantalones de franela clara. Harry Wheaton se sentó en un extremo del diván de su hermana y empezaron a hablar sobre la posibilidad de ir de pícnic a los campos de lúpulo, sobre las nuevas máquinas de baño de Camber Sands, y después Eleanor expresó su deseo de que Beatrice la acompañara a bañarse, ya que ni a Fräulein ni a la

doncella les gustaba el agua y la última vez que habían ido había sido un drama. Beatrice, contenta de estar tranquila y a gusto entre aquel círculo de jóvenes risueños mientras las sombras empezaban a alargarse sobre el césped, se sintió por un momento liberada y se repitió para sus adentros que mudarse a Rye había sido una decisión feliz.

Cuando llegó la hora de irse, Agatha Kent parecía distraída y seguía mirando a su alrededor después de que ella misma, sus sobrinos y Beatrice se hubieran despedido ya de lady Emily.

—Allí está —dijo al fin, y agitó la sombrilla con cierta brusquedad hacia el director de la escuela, que se marchaba por un camino lateral.

El director cambió enseguida de rumbo y se acercó a despedirse.

—Una tarde encantadora —comentó.

—Hemos estado buscándolo por todas partes —señaló Agatha—. Se ha mostrado extremadamente escurridizo.

—Yo también he estado buscándola —replicó el director—. Prácticamente imposible con esta multitud, claro está.

El pequeño grupo de invitados que seguía todavía en el césped no le parecía a Beatrice suficiente como para ser calificado de multitud y, por el mohín de Agatha, era evidente que ella era de la misma opinión.

—La señora Fothergill tiene la clara impresión de que la señorita Nash debería presentarse ante la junta rectora en la reunión de mañana —dijo Agatha—. Estoy segura de que no pretende con ello ofender su independencia y su opinión, director, pero, a mi entender, sugerir cualquier tipo de debate sobre la decisión que ha tomado usted al respecto de este tema estaría a la altura de la grosería.

—Aprecio su apoyo, señora Kent —contestó el director. Se le veía incómodo y se pasó el dedo para aflojarse el cuello—. Confío en que la carta que le remití, señorita Nash, le diera a entender que la aprobación final por parte de la junta rectora es algo habitual.

—Y normalmente automático —añadió Agatha.

—Más o menos —dijo el director—. Y me parece que la señorita Nash tiene poco que temer ante la posibilidad de un candidato de última hora.

—¿Así que hay un candidato? —preguntó Agatha.

—Repentino e inesperado —respondió el director—. Le aseguro que en ningún momento sugerí ni promocioné al joven en cuestión, pero se me ha argumentado de forma persuasiva que no hay que negarle a la junta la

oportunidad de escuchar a todas las partes si no queremos enfrentarnos a posibles críticas más adelante.

—Todo esto es obra de Bettina Fothergill —dijo Agatha.

—¿Se trata acaso de ese sobrino suyo de aspecto ladino? —preguntó Daniel—. Ha tenido la audacia de preguntarme dónde compré mi corbata, y no creo que lo dijera como un cumplido.

—Estoy segura —convino Agatha—. Por una vez has sido perspicaz, Daniel.

—¿Estás sugiriendo que normalmente soy tonto? —inquirió Daniel.

—Por supuesto, en el caso de una decisión imprevista en sentido desfavorable —dijo el director, negándose con diplomacia a responder a la pregunta—, me haré personalmente responsable de devolver a la señorita Nash a su familia sin ninguna carga en cuanto a gastos de viaje. De modo que no tiene por qué preocuparse, joven —concluyó con una sonrisa, y le dio a Beatrice unos golpecitos de consuelo en el brazo.

Beatrice contuvo el deseo de empujarlo y tirarlo al suelo. Agatha la cogió por el otro brazo y se lo presionó con firmeza.

—Nos veremos mañana en la reunión y lady Emily y yo confiaremos en que su apoyo siga presente —afirmó—. No debemos tolerar maquinaciones turbias.

—No a menos que las instiguemos nosotras —oyó Beatrice que le susurraba Daniel a Hugh al oído—. Tenemos que hacer algo para ayudar a tía Agatha, Hugh.

Beatrice no pudo evitar admirar y desesperarse ante la lealtad de aquella familia expresada en el tono apremiante empleado por Daniel, un hecho que solo venía a subrayar la falta de apoyo de la suya propia.

—Estoy seguro de que se trata de una formalidad —estaba diciendo el director—. Pero no estaba en mi poder negarme a ello.

—Creo que me gustaría volver a casa —anunció Beatrice débilmente y notando que los placeres y los potenciales placeres auspiciados por la tarde se alejaban como cenizas a merced del viento—. Muchas gracias por haberme invitado, lady Emily.

Y mientras permitía que Hugh la cogiera del brazo para escoltarla, recopiló mentalmente las mejores partes de la tarde y las almacenó en un rincón de su cabeza donde pudieran recordarle, en un futuro, que las tardes encantadoras no sobreviven al frío del crepúsculo.

La desesperación tenía su propia manera de amargarle el sabor al té. Beatrice reconoció la sensación y comprendió que el salón para señoras de la posada más elegante de la calle principal no era probablemente tan soso y apagado como le parecía en aquel momento. El revestimiento de madera blanca que cubría la mitad inferior de la pared estaba reluciente y en la mesita situada delante de la chimenea había un jarrón con flores frescas, pero el estampado floral de los sillones resultaba mareante y el sol, que atravesaba las altas ventanas que daban al patio interior, le hacía daño en los ojos.

Una noche de insomnio, durante la cual había estado contando y recontando su pequeña reserva de dinero, la había dejado con sensación de debilidad. No había solución creativa o rigor presupuestario que le permitieran gestionarse de manera independiente con la pequeña paga que tenía bajo su control. Podría arreglárselas en el extranjero, en alguna pequeña ciudad francesa tal vez, pero la familia de su padre no le avanzaría jamás el dinero necesario para establecerse y ella no estaba dispuesta a humillarse pidiéndoselo. Sumida en la oscuridad, se había planteado escribir de nuevo a aquellos amigos norteamericanos de su padre a los que ya había escrito en su día para agradecerles sus condolencias. Habían dado muestras de preocupación y apoyo y era posible que ella se hubiera mostrado excesivamente elíptica en su réplica. Pero en las pálidas horas del amanecer había llegado a la conclusión de que les había expresado con claridad suficiente que quería un trabajo con sentido y una vida productiva. Les había pedido que le buscaran un puesto de trabajo. Solo dos se habían tomado la molestia de volver a responderle y, en ambos casos, con cartas esmeradamente redactadas que ensalzaban las virtudes de un hogar y le recordaban que el último deseo de su padre había sido verla sana y salva en el seno de su familia.

Había declinado otra oferta para trabajar como maestra y se había decidido por Rye. Una ciudad fabril del norte le había ofrecido la misma vida productiva, el reto de servicio público que ella tanto anhelaba, pero el corazón le había dicho que no al imaginarse las calles ennegrecidas por el hollín y las hileras de casas

insulsas llenando las colinas. Se había visto obligada a reírse de la hipocresía de la que había hecho gala al decidirse por una ciudad costera de Sussex frente al impacto educativo mucho mayor que a buen seguro podría haber ejercido con los hijos de los trabajadores de las fábricas. Ahora se preguntaba si estaría todavía a tiempo de volver a escribir para pedirles que reconsideraran su candidatura. De no ser así, subsistiría unas semanas cerca de Brighton, en casa de una amiga, pero las perspectivas de encontrar de inmediato otro puesto de trabajo no eran buenas. No tenía la idea romántica de convertirse en doncella en una casa o en actriz, y nunca había tenido paciencia con esas heroínas literarias que solucionaban sus problemas con un cuchillo o poniéndose frente a un tren. Al final, tendría que escribir a Marbely Hall y pedirles que aceptaran su regreso.

—Disculpe, señorita —dijo una criada que se asomó en aquel momento por la puerta—. Están esperándola en el salón de banquetes verde.

—Gracias —contestó Beatrice, levantándose a regañadientes del asiento.

Se sacudió las faldas y se pasó una mano por el cabello mirándose en el espejo que colgaba por encima de la repisa de la chimenea. Pensaba enfrentarse a la junta rectora con la mejor de sus sonrisas y una presentación directa de sus habilidades y cualificaciones. No estaba dispuesta a darles a entender que sabía que la respuesta ya estaba decidida. Elegirían al hombre antes que a ella, pero se aseguraría de que supieran, en el fondo de su corazón, que la mejor candidata era ella.

Hugh y Daniel estaban merodeando delante de la posada, que ofrecía una augusta fachada de estilo georgiano a la calle principal y era la sede de la mayoría de reuniones y festejos municipales. O, más bien, reconoció Hugh, él estaba merodeando, con evidente ansiedad, mientras que Daniel permanecía apoyado en la pared del edificio, fumando un puro y mirando hacia el cielo, como solía hacer cuando de repente se le ocurría una composición afortunada de palabras. Hugh confiaba en que no se le ocurriera sacar su cuaderno de notas y su pluma en un momento en el cual el tiempo era tan precioso.

—Ha dicho que estaría aquí —comentó Daniel, todavía reflexionando—. Me gustaría que dejaras de moverte de una vez por todas.

—Y Harry Wheaton es el hombre más fiable que conocemos —dijo Hugh.

—Es el más fiable cuando hay alguna broma que gastar o chica a la que cortejar —rectificó Daniel—. Me parece que se toma la eliminación del señor Poot como una diversión.

—A Poot lo tenemos ahora sentado en el vestíbulo y la señorita Nash ya está reunida con la junta —dijo Hugh—. Podríamos entrar y hablar nosotros con él.

—¿Poot? —replicó Daniel—. ¿Y qué le diríamos? ¿Podría usted hacer el favor de batirse en retirada para que de este modo nuestra tía pueda derrotar a su tía?

—Tenemos que hacer algo —insistió Hugh.

A pesar de que Daniel y Harry se habían mostrado de acuerdo en que no podía permitirse que Bettina Fothergill usurpara el poder tanto de la tía Agatha como de lady Emily con sus maquinaciones, Hugh se había descubierto excepcionalmente indignado ante la injusticia de que el señor Poot le robara el puesto de trabajo a una joven que a todas luces se lo merecía. Asomó de nuevo la cabeza por la puerta abierta de la posada y vio al señor Poot sentado con la espalda muy erguida en un banco de madera, una imagen que le recordó la de una de esas jarras de cerveza con la forma de la cara de un hombre, pero esquelético en este caso, y se tranquilizó diciéndose que la caballerosidad exigía acción y que su indignación tenía más que ver con el hecho de que la señorita Nash estaba sola en el mundo que con una cara bonita o con la inteligencia que se vislumbraba detrás de sus ojos.

—Por el amor de Dios, te va a ver —dijo Daniel—. Estamos intentando ser discretos, ¿te acuerdas?

Justo en aquel momento se oyó la bocina de un automóvil y un coche negro, con Wheaton al volante, vestido con un voluminoso guardapolvo y gafas, derrapó hasta detenerse. El chófer iba sentado a su lado, serio y sujetándose a la puerta.

—¿Llego a tiempo? —gritó Wheaton. Se quitó las gafas, se limpió la cara con un pañuelo y saltó del coche. El chófer cambió de asiento para ponerse al volante—. Hemos dejado antes a mi madre y he cogido el coche viejo para dar una vuelta. Aún le estoy pillando el tranquilo. Doblar las esquinas es como intentar montar a una vaca.

—¿Y has montado a muchas vacas? —preguntó Daniel.

—A unas cuantas —respondió Wheaton—. O eso me han contado, al menos. No puedo decir que lo recuerde con gran claridad.

—Vamos con mucho retraso —dijo Hugh—. Ya han empezado a entrevistar a la señorita Nash y pueden mandar a llamar a Poot en cualquier momento.

—Pues pongámonos manos a la obra —replicó Wheaton—. Daniel y yo engatusaremos a Poot para que nos acompañe al bar de la posada y tú entonces le haces llegar una nota a tu tía pidiéndole que alargue el tema lo máximo

posible.

Hugh se apartó mientras ellos hacían su entrada en el vestíbulo de la posada y le pidió a un botones que le trajera pluma y papel. Entró a continuación y tomó asiento detrás de una mesita que había en un rincón, junto a una ventana, y se ocupó pasando las páginas de un número atrasado del *Racing Times*. Fingiendo estar absorto en las tablas de resultados de las carreras de primavera y en los anuncios de sementales y tratamientos para las lombrices, aguzó el oído para escuchar la conversación de Wheaton.

—Justo estaba diciéndole a mi amigo Daniel que esta ciudad está sumamente falta de tipos simpáticos con los que poder mantener una charla entre amigos.

—Y yo le digo que es demasiado quisquilloso en cuanto a elegir el lugar a donde ir —dijo Daniel, estrechándole la mano a Poot.

—No me gusta tener que estar apretujado con todo el mundo —replicó Wheaton—. Prefiero un local sencillo y un propietario que conozca a sus clientes. ¿No le parece, Pooty, amigo?

—Poot, simplemente —respondió Poot.

—¿Ha conocido ya al viejo Jones, propietario de este lugar? —preguntó Wheaton.

Se guardó los guantes de conducir en el bolsillo de su guardapolvo y se desprendió de la voluminosa prenda. Al instante apareció un criado para recogerla. Wheaton era un cliente muy conocido en la mitad de los pubs de la ciudad, y a pesar de que la mayoría había tenido en más de una ocasión que echarlo del local por algún acto descabellado generado por el alcohol, nunca se habían negado a recibirlo con esperanzada deferencia.

—No he tenido ocasión... —empezó a contestar Poot, preparándose para negar su deseo de frecuentar pubs, pero Wheaton le interrumpió.

—Vaya suerte —dijo—. Daniel y yo veníamos con la intención de preguntarle a Jones si podemos celebrar una cenita con algunos amigos. Venga, acompáñenos y se lo presentaremos.

—Oh, no puedo, estoy esperando a reunirme con la junta rectora de la escuela —respondió Poot, pero Hugh se dio cuenta de que su mirada se dirigía hacia el bar.

—Conociendo a mi madre, pueden tener para horas —le explicó Wheaton. Le dio una potente palmada en la espalda a Poot—. Venga con nosotros y le diremos al viejo Jones que nos avise cuando lo requieran arriba.

—Cuando Harry Wheaton presenta a alguien, este alguien lo tiene todo solucionado en esta ciudad —dijo Daniel, cogiéndolo por el brazo para guiarlo

—. Ha sido una suerte que viniéramos justo ahora.

En cuanto desaparecieron hacia el bar, Hugh miró a su alrededor en busca de alguien que pudiera hacer llegar la nota. Tardó un poco en encontrar a un hombre, darle instrucciones y entregarle una moneda de seis peniques para agradecerle el favor. Solventado el asunto de la nota, Hugh se acercó despacio a la puerta del bar, asomó la cabeza y vio que el señor Jones, el propietario, estaba brindando por el rey y que el señor Poot, nervioso y con las orejas coloradas, engullía el contenido de su copa de un trago. Vio que cerraba los ojos como si se concentrase en una oración, pero su cara no se distorsionó ni se frunció de ninguna manera, como cabría esperar de quien no está acostumbrado a las bebidas fuertes. De los cuatro hombres reunidos alrededor de la barra, solo Daniel tosió un poco cuando engulló el trago corto. Y entonces, en cuanto Wheaton le hizo una señal, el propietario volvió a llenar las copas, la del señor Poot hasta el borde, y proclamó en voz alta su bienvenida al nuevo y joven amigo del señor Wheaton. Hugh se alejó satisfecho, preguntándose tan solo cómo le explicaría a la tía Agatha por qué Daniel no iba a querer comer y se pasaría la tarde acostado.

En el salón de banquetes verde, Agatha Kent observaba desesperanzada cómo Beatrice Nash exponía sus cualificaciones, sus largos viajes y su experiencia ante una mesa repleta de hombres a quienes la explicación les traía sin cuidado. El director estaba teniendo la elegancia de mostrarse incómodo, de tomar abundantes notas en un papel y de tocarse con nerviosismo el cuello de la camisa. El vicario transmitía una imagen de devota seriedad, pero tenía los ojos adormilados y era evidente que no sonreía a la señorita Nash sino a la imagen mental que se estaba haciendo de la comida que llegaría a continuación. Emily Wheaton miraba furiosa al señor Satchell, el armador, que hablaba en voz baja con el terrateniente Bowen. El terrateniente, propietario de una cantidad sustanciosa de hectáreas, que iban desde pastos en las marismas hasta campos de lúpulo en la frontera con Kent, lucía su mejor traje de lana y botas lustradas y, como era habitual en aquella época del año, participaba en la reunión para asegurarse de que la escuela permaneciera cerrada durante la cosecha del lúpulo y, si no, para votar, tal y como el alcalde deseaba que hiciese. El señor Satchell estaba muy interesado en las iniciativas educativas de la escuela porque andaba siempre buscando empleados jóvenes para sus almacenes en el puerto. Solía ser fácil convencerlo para que diese su apoyo a nuevas iniciativas e ideas. Pero era

inmune a los alicientes sociales de Emily Wheaton, por lo que su apoyo a Beatrice era incierto. El señor Arnold Pike era tío de Arty Pike. Era un hombre agarrado y receloso de los cambios, como si estuvieran concebidos para despojarlo de su posición en el mundo. Según Agatha, aquel hombre era así porque tenía remordimientos de conciencia. Se había aprovechado de las circunstancias, puesto que su hermano mayor, Cedric, había sido desheredado porque su religioso padre no aprobaba que se mostrara débil y empinara el codo de vez en cuando. Ahora, Cedric trabajaba en la ferretería, vivía con un sueldo de dependiente y no podía permitirse pagarle la escuela a su hijo. Las pequeñas subvenciones para los estudios que aportaban Agatha y John eran supuestamente un tema confidencial, pero a veces Agatha tenía la impresión de que Arnold Pike la miraba incluso con más recelo del habitual.

—Creo que la señorita Nash no solo está perfectamente cualificada para impartir clases de latín sino que incluso tiene publicada alguna traducción de ese idioma —comentó Agatha, intentando animar a la sala en general.

Acababa de recibir una nota de Hugh rogándole que alargara la entrevista todo lo posible, pero los ceños fruncidos que veía alrededor de la mesa no le inspiraban confianza.

—Tan solo un par de poemas cortos de Herodoto publicados en una revista literaria de California —precisó Beatrice—. Y también creé un tercer poema en un estilo similar a modo de comentario del contenido original y para mostrar sus conexiones con hechos de nuestro tiempo —añadió.

—¡Quién había oído hablar alguna vez de nuevo latín como adición a lo que ya existe! —exclamó el señor Satchell, cómicamente alarmado—. A mí ya me machacaron lo bastante con el viejo latín sin necesidad alguna de ampliar material —añadió.

Le dio un codazo en las costillas al terrateniente Bowen y ambos rieron por lo bajo.

—Estoy seguro de que la señorita Nash entiende el esfuerzo que tienen que realizar nuestros jóvenes para memorizar las traducciones de los textos habituales —señaló el director—. En los exámenes para las becas del año pasado lo hicimos terriblemente mal y este curso debemos asegurarnos de no perder ni un momento intentando cosas excesivamente innovadoras.

—*Repetitio est mater studiorum* —intervino el vicario, que no pudo resistir la tentación de hablar en latín en el tono grave que empleaba para que sus sermones alcanzaran hasta el último rincón de la iglesia de St. Mary.

—Oído, oído —dijo el terrateniente Bowen para ocultar el hecho de que

nunca había estudiado latín.

—Estoy completamente de acuerdo en que la repetición es la madre de todos los estudios —replicó Beatrice Nash en tono firme—. Pero he descubierto que cuanto más variada es la práctica, la memoria asimila mejor no solo el texto, sino también la historia y el significado.

—Lo que necesitamos es un maestro que no perdone la vara —aseveró el señor Pike—. Si lo que pretenden es alcanzar una posición respetable, estos chicos deben olvidarse de cuentos y juegos y doblar la espalda para trabajar duro.

—Bien dicho, señor Pike —dijo el alcalde.

—Estoy segura de que la señorita Nash es más que capaz de blandir un bastón con los fines adecuados —apuntó lady Emily—. ¿Juega usted al tenis, señorita Nash?

—¿Al tenis? —repitió Beatrice.

Se quedó perpleja y Agatha suspiró. Estaba acostumbrada a los muy distintos caminos que podía seguir la lógica de pensamiento de sus compañeros de junta rectora y comprendió que para una persona de fuera aquel intercambio era digno de un capítulo de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Todo está en la muñeca —prosiguió lady Emily.

—Cuando hay que aplicar la vara con seriedad, me encargo personalmente —dijo el director—. He descubierto que obligar al transgresor a realizar el largo recorrido hasta mi despacho le otorga más gravedad al asunto. Normalmente, cuando llegan están intimidados.

—Tengo entendido que también le gustaría incrementar el dominio de la geometría euclidiana del alumnado —continuó Beatrice—. Tengo estudios avanzados tanto en geometría como en las teorías algebraicas más novedosas.

Se quedaron mirándola como si acabara de brindarse a hacerles una demostración de sus habilidades como tragafuegos. Agatha tenía la impresión de que Beatrice se había rendido. Tenía los hombros caídos y había unido las manos sobre el regazo.

—Sus competencias nos complacen —dijo Agatha—. ¿Les parece bien si permitimos que la señorita Nash se retire?

Todos se mostraron de acuerdo y, cuando Beatrice abandonó la estancia, Agatha dirigió la mirada a Emily Wheaton, que estaba rígida de rabia pero que realizó un leve gesto de negación con la cabeza. Agatha temió una derrota.

—¿Podemos pedirle al señor Poot que pase? —dijo el director a la chica que le sujetaba la puerta a Beatrice.

—Si mi esposa supiera de matemáticas tal vez llevaría mejor las cuentas y no estaría pidiéndome cada año dinero para vestidos —comentó el señor Pike.

—Olvídese de esa idea, hombre —replicó el señor Satchell—. Antes le mostraría mis libros de cuentas al recaudador de impuestos.

El señor Poot estaba sentado muy rígido en la silla de respaldo recto y mantenía la mirada fija, aparentemente con gran esfuerzo, en el movimiento de la boca del alcalde.

—No es porque sea mi sobrino, claro está —concluyó el alcalde después de un largo y entusiasta resumen de la carrera del señor Poot. Según el alcalde, aquel hombre era casi una leyenda, pensó Agatha—. Pero nos beneficiaríamos además de su experiencia en cuestiones legales y creo que sería una figura que nuestros chicos podrían querer emular.

—También tenemos chicas, señor Fothergill —observó Agatha.

—Una o dos, pero en este caso no cuentan —replicó el alcalde—. Ellas no pueden aspirar a seguir una carrera jurídica, mientras que entre nuestros chicos podríamos tener a varios futuros asistentes.

—Señor Poot, ¿podríamos preguntarle un poco más acerca de su deseo de cambiar los tribunales por la enseñanza? —preguntó lady Emily—. ¿Qué es lo que lo empuja al mundo académico?

El joven giró la cabeza hacia la voz y abrió la boca para responder, pero la cabeza siguió girando más allá de lady Emily y, con una lentitud propia de un sueño, el señor Poot se cayó de la silla y quedó inerte en la alfombra.

—Imagino que esto habrá tenido algo que ver—dijo Agatha.

Sin el corazón necesario para albergar esperanzas ni la energía requerida para volver a recoger todas sus posesiones, Beatrice Nash permanecía sentada con un libro abierto en el regazo. Pero había dejado de lado la lectura y estaba enfrascada en la importante tarea de observar una pequeña araña marrón que estaba construyendo una tela asimétrica en la esquina inferior de la ventana de la fachada de la casita. La araña perdía a menudo el pie, caía y se quedaba colgando del hilo de seda y de la red de la tela, como la anciana que de vez en cuando se salta una puntada de la costura. Beatrice se preguntó hasta dónde llegaría el mundo de la araña. ¿Tendría un rinconcito caliente en el jardín donde tomar el sol o estaría su vida circunscrita al tosco marco de madera de roble de la

ventana y un agujero pequeño y oscuro del alféizar pintado? Si por casualidad caía en el interior de un baúl y acababa siendo transportada por barco a la desconocida América del Sur, ¿se daría cuenta del cambio o simplemente encontraría otro alféizar, otro agujero, y la ágil lengua predatoria de un lagarto sería para ella una amenaza similar a la escoba de Abigail? Deseosa de ampliar sus opciones vitales, Beatrice cogió con el canto del libro un trozo de telaraña y a la araña y corrió el pesado pestillo de hierro de la ventana para echarla a la calle.

Unos gritos y el sonido de los cascos de un caballo sobre los adoquines la llevó a asomar la cabeza y mirar cuesta abajo. Por la estrecha calle subía un carro, el esforzado caballo animado no solo por el campesino que lo guiaba sino además por un chico que caminaba por delante de él mientras otra gente empujaba por detrás. El carro contenía una montaña de objetos envueltos y sujetos con cuerdas que alcanzaba una altura tan vertiginosa que le otorgaba el aspecto de un extravagante carromato de circo. Y posado encima de la montaña estaba Daniel, de pie como un auriga, silbando una vivaz melodía militar y haciendo girar un sombrero de paja de ala ancha.

—No estás ayudando en nada —dijo una voz, la estrechez del paso entre las casas amplificaba y proyectaba el sonido hacia ella.

Enseguida vio que era Hugh, que estaba empujando una de las ruedas traseras.

—Me encargo de dirigir la marcha triunfal —contestó Daniel—. Un empujón más por el medio, señor.

El campesino agitó el látigo y el carro avanzó con brusquedad un poco más, su carga moviéndose peligrosamente hacia atrás y hacia la izquierda. Daniel gritó, pero consiguió sujetarse a una cuerda para mantener el equilibrio mientras el chico que iba delante de la cabeza del caballo tuvo que hacerse ágilmente a un lado para evitar el choque contra el animal y la madera del carro.

—Ve con cuidado —advirtió Hugh—. Te dije que tendríamos que haberlo hecho en dos viajes.

—¿Y entonces dónde estaría el triunfo? —dijo Daniel—. ¡Esto es una llegada triunfal!

—Esto es un espectáculo —replicó Hugh, quitándose el sombrero para saludar a tres mujeres que se habían apretujado, aterradas, en el umbral de una puerta.

El espectáculo cobró vigor con la bocina de un coche cuando el automóvil de Agatha Kent dobló la esquina superior de la calle y la enfiló cuesta abajo. El caballo relinchó y retrocedió un poco antes de que consiguieran detenerlo. El coche se estacionó justo delante de la ventana de Beatrice, que vio a Agatha

Kent en su interior, sentada entre un montón de paquetes envueltos en papel marrón de embalar y con un ramo de rosas. Jenny, la criada, estaba prácticamente aplastada en el pescante posterior, cargada con un arsenal de mopas y escobas, y desde su posición privilegiada en el estribo, un tendero con mandil dio un salto para descargar una cesta enorme del asiento delantero. Agatha saludó con la mano mientras Smith rodeaba corriendo el coche para abrirle la puerta y Beatrice experimentó un deseo momentáneo de cerrar la ventana y huir hacia el callejón de atrás cuando comprendió que aquel espectáculo iba directo hacia su puerta.

—Venimos con todo el botín de la victoria —anunció Agatha, hablando a través de la ventana. Les indicó a Jenny y al tendero con un gesto que fueran hacia la puerta de entrada y añadió—: Entremos antes de que todo el vecindario se alarme.

—No entiendo nada —dijo Beatrice.

—El puesto es suyo, querida—explicó Agatha.

—Pero yo pensaba que... —empezó a balbucear Beatrice.

—Una simple formalidad, como me imaginaba —continuó Agatha—. Hugh, díles que vayan con mucho cuidado con esas librerías. Eran de mi madre.

Beatrice no pudo hacer otra cosa que apartarse, conmocionada, cuando la procesión hizo su entrada en el minúsculo recibidor: primero Abigail con la cesta, luego Jenny y sus escobas, el campesino y su chico cargando una de las librerías y finalmente Agatha, que se inclinó para cruzar con su sombrero el umbral de la puerta e inundó la estancia con el aroma de las rosas de color rosa.

—¿Es eso cierto? —preguntó Beatrice—. Estaba segura de que elegirían al señor Poot.

—El señor Poot demostró ser un..., un candidato inestable, podríamos decir —le explicó Daniel, que se incorporó al abarrotado espacio cargado con una silla.

—Mejor no decir nada —ordenó Agatha, en tono reprobatorio—. Pasa a la cocina, Jenny, y ordena estas cosas. Las librerías a ambos lados de la chimenea, diría yo, ¿no le parece, señorita Nash? Ah, y esto es para usted, del jardín. ¿Tiene algún jarrón?

La bicicleta había alcanzado una velocidad en la que las ruedas giraban sin esfuerzo aparente. El camino de tierra repiqueteaba bajo su paso y la brisa que ella misma creaba le refrescaba la cara y la mantenía con la temperatura adecuada a pesar de que, con las botas pegadas a los pedales de caucho, sus piernas se movían cada vez más rápido. Allí en las marismas era como si no hubiera nadie más en el mundo, como si solo existiera el aleteo de las mariposas blancas que volaban entre el cabeceo de la filipéndula y la hierba alta que bordeaba zanjas verdes y algosas. Parecía como si el día estuviera bailando con ella, y Beatrice Nash se subió un poco más la falda de sarga azul y soltó un grito de alegría ante la perspectiva de tener una jornada entera para ella.

Haberse instalado, desde hacía ya una semana, en una casita perfectamente aseada, tener un trabajo remunerado, haber encontrado gente agradable y no tener que estar, además, a las órdenes de nadie era una auténtica suerte. Incluso cuando empezaran las clases, pensaba, tendría la satisfacción de poder disfrutar de su noble vocación y de disponer de las tardes libres para leer y escribir. Y hoy se había convertido en una escritora de verdad. Su libro estaba camino de casa del señor Caraway, el editor de su padre, y había dejado atrás la ciudad con la confianza que embarga al escritor después de haber envuelto una obra terminada en varias hojas de papel de embalar, haber atado el paquete con cordel resistente, estampado un lacre de cera roja y haber entregado el resultado al responsable de la oficina de Correos.

Con un día tan estupendo, la festividad nacional del verano, a Beatrice le apetecía ser generosa incluso con la oscura sombra de la señora Turber. Aquella misma mañana, había habido una tensa negociación sobre el sándwich de ternera que ocupaba ahora la cesta de la bicicleta de Beatrice. La rutina de la señora Turber, al parecer altamente apreciada por su anterior realquilado, se basaba en ofrecer una comida consistente al mediodía y una cena fría por las noches. La única cena completa era la de los sábados, que servía con la mejor vajilla y acompañada por una copa de vino. No consideraba decente, afirmaba, ofrecer

comidas frías al mediodía para llevar y declaró que nadie sorprendería jamás a una dama de la posición de la señora Turber comiendo sola al mediodía en un lugar público. Beatrice había alegado que hacía un día de verano magnífico y le había pedido un plato sencillo que luego pudiera recalentar y servir en una bandeja para la cena. A regañadientes, la señora Turber había llamado a Abigail para que preparara el sándwich, pero había seguido mostrando su desaprobación, y solo un cierto brillo en su mirada había traicionado la posible satisfacción de que a una viuda siempre se le podía perdonar aquel acto con la excusa del pequeño ahorro que aquello le suponía. Respirando el aire fresco de los campos y bañada por el sol, Beatrice rio a carcajadas y juró para sus adentros tratar a la viuda con un respeto tan resolutivo y amable que acabaría derrumbando aquel halo de sufrimiento que envolvía a su casera.

Siguió las cenefas de senderos campestres que cruzaban las inmensas plantaciones de maíz y centeno, entre arbustos crecidos, y atravesó las pequeñas calles de aldeas con casitas con tejado de paja. Perdió el sentido del tiempo y el sol caía sobre sus hombros cuando cayó en la cuenta de que tenía que detenerse un momento para orientarse. Se paró en un cruce de caminos y miró a su alrededor para analizar qué dirección seguir. Sin el sonido metálico de las ruedas, el mundo se sumió en un intenso silencio. Estaba todo tan tranquilo que se oía incluso el leve susurro del maíz seco en los campos y el zumbido de alguna abeja escondida al otro lado de un zarzal. En los campos adormilados no había voz ni sonido alguno que delatara ocupación humana. Había ido más lejos de lo que pretendía, pero cuando se encaramó a la parte baja de una valla con cinco barras y fijó la vista más allá de las marismas, se sintió satisfecha al descubrir el punto más alto de la colina de Rye, la torre de la iglesia y un par de tejados que despuntaban por encima de la llanura. La costa quedaba al sur y los peñascos de los Sussex Downs formaban un muro continuo hacia el norte. Por encima de su cabeza, el cielo estaba libre de nubes y envolvía las marismas bajo un cuenco azul protector. Perderse era imposible. Comería su pícnic y volvería tranquilamente a casa, manteniendo el rumbo fijo hacia el oeste, hasta que encontrara caminos que le resultaran familiares.

Mientras comía y bebía de una botella de agua que aún estaba fría, Beatrice pensó que, por mucho que el menú que le había preparado la señora Turber fuera escaso, como cualquier comida mejoraba tremendamente cuando se disfrutaba al aire libre. De pronto, aparecieron imágenes fugaces de otros pícnicos que suplicaban ser recordadas y las retuvo con temblorosa calma, a la espera de que llegara la punzada que, como un dolor de muelas, la atacaba tan a menudo

cuando recordaba a su padre. Pero el dolor no llegó y permitió, con cautela, que se prolongase el recuerdo del pescado recién capturado cocinado sobre unas improvisadas brasas en una hoguera montada en una playa californiana; con su padre y dos profesores más, que controlaban la cocción del pescado con sus cuchillos y contaban historias como si fueran salvajes habitantes del bosque y no académicos de manos delicadas con elegantes casas con porche en el campus universitario. Sus esposas sacando el contenido de las cestas cubiertas con un paño y haciendo circular jarras frías de cerveza de abedul y limonada y ella, sentada junto a su padre, con la espalda apoyada en una roca caliente, escuchando tranquilamente la conversación y volviendo la cara de vez en cuando hacia la calidez del fuego y, a continuación, hacia el oscuro y eterno romper de las olas del mar.

Recordó entonces un pícnic más reducido: solo ellos dos, y un lento paseo para alejarse del almizcle de la habitación del enfermo por una avenida cubierta de hierba y flanqueada por olmos gigantes, una catedral verde, hacia una valla con peldaños que dominaba un valle cubierto de campos perfectamente delimitados con setos. Había pedido en la cocina dos panecillos y sopa de pollo, que llevaba en uno de aquellos innovadores termos de lord Marbely, y luego había entrado en el despacho para llenar de coñac la petaca de su padre. Recordó su necesidad infantil de sacar a su padre de la casa, de alejarlo de aquella severa enfermera privada. El paseo había sido dolorosamente lento y la respiración trabajosa de su padre y el ansia de ella habían terminado frustrándola. Recordó la repentina sensación de enfado contra él, como si su padre tuviera la culpa de que el sol y la brisa no logran recuperararlo, y la vergüenza pasajera al reconocer el deseo egoísta de no tener que ser testigo de su declive.

Tomaron asiento en el peldaño de la valla y su padre bebió la sopa a sorbos, combinada con el coñac, de una taza metálica que sujetaba con manos temblorosas. La calificó de néctar, aunque no pudo beber más que media taza, y ella la terminó mientras él contemplaba el valle con la mirada imperturbable de una estatua. Beatrice empezó a asustarse y posó una mano sobre la de él para reclamar su atención.

—¿Padre?

Él le respondió con una sonrisa vacilante, levantó el brazo con dificultad para señalar el paisaje y recitó:

Dichoso el hombre que ciñe sus deseos y cuidados
A una modesta heredad,
Que se siente satisfecho con respirar el aire de su tierra

En el lugar donde nació.

Era un juego que practicaban y uno de los entretenimientos de salón favoritos de Beatrice desde su infancia: él la sorprendía con unas líneas de poesía y le pedía título y autor. Recordaba muchísimas veladas sociales en las que de pronto se reclamaba su presencia y acababa alborotando a todas las mujeres, que veían en ella a un monito inteligente.

—Alexander Pope, «Oda a la soledad» —dijo ella en voz baja.

Sabía que ambos estaban visualizando mentalmente el poema. Pero ninguno de ellos citó la estrofa final: «Dejadme morir sin ser llorado...».

—Es evidente que tomó prestada la idea de Horacio —comentó su padre, y fue entonces cuando ella cayó de rodillas y ocultó su rostro lleno de lágrimas en el regazo de él.

De haber sido su padre católico, habría criticado al sacerdote que ofició el funeral. Su padre había dejado a sus abogados una lista de himnos y lecturas para el acto. Pero la lista no contenía más que una serie de fragmentos oscuros y una nota que rezaba: «Preguntar a Beatrice». Sonrió al recordar a la tía Marbely, que había sufrido casi un ataque de apoplejía cuando la selección, piezas totalmente inadecuadas para la ocasión, fue lentamente revelada.

Se levantó y sacudió la servilleta. No estaba dispuesta a estropear un día tan encantador como aquel con lágrimas de rabia. Mientras recuperaba la bicicleta, se le ocurrió de golpe la idea de que podría entretener a Agatha y sus sobrinos con la historia de las últimas instrucciones que había dejado su padre. Que Beatrice Nash pudiera tener nuevas amistades con las que compartir anécdotas tan divertidas como aquella era un concepto tan novedoso que se echó a reír y asustó con ello a un conejo que permanecía oculto entre la vegetación.

Una hora más tarde, había dado vueltas en círculo y volvía a estar en el mismo cruce de caminos. Desde allí veía la valla y el pedazo de hierba donde se había sentado a disfrutar de su pícnic. Ahora estaba cansada y sedienta por culpa de la carne de ternera salada de la señora Turber. Las marismas, tan planas y abiertas hacia el horizonte, se habían transformado en un laberinto impenetrable de senderos tortuosos y diques sin puentes. En los campos, las ovejas rasuraban la hierba con sus labios negros y la miraban con ojos taimados. Ahora empezaba a comprender cómo era posible que los contrabandistas de siglos pasados hubieran conseguido esquivar sin problemas a los aduaneros en un paisaje aparentemente tan simple. Respiró hondo para sofocar una oleada de ansiedad y decidió no obligarse a dirigirse hacia el oeste sino pedalear en dirección norte, hacia los

acantilados donde recordaba que estaban el canal y la carretera, construida para derrotar a Napoleón, que la llevaría hacia Rye. Hugh le había contado lo del canal y, recordando al sensible Hugh, se armó de valor y se puso de nuevo en marcha con su determinación renovada.

El miedo es un gran estímulo para el esfuerzo, y cuando Beatrice ralentizó por fin el ritmo, había recorrido ya varios kilómetros y tenía justo enfrente el canal y la carretera principal, la hilera oscura de árboles y el acantilado, bienvenidos después del calor plano de la marisma. Por desgracia, la disminución de velocidad reveló un temblor en sus agotadas extremidades. Justo antes del cruce, donde el sendero atravesaba un pequeño puente para unirse a la carretera principal, la bicicleta se bamboleó de un lado a otro y entonces, cuando la rueda delantera pisó la superficie seca y bacheada, lanzó a Beatrice hacia un lado, directa a una acequia llena de zarzas, y el tobillo derecho recibió un duro golpe al quedarse atrapado debajo.

Permaneció muy quieta, pensando únicamente en que la acequia estaba seca, lo cual era una bendición. El aroma herbal de la maleza aplastada y el olor a madera de la zarzamora le inundaron los sentidos mientras contemplaba la luz del sol agradablemente fracturada y moteada por la copa de un árbol. Al llevarse la mano al cuello y descubrir el hilillo de sangre que le había dejado el arañazo de una zarza, palpó enseguida el bolsillo y se alegró una vez más de llevar uno de los prácticos pañuelos de su padre en vez de las piezas de batista que tanto agradaban a las jóvenes. Una paloma torcaz, el eterno violonchelo de la orquesta de las aves, emitió su grave arrullo desde las sombras. Pero por la punzada que empezaba a vibrar en el tobillo derecho, y que era como el redoble de un tambor, pensó que habría sido de lo más agradable quedarse simplemente allí tumbada.

Hugh era consciente de la necesidad de mantener caballo y carro a paso ligero si su tía y él pretendían llegar a tiempo a su última visita y estar de regreso a la hora del té. Pero, por otro lado, su tía temía que se rompieran los huevos que llevaba en el interior de la cesta forrada de franela, que se removiera en exceso la nata de la leche y que la gelatina de caldo de carne acabara derramándose de la vasija, de modo que estaba completamente concentrado en elegir las partes más lisas de la carretera sin pavimentar y en mantener el avance del caballo a un ritmo regular mediante una presión firme, aunque delicada, en las riendas. El viaje podría haber sido más tranquilo y más rápido de haberse decidido por el coche, pero su tía sostenía que visitar a enfermos no era la mejor ocasión para

hacer ostentación de nada y no quería, además, recordar a sus pobres pero orgullosos vecinos que vivían de la caridad llegando a su casa a bordo de un elegante automóvil. De hecho, llevaba un vestido de lo más sencillo y un guardapolvo de color beis, y el sombrero, que reservaba para este tipo de visitas, era de paja sencilla y de dimensiones tan discretas como el sombrero de los domingos de la cocinera. Hugh lucía un traje más formal, tal y como exigía su papel de representante de la profesión médica. Ya había estado visitando a pacientes con el doctor Lawton y ahora estaba haciendo un seguimiento más informal de estos mientras acompañaba a su tía en sus recados. Cuando doblaron una de las escasas curvas de la carretera que seguía el Canal Militar, vislumbró a una mujer sentada en un banco y agitando un pañuelo. Estaba pensando en devolverle el saludo al pasar por delante, cuando su tía lo sorprendió diciéndole:

—¡Para, Hugh, para!

Le tiró de la manga de tal manera que, sin querer, Hugh tiró a su vez del bocado del caballo y el animal viró hacia la cuneta. Hugh sostuvo las riendas con fuerza y consiguió detener el carro sin que el caballo corcoveara.

—¡Es Beatrice Nash! —exclamó su tía—. Creo que está en apuros.

Hugh le pasó las riendas y saltó al camino sin pensar en ningún momento en la posibilidad de mancharse de polvo. Mientras corría hacia el banco, se descubrió rezando para que Beatrice no hubiera sufrido algún tipo de ataque en el camino. Se la veía desarreglada y con arañazos, con sangre en el cuello y un moratón en el brazo. Tenía el cabello lleno de zarzas y, cuando se acercó, vio que la falda estaba manchada y con el dobladillo descosido.

—¿Señorita Nash? —se limitó a decir, puesto que el resto de preguntas se le quedó atorado en la garganta.

—Me he caído de la bicicleta —explicó ella—. Una caída desagradable en esa zanja.

Hugh procuró que no se le notara lo aliviado que se sentía.

—¿Está herida? —preguntó; si se trataba de huesos y sangre podía solucionarlo.

—En el tobillo —respondió Beatrice—. No creo que esté roto, pero se ha llevado un buen golpe. Pero he pensado que si me quitaba la bota no podría volver a ponérmela.

Sonrió, pero estaba pálida y Hugh experimentó el impulso de cogerla como a un pajarito con un ala rota.

—Voy a llevarla hasta el carro —dijo—. Y en cuanto haya subido, habrá que quitar esa bota.

—Creo que podré llegar a la pata coja —replicó ella, alarmada ante el ofrecimiento.

—Yo creo que no, puesto que aún no le he examinado el tobillo —rebatía él. Hablar con autoridad le resultaba sencillo en las casitas de los campesinos, pero no era tan fácil delante de la mirada escéptica de aquella joven—. Y ahora, sea sensata —le suplicó.

Mientras él dudaba y buscaba la manera más eficiente de pasarle un brazo por debajo de las piernas y otro por la cintura, ella se ciñó las faldas alrededor de las piernas, para disminuir su volumen, y tosió para aclararse la garganta.

—No soy precisamente la mujer más delgada del mundo —dijo.

—Ni yo soy el hombre más fuerte —replicó él—. Pero creo que podré arreglármelas para recorrer unos cuantos metros.

Y dicho esto, dobló las rodillas y la cogió en brazos. Las varillas del corsé se le clavaron en la carne y percibió el calor que desprendía la espalda. No pesaba, siempre y cuando la sujetara pegada a su cuerpo. Percibió entonces que ella enlazaba las manos por detrás de su cuello y aspiró un débil aroma a jabón por debajo del intenso olor a polvo y flores del campo. Tuvo que resistirse a la apremiante necesidad de acercar la cara a su cabello.

—¡Dios mío! ¿Pero qué ha pasado? —preguntó Agatha mientras se aproximaban al carro.

—Se ha lesionado un tobillo —respondió Hugh. Su tía le lanzó una mirada afilada y él se habría sonrojado de no estar absolutamente concentrado en discernir cómo ayudar a Beatrice a subir al asiento posterior de un carro que jamás le había parecido tan alto con respecto al suelo. La distancia debía de ser de bastante más de medio metro—. Sujeta el caballo, por favor.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Beatrice—. Creo que sería mejor que me dejara en el suelo.

—No, no —contestó Hugh—. Usted prepare el pie izquierdo. Voy a encaramarme y la lanzaré hacia el asiento.

Fijó la vista con seriedad en el escaloncito de hierro, no mayor que el pie de un niño, que sobresalía de la parte posterior del carro e intentó no pensar en la posibilidad de caer ambos al suelo si al caballo se le ocurría moverse en el peor momento.

—Es en ocasiones como estas que una se arrepiente de no tener un landó —dijo Agatha—. Ve con cuidado, Hugh.

—Sí, vaya con cuidado, Hugh —repitió Beatrice.

Pero lo dijo riendo y Hugh se quedó tan encantado al oír que lo llamaba por su

nombre que a punto estuvo de perder el pie en el peldaño. Y entre el susurro de enaguas y con un gritito de dolor, Beatrice quedó depositada en la bancada posterior y corrió a sujetarse en la barandilla mientras Hugh se retiraba y conseguía aterrizar sin torcerse también el tobillo.

—Creo que deberíamos seguir hasta Little Hollow y echarle un poco de agua fría de manantial a ese pie —sugirió Agatha, mirando desde el asiento delantero—. ¿Le duele mucho?

—No me parece que sea muy buena idea —dijo Hugh, que estaba ahora sujetando la maltrecha bicicleta con una cuerda en la parte posterior del carro—. No les gusta la presencia de desconocidos.

—Todo lo contrario, Hugh —replicó su tía—. Creo que si fuéramos a pedirles ayuda lo tomarían como un signo de confianza. Es nuestra oportunidad de demostrarle a Maria Stokes que valoramos sus conocimientos.

—¿Pretendes que la señorita Nash se quede impactada con un encuentro así? —preguntó Hugh.

—La señorita Nash es una mujer viajada y de corazón fuerte y no se pondrá histérica por conocer a unos gitanos —contestó su tía, pero Hugh, que se disponía a tomar las riendas, se dio cuenta de que miraba de reojo a Beatrice por temor a captar algún indicio de desagrado.

—No, en absoluto —dijo Beatrice.

Parecía un poco preocupada pero no tanto como Hugh se temía. O era una joven excepcional o tenía fe ciega en el buen criterio de su tía.

—Los miércoles me dedico a visitar enfermos —explicó Agatha cuando el vehículo se puso de nuevo en movimiento—. Al doctor Lawton le gusta que vaya a ver a los pacientes que están en un estado más delicado o que son más difíciles.

—Así les ahorra la visita de las damas de la iglesia —apuntó Hugh—. Me lo dijo claramente.

—Es verdad que hay casos que son demasiado delicados como para recibir a la delegación completa de damas —convino Agatha—. Pero se dedican a hacer buenas obras y no hay que burlarse de ellas, Hugh.

—El verano pasado, la señora Fothergill le dio confitura de ciruela a un paciente de disentería y casi lo mata —comentó Hugh con una carcajada.

—Creo que fue más bien la lectura del sermón junto a la cama que la confitura —dijo Agatha en tono ecuánime—. Pero, sin esas visitas, muchos niños enfermos no tendrían ni caldo de carne ni pudín de leche.

—Mi tía siempre tan diplomática —señaló Hugh—. Cuando la conozca mejor,

le contará historias que le pondrán los pelos de punta.

—El doctor Lawton lleva varios años visitando a la anciana Maria Stokes —explicó Agatha—. Los gitanos del condado la consideran su curandera y el doctor Lawton me pide a veces que le lleve material. No confían mucho en nadie.

—El doctor Lawton es el único médico en muchos kilómetros a la redonda que acude a visitarlos —añadió Hugh—. Y no hay más señoras que se acerquen a verlos.

El pequeño clan de gitanos aparecía sin falta cada verano para acampar en Little Hollow y trabajar los distintos cultivos, empezando con las fresas y acabando con el lúpulo. Se marchaban con la misma discreción con que llegaban y Hugh se preguntaba a menudo por qué nadie parecía conocer los caminos que seguían o hasta qué lugares remotos viajaban.

—Los granjeros no saldrían adelante sin su ayuda —dijo Agatha—. Pero en la ciudad los tratan como si fueran ladrones y vagabundos.

—¿Y usted no los considera ladrones? —preguntó Beatrice.

—El doctor Lawton siempre dice en broma que la llegada de los Stokes marca el inicio de la temporada de caza furtiva para los locales —comentó Hugh—. Dice que puedes estar seguro de que aquel que culpa a los gitanos tiene un conejo escondido en cada pernera del pantalón.

—¡Hugh! —exclamó Agatha—. No es necesario ser tan bruto.

—Perdón —se disculpó Hugh.

—La verdad es que no dejaría mi plata a la vista cuando un desconocido aparece en la puerta de atrás vendiendo brezo —dijo Agatha—. Pero no son menos cristianos que Bettina Fothergill, y Maria Stokes es una mujer especialmente impresionante. De no ser gitana, habría sido una enfermera estupenda.

Little Hollow quedaba escondido de la vista desde la carretera debido a un pequeño pliegue en los acantilados a partir del cual el camino se desviaba. Beatrice se dio cuenta de que a Hugh le costaba localizar el estrecho sendero y, luego, hacer circular el nervioso caballo entre la frondosidad de árboles y sotobosque. Cuando llegaron a un pequeño claro, encontraron una caravana de madera oscura con techo negro embreado detrás de la cual aparecieron dos perros flacos ladrando. Un caballo desgreado sujeto con una cuerda larga los miró de reojo pero no se tomó la molestia de apartar la boca de la hierba. La

anciana sentada en los peldaños de acceso a la caravana estaba arrugada como una manzana seca y, a pesar de que el día era caluroso, iba envuelta en varios chales. Sus manos estaban ocupadas separando con agilidad flores de lavanda de su tallo y depositándolas en su delantal, y sus ojos, entrecerrados a causa del humo que desprendía una pipa negra, cruzaron una mirada penetrante con los de Beatrice. Una cacerola de hierro descansaba en un trípode colocado encima de una pequeña hoguera y un niño dormía en un jergón de paja bajo una tienda de aspecto primitivo montada con una lona y las ramas de un árbol. Más lejos, en el camino, el techo de otra caravana y el humo de otra hoguera indicaban la presencia de más gente.

La anciana gritó a los perros para que se calmaran pronunciando una palabra extraña, sacudió el contenido del delantal en el interior de una cesta y se levantó para saludarlos mientras Hugh ayudaba a su tía a bajar del carro.

—Buenos días, señora Stokes —la saludó Agatha—. ¿Qué tal sigue el pobre niño?

—Algo mejor —respondió la señora Stokes, mirando fijamente a Beatrice.

—Me alegro —dijo Agatha—. Le traigo la mejor cuajada de mi cocinera y un poco de gelatina de ternera.

La señora Stokes no dijo nada, pero siguió mirando a Beatrice en silencio.

—Hemos rescatado por el camino a nuestra joven amiga, la señorita Nash —prosiguió Agatha. Beatrice detectó una nota de ansiedad en la voz de Agatha, como si fuese consciente de que presentarse allí con ella pudiera malbaratar una relación delicada—. Se ha caído de la bicicleta y se ha dado un golpe fuerte en el tobillo.

—Le agradeceríamos mucho su ayuda —añadió Hugh—. Me gustaría poder bajarle la hinchazón y aún estamos lejos de casa.

—Mejor vayan colocándola allí, entonces —dijo la señora Stokes. Señaló un tronco caído que había al lado de la caravana. Estaba cubierto con una alfombra de retales fina, sus colores casi desaparecidos—. Le diré al chico que se encargue del caballo.

Dicho esto, entró en su caravana sin echar la vista atrás. Agatha se quedó con las cestas de comida y Beatrice tuvo que someterse una vez más a la poco decorosa operación de ser sacada del carro en brazos de Hugh.

La punzada del tobillo se había transformado en un dolor continuo y la bota parecía un tornillo de banco que le apretaba la pierna. Se sentó y se inclinó para empezar a desatar los largos cordones, pero tenía el tobillo tan hinchado que la presión de los dedos sobre el nudo le provocó una nueva punzada.

—Duele —musitó.

—Hay que sacar la bota —indicó Hugh—. Tía Agatha, sujétala bien para que esté cómoda y lo haré yo.

Agatha tomó asiento en el tronco y Beatrice percibió la presión de unos brazos que la abarcaban.

—Ya la tengo —dijo.

Cuando Beatrice volvió la cara, como una niña, hacia el generoso pecho de Agatha, fue incapaz de contener una súbita oleada de lágrimas. Confiaba en que los demás pensarán que eran de dolor y no provocadas por la exquisita y casi olvidada sensación de sentirse abrazada. Había pasado mucho tiempo desde el último abrazo de su padre, que se había visto reducido a una vacilante caricia a su cabello con unas manos frágiles y cubiertas de venas azules. Comprendió en aquel momento que en los meses transcurridos desde su muerte no había disfrutado de otro contacto humano que fuera más allá de estrechar de vez en cuando una mano enguantada.

Agatha la sujetó mientras Hugh, sin pensar en lo que pudiera pasarle a su ropa, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y, después de despojarse de los guantes que utilizaba para conducir, depositó con cuidado el pie de Beatrice en su regazo con el objetivo de conseguir pasar los tercos cordones de cuero a través de los diminutos ojales metálicos. Beatrice sintió dolor, y luego alivio, cuando, centímetro a centímetro, la bota empezó a rebajar la presión que ejercía sobre el pie.

—Ahora manipularé el pie para asegurarme de que no está roto —le explicó Hugh. Lo dijo en voz baja y amable. Beatrice notaba la calidez de los dedos a través de las medias de hilo de Escocia, la suave presión que ejercían para mover el pie en múltiples direcciones—. No creo que esté roto.

—Tendremos que sacar esa media —dijo Maria Stokes, que regresaba en aquel momento con un chico cargado con dos cubos enormes de agua en un yugo, como si no pesaran nada.

Los perros flacos le dieron una estridente bienvenida y Beatrice reconoció, algo sorprendida, que era Snout, el chico al que tenía que dar clases. Snout no dio muestras de que le gustara verla allí y depositó los cubos en el suelo con el ímpetu suficiente como para que se derramase parte del agua.

—Me gustaría ver bien el golpe antes de vendar —señaló Hugh.

—Por supuesto que lo verá —dijo Maria Stokes, con un tono que hizo sonreír al joven Snout y ruborizar a Hugh Grange.

—Si Snout se encarga del caballo, podría mirar entretanto qué tal sigue el niño

—propuso Hugh.

Le dio una moneda al chico y Snout silbó a los perros y se encaminó hacia el carro con uno de los cubos.

Beatrice sumergió el pie en agua fría del manantial y bebió un poco de té, fuerte y caliente, de una taza sobre un platillo de porcelana que, a pesar de su florida decoración, lucían un borde dorado y eran a todas luces caros. Maria Stokes prefirió beber de una taza de hojalata que llevaba en el cinturón. Terminado el té, Maria Stokes examinó el tobillo con manos ásperas y declaró que solo había sido un mal golpe.

—Tengo un unguento, si quiere llevárselo —le ofreció.

—Oh, sí, claro... —empezó a contestar Beatrice.

—Sería muy amable —dijo Hugh, regresando a donde estaban ellas y observando el tobillo desde una distancia respetable—. La señora Stokes es famosa por sus remedios.

Maria Stokes entró en la caravana y regresó con un frasquito lacrado que contenía un unguento espeso con aroma a pino que extendió con generosidad sobre el morado cada vez más oscuro de Beatrice, para cubrirlo, acto seguido y con pulcritud, con toscas tiras de tela a modo de vendaje.

—Es muy oloroso —comentó Hugh, que observaba con interés profesional el quehacer de Maria—. ¿Huelo tal vez a romero?

—Es muy posible —dijo Maria—. Aplíquelo al amanecer y al anochecer —añadió, dirigiéndose a Beatrice.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Beatrice.

—Pare cuando haya vaciado el contenido del bote —respondió Maria—. Y le dará buena suerte devolvérmelo con alguna cosa en su interior.

—Gracias —dijo Beatrice.

—¿Qué tal ha encontrado al pequeño? —le preguntó Maria a Hugh.

—Muy mejorado —contestó él—. Los pulmones se escuchan más limpios. Creo que con reposo y una dieta cuidadosa estará corriendo por ahí en una semana.

—Gracias —dijo Maria—. Me da miedo cuando los niños cogen fiebre en los pulmones y me quedo destrozada de preocupación. Dígale al doctor que le estoy agradecida por haberlo sacado adelante.

—Lo haré.

—Y gracias, señora, por venir —añadió, cogiéndole las manos a Agatha—.

Muy pocas damas se desplazarían hasta aquí por un niño nuestro, un gesto que no olvidaremos nunca.

—Somos nosotros quienes le estamos agradecidos por haber ayudado a nuestra joven amiga —repuso Agatha.

—Si quiere, señorita, el chico puede regresar con ustedes y llevarle la bicicleta a su padre —dijo Maria.

—Oh, sería demasiada molestia —contestó Beatrice, en un tono apresurado que esperaba que no traicionara su reticencia.

—No es ningún problema, señorita —intervino Snout—. Esa bicicleta va a necesitar unos cuantos martillazos y una cadena nueva.

—Podrían ahorrarle la caminata si no les incomoda que mi bisnieto vaya montado en el peldaño —añadió la señora Stokes.

—Todo arreglado, entonces —dijo Agatha sin alterarse—. El señor Sidley es el mejor en reparaciones mecánicas.

Los tejados de Rye estaban delante de ellos; el sol indicaba la hora avanzada de la tarde y Beatrice cabeceaba de agotamiento cuando Hugh detuvo el carro en un recodo antes de llegar al río. Snout saltó de su precaria percha en el peldaño posterior y desató la bicicleta.

—Se la traeré cuando venga para mis lecciones, señorita —dijo, e hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Verdad que no es necesario que Arty y Jack se enteren de nada?

—*Silentium est aureum* —respondió Beatrice.

El chico expresó su sorpresa con una sonrisa, con la cual Beatrice supo que había entendido su promesa de guardar silencio. Saludó llevándose la mano a la gorra y se marchó arrastrando la bicicleta.

Cuando Hugh arreó al caballo para que reemprendiera la marcha, Agatha se volvió hacia Beatrice y le tocó el brazo.

—Creo que sería mejor que viniese a casa con nosotros —dijo—. Tenemos agua caliente para que pueda darse un baño y Jenny la ayudará. Hay cortes y rasguños que tendrían que limpiarse con solución de yodo.

—No es necesario —contestó Beatrice—. Estoy segura de que la señora Turber podrá proporcionarme un caldero con agua caliente.

—Por si acaso no conoce aún a mi tía, le diré que me parece que su invitación no es una opción —le aconsejó Hugh con una carcajada.

Beatrice pensó que debía seguir protestando, pero la imagen de la

resplandeciente bañera blanca de Agatha, la cama blanda de la habitación azul y una cena caliente recién hecha se volvió irresistible después de una jornada tan agotadora como la que había vivido y accedió, agradeciendo el gesto con la mayor educación posible.

Llegaron al camino de acceso a la casa riendo por el potente olor del ungüento de la señora Stokes y la insistencia de Hugh en cuanto a que también ofrecía pociones de amor y aseguraba que era capaz de envenenar a un cerdo sin echar a perder la carne con ello, por mucho que luego dijera que jamás haría una cosa así. La puerta principal estaba abierta y un hombre de aspecto agradable y en mangas de camisa y corbata estaba admirando el jardín mientras fumaba un cigarrillo.

—John, ¿qué haces en casa? —gritó Agatha. Cuando el caballo se detuvo, el hombre corrió a ayudarla a bajar y se abrazaron como si fueran una pareja de jóvenes amantes, él levantándola por los aires mientras ella se sujetaba el sombrero para evitar que cayera—. Suéltame, qué vergüenza —dijo—. Volverás a fastidiarte la espalda.

—Pero habría merecido la pena, como siempre —contestó él—. Te soltaré si me das un beso.

Agatha le dio un beso en las canosas patillas y él se lo devolvió y le estrechó la mano a Hugh.

—Y esta es Beatrice, a quien conociste en Londres y que se ha caído de su bicicleta —dijo Agatha, y Beatrice recibió un potente apretón de manos de John Kent.

—¿Necesitas que te eche una mano para ayudarla a bajar, chico? —preguntó John, pero Hugh le aseguró que no era necesario.

—Me parece que es una tarea que ya hemos convertido en arte —señaló, y Beatrice se resignó a ser cogida de nuevo en brazos para ser transportada hasta el vestíbulo de la casa.

—Es estupendo estar en casa y poder preocuparse por cosas reales, como el tobillo lesionado de una joven encantadora o el hecho de que a la cocinera no le guste que no haya avisado con tiempo de que llegaría para cenar —comentó John Kent, siguiéndolos—. Juro que son cosas como estas las que ayudan a mantener la fe en que Inglaterra siempre seguirá aquí.

Lo dijo sonriendo, pero se rascó la sien en un gesto típico de un hombre muy cansado.

—¿Por qué hablas así, John? No es muy típico de ti ponerte tan lírico a media tarde —quiso saber Agatha, quitándose el sombrero para colgarlo de una percha

—. ¿Qué sucede?

—Simplemente me siento agradecido por estar de nuevo en casa —respondió John Kent, agarrando a su esposa por la cintura y besándola de nuevo en la mejilla con rotunda firmeza—. No tienes ni idea de lo agradecido que me siento.

Hugh dejó con mucho cuidado a Beatrice y la sujetó del brazo mientras ella descansaba el mínimo peso posible sobre el pie malo. Una vez más, Beatrice agradeció la presión del contacto físico mientras se fijaba en la seriedad con que John Kent miraba a su esposa.

—Lo que tío John intenta decir es que tanto esta casa como Inglaterra podrían no durar eternamente —comentó Daniel, apoyado en el umbral de la puerta del salón con un vaso largo en la mano y la corbata indignamente torcida—. Y por eso ahora estamos bebiendo por ellas.

—¿Qué hace Daniel bebiendo whisky tan temprano? —preguntó Agatha.

—¿Hay malas noticias de Londres? —quiso saber Hugh.

—Me temo que sí —respondió su tío. Cogió las dos manos de Agatha y se las acercó a los labios—. Alemania ha invadido Bélgica —anunció—. Mañana estaremos en guerra.

Agatha Kent devolvió un mechón de pelo al lugar que le correspondía en el recogido y se preguntó si debería llamar a Jenny para que le arreglara el peinado. Pero había anunciado que no iban a vestirse para la cena. John estaba agotado y, a pesar de que había hecho llegar una nota a la señora Turber para que le trajeran ropa limpia a Beatrice, Agatha consideró que sería más sencillo si se saltaban la exigencia de vestirse especialmente para cenar. Añadió a su caprichoso cabello un pequeño pasador, decorado con una tortuga hecha con esmeraldas, y se alisó la blusa limpia que se había puesto, feliz por no tener que cambiar la faja holgada por un corsé de noche. Siempre disfrutaba de la paz de la media hora previa a que sonara la campana que anunciaba la cena y, sentada delante del tocador, con la luz del atardecer filtrándose por la ventana y los agradables sonidos que hacía John, que se estaba cambiando de camisa en el vestidor contiguo, le resultó fácil creer por un momento que aquella velada no sería distinta, que John no había vuelto a casa para una brevísima visita y para darles una noticia terrible.

—¿Podrías ayudarme con este condenado gemelo? —dijo John, haciendo su entrada con la camisa aún sin meter por dentro del pantalón y sus zapatillas marroquies favoritas.

Tomó asiento a los pies de la cama y extendió el brazo. Agatha hizo girar el taburete en el que estaba sentada delante del tocador para ayudarlo, y mientras se peleaba con el rígido puño de la camisa, John suspiró y recostó la cabeza sobre el hombro de ella hasta acomodar la mejilla en la curvatura de su cuello. Solucionado el problema con el gemelo, Agatha le posó la mano en la espalda y permanecieron unos instantes abrazados, ofreciéndose mutuo consuelo en silencio, la recompensa, pensaba ella a menudo, de los que llevan mucho tiempo casados.

—Pensábamos que el káiser convencería a Austria de que se mostrara comedida en el este —dijo—. Y en cambio se vuelven en contra de Francia. Ya están en Luxemburgo y mañana acabarán con la neutralidad belga.

—Has hecho todo lo que has podido, estoy segura —replicó Agatha.

—Berlín nos ha pillado con el paso cambiado —continuó John, levantando la cabeza y pasándose la mano por el pelo en un gesto de agotada frustración—. Y como, por encima de todo, nos negamos a quedar públicamente como unos imbéciles, me temo que no nos han dejado la más mínima posibilidad de mantenernos al margen del conflicto.

—No me cabe en la imaginación que podamos ser enemigos —observó Agatha—. ¿Y ahora qué va a hacer la hija de Emily Wheaton? Su esposo es un hombre encantador.

—Si desea estar a su lado, tendría que partir de inmediato —contestó John, levantándose y yendo hacia el espejo del tocador para anudarse una pajarita a topos azules—. Pronto será imposible viajar. Las vías férreas estarán patrulladas por las tropas y nadie sabe con seguridad si será posible hacer efectivos nuestros cheques bancarios en el extranjero.

—Pero, como inglesa que es, ¿cómo pretendes que vaya a Alemania en un momento así? —cuestionó Agatha, que se levantó para ajustarle la pajarita con mano experta.

—Legalmente, ahora es alemana por matrimonio —respondió su esposo—. Es posible que tampoco se encuentre muy a gusto aquí si se declara la guerra.

—Lo cual viene a demostrar que todo esto es un absurdo —concluyó Agatha—. Y tienen un bebé, además.

—En cuanto vuelva a Londres, me aseguraré de dar a conocer tu opinión —dijo John—. Pero, antes, ¿podría, por favor, disfrutar de una cena familiar en la mesa de mi casa y de un paseo por mi roaleda en compañía de mi preciosa mujer? —preguntó, inclinándose para apartarle a su esposa un mechón que le caía en la cara.

—Sí, pero por el simple hecho de que haya una crisis internacional no te creas que vas a bajar a cenar con esa horrorosa chaqueta de rayas que tanto te gusta —contestó Agatha—. Tenemos una invitada.

El tejido de la vieja chaqueta universitaria a rayas anchas clareaba por los codos y el dibujo se había descolorido con el tiempo. Agatha libraba una guerra silenciosa y eterna contra el anhelo de su marido de ponérsela siempre que ella sugería la más mínima relajación de los estándares. Normalmente, conseguía disuadirlo razonando con él, pero en las dos ocasiones en las que había intentado enviar la censurable prenda a la bolsa para hacer trapos, John se había enfadado muy en serio y había ido personalmente al cuarto de la ropa blanca para retirarla de allí. Ningún criado se atrevía a tocarla y la chaqueta seguía colgada en el vestidor, atrayendo polillas y rozando sus mangas gastadas contra las prendas más nuevas.

—Pero si queda muy bien con esta pajarita —protestó John—. Y dijiste que no íbamos a vestirnos especialmente para la cena.

—He dicho que nos vestiríamos informales —replicó Agatha—. No he dicho que fuéramos a ir excéntricos. Y ahora voy a ver qué tal sigue nuestra joven invitada. Y te pido por favor que no aparezcas en el comedor como un charlatán de carnaval.

—Supongo, entonces, que tampoco podré ponerme mis zapatillas —dijo John.

Durante la cena no hablaron sobre la crisis.

—No queremos que cunda la alarma entre el personal ni que los chismorreos bajen desde esta colina a la ciudad —le comentó Agatha en voz baja a Beatrice mientras la ayudaba a descender por la escalera—. En el puesto de mi esposo, la discreción es de suma importancia.

De modo que hablaron del tiempo, de los avances del huerto y de lo mucho que a Beatrice le gustaba la ciudad. John Kent quería conocer todos los detalles sobre su llegada y su instalación, y en el relato que su esposa y sus sobrinos hicieron de los acontecimientos no faltaron ni la señora Turber ni ninguno de los miembros de la junta rectora del colegio.

—¿Y me creerás si te digo que el sobrino de la señora Fothergill llegó borracho a la entrevista? —concluyó Agatha.

—Nos quedamos todos conmocionados —dijo Daniel—. Los Fothergill son una familia irreprochable.

Beatrice vio que los dos primos intercambiaban una sonrisa y Daniel,

percatándose de su mirada, abrió los ojos en un gesto exagerado de inocencia. Beatrice comprendió entonces que alguna cosa habían tenido ellos que ver en el asunto.

—Sé que ganó la mejor candidata —dijo John Kent. Levantó la copa en dirección a Beatrice—. Es usted una incorporación muy bienvenida tanto a nuestra ciudad como a la mesa de nuestra familia, querida.

—Gracias —respondió Beatrice.

Le estaba muy agradecida a John Kent por haberse tomado la molestia de acompañarla personalmente por Londres hasta el tren y se daba cuenta ahora de que en su momento estaba tan tensa que no había podido evaluarlo adecuadamente. Era un hombre delgado, de mediana altura y conducta tranquila, tal vez el resultado inevitable de una larga carrera como alto funcionario. Pero sus ojos brillaban con la misma picardía que los de su esposa. Era gente que sabía más de lo que contaba y que comprendía con mayor rapidez que los que hablaban mucho más que ellos. Se comunicaban sin necesidad de palabras y, mientras reían y charlaban, Beatrice captó alguna que otra ceja levantada, más de una inclinación de cabeza silenciosa y algún leve movimiento de dedo que daban pistas del idioma secreto que compartían. Beatrice había aprendido a leer muchas de las expresiones de su padre y a anticiparse con ello a sus necesidades, pero Agatha y John Kent disfrutaban de un mutuo entendimiento mucho más profundo. Notó de repente un escalofrío provocado por la sensación de soledad y por la idea de que su independencia implicaba que nunca llegaría a disfrutar de un vínculo como aquel con otra persona.

—¿Qué tal la poesía, Daniel? —le preguntó su tío, cambiando de tema.

—Me han publicado en un par de periódicos —respondió Daniel—. Le traje algunos ejemplares a tía Agatha.

—Periódicos bastante groseros, por cierto —comentó Agatha—. No sé si a tu tío le gustarían.

—Si no escandalizara a la gente de a pie, no sería arte —sentenció Daniel.

—Nos ha puesto en el lugar que nos corresponde, querida —le dijo John a su esposa.

—No me refería a vosotros, por supuesto —replicó Daniel—. Le presenté mis poemas al señor Tillingham y le parecieron moderadamente prometedores.

—Entonces, te han puesto también a ti en tu lugar —concluyó el tío John.

—Así es —convino Daniel—. Insiste en ver los nuevos versos que he compuesto para impedir que cometa, dice, el mismo tipo de errores juveniles que estropearon los que ya están publicados.

—Me parece todo un elogio por parte de ese hombre ilustre —opinó Hugh.

—Señorita Nash, creo que dijo que usted también es escritora —comentó su tío, girándose hacia ella con una amistosa sonrisa.

—Algo totalmente imposible, según el señor Tillingham —contestó Beatrice—. Quedo descartada de entrada por ser mujer.

—Me parece a mí que lo que es imposible es opinar como el señor Tillingham —dijo John Kent—. Pero la alta sociedad insiste en que las sentencias de los grandes hombres son indiscutibles.

—Confío en que si el señor Tillingham encuentra de su agrado mi último trabajo, se muestre dispuesto a escribir un breve prólogo para mi libro de poemas —prosiguió Daniel—. Conozco un pequeño editor de París que podría estar muy interesado.

—En los meses venideros, los editores de París tendrán cosas más urgentes en que pensar —advirtió John—. Yo no albergaría esperanzas en ese sentido.

—Pero todo estará solucionado en cuestión de semanas, ¿no? —insistió Daniel—. No creo que las dificultades lleguen hasta París.

En aquel momento entró Jenny con un enorme *trifle* al jerez y a continuación Smith con una bandeja de fruta. La familia dejó de hablar y el silencio incómodo se prolongó mientras se servía el postre: Jenny haciendo sonar la larga cuchara de plata contra el cuenco de cristal, la crema del *trifle* aferrándose con terquedad a la cuchara, Smith ofreciendo la fruta con un susurro que raspaba como una lima metálica.

Finalmente, cuando los sirvientes abandonaron la estancia y después de unos instantes de pausa, dijo John en voz baja:

—En las próximas semanas oiréis muchas declaraciones, la mayoría de las cuales estarán concebidas para intentar poner al mal tiempo buena cara y transmitir un adecuado sentido de patriotismo. —Hizo una pausa para elegir con cuidado sus palabras—. Oiréis muy poco más por mi parte pero creo que, por el momento, viajar al continente será imposible.

—Yo tenía pensado instalarme en París el mes que viene —dijo Daniel, empalideciendo—. Craigmores y yo vamos a poner en marcha un periódico.

Por el tono rojo que adquirieron de repente las orejas de Hugh, Beatrice adivinó que conocía de antemano el plan y que no era el momento previsto para anunciárselo a Agatha y John.

—Pero si te he conseguido un puesto en... —empezó a decir su tío.

—Oh, lo siento mucho, querido —dijo su tía al mismo tiempo.

El silencio se reanudó y Daniel empezó a bullir por una combinación extraña

de rabia e incredulidad.

—No puede ser —murmuró con voz entrecortada—. Está todo preparado.

—La guerra tiene su propia manera de entrometerse en los deseos más íntimos —sentenció su tío, y Beatrice detectó una nota de impaciencia en su voz.

—Pienso ir a París, pase lo que pase —aseveró Daniel—. Si me disculpáis.

Se levantó abruptamente, la servilleta cayó al suelo sin que se diera cuenta de ello, y abandonó la estancia.

—Siento que no hayamos guardado nuestros modales delante de nuestra invitada —le dijo John a Beatrice—. Disculpe a mi sobrino, por favor.

—Daniel no puede evitar su carácter impetuoso —señaló Agatha—. Es un artista.

—Es una combinación de artista y mimado —murmuró John—. Estamos aún por determinar las proporciones de cada faceta.

—¿Conocías sus planes, Hugh? —preguntó Agatha.

—Aquí es donde normalmente me cae la bronca más fuerte que a Daniel por el simple hecho de estar al corriente de algún hecho perverso que él ha cometido —le explicó Hugh a Beatrice. Se comió su último trozo de *trifle* y movió la cuchara para subrayar sus siguientes palabras—. Esta vez pongo mis límites, tía. Daniel es un hombre adulto y he dejado de ser responsable de los arañazos que pueda hacerse en las rodillas y de su talante caprichoso.

—No puedo imaginarme que su padre lo apruebe —dijo Agatha—. Aunque supongo que así es como los jóvenes experimentan *la vie boulevardier*.

—Chicos con más medios que sentido común —apostilló John—. Los tiempos que corren exigen hombres con un carácter más serio.

—Confío en que te equivoques —replicó Agatha. Jenny hizo su entrada para indicar que el té estaba preparado en el salón, y Agatha añadió—: Oh, mejor que sirvas el té aquí, querida. Esta noche, las señoras no se retirarán antes.

El té ya había sido servido y acababan de cerrarse de nuevo las puertas, para evitar que los criados pudieran oírlos, cuando Daniel entró otra vez en el comedor.

—Pido disculpas por haberme retirado tan bruscamente —dijo—. Con la inquietud al pensar en París y la amenaza que pesa sobre sus tesoros he necesitado unos momentos para recuperar la compostura.

—¿Necesitas un coñac? —le preguntó su tío.

—Seguro que Hugh estará de acuerdo en que sería buena idea, aunque sea solo con fines medicinales —respondió Daniel—. Suponiendo que tengas más noticias desalentadoras que compartir con todos nosotros.

—La verdad es que poca cosa más puedo decir —replicó John, sirviéndole una copa de coñac a Hugh, otra a Daniel y finalmente una para sí mismo. Inclino la botella hacia su esposa, pero ella negó con la cabeza—. Puede que dispongamos de unos días más para instar a Alemania a que reconsidere su posición pero, como podéis imaginar, la acción militar tiene su propia inercia. —Suspiró, se acercó a la puerta acristalada e inspiró una bocanada de aire aromático de la noche—. Con Rusia también en marcha, me temo que será como intentar detener un tren con una sola mano.

—Y estamos obligados por honor a garantizar la seguridad de la pobre Bélgica, ¿no es así? —preguntó Beatrice.

—En la diplomacia el honor no existe, señorita Nash —contestó Daniel—. Precisamente, no respetarlo suele proporcionar cierta ventaja.

—¡Daniel! —dijo su tía.

—Seguramente el chico no se equivoca —observó su tío—. Por mucho que haya dedicado años a luchar por su causa, creo que la época del honor entre naciones civilizadas podría estar tocando a su fin.

—¿Quiere decir que no defenderemos a Bélgica? —preguntó Beatrice. Se sentía tristemente confusa, y estaba segura de que nadie debería sentirse confuso respecto a la necesidad de una guerra—. ¡Pero si tenemos un tratado!

—Los defenderemos —aseguró John—. Si Alemania consiguiera derrotar a Francia y hacerse con el control de los puertos del norte del país, amenazaría nuestra navegación por el canal y nuestra posición dominante en las vías marítimas.

—¿Quiere decir con esto que lucharemos por ellos para obtener un beneficio? —replicó Beatrice—. ¿Que lo de salvar a Bélgica no es más que una historia que contar a las masas humildes?

—Más bien lo contrario —respondió John—. El salvamento de la inocente Bélgica es una historia para el beneficio del Parlamento y de toda la gente importante que debe acceder a darnos las tropas y el dinero necesarios para combatir. En política es imposible conseguir nada sin contarles a los políticos un buen cuento antes de irse a dormir.

—¿Habrà reclutamiento? —preguntó Hugh.

—No sé si llegaremos tan lejos —contestó su tío—. Estamos llamando a filas a la Fuerza Expedicionaria. Son hombres maduros y experimentados. Pediremos voluntarios. A mi entender, la primera respuesta al llamamiento será una oleada de patanes sin experiencia, aunque bien relacionados, en busca de un puesto que sea una bicoca y desde el cual ayudar a gestionarlo todo manteniéndose sanos y

salvos. Yo mismo estoy empezando a recibir un aluvión de cartas de presentación y solicitudes.

—Ahora que París queda completamente descartado, confío en que veas que es el momento perfecto para empezar a trabajar en el ministerio de Asuntos Exteriores con tu tío —dijo Agatha—. Sé que es lo que tu padre desea para ti.

—No tengo el más mínimo interés en pasarme el día sentado en Whitehall aprendiendo a hacer pedidos de calcetines de lana en cantidades industriales —repuso Daniel—. Craigmore y yo pondremos en marcha el periódico en Londres y contribuiremos a la causa con nuestro arte.

—Estoy segura de que un periódico con poesía estimulante y escenas patrióticas sería una empresa bienvenida y próspera —comentó su tía.

Beatrice se percató de que hablaba con sequedad y, en consecuencia, no le sorprendió el tono violento de la réplica de Daniel.

—Dios mío, es la peor idea que he oído en mi vida —exclamó—. Acabaríamos ahogados bajo el lodazal de entregas sensibleras repletas de sentimentalismo barato y arrebatos vacíos. Jamás debe permitirse que el patriotismo corrompa el arte. Si acaso, la causa de la poesía tiene que ser siempre la paz.

—No creo que encontréis muchos suscriptores en tiempos de guerra —apuntó Hugh—. Y los poetas también comen y pagan su alquiler.

—Si es necesario, gestionaremos el periódico desde aquí —aclaró Daniel—. Nos instalaremos en tu garaje, Hugh.

—Detrás de todo poeta no están las musas, sino una tía adinerada con una casa de campo —replicó Hugh, manteniendo un semblante impasible y dándole un sorbo al té. Beatrice disimuló una sonrisa.

—Exactamente —dijo Daniel—. ¿Qué haría yo sin ti, tía Agatha?

—¿Qué aconseja que hagamos los demás, señor Kent? —preguntó Beatrice—. Deseamos cumplir con nuestro deber.

—De momento, mantener las rutinas habituales y no mostrarse nerviosos —respondió John—. Es importante dar buen ejemplo, porque este tipo de noticias siempre acaba agitando a la población.

—Yo me encargaré de almacenar suministros —dijo Agatha—. Ya sabes que siempre me gusta estar preparada.

—El acaparamiento estará oficialmente mal visto —le explicó su marido—. Produce escasez y subida de precios.

—Actuaré con cautela en la ciudad —replicó su esposa—. Pero entonces espero que te pases por Fortnum and Mason de camino a la oficina y hagas un

pequeño pedido para que sea entregado de inmediato en casa.

—En ese caso, encargaré también algunas cosas para mí —dijo John—. Las cenas en el club ya son horrendas en tiempos de paz. Y una buena reserva de latas de Gentleman's Relish y de ostras en conserva me ayudará a superar mejor los meses de hostilidades que estén por llegar.

Después de reflexionar durante los días siguientes, Hugh comprendió que los nubarrones de tormenta que se estaban formando sobre Europa habían quedado perfectamente plasmados en los periódicos, pero que, como le había sucedido a la mayoría, él tampoco había sido capaz de ver el trasfondo de lo que ocurría en el continente.

—Evito por completo la prensa —dijo Daniel—. Estoy seguro de que las guerras serían más cortas si no estuviéramos todos tan ansiosos por leer noticias sobre ellas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Hugh—. Estar sentado aquí sin hacer nada me provoca ansiedad.

Estaban en el jardín, Daniel recostado en la tumbona y Hugh repantingado en una vieja silla de lona.

—Querido primo, permanecer sentado sigue siendo la mejor opción —respondió Daniel—. ¿No oíste lo que dijo tío John acerca de que debíamos comportarnos con la máxima normalidad y evitar mostrar nuestra preocupación?

—¿Y dónde ves tú la normalidad si hay soldados apostados en la estación de tren y es imposible cambiar en ningún lado un billete de cinco libras?

—Ojalá tuviera la suerte de estar en posesión de un billete de cinco libras —dijo Daniel, suspirando. Dejó caer su libro al suelo y unió las manos detrás de la cabeza—. El aroma a guerra aporta cierto vigor al día a día —añadió—. Esta mañana, he detectado cierta urgencia en el paso del caballo del lechero.

—Oh, sé sensato, Daniel —exclamó Hugh—. Entre tú, que pareces un petimetre, y el coronel Wheaton, que se dedica a alistar a cualquier borracho idiota que se presenta en el ayuntamiento, es como si el mundo se hubiera vuelto loco.

—Vi a esa mujer, Finch, fotografiando a un joven y guapo recluta envuelto en la Union Jack, con su madre y sus tres hermanas menores llorando entre ramos de margaritas —dijo Daniel, suspirando otra vez—. Sentí tentaciones de alistarme, para así desvanecerme también yo de éxtasis bajo la bandera y

enviarle la fotografía a Craigmore para que llorase por mí.

—Dice el doctor Lawton que los reclutas están débiles y desnutridos y que sucumbirán víctimas de un resfriado después de la primera marcha —comentó Hugh.

—¿Piensas ayudarlo a engordar a la juventud de Sussex para así poder llenar el frente? —preguntó Daniel.

—He escrito a mi mentor, pidiéndole consejo sobre qué hacer —respondió Hugh—. No me siento capaz de quedarme sentado sin hacer nada si puedo prestar algún tipo de servicio. Confío en que un día de estos me reclamen en Londres.

—¿Y estará la hija de tu cirujano dispuesta a dejarte marchar en pos de alguna empresa relacionada con la guerra o se aferrará a ti en estos momentos de desesperación? —preguntó Daniel.

Hugh puso mala cara, puesto que estaba prácticamente seguro de que no le había mencionado el tema a Daniel, lo que significaba que su primo había estado de nuevo fisgoneando en su despacho para robarle sus mejores plumas y riéndose de los muchos borradores que había necesitado para redactar una nota adecuadamente correcta para una mujer.

—La señorita Ramsey tiene demasiados pretendientes a su alrededor como para fijarse en mí —dijo Hugh.

Confiaba en que Daniel no siguiera sondeándolo, puesto que no tenía ganas de hacerle confidencias a su primo y recibir luego a cambio la recompensa de sus interminables burlas.

—A lo mejor tendrías que alistarte en la caballería —replicó Daniel—. A las mujeres les encantan los hombres con uniforme.

—¿Y tú piensas quedarte aquí con tu pantalón de franela y jugando al críquet hasta que esos tudescos invadan las playas? —preguntó Hugh.

—Debo hacerte saber que he escrito a Craigmore para proponerle que lancemos de inmediato nuestro periódico en Londres —contestó Daniel—. Daremos a nuestros mejores poetas y artistas jóvenes la atalaya ideal desde la que defender nuestra nación a través del arte y el lenguaje.

—Me pareció oírte decir que el patriotismo es un anatema para el arte —señaló Hugh.

—He decidido que, igual que sucede con el dinero, es mejor considerarlo como algo que está al servicio de la causa —replicó Daniel—. Claro está que los artículos patrióticos los colocaré al final del periódico y que los disimularé con ilustraciones para que nadie acabe leyéndolos.

—Te veo muy práctico —dijo Hugh—. La guerra está teniendo un efecto aleccionador sobre todos nosotros.

—Y ha habido resultados concretos —prosiguió Daniel—. Craigmore me ha respondido que sus padres y él vendrán a visitarnos. —Cogió su cuaderno y arrancó algunas hojas de papel cebolla del centro—. Como parte de una comisión para evaluar la capacidad defensiva local.

—¿Y te ha dicho si su padre está de acuerdo con lo que pretendéis hacer? —preguntó Hugh.

—No ha sido tan concreto —respondió Daniel—. Pero el universo acaba uniéndolo todo. Estoy seguro de que Craigmore y yo seremos capaces de presentar un alegato irrefutable sobre el arte y la poesía como parte de nuestra defensa nacional.

Con el último correo de la tarde, Hugh recibió una carta por la que se le convocaba en Londres y a la mañana siguiente, después de superar ciertas dificultades en la estación de tren de Rye, donde no había cambio en las taquillas y donde el jefe de estación tuvo la amabilidad de permitirle emitir un pagaré, consiguió partir hacia Londres.

La vivienda londinense de sir Alex Ramsey era una casa alta en Harley Street construida con cálido ladrillo rojo, decorada atractivamente con piedra y con ventanales ornamentados con jardineras repletas de las flores típicas de finales de verano. Una discreta placa de latón era la única sugerencia de que la casa albergaba la consulta del cirujano, un pequeño conjunto de habitaciones junto a la puerta principal. Detrás de la elegante fachada, la casa disponía de estancias espaciosas con techos altos y amplios pasillos. Hugh había visto los salones tanto de la planta superior como de la planta baja, la biblioteca y el despacho privado del cirujano. Le agradaba especialmente el salón de la parte posterior de la planta baja, que era el territorio de Lucy. Disponía de un encantador invernadero que daba acceso a un agradable jardín con un pequeño estanque con carpas y muros de ladrillo flanqueados con melocotoneros y manzanos cultivados en espaldera. Mientras esperaba en la entrada, Hugh se permitió unos instantes para imaginarse como propietario de una casa como aquella, y tal vez de una consulta médica grande y bien gestionada de renombre similar. Conseguir tanta eminencia mediante talento y trabajo duro le exigiría muchos años, pero el esfuerzo no le daba miedo. Reconocía que albergaba esperanzas de que el afecto de Lucy Ramsey le facilitara el camino, aunque se sabía inocente de cualquier

tipo de oscura motivación. Si tenían que casarse, pensaba, cualquier avance sería rizar el rizo del amor.

—Pase, hijo mío, pase —dijo el cirujano, acompañando sus palabras de un gesto después de que el mayordomo condujera a Hugh hasta un despacho con paredes cubiertas de libros, donde solo la sencillez de la alfombra y el discreto olor a carbólico sugerían un uso profesional—. Lucy tiene a la multitud habitual para tomar el té, pero ha insistido en que destinara un momento a hablar en privado con usted, Grange.

—Es un honor —replicó Hugh, tomando asiento en una cómoda silla tapizada, colocada delante de la reluciente mesa de despacho de madera de caoba—. ¿Qué tal los lagos, señor?

Charlaron un rato sobre las adversidades de la gira de conferencias, sobre la muchedumbre que llenaba Bellagio y los placeres de las tranquilas poblaciones de la costa oeste del lago Como.

—Creo que Lucy disfrutó de aquel silencio —comentó el cirujano—. Cada día la saludaba al pasar por los jardines un baronet a bordo de un faetón tirado por dos caballos blancos, pero nada era capaz de hacer girar su hermosa cabeza. Es una chica sensible y sensata, no cabe duda.

—¿Y tuvieron problemas para volver a casa? —preguntó Hugh—. He oído decir que los bancos europeos han dejado de aceptar nuestros cheques.

—Salimos justo a tiempo —respondió el cirujano—. El director de nuestro hotel nos cambió un cheque por soberanos de oro y pudimos subir a uno de los últimos trenes a tiempo de llegar a París antes de que las fronteras se cerraran definitivamente. Detuvieron a un par de personas que iban a bordo del tren, pero debo decir que Lucy no tuvo que ser testigo de ninguna escena desagradable. —Se acarició la barba y añadió—: Se alertó, a esos belgas, de que no cogieran las armas, pero al parecer hay algunos que no están dispuestos a obedecer órdenes. Comparto, por supuesto, la ira de todo el mundo y pienso poner toda mi experiencia y mis recursos al servicio de mi país y mi rey.

—Quería preguntarle cómo podría colaborar yo en estas iniciativas —dijo Hugh—. No es mi deseo ofrecerle a usted otra cosa que no sea mi total atención, pero tal vez, en los días que libro, podría trabajar como voluntario en alguno de los hospitales.

—De esto precisamente quería hablarle, hijo mío —contestó sir Alex. Buscó entre los papeles que tenía encima de la mesa y le entregó a Hugh lo que parecía una lista de equipamiento y personal necesarios para montar un hospital con varios quirófanos—. Esta guerra es la oportunidad de toda una vida para avanzar

en nuestro campo a una velocidad impensable en tiempos de paz. —Se frotó las manos—. ¡Imagínese un nuevo hospital especializado y un suministro ilimitado de heridos que nos ofrezca la oportunidad de catalogar todo tipo de lesiones cerebrales de diversa gravedad! Visualizo ya una batería entera de novedosas máquinas de rayos X, lo último en equipamiento, desde sierras para huesos a compuestos farmacológicos, y, naturalmente, nuestros mejores médicos para trabajar conmigo en esta tarea hercúlea.

—Sería un avance enorme en nuestro campo —comentó Hugh—. ¿Dónde será, señor? He oído decir que iban a utilizar un hospital psiquiátrico de Chelsea.

—No, no, hijo mío, ¡tenemos que ir nosotros allí! —respondió sir Alex—. Lo más cerca posible del frente para conseguir los casos más recientes. Las lesiones en la cabeza son de mal viajar, como usted bien sabe. Preferiría algún lugar en la costa...

—¿En Francia? —preguntó Hugh.

Notó una punzada de ansiedad en el pecho. No era miedo, se dijo, sino la reacción natural a la idea de ir a la guerra.

—El Ministerio de la Guerra se muestra receloso ante las iniciativas civiles. Demasiadas mujeres que desean llenar el furgón del carnicero y llamarlo ambulancia. Y luego siempre está el tema de la financiación.

—Obstáculos importantes —convino Hugh.

—Me han ofrecido montar mi hospital como una iniciativa militar, formando parte del Royal Army Medical Corps —explicó el cirujano—. Me preocupaba el asunto..., la burocracia militar y todas esas cosas, pero me han ofrecido un cargo.

—Felicidades, señor.

—Solo un rango de coronel para empezar, creo —continuó el cirujano. Tiró de una manga de su chaqueta y enderezó la espalda. Su semblante satisfecho daba a entender que contemplaba recibir más honores en un futuro—. Entretanto, debo encargarme de reclutar. Necesito a los mejores y más brillantes, y eso le incluye a usted, hijo.

—Le agradezco el cumplido —dijo Hugh, eludiendo una respuesta directa.

—Usted, Carruthers y posiblemente también Michaels, aunque es asmático, la verdad; seguramente no me lo llevaré —prosiguió el cirujano—. Algunos de ustedes tendrán que servir donde sea necesario durante unos meses hasta que lo tengamos todo montado.

—Lo que sucede es que me faltan solo unos pocos meses para obtener el doctorado —dijo Hugh—. Había pensado que mi lugar estaría aquí.

Su intención era ayudar en operaciones quirúrgicas, realizar rondas de visitas hospitalarias al lado del eminente cirujano, trabajar en laboratorios limpios y embaldosados y redactar un par de artículos académicos. Había planeado continuar con su vida, tal vez comprar entradas para la ópera e invitar alguna tarde a Lucy al Museo Británico. Y trabajar como voluntario por las tardes — alguna que otra operación adicional aquí y allá para salvar una extremidad, un ojo—, sin buscar más reconocimiento que la admiración de Lucy por sus infatigables esfuerzos.

—Hijo mío, un mes en el frente será equivalente a diez años en los quirófanos de Londres —replicó el cirujano—. Piense en la experiencia, en los artículos que luego podrá publicar y en los avances de nuestro conocimiento científico.

Hugh podría haber añadido la posibilidad de salvar vidas a la lista de ventajas que le presentaba el cirujano, pero entendía que en la mente de aquel hombre ilustre todo giraba en torno a la ciencia.

—Con su permiso, me gustaría consultarlo con mi tío —dijo—. Y tengo que escribir también a mi padre en el extranjero.

—Hay tiempo suficiente para decidir antes del otoño —señaló el cirujano—. Confío en que reciba la bendición de ambos. Esas notas que me entregó sobre los efectos de mantener a los pacientes calientes después de la intervención quirúrgica han sido muy bien recibidas este verano. He pensado que tal vez podríamos plantear la redacción de un artículo sobre el tema.

—Gracias —dijo Hugh.

Aunque sabía que el nombre de un ayudante jamás aparecería en ningún artículo que el gran cirujano publicara, le emocionaba pensar que sus ideas pudieran ser discutidas por los cirujanos más influyentes del continente.

—Sentiría mucho perderlo —añadió el cirujano, mirándolo con seriedad—. Y sé que Lucy sentiría que se alejase de nosotros.

La euforia de Hugh se evaporó. No sabía cómo responder, pues de repente acababa de quedarle muy claro que el cirujano no tenía la más mínima intención de seguir supervisando a los estudiantes que no accedieran a viajar con él a Francia. Ser elegido para trabajar con sir Alex había sido uno de los logros de los que más orgulloso se sentía Hugh y estaba seguro bajo su protección. Ahora, como si acabara de recibir un puñetazo en el pecho, temía que lo que hasta el momento había visto como cariño sincero fueran, tal vez, simples modales afables.

—¿Por qué no pasamos al salón y le pedimos a Lucy que nos ofrezca una taza de té? —propuso el cirujano, con amabilidad—. Sé que ha estado contando los

minutos que faltaban para su llegada.

Entrar en un salón repleto de colegas y amigos, con el brazo del gran cirujano pasado por encima de sus hombros, era recibir tanta atención, tanto reconocimiento y no poca envidia, que Hugh no pudo evitar sentirse consolado. Que la benevolencia del cirujano pudiera ser egoísta no excluía que sintiera hacia él un cariño sincero, pensó Hugh, y decidió disfrutar del placer de saber que todos los allí reunidos eran conscientes de que acababa de tener una reunión privada con el gran hombre.

—Nuestra estrella nos trae historias de sus aventuras como médico rural — anunció sir Alex—. Michaels, confío en que le haya dejado usted algunas galletas.

Hugh estrechó las manos de sus colegas y fue presentado de nuevo a varias jóvenes damas del círculo de Lucy que estaban encantadas de tomar el té con jóvenes médicos y que luego conversaban entre ellas sobre todos los jóvenes caballeros que conocían de la alta sociedad. El grupo se extendía hasta el invernadero, donde más gente joven se repartía entre jardineras con helechos y jarrones de cerámica italiana con aspidistras y ficus. Bajo las ramas esbeltas de dos altos limeros que ofrecían sombra bajo el techo de cristal, Hugh vislumbró a Lucy sentada en un sofá de mimbre y al lado de una mesita sobre la que había una tetera y una bandeja grande con galletas. Estaba sentada con dos amigas, enfrascadas en la patriótica labor de tejer calcetines de lana verde para los soldados. Su rival para acaparar la atención tanto del padre como de la hija, Carruthers, había conseguido un lugar privilegiado en el mismo sofá y sostenía una madeja de lana verde para que Lucy pudiera enrollarla. Cuando Hugh se detuvo para admirar el vestido de encaje blanco con cintas de color rosa adornando el corpiño de Lucy y sus botines de cordones de color azul claro, que descansaban cautivadoramente encima de un escabel, ella levantó su preciosa cara en forma de corazón y le regaló su sonrisa más luminosa.

—Ahora debe ceder usted su lugar, señor Carruthers —dijo, en un tono tan encantador que no permitía oposición—. Ya ha tenido el monopolio el tiempo suficiente y le prometí a nuestro amigo, el señor Grange, una conversación de verdad.

Carruthers se levantó para estrecharle la mano y marcharse a regañadientes, las dos chicas que tejían susurraron también sus excusas para irse y Lucy las despidió inclinando su rubia cabeza ondulada hacia ellas y mirándolas con sus ojos azules. Hugh tuvo la clara sensación de que tanto ella como sus amigas estaban perfectamente al corriente de los planes de su padre y se preguntó a

cuántos estudiantes más habría intentado convencer al cirujano con un té y una charla privada en el invernadero.

—Y bien, Hugh, le veo incluso más serio de lo habitual —dijo Lucy, sirviéndole el té en una tacita de porcelana—. Es usted el más serio y el menos encantador de todos los acólitos de mi padre, pero debo confesarle que por ello me gusta más.

—Es un honor —contestó Hugh.

Tomó asiento a su lado y aceptó la taza de té y una galleta de mantequilla que ella le ofreció directamente con la mano. El pulso de Hugh se aceleró al entrar en contacto con los elegantes dedos de Lucy, y al percibir el aliento de ella en la mejilla y el leve calor que emitía su cuerpo y que contrastaba con la frescura de las flores se sintió avergonzado ante sensaciones tan bajas.

—Los demás chicos están siempre con lisonjas y tonterías —prosiguió Lucy, alisándose la falda del vestido—. No presentan el más mínimo desafío.

—No es mi intención ser difícil —replicó Hugh—. ¿He sido acaso grosero?

—En absoluto —contestó ella—. Pero, como es habitual, hacerle sonreír es un auténtico desafío.

—La conversación de salón no es lo mío —reconoció Hugh—. ¿Qué tal en los lagos?

Lucy habló un rato sobre el viaje y Hugh llegó a la conclusión de que se había fijado en el baronet y sus caballos blancos más de lo que su padre imaginaba. Pero Lucy se mostró encantadora al insistir en que había echado de menos la conversación de Hugh, y cuando posó su pálida mano sobre el brazo de él, Hugh volvió a emocionarse con todos los sentimientos que había descubierto durante su ausencia.

—Pero ya basta de hablar de mis frívolas vacaciones —concluyó Lucy—. Los tiempos que corren hacen que la conversación ligera pierda atractivo y preferiría hablar de asuntos más serios.

—También yo —se mostró de acuerdo Hugh, preguntándose cómo empezar algún tipo de declaración de sus intenciones.

—Mi padre se ha propuesto viajar a Francia —dijo Lucy, con el semblante más serio que él le había visto en su vida—. Sé que le ha pedido que vaya con él.

—Sí —confirmó Hugh. No era el inicio que le habría gustado, pero decidió seguir la iniciativa de ella—. ¿Qué piensa hacer usted cuando él se marche?

—Mi padre quiere que vaya con mi tía a Gales —respondió Lucy—. Pero ni es una casa agradable, ni una ciudad animada. Le he pedido si puedo quedarme en Londres, donde mis amigas y yo tenemos pensado contribuir en la guerra de

un modo mucho más relevante. —Hizo una pausa y emitió un encantador suspiro—. Aunque sé que no debería preocupar a mi pobre papá cuando él está dispuesto a hacer un sacrificio tan grande.

—Estará seguro, no me cabe la menor duda —señaló Hugh—. No estará en el frente, ya lo sabe.

—Confío en que usted lo acompañe —comentó Lucy—. No es mi intención adularlo, pero sí quiero decirle que me daría mucha paz saber que lo tiene a usted a su lado.

Lo dijo mirándolo a los ojos y Hugh percibió una vibración entre ellos que le inspiró para ser atrevido.

—Este verano he descubierto que la echaba de menos, y la idea de marcharme no me resulta agradable por ello —declaró.

—Oh, Hugh, yo también le he echado de menos —dijo ella—. Los lagos eran tan aburridos, y estaban tan llenos de gente mayor y corpulenta, que he pensado en usted cada vez con más cariño.

Hugh pensó de entrada que le estaba tomando el pelo, pero se dio cuenta de que su rostro no revelaba la más mínima ironía. Que Lucy a menudo no fuera consciente de las cosas tan extravagantes que decía contrastaba con el agudo ingenio de mujeres como su tía o la maestra, Beatrice Nash, pero le parecía un síntoma encantador de su juventud.

—Temía que estar siempre centrado en mi trabajo me convirtiera también en una compañía aburrida —replicó—. Siempre está usted rodeada de médicos.

—Todos creen saber mucho más de lo que saben e insisten en sermonearme como si fuera una niña —comentó ella—. Me gusta usted porque siempre habla con sencillez.

Lucy miró en dirección al salón, donde Hugh vio que Carruthers los observaba con el ceño fruncido por encima de su taza de té. Pero no era el único que los miraba, y Hugh asimiló con claridad que estar al lado de Lucy suponía ser el centro de atención. El cariño de Lucy y de su padre le llenó el corazón. Comprendió entonces que la elegante casa de ladrillo y el respetado consultorio podían llegar a ser suyos. Y que Lucy, criada para comprender las necesidades de un médico, le ofrecería ahora toda su hermosa frescura y estaría ansiosa por madurar bajo su tutela.

El instante se prolongó en silencio mientras el agua de una pequeña fuente salpicaba el fondo musgoso de su base y la brisa, que soplaba por encima del frío suelo embaldosado, obligaba a las flores a inclinar su cabeza. Hugh dejó por fin la taza de té en la mesa y colocó en equilibrio la galleta de mantequilla sobre el

platillo. Se limpió ágilmente las manos con la servilleta y cogió la mano de Lucy.

—Mi queridísima Lucy —dijo, mirándola a los ojos, y no dudó en abrirla su corazón—. Llevo algún tiempo confiando en poder hablar con usted de...

—Perdóneme, pero debo rogarle que no lo haga —le interrumpió ella. No retiró la mano, pero apartó la vista y añadió—: Sabe que le tengo en gran estima, Hugh.

—Entonces, ¿por qué no podría hablar? —preguntó él, presionándole la mano—. Tan solo unas breves palabras que nadie más necesita oír.

—Me temo que pretende hacer algún tipo de declaración —contestó ella, bajando sus largas pestañas hacia las mejillas—. Pero como le dije al señor Carruthers justo la semana pasada, es imposible que una mujer inglesa pueda atender en este momento una declaración de un hombre que no vista uniforme.

—No entiendo —dijo Hugh.

—Mis amigas y yo hemos jurado que no escucharemos declaraciones, por muy atractivo que sea el caballero o ventajoso que pudiera ser el enlace, hasta que el caballero en cuestión se haya alistado —aclaró.

Cuando retiró la mano para unirla con la otra en su regazo, Hugh vio que realizaba un leve gesto de asentimiento en dirección a una alta aspidistra. Las dos chicas con las que había estado tejiendo le devolvieron el gesto.

—¿Está segura de que el amor debe depender de una prueba tan arbitraria como esta? —Hugh no pudo contener su impaciencia ante lo que parecía un ardid estúpido—. No vivimos en un cuento de hadas donde hay que matar dragones y recoger manzanas de oro para las princesas.

—El señor Carruthers me juró que cancelaría sus vacaciones de agosto en Brighton para ir directo a la oficina de reclutamiento —dijo ella, con un mohín marcándole los labios y un intenso rubor en las mejillas.

—Le deseo mucha felicidad con el señor Carruthers —replicó Hugh, con burlona seriedad.

—En el caso de él, esperaba que se negara y librarme así de sus atenciones —reconoció Lucy—. Pero en su caso, Hugh, ¿está seguro de que no se alistará para acompañar a mi padre? Dice que será una gran oportunidad para todos los que le sigan.

—No me cabe duda de que su padre antepone el deber a la oportunidad —dijo Hugh—. Y le aseguro que no la culpo de su patriotismo ni pongo en duda la importancia de los planes de su padre, pero no pienso sumarme a los locos que corren sin pensar a la oficina de reclutamiento.

—No esperaría menos de mi serio amigo —repuso ella, recuperando la sonrisa—. No tendría que decir esto, pero, si decide usted sumarse a nosotros, deberá comunicárselo a mi padre antes de la primera semana de septiembre.

—Le he pedido tiempo para poder escribir a mi padre —señaló Hugh.

—Mi padre tiene intención de preparar una sesión de alistamiento general cuando vaya a dar su primera clase en el hospital —le explicó Lucy—. Espera su asistencia, y estaría muy bien mostrar su compromiso delante de todo el mundo.

—¿Un reclutamiento general de médicos?

—Por lo visto, el cuerpo médico del ejército es mucho más pequeño de lo que cabría esperar —dijo ella, recuperando la calceta—. Mi padre ha prometido reclutar a un centenar de hombres y yo he prometido asistir a todas las reuniones para entregar pines con la bandera pintada a mano a todos los nuevos reclutas.

—Un incentivo encantador —reconoció Hugh, contento de tener por fin la oportunidad de retomar la conversación romántica—. A lo mejor debería retrasar mi decisión para recoger mi recompensa de manos de una rubia dama.

—Debo advertirle que mis amigas y yo entregaremos la pluma blanca a todo aquel que se atreva a abandonar la sala sin haberse alistado —replicó ella, y a pesar de que agachó la cabeza y sonrió con su habitual encanto juvenil, Hugh vio una pizca de frialdad en su mirada que nunca había captado—. He donado un sombrero con un ala de cisne a la causa, y era de París, nada menos.

En la calle principal, con la cesta colgada del brazo y un sombrero de paja protegiéndole los ojos del resplandor del sol de agosto, Beatrice contempló los toldos a rayas de las tiendas con gallardetes de la Union Jack colgados de lado a lado, las macetas municipales luciendo banderas de papel clavadas con palitos y cualquier espacio en la pared o poste libre exhibiendo carteles que invitaban a la asistencia a la reunión que tendría lugar a última hora de la tarde para hablar sobre la guerra. Los negocios locales, sin embargo, continuaban sus quehaceres con total normalidad. Un carromato descargaba cajas delante de la ferretería, una mujer barría la acera enfrente del sombrerero y el chico de la ferretería corría con torpeza con un paquete de pescado envuelto en papel bajo un brazo y un cubo con cangrejos vivos en la otra mano. Cuando el chico tropezó con un adoquín mal colocado y estuvo a punto de perder media docena de cangrejos con el percance, Inglaterra le pareció a Beatrice tan tranquila y pastoral como siempre.

La cesta de Beatrice contenía una bolsa de papel con galletas rotas, tres bollitos de pasas y refresco de flor de sauco. Sus alumnos llegarían por la tarde para sus clases y, a pesar de que no era su intención mimarlos en exceso, sus caras de aburrimiento durante los dos primeros días le habían empujado a probar con aquellos pequeños incentivos. Las estanterías lucían escasas tanto en la panadería como en la tienda de ultramarinos. Las barras grandes solían agotarse por la tarde, pero hoy ya no quedaba pan en la panadería y tampoco ningún pastelito azucarado apetecible, ni siquiera su aroma almendrado, sino solamente bollos cuyo tamaño parecía menor del habitual. En la tienda de ultramarinos no quedaban alimentos frescos, el mostrador de la carne y los productos lácteos estaba vacío, y las mujeres se veían obligadas a pelearse por las latas de carne picada y frutos secos de las estanterías más altas. Con la miel y el azúcar agotados, tenían que conformarse con melaza negra e incluso con malta de cervecero.

—Me gustaría encargarle un pedido regular de cien gramos de azúcar y medio

kilo de harina —dijo la mujer que iba delante de Beatrice, que tenía en la mano un papel con una lista interminable e iba acompañada por un chico robusto que sujetaba un canasto de paja gigantesco.

—Lo siento, señora, ya no aceptamos pedidos regulares —respondió el tendero, que parecía nervioso, tal vez por llevar el día entero dando malas noticias a sus clientes—. No me sirven todo lo que pido y no podría satisfacerlos todos.

—¿Cuándo va a recibir más azúcar? —preguntó la mujer. Tomó nota del día que le dijo el tendero—. Estaré aquí a primera hora y espero que le quede algo —añadió.

—Haré lo posible, señora —contestó el tendero—. Pero solo acepto dinero al contado, billetes pequeños y nada a cuenta.

Cuando la mujer salió de la tienda, junto al chico robusto con la cesta llena a rebosar, el tendero se pasó la mano por una frente con calvicie incipiente.

—Una botella de refresco de flor de sauco, por favor —dijo Beatrice—. Y medio kilo de galletas variadas.

—Galletas no me quedan, señorita —repuso el tendero, estirando el brazo para retirar de la estantería más alta la última y polvorienta botella de refresco. Beatrice pensó que debía de haberla rescatado del almacén del sótano—. Solo tengo de las rotas.

—Pues medio kilo de galletas rotas —dijo Beatrice a regañadientes.

Comprar galletas en la tienda era el recurso necesario de quien vivía en una habitación alquilada, pero ella nunca habría servido galletas rotas a nadie voluntariamente, ni siquiera a los criados. En cualquier caso, sabía que los chicos hambrientos no las recibirían con mala cara y que le servirían para tener alguna cosa que picar cuando a ella le diera el ataque de hambre entre comida y comida de la señora Turber. El tendero le llenó una bolsa con galletas rotas y le pidió un precio que Beatrice estaba segura de haber pagado tan solo unos días antes por galletas enteras.

—Todo está muy caro últimamente —dijo, contando las monedas.

—Y todo el mundo se queja y me acusa de querer sacar beneficio de la situación —replicó el hombre—. Nadie me pregunta cuánto me cobran a mí.

—No era mi intención...

—No sé cómo voy a lograr mantener la tienda abierta y ganarme la vida si no hay nada que vender —añadió, meneando la cabeza—. Si la cosa continúa así, me veré obligado a bajar la persiana.

—Debe de ser muy duro —comentó Beatrice, viendo que su esposa, que

estaba tejiendo calcetines verdes en un rincón de la tienda, era una mujer muy bien alimentada y tenía al lado una porción enorme de pastel de frutas—. Siento mucho que tengan tantos problemas —le dijo a la mujer.

—Pruebe a pasarse mañana. A lo mejor nos llega una caja de sardinas en lata, y también algo de jabón francés —contestó la mujer en tono animado.

—Cierto —ratificó el tendero. Y se llevó un dedo a la boca para indicar con el gesto que lo de las sardinas era un secreto—. Pero mejor que venga temprano. Por la tarde se habrá duplicado su precio.

Beatrice no entró en la carnicería, pero a través de la ventana vio que el mostrador de mármol estaba vacío, con excepción de unas cuantas salchichas secas y un pedazo grande de hígado grisáceo. En la mercería estaban haciendo buen negocio, como si la gente temiera una escasez repentina de cinta en zigzag y de muselina suiza a topitos al metro. Beatrice compró los últimos dos metros de una cinta de *grosgrain* de color gris paloma para alegrar un vestido negro de luto al que le quedaba todavía mucho trote como para ser descartado. Solo la minúscula librería parecía llena de material y el librero permanecía en la puerta viendo el ajeteo de la calle principal. A Beatrice le habría encantado entrar y comprar un libro, aunque fuese solo por animarlo, pero la subida de precios y la falta de dinero en metálico en calles y bancos hacía prudente conservar lo que pudiera aún quedar en un monedero cada vez más reducido. Se limitó a sonreírle al pasar por delante y el librero levantó el sombrero para devolverle el saludo.

En el establecimiento del señor Samuels, proveedor de vinos y licores, un dependiente retiró dos botellas de jerez español del escaparate. Beatrice vio a Harry Wheaton, vestido con el uniforme de la reserva de su padre. Estaba apoyado en el mostrador con la gorra ladeada y el cuello de la camisa flojo, como si estuviera con traje de faena en un barco. Mientras el dependiente le envolvía las botellas, Beatrice oyó que le decía:

—Imagino que la cuenta de mi padre sigue bien a pesar de la crisis.

—En cuanto al material disponible, sí, señor —respondió el dependiente—. Pero si pudiera usted pagar por anticipado, en soberanos de oro, mi patrón, el señor Samuels, podría proporcionarle algún burdeos, y tal vez incluso coñac.

—Pues prepáreme ese pedido y envíeme el recibo si puede —dijo Wheaton.

Beatrice siguió caminando para no cruzarse con él, pero, antes de que llegara a la esquina, él la llamó a gritos. A pesar de que le ardían los oídos por ser reclamada de ese modo en plena calle, se detuvo y se giró para saludarlo.

—Señorita Nash, es usted la viva imagen de la domesticidad con esa cestita —dijo Wheaton, enderezando la gorra y fingiendo un saludo formal—. Confío en

que haya tenido más suerte que yo en nuestras desabastecidas tiendas.

—La gente con dinero parece estar disfrutando atiborrando las bodegas y las despensas en previsión de la llegada del fin del mundo —contestó ella—. Aunque me temo que las tiendas vacías y el elevado precio del pan y la carne representarán un momento difícil para muchos.

—Un momento difícil, efectivamente —convino Wheaton—. No hay una botella decente de vino en todo el condado. Me he llevado dos botellas de jerez, aunque no sé muy bien por qué. Carísimas y, además, nunca bebo de eso.

Beatrice se rio.

—Si no lo bebe, sí que habrá pagado demasiado, señor Wheaton —dijo.

—Tiene usted razón, señorita Nash —replicó él con una sonrisa ladina—. Pero si lo doy como regalo, en estos momentos de escasez que corren, su precio estará más que compensado.

—Muy cierto —se mostró ella de acuerdo.

—Así que permítame, por favor, que guarde una de estas botellas en su cestita. Sé que a las damas les gusta beber una gotita de jerez de vez en cuando.

Se dispuso a guardar la botella junto a la bolsa de las galletas.

—No puedo aceptarlo —protestó Beatrice.

Pero al rescatar las galletas para que no acabaran haciéndose migajas del todo, creó el espacio que él necesitaba para meter la botella. Wheaton se echó a reír a continuación.

—Señorita Nash, creo que tendré que pedirle a mi hermana que me permita acompañarla cuando vaya a tomar el té con usted y así podrá ofrecernos un jerez junto a los pastelitos.

—Que supongo que usted rechazaría —dijo ella.

—En tiempos como los que vivimos, solo se debería ofrecer comida y vino a aquellos invitados que a buen seguro los rechazarán —replicó Wheaton—. Últimamente, mi madre ofrece a las visitas mermelada de grosellas con la esperanza de que se marchen con hambre.

—Puesto que rechazar su obsequio significaría montar un escándalo público en plena calle —comentó Beatrice—, lo aceptaré y le daré las gracias por ello.

—Bien —contestó él—. Le diré a mi hermana que he expiado mis pecados. Mi hermana no hace otra cosa que hablar sobre su casita. Está enamorada de la idea de jugar a las pastorcillas, como María Antonieta.

—Recibirla es para mí un honor —afirmó Beatrice—. Ha sido muy generosa.

Además de invitarla a sus partidos de tenis y sus comidas, Eleanor se había desplazado dos veces a la casita y en ambas ocasiones le había hecho diversos

obsequios. Un chal de lana bordado con motivos de rosas de Jericó, unos metros de tul francés que le sobraban de un vestido que le habían confeccionado y una chocolatera de plata destacaban entre sus regalos.

«El chal me lo hizo mi antigua niñera —le había explicado Eleanor—. Nunca logré encontrar una excusa decente para desprenderme de él, pero creo que es demasiado rural para la familia de mi esposo».

Beatrice se había limitado a sonreír y a darle las gracias, atrapada entre un sentimiento sincero de gratitud hacia Eleanor y una leve punzada de humillación al verse tratada, por muy amablemente que fuera, como una obra de caridad.

—Si le regalo la otra botella a la niñera alemana, tal vez me perdone por haber dejado caer al bebé en el césped ayer —continuó Harry Wheaton, acariciándose una barba imaginaria—. Aunque, por otro lado, ando detrás de una joven cautivadora cuya madre viuda tal vez vería bien que un caballero le hiciese este obsequio.

—Es usted una deshonra, señor Wheaton —sentenció con firmeza Beatrice.

—A menos que una mujer ejemplar de clase alta decida reformarme, me temo que continuaré siendo incorregible —dijo él—. ¿No estaría usted dispuesta a salvarme, señorita Nash?

—En absoluto —respondió ella—. Buenos días, señor Wheaton.

Wheaton levantó la gorra para saludarla y se marchó riendo. Beatrice miró a su alrededor y vio a dos ancianas mirándola con mala cara y murmurando en el umbral de una puerta. Enderezó la espalda y echó a andar a un ritmo muy digno, resistiéndose a las ansias de empezar a correr.

Beatrice estaba preparando folios de papel y lápices afilados en la mesita del salón de casa de la señora Turber y dudando entre pasajes de Virgilio y Horacio de una antología de latín para escolares en la que tenía un montón de páginas marcadas, cuando una llamada en la puerta de atrás le indicó la habitual llegada de sus alumnos por el callejón. Abigail salió de la zona de la casa reservada para la señora Turber y corrió a abrirlas; se oyó una discusión en la antecocina antes de que Snout cruzase la puerta solo, gorra en mano. Se veía a la legua, como siempre, que había sido objeto del escrutinio de su madre, puesto que tenía las orejas rojas de tanto frotarlas y el pelo mojado pegado a la cabeza. Su ropa, aunque gastada, estaba cepillada y planchada, una muestra de respeto que Beatrice apreciaba y que percibió como una silenciosa regañina a su idea de alertar a Abigail sobre el joven gitano. El chico se había quitado las botas en la

antecocina y entró de puntillas en el salón después de echar hacia abajo los calcetines lo mejor posible para disimular varios agujeros. Beatrice estuvo a punto de regalarle una sonrisa, pero la ausencia de sus compañeros de estudios le dio a entender que no debía alegrarse, sino ofrecer su semblante más serio.

—Arty y Jack están muy enfermos, señorita —empezó a decir Snout. La miró a los ojos a pesar de estar mintiendo y con una expresión impresionante de preocupación—. A lo mejor es otra vez bronquitis, señorita. La sufrieron los dos el invierno pasado.

La bronquitis era una de las tercas epidemias de los húmedos inviernos británicos y la familia del padre de Beatrice había especulado sobre si había sido eso lo que se lo había llevado y no el cáncer. No le gustaba que Snout presentara ese espectro a modo de excusa y tampoco que la considerase tan ingenua como para aceptar la presencia de bronquitis en medio de uno de los veranos más soleados y secos de la historia. Pero entendía que el chico era el chivo expiatorio, el encargado de entregar el mensaje de parte de los otros dos que, sin duda, estarían entre las docenas de niños reunidos en el puente del ferrocarril para despedir a las tropas o viendo cómo los soldados de la reserva del coronel Wheaton realizaban instrucción en el campamento que habían montado en los campos.

—Espero que no tengan pensado morirse por el simple hecho de evitar mis clases —dijo. La tristeza con la que los tres chicos veían la buena suerte de tener una profesora de latín en verano resultaba casi cómica. No le extrañaba que intentaran eludirla—. Confío en que tú, jovencito, no sufras también tan graves síntomas.

—Un poco de escozor en la garganta, señorita —respondió Snout—. A lo mejor tendría que volver a casa y meterme en la cama por si acaso.

—Sería una lástima que no pudieras quedarte a comer bollos y galletas —replicó Beatrice cuando Abigail hizo su entrada con una jarra con refresco de flor de sauco y una bandeja con los bollos y los trozos de galleta—. Iba a ser un regalo y tendría que tirarlos.

—Puedo quedarme si a usted no le importa, señorita —dijo Snout, abriendo los ojos como platos—. He hecho mis deberes y traigo también los de mis compañeros.

Hurgó en el interior de una mochila raída de cuero y extrajo los cuadernos manchados de tinta en los que intentaban traducir los pasajes de Cicerón o de Julio César que Beatrice les encargaba.

—Estaría encantada de que te quedases —contestó Beatrice—. Me gustaría

enseñarte un libro muy especial para mí. —Se acercó a la librería y cogió el ejemplar forrado en piel de la *Eneida* de Virgilio que su padre utilizó en su día para enseñarle la poesía latina—. A lo mejor podrías echarle un vistazo mientras repasas los deberes. Empieza por donde quieras.

Mientras ella realizaba las correcciones, miró de reojo a Snout, que masticaba las galletas con ansia y bebía ruidosamente del vaso. Estaba tan enfrascado en la lectura, que cogía la comida y la bebida sin mirar, y Beatrice tuvo que morderse la lengua y obligarse a no imaginar las hojas del precioso libro de su padre salpicadas de fresco de sauco y llenas de migas. Le sorprendió ver que Snout seguía exhibiendo un sentido de la traducción sencillo pero preciso y que su caligrafía, pese a ser pésima, mostraba cuidado en la ejecución. Arty y Jack hacían menos manchurroneos de tinta, pero los dos caían en errores simples de traducción y Jack parecía haber adoptado la política de no repasar nunca, puesto que sus párrafos terminaban siempre con una despreocupada incomprendibilidad. Cuando hubo terminado, se sentó al lado de Snout en la mesa colocada junto a la ventana. Snout levantó la vista del libro, la cara pegajosa por el bollo, y le regaló una sonrisa inesperada.

—Esto de la *Eneida* es una gran historia, ¿verdad, señorita? —dijo, sus ojos iluminados con fascinación—. Se puede incluso oler el incendio de Troya y pensar que Eneas está muerto, pero entonces aparece entre las llamas cargando con su padre a la espalda.

—Es un hijo virtuoso —comentó en voz baja Beatrice.

Era incapaz de leer aquellos libros épicos sin derramar una lágrima por su padre, que al final pesaba tan poco que de mil amores habría cargado con él a la espalda con tal de alejarlo del alcance de la muerte.

—No le queda nada pero no se rinde, ¿verdad? —continuó Snout—. Y sus hombres... «Quizás algún día incluso será agradable recordarlo», les dice. *Forsan et haec olim meminisse iuvabit.*

—En el futuro, recordar el pasado te será útil —añadió Beatrice.

—Si no morimos antes, claro está —dijo a su vez Snout—. Perdió la mitad de sus navíos de camino a Italia.

—La *Eneida* de Virgilio siempre me pareció el texto romano más emocionante de todos —comentó Beatrice—. ¿Te gustaría que lo leyéramos todos juntos?

—No creo que los otros quieran —respondió Snout, arrugando la nariz en un gesto de duda—. Normalmente, solo leemos un par de párrafos y utilizamos el diccionario como ayuda para traducirlos.

Aunque él se esforzaba por no mostrar interés, Beatrice se fijó en que retiraba con cuidado las migas que habían caído en el libro de su padre y que lo cerraba con una delicadeza inesperada.

—La traducción escrita es demasiado trabajo para el verano, ¿no te parece, Snout? —le preguntó, y le hizo gracia ver la mezcla de recelo e interés que exhibía el semblante del chico—. Siempre es mucho más entretenido leer toda la historia y luego comentarla.

—No estoy del todo seguro de que Arty y Jack lo vean como algo más fácil —respondió él—. Tienes que intentar entender lo que dice para poder enterarte de quién está vivo y de quién está en el suelo con la cabeza cortada por la mitad y las mejillas y los sesos desparramados por todos lados.

—La verdad es que en este libro hay sangre por doquier —convino Beatrice.

—Ese fragmento en que la reina de Cartago se encarama a la pira funeraria y se clava una espada, señorita, ese sí que es un poco sangriento —confirmó él.

—Me pregunto si no será excesivo.

Cuando Snout se apresuró a asegurarle que podrían digerir sin problemas todos los horrores de los combates de la antigüedad, Beatrice sonrió y disimuló su sorpresa al ver que el chico ya se había leído todo el libro.

—A lo mejor resultaría útil representarlo —sugirió Beatrice, mientras empezaba a formarse en su cabeza un vago plan para animar la clase de latín con la diversión de una representación en grupo—. Podríamos comprar unas espadas y unos escudos redondos...

—¿Y aporrearnos en la cabeza mientras recitamos? —preguntó Snout—. Yo me apunto, señorita.

—Perfecto, de acuerdo —repuso Beatrice—. Dedicaremos el verano a disfrutar de nuestra *Eneida* y en otoño me ayudaréis los tres a transmitir la emoción de Eneas y sus hazañas a toda la clase de latín.

—No sé si a Arty y a Jack les gustará —dijo Snout, frunciendo de nuevo el entrecejo—. Seguramente encontrarán la manera de echarme la culpa de algo.

Beatrice suspiró con frustración.

—El señor Grange me ha informado de que, si trabajas duro, tienes muchas probabilidades de obtener la beca anual de latín —comentó—. Pero si sigues preocupándote por lo que puedan decir y hacer los demás, me temo que te estarás negando un buen futuro, jovencito.

—¿Yo? ¿La posibilidad de obtener una beca? —se asombró Snout. Soltó una risotada—. Eso no se lo dan nunca a gente como yo, señorita.

—Se basa estrictamente en los méritos de los alumnos, Snout —le explicó

Beatrice—. Nadie se dedicará a contar los agujeros que llevas en los calcetines.

—Lo siento, señorita.

Se ruborizó y Beatrice se arrepintió de haberse mostrado tan brusca. Era evidente que el chico sufría mucho en manos de sus compañeros.

—Cuando empiece el curso, hablaremos más en profundidad sobre becas — prosiguió Beatrice—. Entretanto, te sugiero que cuando les cuentes a Arty y a Jack mis terribles planes lo hagas refunfuñando con ganas, aunque asegurándote de subrayar que siempre habrá refresco de flor de sauco y bollos.

Era muy posible que el soborno no fuera económicamente posible, ni éticamente defendible, cuando empezara a dar clases en otoño, pero sonrió al pensar que de momento, en verano, tenía un par de chicos a los que sobornar y otro que, camuflado como el chico más enojadizo e insulso del mundo, tenía madera de verdadero erudito.

La señora Turber, tocada con un sombrero que parecía un repollo, estaba apretujada en la última fila de la sala consistorial del ayuntamiento entre una multitud de sombreros similares mientras el señor Tillingham, con un pantalón de lana marrón que pretendía emular los del uniforme de un general, ocupaba su puesto al frente de la reunión. Todas las ventanitas de la sala de techo abovedado estaban abiertas para que circulara el aire del atardecer, pero lo único que entraba era el polvo de la calle y el estridente sonido de la banda de música de la ciudad que estaba tocando abajo. Beatrice, dividida entre el deber moral de asistir y un sano temor a verse asaltada por un número indeterminado de mujeres chismosas, había decidido escabullirse y salir de allí, justo en el momento en que Agatha Kent le indicó con la mano que se acercara porque había un asiento libre a su lado.

—Si la guerra pudiera ganarse llenándonos el sombrero con cintas rojas, blancas y azules, tal vez ya se habría acabado —dijo Beatrice, sentándose detrás de una mujer con un ejemplo especialmente grande y decorado, y pensando que su padre se habría quedado horrorizado ante tal abundancia de ornamentos frívolos en detrimento de la gravedad del momento.

—Imagino que los buenos burgueses de las pequeñas ciudades alemanas deben de estar celebrando también reuniones multitudinarias y sofocantes como esta —contestó Agatha, abanicándose con energía con el papel donde habían impreso el orden del día—. Por lo visto, se trata de crear más comités y de tener más títulos oficiales que el enemigo.

—¿Ha venido sola? —preguntó Beatrice.

Sabía que no podía preguntar directamente por los sobrinos de Agatha, pero hacía varios días que no los veía y, pese a que jamás admitiría públicamente sus pensamientos en ese sentido, su independencia no le impedía albergar un ligero interés por aquellos jóvenes.

—Hugh está ocupado ayudando al doctor Lawton en el campamento y Daniel ha ido a caminar por los Downs en compañía de un grupo de amigos poetas de aspecto poco respetable —respondió Agatha—. De modo que estoy sola, sí.

—¿Dónde está lady Emily? —preguntó a continuación Beatrice—. Imaginaba que las dos estarían juntas en esto.

—Emily Wheaton está atareada transformando un ala de su casa en un hospital para oficiales —le explicó Agatha.

—Un gesto admirablemente patriótico —dijo Beatrice.

—Dio a entender que de esta manera podía prevenir que el ejército tomara toda la casa y que soldados de cualquier rango deambularan fuera de control entre sus parterres.

—Patriótico y práctico, entonces.

—Pues sí —confirmó Agatha.

En el estrado, el alcalde, vestido con todas sus galas, llamó al orden en la sala con su martillo. El coronel Wheaton, cuyos reservistas, se rumoreaba, iban a recibir oficialmente la categoría de regimiento en el nuevo ejército de voluntarios de Kitchener, estaba sentado a su izquierda. A su derecha se sentaba la señora Fothergill, vestida con el uniforme completo del destacamento de voluntarios, complementado con un fajín adicional azul y blanco de seda adornado con apliques de rosas rojas.

La llegada de la guerra había colocado en un lugar destacado a todo aquel que tuviera un puesto oficial y un uniforme, razón por la cual las primeras filas de la sala estaban ocupadas por aquellos que habían conseguido sacar a relucir algún tipo de insignia. Iniciaron entonces el tedioso proceso de levantarse de uno en uno para confirmar ceremoniosamente su apoyo al acto de aquella tarde.

—La Asociación del Perro Deportivo y de Trabajo desea dejar constancia de su apoyo incondicional al gobierno de Su Majestad —dijo el terrateniente Bowen, que lucía el fajín verde de gran mariscal de la asociación.

Siguieron a este los Boy Scouts, los bomberos y el gremio de comerciantes. Beatrice se esforzó por hacer caso omiso al hilillo de sudor que le resbalaba por la espalda, mientras que Agatha seguía abanicándose con energía y la multitud lanzaba vítores y aplaudía, dejando a los oradores ruborizados y satisfechos.

Cuando el flujo de oradores se apaciguó, la señora Fothergill se alzó entre un sonoro murmullo de tejido almidonado y esperó, con semblante serio, a que el público se callara.

—La sección de Rye del destacamento de damas voluntarias de East Sussex ofrece sus colores a nuestro soberano —declaró en tono solemne.

Al oír sus palabras, una fila entera de mujeres vestidas de manera similar se levantó de su asiento y desfiló en procesión por el pasillo central cargando con un amplio surtido de muletas, cajas con material médico y banderas de la nación y de la asociación ondeando en palos de camilla. El terrateniente Bowen pareció claramente molesto, como si de pronto deseara haber caído en la cuenta de presentarse con sus perros luciendo escarapelas.

—¿Estamos ya todos? —preguntó el alcalde cuando las mujeres regresaron en procesión a sus asientos.

Y entonces se levantó de su asiento una mujer alta vestida severamente de negro y tocada con un sombrerito. Lucía un único botón con insignia en la solapa y llevaba en la mano un fajo de periódicos.

—¿Quién es? —preguntó Beatrice.

—Alice Finch, amiga de Minnie Buttles, la hija del vicario —susurró Agatha—. Acaban de llegar de Londres y han abierto un pequeño estudio de fotografía en un establo reconvertido, en la zona baja de la calle principal. —Miró fijamente a Alice Finch y añadió—: Debo decir que levantarse para hablar en un acto público me parece un poco atrevido para una recién llegada.

Beatrice sonrió al descubrir que Agatha Kent no era del todo inmune al recelo provinciano hacia los de fuera. Cuanto más pequeña era una ciudad, más décadas tardaba la gente en dejar de ser considerada recién llegada; aunque en una ciudad como Rye la categoría de recién llegado estaba considerada un paso por encima de ser un veraneante y estaba mal vista por todos.

—La sección de East Sussex del Sindicato Nacional de Mujeres Sufragistas se hace eco de la declaración oficial de su sede nacional en cuanto a suspender todo tipo de campaña sufragista y declara su deber sagrado e intención de dar apoyo a todo tipo de iniciativas nacionales relacionadas con la guerra —anunció la señorita Finch. Su voz sonaba ronca, como si se estuviese recuperando de un resfriado—. Aquí tenemos más información por si alguien estuviera interesado en disponer de una copia de nuestras directrices de ámbito nacional.

La mujer sentada a su lado, cuya cabeza cubierta con unos rizos escasos y la blusa con volantes que llevaba le otorgaban el aspecto de un polluelo con las plumas alborotadas por el viento, se levantó con una sonrisa vacilante y agitó un

panfleto. Beatrice imaginó que debía de ser Minnie Buttles. Hubo unos pocos aplausos apagados, combinados con susurros y silbidos. La mujer de aspecto serio mantuvo silencio, mientras que su compañera se ruborizó.

—¡Sufragistas! —murmuró Agatha, como si estuviera comunicándole a Beatrice algo escandaloso—. Estoy segura de que todo el mundo empezará a retirarles la invitación para ir a tomar el té.

Beatrice, que sentía cierto interés intelectual por la cuestión de la emancipación femenina, nunca había conocido en persona a una sufragista. Intentó disimular su interés, puesto que no era conveniente mostrar ningún tipo de entusiasmo.

El alcalde aporreó la mesa con el martillo.

—La ciudad agradece a las damas su razonable respuesta —dijo—. Estoy seguro de que mi esposa, la señora Fothergill, podrá utilizar la ayuda de las integrantes de su asociación para su iniciativa de tejer para el ejército.

La señora Fothergill y la mujer de aspecto serio se cruzaron miradas alarmadas solo de imaginárselo y Beatrice vio que Agatha escondía su sonrisa detrás del papel con el orden del día del acto.

—Mi intención es ofrecer nuestra colaboración al ejército en la reserva en forma de servicio de mensajería con bicicleta y motocicleta —replicó la señorita Finch, su tono tan serio como su aspecto.

—Muy bien —dijo el alcalde—. Los planes serán presentados durante el té; las organizaciones de damas acudirán a la mesa de té de la señora Fothergill y las de caballeros al escritorio aquí a la derecha, donde les atenderemos el coronel Wheaton y yo mismo.

El alcalde fue a continuación animado por el coronel Wheaton a aceptar su nombramiento como presidente del Comité de Ayuda Humanitaria para la guerra y procedió a la lectura de una pizarra donde constaban los nombres de los demás candidatos a formar parte del comité: el carnicero, el señor De Vere, para gestionar la provisión de alimentos; el señor Satchell, el armador, para coordinar la seguridad marítima; el vicario para gestionar asuntos de índole ética y pastoral; y el doctor Lawton para coordinar los servicios y programas médicos.

—Esto es casi un golpe de estado —comentó Beatrice—. ¿No piensa poner objeciones? ¿No quiere formar parte?

—Jamás pretendería interferir en el ámbito de actuación de los caballeros —dijo Agatha, uniendo las manos en el regazo y adoptando una expresión neutra—. Esperaré con toda mi paciencia femenina a enterarme de dónde me necesitan.

—¿En serio? —cuestionó Beatrice.

—No, por supuesto que no —replicó Agatha—. Pero siempre resulta más fácil hacerlo a través del hombre adecuado. Mire, ya tengo allí al doctor Lawton, lo cual sirve para colocar a la señora Fothergill y a sus voluntarias en el lugar donde quiero que estén colocadas. Ahora es solo cuestión de los belgas.

—Como todo el mundo sabe —prosiguió el alcalde—, el azote que supone el avance del ejército alemán está causando estragos a la pobre Bélgica con una ferocidad que no encuentra precedentes en Europa desde hace muchos siglos.

—Si no contamos a los turcos, claro está —observó el coronel Wheaton.

—Exactamente —dijo el alcalde—. Este nivel de salvajismo no tiene cabida ni en los países civilizados de Europa ni en una guerra civilizada, y por ello se nos reclama dar asistencia y auxilio a las decenas de miles de pobres hermanos belgas inocentes que huyen de tales atrocidades.

—¿De cuántos estamos hablando? —preguntó el terrateniente Bowen con consternación.

—Estábamos pensando en acoger a diez o doce refugiados para empezar —respondió la señora Fothergill—. Nuestros ilustres vecinos de Bexhill-on-Sea afirman haber acogido ya a veintiséis —añadió—. Y no es que nuestro deseo sea acusarlos de querer divulgar su generosidad.

—Mi esposa, como verán, ya ha dedicado un tiempo a estudiar el tema —comentó el alcalde.

—Oh, no, eso sí que no —musitó Agatha Kent, poniéndose en pie.

—¿Señora Kent? —dijo el alcalde.

—Si se me permite rogar a la audiencia que escuche la preocupación de las damas de Rye, me gustaría aplaudir a nuestra querida señora Fothergill, en nombre de todas nosotras, por su liderazgo en este asunto.

Hizo una pausa para recibir una acalorada ronda de aplausos.

—Gracias, querida señora Kent —dijo la señora Fothergill, con una sonrisa bobalicona.

—La señora Fothergill y yo estamos ansiosas por trabajar conjuntamente en este tema —prosiguió Agatha— y creo, señoras, que tenemos la oportunidad de hacerlo bajo los auspicios de un caballero que no solo ha estado trabajando en ello a nivel local, sino que además ha sido requerido para hacerlo en la escena nacional.

—¿De quién está hablando? —le susurró el alcalde a su esposa, que no pudo responderle porque tenía la boca herméticamente cerrada y se había quedado tan blanca como su vestido.

—Por el bien de los belgas, y por la oportunidad que se nos presenta de

asociar nuestra ciudad a un portavoz nacional sobre este tema, sé que la señora Fothergill y yo nos sumaremos al coronel Wheaton y al doctor Lawton en la iniciativa de solicitar a la sala que nomine por aclamación al señor Tillingham.

—Creo que la señora Fothergill es muy capaz...

Pero la voz del alcalde quedó asfixiada por una ronda entusiasta de vítores y aplausos que creció en volumen cuando el señor Tillingham se levantó del asiento que ocupaba en la parte frontal de la audiencia para saludar con el sombrero en todas direcciones y agachar modestamente la cabeza ante tal salva de aplausos.

—Tenemos, pues, a todos nuestros jefes de comité, creo —dijo el coronel Wheaton.

Si su esposa lo había incentivado de alguna manera para que actuara de común acuerdo con Agatha Kent, no dio muestras de ello. El alcalde estaba furioso y su esposa se sentó de golpe, pero la sala estaba decididamente a favor del señor Tillingham, que hizo un pequeño alarde de falsa renuencia antes de subir al podio para dirigirse a la audiencia.

—Este pequeño rincón inmutable de Inglaterra ha sido un hogar y un refugio para este pobre escribiente errante y, por lo tanto, no sé cómo expresar mi gratitud por haber confiado en mí como su representante para tan importante causa —dijo el señor Tillingham. Se acercó el sombrero al corazón y miró hacia el cielo, como si suplicara inspiración divina—. En un momento de tantos peligros como el presente, uno no puede sino contemplar esta antigua ciudad, llena de generaciones de hombres y mujeres ingleses valientes y generosos, y saber que nuestros vecinos belgas no encontrarán un refugio más amable y acogedor que este.

—En realidad, la buena gente de nuestra ciudad es el grupo más frugal y receloso que jamás he conocido y muestra, además, un desdén activo hacia todos los extranjeros —le susurró Agatha a Beatrice—. Pero confiemos en que todo salga bien.

Cuando la reunión concluyó, Beatrice miró a su alrededor en busca de una vía de escape de señoras como Bettina Fothergill, que ahora evaluaban a las mujeres según su disposición a trabajar a tiempo completo para la guerra. Agatha, que se levantó para salir ágilmente al pasillo, se detuvo un momento para darle unos golpecitos cariñosos en la mano.

—Por si alguien le pregunta, diga que ya ha quedado conmigo para trabajar a tiempo completo en la iniciativa de ayuda a los belgas, querida —dijo—. Y mándemelos a mí para cualquier pregunta que tengan.

—Gracias —dijo Beatrice, conmovida de nuevo al ver que Agatha la entendía a la primera.

Abandonó la sala, no sin antes ver que Agatha le estrechaba la mano a la señorita Finch y a su acompañante y las dirigía, intencionadamente, hacia la mesa del té donde, imaginó Beatrice, Agatha pensaba convertir su entusiasmo en la última gota que colmara el mal día de la señora Fothergill.

Snout estaba cazando conejos. Había instalado trampas confeccionadas con alambre delante de dos de los muchos agujeros de la ladera y dejado un montoncito de piel de manzana a unos centímetros de distancia. Sabía que el aroma dulce y limpio de la fruta invadiría la madriguera, llenaría los oscuros túneles y haría que los conejos agitaran sus orejas adormiladas y asomaran el hocico. Agachado junto al terraplén del camino de tierra, la espalda hundida al máximo entre las ortigas, olía desde donde estaba la savia lechosa y amarga de los tallos partidos. Las flores de una malva de color rosa temblaban por encima de su cabeza y captaba el olor de su cálido sudor y el aroma punzante de las manzanas caídas en el huerto que quedaba por encima del terraplén.

Mientras esperaba, extrajo de la bolsa un ejemplar traducido de la *Eneida* de Virgilio, con un montón de hojas dobladas por la esquina superior. Había cogido prestado el libro para todo el verano: había entrado en la biblioteca de la escuela cuando estaba vacía y había lanzado el libro por la ventana sobre un seto de tejo para evitar a la señorita Devon, que creía que su trabajo como maestra de inglés incluía defender los libros de la escuela contra los chicos que no iban debidamente aseados. A pesar de que sus compañeros de clase ponían en ridículo a cualquier chico que leyera una página más de lo que era exigido, él solía matar el tiempo de los castigos en la biblioteca, siguiendo sin respirar al troyano Eneas en su cruzada para fundar el imperio romano. Al terminar el curso, y cuando tenía su tercera relectura a medias, fue incapaz de soportar la idea de abandonar a Eneas a las puertas de la hedienta cueva del Inframundo, con los canes del infierno aullando por la llegada de la terrible Sibila. Había resistido la tentación de enseñarle a la señorita Nash el libro. Los maestros disfrutaban jugando con él con sus poderes divinos y castigándolo cuando les venía en gana y ya había demostrado un exceso de entusiasmo hacia Virgilio. Aunque tenía la extraña sensación de que ella lo habría entendido.

Mientras esperaba y leía, mantenía un ojo controlando las trampas y una oreja a la escucha de cualquier sonido extraño: unas botas con clavos, una rueda de

carro o el bufido de las ovejas moviéndose en un rebaño de lana caliente y aceitosa, con un perro pastor mordisqueándoles las patas. No era la hora en que el granjero solía pasar por aquel camino e imaginaba que estaría con su maíz en los campos de más arriba, pero nunca estaba de más aguzar el oído. El granjero no respetaba que el camino fuese una vía pública y a los chicos que atrapaban conejos les daba siempre un tirón de orejas y los amenazaba con llamar a la policía por practicar la caza furtiva. Snout aún recordaba el cachete que le había dado en una ocasión el granjero y cómo lo sujetó por el cuello, asfixiándolo casi, hasta que llegó el agente y le pidió su nombre completo, incluido el nombre con que había sido bautizado, y cómo gritó el granjero diciendo que no era más que un sucio gitano que no se merecía ni siquiera los beneficios de la Iglesia.

—Richard Edmund Sidley —había dicho, un nombre que ni siquiera sonaba familiar a sus oídos.

Todo el mundo lo llamaba Snout, excepto su madre, que lo llamaba «Dickie querido», lo cual era peor si había chicos alrededor, y su padre, que lo llamaba «Hijo».

—Un nombre muy elegante para un vil furtivo —había comentado el granjero.

El agente lo había arrestado y se lo había llevado en su carro tirado por perros, haciéndose además con uno de los dos conejos que había matado. Antes de llegar a la ciudad, el agente le había dado otro tirón de orejas, más desabrido esta vez y ni la mitad de fuerte de lo que su hermana o su madre eran capaces de darle, y le había dicho que se largara corriendo a casa.

—Tienes suerte de que ya no colguemos a los furtivos —le había dicho.

—¿Puedo quedarme con mi conejo? —le había preguntado Snout.

—Aunque, claro, siempre podría mandarte al reformatorio —le había respondido el agente.

Snout había echado a correr y había oído que el agente le gritaba:

—Dile a tu madre que Arnie Sprigs le manda recuerdos.

Su madre había sido una belleza en sus tiempos y más de un hombre en Rye seguía meneando la cabeza en un gesto de incredulidad sin llegar todavía a entender por qué había decidido casarse con su padre.

De pronto, vio que se movía una hoja en el agujero más próximo. A continuación apareció un hocico gris y suave que empezó a olisquear. Snout contuvo la respiración e intentó tranquilizar el latido de su corazón. En las copas de los árboles, un pájaro empezó a trinar, las hojas de los setos temblaron y un conejo gris y pardo se precipitó de cabeza contra el alambre para caer, retorciéndose de dolor y con la sangre manando a chorro del cuello, en el camino

de tierra. Snout envolvió lo mejor que pudo el cadáver entre hojas de acedera y lo guardó en la bolsa. Colocó el libro de Virgilio encima y confió en que el conejo no lo manchara de sangre.

Segunda parte



«Estalló la guerra: y ahora el invierno del mundo

Se cierne con una oscuridad moribunda.

[...]

Porque después de que la primavera floreciera en la antigua Grecia,

Y el verano resplandeciera con toda su gloria en Roma,

Cayó suavemente el otoño, un hogar para la cosecha,

Una época lenta, grandiosa y rica de crecimiento.

Pero ahora, cae sobre nosotros el salvaje invierno, y la necesidad

De sembrar para una nueva primavera, sirviéndonos de la sangre como simiente».

WILFRED OWEN, 1914

Los refugiados llegaron un atardecer de finales de agosto. El sol poniente proyectaba un reflejo ambarino sobre la calle principal, cuyos tejados y chimeneas seguían todavía pintados en colores brillantes, pero las casas de la calle adoquinada de la señora Turber se habían hundido ya en sus propias sombras. Al oír el silbido del tren Beatrice había acudido a la puerta, y esperaba, como muchos más, en el umbral de su casa. La señora Turber estaba dos puertas más abajo con la vecina, envuelta en un chal, como si la llegada de los refugiados hubiera traído el frío de la guerra a una tarde aún cálida. Por encima de ellas, el señor Tillingham, que no había podido bajar a los muelles por culpa de un repentino ataque de gota, permanecía junto a una de las ventanas que daba al jardín fumando un puro.

El pequeño grupo, encabezado por el doctor Lawton y el alcalde, subía a paso lento por la calle. A pesar de la edad del doctor y del barrigón del alcalde, su aspecto era sano y majestuoso en comparación con el de los refugiados, que ascendían con tremenda fatiga, cabizbajos y con los hombros caídos bajo el peso de chales o de las mantas grises que les habían entregado a su llegada. En vez de los niños con mofletes como manzanas que las mujeres esperaban recibir en el ayuntamiento, se trataba en su mayoría de familias, padres y abuelos apoyados los unos en los otros, una mano generosa, la oferta de un hombro. Tres monjas ancianas formaban una familia única al final de la comitiva, sus hábitos arrugados y sucios, los dedos en las cuentas del rosario. Todos cargaban con bultos pequeños, como si no hubieran tenido ni tiempo para reunir sus pertenencias, o como si se hubiesen visto obligados a ir desprendiéndose de ellas por el camino.

Beatrice no se esperaba aquel silencio. Lo único que se oía era el roce de los zuecos de madera contra el suelo y el sonido sibilante de las respiraciones, los golpes del bastón del médico y una tos débil de alguien al fondo. Era una sensación de solemnidad apremiante similar a la de una procesión funeraria y a Beatrice se le encogió el corazón. Un sollozo rompió el silencio, el sollozo

lastimero de una mujer joven con un niño pequeño que levantó la vista hacia la luminosidad que persistía aún por encima de los tejados. El pañuelo que le cubría la cabeza se deslizó hacia atrás y apareció una cascada de cabello rubio y una cara blanca como el hueso excepto por las ojeras azules que se extendían bajo sus ojos. Llevaba un vestido sucio y deshilachado pero, con todo y con eso, Beatrice observó que tenía la parte delantera adornada con encaje y que las botas, destrozadas por el barro, eran de cuero suave y con un tacón elegante. El niño que llevaba en brazos vestía un guardapolvo de confección basta y zuecos. Sus mejillas sonrosadas anunciaban que no era de la chica, sino de la familia que la precedía, la madre con un bebé y el padre rodeando con el brazo a una anciana, doblada por el peso de los años y el sufrimiento. Hugh Grange cerraba la comitiva y apoyaba el paso vacilante de un anciano que se tapaba los ojos con la mano, como si hubiera visto ya demasiado y no soportara mirar más a su alrededor.

A su paso, los vecinos cobraron conciencia de que los estaban mirando fijamente y les dieron la bienvenida sin levantar mucho la voz. Pero los refugiados, cansados y tambaleantes, respondieron encogiéndose dentro de las mantas y acelerando el paso colina arriba. Hugh miró de reojo a Beatrice cuando pasó por delante de ella y su cara se iluminó, como si se alegrase de verla. La saludó con un leve gesto de asentimiento.

Beatrice había decidido no acercarse al ayuntamiento. A pesar de que quería dedicar al comité de Agatha Kent todo el tiempo libre que le fuera posible, había muchas más mujeres de las necesarias para recibir a los recién llegados y no le apetecía estar entre los curiosos y su agobiante entusiasmo. En aquel momento, sin embargo, sintió la apremiante necesidad de seguir a los refugiados y ayudar como pudiera a que se instalasen adecuadamente.

La sala del consejo estaba alborotada cuando Beatrice llegó. Había discusiones acaloradas por todas partes mientras los refugiados, sentados, eran atacados desde todas direcciones por señoras que trazaban imprudentes arcos por los aires armadas con teteras calientes, y achuchaban con bandejas gigantescas de sándwiches a gente que ya tenía un sándwich en la mano. La señora que aporreaba el piano para interpretar animados temas de musicales era despreocupadamente inconsciente de que con ello no hacía más que sumar alboroto al estruendo general. Entretanto, una niña ataviada con su mejor vestido de los domingos, la cabeza cargada con un exceso de lazos, y que llevaba una

cesta de mantecados, ofrecía los dulces a los refugiados con la temblorosa timidez de quien está obligado a pasar pedazos de carne cruda entre los barrotes de una jaula de leones.

Beatrice vio a Hugh a un lado, devorando dos sándwiches de jamón a la vez.

—Siento ser tan maleducado, pero estoy muerto de hambre —dijo a modo de saludo. Parecía agotado—. Una jornada larguísima, y sin comer.

—¿Qué pasa? —preguntó Beatrice—. He visto a gente discutiendo con mucha ansiedad.

—Tenemos varias familias grandes que no quieren estar separadas, lo cual es comprensible —le explicó Hugh—. Y resulta que nuestras bienintencionadas damas lo han dispuesto todo meticulosamente para acoger solo a una o dos personas. Resulta irónico que familias que han conseguido salir airoso de la brutalidad alemana se vean ahora obligadas a separarse por culpa de la caridad británica.

El señor Tillingham, con una arruga de preocupación atravesándole la frente, caminaba hacia ellos, inmerso en una discusión con una nerviosa señora Fothergill.

—Ante una tragedia humana de una escala tan grande como esta, hay que abrir el corazón —decía, dándole golpecitos en el brazo para tranquilizarla—. Ojalá tuviera yo algo más que ofrecer más allá del limitado alcance de la vivienda de un soltero.

—Habíamos solicitado mayoritariamente niños, pero mi esposo ha dicho que los responsables se mostraron bastante groseros —replicó la señora Fothergill, que en aquel momento encontró con la mirada a Hugh—. Usted estaba presente, señor Grange. ¿Acaso no había niños?

—Conseguimos un par —contestó Hugh—, pero, como puede ver, vienen con padres y abuelos y no están dispuestos a separarse de ellos.

—Y cabría esperar también gente más refinada —comentó la señora Fothergill. Miró con mala cara a un hombre que sorbía ruidosamente el contenido de una taza que sujetaba con ambas manos y bajó enseguida la voz—. Daremos socorro a todo aquel que lo necesite, claro está, pero es prácticamente imposible pedir a nuestras damas que acojan a campesinos como estos en su casa, por muy encantadores que resulten sus zuecos de madera.

—Me temo que en los muelles reinaba la desesperación —dijo Hugh—. Nos han asignado un grupo, simplemente, como si fuera un rebaño de ovejas en el mercado de los miércoles, y su esposo no ha querido rechazarlo. Creo que el alcalde de Bexhill también estaba allí para recoger a un segundo grupo.

Agatha Kent se había dedicado a aplacar las discusiones y se acercó a ellos armada con un fajo de papeles y una pluma.

—En la granja de New Road acogerán a una familia. Tienen una cabaña vacía —anunció—. El coronel Wheaton ha ofrecido la caseta del guardabosques para acoger a otra y las señoritas Porter se quedarán con las monjas hasta que lleguen las de su orden para ocuparse de ellas. Entretanto, tendremos que reacondicionar el albergue para acomodar a familias en vez de la división entre dormitorios de chicos y chicas que habíamos preparado.

—La gente se sentirá frustrada —replicó la señora Fothergill—. Todo el mundo deseaba poder abrir su corazón y su casa.

—A lo mejor podría usted renunciar a quedarse con el contable y su esposa —dijo Agatha, señalando a una flaca pareja de refugiados que, sentados en un banco, parecían querer proteger su maltrecha maleta marrón—. Sé que tiene ya muchísimas obligaciones con el destacamento de voluntarias y hay otras damas que esperan desesperadamente ser reclamadas.

—El agotamiento podrá conmigo, pero cumpliré con mi deber —contestó la señora Fothergill—. No pienso abandonar mi lucha.

—¿Queda aún alguien más? —preguntó Hugh.

—Creo que ya está —respondió Agatha—. Podría haber solo algún problema con el profesor que usted se ha brindado a acoger, señor Tillingham.

—No será un charlatán, ¿no? —exclamó el señor Tillingham—. Lo he elegido porque me ha parecido un hombre de gran refinamiento intelectual.

—Lo que pasa es que viene con una hija —dijo Agatha.

Señaló a la chica de tez tan blanca que Beatrice había visto en la calle. Estaba sentada entre la familia de campesinos, sujetando al bebé mientras la madre bebía té. Entrelazaba los dedos con la manita del pequeño mientras el bebé se esforzaba por tocarle el pelo, y Beatrice vislumbró en su palidez la débil sonrisa de una *madonna* de Bellini. Tenía ese aspecto de elegancia que Beatrice siempre había pensado que se originaba en el conocimiento de las cosas que estaban por llegar, pero que ahora veía simplemente como un instante temporal de descanso en el viaje de un refugiado.

—No sé si la casa de un soltero será del todo adecuada para una joven —estaba argumentando el señor Tillingham.

Se le veía turbado ante la idea, como si diera por sentado que una mujer joven dejaría sus medias a secar en medio de la sala, se pasearía en ropa interior y sembraría la alfombra de horquillas.

—Si desea retirar su ofrecimiento, tenemos a otras personas interesadas —

replicó Agatha.

—No, no, lidero este asunto a escala nacional —repuso el señor Tillingham—. Debo tener a mi refugiado.

—Estoy segura de que su ama de llaves se las arreglará con una chica de más en casa —dijo Agatha—. Y la señorita Nash vive en su misma calle. Estoy segura de que estará encantada de que la invite a su casa para entretener a la joven.

El señor Tillingham pareció animarse con la sugerencia.

—A lo mejor tenemos ante nosotros otra solución —dijo—. A lo mejor la joven podría instalarse con la señorita Nash y el profesor conmigo.

—Desean estar juntos, ya se lo he dicho —insistió Agatha.

—Pero en este caso somos vecinos —replicó el señor Tillingham—. Podríamos considerar la casa de la señorita Nash como un anexo a mi jardín y las jóvenes tendrían, naturalmente, libertad para cruzar el césped de un lado a otro como les apeteciera.

Con un ademán, desechó de este modo el muro de ladrillo de cuatro metros de altura que escondía de la vista de la calle su jardín silvestre.

—Me temo que no soy la dueña de mi casa —intervino Beatrice, dividida entre el deseo de reprender al señor Tillingham por su prepotente propuesta y la promesa de que le abriera por fin de par en par las puertas de su casa.

—La joven y usted podrían utilizar cuanto quisieran mi pequeña biblioteca —dijo, como si la oferta fuese algo que se le acababa de ocurrir, aunque Beatrice sabía que era un aliciente deliberado y sabía asimismo que sería incapaz de resistirse a ello.

—Sería un honor para mí —aceptó.

—Compensaré a la señora Turber con lo que pueda de mi reducido bolsillo si es necesario —continuó el señor Tillingham—. Aunque creo que se está recaudando dinero suficiente, ¿no? —añadió, mirando a Agatha con un entusiasmo poco disimulado.

—Su generosidad nos mostrará a todos el camino, señor Tillingham —dijo Agatha—. Vayamos a hablar con el profesor.

—A nuestro querido señor Tillingham le gusta insistir públicamente sobre sus miserias —comentó Hugh—. Creo que con sus suspiros consigue entre tres y cuatro cenas gratis a la semana.

—Imagino que los grandes escritores son, por definición, tan fieles a su arte que no pueden nunca llegar a ser tan ricos como aquellos que escriben basura para el simple entretenimiento de sus lectores —contestó Beatrice—. Aunque la

verdad es que la suya parece una de las mejores casas de la ciudad.

—Cuando está solo en casa no escatima en gastos —señaló Hugh—. Le gusta un buen clarete tanto como a cualquiera. Pero cuando tiene invitados a cenar, siempre les ofrece cordero y vino español barato.

—Tengo ganas de comprobarlo personalmente —dijo Beatrice—. Tengo la sensación de que la señora Turber y él competirán para ver quién nos alimenta peor. Me parece que empezaré a guardar los curruscos de pan que me sobren.

—Si sufren ustedes malnutrición, asumiré personalmente la responsabilidad de acompañarlas a algún salón de té respetable y alimentarlas con bollos y leche.

—Muy galante por su parte —respondió Beatrice—. Me imagino que la invitación sería la misma aunque la joven no fuera tan bella.

—Debo reconocer que es la viva imagen de la damisela en apuros —dijo Hugh—. Mi primo Daniel se lanzará sin duda a sus pies, pergamino en mano. —Hugh puso mala cara solo de pensarlo y Beatrice se rio de él—. No pretendo sugerir con esto que usted no sea también merecedora de un poema —añadió—. No quería dar a entender...

—Tengo este tipo de estupideces más que superadas y, por lo tanto, no me lo tomo como ofensa —contestó Beatrice.

—Tonterías —replicó Hugh—. No existe dama demasiado mayor para un soneto, razón por la cual Daniel sigue escribiéndoselos a la cocinera de la tía Agatha y siempre recibe a cambio la porción de bizcocho borracho más grande.

—La victoria es nuestra —anunció el señor Tillingham, que reapareció justo en aquel momento acompañado por Agatha—. Al profesor le parece bien el acuerdo.

—Y la señora Turber está más que encantada de verse recompensada con una segunda realquilada —añadió Agatha—. De modo que ahora la carga recae en usted, señorita Nash. ¿Está segura de que no le importa?

—Puede dormir en mi rincón de trabajo —respondió Beatrice—. Meteré el escritorio en el dormitorio.

—Estoy en deuda con usted, joven —dijo el señor Tillingham—. Mañana podrá venir con su compañera a ver a su padre. No excesivamente temprano, claro está. Trabajo por las mañanas. Podríamos vernos a la hora del té y lo dispondré todo para que padre e hija puedan reunirse en el saloncito verde a cualquier hora. —Miró el reloj y repitió—: A cualquier hora no, evidentemente. Tengo que poder trabajar.

Y con eso dio media vuelta para marcharse con el profesor. Beatrice observó al señor Tillingham, solícito, y al profesor, algo más animado, despedirse

brevemente de la chica. La chica no dijo nada, sino que se limitó a observar a su padre con los brazos caídos, el cuerpo levemente inclinado, como si una fuerza invisible lo atrajera hacia él, y con la luz totalmente esfumada de su rostro.

Cuando los pájaros anunciaron la llegada del amanecer, la chica que dormía en la planta superior de la casa empezó a llamar a gritos a su padre. Beatrice se despertó y se encontró con la mejilla pegada al suelo de madera, las piernas y los brazos rígidos por haber dormido sobre la alfombra del salón. Le había ofrecido su cama a la agotada chica, la había ayudado a quitarse las maltrechas botas y luego le había desabrochado los botones y aflojado la faja antes de cubrir con sábanas y mantas limpias el sucio vestido de la chica y arroparla como habría hecho con una inválida. Después había cogido una colcha y se había retirado a la sala para dormir en el suelo. La casa estaba fría y a oscuras y bajo la colcha se estaba caliente. Lo más sencillo habría sido quedarse sin hacer nada, pero otro gemido en la planta de arriba la llevó a destaparse y ponerse en pie. Cubierta con la manta a modo de chal, subió con cuidado la escalera. La chica estaba profundamente dormida pero se retorció entre las sábanas, gemía y tiraba de las mantas y murmuraba en francés. Abigail, la criada, estaba en cuclillas junto a la cama, acariciándole el cabello e intentando recolocar las sábanas con la otra mano.

—Tranquila, no pasa nada —repetía en voz baja Abigail—. Ahora está a salvo, y su padre está a salvo también.

—¿Necesita un médico? —preguntó Beatrice, entrando de puntillas en la habitación.

—Se pondrá bien, señorita —respondió Abigail—. Mi madre también sufre pesadillas a veces. Si se le habla como si estuviese despierta, siempre se calma enseguida.

—No sé si habla inglés —dijo Beatrice.

—No creo que eso importe ahora, ¿verdad, señorita? —replicó Abigail, inclinándose para tranquilizar a la chica dándole unos golpecitos en el hombro—. A veces, nos basta con escuchar una voz amable en la oscuridad.

La chica suspiró, se acomodó con más tranquilidad en la almohada y su rostro se relajó. Abigail le acarició los dedos, que se destensaron.

—Tienes buena mano, Abigail —susurró Beatrice—. ¿Podrías quedarte un rato con ella?

—Solo un poco, señorita —respondió Abigail—. Pronto tendré que ir a

encender la cocina. Imagino que querrá que prenda los fogones para tener un poco de agua caliente, por mucho que hoy no sea día de baño.

—Sí, mejor que te apresures y pongas los fogones en marcha antes de que se despierte la señora Turber —convino Beatrice—. De ese modo no interrumpiremos su mañana con toda esta generosidad añadida.

—Le traeré un poco de té, señorita —dijo Abigail—. Y si la señora vuelve a agitarse, cójale la mano y ya está.

Las manos de la chica por encima de la colcha parecían un par de polluelos. Beatrice recordó las manos de su padre, también al aire y llenas de venas azules, cómo se habían ido marchitando bajo sus caricias, cómo había notado que desaparecía su calor incluso antes de que su padre exhalara el último suspiro. Bajo la gélida media luz del amanecer, Beatrice pensó que aquella chica parecía venir también de la muerte, que llevaba con ella su olor y su terror, y por ello evitó tocarla. Se dejó caer en el suelo al lado de la cama, se envolvió con la manta y miró por la ventana, como si fijar la vista allí pudiera adelantar la salida del sol.

Era todavía temprano cuando Beatrice salió al patio con un peine grande, un fajín ancho de cinta blanca de *grosgrain* y su costurero. Los pájaros cantaban en un jardín más allá del muro. Una mariposa blanca buscaba algodoncillo. Se oía el bufido y el cascabeleo de un caballo que pasaba por la calle y se olía el aroma picante que desprendían las tomateras de la señora Turber, que se marchitaban junto al ladrillo calentado por el sol. Envuelta por los sonidos y los aromas de la calurosa mañana de verano, la chica estaba sentada en una silla de madera en el pequeño patio que se abría detrás de la casita, la cabeza agachada, dejando que Abigail le secara el pelo con una toalla.

Después de una suave friega con jabón de carbólico, la chica había salido de la bañera de asiento de cobre instalada en la cocina con la naturalidad de una niña sometida al baño de su niñera y había dejado que Abigail y Beatrice la secaran con un par de toallas rasposas de algodón de la señora Turber. Tenía un par de moratones de tamaño considerable en los brazos y un corte profundo en el muslo que empezaba a cicatrizar, pero con los bordes rojos y negros. Beatrice mandó a Abigail a por una botella de yodo y empaparon bien la herida. La chica emitió un solo grito por el escozor. Cuando la herida se convirtió en una mancha encarnada y seca, la vistieron con un conjunto de ropa interior de Beatrice, ni el más viejo ni el más nuevo, un vestido de tarde de algodón medianamente bueno

y un par de zapatillas de cuero bordado que a Beatrice siempre le habían parecido demasiado buenas como para dar pero que resultaban demasiado floreadas para su gusto. A Beatrice le sabía mal que su guardarropa, que era adecuado pero en absoluto extenso, perdiera aquel vestido de tarde, pero comprendía que la pérdida significaba que había elegido correctamente, que era mejor hacer un regalo así que la abyecta caridad que conllevaba dar algo que solo valía para tirar. Le dolía un poco también que el vestido le fuera grande a la chica y que su tono azul aciano, en contraste con la palidez de su piel y su cabello, creara una armonía de colores digna del pincel de un pintor, mientras que con su cabello oscuro siempre había parecido descolorido.

Beatrice se acercó y la chica dejó que Abigail diera unas cuantas puntadas a la espalda del vestido y luego anudara el fajín para disimular el improvisado arreglo. Volvió a sentarse y no emitió ningún sonido cuando Abigail se puso a trabajar con el peine y empezó a desenmarañar los diversos enredos. El cabello quedó finalmente liso y suave y Beatrice intervino entonces para enrollar y poner horquillas a la sedosa melena de color maíz y peinarla con un moño sencillo en la nuca. Con el cabello recogido la chica había perdido el aspecto de niña asustada y parecía más una joven recién salida de las aulas. Beatrice calculó que tendría unos diecisiete años.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la señora Turber, haciendo su entrada en el patio con expresión furiosa—. El suelo está lleno de agua y el fuego arde como si estuviéramos en pleno noviembre.

—Abigail ha estado ayudándome a bañar a nuestra huésped, señora Turber —contestó Beatrice.

—Que le haya ofrecido un techo no significa que... —La chica se giró para mirarla y la señora Turber se interrumpió tan repentinamente como había empezado—. Que Dios me bendiga, si es como un ángel, ¿verdad? —añadió, sin saber qué más decir a continuación.

Beatrice le tradujo a la chica para explicarle que aquella mujer grande de cara colorada había dicho que parecía un ángel. La chica sonrió con timidez y dio un paso al frente.

—*Non, non. Vous êtes un ange, madame* —dijo en voz baja—. Un ángel.

Y estampó un beso en la mano arrugada de la señora Turber.

—Dios santo, si habla inglés —exclamó la señora Turber, dando unos golpecitos cariñosos en la mano de la chica—. Es usted *très* bienvenida *dans ma maison, mademoiselle*.

—Gracias, *chère madame* —contestó la chica, su inglés tenía un encantador

acento romántico—. Me llamo Celeste y soy la hija del profesor Fontaine.

—No te quedes aquí con la boca abierta, Abigail —le ordenó la señora Turber a la atónita criada—. Haz entrar a la señorita Celeste en casa y sírvele el desayuno. Prepárale un tazón de nata de la buena y luego a lo mejor le apetece un poco de abadejo ahumado y unos huevos pochados.

—Su generosidad es ilimitada, señora Turber —dijo Beatrice cuando Abigail entró con Celeste en la casa, y se preguntó si ella podría participar también del abadejo y la nata o si le servirían su habitual desayuno consistente en gachas, una tostada y un huevo hervido muy de vez en cuando.

—Necesita alimentarse —señaló la señora Turber, y puso mala cara, como si Beatrice no se hubiera dado cuenta de aquel detalle—. Y necesitará algo más que ese trapo que le han puesto como vestido, evidentemente. Tengo alguna cosa guardada de cuando era joven. Y tenía una cintura de colibrí, decía siempre mi esposo.

—Es mi segundo mejor vestido de tarde —replicó Beatrice, distraída intentando imaginarse a un pájaro con cintura.

—Es un vestido adecuado, por supuesto —dijo la señora Turber, lanzándole una mirada dubitativa—. Pero es evidente que la señorita Celeste es una chica muy refinada...

Dejó vagar la idea y Beatrice sintió la indigna necesidad de mencionar el nombre de su tía Marbely a modo de reprimenda. Aquello había herido su susceptibilidad.

—Es muy rubia y encantadora —observó—. Pero de ser la palidez una prueba aceptada de posición y refinamiento, no me cabe la menor duda de que todos en la familia real serían albinos.

—Me refería a sus modales respetuosos —replicó la señora Turber—. Algo de lo que muchos deberíamos aprender.

—*Touché*, señora Turber —dijo Beatrice—. Tiene usted razón, por supuesto, y estoy siendo una arpía.

—La familia real, nada menos —refunfuñó la señora Turber—. Jamás me habían dejado tan conmocionada.

—En este caso, le pido dos veces perdón, puesto que sé que es usted una mujer que se siente conmocionada a menudo, señora Turber —contestó Beatrice—. Estoy dolorida y gruñona por haber dormido en el suelo y haberme levantado tan temprano.

—Imagino que querrá recuperar su cama —dijo la señora Turber.

A Beatrice no se le ocurría nada peor. El somier infestado de gusanos y el

colchón lleno de bultos de la señora Turber estarían más infestados de gusanos, más llenos de bultos y más húmedos después de pasar una temporada en el sótano de la casa de la señora Turber y haber sido pasto de las ratas.

—La señora Kent ha prometido enviar otra cama —respondió Beatrice—. Pero si tiene usted ropa de cama, estoy segura de que Celeste le agradecerá muchísimo la molestia.

El rostro de la señora Turber se iluminó con la sugerencia.

—Lo prepararé con mis propias manos, que Dios bendiga a esa chica —dijo—. Tengo un par de vestidos y unas enaguas rojas de franela a las que aún les quedan unos años de vida. Una dama necesita enaguas buenas y robustas.

—En cualquier estación y clima, señora Turber —convino Beatrice.

En cuanto la señora Turber entró de nuevo en la casa, Beatrice sonrió. Le sorprendía experimentar aquella cálida sensación de tener un objetivo y de estar conectada al gran suceso que se estaba desarrollando. Ofrecer refugio era una tradición antigua, y siempre y cuando el orgullo no se transformara en arrogancia —no tenía que empezar a hablar de «mi refugiada», como la señora Fothergill—, reconocía que resultaba gratificante haber encontrado aquella pequeña conexión con la guerra.

La señora Turber no era la única ciudadana de Rye encandilada con Celeste. La señora Saunders, que se encargaba de la colada y los remiendos, fue llamada después de desayunar para llevarse el maltrecho vestido de la chica. En el pasillo, meneó la cabeza al cruzarse con Beatrice por la imposibilidad de lavar aquella seda arruinada, pero cuando Beatrice la hizo pasar al salón para que pudiera explicárselo a Celeste, puesto que no quería tirar la prenda sin antes consultárselo a su propietaria, la señora Saunders rompió a llorar ante la resignación que transpiraba el tímido encogimiento de hombros de la chica y le prometió entre lágrimas que haría algo similar a los trabajos de Hércules con tal de salvar el vestido.

—Dígale, por favor, que no importa —le susurró Celeste a Beatrice—. Que no volveré a ponérmelo nunca.

—Si mis manos tienen la habilidad y los conocimientos que se les presuponen, lo hará —dijo la señora Saunders—. Y como buena inglesa que soy, le sacaré el encaje y lo fregaré con migas de pan bendito de los domingos y comeré patatas a cambio.

La señora Saunders debió de ir a chismorrear sobre Celeste en la sección de

mercería de Pike Brothers, puesto que menos de una hora más tarde la madre de Arty llamó a la puerta para dejar un pequeño kit de costura y varios metros de cinta para el pelo para la «pobre damita» y justo antes de comer se presentaron las señoritas Porter con una de las monjas, por si acaso la chica necesitaba asesoramiento espiritual, y le regalaron a Celeste un tarrito con mermelada de grosellas hecha por ellas. La comida fue después interrumpida por la llegada del criado de Agatha Kent con un carro con la cama y Celeste miró a Beatrice como si fuera a desmayarse de agotamiento cuando Smith y el chico que lo ayudaba subieron ruidosamente el mueble por la escalera, trasladaron el escritorio y empezaron a montar la cama con martillos de madera mientras el caballo resoplaba al otro lado de la ventana abierta y luego acabó metiendo la cabeza por el marco para mordisquear los geranios de la señora Turber.

Beatrice había enviado a Celeste a descansar en su nuevo rincón, protegido por una cortina, y se planteaba retirarse un rato también a la habitación, cuando se escuchó un grito horroroso y Abigail la llamó para que bajara a recibir un conejo recién muerto, que era el causante de que la señora Turber hubiera tenido que recurrir a las sales para reanimarse. Sus tres alumnos habían saltado la verja de atrás para llamar a la puerta de la cocina con el regalo y preguntar si la princesa belga podía salir a saludarlos desde la ventana de arriba. No había que preocuparse, informó Abigail, porque le había dado a Snout un tirón de orejas por su insolencia y los había enviado a todos a casa. Beatrice le sugirió que, para una chica menuda como ella, dar tirones de orejas a los chicos no era una solución muy segura.

—Es mi hermano mayor, señorita —explicó Abigail—. Sabe que el tirón será más fuerte si no cuida sus modales.

Beatrice se quedó horrorizada. ¿Cómo era posible que no se hubiese percatado del parecido, de la expresión de determinación que ambos compartían? ¿Cuántas veces había estado a punto de hacer algún comentario o de alertar de alguna manera a Abigail sobre la familia del chico?

—El conejo es un buen regalo —dijo Beatrice, ruborizada por la confusión—. Dale por favor las gracias a tu hermano de mi parte.

—Mejor que no —replicó Abigail—. Lo más probable es que lo haya cazado furtivamente. No acabará bien si no se anda con cuidado.

—Tu hermano es todo un intelectual —aseguró Beatrice, intentando redimir su conciencia.

—Ojalá tuviera la cabeza completamente centrada en los estudios y no perdida en el bosque —dijo la joven criada—. Confío en que sea dura con él,

señorita. Que lo obligue a trabajar.

—¿Y a ti te gustaba la escuela? —le preguntó Beatrice, pensando que, si era tan lista como su hermano, era una lástima que tuviera que pasarse la vida lustrando rejillas y vaciando orinales.

—Me encantaba, señorita —respondió—. Pero aprender es una pérdida de tiempo para una chica como yo. Lo más probable es que me acabe casando y con unos años de servicio y un poco de dinero podré elegir y no conformarme con lo que me caiga, ¿sabe a qué me refiero?

—Alimentar la mente nunca es una pérdida de tiempo —dijo Beatrice, sorprendida pero impresionada a la vez por la cabeza práctica de la chica.

—No es mi intención ofenderla, señorita —replicó Abigail—. Eso está muy bien para una dama como usted, pero yo soy hija de un herrador. El marido que yo ando buscando no creo que se tomara muy bien una esposa con ínfulas de leer libros.

—Creo que la mayoría de las mujeres que buscan marido comparten tu interés por parecer menos cultivadas de lo que en realidad son —dijo Beatrice—. De ahí mi desdén.

—¿Hacia las mujeres, señorita? —preguntó Abigail.

—No, hacia los maridos —respondió Beatrice.

—A lo mejor al final no lo necesito, si es que mi hermano consigue salir adelante con tanta educación —dijo Abigail, pensativa—. Al menos, si le hiciera yo las tareas de la casa, sabría quién estaría al mando..., y no sería precisamente él.

El señor Tillingham y el profesor estaban sentados en el jardín, dos siluetas oscuras junto a una mesa blanca de hierro y a la sombra de las frondosas ramas de una vieja morera. Aún no habían servido la tetera, pero un plato con galletitas y una bandeja de plata con finas rebanadas de pan y mantequilla sugerían su llegada inminente. Solo el mantel blanco que cubría la mesita auxiliar plegable se agitaba con la brisa para romper el verde y silencioso cuadro. Hugh se preguntó si la escena que tenía ante sus ojos era una ilusión o si el día anterior, en medio del sufrimiento de los refugiados en los muelles de Folkestone, había sido solo un sueño, pues ambas imágenes pertenecían a mundos incompatibles.

Esa mañana, el señor Tillingham había hecho llegar una nota para invitar a la tía Agatha y a sus sobrinos a tomar el té, y Hugh había intentado sugerir educadamente que los agotados refugiados del señor Tillingham necesitaban tranquilidad.

«Precisamente por eso hemos de ir —había dicho su tía—. Si declinamos la invitación, vete tú a saber a quién decidirá invitar el señor Tillingham».

—Bienvenidos, caballeros —les recibió el señor Tillingham, moviendo el bastón—. Imagino que las damas están en camino. —Se volvió hacia el profesor para añadir—: Este tiempo tan excelente acaba malbaratando el pan y sería una lástima desperdiciar una buena mantequilla.

El profesor se levantó para saludarlos y Hugh, que no le había prestado excesiva atención durante el largo viaje desde Folkestone, vio que no era un hombre tan mayor como le había parecido. Con ropa limpia y recién afeitado, presentaba una figura compacta pero erguida. Vestía una chaqueta de lana oscura sobre una camisa blanca y una corbata roja anodina, pantalones de color pardo con cinturón y un par de zapatos de suela blanda. Que la camisa se moviera con libertad por el cuello indicaba que le iba grande. Por la mirada de aprobación del señor Tillingham, Hugh imaginó que él le había donado la ropa y que no estaba insatisfecho con el aspecto de profesor que había conseguido.

—Le veo mucho mejor, profesor —dijo Hugh—. Espero que haya podido

dormir bien esta noche.

—La casa de monsieur Tillingham es un refugio para el cuerpo y un bálsamo para el alma —contestó el profesor—. Justo ahora estaba diciéndole que me siento como si hubiera regresado a la civilización después de una larga expedición a un continente oscuro.

—Cuando conozca las privaciones que el profesor ha tenido que sufrir, se quedará atónito —comentó el señor Tillingham—. Me pregunto si las señoras podrán soportar su relato.

—Tía Agatha y la señorita Nash le dedicarán cuatro palabras si se atreve a sugerir que son excesivamente frágiles para estas historias —dijo Daniel, cogiendo tranquilamente una rebanada de pan de la mesa e instalándose en una silla para comerla.

—Aunque a lo mejor a la hija del profesor no le apetece revivir tantas dificultades —señaló Hugh—. ¿Qué tal está su hija, señor?

—No la he visto todavía. Necesitaba descansar —respondió el profesor—. Porque a pesar de que la he protegido como haría cualquier padre, mi pobre niña ha tenido que presenciar *des horreurs*.

—Heroico —dijo el señor Tillingham, acariciándose la barbilla—. El hombre cultivado contra las hordas embrutecidas. Un tema de la antigüedad.

—Hoy he visitado el albergue —comentó Hugh—. Algunos de sus compatriotas nos han informado de que les cuesta mucho dormir. El doctor Lawton y yo hemos prescrito remedios para el sueño a varios de ellos.

—No me sorprende que estén destrozados. —El profesor suspiró—. Para el campesino, la pérdida de sus pocas posesiones y el desalojo de su casa... Estoy seguro de que para ellos es algo tan desastroso como para personas con propiedades. Aunque mis pérdidas, que no son precisamente pequeñas, no son nada en comparación con la destrucción de civilización de la que he sido testigo.

—Los alemanes incendiaron la biblioteca de la universidad del profesor —explicó el señor Tillingham—. Si acaso necesitáramos alguna prueba más de que la civilización está al borde de...

—Pude convencer al oficial responsable de que salvara alguno de los volúmenes más excepcionales —dijo el profesor—. Pero ni siquiera él, un caballero educado al que pude suplicar que entrara en razón, fue capaz de impedir que sus tropas prendieran fuego a los edificios.

El profesor sacó un pañuelo del bolsillo y volvió la cara hacia el otro lado. Hugh tenía sus dudas con respecto a si la quema de libros podía considerarse un crimen mayor que obligar a las familias pobres a abandonar sus hogares a punta

de bayoneta. Y el sufrimiento que había presenciado en los muelles no parecía hacer distinción entre ricos y pobres. Pero se mordió la lengua. No creía que los presentes agradecieran un debate sobre aquellos temas, puesto que no le cabía la menor duda de que los debates acalorados eran las primeras víctimas de cualquier guerra.

Para Beatrice, abrir la puerta de casa del señor Tillingham fue abrir la puerta del templo. Nada más entrar detrás de Agatha Kent y Celeste, empezó a oler los libros, incluso por encima de la nota a cera del pulimento de la madera y del aroma de las galletas recién hechas procedente de la invisible cocina. Libros encuadernados en piel, libros viejos con páginas amarillentas, libros nuevos con olor intenso a tinta de imprenta y la promesa de páginas crujientes y sin separar, a la espera del cortapapeles. Folletos y pliegos en cajas, papel en blanco aguardando la máquina de escribir o la pluma. Percibía la familiaridad con todo aquello y un minúsculo y trémulo despertar de la esperanza de pertenecer a aquel vestíbulo embaldosado, a aquellos salones de techos altos. ¿La invitaría el señor Tillingham a utilizar su biblioteca? ¿Sufriría tal vez el secretario del señor Tillingham una enfermedad temporal repentina que permitiría a Beatrice ofrecerse para ayudarlo como había hecho tan a menudo con su padre? ¿Mostraría entonces aquel hombre ilustre un interés paternalista por sus escritos, a modo de agradecimiento, como ya hacía con Daniel? Por unos instantes, Beatrice dejó que su cabeza disfrutara de aquellas ideas de felicidad y experimentó un destello de posibilidades que no había sentido desde el fallecimiento de su padre.

Sus ensoñaciones se vieron interrumpidas por Celeste, por el incremento de la presión que ejercía sobre su brazo. La chica empezó a temblar con violencia y volvió a quedarse blanca. Beatrice recordó entonces que el placer de acceder por fin al santuario del señor Tillingham tenía el caro precio de la pérdida y la angustia, y que era una locura obligar a la chica a acceder a un jardín lleno de desconocidos.

—*Courage, ma petite* —dijo Beatrice, acariciándole la mano—. Vamos a ver a tu papá.

Durante el té, el profesor y el señor Tillingham siguieron hablando largo y tendido sobre la situación en Bélgica. Beatrice rechazó con educación una

segunda taza de té y se alegró cuando Agatha le comunicó en voz baja que podía levantarse de la mesa para ir a admirar los jardines. Se había detenido para observar una descuidada flor de clemátide de color granate que extendía sus pétalos aterciopelados sobre el viejo muro de ladrillo del jardín cuando Daniel, fumando un cigarrillo que apestaba, y Hugh aparecieron por el caminito.

—Costaría imaginar una escena más sentimental para el artista —dijo Daniel, moviendo la cabeza hacia el otro extremo del césped, donde estaban el profesor y su hija. El profesor ocupaba su silla como si fuese un trono de mimbre, pensó Beatrice, y Celeste, sentada a su lado en un taburete también de mimbre, con la mano posada sobre la manga de la chaqueta de su padre, las faldas derramándose sobre la hierba, el cuerpo ligeramente girado hacia él y la cara mirando hacia arriba, parecía una princesa suplicante. El profesor, a quien la mirada de adoración de su hija proporcionaba un aspecto aún más heroico, seguía con su sermón y Agatha Kent y el señor Tillingham le prestaban toda su atención—. ¿Qué os parecería como título «La calma después de la tormenta»? ¿O tal vez «Los huéspedes agradecidos»? —añadió—. La verdad es que da pie a un argumento convincente para responder de inmediato a la llamada a las armas.

—¿Tienes que ser siempre tan burlón? —preguntó Hugh con cara seria—. Han perdido su hogar, su país..., todo. La desesperación que vimos en el puerto va mucho más allá de lo imaginable.

—Al menos se tienen el uno al otro —señaló Beatrice—. Su padre lo es todo para ella —remató, y su voz adquirió un tono tembloroso a medida que terminaba la frase.

—Pensamientos sombríos para una tarde encantadora —dijo Hugh.

—No me tomo a la ligera su sufrimiento —precisó Daniel—. Pero la naturaleza humana siempre se ha mostrado más interesada por combatir que por rescatar bellas doncellas. Le bastaría con lanzarme el pañuelo para que me prestara encantado a ser su rescatador.

—Eres tan perezoso que si te lanzara el pañuelo ni siquiera lo recogerías —replicó Hugh.

—Tienes razón —convino Daniel, con un suspiro—. Pero seguramente me inspiraría algún poema.

—Señorita Nash, habla mucho y muy bien de usted haber acogido a la joven —comentó Hugh—. A mi entender, ha sido pedirle demasiado.

—La podría haber acogido perfectamente la tía Agatha —dijo Daniel—. Y entonces la habríamos visto a diario a la hora del desayuno, Hugh.

—Disculpe a mi primo —rogó Hugh—. Solo dice tonterías.

—¿En serio? —cuestionó Beatrice—. Parece de lo más convincente.

—Acaba usted de pinchar con un alfiler de acero el globo de mi orgullo, señorita Nash —replicó Daniel—. Voy a dejar que se desinfle del todo en una silla adecuada.

Y marchó a paso ligero dispuesto a iniciar un segundo ataque contra la bandeja de las galletas.

—No muchas damas estarían tan dispuestas a compartir su casa —continuó Hugh mientras seguían lentamente a Daniel hacia la mesa—. Su actitud es de admirar.

Beatrice experimentó una pequeña oleada de placer ante un cumplido como aquel en boca de un hombre tan serio como Hugh, pero, cuando se giró para sonreírle, vio que estaba absorto examinando a Celeste y mirando con mala cara a Daniel, que acababa de tomar asiento y se disponía a iniciar conversación con ella. La sensación de placer se esfumó y aplastó sus sentimientos heridos con una réplica cortante.

—Ha sido algo egoísta por mi parte —dijo—. ¿No sabe acaso que acoger a refugiados se ha puesto tremendamente de moda?

—Nadie se imaginaría que le interesase seguir las modas —contestó Hugh.

—Justo lo que una mujer desea oír —repuso Beatrice, y suspiró.

Hugh se detuvo en seco y se giró hacia ella, su mirada ansiosa.

—Lo único que quería decir es que nadie..., quiero decir que no pretendía..., oh, por el amor de Dios, señorita Nash...

—Bromeo, señor Grange —dijo Beatrice, satisfecha de haber conseguido su plena atención pero lamentando a la vez haber sucumbido a su propia vanidad—. Le doy las gracias por su fe en mi altruismo.

Pero era dolorosamente consciente de que no había sido en absoluto altruista al acceder a la petición de ayuda del señor Tillingham. Sin embargo, ahora estaba hundida hasta el cuello en una responsabilidad que era a la vez seria y de duración indeterminada y, en consecuencia, se había convertido en una santa, le gustara o no.

—Hugh, por favor —pidió él.

—Hugh —aceptó ella.

—Se la ve tranquila —dijo Hugh, mirando de nuevo a Celeste—. ¿Ha podido dormir?

—No muy bien —le explicó Beatrice—. Aunque imagino que las pesadillas irán a menos ahora que está a salvo.

—Esta gente ha visto cosas que ninguna persona civilizada espera ver en su

ciudad natal —señaló Hugh—. Temo casos de neurastenia en algunos de ellos y pesadillas recurrentes incluso entre los más fuertes.

—¿Y qué podemos hacer nosotros por ellos? —preguntó Beatrice.

—En su caso, observarla con atención —respondió Hugh—. Tratarla como si fuese una inválida. Mucho calor, té dulce o caldo de carne, aire fresco, descanso..., y llamar al doctor Lawton si necesita administrarle algún remedio para dormir.

—Gracias —dijo Beatrice—. ¿Vendrá a visitarnos? —Hugh se quedó mirándola un instante y ella no supo interpretar su expresión—. ¿Alguna mención al té con leche? —añadió, sonriendo.

—No se lo he comunicado todavía ni a mi tía ni a mi primo, pero es posible que no me quede en Sussex mucho tiempo más —le explicó Hugh. Dudó unos instantes antes de bajar la voz y añadir—: Mañana me marchó a Londres para alistarme.

—No lo dirá en serio. —Beatrice se dejó caer de repente en un banquito rústico de madera que había junto al muro del jardín—. Quiero decir..., pensaba que eso de ser soldado era para tipos como Harry Wheaton. Usted tiene un trabajo mucho más importante que hacer.

—Seguiré desempeñando este trabajo —explicó Hugh—. Pero bajo los auspicios del Royal Army Medical Corps.

—¿Y su mentor? —preguntó Beatrice—. ¿Sigue contando con usted?

—Es el responsable de liderar la carga —respondió Hugh—. Me ha ofrecido más pacientes y más experiencia en el campo de batalla, además de la posibilidad de cumplir con mi deber a la vez que avanzo en mi carrera —concluyó, esbozando una mueca de cierto disgusto.

—Una combinación irresistible, cabría pensar —observó Beatrice, hablando despacio.

—Pero todos mis sentidos se vuelven contra ella —dijo Hugh. Tomó asiento a su lado—. Ir a la guerra pensando en los logros profesionales no me parece correcto.

—¿Y la hija del cirujano? —quiso saber Beatrice—. Imagino que estará sufriendo con la idea.

Le sorprendió sentir un dolor amargo al pensar en la posibilidad de que pudiese sufrir algún daño y se regañó por ser tan mala patriota y desear que sus conocidos quedaran exentos del servicio.

—La señorita Lucy siente tal entusiasmo por el reclutamiento que creo que lord Kitchener tendría que crear un cartel con sus ojos implorantes —respondió

Hugh—. Tanto por lealtad como por afecto, supongo que debo permitirle que me reivindique como su recluta. —Miró en dirección al profesor y Celeste—. Pero la verdad es que fue ayer en los muelles donde cambié de idea; las docenas de refugiados, los heridos, el caos... —Su voz se interrumpió y Beatrice comprendió que estaba visualizando de nuevo aquellas escenas.

—Supongo que fue muy difícil —dijo Beatrice, aunque sabía que aquello era inimaginable y que el agotamiento, la ropa sucia y el olor acre de los pocos refugiados que se apiñaron en el ayuntamiento habían sido ya abrumadores de por sí.

—Abuelas con los pies ensangrentados después de pasar días caminando con zuecos de madera —explicó Hugh, la voz rebotante de emoción—. Bebés en brazos de perfectos desconocidos simplemente para poder salvar la vida, mujeres desesperadas por obtener noticias de sus maridos encarcelados colgando notas en cualquier valla pidiendo información. —Se calló y meneó la cabeza, como si con el gesto pudiera ahuyentar las imágenes que se le acumulaban—. Todas mis demás consideraciones se esfumaron de repente y supe entonces que tenía que ir donde al menos pueda resultar útil.

—Nadie que lo conozca dudaría jamás de que su deber ocupa el primer lugar en su cabeza —dijo Beatrice—. Todos se sentirán orgullosos de usted.

—Gracias por ser tan amable —contestó Hugh. Le tendió la mano y ella le ofreció la suya para que se la estrechara—. Sé que siempre habla usted con sinceridad, señorita Nash, y, por lo tanto, valoro más si cabe sus palabras. Confío en no haberla ofendido con mis descripciones.

—Aprecio su franqueza —dijo ella. Miró hacia la mesa, donde Agatha reía por alguna ocurrencia de Daniel, y pensó en el dolor que le produciría la noticia que iba a darle Hugh—. ¿Cuándo piensa comunicárselo a su tía? —preguntó.

—Nunca antes de lo necesario —respondió él.

En la bandeja del desayuno de Beatrice había dos cartas, una de los abogados de lady Marbely y otra del editor de su padre, el señor Caraway. Mientras comía, las dejó a un lado de la mesita para prolongar la agradable sensación de que era posible que todas sus preocupaciones, tanto las económicas como las referentes a sus aspiraciones, hubieran tocado a su fin. Una semana después de la llegada de Celeste, había escrito a su tía Marbely para solicitarle muy educadamente poder retirar una paga algo mayor de su fondo testamentario ahora que estaba participando, de manera modesta, en las iniciativas de apoyo a la guerra de la ciudad. Sin dejar de mordisquear la pluma para pensar en la mejor manera de combinar humildad con altruismo, le había descrito que había acogido recientemente a una refugiada y le había comentado todos los tés patrióticos, comités y actos a los que se esperaba que asistieran y que implicaban un aumento considerable de sus gastos personales. Exageró sin vergüenza la gratitud del famoso señor Tillingham, maquilló el patrocinio continuado de lady Emily y se aseguró de mencionar de pasada que el marido de Agatha Kent estaba íntimamente relacionado con los más altos cargos del gobierno. Describiendo una vida de una sencillez digna de una misionera, pero en la que un aumento en el presupuesto para vestidos era vital para mantener una reputación adecuada, el documento acabado era tan satisfactoriamente manipulador que se vio obligada a regatear con su herida conciencia prometiéndole que más adelante trataría de compensarla por aquella inmoralidad.

Mientras comía sus gachas acompañadas con trozos de manzana verde, intentó concentrar las emociones en el sobre del editor, que era demasiado fino para contener un manuscrito devuelto y, por lo tanto, prometía una respuesta a sus sueños literarios. Pero el sobre grueso de los abogados, que podía contener un cheque bancario, era una distracción. Dejando por un momento de lado la literatura, dedicó unos instantes a elegir entre comprarse un sombrero de paja de la calidad de los de Agatha Kent o adquirir aquellos tres volúmenes con las obras completas de Jane Austen, encuadernados en tafílete azul oscuro grabado a mano

en dorado, que había visto en la librería. Mientras abría el sobre grueso, sonrió para sus adentros con arrepentimiento al pensar que los libros siempre saldrían ganando contra un adorno personal.

La carta y el acuerdo que adjuntaba estaban cargados de términos legales pero, por mucho que le costara descifrar las palabras con exactitud, comprendió lo suficiente como para percibir que las mejillas se le encendían de rabia. Por lo que parecía, siguiendo la sugerencia de lady Marbely, los abogados habían considerado necesario mantener una vigilancia paternal sobre una mujer de tan tierna edad. Dada la limitada capacidad femenina para los asuntos financieros y considerando la lealtad debida al honor de la familia, para poder incrementar su paga había que contratar los servicios de un abogado de la ciudad que se encargaría de supervisar su vida económica y al que debería depositar su sueldo y presentar todas sus cuentas para que le concediera la aprobación a cualquier gasto que estuviera por encima de sus necesidades semanales. Y como remate a tanta humillación, los gastos que acarrearía toda esa supervisión saldrían de su fondo testamentario. El acuerdo adjunto necesitaba su firma —su aceptación a pagar a su carcelero— y la carta terminaba con la garantía de que, una vez firmado y presentado el acuerdo, el abogado de la ciudad le extendería de inmediato un cheque por diez libras.

La humillante sugerencia de que podía ser comprada por diez libras le llenó los ojos de lágrimas. La pequeña sala, aseada y amueblada para proporcionarle independencia, se volvió confusa e insustancial. Parpadeó con fuerza, arrugó la carta hasta convertirla en una bola e intentó concentrarse en encontrar gracioso que una mujer que había llevado las cuentas de su padre en varios continentes necesitara supervisión para todas aquellas compras que no fueran cintas o galletas de té. Se despidió en silencio de sus libros nuevos, puesto que el sobre no contenía ningún cheque y la carta daba a entender que tendría que esperar a oír lo que el abogado local pensara ofrecerle.

Centró su atención en el sobre fino, pensando que tendría que haber solicitado un anticipo, y se preguntó si al señor Caraway se le habría ocurrido ofrecérselo por voluntad propia. Su padre siempre se quejaba de que aquel hombre era un tacaño, de modo que tenía pocas esperanzas de que así fuera. Mientras abría la carta, se recordó que para un escritor era más importante tener trabajo que tener dinero.

La carta del editor de su padre era un poco menos decepcionante que la misiva del abogado de su tía Marbely. El señor Caraway estaba encantado de tener noticias de ella y le enviaba sus mejores pensamientos y una alegre anécdota

sobre su padre. Pero sobre el tema del libro con las cartas de su padre, le escribía para decirle que al haber entrado los archivos de su padre a formar parte del fondo testamentario, la familia lo había contratado para que buscara un editor adecuado que pudiera publicar un volumen oficial.

... confío en que le satisfaga saber que, a sugerencia de la familia de su padre, estamos en negociaciones con un ilustre escritor de la mayor reputación imaginable para que lleve a cabo la edición y el prólogo del libro. Estará de acuerdo en que el nombre de su padre quedará inconmensurablemente mejorado por un trabajo de carácter erudito como este y que su legado exige un editor de fama internacional. Como al parecer dispone usted de correspondencia que no está incluida en los archivos de su padre, y el prólogo que ha escrito contiene un par de apuntes encantadores, nos hemos tomado la libertad de enviar su manuscrito a modo de valiosa pieza de investigación. Lady Marbely nos garantiza que el proyecto gozará de su aprobación y que usted nos remitirá, a vuelta de correo, cualquier carta original que falte en el archivo oficial. Muy atentamente...

La rabia le zumbaba en las sienes y percibía incluso la vibración de la sangre en la punta de los dedos. Su trabajo había sido su único refugio y consuelo durante aquel año oscuro de luto y cada cosa nueva que había aprendido sobre su padre había sido un instante de intimidad con él. El pequeño libro no solo habría sido su primer trabajo sólido a partir del cual construirse una modesta reputación como escritora, sino que además habría representado una conexión directa de su padre con su futuro. Por mucho que el beneficio de un proyecto de mayor envergadura de cara a la memoria pública de su padre fuese innegable, el rechazo despreocupado del editor hacia su trabajo, que consideraba una mera investigación, y la sugerencia de que se había quedado con cartas de los archivos de su padre resultaban desesperantes. Beatrice hundió la cara entre las manos y se permitió un solo gemido, por su padre fallecido y por la imposibilidad de hacer lo que le gustaría.

Recuperando la compostura, se sirvió la última taza de té de la tetera e intentó pensar en su situación de un modo más objetivo. Era un truco que le había enseñado su padre de pequeña cuando se ponía triste o se enfadaba. Analizar el problema de un modo más amplio y empírico, decía siempre su padre, mejoraba tanto el estado de ánimo como el intelecto. Y aunque ahora la consideraba una respuesta muy poco recomendable para una niña en pleno ataque de llanto, se descubría a menudo recomponiendo sus problemas como si estuviera planeando presentarlos para una disquisición.

El dinero nunca había sido su principal preocupación, ni su adquisición ni su exceso, pero ahora que disponía de una cantidad escasísima y sus sueños de conseguir una remuneración a través del mundo de la publicación se habían

esfumado, podía valorar por fin que siempre había tenido dinero cómodamente a su alcance. Su padre se sentía orgulloso de lo que consideraba su forma modesta de llevar la casa y de la habilidad de ambos para vivir bien con sus ingresos anuales. Vivían con la holgura suficiente para que él pudiera permitirse cazar la perdiz cuando le apetecía o comprar algunas cajas de aquel clarete oscuro pero tremendamente aromático; ella hacía el pedido y pagaba la factura con una firma y una sonrisa. Beatrice siempre había considerado una virtud poder sentarse cada mes y ver que todas las cuentas estaban saldadas, pero ahora comprendía que en realidad aquello había sido una cuestión de orgullo, y que el orgullo era un pecado por el que ahora tal vez estaba siendo castigada.

El abogado le ofrecía diez libras... Cogió un pequeño libro de contabilidad de una de las preciosas librerías georgianas de Agatha Kent y lo abrió para repasar las cuentas una vez más. A simple vista era evidente que había prácticamente agotado su pequeña reserva de dinero con la mudanza a Rye y el pago de los dos primeros meses de alojamiento y comida. Su trabajo, cuando empezara a desempeñarlo, le serviría para pagar a la señora Turber y le sobraría una cantidad pequeña, suficiente para sus mínimas necesidades diarias, una donación modesta a la bandeja de la iglesia los domingos y unos pocos chelines que reservar para emergencias. Ya no podría permitirse adquirir libros por suscripción ni sabía cómo afrontar la compra de ropa nueva cuando llegara el momento. Si debía escribir, tendría que adquirir también papel y tinta, plumas nuevas y sellos para enviar los manuscritos, cosas que parecían nimias en el pasado, aunque sabía que a partir de ahora se vería obligada a contar las monedas en la papelería y en la oficina de correos, como hacían las viudas con manos temblorosas y guantes ajados.

Los guantes eran su preocupación más inmediata. Le había ofrecido dos pares a Celeste y ahora solo le quedaban tres pares de algodón para el verano y dos pares de seda para la noche. No se había acordado de que uno de los pares de algodón tenía una mancha de tinta considerable en el puño. No estaba dispuesta a recurrir a esos guantes baratos que las dependientas utilizaban los domingos, pero comprar un nuevo par de calidad significaría invertir todo el dinero extra de una semana. Guardó el libro de cuentas sonriendo para sus adentros. Ahora podía entender por qué alguna gente —las amas de llaves, las gobernantas, la señora Turber— era tan conservadora y parecía tan estrecha de miras. En el fondo, siempre lo había considerado como un rasgo desdeñable de carácter, pero ahora veía con penosa claridad que podía deberse a la aguda necesidad de evitar cualquier tipo de exuberancia provocada por un mal uso de guantes o de zapatos.

Por primera vez, mientras el té se enfriaba en la taza y las gachas se gelificaban en el cuenco, comprendía el alcance de disponer de ingresos limitados. Era un concepto noble para un sermón de la iglesia o para las páginas de una novela edificante, aunque una expectativa escalofriante para una soleada mañana de Sussex.

Celeste bajó a desayunar enfundada en un horroroso vestido rosa de seda donado por la señora Turber. Saturaba su figura menuda y proyectaba un resplandor en sus mejillas que parecía pintura. Beatrice no pudo evitar expresar con un gesto su sorpresa.

—Ojalá tuviera una aguja y tijeras —dijo Celeste, señalando un volante con rositas de pitiminí que adornaba la cintura—. ¿Estaría *d'accord* en hacer *quelques changements*?

—Me parece que lo que va a necesitar son unas tijeras de jardín, no de costura —contestó Beatrice—. Desayune primero y después Abigail y yo la ayudaremos con el arreglo.

Hizo sonar una campanita de latón y Abigail, que llegó enseguida con más agua caliente y unas tostadas, se quedó boquiabierta al ver el vestido y declaró que había que llamar a la señora Saunders.

—No, no puedo acceder a eso —protestó Celeste, su rubor sumándose al resplandor del vestido—. Debo hacer mis propios arreglos y lo haré con gusto.

—La señora Saunders estará encantada de poder brindar su ayuda —replicó Beatrice—. A todos nos alegra poder contribuir de alguna manera.

—Creo que ya he aceptado..., ¿cómo lo dicen ustedes? Creo que ya he aceptado suficiente lástima —dijo Celeste. Hizo un mohín y sus dedos buscaron el pequeño crucifijo de oro que llevaba colgado al cuello—. Esa señora ha sido muy amable, ha lavado mi vestido de encaje y no he podido pagarle nada. No pienso pedirle ahora que me arregle este vestido para poder llevarlo.

Beatrice percibió un orgullo desesperado y se avergonzó de que, hacía menos de diez minutos, ella, Beatrice, hubiera estado repasando sus cuentas con el orgullo de un avaro. Había lamentado regalarle unos simples guantes a una chica que no tenía más que un par de prendas hechas jirones. No se había parado a pensar lo que debía de ser no tener ropa blanca, ni zapatos, ni siquiera una pastilla de jabón o una pizca de polvo para lavarse los dientes y tener que aceptar el tipo de actos de caridad que las chicas de su clase estaban acostumbradas a ofrecer.

—Lo siento —se disculpó—. Nos arreglaremos entre nosotras y haremos algunas mejoras.

—Me gustaría tenerlo esta mañana —dijo Celeste—. Esta tarde me esperan aquí al lado.

—Lo mejor sería cortarlo por la mitad, señorita —sugirió Abigail—. Creo que de la parte inferior podría salir una falda de paseo y un par de cortinas para la ventana.

Beatrice dejó de lado una mañana más la escritura y Abigail sus tareas para ponerse entre las tres a cortar, preparar y coser el vestido y convertirlo en algo más adecuado. Beatrice y Abigail se dedicaron a la sencilla labor de coser pespuntos, mientras que Celeste demostró su rapidez y su habilidad con la aguja y utilizó parte de la cinta gris de *grosgrain* de Beatrice para crear unos pulcros bucles que adornarían la parte inferior del corpiño y una banda plana y ancha en el dobladillo. Al mediodía, el vestido rosa se había transformado en un vestido de tarde ceñido y discreto y la señora Turber, que entró quejándose de que la cena no estaba todavía preparada, se quedó tan apaciguada al ver lo bien que le quedaba su vestido a Celeste, que solo refunfuñó diciendo que era demasiado elegante para lucirlo durante una tarde normal dedicada al auxilio de los refugiados. Celeste se limitó a presionarle la mano y decirle, con su encantador inglés entrecortado, que era muy amable, y la señora Turber se vio obligada a retirarse ante la barrera del idioma.

A Beatrice se le pasó de pronto por la cabeza la idea de que Celeste tal vez entendía mejor el inglés y lo hablaba con mayor fluidez de lo que aparentaba. De ser así, no podía culpar a Celeste por haber decidido protegerse detrás de la máscara impenetrable de su condición de extranjera. Beatrice había hecho lo mismo en situaciones incómodas fuera de su país y en una ocasión, de la que se avergonzaba, incluso en su país, para defenderse de las insinuaciones de un amigo incomprensible y de edad avanzada de lady Marbely durante el baile que había tenido lugar después de una cacería, cuando había mirado al pobre hombre directamente a los ojos y le había dicho: «Me temo que no hablo inglés», y se había marchado corriendo acto seguido al otro extremo del salón de baile.

Después de una comida fría a base de pan y queso, Beatrice acompañó a Celeste a casa del señor Tillingham, que había dispuesto el estudio de su jardín a modo de club para los refugiados belgas, y entró en la biblioteca, donde no permaneció mucho tiempo, puesto que confiaba en poder conservar aquel privilegio haciéndose invisible para el gran hombre. Armada con un nuevo libro, dirigió sus pasos hacia los caminos de gravilla del camposanto hasta llegar al

rincón que ofrecía un contrafuerte de piedra y que se había convertido en uno de sus lugares favoritos para sentarse y leer bajo la sombra moteada de los ancianos árboles.

Las lápidas que sobresalían entre la hierba estaban cubiertas de musgo y erosionadas, como si hiciese al menos un siglo que allí no moría nadie. Pensando en que le gustaría escribir una pequeña observación sobre la incongruencia de unas lápidas inmutables que recordaban la frágil brevedad de la vida, Beatrice buscó en la cartera un cuaderno y un lápiz pero acabó extrayendo la carta del señor Caraway. Estaba leyéndola por segunda vez, como si el hecho de releerla fuera a cambiar el contenido allí escrito, cuando se extendió de repente una sombra sobre el papel. Levantó la cabeza y se encontró con un joven oficial vestido de caqui. Beatrice tardó unos instantes en reconocer a Hugh Grange, puesto que se le veía más delgado y estaba cambiado, tanto por el uniforme como por el cabello mucho más corto, aunque la rotundidad de su mandíbula y su sonrisa franca le otorgaron enseguida un aspecto agradablemente familiar.

—Señorita Beatrice, ¿qué tal está? —dijo, quitándose la gorra.

Su presencia la alegraba mucho más de lo esperado y pensó que tal vez se debiera a que la sorpresa de verlo en uniforme le había despertado un sentimiento de empatía.

—Beatrice a secas —replicó ella con firmeza—. La formalidad, como tantas otras cosas, es una tontería en tiempos como los que corren.

—Es un honor —contestó él—. Confío en que mi uniforme no la haya sobresaltado.

—Se ven tantos hombres con uniforme que no me esperaba que me resultara tan extraño en usted —dijo ella—. ¿Cómo ha reaccionado su tía?

—Me temo que le he provocado esas palpitaciones que tanto aborrece ver en otras mujeres —respondió Hugh—. Mi llegada ayer fue terrible para los dos, por mucho que mi tío John ya hubiera allanado el camino. Daniel no pudo evitar realizar comentarios jocosos de dudoso gusto, y mi tía no dijo nada. Pensé que me habría gustado que estuviera usted allí cenando para romper la tensión.

—Una aspira a ser invitada donde pueda resultar útil —replicó ella, pero sonrió para aligerar el comentario, puesto que era evidente que él estaba tan preocupado que ni siquiera se había tomado la molestia de vigilar sus palabras y que podía ser incluso que hubiera pensado en mencionar a otra mujer.

Lo invitó a sentarse.

—Llevo prácticamente todo el día escondido en mi estudio y por fin me he escapado para dar un paseo escabulléndome a través de un seto, poniendo con

ello en riesgo mi nuevo uniforme. —Examinó las mangas en busca de posibles manchas de vegetación y se pasó la mano por el pelo. Su semblante exhibía una ligera tensión y Beatrice se imaginó la cara de Agatha, blanca como el papel y marcada por la preocupación—. Llevo solo un par de semanas de instrucción —añadió—. Supongo que cuanto más tiempo llevas con el uniforme menos impostor te sientes.

A Beatrice le habría gustado poder decir algo para consolarlo.

—Su tía es la mujer más razonable que conozco —comentó por fin—. Su inquietud es muestra de un gran cariño y esconde lo orgullosa que se siente. Estoy segura de que se recuperará más rápidamente si deja usted de ocultarse.

—Usted es la segunda mujer más razonable que conozco —dijo él—. ¿Puedo preguntarle por qué se refugia en el cementerio?

—Finjo que estoy leyendo, pero en realidad estoy aquí para regodearme compadeciéndome de mí misma porque el editor de mi padre rechaza mi talento —le explicó—. Pero su llegada ha hecho que estas preocupaciones sean insignificantes. —Le pasó la carta, que sostenía aún arrugada en la mano, y añadió—: Al menos, las cartas de mi padre serán presentadas al mundo con el estilo que se merecen.

Hugh leyó la carta con expresión muy seria.

—Esto es deplorable —opinó—. Su tía no tiene por qué traicionar sus intereses de esta manera.

—No estoy segura de que lo haya hecho expresamente —replicó Beatrice—. Pero aun en el caso de que fuera así, debería estarle agradecida por prestarle este servicio al legado de mi padre.

—Es una traición —insistió él.

—Tal vez soy yo la que habría traicionado a mi padre —dijo ella—. Mi iniciativa, enfocada como mi punto de partida literario, habría limitado el proyecto y, por lo tanto, su legado.

—Un prólogo lo puede redactar cualquiera —adujo Hugh—. Pero nadie podría estar a la altura de la perspectiva que usted le habría dado.

—Ni siquiera sabe si soy capaz de escribir —repuso ella. Verlo con el ceño fruncido de alguna manera le hacía sentirse más animada—. Al fin y al cabo, no soy más que una mujer.

—Me fío de su palabra y doy además por sentado que una capacidad básica está abierta a ambos sexos —dijo Hugh.

—Lo que usted da por supuesto es herejía para la mayoría —replicó Beatrice—. Como le he dicho, considerando todo lo que estamos viviendo en este

momento, lo mío carece de importancia. Colaboraré en la medida en que me sea posible y el legado de mi padre quedará garantizado.

—¿A quién cree que se lo habrán pedido? —preguntó Hugh, mirando aún con el ceño fruncido la carta.

—No tengo ni idea —respondió Beatrice—. Mi tía solo lee sermones. Creo que el gran John Wesley ha muerto, por lo tanto no se me ocurre a quién más podrían conocer. Cuando le escribí a mi tía Marbely, tuve que explicarle quién era el señor Tillingham.

En cuanto pronunció aquellas palabras, le ascendió por la garganta una gélida sensación de miedo. Se giró despacio para mirar a Hugh y abrió los ojos de par en par con una consternación que fue incapaz de disimular.

—¿Piensa que...? —empezó a decir él.

—¿Piensa usted...? —preguntó ella.

—Estoy seguro de que Tillingham se lo habría comentado si le hubiesen sugerido el proyecto —dijo Hugh.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —cuestionó Beatrice con amargura—. Para él soy invisible, sobre todo en lo referente a escribir.

—Estamos haciendo meras elucubraciones —observó Hugh—. Es imposible que el señor Tillingham accediera a llevar a cabo este proyecto si apenas conocía a su padre.

—Cierto —convino Beatrice—. Resulta incongruente que un momento de invisibilidad literaria pudiera convertirse en una redención.

—El señor Tillingham es tan ambicioso como orgulloso, y su padre no era el tipo de celebridad literaria que él buscaría para embellecer su reputación. Poca cosa para Tillingham, pienso.

—Creo que mi padre era un hombre respetado en el seno de la comunidad literaria e histórica —replicó ella, parpadeando para evitar el escozor de una lágrima e intentando reír.

Hugh debió de darse cuenta, puesto que tosió y dijo:

—No soy el mayor seguidor del señor Tillingham. Solo hablo de sus faltas, no de los logros de su padre.

—Pero dice usted la verdad —observó ella—. Mi padre se sentía feliz con la modestia de sus contribuciones y de poder llevar la vida tranquila de un intelectual.

—Una vida y un trabajo en los que colaboró usted con su esfuerzo —señaló Hugh—. Me enoja ver que la dejan de lado de esta manera. Tenemos que pensar qué se puede hacer.

—Me gusta tener amigos con esta actitud —replicó ella—. No se imagina lo que esto significa para mí.

La expresión bondadosa de los ojos grises de él le proporcionó una tremenda sensación de consuelo, como si le hubiera pasado el brazo por los hombros.

—No me gusta ser testigo de injusticias —dijo él, dándole unos golpecitos de aliento en la mano. La sensación era cálida y potente—. No debe darse por vencida.

—No lo haré —contestó Beatrice. La sensación confusa la llevó a retirar la mano. Se levantó y cogió la cartera. No sin cierto esfuerzo, lo miró de nuevo a los ojos y sonrió—. Pero, por el momento, tengo que empezar a reunir mi fortuna dando clases a unos chicos cuyo anterior profesor al parecer dedicaba más tiempo a los experimentos de ciencias que a la traducción del latín.

—Confío en que no le estén complicando demasiado la vida —dijo él.

—No esperaba que el joven Snout supiera tanto sobre Virgilio —repuso ella—. Aunque, evidentemente, preferiría morir antes que hacer gala de su interés delante de los demás, de modo que los tres se pasan la clase suspirando como si fueran santos sometidos a martirio.

—Como ya comentamos, Snout podría llegar a algo con la ayuda de una beca y si mejorase su actitud —señaló Hugh—. Pero, según mi experiencia, la inteligencia no siempre encuentra las circunstancias vitales adecuadas, señorita Beatrice. Para que una promesa así se haga realidad hay que ser un chico excepcional.

—Espero que una maestra con determinación logre marcar la diferencia —replicó Beatrice—. Quiero seguir el ejemplo de mi padre y compartir con ellos todos mis conocimientos.

—La acompañaría, pero me temo que debo volver a casa y enfrentarme a mi tía Agatha —dijo Hugh—. Tengo que reincorporarme el lunes. Confiemos en que para la semana que viene haya recuperado su conducta habitual o me veré obligado a pasar mis futuros días de permiso en Londres.

—Lo cual sería una gran pérdida para sus amigos —contestó Beatrice, y le sostuvo la mirada por mucho que el rubor de sus mejillas amenazara con traicionarla.

En la cocina hacía calor. La puerta de atrás estaba abierta y había una silla sujetándola para que no se cerrara y todas las ventanas estaban trabadas con el máximo que daban de sí los largos pestillos de hierro, pero la brisa que entraba

no conseguía despejar el vapor que emitían las cacerolas de melocotones y ciruelas que burbujaban en los fogones y los tarros de cristal y sus tapas, que bailaban alegremente en un baño de agua hirviendo. En la antecocina había montañas de habichuelas, gruesas como angulas, extendidas sobre arpillera junto con montoncitos de zanahorias, coliflores y pequeñas remolachas con las raíces aún sucias de barro. Agatha, envuelta en un voluminoso delantal blanco, el cabello recogido bajo una vieja cofia que era una reliquia del ajuar de su madre, estaba ayudando a la cocinera a preparar la máxima cantidad de conservas de frutas y verduras que fuera posible en previsión de la escasez de alimentos que a buen seguro se produciría. Habían recuperado botes del estudio de Hugh y de diversos rincones de los establos, no sin escuchar gruñidos de contrariedad cuando los ejemplares de laboratorio y las colecciones de tornillos y clavos de Smith iban a parar sin remedio a recipientes menos adecuados.

Si la cocinera se preguntaba por aquella iniciativa desmedida y por la insistencia de Agatha de pasarse el día entero trabajando en la cocina, no había hecho ningún comentario al respecto y Agatha agradecía su habitual ausencia de curiosidad. El trabajo manual duro era justo lo que Agatha necesitaba para que su cabeza dejara de dar vueltas y su corazón no palpitará con la celeridad con que venía haciéndolo desde que Hugh había aparecido en uniforme. A pesar de que John le había enviado una nota comunicándole las intenciones de Hugh, verlo bajar del tren en compañía de John, con aspecto desenfadado pese a ir completamente de caqui y sin dejar de hablar en ningún momento sobre las intervenciones quirúrgicas en pleno campo de batalla, había sido una conmoción.

«Mi disponibilidad para prestar servicio ha eliminado todas las objeciones de mi padre y mi madre con respecto a mis estudios de medicina», había dicho en el transcurso de la cena mientras John y él comentaban los detalles de los planes del cirujano para montar un hospital de campaña especializado en lesiones craneales.

«Confío en que tus compañeros de ese cuerpo médico te metan en el bolsillo una nota con la autorización médica necesaria por si acaso necesitas volver pitando a las islas —había añadido Daniel—. ¿Te imaginas tener que amputarte tu propia pierna?».

Agatha había bebido un sorbo de Earl Grey y había intentado no marearse. Hasta aquel momento había considerado la guerra como un deber cívico más y se había alistado voluntariamente a sus muchos compromisos. Creía sinceramente que todo el mundo debía sumarse al esfuerzo y aportar lo mejor de sus capacidades, pero ver a Hugh con uniforme y comprender que su talento lo

mandaría directo al campo de batalla había sido como un bofetón para su entusiasmo.

—Este año tendremos que hacer limpieza general de la bodega —dijo Agatha—. Me temo que nos hemos acostumbrado demasiado a hacer pedidos en los establecimientos de la calle principal siempre que nos apetece.

—Tendremos que enviar también cajas a la ciudad —repuso la cocinera—. No me gustaría que el señor Kent pasase hambre.

La cocinera tenía el desdén de las mujeres rurales hacia la ciudad y estaba segura de que en Londres la gente se moriría de hambre mientras que en Sussex apenas se notaría la escasez.

—El señor Kent siempre puede cenar en el club, si quiere —señaló Agatha—. Y yo no creo que pase mucho tiempo en la ciudad con todo el trabajo que hay que hacer aquí.

—Si tenemos que llenar todos esos botes agotaremos prácticamente todo el azúcar y la sal que tenemos —observó la cocinera.

—Cuando Smith vuelva del molino, lo enviaremos otra vez a la tienda de ultramarinos para ver si han recibido alguna cosa —dijo Agatha.

Había mandado a Smith al molino con la esperanza de que pudiera comprar sacos de harina más grandes de los que habitualmente se vendían en las tiendas y para que se pusiese al corriente de los rumores que decían que el gobierno estaba adquiriendo las futuras cosechas de maíz para abastecer al ejército. No era intención de Agatha acaparar alimentos, pero no hacerlo exigía disponer de información creíble sobre qué tipo de comida seguiría estando disponible con regularidad. No estaba de más recopilar información que complementase las garantías que pudiera darle su marido.

—Si arrancamos un poco de hierba, podríamos tener un par de cerdos —propuso la cocinera.

La mujer no estaba satisfecha con el immaculado huerto de Agatha y se había enfadado cuando decidió eliminar el gallinero por el olor que desprendía y por un gallo odioso que despertaba a los invitados. La cocinera no entendía tampoco el porqué de aquellas grandes extensiones de césped segado para jugar al cróquet o pasear.

—Creo que seguiremos recurriendo al carnicero mientras sea posible —dijo Agatha—. El pobre hombre está avergonzado por tener tan poco género que despachar.

—Ayer solo tenía lengua —comentó la cocinera—. Había tantas que de repente me imaginé un campo lleno de vacas silenciosas. Me entraron náuseas.

—No tenía ni idea de que fuera usted tan imaginativa —repuso Agatha. Y cuando levantó un momento la vista del medio melocotón que estaba intentando meter en un bote, vio que la cocinera había perdido el color de la cara—. ¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Lo siento, señora —contestó la cocinera, sentándose precipitadamente en una silla con una zanahoria en cada mano—. Es solo que el marido de mi hija se ha marchado al ejército y la ha dejado abandonada con una niña pequeña.

—Tengo entendido que hay prestaciones especiales para esposas y niños — señaló Agatha con tono suave.

—Él dice que supone más dinero y un poco de aventura —explicó la cocinera—. ¿Pero qué pasará si vuelve a casa lisiado o muerto? ¿O si se larga con cualquiera que conozca por allí y no vuelve nunca más a casa? —Meneó la cabeza y se secó una lágrima—. Nunca le gustó lo de tener una hija tullida.

Agatha se quedó sin saber qué decir. Le pasó por la cabeza la indigna preocupación de que la cocinera empezara a ausentarse sin previo aviso, de que se le quemara la salsa de la carne por puro agotamiento, de que instalara a su nieta en la cocina y se le cruzara por todas partes. Se vio obligada a plantearse si su compasivo interés por la familia de sus empleados tendría más que ver con mostrar una apariencia de generosidad que con su afán por no tener que sufrir la molestia de sus problemas.

—Seguro que todo irá bien —dijo, contrariada con su debilidad.

—Es usted muy amable, señora —contestó la cocinera—. Es lo que le digo siempre a mi hija, que en Rye no hay dama más amable que la señora Kent.

El teléfono empezó a sonar en la pequeña habitación donde estaba ubicado, debajo de la escalera principal, y Agatha agradeció que Jenny entrara acto seguido para informarle de que lady Emily quería hablar con ella.

—¿Lady Emily está al teléfono? —se sorprendió Agatha.

Sabía que lady Emily consideraba aquel instrumento como algo terriblemente vulgar. Había hecho instalar uno en su casa, pero lo había colocado en la biblioteca de su marido y escondido dentro de una caja de madera, de modo que las llamadas solían quedarse sin contestar porque nadie lo oía sonar.

—Me parece que es su hija, señora —respondió Jenny—. Pero ha dicho que era lady Emily y que quería hablar con la señora Kent.

—Dile que voy enseguida—ordenó Agatha, acercándose al fregadero metálico para limpiarse las manos del jugo de los melocotones.

Mientras se apresuraba por el pasillo se quitó la cofia. Sabía que no podía verse por teléfono, pero era un gesto de reconocimiento a la importancia de

mantener siempre las formas.

—Agatha Kent al aparato —dijo al coger el auricular negro del teléfono e intentando no levantar la voz, como hacía mucha gente, como si con ello las palabras viajaran más fácilmente por los hilos de cobre.

—Soy Eleanor Wheaton y estoy aquí con mi madre —contestó la voz al otro lado de la línea. Se oyó un murmullo de fondo—. Mi madre se disculpa por no ponerse personalmente al teléfono, pero es que hay que tener muchísimo cuidado con los gérmenes.

—Ya sé que odia el teléfono —replicó Agatha—. Normalmente suele enviarme un mensaje.

—Y lo ha hecho —dijo Eleanor—. Pero empezó a ponerse ansiosa ya antes de que el criado saliera de casa, de modo que me he ofrecido a llamarla yo para comunicarle que mi madre desearía que el señor Kent y usted vengan a cenar el sábado. Estará también el conde North.

—¿El conde qué?

—Eso se da por descontado —dijo la voz.

—¿Perdón? —preguntó Agatha—. ¿Qué ha dicho?

—Oh, nada, solo le decía a mi madre que se da por descontado que vendrán ustedes juntos.

—No estoy segura de poder garantizar la presencia de mi esposo, dada la situación —explicó Agatha—. Ya saben que está muy ocupado con lo de la guerra y esas cosas. Siempre puedo pedirle a uno de los chicos que me acompañe, si les parece bien. —Se repitió la conversación amortiguada durante la cual Eleanor le transmitió a su madre lo que acababa de escuchar. Una serie de clics en la línea le garantizó a Agatha que tanto la operadora como un par de vecinos que también habían instalado teléfonos se habían sumado a la charla—. Sí, es que no pueden gestionar la guerra sin él —añadió, tomándose el malicioso placer de alardear de la importancia de su marido de un modo que jamás haría en persona.

Oyó una tos en la línea y tuvo que disimular una risilla culpable. La gente solía pregonar a bombo y platillo su categoría, pero su marido prefería que su trabajo fuera un asunto privado y le hacía gracia que todo el mundo lo tuviera por un insignificante funcionario del gobierno. A Agatha no le hacía tanta gracia y a veces tenía que morderse la lengua para no mencionar al primer ministro o jactarse de algún tema a escala nacional en el que el trabajo de su esposo había sido de vital importancia.

—Perdón, ¿qué decía? —preguntó Eleanor.

—Nada —respondió Agatha.

—Mi madre me asegura que no se lo tomará usted a mal si le decimos que en realidad es a su esposo a quien necesita —dijo Eleanor—. Lord North está haciendo una gira por todas las defensas locales y necesitamos gente que pueda hablar de la guerra. Su esposo es vital para los planes de mi madre.

—Lo entiendo y haré todo lo posible para asistir con él —contestó Agatha.

—Dice mi madre que es usted la única persona en Rye que podría ser tan comprensiva —añadió Eleanor. Un gruñido apagado por parte de los que estaban escuchando la conversación dio a entender que no se habían tomado a bien el comentario—. Que ustedes y el señor Tillingham son probablemente las únicas personas con quienes lord North desea reunirse.

—Encantada de ser aceptable —replicó Agatha.

—Pues creo que ya está todo solucionado. Un tema un poco espinoso ha sido si invitar o no a los belgas del señor Tillingham. Y, claro está, la chica se aloja con la señorita Nash y yo adoro a la señorita Nash, pero mi madre pensó que no tenía que ser invitada. Además, el hijo de lord North es amigo de su Daniel y sería demasiada gente joven.

—Componer la mesa adecuada nunca es tarea sencilla —observó Agatha.

Eleanor le transmitió el mensaje a su madre y volvió a haber murmullos de excitación.

—Mi madre agradece su comprensión —dijo Eleanor—. Pero hemos solucionado el problema para que todo el mundo salga beneficiado. Mi hermano y yo recibiremos a toda la juventud el último día de la recogida del lúpulo en Long Meadow Farm, luego disfrutaremos de un pícnic en el campo y nos quedaremos a ver el festival que se celebrará por la tarde.

—La juventud estará encantada de poder librarse de la cena —comentó Agatha.

También ella habría preferido la excursión a la granja para participar en la siega del lúpulo e incluso había pensado organizar una salida así. Pero no le quedaría otro remedio que meterse en su corsé más apretado y sentarse por rango en el sombrío comedor enlosado de los Wheaton mientras Daniel y Hugh ayudaban a segar el lúpulo, bebían sidra en jarras calientes y cantaban en los carros durante el camino de vuelta a casa bajo un cielo estrellado y sin ella. Sus recuerdos favoritos del verano no eran los de aquellos actos en sí, ni los de los picnics, los baños en el mar, las tardes de tenis y los partidos de críquet, sino ver a Hugh y Daniel disfrutando de todo aquello y guardar en la memoria el placer de sus rostros y sus risas francas. Hugh cortaría lúpulo una vez más antes de

marcharse a Francia, pensó, y la idea la llevó a presionar el teléfono con más fuerza.

—Que Hugh y Daniel sepan que los espero —concluyó Eleanor.

—Creo que su criado acaba de llegar —dijo Agatha al oír la campana de la puerta de servicio—. Si no le importa, no le haré esperar mientras escribo la respuesta.

—Por supuesto, ya nos han dicho que anda usted muy atareada hoy con las conservas —respondió Eleanor—. Mi madre estaba recordándome que siempre elabora una mermelada de melocotón deliciosa.

—Gracias —dijo Agatha con sequedad. Nunca dejaría de sorprenderle la velocidad con que los chismorreos corrían de casa en casa. En distancias cortas, la palabra de una criada siempre llegaba más rápido que un telegrama—. Ayer la cocinera preparó también encurtidos con mostaza. ¿Quiere que les envíe un poco de ambas cosas?

—Espere un momento..., mi madre quiere decir algo —contestó Eleanor.

Se oyó un murmullo y luego una voz que gritaba como si estuviera al otro lado de un desfiladero:

—Es usted muy amable... Esto es imposible... Nos encantaría...

—¿La ha oído? —preguntó Eleanor—. No puedo convencerla de que se acerque más.

—Dé las gracias a su madre, por favor —dijo Agatha, que estaba segura de que era mejor hablar en voz baja por teléfono que dar gritos desde el otro lado de la estancia pero que sabía que ciertos convencionalismos sociales mantenían una relación inversa con el pensamiento racional—. Les haré llegar de los dos.

Colgó el teléfono y fue a decirle a la cocinera que le diera al criado de lady Emily dos botes lo bastante grandes como para quedar con elegancia pero no tanto como para sugerir una despensa abundante capaz de suministrar reservas cada vez que alguien le lanzaba un cumplido.

Las oficinas de Fothergill and Son estaban instaladas en una casa georgiana con fachada de ladrillo cerca de la estación de tren. Un conjunto de mobiliario de color verde botella con relleno de crin de caballo ocupaba la sala con paneles de madera oscura y Beatrice se esforzaba en no resbalar mientras esperaba sentada en el borde de un sofá con florituras. Los cortinajes tupidos ocultaban la elegancia de los ventanales e impedían que el sol se filtrase. Una gruesa alfombra turca en tonos morados y marrones incorporaba una nota de engreída opulencia. Beatrice empezó a encontrarse mal solo de pensar en la inminente intimidad que conllevaba tener que negociar temas económicos con el alcalde Fothergill, nada menos. Le habría gustado tener la fuerza moral, o el dinero necesario, para declinar su ayuda en la gestión del fondo testamentario. Se abrió por fin la puerta enmarcada en la pared de madera y el alcalde se acercó en silencio hacia ella.

—Me alegro, señorita Nash, de que haya accedido a visitar mi humilde despacho —dijo—. Habría acudido encantado a verla a su casa, pero he pensado que aquí estaríamos más cómodos y sería todo más discreto.

En la nota, en la que le daba a conocer su nombramiento como responsable de la gestión de su fondo testamentario, había sugerido que sería mucho más conveniente así y hacía referencia a la casa de Beatrice como «su habitación alquilada».

—Gracias, señor Fothergill —contestó Beatrice, esforzándose por hacer caso omiso a la sutil punzada que le provocaba su condescendencia.

—¿Le apetece un té?

—No, gracias —respondió, pensando en Perséfone negándose a aceptar comida o bebida de Hades—. No deseo ocuparle más tiempo del necesario. He venido simplemente a conocer los detalles de la propuesta de mi tía para de este modo poderle responder en todos los puntos.

—Estamos encantados de que su familia haya recurrido a nosotros para contratar nuestros servicios —dijo él—. Como uno de los bufetes más antiguos

de la ciudad, no debería sorprendernos que nuestro nombre viaje a otros lugares, pero siempre nos sentimos humildes y agradecidos. —Cuando se puso unas gafitas redondas sobre la nariz y miró a Beatrice por encima de ellas, como si estuviera evaluándola, no transmitió precisamente una sensación de humildad—. Debo felicitarla por sus recursos y sus contactos —continuó—. Es comprensible que desee ser modesta respecto a estos temas. La gente siempre intenta sacar provecho.

Bajó la vista hacia el fajo de papeles que tenía en la mano y recorrió con un dedo rollizo el texto de la primera página.

—No tengo la más mínima intención de que nadie saque provecho de mis circunstancias —replicó Beatrice, confiando en que su interlocutor comprendiera que su tono firme indicaba que a él también lo incluía en esa población.

—Una mujer cuyo fondo testamentario queda liberado única y exclusivamente en caso de matrimonio es un blanco atractivo para todo tipo de aventureros —prosiguió, hablando en tono bajo y conspirativo—. Por mucho que sus fideicomisarios indiquen que sus ingresos serían más de carácter competente que de riqueza de cualquier tipo, es comprensible que pretendan controlarlo adecuadamente.

—Nunca me casaré —dijo Beatrice—. Mi intención es vivir modestamente con mis propios ingresos y solo solicito una cantidad de asignaciones pequeñas, que mi fondo debería permitir, para mantener mi persona con el refinamiento adecuado.

El señor Fothergill se quedó mirándola como si intentara encontrar en ella algún signo de locura. Su tía también la había mirado así cuando Beatrice le había pedido que dejara de presionarla con su coadjutor favorito como pretendiente. Para su tía Marbely era inconcebible que una mujer en su sano juicio rechazara tener marido y, con ello, heredar unos ingresos anuales de varios miles de libras. Beatrice había sido incapaz de convencerla de que la voluntad del coadjutor de aceptarla a pesar, según había dicho, de su edad y de su exceso de educación intelectual, era una indignidad a la que no sucumbiría y que antes preferiría morirse de hambre. Rabiosa, la tía Marbely le había dejado muy claro que el padre de Beatrice se había dejado convencer tanto para la redacción del fondo testamentario como de la conveniencia del enlace con el coadjutor, y que su deseo en el lecho de muerte había sido ver a su hija sana y salva en brazos de un esposo adecuado. Después de haber sobrevivido a la cara furibunda y a los hirvientes insultos de su frustrada tía, y de haber jurado que nunca le daría esa satisfacción, se enfrentaba ahora al ceñudo señor Fothergill con total

ecuanimidad.

—No veo necesidad de supervisión ni de aprobación para cantidades tan pequeñas como las que pretendo —añadió, presionando a su interlocutor.

—Le aseguro que no tengo el más mínimo interés en leer minuciosamente los detalles de los gastos de una sobria vida de solterona —dijo el señor Fothergill. Sin perder su expresión confusa, levantó una mano en un gesto imperioso y movió papeles de un lado a otro mientras preparaba su siguiente línea de ataque—. Pero dentro de los límites sugeridos por el acuerdo, confío en poder proponerle una solución que resulte fácil de aplicar tanto para usted como para mí.

—¿Qué propone usted? —quiso saber Beatrice.

—¿Qué le parece si le propongo que simplemente me presente una lista mensual con todos sus gastos, junto con copias de las facturas de los correspondientes comercios, y le pida a nuestra querida señora Fothergill, mi esposa, que los revise y los apruebe? Ella no solo podría asesorarme, sino que además sería de gran ayuda para usted, sola como está y sin ningún tipo de consejo femenino.

—No puedo cargar a su esposa con esta tarea —replicó Beatrice, horrorizada.

—Ella estaría encantada con esta oportunidad —aseguró el señor Fothergill—. La he sondeado discretamente al respecto y su noble cabeza se inclinó enseguida en un gesto de asentimiento.

—Mis asuntos no son susceptibles de discusión —sentenció Beatrice.

—Le garantizo que mi esposa es la discreción en persona y que no le he mencionado ni su nombre ni sus detalles financieros; simplemente le hablé sobre una pobre joven soltera sin una mano femenina que la guíe. Nosotros no tenemos ninguna hija, ya lo sabe...

—La señora Kent y lady Emily han sido muy amables conmigo —dijo Beatrice.

—Ahí es justo donde quería llegar —señaló el alcalde—. Grandes mujeres, por supuesto, pero a lady Emily no hay que importunarla. —La miró con solemnidad, como si la hubieran sorprendido llamando a diario a la gigantesca puerta de madera de roble de casa de lady Emily para suplicarle consejo y apoyo económico—. Y por lo que a la señora Kent se refiere —prosiguió, y se inclinó hacia delante para adoptar todo el tono conspirador que su barriga le permitía—, mi esposa y ella se criaron juntas, ya sabe, y por mucho que su larga amistad debería refrenarme de hablar, mi responsabilidad fiduciaria me insta a ponerla sobre aviso —sentenció, pasándose un dedo por la nariz.

—No me imagino a qué se refiere —dijo Beatrice—. Tengo entendido que su esposo es un importante funcionario en Whitehall.

—Es una desgracia tener que exponer a tu esposa a tantos años de vida en el extranjero, donde acaba fomentándose un carácter relajado —replicó él—. Mi querida esposa jamás ha salido de los límites del sur de Inglaterra y no pondrá el pie en Londres a menos que yo se lo ordene. El decoro lo es todo para ella.

Beatrice se levantó y recuperó tanto la sombrilla como la compostura.

—Con el mayor respeto, creo que hemos terminado, señor Fothergill —dijo—. Me horroriza que mis fideicomisarios soliciten a un abogado de su categoría que supervise un asunto tan nimio como este y creo que debería usted escribirles de inmediato para rechazar la oferta. —Se puso los guantes con una calma que escondía el deseo furioso de abalanzarse sobre él—. No les diré nada, naturalmente. Son un ejemplo del más elevado nivel de corrección y me temo que verían con recelo su propuesta, por bien intencionada y encantadora que sea.

—Esos londinenses pueden llegar a ser muy rígidos —comentó el señor Fothergill. Frunció el entrecejo y Beatrice comprendió que había conseguido confundirlo—. Pero estoy seguro de que quieren imponer estas condiciones. —Miró de nuevo los papeles y Beatrice vio que le dolía perder los ingresos que la gestión podía aportarle—. Le ofrecen diez libras de inmediato —añadió.

—Tanto usted como yo, señor Fothergill, nos burlamos de sus diez libras —dijo Beatrice—. Nadie puede comprar nuestra integridad por tan poco dinero.

—Cierto, normalmente trato con transacciones mayores —replicó él.

Pero ella estaba diciéndole ya «buenos días» y abandonando el despacho con esa actitud altanera de su tía que era tan capaz de imitar si se veía obligada a ello.

Una vez en la calle, Beatrice temió romper a llorar de frustración. Sin estar del todo segura de que en su casa pudiera disfrutar de la privacidad que buscaba, echó a andar a paso rápido cuesta arriba en dirección a la vieja torre que dominaba las marismas con la esperanza de recostarse en la baranda y refrescar su cara acalorada con la brisa que soplara del mar hasta conseguir recuperar la calma. Apenas era consciente del sonido de pasos a su espalda, pero cuando llegó a la entrada del jardín escuchó un «hola» y se quedó paralizada al ver al señor Poot, el sobrino de Fothergill, que subía jadeante la calle detrás de ella y la saludaba con el sombrero, claramente incómodo y acalorado dentro de un traje de lana de tres piezas. Por un instante, Beatrice albergó la débil esperanza de que el saludo con el aplastado sombrero fuera dirigido a otra persona, pero cuando vio que cruzaba el césped y se secaba la cara con un pañuelo, le quedó claro que

la había seguido desde las oficinas de Fothergill y pretendía hablar con ella.

—Señorita Nash —dijo—, le ruego que me permita hablar un momento con usted.

—Señor Poot, creo que apenas si hemos sido presentados —respondió ella—. No es mi intención ser descortés, pero no es correcto que me aborde de esta manera en la calle.

—Le pido perdón, señorita Nash —replicó él—. Pero creo que podríamos sernos mutuamente útiles y, si me concede unos momentos para poder conversar con usted en privado, creo que saldrá beneficiada.

—Se equivoca, señor Poot —dijo ella—. Le deseo buenos días.

Dio media vuelta y siguió caminando al lado de la baranda, deseando que en el jardín hubiera un par de personas más, aunque fuera una artista pintando en su caballete que pudiera vigilarlos.

—¿Qué le parecería si le dijera que me debe un minuto de su tiempo? —insistió él, sin disimular un gesto de desdén—. Teniendo en cuenta que sus amigos se ocuparon debidamente de que se quedara usted con mi puesto de profesor.

—No sé a qué se refiere, señor Poot —dijo Beatrice, presionando con más fuerza el mango de la sombrilla. Se giró hacia él, su rostro estudiadamente impasible, y vio que guardaba el pañuelo. No pensaba darle la satisfacción de preguntarle qué tenían que ver con ella sus problemas laborales—. Le exijo que me deje en paz —añadió.

Poot se quedó mirándola un buen rato y luego se echó a reír, una carcajada que recordó el ladrido de un perro.

—¿Así que debo suponer que no sabe que los sobrinos de los Kent y ese tal Wheaton me engatusaron aquella mañana para que empinara el codo? —dijo—. ¿Que echaron por tierra todas mis posibilidades?

—Un hombre que está borracho es el único responsable de haber bebido —contestó Beatrice.

—Para oler a taberna basta con que alguien te eche ron en la espalda de la chaqueta —replicó Poot—. ¿Lo considera justo, señorita Nash?

—En absoluto, señor Poot —respondió Beatrice, preguntándose si pretendería interponer una queja y si aún ella podría quedarse sin trabajo. A lo mejor su rostro mostraba su consternación, puesto que Poot volvió a reír.

—Pero no se preocupe, me hicieron un favor —aclaró él—. Mi tío intentó ponerme de profesor para no tener que darme trabajo en su despacho, pero como que no le salió bien la jugada... y aquí me tiene, convertido en su empleado.

—Le aseguro que no sabía nada, señor Poot —dijo Beatrice—. Lo único que deseé siempre fue ser contratada por mis propios méritos.

—Y lo fue, señorita Nash —contestó él, acompañando sus palabras con una leve reverencia—. Y lo único que pretendo es que ahora me escuche unos minutos y me juzgue también por mis méritos.

—Le escucharé, pero si le ha enviado su tío, es una pérdida de tiempo —dijo ella—. Antes me moriría de hambre que someterme a las condiciones irracionales que pretenden los administradores de mi fondo testamentario.

Volvió la cabeza hacia el canal para que él no pudiera ver el rubor de humillación que le cubría la cara. La idea de que también él debía de estar al corriente de las propuestas que acababan de hacerle le resultaba aborrecible.

—Los que vivimos reprimidos de forma injusta por las circunstancias tenemos que soportar a menudo humillaciones —dijo él—. Creo que tendríamos que encontrar la manera de ayudarnos mutuamente.

—¿Y cómo se propone ayudarme? —preguntó Beatrice, que se acercó a una mesita de hierro junto a la que tomó asiento.

—Pidiéndole que me ayude usted a mí —respondió él.

Con mucha prudencia, esperó a que ella le invitara a sentarse y ella le indicó con la mano que tomara asiento. Y así lo hizo él, muy despacio.

—Creo que usted y yo podríamos ser de gran ayuda a nuestro país y a la vez ayudarnos mutuamente —prosiguió él—. ¿Le interesa un trabajo que es quizás más vital e intelectual que los comités de damas y sus obras caritativas?

—Siempre estoy dispuesta a ofrecer mis servicios, señor Poot —respondió Beatrice—. Pero la necesidad de tener un empleo remunerado me impide aprovechar oportunidades más interesantes.

A Beatrice le dolía que donar servicio a la causa a tiempo completo se hubiera convertido en la divisa social de la ciudad.

—En eso estamos igual —dijo él—. Sin las relaciones ni el dinero necesario para engrasar la adquisición de un cargo confortable, he visto a personas mucho menos competentes que yo alcanzar puestos por los que habría dado la vida.

—Todos debemos ayudarnos en todo lo posible —replicó ella—. ¿Sabía que Hugh Grange acaba de alistarse en los Medical Corps? Un hombre competente y un trabajo enriquecedor, ¿no le parece?

—Efectivamente —convino él—. Por fin he sido llamado a filas. —Se llevó la mano al corazón—. Voy a incorporarme a un pequeño grupo de abogados que se encargará de prestar servicio a la gente llegada de Bélgica y a nuestro país recopilando el relato de los refugiados belgas sobre los horrores de la invasión

alemana.

—Me parece maravilloso, señor Poot —dijo Beatrice.

—El relato, una vez recopilado y cotejado, será publicado en forma de informe del gobierno británico y se espera que tenga un peso importante cuando se ponga en la balanza de la justicia contra el káiser.

—¿Y cómo espera que yo pueda ayudarle en esta empresa? —preguntó Beatrice.

—Debo decir que en esta iniciativa para recopilar testimonios no debemos pasar por alto ningún horror ni ninguna brutalidad, no debemos obviar ningún sentimiento ni llegar a ningún tipo de compromiso en aras de la delicadeza —explicó él—. Se lo he dejado claro a todos los belgas con los que me he entrevistado en el albergue, pero no he conseguido su cooperación y, de hecho, todos daban la sensación de ir perdiendo su capacidad para hablar inglés cuanto más los presionaba.

—A lo mejor es que los ha abrumado, señor Poot —observó Beatrice—. Piense que se han visto tan acosados y atormentados por los alemanes que se habrán quedado amedrentados con su evidente autoridad.

—Le dije a la comisión que un uniforme militar los intimidaría mucho más que un bombín —convino—. Pero tal vez tenga usted razón, señorita Nash. A veces me olvido de mi autoridad natural. Es importante saber cómo suavizar la entrada, cómo sonsacar la verdad con insinuaciones y con un poco de mimo y compasión.

—Seguro que cuando les pregunte amablemente... —empezó a decir Beatrice.

—Creo que usted genera una confianza que disuadiría cualquier postura desafiante por parte de ellos —la interrumpió él.

—Tengo toda la fe del mundo en su poder de educada persuasión, señor Poot —dijo ella.

—Además, la realidad es que no todos hablan un buen inglés. ¿Por qué tendrían que hablarlo, al fin y al cabo? Y que mi francés, por muy útil que me resulte, no es..., no sé cómo decirlo, ¿matizado, tal vez? —El furibundo rubor encarnado de la punta de las orejas del señor Poot dejó en evidencia que sabía perfectamente bien que su francés era más rudimentario de lo que aquel trabajo exigía—. Y doy gracias a Dios de que no nos hayan enviado a los flamencos.

—Supongo que hay que dominar bien el idioma —convino Beatrice.

—Pienso que podría servir a su país ayudándome unas horas con este trabajo de tan vital importancia —le explicó el señor Poot—. Ya ve que me pongo totalmente a su merced pidiéndoselo y sepa que por ello estaría eternamente en

deuda con usted.

—Me gustaría que nadie estuviera nunca en deuda conmigo —replicó Beatrice—. Conozco demasiado bien ese sentimiento.

—Para mi tío y mi tía es muy importante que realice bien este encargo —continuó él—. Se insinúa que ofrecerán puestos permanentes en el gobierno a aquellos que obtengan los informes más interesantes —remató, su cara traicionando su ansiedad por prosperar en aquel sentido.

Beatrice lo miró de arriba abajo.

—La propuesta que me ha hecho su tío de controlar mis fondos es inaceptable —dijo. Era un comentario directo y se preguntó si con ello se habría puesto en una situación vulnerable—. ¿Entiende mi posición?

—Ver negado el acceso a la cantidad suficiente de fondos y ser tratado como un niño es degradante —contestó él—. Si me concediera poderes para actuar, le insistiría a mi tío en que un sencillo estado de cuentas por escrito, presentado una vez al mes, sería más que adecuado.

—Ha dicho que debería rendir cuentas ante la señora Fothergill —le explicó ella.

—No, no, sería el trabajo de un simple empleado, nada más —dijo él—. Asumiría yo mismo esa responsabilidad y puede dar por hecho que sería de lo más estricto respecto a no husmear en los detalles de ningún gasto, y me limitaría a informar de que las cantidades son las adecuadas.

—¿Por qué cree que su tío accedería a esta propuesta, señor Poot? —preguntó Beatrice.

—Mi tío se ha sentido muy halagado con el hecho de que unos abogados londinenses tan ilustres se hayan puesto en contacto con él —contestó—. La negativa lo ha dejado abatido, pero considera que su terquedad es insalvable. Si yo regresara ahora explicándole el acuerdo al que hemos llegado, creo que se mostraría dispuesto.

—Le ayudaré, señor Poot —dijo Beatrice—. Ayudar a nuestro país es lo correcto, así como conseguir que nuestros invitados belgas tengan la oportunidad de sacar a la luz todas las maldades que han debido soportar.

—Gracias —respondió Poot.

—Y accederé a que supervise mis cuentas a modo de prueba durante un trimestre —añadió Beatrice.

—Me alegro de poder serle útil y le suplico que confíe en mi más absoluta discreción —replicó él.

—No quiero que nuestro acuerdo se considere como algo que nos tiene en

deuda el uno con el otro, señor Poot —dijo ella.

—Su franqueza es admirable, señorita Nash —señaló él—. Permítame que le diga a modo de réplica que no espero ningún otro vínculo que, quizás, el de la amistad.

—Por desgracia, nuestros asuntos legales hacen discutible cualquier tipo de amistad —contestó ella—. Aunque en realidad no somos ni conocidos, por lo que ninguno de los dos saldrá perdiendo nada si lo mantenemos como una relación estrictamente de negocios.

—Por supuesto —dijo él.

No se le veía satisfecho del todo, pero el alivio de ver que ella aceptaba sus planes debió de superar cualquier ánimo de protesta.

—¿Puedo esperar, pues, que su despacho entregue el prometido cheque de diez libras en mi casa durante el día de mañana? —preguntó Beatrice, levantándose ya para irse.

—Creo que sus fideicomisarios aprobarán nuestro acuerdo, pero debe entender que la redacción de los documentos finales llevará su tiempo y, dadas las circunstancias actuales, es posible que el banco de nuestra ciudad ralentice la emisión de cualquier cheque que reciba —respondió él—. Aunque me parece que sí podré conseguirle dos libras.

—Gracias, señor Poot —dijo Beatrice—. Dos libras me irán muy bien y me armaré de toda mi paciencia a la espera del resto.

Beatrice intentó marcharse de los jardines con un aire de dignidad que no sentía y experimentó una breve punzada de añoranza de su antigua vida, una vida en la que ni ella ni su padre jamás habrían denigrado su integridad por regatear unas monedas. Con el refugio que le proporcionaba su padre, el mundo parecía menos blanco y negro. Aunque también cabía la posibilidad de que siempre hubiera sido gris y ella, simplemente, hubiese sido una ingenua.

Recorrió la calle principal en dirección a la antigua puerta de piedra que marcaba el extremo este de la ciudad, el lugar donde las tiendas daban paso a un agradable paseo que recorría los acantilados por encima de las salinas, con el río abajo y las marismas extendiéndose a lo lejos. Le sorprendió ver al señor Tillingham apoyado en la barandilla de hierro negro. Estaba tan quieto que parecía ralentizar el paso de todo aquel que pasaba por su lado, aunque su inmovilidad desanimaba el habitual gesto con el sombrero de los paseantes y el educado intercambio de rigor; apenas movía la cabeza para saludar a los habitantes de Rye, que se limitaban a rodear su figura y pasar de largo. Beatrice no se habría parado a hablarle, pero su mirada fija y la mano que agarraba un

pináculo de hierro como si pudiera ser de más apoyo que el que le proporcionaba su bastón con empuñadura de plata le provocaron una oleada de preocupación. Se acercó a él y le posó una mano en el brazo.

—¿Se encuentra bien, señor Tillingham? —le preguntó. El señor Tillingham se quedó mirándola como si acabara de despertarse y parpadeó—. ¿Está bien? —insistió.

—No saben lo que está por llegar —dijo en voz baja, como si quisiera recordar para siempre las palabras que pronunciaba—. El encanto de esta tierra estable y antigua, de esta ciudad, no es más que una frágil cortina de gasa.

—¿Necesita sentarse? —Había un banco de madera cerca, protegido bajo un árbol grande, y Beatrice se lo indicó—. ¿Quiere que nos sentemos un momento, señor Tillingham?

—Discúlpeme —dijo él, meneando lentamente la cabeza, el gesto de un perro que agita las orejas al despertarse. Le ofreció el brazo a Beatrice y la guio hacia el banco—. Estaba componiendo unas líneas para un ensayo y me he perdido por completo en mis pensamientos. Cuando estoy pensando puedo ser un maleducado.

Beatrice se mordió el labio para contener una sonrisa y tomó asiento. Se protegió los ojos con la mano para contemplar las marismas, como había estado haciendo hasta ese momento el señor Tillingham.

—Es una vista encantadora —comentó—. La retirada del mar a lo largo del tiempo queda claramente medida y registrada por la erosión de los diques.

—Bien observado, señorita Nash —dijo él. Acercó la mano a la cadena del reloj y jugó con ella como si estuviera pasando las cuentas de un rosario—. Pienso, sin embargo, que bajo la ilusión de este país verde eternamente neutral existe el peligro de la complacencia. A lo mejor somos como el rey Canuto y pensamos que cuando la marea se retira es que hemos triunfado sobre la naturaleza.

—Le veo hoy pesimista, señor Tillingham —observó Beatrice.

—Estaba recordando el gran conflicto norteamericano de mi juventud —explicó él—. No habían transcurrido ni siquiera cien años desde nuestra independencia y estábamos ya destruyéndonos entre nosotros, hermano contra hermano, patriota contra patriota, los campos de trigo bañados con la sangre de jóvenes campesinos, las ciudades arrasadas por el fuego prendido por sus vecinos. —Extrajo del bolsillo un pañuelo de seda y se secó la frente—. Sobre todo recuerdo que lo que empieza con tambores y flautines, banderas y banderolas, acaba transformándose rápidamente en el largo y gris invierno del

espíritu.

—Resulta complicado imaginarse la guerra con un día tan espléndido como el de hoy —dijo Beatrice.

—Sí, pero más allá del perfil del horizonte, la guerra arde con toda su intensidad —rebatió el señor Tillingham, señalando con el bastón—. Me han pedido que componga un ensayo impactante para animar a América a sumarse a nuestra gloriosa causa.

Beatrice eligió con cuidado sus palabras para no desperdiciar la excepcional oportunidad de escuchar al escritor expresando sus pensamientos.

—¿Y qué les dirá?

—Aún no he plasmado mis ideas en palabras —respondió el señor Tillingham—. Temo que mi premonición, esto es, que Inglaterra, soñando bajo el cielo del verano y protegida por el manto de las marismas y las plácidas aguas del canal, acabará enfrentándose a una prolongada oscuridad del alma, no será suficiente para inspirar a la acción. —Siguió jugando con la cadena del reloj y movió la mandíbula, como si estuviera masticando sus pensamientos—. Hay que argumentar si América, viendo que todo lo excelente y antiguo del mundo civilizado está siendo aniquilado, puede aún confiar en construir su propia ciudad resplandeciente.

—¿Tal vez una aproximación menos filosófica? —sugirió Beatrice, temiendo que la afición del señor Tillingham por las frases largas y las elipses no sirviera como llamada a la guerra—. Los periódicos están llenos de historias de bebés atravesados con la bayoneta y campesinos asesinados.

—No podemos vencer combatiendo el derramamiento de sangre y el salvajismo de los alemanes con propaganda barata —rebatió él—. Tenemos que ser fuertes en nuestras convicciones y ceñirnos a la razón puesto que, de lo contrario, perderemos el honor incluso saliendo victoriosos en el campo de batalla. Debo argumentar a favor de proteger a la inocente Bélgica y a la antigua Inglaterra como el crisol de toda la civilización.

—Una visión muy noble —opinó Beatrice—. Me gusta mucho.

El señor Tillingham la miró como si ella acabara de lanzarle un insulto camuflado.

—Ser recibido con los brazos abiertos por las damas siempre es delicado —dijo—. Se corre el riesgo de ser rechazado por las mentes más serias. De ser etiquetado como caballero romántico. Uno aspira a ser leído con seriedad.

—No todas somos frívolas lectoras de novelas inglesas —contraatacó Beatrice.

—Y por otro lado, las damas son las más capaces de enardecer al público con alguna idea —reflexionó—. Creo que preferiría transmitir mi idea principal de un modo lo suficientemente simple como para que el ojo femenino la captara y la convirtiera en la comidilla de la ciudad.

—¿Acaso no todos podríamos abrazar esta causa en concreto? —preguntó Beatrice.

—Estoy seguro de que sí, en cuanto haga la idea más sustanciosa —contestó el señor Tillingham. Reflexionó unos instantes más y añadió, casi para sus adentros—: Tengo que invitar al joven Daniel a cenar para que me ofrezca el punto de vista de la generación más joven.

Beatrice se vio forzada a volver la cabeza hacia las marismas para disimular su decepción. Aquella falta de consideración evaporó su sentimiento previo de preocupación y decidió preguntarle por las cartas de su padre.

—Un trabajo de tanta importancia le consumirá todo su tiempo, señor Tillingham —dijo—. ¿Se arrepiente de haber dejado de lado sus escritos para servir a la causa?

—Se nos exige sacrificio —respondió él—. Tengo un par de proyectos pequeños, lo suficiente para mantener cuerpo y alma conectados, aunque nunca he suscrito la idea de que la austeridad del cuerpo sea buena para el alma, o para las musas.

—Confiaba en poder publicar un librito —le explicó Beatrice—. Cartas de mi padre con un prólogo escrito por mí.

—Ah —dijo el señor Tillingham, mirando con gran concentración una barcaza que pasaba por el río.

—Pero el editor de mi padre le ha encargado el proyecto a otro escritor —prosiguió Beatrice.

—Ah, ¿sí? —replicó él.

La gigantesca carga de carbón obligaba a la barcaza a navegar con la línea de flotación muy baja, un detalle que parecía exigir la concentración absoluta del señor Tillingham para ayudarla a gestionar la maniobra de paso por debajo del puente.

—Se ha quedado con mi manuscrito —añadió Beatrice—. Pero no espera de mí que haga ningún tipo de contribución.

—La escritura de un libro es imposible de compartir —dijo él—. En un par de ocasiones intenté escribir con amigos, escritores publicados y populares también, pero fue un ejercicio injurioso para nuestra amistad.

Permanecieron sentados unos instantes en un silencio que el señor Tillingham

acabó rompiendo con un suspiro.

—Pero, vaya, es posible que yo sea el escritor en cuestión —reconoció.

—Qué extraña coincidencia —dijo ella—. Estoy segura de que me lo habría mencionado de no estar tan ocupado.

—Se me fue de la cabeza —replicó él—. Sí, se pusieron en contacto conmigo por un proyecto como el que menciona y ahora recuerdo que es posible que estuviera vinculado al nombre de su padre. Sí, normalmente no lo habría ni considerado, pero usted me llevó a buscar aquel librito que su padre había escrito y, en consecuencia, cuando el editor me escribió me encontró en posición favorable.

—Tendría que haber sido yo quien lo hubiera escrito, señor Tillingham —aseveró Beatrice—. No tenían derecho a pedírselo a otro escritor.

—¿Otro escritor, dice, señorita Nash?

Levantó una ceja y Beatrice percibió su sarcasmo.

—No pretendo aspirar a situarme en la cima que usted ocupa, señor Tillingham —aclaró—. Pero creo que estoy en una posición única para poder editar la obra de mi padre.

—No es mi deseo pelear por un librito de cartas para el cual el público será simplemente decente, en el mejor de los casos, incluso con mi nombre en portada —precisó él—. Teniendo en cuenta la escala de la presente calamidad internacional, para la cual estamos haciendo todos tanto sacrificio de sangre y lágrimas, sé que compartiré mi desprecio hacia las discusiones vanas.

Se volvió hacia ella y bajó los párpados para emular la humilde mirada de un santo.

—Tiene usted razón —contestó ella—. En momentos tan trágicos como el que vivimos, debería sentirme agradecida por ver que el nombre de mi padre no se considera irrelevante.

—Todos sufrimos la misma ansiedad —dijo él, en un momento de lo que pareció honestidad irreflexiva—. En la guerra, la edad queda barrida por el vigor y el arte se ve aplastado por el sensacionalismo. En nuestra cuidada administración de la obra de su padre, tendríamos que luchar por dar carpetazo a ambas cosas.

—Imagino que utiliza un pronombre plural mayestático —señaló Beatrice—. La gente siempre habla de «nosotros», aunque rara vez me incluye a mí.

—¿Por qué no reflexiona sobre el asunto un poco más, señorita Nash? —sugirió el señor Tillingham—. Si continúa con la misma postura, no tendría ningún problema en declinar la oferta y devolver su manuscrito sin leer. Si,

después de reflexionarlo, me considera el hombre adecuado para realizar ese trabajo, ¿por qué no podría tener yo el honor de utilizar las notas que usted ha redactado para ampliar mi investigación y, tal vez, encontrar luego tiempo para echar un vistazo a alguna de las otras piezas que haya escrito?

Beatrice no dijo nada. Pero tuvo que sofocar la excitación infantil que le provocaba la posibilidad de que un autor famoso se ofreciera a leer su trabajo.

—Y, por supuesto, vendría usted a cenar a mi casa para darme todas sus ideas sobre el tema —añadió el señor Tillingham, levantándose trabajosamente del banco—. Buenos días, señorita Nash.

Le besó la mano con sus labios secos y se marchó hacia la calle principal con su peculiar andar inestable y golpeando el suelo con el bastón con mango de plata.

Beatrice, viéndolo marchar, comprendió que había estado a punto de olvidar su rabia a cambio de un asiento en la mesa de aquel hombre ilustre y sonrió al pensar que el señor Tillingham había estado mucho más cerca de sobornarla que el pobre alcalde Fothergill con sus diez libras. Se preguntó a cuántos jóvenes escritores y artistas habría seducido el señor Tillingham con su fama y su reputación. Se levantó, dispuesta a continuar su recorrido, y se dijo que si le permitía editar el libro al señor Tillingham sería por el bien del legado de su padre, no por la oportunidad de convertirse en una joven protegida más del escritor. Pero, de camino a casa, no podía quitarse de la cabeza la posibilidad de ser acogida en un círculo tan afortunado como aquel.

En las marismas, el sol abrasaba la espalda de Snout mientras permanecía agachado junto al acero bruñido de las vías del tren. Los leños oscuros que anclaban la vía al suelo irradiaban calor y el sudor le apelmazaba el pelo y le goteaba por el pecho. Había poca sombra. Unos cuantos arbustos y zarzales separaban las vías de los campos. Los grajos que anidaban en los arbolitos se acercaron volando hasta él y empezaron a graznar en su idioma airado y a picotear el suelo con las alas negras extendidas, como si intentaran sacudir un chubasquero mojado. A menudo, cuando tenía el cubo lleno, se retiraba un rato bajo alguno de aquellos arbustos de hojas finas y trémulas, majuelos en su mayoría, para descansar y aspirar el olor de la ceniza encendida que proyectaban los trenes al pasar y que había quemado grandes círculos de hierba y transformado las ramas de los árboles en carbón.

Tenía la sensación de que aquel verano él era el único que recogía el carbón y

el coque que soltaban los trenes. Se preguntaba por la poca memoria de aquellos que solo pensaban en recorrer las vías cuando los campos se quedaban helados y el precio del carbón subía. Su padre le pagaba un penique por cada cubo de combustible que pudiera incorporar a la carbonera de la herrería. Pero Snout se guardaba para él un tercio de cada cubo que recogía y lo almacenaba de cara al invierno, cuando las señoras de la ciudad que lo llamaban desde las ventanas le daban una moneda de dos peniques a cambio de vaciar uno de sus cubos por el ventanuco del sótano de las casas. Con el precio del carbón en aumento, albergaba esperanzas de ganar más dinero este año. Su almacén era una antigua tejonera en una ladera escarpada, justo donde el tren pasaba por encima de un riachuelo. El agujero quedaba escondido por unos zarzales y, como los trenes pasaban solo unas pocas veces al día, estaba a salvo de los ojos de los mirones.

El último verano había contratado a un par de niños pequeños para que le ayudaran a recoger a cambio de pagarles medio penique el cubo. Pero eran perezosos y siempre andaban quejándose. Uno de ellos, insatisfecho con el medio penique que le había dado a cambio de un cubo a medias que había tardado horas en llenar, había ido a buscar a su padre, que había amenazado a Snout con darle un tirón de orejas si no le pagaba más. Snout le había entregado rápidamente una moneda de dos peniques pero, como era de esperar, el padre le había arreado un bofetón de todas formas y lo había amenazado con ir a buscar a los responsables del ferrocarril.

Los negocios eran así de caprichosos. Pero Snout no se obsesionaba con sus fracasos sino que se concentraba en la riqueza que estaba acumulando y que guardaba en un bote de cristal debajo de una tabla de madera suelta bajo la cama y cuya existencia solo conocían él y su hermana, Abigail, que era capaz de guardar un secreto mucho mejor que cualquier adulto. No jugaba nunca con el bote, ni lo saqueaba para tener dinero para comprar caramelos, ni aspiraba a convertir las monedas en botones dorados para un chaleco como hacían los parientes de su bisabuela. Se limitaba a levantar la tabla de vez en cuando, desenroscar la tapa y guardar más monedas para cuando llegara el día de marcharse de Rye.

No tenía intenciones de quedarse allí y seguir el ejemplo de su padre, que había empezado a trabajar en la herrería cuando se casó con la madre de Snout. Su padre era el hombre que mejor ojo tenía para los caballos en todo el condado y en los establos que había detrás de la herrería siempre solía haber algún buen picazo de raza gitana, con su crin abundante y sus patas peludas, a la espera de ser vendido. Tenía facilidad para hablar con dulzura a los caballos y para

convencer a los compradores de que sabían ver a la legua un buen caballo y, como solo vendía caballos de calidad, nunca había tenido problemas. De modo que la gente estaba contenta con él y su reputación se había extendido, pero Snout sabía que las recomendaciones llegaban a veces acompañadas por ciertos recelos y por un murmullo sobre la ascendencia romaní de su padre.

Veía también que su bisabuela nunca se acercaba a su casa. La veía caminando por la calle con su cesta de brezo blanco de la suerte, llamando a todas las puertas excepto a la de la casita contigua a la herrería. La familia de su nieto no le ofrecía ni un vaso de agua ni una silla a la sombra. Si Snout se cruzaba con ella por la ciudad, la adelantaba y ni se miraban. Era la vergüenza que le provocaba aquel acuerdo tácito, más que las burlas de los demás, lo que le empujaba a querer marcharse de allí.

Se imaginaba como propietario de un negocio en una ciudad próspera donde pudiera ser respetado, e incluso le había prometido a Abigail que cuando estuviera asentado la iría a buscar para que se ocupase de él. Pero ahora que la señorita Nash le había contado lo de las becas, sus planes habían adquirido un nuevo sentido de urgencia impulsados por aquella posibilidad real. Se oyó el silbido de un tren y el traqueteo de una locomotora negra, que apareció escupiendo vapor y ceniza y arrastrando vagones de madera pintados en azul y rojo, las ruedas rechinando sobre las vías de acero. Cuando el tren hubo pasado, Snout cruzó tranquilamente al otro lado y recogió un grajo que el tren había dejado inconsciente. Los grajos jamás aprenderían la lección. Los maquinistas se paraban incluso a recogerlos, pero el tren de hoy había pasado de largo y Snout sabía que su padre nunca ponía mala cara a un pastel de grajo para cenar.

Agatha Kent estaba atareada abriendo todas las ventanas del estudio del jardín del señor Tillingham para airearlo antes de que empezara la reunión semanal del comité de asistencia a los refugiados belgas. Como secretaria del comité, procuraba siempre llegar temprano para supervisar los sándwiches y la tetera. Las demás damas del comité afirmaban no tener la paciencia necesaria para desempeñar un trabajo de tan poca categoría como tomar las notas de la reunión y pedir los sándwiches. No entendían que un puesto como aquel implicaba el control completo del comité, tanto en la disposición de las sillas como en sus decisiones y planes, todo lo cual Agatha tenía total libertad para desempeñar y dirigir durante el pequeño espacio de tiempo que quedaba entre tomar notas y transcribir, para que quedase constancia de todo.

—Esa silla de teca con el respaldo alto tallado debería colocarse justo delante de la del señor Tillingham —dijo, ordenándole al empleado del señor Tillingham que instalara el nudoso trono, la reliquia de algún viaje al Extremo Oriente del anterior propietario de la casa y el asiento favorito de la señora Fothergill, lo más alejado posible—. Perfecto, gracias.

Dejó su chal en una silla a la izquierda del lugar del presidente y un par de guantes de color crema en la silla de la derecha, reservándola de este modo para lady Emily. Cogió entonces un atomizador de agua de lavanda que llevaba en el bolso y roció discretamente las cortinas. La sala, que todas las tardes utilizaban como club los refugiados belgas, tenía siempre el característico olor acre a humo de tabaco negro de pipa.

Miró por la ventana y vio que en el jardín aún quedaban pequeños grupos de refugiados. La joven Celeste, que parecía haber asumido la responsabilidad del buen desarrollo de las veladas, estaba sentada a la sombra de un árbol leyendo un cuento a un corrillo de niños. Agatha admiraba la tranquila elegancia con que la chica se mostraba siempre dispuesta a leer, a redactar la correspondencia de aquellos que necesitaban un escribiente o a cruzar el césped para rellenar jarras con agua de limón y repartir las bandejas de pastelitos donadas por las damas de

la ciudad. Cuando había un momento de descanso, siempre parecía recurrir al mismo taburete, instalado al lado de su parlanchín padre. El profesor ignoraba la presencia de su hija hasta un punto que a Agatha le parecía inexcusable, pero la chica parecía satisfecha con esa actitud y lo escuchaba sin levantar la vista y tejiendo gorros y chalecos para los niños belgas con la lana retorcida extraída de viejos jerséis procedentes de donaciones.

Justo debajo de la ventana del estudio, el señor Poot y Beatrice Nash estaban sentados detrás de una mesa terminando una de sus entrevistas con un refugiado de edad avanzada. El señor Poot pasaba por allí la mayoría de las tardes para meter la nariz, con su traje negro y su bombín, y agobiar a los refugiados en busca de relatos para llenar titulares de la prensa sensacionalista. De no ser porque Beatrice le había pedido su colaboración, Agatha ya le habría parado los pies. Y ahora, mientras observaba la escena, el anciano belga aporreó la mesa con su bastón, se levantó y se marchó dejando a sus espaldas un reguero de palabras malsonantes.

—No sé si esta última parte podré traducirla muy bien —oyó Agatha que decía Beatrice. Estaba intentando ser recatada—. ¿Ha entendido usted el quid de la cuestión?

—¡Ya estamos otra vez con las cabras! —exclamó el señor Poot, levantándose un momento el sombrero para secarse la frente con un pañuelo—. Estoy intentando recopilar atrocidades y lo único que quiere esta gente es que tomemos debida nota del tamaño de sus cabras de cara a posibles indemnizaciones.

—Por lo visto, este señor tenía un ejemplar muy grande y con una excelente reputación como semental —comentó Beatrice.

—No le veo la gracia —replicó el señor Poot.

—No, es que no la tiene —dijo Beatrice—. Sé que esto no puede calificarse exactamente de atrocidad, pero hay que pensar que esta gente lo ha perdido todo. Para usted y para mí no son más que unas cuantas cabras, pero para ellos representan toda su riqueza, todos sus ingresos.

—Dos cabras hembra, un macho cabrío, cuatro sillas de madera, tres cacerolas, una manta de algodón y un crucifijo de madera —enumeró el señor Poot—. ¿Me olvido algo?

—Y nada de hordas alemanas, me temo —contestó Beatrice, repasando las notas que había tomado.

Empezaron a guardar los papeles y Agatha decidió inspeccionar los sándwiches una última vez.

Los miembros del comité empezaron a llegar cuando los belgas se fueron y

Agatha se dirigió entonces a la puerta abierta para dar la bienvenida a la procesión de sombreros en gesto de saludo que enfilaban el camino para acceder al jardín del señor Tillingham. Una sombra en una ventana de la planta alta sugería que el señor Tillingham estaba observando la escena. Prefería hacer su entrada cuando todo el mundo hubiera llegado. Agatha tenía la impresión de que le encantaba entablar conversación y repartir saludos cuando sus interlocutores tenían la boca llena de sándwich de pepino.

—Confío en que se haya asegurado de que el té sea un poquitín más flojo hoy —dijo Bettina Fothergill, subiendo las escaleras bajo uno de sus absurdos sombreros y mirando a Agatha con mala cara, como si la intensidad del té dependiera de ella—. La semana pasada estaba demasiado fuerte y caliente para el tiempo que hace y de camino a casa me encontré mal.

—Encantada de volver a verla, Bettina —contestó Agatha.

—El té fuerte irriga las venas y abre la mente —comentó Alice Finch, que apareció detrás con su amiga Minnie Buttles cogida del brazo—. ¡Té más fuerte y corsés más débiles, señora Fothergill!

—Jamás había oído semejante tontería —replicó Bettina Fothergill. Miró de arriba abajo el conjunto de Alice, compuesto por un traje de chaqueta de franela con falda ceñida, chaleco a rayas y sombrero de paja de aspecto masculino, antes de seguir adelante hacia la mesa del té, murmurando—: Como si necesitáramos mujeres más sueltas.

—Me alegro mucho de verlas a las dos por aquí —dijo Agatha, estrechando la mano a la señorita Finch y a la señorita Buttles—. Me han dicho que están dando ustedes pasos de gigante con las aportaciones.

Ir puerta a puerta para conseguir una aportación semanal para ayudar a los refugiados belgas era una tarea crítica a la que las damas del comité habían puesto mil excusas. Agatha había invitado a las dos señoritas a formar parte del comité con el único objetivo de fastidiar a Bettina Fothergill, que echaba chispas en su presencia, como si ansiara denunciarlas por alguna cosa y sin saber exactamente por cuál, pero luego, cuando se habían responsabilizado de gestionar las aportaciones semanales a la causa, se habían convertido en los miembros más provechosos para Agatha.

—Al final, la gente se muestra muy generosa —explicó Alice Finch—. Aunque siempre hay aquellos que fingirían ser pobres incluso delante de san Pedro de creer que podrían salir airosos.

—Me temo que algunos no podrán permitirse la generosidad de la que han hecho gala —añadió Minnie Buttles con cara de preocupación mientras jugaba

con una cinta del corpiño de un voluminoso vestido de tarde confeccionado con muselina con un estampado floral—. Las señoritas Porter han acogido a las monjas y, con todo y con eso, han insistido además en aportar seis peniques semanales.

—He mantenido una larga conversación con el padre de Minnie, de modo que he trazado más o menos un mapa para ver quién tiene ingresos. —Extrajo un papel doblado del interior de una carpeta de piel, lo desplegó y lo alisó encima de una mesa—. Un buen vicario siempre sabe quién pone qué en el cepillo de los domingos.

—¿No me dirá que ha confeccionado un mapa de verdad? —se asombró Agatha.

—Ningún general competente pone en marcha una campaña sin antes inspeccionar el campo de batalla —respondió Alice. El mapa de la ciudad mostraba flechas con las principales viviendas y minúsculas notas al margen detallando ocupantes y sus circunstancias—. Esta tarde estamos realizando una segunda incursión por Rye Hill. Algunos de sus vecinos se muestran muy astutos y no están en casa, señora Kent, pero Minnie ha preparado pequeños botes de mermelada de ciruela que pensamos emplear a modo de caballo de Troya.

—Dios mío, habrá que procurar que este mapa no caiga en manos de los alemanes —exclamó Agatha—. De hecho, sugeriría no enseñarlo a la totalidad del comité. Su excelencia se basa en su secretismo, ¿no es eso?

—Creo que tiene razón —convino Alice, que dobló de nuevo el documento y lo guardó—. Seguiremos mostrando un perfil modesto en cuanto a nuestras contribuciones y mantendremos silencio respecto a nuestros métodos. ¿Vamos a buscar un sándwich, Minnie?

—Sí, por favor —contestó Minnie—. Le pediré a la señora Fothergill que me recomiende una selección de entre los muchos que está probando.

Lady Emily llegó con dos dachshunds correteando entre sus tobillos. Estaba acalorada y enojada y bebió un vaso de agua de pie y sin quitarse siquiera los guantes.

—Estoy tan agotada que creo que me voy a desmayar —le dijo a Agatha—. No puedo descansar ni un momento.

—¿Qué tal van los planes para el hospital? —le preguntó Agatha.

—Ya estamos listos para recibir pacientes, pero ha aparecido un inspectorcillo engreído del cuartel general que ha tenido la desfachatez de decirme que tienen superávit de hospitales para oficiales —le explicó lady Emily—. Me ha pedido que considere la posibilidad de albergar a tropas regulares o tal vez a indios u

otros heridos de origen colonial.

—Imagino que nuestro deber se extiende a todo aquel que sirve al rey y al imperio —observó Agatha.

—Pero, aun así, no veo por qué tienen que venirme con imposiciones —replicó lady Emily—. Como le he dicho al mayor Frank, el director, hay en la lista mansiones más antiguas y llenas de corrientes de aire que parecen mucho más adecuadas para quienes están acostumbrados a las privaciones. Confío en que llegue la aprobación.

Se quitó los guantes y empezó a abrir sándwiches de jamón para darles el jamón a los perros.

—¿Y qué tal está Eleanor? —preguntó Agatha—. Lo siento muchísimo por ella.

—Está preocupada por Otto, claro está, pero le hemos asegurado que nadie cree que toda esta tontería sea culpa de familias alemanas con tanta tradición como la de él.

—Seguro que no —dijo Agatha, intentando disimular una sonrisa—. Aquí llega Beatrice con el té. ¿Le apetece una taza?

—¿Dónde está el señor Tillingham? —preguntó lady Emily. Cogió una taza y un platillo de Beatrice y echó dos terrones de azúcar en el té.

—A lo mejor está todavía escribiendo —respondió Beatrice—. Sé por mi padre que a veces, cuando estás en pleno flujo creativo, se pierde la noción del tiempo.

—Démosle, pues, el beneficio de la duda —dijo lady Emily—. Aunque no alcanzo a comprender por qué el arte no podría convivir en armonía con las buenas maneras.

El señor Tillingham hizo su entrada justo después de que llegara su ama de llaves con otra bandeja de sándwiches.

—Me alegro de que hayan venido. Vengo corriendo de trabajar, como pueden ustedes ver.

Llevaba una corbata azul y granate con el nudo flojo a juego con el traje y sacó del bolsillo de la chaqueta un pañuelo de gran tamaño y les mostró las manos, como si estuvieran manchadas con la tinta de su profesión. Pero como dictaba todo su trabajo a su secretaria, tenía las manos limpias y rosadas y el pañuelo estaba recién almidonado, en absoluto arrugado por las agonías del poeta. Aun así, las señoras se congregaron a su alrededor con expresión ansiosa y el señor Tillingham les ofreció un resumen de su trabajo en Londres por la causa nacional de la ayuda a los refugiados belgas, para la cual había recibido de

sus limitadas arcas varios estipendios antes de que Agatha se pusiera firme y les recordara su deber para con los refugiados. Con cierta dificultad, llamó al orden al comité.

Los planes de captación de fondos del comité de asistencia a los refugiados belgas con la organización de una *Grand Fête* y un desfile acabaron desembocando en un proyecto que se convirtió en otra guerra. Para los actos de la jornada, se habilitaron tanto las salinas como el campo de críquet donde se desplegaría, además de los habituales puestos de venta, juegos, paseos en poni y comida, un campamento militar completo. Dos escuadrones integrados por los más recientes reclutas del coronel Wheaton exhibirían sus habilidades en construcción de trincheras y ejercicios de infantería, los Royal Army Medical Corps se habían comprometido a enviar una ambulancia de campaña que operaría bajo las órdenes de Hugh y los Boy Scouts realizarían una exhibición de sus habilidades, además de encargarse del mantenimiento del conjunto de letrinas más grande que se hubiera visto jamás en Rye. Agatha había corrido el riesgo calculado de pedirle a Bettina Fothergill que se hiciera responsable del desfile. Como esposa del alcalde, habría pedido a buen seguro un lugar destacado en la procesión y asignarle esa responsabilidad había garantizado que el ayuntamiento concediera permiso para todo, desde cavar agujeros hasta servir cerveza y champán en las tiendas.

—Y detrás de la banda de música de la ciudad, los exploradores y la locomotora tirada por caballos, estábamos pensando en que desfilaran colegialas vestidas de blanco y descalzas, con el pelo suelto y coronas de crisantemos blancos —explicó Bettina.

—¿No cree que si las niñas tienen que ir descalzas sería mejor que desfilaran delante de los caballos? —preguntó Alice Finch con una sonrisa.

—Si no se toman todo esto en serio... —dijo Bettina.

—La señora Fothergill siempre puede recomponer el orden del desfile más adelante —apuntó Agatha—. O incorporar tal vez botas de agua. —Beatrice casi se ahoga de la risa detrás de su pañuelo y Agatha la miró muy seria cuando añadió—: Me temo que no podremos evitar los caballos.

—A continuación nuestros dignatarios desfilarán en automóviles, pero de lo que no estoy segura es de si tendrían que representar algún papel o simplemente desfilan como ellos mismos —prosiguió Bettina—. ¿Se ve usted como Shakespeare, señor Tillingham?

La pregunta dejó desconcertado al señor Tillingham, que estaba distraído.

—Bien, creo que no sería adecuado... Me refiero a que habría otros, no este simple escritor que...

—En el desfile, señor Tillingham —le explicó Agatha, tranquilizándolo con unos suaves golpecitos en la mano—. ¿Quiere desfilas con gorguera y medias?

—Santo cielo, no —contestó Tillingham.

—Y luego tenemos a Boudica, a la reina Isabel con sir Walter Raleigh, y a Nelson, todos ellos a bordo de carros decorados con laureles y tirados por ponis —continuó Bettina.

—A lo mejor yo me podría vestir con gorguera y medias y representar el papel de sir Walter —dijo Alice, aún sonriendo por la entusiasmada presentación de Bettina—. Minnie tiene el cabello ideal para representar a la Reina Hada.

—Creo que sin duda podría representar bien a sir Walter tal y como aparece descrito normalmente, con barba y bigote —dijo con dulzura Bettina—. Pero me temo que al vicario no le gustaría ver a su hija asociada con una irregularidad tan extraña como esta.

—Es un desfile de disfraces, ¿no? —cuestionó Alice entrecerrando los ojos, y Minnie la calmó posándole una mano en el brazo.

—Personalmente creo que los disfraces y las representaciones teatrales están concebidos para permitirnos tontear con vestimentas indecentes sin temor a ser condenados al ostracismo —dijo lady Emily—. No creo, mi querida Bettina, que haya ninguna necesidad de calificar de extraña la sugerencia de la señorita Finch.

La estancia se quedó en silencio.

—No, por supuesto que no, lady Emily —contestó Bettina—. Pero le aseguro que todos nuestros disfraces serán de un gusto exquisito y totalmente respetables.

—Bien. ¿Si pudiéramos pasar al final del desfile? —dijo lady Emily.

Con expresión humillada, Bettina Fothergill cogió un bloc de dibujo grande que tenía detrás de la silla y mostró a la audiencia un elaborado dibujo a pluma.

—Britania en persona, sentada en un trono dorado, rodeada de representantes de Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales, y protegiendo en sus faldas a la doncella inocente de Bélgica.

Hubo una pausa general ante la escala tanto de la idea como del dibujo. Bettina se puso colorada a medida que se prolongaba el silencio.

—¿De dónde vamos a sacar un carro tan grande? —preguntó muy despacio Alice—. No es una crítica, en absoluto.

—Lo de los seis caballos blancos me gusta —dijo lady Emily—. Pero no tengo conciencia de que en el condado puedan alquilarse tantos ejemplares de este tipo. El ejército se ha hecho ya con muchos.

Bettina estaba dolida. Fue como si su cara alargada se estirase y sus ojos adquiriesen un marcado sesgo de tristeza, como los de un perro sabueso. Por el rabillo del ojo, Agatha vio que Beatrice empezaba a esbozar un gesto con la boca.

—Díganos quién representaría a su Britania y sus doncellas —preguntó Minnie Buttles, incorporando su dulce compasión a la conversación—. ¿No cree que la señorita Nash sería una preciosa rosa roja de Inglaterra que contrastaría con el blanco níveo de la Bélgica de la señorita Celeste?

—La señorita Nash estará completamente ocupada con el desfile de sus alumnos de latín —contestó con brusquedad Bettina. Agatha suspiró al ver que la compasión se marchitaba al chocar contra aquel pecho pétreo—. Seleccionaré a las doncellas en base a su respetabilidad y su capacidad para adquirir su vestido de seda blanca —continuó—. Nuestro acto de patriotismo más elegante debe estar representado solo por las mejores.

Agatha admiró a Beatrice Nash, que se negó a mostrarse afectada en lo más mínimo. En sus labios flotaban numerosas respuestas mordaces, pero no las pronunció. Confiaba en que Beatrice comprendiera que la ventaja estratégica residía en animar a Bettina a seguir adelante con sus dislates. La grandiosidad del colofón del desfile era la excusa perfecta para mantenerla ocupada y, si fracasaba, su derrota sería mucho mayor.

—Creo que esto es un triunfo —declaró Agatha. Hubo un silencio satisfactorio a su alrededor—. Tengo toda mi fe depositada en que la señora Fothergill realizará un esfuerzo hercúleo para sacar adelante sola esta enorme tarea.

—Gracias —dijo Bettina.

—Y espero, querida Bettina, que usted, personalmente, nos bendiga representando a Britania —añadió Agatha.

Bettina estaba tan absurdamente agradecida que a Agatha le pareció casi injusto.

—Iba a sugerir pedirle a Ellen Terry que la representara —dijo la alcaldesa—. Pero si insisten...

—¡Insistimos! —proclamó Agatha, pidiendo una pequeña ronda de aplausos y embargada por una sensación de victoria.

Bettina Fothergill se ruborizó como una niña.

Cuando el comité se dispersó entre la intensa fragancia del jardín al atardecer y las sombras alargadas de los sombreretes de las chimeneas, Beatrice se quedó con Agatha en la puerta del estudio hasta que el último sombrero pasó por debajo del arco de la verja de entrada al jardín.

—Siento lo de la señora Fothergill —dijo Agatha—. Puede llegar a ser tremendamente irreflexiva.

Le habría gustado poder añadir algo más, ofrecerse para ayudar a Beatrice en la adquisición de un vestido de seda en el caso de que deseara representar a una de las doncellas, pero por instinto sabía que un ofrecimiento así a una joven tan independiente como ella resultaría tan humillante como cualquiera de los insultos directos de Bettina.

—Intento encontrarle la gracia a su falta de sutileza —contestó Beatrice—. La pobre señora Fothergill tiene tan poco que hacer frente a sus poderes de diplomacia que casi me da lástima —dudó unos instantes antes de añadir—: Pero no entiendo de dónde sale una enemistad tan particular como esta.

—Estuve prometida a un hombre que ella admiraba —le explicó Agatha—. Pero mi prometido murió y, a pesar de que me ausenté durante un tiempo, nunca hemos logrado superar nuestras rivalidades de la infancia.

—Lo siento mucho —dijo Beatrice, y su expresión se relajó de tal modo que invitaba a seguir con las confidencias.

Agatha se regañó a sí misma por haber sacado a relucir historias antiguas que no tenía ninguna intención de repetir.

—Ahora que estamos en guerra debo esforzarme en ser generosa con ella —continuó—. No albergo esperanzas de que Bettina vaya a seguir mi buen ejemplo, pero al menos la tendré lo bastante confusa como para que nosotras podamos aprovecharnos de las circunstancias.

No hay nada más satisfactorio que ayudar realizando trabajos de verdad, como este —dijo Eleanor Wheaton. Eleanor, Celeste y Beatrice estaban cómodamente sentadas en sillas bajo la sombra de un roble, separando el lúpulo de las hojas—. Te sientes conectada con la tierra.

Eleanor, que para la ocasión llevaba un vestido de algodón rosa y blanco digno de la campesina de una opereta, estaba fresca y serena, como si arrancar lúpulo no se diferenciara en nada de bordar con hilo de seda. Sus dedos enguantados trabajaban con agilidad y las flores de lúpulo caían sin cesar de su delantal a la arpillera extendida en el suelo. Celeste estaba también concentrada y tranquila, aunque separaba el lúpulo con más delicadeza, como si estuviera apartando mariposas de una flor. Para Beatrice, era una tarea frustrante: los arañazos de las viñas, el olor verde amargo de los brotes, la savia húmeda que manchaba los guantes. Arrancaba y tiraba y se agachaba para ir cogiendo más hojas de la montaña de lúpulo que tenía a sus pies.

—No hay nada más satisfactorio que trabajar por libre elección, no por obligación —dijo, sintiéndose irascible mientras intentaba secarse el sudor de la mejilla sin que ni una gota de aquella savia urticante le rozara la piel—. Dudo que el trabajo en una granja sea muy divertido para aquellos que tienen que ganarse la vida trabajando en las distintas cosechas.

—La recolecta del lúpulo la espera todo el mundo con impaciencia —replicó Hugh, depositando una nueva brazada de vides detrás de la silla de Beatrice. Llevaba la camisa manchada y abierta por el cuello y la mirada de Beatrice capturó el hueco que se formaba en la clavícula. Las mangas ondearon por encima de las manoplas de cuero cuando movió una mano para abarcar el campo—. Es una fiesta para las familias de Londres y para las mujeres del campo supone poder adquirir un abrigo de invierno para un niño. —El ambiente festivo parecía haber invadido el campo de lúpulo. Las mujeres chismorreaban entre las plantas, los niños jugaban en los alrededores y las hogueras para cocinar de las toscas cabañas de madera de la orilla del río proyectaban penachos de humo.

Bajo el resplandor del sol, grupos de hombres, mujeres y niños de más edad seguían las hileras de vides y recogían sus frutos cantando. Los otros jóvenes del grupo, Harry Wheaton, Daniel y Craigmore, el amigo de Daniel, cortaban vides como el que más. Hugh volvió la cabeza hacia el campo y Beatrice captó una breve sombra en su rostro—. No puedo evitar preguntarme cuántos de los jóvenes que están hoy aquí cosechando estarán presentes el año que viene —dijo, pero tan bajito que Beatrice dudó que quisiera expresar aquel pensamiento en voz alta y sintió un escalofrío a pesar del calor de la tarde.

—La verdad es que si viviéramos de nuestro talento para la cosecha, nos moriríamos enseguida de hambre —comentó Eleanor—. Pero sumarse a las labores en vez de limitarse a pasear y mirar, como una reina con sus campesinos, siempre sienta bien.

—Los campesinos están especialmente impresionados porque este año les hemos traído al hijo de un conde —señaló Hugh.

Se hacía difícil no admirar al joven y fuerte vizconde, pensó Beatrice. Craigmore se comportaba con una buena educación espontánea, sin la más mínima pizca de arrogancia, y sus mejillas sonrosadas aportaban un toque de humildad infantil a su mandíbula potente y su mata de cabello rubio. Viéndolo ayudar a una anciana a cargar un saco enorme de lúpulo en un carro, Beatrice se vio obligada a considerar que con la resplandeciente imagen de juventud dorada de Craigmore, la nobleza de Inglaterra podía encontrar argumentos en defensa del pedigrí que ella no había visto ni por asomo en los atrofiados remanentes de la familia Marbely.

—Y, a diferencia de Harry, no intenta competir con los chicos locales ni atosigar a las chicas —comentó Eleanor, mirando a Harry, que estaba cortando las ramas más altas con el salvajismo de un pirata—. Mi hermano siempre tiene que intentar ganar —añadió—. Es de lo más irrazonable.

—Todos los jóvenes intentamos ganar —observó Hugh—. Por eso prefiero no entrar en el juego. —Beatrice no pudo evitar una risilla ante aquel comentario. Hugh se quedó confuso y, frunciendo el entrecejo, añadió—: No pretendo dar a entender con esto que mi pericia es superior. Sino que simplemente entiendo, como hombre de ciencia que soy, que no soy inmune al afán competitivo de la juventud.

Daniel y Craigmore dejaron a Harry Wheaton con sus labores y se acercaron al árbol cargados con más material.

—Habría que ir a buscar bebidas frías enseguida —dijo Eleanor al verlos llegar—. Daniel, ve a buscar al criado. Debe de haber puesto las botellas a

refrescar en algún punto del río.

—Hugh, sé un caballero y ve tú, ¿de acuerdo? —repuso Daniel. Se quitó los guantes y extrajo del bolsillo un pequeño cuaderno—. Tengo que anotar unas líneas que me están bailando en la cabeza.

Se dejó caer en el suelo, se tumbó boca abajo y empezó a escribir con un lápiz mordisqueado.

—A Daniel siempre le entra la inspiración cuando alguien sugiere trabajar de verdad —comentó Hugh.

—En Florencia, se planteó muy en serio alquilar una silla de ruedas para que lo subiesen montaña arriba y poder terminar una *villanella* —explicó Craigmore con una sonrisa—. Yo me ofrecí a partirle una pierna para que no quedara tan ridículo.

—No os estoy escuchando —dijo Daniel.

—La pereza inherente de los creativos —señaló Hugh.

—Te aseguro que es solo cuestión de los poetas —alegó Craigmore—. Nosotros, los artistas, siempre estamos más que dispuestos a arrimar el hombro.

—Vuestras tonterías me están desconcentrando más que esos cánticos tan horribles —se quejó Daniel—. Iré yo a buscar los refrescos, solo para poder disfrutar de un momento de paz.

—Te acompañaré por si acaso te tropiezas con un soneto por el camino —dijo Craigmore.

Los dos jóvenes emprendieron camino hacia los meandros del río, intercambiando algún que otro empujón mientras saltaban por encima de la hierba crecida y sorteaban matas de cardos. Beatrice no pudo por menos que admirar lo bien que llevaban su amistad, como si fueran aún un par de chiquillos, sin las dudas ni las vergüenzas que ella sentía como mujer. Podía argumentar que era debido a que los chicos eran menos perceptivos, a que le daban menos vueltas a la negociación social, pero aun así envidiaba la facilidad con que trotaban ladera abajo, sin ningún otro pensamiento que la tarea que tenían en aquel momento entre manos y el poder disfrutar de su mutua compañía.

—Me gusta Craigmore —comentó Eleanor—. No es tan estirado como su padre, que aterroriza a todos nuestros criados solo con la mirada.

—Debe de ser un esfuerzo recibir invitados y a la vez preparar la casa para albergar el hospital —dijo Beatrice—. Su madre debe de estar agotada.

—El mayor Frank, el responsable del hospital, sugiere constantemente lo mismo —contestó Eleanor—. Pero mi madre le ha garantizado que seguirá defendiendo infatigablemente su iniciativa.

—El mayor se habrá quedado tranquilo, entonces —dijo Hugh, riendo.

—La verdad es que tendría que darme lástima —replicó Eleanor—. Pero tartamudea de tal modo cuando llego yo, que estoy del todo segura que piensa que mi matrimonio con Otto me convierte en una espía.

—Entre tú y esa niñera alemana formáis una pareja terrorífica —apuntó Hugh.

—A Harry le gusta provocarlo y encarga a Fräulein que lleve todas nuestras cartas a correos —explicó Eleanor—. La hace pasar justo por delante de la ventana del despacho del mayor y la verdad es que esa mujer tiene la curiosa costumbre de andar con todas las cartas pegadas al pecho, como si fueran un secreto.

—Nadie tendría que poner en duda de qué lado están sus lealtades —dijo Beatrice—. Ese hombre tiene que ser un idiota redomado.

—Naturalmente, jamás cometería la tontería de enviar o recibir nada de importancia estando en casa de mi madre —dijo Eleanor.

Y lo dijo sin guiñar el ojo ni ningún indicio de picaresca, pero cuando Beatrice captó la mirada de Hugh vio reflejada su propia consternación y pensó que tal vez Eleanor era lo bastante ingenua como para creer que las restricciones que se habían impuesto al correo no se aplicaban en su caso.

—¿Está madame casada con un alemán? —preguntó Celeste sin apenas levantar la voz.

Beatrice se quedó sorprendida, pues nunca había oído a Celeste realizar un comentario tan abrupto como aquel. Y entonces cayó en la cuenta de que, en las conversaciones frívolas a la hora del té y durante sus diversos encuentros, jamás habían tenido ocasión de comentar la situación de Eleanor. La familia Wheaton había seguido refiriéndose a Eleanor como la señorita Wheaton y el bebé era simplemente el pequeño George. Y uno de los privilegios de su rango era que nadie en el condado se atrevía a chismorrear sobre ellos.

—Sí, lo estoy —respondió Eleanor—. Siento el dolor que esto pueda causarle, pero le aseguro que mi esposo está totalmente en contra de las horribles tácticas empleadas por las hordas prusianas que han invadido su país.

Se produjo un incómodo silencio. Celeste cogió una de las flores de lúpulo que tenía en la falda, Eleanor volvió la cabeza hacia el río y Beatrice bajó la vista hacia la hierba.

—Siento mucho que usted y el bebé no puedan estar con su marido —dijo Celeste por fin—. Hay muchas familias divididas. Es un gran sufrimiento.

—Lo es, sí —contestó Eleanor—. Lo ha expresado con mucha elegancia, querida.

Siguieron trabajando en silencio, con la excepción del leve sonido que hacían las flores de lúpulo al caer en la arpillera que tenían extendida a sus pies.

Daniel y Craigmore volvieron del río cargados con las cestas de mimbre empapadas que habían estado refrescándose en un rincón de aguas tranquilas en la sombreada orilla, llenas de botellas con tapón de corcho que contenían refresco de limón y agua de cebada. Iban acompañados por un hombre y una mujer vestidos con las telas floreadas y los sombreros de paja de ala ancha típicos de los granjeros de un país completamente distinto. Probablemente de Italia o del sur de España, pensó Beatrice, observando el corpiño oscuro de la mujer que cubría una blusa de muselina y la colorida sobrefalda arremangada en una cadera. La mujer llevaba el sombrero en la mano y su cabello castaño brillaba al sol y amenazaba con escaparse de los pasadores de carey. El hombre, con una túnica suelta y calzones anchos recogidos en calcetines bastos y altos, cargaba en una mano con una cesta y en la otra con varias cajas de galletas colgadas de una cuerda. Sus antebrazos, que asomaban por debajo de las mangas enrolladas, tenían la musculatura de un campesino pero la cara, protegida por el sombrero deshilachado, era pálida y uniforme, poco acostumbrada a estar al aire libre.

—En el río nos hemos encontrado con unos amigos inesperados —anunció Daniel, dejando sus cestas a la sombra de la silla de Eleanor y abriendo rápidamente una botella de refresco—. Eleanor, permíteme que te presente al señor y la señora Frith. Son grandes amigos del señor Tillingham, y el señor Frith es amigo además de muchos poetas jóvenes, incluyéndome a mí.

—Encantada de conocerlos —dijo Eleanor—. Permítanme que les presente a la señorita Beatrice Nash y a la señorita Celeste, nuestra amiga refugiada belga.

—¿El señor Frith? —preguntó Beatrice cuando se estrecharon la mano—. ¿Es usted Algernon Frith?

—¿Es usted una de mis acreedoras? —preguntó el hombre esbelto y musculoso, muy serio.

—No. Solo que... —Beatrice tartamudeó—. Solo el hecho de ser Algernon Frith, el escritor, explicaría su atuendo romántico.

—Veo que tiene grandes poderes de observación —dijo el hombre, estrechándole la mano—. Efectivamente, soy Algernon Frith, escritor, recién llegado de una larga y económicamente comedia luna de miel en Andalucía. De ahí nuestro atuendo. No he tenido tiempo de ir a visitar a mi sastre para que me confeccionara la vestimenta adecuada para la recogida del lúpulo.

—No le haga caso —intervino la mujer—. Su apetito por disfrazarse es

insaciable y hay que apoyar a las musas, aunque ello me convierta en una compañía ridícula.

—Todo lo contrario —dijo Eleanor—. Está usted encantadora y tremendamente romántica, señora Frith.

—Llámeme Amberleigh —replicó la mujer.

—La señora Frith es también conocida como la escritora A. A. de Witte —explicó Daniel.

—Soy una gran admiradora de su obra —dijo Beatrice, sin saber muy bien con qué nombre dirigirse a la autora de varias novelas medievales famosas tan directas y tan escandalosas que a Beatrice nunca se le había pasado por la cabeza que estuvieran escritas por una mujer. Aunque luego los periódicos habían mostrado una imagen de A. A. de Witte como la causa de los problemas maritales de Algernon Frith—. Aunque debo admitir —añadió—, que son los únicos libros que he leído en mi vida sin contárselo a mi padre.

—Es usted muy amable —dijo Amberleigh, riendo—. Pero yo de usted no lo propagaría a viva voz. Está más de moda no haber leído ni una sola palabra escrita por mí.

—Mi esposa y yo agradecemos una opinión amable en los tiempos que corren —comentó Frith—. Me temo que no le he hecho precisamente la vida muy fácil estos dos últimos años.

Los dos amantes habían huido al continente, donde Frith afirmó haber conseguido el divorcio y donde se habían casado. Tal vez debido a la reputación de sus libros, el matrimonio de Amberleigh de Witte había sido blanco de todo tipo de comentarios groseros.

—El señor Frith tiene una docena de libros publicados y tres más de poesía —le explicó Daniel a Eleanor—. Es una de nuestras mejores voces.

—El chico es muy amable, pero como la señorita Nash confirmará, mi esposa, Amberleigh, es la auténtica escritora de la familia. El viejo Tillingham les contará que soy un tipo encantador y un escritorcillo mediocre. Una de las grandes cualidades de Tillingham es que les dice a sus amigos que son unos mediocres y consigue conservar su amistad.

—A mí no me dice que soy mediocre —señaló Daniel—. Examina mi trabajo de manera muy estricta pero alentadora.

—La belleza es su debilidad, razón por la cual es también amable con mi esposa —dijo Frith—. Pero su naturaleza literaria hará que acabe criticándolo ferozmente.

—¿Se sumará a nosotros para los festejos de la tarde, señora Frith? —

preguntó Eleanor—. Tenemos espacio de sobra en la mesa.

—Creo que nos hemos comprometido ya a ir a otra parte —respondió Amberleigh, con un exceso, quizás, de precipitación—. Tenemos que reunirnos con la señorita Finch, la fotógrafa, y la señorita Buttles.

Se giró, como si empezara a buscar a sus amigas en el campo, y el sombrero, que levantó para protegerse del sol, le oscureció la cara.

—Cuanto más seamos más reiremos —dijo Eleanor—. Me pregunto si podríamos convencer a la señorita Finch de que nos hiciera una fotografía.

—Mi esposa y yo vivimos prácticamente recludos —comentó Frith, y bajó la voz para añadir—: Debido a todo el tema de mi divorcio, intentamos evitar las invitaciones sociales.

—A mí también me han sugerido que lleve una vida más recluida por tener un esposo alemán, pero creo que hemos de oponer resistencia a tantas tonterías, ¿no les parece? —dijo Eleanor, con un tono de clara determinación—. Además —añadió—, se trata de un pícnic y vamos a cenar con todo el mundo, desde campesinos hasta gitanos. El ceremonial de los grandes salones no tiene cabida aquí.

—Tienen que quedarse con nosotros —insistió Daniel—. Tanto usted como Amberleigh animarán mucho la fiesta.

Frith miró a su esposa, que bajó la mano que sujetaba el sombrero e hizo un leve gesto de asentimiento.

—Si así le place, baronesa, estaremos encantados de aceptar su amable invitación —dijo Frith.

—Estupendo, seremos un grupo de lo más bohemio —replicó Eleanor, satisfecha—. Y llámenme Eleanor, por favor. Nada de ceremoniales.

Agatha Kent se había prometido que aquella tarde se reservaría para sí sus opiniones. Para el coronel Wheaton y lady Emily era importante mostrarse tranquilos pese a recibir a un conde en casa, y en consecuencia actuaban con la exactitud de un reloj suizo y habrían mantenido la barbilla en un ángulo incómodamente levantado aun sin lucir ninguno de los dos cuellos altísimos y de aspecto rígido. El vestido de cuello alto de lady Emily, confeccionado con encaje tupido negro, estaba adornado con un sencillo broche con un solo diamante. La piedra era del tamaño de un huevo de codorniz pero no brillaba, lo que indicaba que era una antigua joya de familia discreta y de calidad. El coronel Wheaton apareció con el uniforme de su anterior servicio, al que añadió un pequeño

brazalete con la insignia de sus nuevos reservistas de Sussex. Se le veía tenso, aunque dada la importancia de la ocasión, pensó Agatha, el coronel Wheaton estaría nervioso incluso en batín.

Lord North, que al parecer tenía responsabilidades militares además de carteras ministeriales, hizo su entrada en la sala de estar con esmoquin y calzado cómodo. Su esposa lucía un vestido negro de seda de líneas sencillas y perlas suficientes como para darle varias vueltas al cuello. Eran más bajitos de lo que Agatha había esperado y ambos de construcción robusta. Cuando cruzaron la alfombra dispuestos a estrecharle la mano, Agatha pensó que podrían pasar perfectamente por una pareja de inspectores escolares o un cervecero y su esposa.

—De viaje, ya se sabe —dijo lord North, disculpándose por su atuendo—. Solo lo imprescindible y ni un bulto más, digo siempre.

—Cuando estamos de inspección, intentamos evitar cualquier tema excesivamente formal —explicó la esposa—. Para no enviar el mensaje erróneo a quienes trabajan con tanto ahínco para preparar el país.

—Estoy completamente de acuerdo —contestó lady Emily, y Agatha vio que estaba escondiendo mentalmente las tarjetas de los menús y eliminando el plato de ostras ahumadas y tal vez el segundo pudín—. Esta noche será una reunión informal. Un pequeño grupo. ¿Me permiten que les presente al señor Kent, del Foreign Office, y a su esposa?

Tal vez podría haber sacado adelante aquel repentino cambio de tono, puesto que tanto Agatha como John iban vestidos con la deferencia que requería la ocasión, John con frac negro y Agatha de recatado azul marino, pero, justo en aquel momento, el mayordomo anunció la llegada del alcalde y su esposa y la sensación de informalidad que podría haberse logrado quedó destruida por la magnificencia de la pareja.

Los ropajes de color granate rematados en piel del alcalde y el collar de su cargo eran un resplandeciente telón de fondo para el vestido de hilo de oro recubierto con crepe de china de seda transparente que lucía la señora Fothergill. El atuendo iba complementado con brillantes que relucían en cuello, cintura y muñecas y por un elevado tocado confeccionado con plumas de pavo real y de avestruz que amenazó con sacar el polvo a la lámpara de araña cuando pasó por debajo de ella.

—Estoy encantada de haber recibido su invitación, querida Emily —dijo Bettina, estampándole un beso en la mejilla a Emily Wheaton. Las plumas se agitaron como espadas—. Agatha, está usted estupenda. Muy adecuado para la

ocasión. —Y mientras besaba a Agatha, preguntó en voz baja—: ¿Dónde está el conde? ¿Van a hacer algún tipo de entrada formal?

—Lord North, lady North, les presento a nuestro alcalde, el señor Frederick Fothergill, y a su querida esposa —dijo el coronel Wheaton—. Nos había pedido muy especialmente conocer a nuestros representantes locales, y aquí los tiene.

—Perfecto, tenemos al ministro, al ejército y el punto de vista local, de modo que podemos iniciar una conversación franca sobre la necesidad de imponer al momento un carácter de urgencia, con los hunos llamando prácticamente a la puerta —dijo lord North.

—Creo que será mejor que cenemos antes de que empieces a robar las vinagreras para construir mapas de defensas marítimas —apuntó su esposa—. Si te pones a hablar de estos temas mientras comemos, sufrirás otra vez una indigestión.

—Lo cual es un precio pequeño que pagar. Pongámonos, pues, en marcha —dijo el conde, y entonces, volviéndose hacia lady Emily—: ¿Cuántos comensales más se interponen entre nosotros y la mesa, mi querida señora? Lo digo para no desafiar en exceso a un estómago ansioso con la espera.

—Solo el señor Tillingham y el profesor —contestó lady Emily—. Ahí llegan.

—¿Tillingham? ¿Tillingham? —dijo lord North—. Ese nombre me suena...

—Es ese escritor, americano. El que agita al público hablando de los refugiados belgas —le apuntó su esposa, *sotto voce*—. El que escribió ese artículo en *The Times* que te provocó un ataque de hipo.

—Escritores —dijo lord North en voz alta—. Siempre escribiendo en vez de actuar. Y con opiniones de lo más extraordinarias.

—Siempre es preferible un hombre de acción —replicó el señor Tillingham—. Aunque, por supuesto, todos los héroes necesitan de un escriba que registre sus grandes hazañas, y me declaro para ello su humilde servidor, lord North.

Si Tillingham se sintió ofendido por el comentario, no lo demostró, y su respuesta ablandó al conde, que le estrechó la mano con energía y dijo:

—Creo que nos conocimos en la cena para recaudar fondos que organizó la duquesa en Belgrave Square.

—Había una multitud espantosa, pero la verdad es que aquella noche se sentaron a disfrutar del oporto algunas de las mejores mentes del país —respondió Tillingham—. Creo recordar que fue usted el alma de aquella discusión, lord North.

—Y el señor Tillingham viene acompañado por su querido refugiado —señaló Bettina, interrumpiéndolos—. El profesor es una incorporación maravillosa a la

vida cultural de la ciudad y todos nos sentimos tremendamente orgullosos de él —añadió, y cogió la mano del profesor entre las de ella y lo lanzó hacia lord North.

—Encantado de conocerlo —dijo lord North. Le estrechó la mano al profesor y subió la voz—. ¿Habla usted inglés?

—Encantado de conocerlos a usted y a su esposa —contestó el profesor—. *Enchanté, madame* —añadió, y le besó la mano a lady North.

—Resulta complicado que cualquier organización funcione si estos amigos insisten en hablar en otro idioma —observó lord North—. Como si no fuera complicado ya de por sí lo de gestionar una guerra en inglés.

—¿Y cómo derrotamos entonces a los bóers? —preguntó Agatha, a quien se le escaparon las palabras sin pensar e intentó mantenerse serena y confiar en que John no se enfadara por haberse inmiscuido en su terreno.

—Cómo, es verdad, señora Kent, tiene usted todo el derecho a preguntarlo —dijo lord North—. Si quiere conocer mi opinión, creo que podríamos haber estado en Mafeking seis meses antes de no haber tenido que traducir tantos postes indicadores y trabajar con distintos anchos de vía de tren.

—Nuestros refugiados son gente sencilla y se sienten satisfechos de poder disfrutar de una buena cena y una pipa —interrumpió Bettina. Agatha se mordió la lengua para no sacar a relucir el tema de la partida de los refugiados de Bettina, el contable y su esposa, que se habían marchado a un hotel de Bexhill después de solo una semana soportando su dominante hospitalidad—. Se están aficionando a tejer como si fueran campesinos ingleses —añadió Bettina.

Agatha se dio cuenta de que estaba empezando a torcer las comisuras de la boca y bajó la vista en un intento de disimular la risa.

—La señora Fothergill sabe entender de manera admirable la forma de ser de nuestros refugiados —dijo John, enarcando las cejas en una expresión de inefable inocencia—. ¿Si tuviera que resumírselo a lord North en solo un par de palabras, señora Fothergill?

Dejó la pregunta en el aire y Bettina se ruborizó de placer.

—Los calificaría de sencillos, señor Kent —respondió, y Agatha se vio obligada a llevarse la mano enguantada a la boca y fingir un ataque de tos.

—Imagino que la dama no pretenderá calificarnos de simplones —dijo el profesor.

—Por supuesto que no, profesor —contestó Bettina, sus plumas estremeciéndose—. Lo único que pretendía era... —Se interrumpió, totalmente confusa y sin saber cómo seguir.

—Confío en que el deseo por llevar una vida más sencilla siguiendo los dictados del corazón, con una buena cena y una buena esposa, puedan también describirnos a nosotros como ingleses con la misma facilidad —dijo el coronel Wheaton.

—Y yo solo confío en que pudiéramos mostrarnos aun solo la mitad de agradecidos si nos viéramos expulsados de nuestra tierra —apuntó Agatha.

—El espíritu inglés no soportaría verse expulsado de su tierra —observó el señor Tillingham, con esa forma apasionada de hablar que lo caracterizaba cuando intentaba formular una frase susceptible de pasar a la posteridad—. Y a buen seguro apostaría en sus defensas hasta el último hombre y el último niño que le quedara.

—Pero antes necesitaríamos unas defensas en las que apostarlos —dijo lord North—. Hasta el momento he visto más patrullas de Boy Scouts que de soldados y vamos con varias semanas de atraso en la recogida de sacos de arena y en la construcción de posiciones defensivas.

—Como presidenta del destacamento de damas voluntarias de Rye, le aseguro que sus integrantes estamos más que preparadas para entrar en acción —replicó Bettina—. Estamos listas para prestar nuestros servicios con carácter inmediato.

—Me alegro de oírlo —repuso lady North, mirando con cierto escepticismo el atuendo de Bettina.

—Parásitos, piojos, heridas que supuran —enumeró su esposo con deleite—. Será un trabajo sanguinolento y traumático para la voluntaria que está simplemente acostumbrada a enrollar vendajes.

Bettina contuvo un quejido y volvió la cabeza hacia el otro lado.

—Seremos un hospital de convalecencia —dijo débilmente lady Emily. Se dejó caer en una *chaise longue*—. Tenemos pensado preparar caldo de carne casero y ofrecer juegos de mesa en el invernadero.

—Estoy seguro de que lo único que pretende lord North con su franqueza es prepararnos mentalmente —intervino John—. Aunque hay que tener cuidado y no caer en el alarmismo.

—¿Alarmismo? —exclamó lord North—. Tal vez ustedes, los amigos de Whitehall, tengan pensado hacer llegar su propaganda sobre Berlín por Navidades, pero mis planes consisten en combatir una invasión, con los hunos saqueando London Road, ensartando con sus bayonetas a nuestros hijos y violando a nuestras mujeres.

Remató su frase con un puñetazo sobre una mesita y a Bettina Fothergill se le escapó un grito.

—Me mareo solo de pensarlo —dijo—. ¿Qué debe de sentir usted, mi querida lady Emily, con su hija casada con uno..., con uno de ellos?

Las caras de los presentes adoptaron una expresión de violenta rigidez y Agatha vio que Emily Wheaton cerraba la boca con tanta fuerza que los labios se le quedaron blancos.

—Esos son los malditos prusianos —puntualizó el coronel Wheaton—. El esposo de mi hija es de Sajonia, miembro de una familia aristocrática terrateniente cuyo origen se remonta a tiempos de las Cruzadas. No estamos hablando de lo mismo, ni mucho menos.

—No era nuestra intención faltarle al respeto al pobre joven —dijo el alcalde—. Mi esposa está muy preocupada tanto por usted como por su hija, lady Emily.

—Mi hija está celebrando felizmente la cosecha del lúpulo en compañía de los sobrinos de los señores Kent y un grupo grande de jóvenes —explicó lady Wheaton con voz gélida—. Creo que su hijo también está con ellos, lord North —añadió.

—Sí, y feliz también por evitar de este modo una cena oficial —replicó él.

—El último día de cosecha es siempre el del festival —explicó Agatha, intentando contener un suspiro—. Bailes campestres, juegos, representaciones, la cena a orillas del río... Se lo pasarán muy bien.

—Un gran festival, ¿no? —dijo lord North.

—Así es —corroboró Bettina—. Asiste todo tipo de gente. Yo no voy nunca.

—La granja donde se celebra es nuestra y la tenemos subcontratada, y mi hijo y mi hija ofrecen su patrocinio al granjero el último día de cosecha —explicó lady Wheaton—. Consideramos que nuestro deber es participar y confío en que mis hijos no teman nunca mostrarse agradecidos con los que viven por debajo de ellos.

—¿Qué mejor representación de la nación por la que luchamos que ciudad y campo, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, unidos en una reunión intemporal para celebrar la cosecha? —dijo lord North—. Me parece que a lady North y a mí nos encantaría echar un vistazo a esos festejos.

—¿Está usted seguro? —preguntó el coronel Wheaton—. Nuestra señora alcaldesa no se equivoca cuando insinúa que son unos actos que pueden resultar pintorescos y escandalosos.

—¿Qué quiere decir con eso de «escandalosos»? —preguntó el profesor—. Mi hija ha acudido a esa fiesta, *n'est-ce pas*?

—No hay más que bailes y entretenimientos —aclaró Agatha.

—Y todo de lo más correcto —le aseguró el coronel Wheaton—. Lo que sucede es que no estoy seguro de que a nuestras encantadoras esposas fuera a gustarles sentarse en una plancha de madera instalada entre dos toneles para ver a un montón de gente dando brincos por la hierba.

—Muy pastoral —observó el señor Tillingham—. Aunque, como sucede con toda buena pastoral, el deleite está en vislumbrar la tormenta en el horizonte y el lobo escondido entre los arbustos.

—¿Hay lobos? —preguntó el profesor.

—Se trata de lenguaje figurativo, señor mío —respondió el señor Tillingham—. Hay años en que toca una buena banda de gitanos. En una ocasión acudí con un joven artista italiano y le chocó mucho.

—Pues me encantaría ir —dijo lady North, cerrando el abanico con determinación—. Para estar al servicio del pueblo, hay que estar con el pueblo.

—Tal vez deberíamos dejar tranquilos a los pobres cosecheros y permitirles que disfruten de su fiesta —sugirió Agatha—. Han trabajado muy duro y, si reciben visitas tan eminentes, tal vez no puedan celebrarlo con la libertad que les gustaría.

—Tonterías, seríamos solo nosotros —replicó lady Emily. Llamó al mayordomo—. ¿Podría, por favor, telefonar a la granja y comunicarles que iremos después de cenar? Menciónelos que nuestra intención es que todo sea muy informal y que todo el mundo se comporte como si nosotros no estuviéramos.

—¿Tienen teléfono las granjas de Sussex? —preguntó lord North.

—Las mías sí —respondió el coronel Wheaton—. He hecho instalar uno en la cocina de todas mis granjas y así mis granjeros saben que puedo telefonarlos a cualquier hora. Sirve para mantenerlos a raya, se lo aseguro.

—Un objeto espantoso, eso del teléfono —comentó lady Emily—. Me niego a convertirme en su esclava.

—Todas nuestras embajadas están conectadas, por supuesto —dijo John—. Aunque con tantos usuarios y operadoras escuchando, la verdad es que no resulta muy útil para la diplomacia.

—Podría sacar una sátira graciosa para alguna de sus obras de todo esto, señor Tillingham —observó el alcalde—. Un cruce de líneas en las llamadas del káiser y los rusos todo el día pasando pedidos de vodka. Algo de ese estilo.

—No me dedico a escribir «sátiras» —replicó Tillingham, los labios tan prietos que casi desaparecieron de su rostro—. Debe de haberme confundido con algún autor de guiones para musicales.

—Nada mejor que un poco de humor para animar cualquier obra —objetó el alcalde—. Su próxima obra podría ser tan popular como Gilbert y Sullivan.

El señor Tillingham parecía a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—Me temo que no vamos vestidos para ir al campo —comentó Bettina, alisándose su vestido dorado.

—Jamás se me ocurriría echar a perder un vestido tan maravilloso como el que lleva —contestó lady Emily—. Usted y su esposo, querida Bettina, quedan liberados de sus obligaciones. Nuestro chófer los acompañará a casa mientras el resto nos dispersamos en busca de unas botas.

—Tenga presente que en ningún momento ha sido nuestra intención aguarle la fiesta, lady Emily —dijo el alcalde, mirando a su esposa, que estaba temblando.

—Oh, si nos hacen ustedes un favor, querido alcalde Fothergill —replicó lady Emily—. Tampoco habría espacio suficiente para todos en los coches. —Sonrió de un modo que daba tajantemente por terminada toda discusión y añadió—: ¿Pasamos a cenar?

La luz había desaparecido del cielo y, bajo el resplandor anaranjado de una hoguera, los bailes campestres estaban en un momento muy animado cuando Agatha y John, acompañados por el profesor y el señor Tillingham, cruzaron los campos de lúpulo recién segados. Los Wheaton iban unos minutos más retrasados. Antes de salir, Emily Wheaton le había comentado en voz baja a Agatha que esperaba que todo estuviera en orden para el recibimiento que lord y lady North se merecían.

—No sé muy bien cómo pretende Emily que este festejo sea lo que no es —le dijo Agatha a John, viendo las sombras alargadas bailar alrededor de la hoguera.

Alrededor del campo, las mesas de caballete estaban abarrotadas de campesinos que habían participado en la recogida del lúpulo, de londinenses y de locales, cada uno en su mesa pero mezclándose alegremente en el baile. Además de la comida que cada uno pudiera haber traído, había bandejas de salchichas recién salidas de las brasas y patatas que los encargados de asarlas retiraban del fuego con pinzas de hierro.

—Una festividad pagana hasta la médula —reconoció John, aspirando el aroma de una bandeja que pasó en aquel momento justo por delante de ellos—. Pero a lord North le irá bien recordar que esta es la antigua Inglaterra y que lucharemos tanto por ella como por el pueblo más primoroso y la ciudad más resplandeciente.

—No sé muy bien si sabrá valorar tu punto de vista histórico —dijo Agatha, fijándose en un hombre que resbalaba y caía al suelo delante de una mesa donde los juerguistas hacían correr libremente las jarras de sidra del granjero.

En un lugar privilegiado, el granjero y su familia ocupaban una mesa de caballete muy larga decorada con balas de heno y banderitas, y, muy cerca, estaba el grupo de jóvenes invitados de Eleanor.

—Veo que el intento de mezclarse con el pueblo tiene sus límites —observó John, aproximándose a la mesa de Eleanor, que se distinguía por la mantelería de lino, los candelabros de plata y un criado apostado detrás con varias botellas de vino.

—Dudo que a cualquiera de nosotros le apetezca sentarse sobre una plancha de madera y comer con los dedos —replicó el señor Tillingham—. A mí, por ejemplo, me apetece una copa de champán frío.

Agatha vio entonces que Hugh estaba mirándola y, cuando le saludó con un pañuelo, captó una expresión de consternación.

—¿Qué hacéis aquí, tía? —preguntó Hugh, levantándose para recibirlos.

—¿No te han pasado el mensaje de que veníamos? —dijo Agatha—. Lady Emily ha dado instrucciones explícitas por teléfono cuando ha hecho llamar a la granja.

—Imagino que no habría nadie dentro para responder —contestó Hugh.

—¿Y va a venir también mi madre? —preguntó Eleanor—. Habría mandado preparar otra mesa.

—Una mesa aparte, imagino —dijo el señor Tillingham.

Agatha siguió la dirección de su mirada y vio con horror que Algernon Frith y Amberleigh de Witte estaban sentados en la mesa con Minnie Buttles. Tillingham los saludó brevemente con un gesto de la cabeza pero no les presentó al profesor. Agatha presionó el brazo de John a modo de señal de alarma.

—¡Papá, estás aquí! —exclamó Celeste.

Se levantó de la mesa con las mejillas sonrosadas y una sonrisa feliz para abrazar a su padre con un gesto que él intentó eludir visiblemente. La chica estaba ruborizada por algo más que la emoción del baile y la presión de Agatha sobre el brazo de su marido se intensificó.

—Buenas noches, Tillingham, viejo amigo —saludó Algernon Frith—. Estamos disfrutando de una velada muy rústica y agradable.

—Confío en que haya un champán adecuado —comentó Daniel—. Esta sidra es áspera como agua salada y carece por completo de poesía.

—¿Estás bien, hija mía? —preguntó el profesor, separándose de su hija y

observando el resplandor de sus mejillas—. Tienes los colores muy subidos.

—Señor y señora Kent, cuánto me alegro de verlos —dijo Amberleigh de Witte. Sonrió, pero Agatha observó el miedo que escondía su mirada—. La señorita Wheaton ha tenido la amabilidad de incluir a nuestro grupo en su mesa.

Minnie se levantó también y, ansiosa, buscó con la mirada a Alice Finch.

—Baronesa, usted siempre tan elegante —se dirigió Agatha a Eleanor—. Al parecer no ha sido informada de que su madre y su padre están al llegar acompañados por lord North y su esposa.

—¿Voy a buscar al criado para que traiga más sillas? —preguntó Hugh.

—Me temo que lo que necesitamos es precisamente menos sillas —replicó Agatha—. De no estar lord North en el grupo, nos sentiríamos de lo más cómodos, claro está...

Se interrumpió a media frase, sonrió a Algernon e intentó no fijarse en los labios fruncidos de Amberleigh.

—Tal vez, mi esposa y yo le robemos a algunos de sus invitados para que ocupen otra mesa con nosotros, ¿le parece bien, baronesa? —dijo John.

Hizo una discreta señal al criado y este empezó a buscar con la mirada una mesa que poder desocupar. A Agatha le habría gustado poder besar en público a su marido por haber sabido salir tan airoso de aquel momento incómodo. Y como Bettina no estaba, pensó que no le costaría en absoluto sacrificarse y bailar libremente sin el atrofiante efecto de formar parte del séquito de un conde.

—No, no, no habrá necesidad de dividir a su grupo, querido señor Kent —replicó Algernon—. Mi esposa y yo íbamos a excusarnos ya, de todos modos. —Indicó con un gesto a todos los reunidos y a nadie en particular—. Si nos disculpan. Habíamos prometido ir a visitar a vecinos que están sentados en otras mesas.

—Iré con ustedes para reunirme con Alice —dijo Minnie—. Ha insistido en que me quedara sentada, pero tendría que ir a echarle una mano con su equipo.

Alice Finch estaba en el extremo opuesto del campo con su cámara y dando indicaciones a una pareja de jóvenes bailarines gitanos para que posasen junto a la rueda pintada de un carromato.

—Iría con usted —comentó el señor Tillingham—, pero lord North me ha pedido opinión sobre un par de asuntos de importancia nacional y, además, debo cuidar del profesor.

—Sí, a los amigos nunca hay que abandonarlos —replicó Amberleigh, recogiendo el chal y lanzándole una fría mirada a Agatha—. Lo entiendo perfectamente.

—Creo que me gustaría acompañarlos —dijo Beatrice, levantándose de la mesa.

Agatha le perdonó su expresión enojada. No esperaba que Beatrice comprendiera, como sí había comprendido Amberleigh, que pretendía ahorrarles una humillación.

—No, no —intervino Daniel—. Tenemos que prepararnos para representar nuestra obra. Vamos a salir después de que Harry y Craigmore bailen su *hornpipe*.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Nash —dijo Amberleigh—. Tiene que venir a verme y traerme algo de su obra para que pueda leerla. —Y antes de coger el brazo de su marido para marcharse, añadió—: Las mujeres tenemos que estar unidas, ¿verdad?

—Daniel ha escrito una oda al rey del lúpulo —le explicó Hugh a Agatha cuando los Frith se hubieron marchado—. Craigmore representará el papel del rey y la señorita Beatrice y la señorita Celeste el de las doncellas de la hija del granjero, que será la reina.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —preguntó Agatha—. A lady Emily no le gusta mucho el teatro de aficionados.

—Mi querida tía, la poesía no es una locura de aficionados —contestó Daniel—. He adaptado mi «Oda al David» para la ocasión. —Cogió un fajo de papeles, dispuesto a abandonar la mesa con Beatrice y Celeste—. No temas, llevaremos la velada hacia nuevas alturas, y coincidirá además con el momento adecuado.

Mientras hablaba, una flauta irlandesa empezó a interpretar una alegre melodía y subieron al escenario dos hombres con los pantalones arremangados, cubos en la cabeza y horcas en la mano.

—La oda del chico es buena —comentó Tillingham—. Visceral y cruda.

—¿A qué se refiere con «visceral»? —quiso saber Agatha, pero se distrajo al instante cuando cayó en la cuenta de que los dos hombres que habían empezado a bailar como payasos el *hornpipe*, y que estaban siendo recibidos con grandes risotadas y algún que otro lanzamiento de salchichas, eran nada más y nada menos que Harry Wheaton y el joven Craigmore.

Pero ni a lord ni a lady North, así como al coronel Wheaton y lady Emily, que avanzaban en aquel momento por el césped en dirección a la mesa, les hizo ninguna gracia ver a sus hijos haciendo el ridículo para el deleite de los pueblerinos.

—Necesito sentarme —dijo Agatha. Hugh la sujetó por el brazo y le acercó una silla—. Y creo también que necesito una copa bien grande de champán.

—¿Por qué les parece tan divertido? —preguntó el profesor, viendo cómo Craigmore y Harry acercaban peligrosamente las horcas a sus extremidades y daban saltitos por encima de rastrillos cruzados en una improvisada danza de espadas.

—Porque les gusta que el hijo del coronel haga el ridículo delante de ellos —respondió John—. Y este año, además, lo hace acompañado por el hijo de un conde.

—Me parece que a lady North no le hace ninguna gracia —comentó Agatha.

Aquella visita había sido un error terrible, pensaba. Pero no podía hacer otra cosa que esforzarse por sonreír mientras Hugh y el criado intentaban arreglar el laberinto de sillas que se había formado.

Hugh se alegró de que terminara por fin el baile al ver que los vítores y los silbidos del público no mejoraban en absoluto la expresión ligeramente sombría de lord North y su esposa. Cuando el organizador anunció la recitación poética que iba a continuación, a Hugh se le cortó de repente la respiración.

—Espero que Daniel no se haya extralimitado en relación con lo que la audiencia espera de él —oyó que su tía Agatha le murmuraba al oído a su tío John, la ansiedad que Hugh sentía reflejada en su voz.

—Recemos para que sea breve —respondió el tío John—. Y resignémonos a su genialidad.

Cuando el público empezó a aplaudir, Hugh le susurró al criado que fuera rellenando las copas de champán a la mínima oportunidad que se presentara.

Dos niños con antorchas encendidas ocuparon ambos lados del escenario, un violinista empezó a tocar una versión lenta de un viejo minueto y los actores aparecieron desde detrás del escenario y desde el césped para formar un círculo. Todos excepto Daniel llevaban una corona de lúpulo y las mujeres, además, vides floridas recogidas con cintas y sujetas a un hombro, que se arrastraban por el suelo como la cola de un vestido de baile. Craigmore, que caminaba con el paso lento de un rey, portaba unas ramas de sauce unidas para dar la impresión de un cetro de los antiguos romanos y llevaba de la mano a la hija del granjero, con un ramo de flores silvestres tan rosadas como sus mejillas. Beatrice llevaba manzanas en una cesta que sujetaba a la altura de la cintura y Celeste una jarra de sidra al hombro, como una ninfa portaría un jarrón griego. Con un pañuelo rojo anudado con elegancia al cuello y un portafolio de cuero, Daniel cerraba la comitiva.

—Si están en movimiento no es un cuadro —dijo el señor Tillingham, su voz sonando más fuerte de lo que se imaginaba después de una jarra de sidra.

—No, pero el resultado es encantador —replicó la tía Agatha.

Hugh se vio obligado a reconocer que la procesión, con la luz horizontal y menguante del atardecer, el resplandor de las antorchas y la hoguera, las sombras oscuras de los árboles y la colorida multitud dejando las mesas para acercarse a mirar, tenía un poder extraordinario.

La música se detuvo y los actores se colocaron en formación de cuadro para iniciar un baile. Hubo algunos aplausos entre el público y los niños pequeños se agitaban nerviosos junto a las faldas de sus madres para poder ver mejor el espectáculo.

—*La coronación del rey del lúpulo* —anunció Daniel, leyendo de un papel que extrajo del portafolio y que dejó caer al suelo—. Una adaptación especial del poema *Al David de Florencia*, de Daniel Bookham, reinventado como homenaje al último día de nuestra cosecha... ¿Quizás mejor de la última cosecha? —añadió, y dejó caer la segunda hoja mientras el violinista tocaba una breve fanfarria.

—Espero que rime —dijo lady Emily—. Si no es un pentámetro yámbico no es poesía de verdad.

Tu muslo marmóreo y vigoroso es tan níveo
Que mi mano ansía presionarlo para dar el calor
De la vida a sus venas, para lograr que la savia corra
Y la cosecha regrese al hogar del pastor.

Daniel hizo una pausa y el violinista, al que se le sumó ahora una flauta irlandesa, empezó a tocar de nuevo el minueto, en una escala menor, y Beatrice y Celeste depositaron sus regalos a los pies de la granjera y entrelazaron los brazos para ejecutar la primera figura del baile.

Rey de tu carne, príncipe de tus ojos,
Nadie conoce un reino más elevado que el de la pureza.
Acaricio cual sacerdote la tira de tu sandalia,
Te prometo todo el honor y la fe de mi entereza.

Craigmore y la hija del granjero se incorporaron a la figura. Hugh no estaba del todo seguro, porque estaba a cierta distancia, pero le pareció ver que los hombros de Beatrice temblaban porque se estaba aguantando la risa. Con las manos en alto, los cuatro bailarines empezaron a bailar trazando un majestuoso

círculo.

Niño, hombre y rey, tu reino me subyuga,
Debilita mi lira hasta llegar a la muerte.
Rey de los campos de lúpulo, bésame la frente,
Despiértame, gigante, y haz que florezca la tierra inerte.

Daniel soltó las últimas hojas y se apoyó en el suelo con una rodilla. Los bailarines se detuvieron, el rey del lúpulo saludó a su reina con una reverencia y las doncellas saludaron y levantaron los brazos hacia el cielo. Una vez los actores se quedaron inmóviles en la posición del cuadro final, tres niñas salieron corriendo de detrás del escenario cargadas con cestas y lanzaron flores a los bailarines. Agatha vio cómo Beatrice recibía el impacto de una dalia en la mejilla pero permanecía inmóvil, aunque parpadeando. La música terminó con una última y prolongada nota.

La multitud estalló en aplausos y risas y la gente empezó a hablar en las mesas.

—¡Bravo, bravo! —exclamó el señor Tillingham, aplaudiendo desde su silla—. ¡Poeta, poeta!

Daniel se incorporó despacio, se quitó el pañuelo rojo que llevaba al cuello y lo utilizó para liderar a los actores en un saludo. Retrocedió entonces unos pasos y se incorporó a la fila que habían formado los demás en el escenario. Craigmoresoltó la mano de la hija del granjero y estrechó a Daniel en un abrazo de amigo. Daniel sonrió y no hizo ningún esfuerzo por soltarse hasta que Craigmores rompió el abrazo para darle una palmada en la espalda y cogerlo de la mano. Los actores, unidos entre ellos por el brazo, repitieron la ronda de saludos. Cuando Craigmores acompañó a la hija del granjero hasta donde estaba sentado su padre y los demás regresaron a la mesa, los aplausos siguieron sonando con más fuerza y durante más tiempo de lo que Hugh consideraba que se merecía el espectáculo. Hugh se inclinó entonces hacia su tía para decirle:

—Por la mañana no habrá quien aguante a Daniel y su engreimiento.

—No ha estado nada mal —dijo su tía.

—Las jóvenes han estado preciosas —opinó lady Emily—. Hay que decirle enseguida a Bettina Fothergill que les asegure un lugar a las tres en la carroza del desfile. Hasta el momento ha sugerido solo a chicas tan simples que me temo que a lo único que aspira es a que las doncellas no ofusquen en ningún momento a Britania.

Hugh vio que lord North, que no aplaudía sino que seguía de pie con las

manos unidas a la espalda, le decía alguna cosa al oído a su esposa. A continuación, hizo un mohín y frunció el ceño. Cuando el coronel Wheaton le preguntó si le había gustado la actuación, respondió con un gesto de asentimiento y dijo:

—Me ha gustado el fondo musical. Sobre todo el violín.

—Su hijo demuestra muy buenas intenciones al incorporarse y colaborar con nuestros espectáculos de aficionados —le dijo Agatha a la condesa—. Siempre está bien ofrecer al pueblo algo más completo que números de musicales y bailarinas.

—Hay que tener presente, sin embargo, que la poesía dedicada al espíritu y esas cosas siempre esconde cierta decadencia —replicó lady North—. Hay que mantener la guardia contra la peligrosa atracción de los falsos ídolos.

—Efectivamente —se mostró de acuerdo lord North.

—Por supuesto —convino Agatha, y se giró hacia Hugh y Beatrice para mirarlos con cara de exasperación.

—Creo que ya hemos visto suficiente —dijo lord North, volviéndose hacia el coronel Wheaton—. Mañana nos esperan temprano en Dover para pasar revista al castillo y sé que mi esposa se cansa con facilidad.

—¿No les apetece bailar? —preguntó Agatha—. La banda aún estará tocando varias horas.

—Lo siento, pero nuestros deberes son lo primero —contestó lord North—. Ha sido un placer conocerla a usted y a su esposo, señora Kent.

—¿Te marchas tú también, tía? —preguntó Hugh en voz baja al ver que el coronel Wheaton y lady Emily se preparaban también para irse.

—Por supuesto que no —respondió Agatha—. Acaban de llamar para bailar el Gay Gordons y es posible que baile el Sir Roger de Coverley si la digestión de la cena me lo permite. —Se acercó un poco más a Hugh y a Beatrice para añadir en voz baja—: Si al señor Tillingham le apetece irse que pida un carro a la granja.

—Que lo disfrute mucho, señora Kent —dijo Beatrice cuando el señor Kent agarró a Agatha por el brazo para guiarla hacia donde empezaban a formarse los cuadros de bailarines.

—¿Baila usted, mademoiselle Celeste? —preguntó Daniel.

Celeste asintió, él aceptó el privilegio y ella le brindó su mano y esbozó esa sonrisa de confianza que solo Daniel era capaz de arrancar a las jóvenes damiselas. La soltura y espontaneidad de su primo provocaron en Hugh una punzada de envidia que le hizo aún más difícil si cabe recomponer tanto su expresión como sus pensamientos antes de realizar su torpe propuesta.

—¿Le apetece bailar, señorita Nash? —preguntó—. Aunque debo advertirle que mi experiencia en bailes rurales es básicamente teórica.

—Encantada, señor Grange —respondió Beatrice—. Por suerte para usted, en las clases de baile del colegio siempre era la más alta y estoy acostumbrada a llevar la voz cantante.

Hugh habría tenido que seguir charlando, habría tenido que encontrar algún comentario de menosprecio hacia su persona con el que remediar aquella conversación. Pero el ejercicio físico había subido la temperatura de la mano de Beatrice y su rostro resplandecía bajo la corona de lúpulo. El parpadeo de la hoguera y la intensidad de la música habían transformado de tal modo a Beatrice que Hugh no quería seguir hablando, sino bailar y reír con ella.

A la mañana siguiente, Hugh estaba instalado en un sillón orejero de su estudio, concentrado teóricamente en un nuevo libro que versaba sobre la composición del cerebro del mono, un ejemplar previo a su publicación que un destacado investigador alemán le había hecho llegar al cirujano jefe de Hugh justo antes de que se declarara la guerra. Pero en realidad, después de semanas de noches de insomnio, quemándose las pestañas para preparar los exámenes tras pasarse el día de instrucción, y tiritando para los finales en una cantina tan gélida que incluso costaba respirar, disfrutaba ahora relajándose bajo un rayo de sol y percibiendo los efectos secundarios de un buen desayuno. Se preguntaba si el científico alemán podría mantener con vida a sus monos a pesar de la guerra, si los monos aprenderían instrucciones en alemán con la misma facilidad con que las aprendían en inglés, si el lenguaje humano tendría una jerarquía y dónde se situaría el inglés en dicha jerarquía con respecto a, por ejemplo, el francés o el latín.

Todo lo cual le llevó de forma natural a plantearse lo que la señorita Beatrice Nash, a la que se esperaba para comer junto con Celeste y los jóvenes de casa de los Wheaton, opinaría con respecto a la poesía de idiomas en competencia. Perdido en estos pensamientos, aspiró el aroma de las últimas rosas trepadoras que se filtró, junto con una bocanada de aire, por la ventana del establo y supuso que habría sido el olor lo que había inspirado aquel pensamiento y se preguntó si los monos asociarían los olores con personas de un modo similar a como lo hacían los humanos; si Smith seguiría siendo Smith si oliera a loción para después del afeitado en vez de a diésel y betún, y si la señorita Nash, que olía a rosas y a flor de lima, estaría en aquel momento poniéndose el sombrerito para venir a disfrutar de una tarde al fresco en la terraza...

El sonido apresurado de unas botas en la escalera anunció la llegada de su primo Daniel y Hugh cerró el libro, aliviado, pues era un ejemplar denso, impreso en letra pequeña, como si el impresor se hubiera esforzado por meter a presión la increíble longitud del texto en una cantidad de páginas algo más

digerible.

—Craigmore se ha ido —dijo Daniel.

Su rostro era una máscara de inquietud y su tono de voz amenazaba con poner en compromiso su habitual apariencia de aburrida indiferencia.

—¿Se ha ido dónde? —preguntó Hugh.

—Un asunto familiar urgente, han dicho —respondió Daniel. Se pasó el dedo por el interior del cuello arrugado de la camisa y Hugh vio que estaba empapado en sudor, como si hubiese venido corriendo desde la casa—. El mayordomo de los Wheaton ha comentado que no podía decir dónde, solo que Craigmore se ha marchado con su madre en tren a primera hora de la mañana.

—¿Y qué han dicho Harry y Eleanor?

—No los he visto. Eleanor ha enviado recado de que no se encuentra muy bien y al parecer Harry ha salido a montar y no se espera que vuelva hasta la noche.

Daniel se dejó caer en el otro sillón orejero y se tapó la cara con un brazo.

—Es un golpe para los planes de tía Agatha, la verdad —dijo Hugh, intentando no alterarse con la esperanza de que su primo siguiera su ejemplo y se calmara un poco—. Espero que no se trate de nada grave para la familia de Craigmore.

—No seas idiota, Hugh, no tiene nada que ver con la familia —replicó Daniel, sin destaparse la cara—. Se trata de lord North. —Gimoteó y añadió—: Mi vida está acabada.

—Intenta enlazar frases más racionales, Daniel —sugirió Hugh.

—¿Es que no lo ves? —exclamó Daniel—. Craigmore debe de haberle contado a su padre lo del periódico, lo de nuestros planes. Y se lo han llevado lejos de mí.

—Me parece que estás siendo demasiado dramático —dijo Hugh—. No puedes saber si se trata de eso.

Pero mientras hablaba, Hugh percibió la hipocresía que escondía ofrecer consuelo en vez de decir la verdad. ¿Pero qué verdad podía explicarle a su primo? Cuando recordó la conversación en voz baja entre lord North y su esposa justo después del recitado de Daniel, Hugh comprendió, con desazón, que la oposición no era solo con respecto al periódico.

—Craigmore nunca se habría marchado sin dejarme una nota —continuó Daniel—. Siempre supe que su padre intentaría complicarnos la vida.

—Es una lástima que el grupo de invitados a comer se haya reducido de forma tan sustancial —dijo Hugh—. Tendríamos que hacérselo saber a la cocinera.

—¿Cómo puedes hablar ahora de comidas? —gruñó Daniel, dejando caer la cabeza de tal modo que la cara quedó escondida detrás del cabello—. No tienes ni idea de lo que significa perder una amistad como la que Craigmore y yo compartimos.

—Serénate, primo —dijo Hugh. Se levantó y tiró de ambos extremos de su chaqueta, como si con el gesto quisiera reforzar sus palabras—. No te hará ningún favor que toda la casa se entere de todo este asunto. Estoy seguro de que a Craigmore no le gustaría que tu inquietud se hiciera tan evidente.

Hubo una pausa, y Hugh miró por la ventana para dar a su primo tiempo para serenarse. Por mucho que envidiase el carácter libre, fácil y apasionado de su primo y su capacidad para desarrollar amistades tan intensas, se sentía incómodo cuando Daniel daba salida de vez en cuando a aquella exagerada muestra de emociones.

—Tienes razón, por supuesto —dijo Daniel por fin. Sacó del bolsillo un pañuelo de seda y se sonó con destemplanza—. Tienes suerte de estar hecho de un material más racional que yo, Hugh. Tú nunca te dejarás llevar por las emociones.

—Gracias —contestó Hugh, plenamente consciente de que Daniel no lo había dicho como un cumplido. No le parecía justo que Daniel lo llevara a tomar una actitud rígida y luego lo insultara por ello, pero su principal preocupación en aquel momento era proteger a su primo de la autocomplacencia—. ¿Por qué no trazamos un buen plan? Podrías empezar mostrando indiferencia ante su repentina partida.

—Le enviaré a Craigmore una carta a casa de sus padres, en Londres —propuso Daniel.

—No me parece buena idea —replicó Hugh—. Lo más probable es que esta misma mañana tía Agatha le escriba una nota de agradecimiento a lady Emily. Le pediremos que pregunte sin levantar sospechas.

—¿Y si resulta que lady Emily no sabe nada? —dijo Daniel—. Aún puedo llegar al correo del mediodía.

—Si tus temores son ciertos, es posible que intercepten tu carta —le hizo ver Hugh—. Escribiré personalmente a Craigmore, pero con el correo de última hora de la tarde, como muy pronto.

—¿Por qué ese retraso? —preguntó Daniel.

—Craigmore parecía muy interesado en los laboratorios del hospital —respondió Hugh—. Como tengo que estar en Londres el martes, es probable que se me ocurra, a media tarde como muy temprano, enviarle una invitación para

enseñárselos. Todo con un aire de indiferencia, ¿comprendes?

Daniel refunfuñó.

—No voy a poder esperar hasta el martes.

—Espero que mi invitación lo anime a enviarme una respuesta que arroje algo de luz sobre la situación —replicó Hugh—. Entretanto, Daniel, tienes que recuperar la compostura. No sacarás nada bueno de tanto desorden físico y emocional.

Se oyó entonces un sonido de voces en los establos, seguido por unos toques en la pared de la escalera y por la voz de Beatrice Nash que preguntaba:

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

—No sé si en estos momentos estoy en condiciones de ver a nadie —dijo Daniel con urgencia.

Hugh vio que Daniel se había quedado blanco, como si fuera a vomitar, aunque pensó que tal vez era el merecido efecto de un exceso de sidra y champán.

—Por el amor de Dios, si no son más que Beatrice y Celeste —protestó—. La señorita Celeste y tú resultaréis de lo más interesantes tan blancos. Aunque, claro está, ella viene de una zona de guerra. A lo mejor su situación te ayuda a poner las cosas en perspectiva.

—Tu sarcasmo carece de la delicadeza que lo haría gracioso —dijo Daniel. Cogió a Hugh por la manga—. Pero te agradezco igualmente la ayuda. ¿Qué haría yo sin ti, siempre dispuesto a sacarme de mis apuros?

—Llegará el día en que tendrás que cuidarte solito —contestó Hugh—. Y ahora, una sonrisa para nuestras invitadas.

—A veces hablas igual que el tío John —señaló Daniel—. Buenos días, señoritas, suban. Hoy, por suerte, no tenemos ni sangre ni tripas por aquí.

Beatrice y Celeste subieron por la escalera y Hugh se alegró de no haberse equivocado: Beatrice olía a rosas y a flor de lima. Celeste estaba envuelta por un leve perfume a jabón y polvos de talco, y ninguna de las dos mostraba el más mínimo indicio de los festejos de la noche anterior.

—Bienvenidas —dijo—. ¿Cómo han sabido que estábamos aquí?

—Le he pedido a Jenny que se ahorrara los ceremoniales y nos acompañara directamente allí donde estuvieran —le explicó Beatrice—. Llegamos un poquitín temprano y confiaba en que estuvieran aquí para poder mostrarle a Celeste su guarida.

—Bienvenida, señorita Celeste —dijo Hugh—. Pongo a su disposición mi humilde estudio.

—Es todo un privilegio —respondió Celeste—. Quiero ver los pollos muertos. Daniel se echó a reír y Hugh confió en que la presencia de las damas le ayudara a recuperar la serenidad. Pero Daniel se mostró incapaz de contener su angustia.

—Craigmore se ha ido —espetó—. Mi amigo se ha marchado antes del desayuno.

—Es una lástima, pues seremos menos a comer —repuso Beatrice—. Aunque confío en que no haya sido por alguna mala noticia en su familia.

—Seguro que no hay ningún problema —contestó Hugh, encantado de que la respuesta de ella hubiese sido igual que la de él—. Tengo intención de pedirle a mi tía Agatha que pregunte al respecto a lady Emily, para estar más tranquilos.

—Es terrible —le dijo Celeste a Daniel—. ¿Cómo es posible que su amigo se haya marchado sin comunicárselo?

—Es justo lo que he pensado yo —respondió Daniel—. Estoy preso de la agonía de la incertidumbre. *L'angoisse du doute*.

—Marcharse sin decir nada no es correcto, en los tiempos que vivimos —insistió Celeste—. Podría haber pasado cualquier cosa, *n'est-ce pas?*

—Por fin alguien que me entiende —exclamó Daniel, lanzándole una mirada a Hugh.

Hugh esbozó una mueca de exasperación mientras Daniel y Celeste se dirigían a los dos sillones, en los que tomaron asiento y prosiguieron, durante unos minutos, comentando las circunstancias de la marcha de Craigmore, hablando en voz baja y en tono apremiante, y utilizando una curiosa combinación de inglés y francés.

—Estoy segura de que la explicación es muy sencilla —le dijo Beatrice a Hugh—. Tal vez debiéramos excusar nuestra presencia y evitar a su tía la necesidad de recibirnos.

—No me dejen, por favor, comiendo a solas con Daniel en su estado de agonía actual —rogó Hugh—. Me dará una indigestión.

Beatrice se echó a reír y Hugh escuchó el eco de la música de la noche anterior y tuvo que contener el impulso de cogerla entre sus brazos para volver a bailar.

—Me parece bien —dijo ella—. Además, le dijimos a la señora Turber que comeríamos fuera y en la cocina de esa casa es difícil que se prepare comida de manera improvisada.

Tía Agatha estaba en el pequeño porche cubierto de la planta superior, donde pasaba muchas mañanas sentada detrás de su escritorio, en batín y zapatillas, redactando cartas y leyendo revistas. El tío John, sentado junto a la ventana, fumaba en pipa y repasaba los periódicos para conocer las noticias sobre las carreras de la última semana. Hugh llamó a la puerta y entró.

—¿Voy tarde? —preguntó tía Agatha—. Quería acabar un par de notas antes de que llegaran todos.

—Celeste y Beatrice ya han llegado —contestó Hugh—. Pero Celeste está charlando con Daniel y a Beatrice le apetecía dar una vuelta por el huerto.

—Pues mejor que vayamos vistiéndonos —dijo su tío.

—¿Has escrito ya la nota de agradecimiento para lady Emily? —preguntó Hugh.

Intentó fingir despreocupación, pero por la mirada directa que le lanzó su tía comprendió que se había pasado.

—Estaba escribiéndola justo ahora —respondió Agatha, enarcando una ceja.

—Al parecer, la condesa se ha marchado precipitadamente esta mañana —le explicó Hugh—. Y se ha llevado a Craigmore con ella sin comunicárselo a nadie.

—Parece un poco repentino —observó tío John.

—Daniel se habrá llevado un disgusto —dijo Agatha—. Estaba muy contento de tener a su amigo aquí.

Hugh intentó afrontar su mirada con una expresión sincera.

—No tanto —contestó—. Esperemos que no sea una emergencia familiar. Tal vez lady Emily podría tranquilizarnos al respecto.

—Parece un gesto descortés después de todas las molestias que se ha tomado lady Emily para recibirlos, aunque, claro está, seré discreta y me limitaré a expresar nuestra preocupación por la familia de lady North —dijo Agatha.

—Por lo que parece, Harry y Eleanor tampoco podrán venir a comer —continuó Hugh—. Ya se lo he comentado a la cocinera.

En cuanto Hugh se marchó, Agatha cogió la pluma y, después de dudar unos instantes, redactó una breve línea expresando su preocupación por la condesa y su comprensión por el desorden que una partida tan apresurada debía de suponer para cualquier anfitriona.

Mientras la releía, John dobló el periódico y se sacó la pipa de la boca.

—Era de esperar, ya se sabe —comentó.

—¿El qué? —preguntó Agatha.

—Es el hijo de un conde —respondió John—. No es muy recomendable que

haga sus pinitos en el mundo de las artes estando esta guerra en marcha.

—Estoy de acuerdo —dijo Agatha—. Pero no veo la necesidad de ordenar al chico que se marche de aquí.

—Hay cosas que es mejor cortar de raíz —replicó John—. Y creo que ha llegado el momento de que también Daniel siente un poco la cabeza.

—Estoy tan preocupada como tú por el futuro de Daniel —rebatía Agatha—. Pero tiene bastante más talento de lo normal, John. Lo ha dicho Tillingham.

—Tillingham es un viejo sibarita con intereses particulares.

—¡John! —exclamó Agatha—. Te equivocas. He tenido que consolar a varias damas conocidas después de que el señor Tillingham se mostrara de lo más descortés con respecto al talento de sus hijos. Y algunos de ellos son incluso más guapos que Daniel.

—¿Admites entonces esa posibilidad? —preguntó su esposo.

—Esta mañana estás espantoso —comentó Agatha—. Compórtate con seriedad por un momento, John. ¿De verdad no piensas que Daniel tendría que seguir adelante en el mundo del arte? Podríamos estar ante el nuevo Coleridge.

—Me parece que ahora está más de moda el señor Kipling —dijo John—. Además, Coleridge vivió en la pobreza y mantenido por la caridad de sus amistades.

—A lo mejor piensas que debería ser cartero, como Trollope —replicó Agatha.

—Te olvidas de que esto no depende de nosotros —señaló John, en tono amable.

Dobló el periódico para guardarlo en el fondo de una cesta. Le gustaba leer una y otra vez ejemplares antiguos y los rotaba con cuidado para que, por mucho que los artículos le sonaran, hubiera olvidado ya los detalles concretos. Aunque a Agatha le dolía que el personal de la casa pudiera considerarlo tacaño por esta costumbre, John no lo hacía para ahorrar dinero, sino porque leer artículos sobre carreras ya ganadas y caballos destinados tiempo atrás a sementales le relajaba después del flujo constante de crisis que dominaba su vida laboral. Y ya que tenía pocos vicios que pudieran provocar las quejas de una esposa, Agatha encontraba adorable aquella costumbre. Ella no tenía los mismos gustos y gastaba una cantidad excesiva de su paga doméstica en revistas semanales como *The Gentlewoman* y *Country Life*, a las que recientemente se habían sumado los periódicos ilustrados menos vulgares.

—Creo que Daniel hará lo que quiera a pesar de su padre —dijo Agatha—. O incluso precisamente para fastidiarlo. Me gustaría pensar que podríamos influir y

mediar entre ellos.

—Mejor que te mantengas aparte del tema, Agatha —le recomendó John—. Ya lo hemos hablado muchas veces. Hace tiempo acordamos mantenernos en nuestro papel de tío y tía tanto de Hugh como de Daniel.

—Sí, pero...

—Nada de «peros», querida —dijo John. Su voz seguía amable como antes, pero Agatha comprendió que no debía llevarle la contraria—. He informado al padre de Daniel de la ayuda que puedo ofrecerle, y no ofrecerle, en cuanto a conseguirle a su hijo un puesto en el servicio civil o diplomático. No puedo brindarle ningún tipo de ayuda en forma de carrera literaria, de modo que ni siquiera sabiendo que eso iría en contra de las intenciones de su padre podría prestarle mi ayuda en ese sentido.

—Quiere poner en marcha una revista sobre poesía.

—Si quisiera un puesto militar, podría tocar algunas teclas —replicó John—. O eso al menos es lo que piensa la gente, a juzgar por las docenas de peticiones que estoy recibiendo.

—No, eso ni lo menciones —dijo Agatha—. ¿No tenemos acaso bastante con que Hugh se haya alistado?

—Muchos de nuestros jóvenes aristócratas se están lanzando de cabeza a la acción —observó su marido—. En los meses venideros podrán hacerse grandes carreras y fortunas. Creo que Hugh ha sido inteligente al decidir seguir el consejo del cirujano.

—Ni se te ocurra decirle eso a Daniel —señaló Agatha—. Viviría en un estado de preocupación constante.

—En ese caso, no lo sacaré a relucir —convino John—. Y tú, a cambio, dejarás que el chico y su padre hablen sobre su futuro.

—Tengo que hacer llegar esta nota a Emily Wheaton —dijo Agatha—. No esperaré al correo. Enviaré directamente a Smith.

En comparación con el aire marino y los prados verdes de Sussex, Londres resultaba irrespirable bajo el polvo acumulado durante el largo verano. Después de haber recibido una crítica nota de Craigmore en la que informaba de que el martes por la mañana estaría en casa pero que no podría ir a visitar el hospital de Hugh, los dos primos habían decidido considerarse invitados a visitarlo y acababan de cruzar las formidables verjas y el espléndido patio de la mansión londinense de lord North en gran parte porque Hugh iba de uniforme y,

últimamente, el uniforme generaba respeto y abría puertas. Los habían hecho pasar a una pequeña antecámara con paredes cubiertas con paneles de roble. Estaba amueblada solamente con varias sillas pequeñas y rígidas, una chimenea vacía con repisa de hierro forjado y, entre dos ventanales, un imponente busto de malaquita verde de Cromwell sobre un pedestal del mismo material, esculpido de forma tan recargada con vides y flores que con toda probabilidad el mismo Cromwell lo habría hecho destruir. Hugh desconocía que hubiera algún tipo de parentesco entre la familia de lord North y Cromwell. Tal vez, pensó, no había ninguno y ese era el motivo por el cual aquella fea reliquia de familia había sido destinada a un purgatorio de roble para intimidar a los invitados no deseados. Daniel recorría de lado a lado las cuatro esquinas de la estancia como si quisiera tomar medidas para una alfombra. Con las manos unidas a la espalda y los hombros caídos, su aspecto era tan penoso como el de Cromwell, y estaba casi igual de verde. Hugh confiaba en que su primo fuera capaz de conservar la dignidad.

—Mostrarse ansioso no sirve de nada —le dijo en voz baja—. Y recuerda, cualquier mención del periódico por tu parte parecería más cuestión de dinero que de amistad.

—Me importan un comino tanto el periódico como el dinero —replicó Daniel.

—Lo sé —contestó Hugh—. Tú mantente callado y deja que Craigmore nos cuente qué está pasando.

Daniel se acercó a estrecharle la mano a Hugh.

—Gracias, primo —dijo—. Ese ceño fruncido que luces con carácter permanente me ayuda a recuperar la sensatez.

—No luzco ningún ceño fruncido con carácter permanente —protestó Hugh. Se miró un instante en el espejo alargado que había sobre la repisa de la chimenea y modificó conscientemente la expresión hasta alcanzar una media sonrisa que suavizaba las arrugas que se marcaban entre sus ojos. Recolocó también la gorra que llevaba bajo el brazo—. O, al menos, no frunciría tanto el ceño si no me estuvieras siempre dando motivos de preocupación.

—Soy más que capaz de gestionar mis asuntos, que lo sepas —replicó Daniel, con cierta petulancia de colegial en su tono de voz.

—Esta mañana has llegado a la estación sin dinero —le recordó Hugh.

—Te agradezco mucho haberme avanzado el importe del billete —repuso Daniel—. No creo que hubiéramos podido conseguir asiento de no estar tú en el ejército.

—Confiemos en que luego puedas volver a casa —dijo Hugh—. Es como si la

prioridad para las tropas se hubiera apoderado del ferrocarril.

—Ahora recuerdo que he estado utilizando algunos billetes como marcapáginas. Creo que al salir corriendo me he dejado todo el dinero metido en mi ejemplar de Longfellow. —Reconocer su insensatez sirvió para mejorar el estado de ánimo de Daniel—. Todos los poetas tendrían que tener asignado un Hugh para que cuidara de ellos.

—Gracias —dijo Hugh, volviendo la cabeza al oír pasos en el pasillo—. Siempre quise ser ayuda de cámara.

Se abrió la puerta, empujada por un criado, y Craigmores hizo su entrada con la rígida dignidad de un embajador obligado a recibir a un grupo de dignatarios coloniales de baja categoría. Con la barbilla alta y la boca cerrada, su aspecto estirado quedaba acentuado por la lana gruesa de un uniforme azul tan nuevo que ni siquiera tenía arrugas en los codos. Llevaba unas botas relucientes y caminaba despacio, como si le apretaran por todas partes, y sujetaba bajo el brazo una gorra azul con resplandeciente visera negra. En solo dos días, su labio superior había adquirido el sólido apoyo de un incipiente bigote y solo su cabello rubio, cortado pero con un rizo todavía insistente, perturbaba la figura militar.

—¡Dios mío! ¿Acaso vas a actuar en una representación de *H. M. S. Pinafore*? —preguntó Daniel con una carcajada. Su rostro era todo sonrisas y la ansiedad se había evaporado de repente ahora que su amigo había hecho acto de presencia—. ¿Pero qué te han hecho?

—Hugh, Daniel, me alegra que hayáis venido —dijo Craigmores—. Aunque me temo que no dispongo de mucho tiempo. Mi madre ofrece una comida.

Le dio la mano a Hugh y luego a Daniel, que se la estrechó a su vez con ambas manos.

—No sabes cuánto me alegro de verte —contestó Daniel.

Craigmores retiró la mano con educación y se la llevó a la espalda. Se ruborizó y se balanceó levemente sobre los talones, como si estuviera estudiando qué decir a continuación. Les indicó las sillas y Hugh obedeció y tomó asiento. Daniel se quedó de pie.

—Quería disculparme por haber partido de Sussex de un modo tan apresurado —continuó Craigmores—. Fue imperdonablemente grosero, pero no dispusimos ni de un momento para escribir una nota. Recibimos un telegrama a primera hora de la mañana y mi madre y yo salimos corriendo hacia el tren.

—Nos alegramos de que lady Emily nos informara de que no se había producido ninguna tragedia —dijo Hugh, pronunciando la frase en un tono que la dejaba a medio camino entre una afirmación y una pregunta.

—No, fue más bien una oportunidad que había que aprovechar —respondió muy despacio Craigmore—. Un viejo amigo de mi padre se brindó para hacerme un favor, pero iba a estar en Londres poco tiempo y nos vimos obligados a regresar rápidamente a la ciudad.

—¿Sin siquiera una palabra para tus amigos? —preguntó Daniel.

Seguía de pie detrás de Hugh y este notó que se sujetaba con fuerza al respaldo de madera de la silla.

—Confieso —dijo Craigmore— que ni siquiera disponiendo de un momento habría sabido qué escribir. —Respiró hondo y miró a Daniel a los ojos—. Mi buena suerte implicaba desterrar todas las ambiciones que albergábamos, amigo mío, y no podía, por mi honor, transmitir esa noticia a través de una carta.

—Por lo que parece, te han concedido un puesto militar —señaló Hugh, pasando con cautela a lo evidente y confiando en que el tono que estaba empleando impidiera una reacción violenta por parte de Daniel, que soltó la silla y se dejó caer en la otra.

Hugh no quería ni mirar a su primo. Y siguió hablando con Craigmore como si Daniel no estuviera presente en la sala.

—Sabía que te habías alistado en los Medical Corps, claro —le dijo Craigmore a Hugh—. ¿Estás ya incorporado?

—Llevo unas seis semanas de instrucción —le explicó Hugh—. En cuestiones militares, básicamente. Ya hemos pasado los exámenes finales.

—Los Royal Flying Corps —dijo Craigmore—. El uniforme está aún un poco en el aire, si me disculpáis el juego de palabras. Evidentemente, tendremos un equipo más adecuado para volar y las tareas diarias. Cuero y esas cosas. Luego tengo que pasarme por Burberry's a recoger un gabán, y llevaremos un casco de aviador muy bueno con anteojos, con los cristales pulidos a mano.

—No sabía que volabas —replicó Hugh.

—Este último año he estado practicando un poco. Este verano, en Florencia, volé con Daniel un par de veces —explicó Craigmore—. Es condenadamente divertido. Hay docenas de tipos en busca de un puesto, evidentemente, de modo que cuando mi padre me concertó una reunión con el comodoro..., la verdad es que no tenía el más mínimo interés en alistarme en una guerra ordinaria, pero los Flying Corps, eso es lo más novedoso que existe. —Se ruborizó un poco más y añadió—: ¡Condenadamente divertido!

—¿Y el arte? —preguntó Daniel en voz baja y lastimera.

—Nunca fui tan buen pintor como pensaba Daniel —continuó Craigmore, dirigiéndose aún a Hugh—. Lo sabía, por mucho que él no quisiera reconocerlo.

—Se alejó del asiento, descansó un pie sobre la protección de la chimenea y apoyó un brazo en la repisa—. Nunca pasaría de ser alguien a quien los demás toleran por su dinero y sus relaciones.

—Yo nunca te consideraré así —replicó en voz baja Daniel.

—Lo sé, lo sé —dijo enseguida Craigmore, arriesgándose a lanzar una rápida mirada en su dirección—. De lo único que te acuso es de haberte dejado cegar por..., por la amistad.

—¿Y qué pasa con esta amistad? —quiso saber Daniel—. ¿Tenemos que descartarla y dejarla en meros conocidos?

—Mi padre dice que estos momentos exigen hombres, no chicos sensibles —declaró Craigmore—. Los acontecimientos de los próximos días alterarán muchas amistades.

—¿Desde cuándo tenemos que hacer caso a nuestros padres? —preguntó Daniel—. ¿Acaso no compartimos una profunda aversión a su hipocresía calculada?

—Tertulias de café y manifiestos de estudiantes —respondió Craigmore—. Ha llegado el momento de hacernos mayores, Daniel.

—Yo me he hecho mayor este verano —dijo Daniel—. He descubierto la brújula que guía mi vida. Por desgracia, se ha roto. Y creo que debo girarla para que vuelva a su lugar.

—Siempre enfrentándote a la dura verdad con un símil o una metáfora —le reprochó Craigmore—. No tenemos ningún derecho el uno sobre el otro, Daniel. No he firmado ningún contrato. No he roto ninguna promesa que me convierta en foco de la mirada pública.

—No necesitábamos promesas —replicó Daniel.

—Me he comprometido a servir a mi país en momentos de necesidad —dijo Craigmore—. El patriotismo no admite discusión.

—Qué sandez —rebatía Daniel con amargura—. Tu padre te ha comprado la oportunidad de poder pilotar aviones caros y beber buen vino en compañía de otros hombres de alta cuna, y de ser admirado en los desfiles con tu cordón de plata y tus botas brillantes. Es teatro de aficionados del peor. Y no me cabe la menor duda de que aparecerás en los periódicos ilustrados más baratos.

—Me parece que no hay nada más que decir. —Craigmore se puso rígido como una columna y Hugh vio que apretaba con fuerza los dientes para contener el ligero temblor de la barbilla—. Confío en que sigamos siendo amigos. Si consigues recuperarte de las emociones de hoy y ser educado, me alegraré de recibir tu correspondencia.

—¿Dónde podremos localizarte? —preguntó Hugh, levantándose y sintiendo la protectora necesidad de sacar a Daniel de allí antes de que su primo acabara destruyendo aquella amistad por completo.

—En cuanto tenga una dirección militar, os la haré llegar. —Se oyeron voces en el pasillo y la risa de una mujer—. Si me disculpáis, veo que ya han llegado los invitados a la comida.

Pero antes de que a Craigmores le diera tiempo a marcharse, el mismo criado abrió la puerta y franqueó la entrada a una joven. Llevaba un vestido con falda ceñida de color azul, a la última moda, con galones negros y botones de latón en el corpiño, y un sombrero etéreo de grandes dimensiones. Sonrió con la certidumbre relajada de los privilegiados y, pese a no ser bonita, su conducta le daba un aire de atractivo refinamiento.

—El criado me ha informado de que estaba con amigos y estoy tan impaciente por conocer a todos los amigos de Craigmores que me he dicho que iba a cometer la atrocidad de entrar. —Le dio un beso en la mejilla a Craigmores y se colgó de su brazo—. ¿Me presenta, querido?

Craigmores parecía impotente, como un ayudante de cocina sorprendido con las manos en la masa en el acto de robar un pollo. Esbozó una sonrisa involuntaria, que vino a sumarse a su sensación de incomodidad. El joven adoptó una pose rígida.

—Señorita Charter, permítame que le presente al señor Hugh Grange y al señor Daniel Bookham. Señor Grange, señor Bookham... —Engulló una bocanada de aire antes de continuar—: Permítanme que les presente a la señorita Joy Charter, mi prometida.

Abandonaron la mansión en silencio y no hablaron hasta que se separaron delante de un pequeño pub donde Daniel y otros escritores solían reunirse. A Hugh no le gustaba la idea de dejarlo solo, pero Daniel insistió en que estaba bien y que la aparición repentina de una prometida de Craigmores no había sido un golpe para él.

—Más allá de la decepción que me he llevado al ver que, si quieres que te diga la verdad, parece un caballo —dijo Daniel.

Que Daniel hiciese un comentario tan grosero hablaba a voces de su rabia y su tristeza, pero Hugh no podía hacer otra cosa que dejarle entrar en aquel pub lleno de humo para que se entretuviera con amigos y whisky, puesto que llegaba ya tarde a su siguiente cita.

—Vendré a recogerte en cuanto termine —le aseguró—. Intenta refrenarte.

—Me dedicaré a platicar con mi prometida, la diosa de las lejanas islas escocesas —contestó Daniel—. Pero intentaré mantenerme recto, al menos mientras permanezca sentado en una silla.

En la casa de ladrillo rojo de sir Alex Ramsey, el papel pintado olía a cola seca y la gruesa alfombra turca desprendía un hedor a lana vieja. No había ventanas abiertas y daba la impresión de que aquel aire encerrado ya había sido respirado por otras personas. El mayordomo acompañó a Hugh a la planta superior, donde se encontraba el despacho privado del cirujano. El santuario estaba repleto de cuadros y esculturas antiguas de bronce. Estaba amueblado con varias butacas confortables y olía al cuero del escritorio situado junto a la ventana y bañado por el sol de la tarde.

—Adelante, hijo mío —dijo el cirujano, que estaba ocupado seleccionando un decantador de entre los varios que había en una bandeja—. Estaba esperándolo para darle buenas noticias.

Sin preguntar, sirvió dos copas y el aroma ambarino e intenso del coñac inundó la estancia.

—Dígame, por favor, que van a eliminar todos esos ejercicios de instrucción que son completamente superfluos para nuestro entrenamiento —contestó Hugh, tomando asiento en una rígida silla tapizada e intentando no mostrarse incómodo en su uniforme—. No me imagino lo mucho que alentaría a nuestros enemigos ver a un centenar de médicos pisándose mutuamente los pies y apuntando sus rifles de madera en dirección incorrecta.

—Me han dicho que no estamos dando muy buena impresión —replicó el cirujano, pasándole una copa—. Que tanta inteligencia suponga una barrera para maniobras de repetición tan sencillas como esas... Me pregunto si esto sugeriría un debilitamiento de aquellas partes del cerebro que no utilizamos para el estudio.

—Creo que más bien podría indicar una correlación entre la ausencia de condición física y haber elegido esa carrera —sugirió Hugh—. O tal vez sea que pensamos demasiado en lo que significa mirar hacia izquierda o derecha.

—Siga adelante, hijo, y en unas seis semanas estará ya en Francia —dijo sir Alex—. Tengo el enorme privilegio de comunicarle que ha superado los exámenes finales. Felicidades, acudirá al frente como cirujano de pleno derecho.

Levantó la copa y bebió el contenido de un solo trago.

—Estoy asombrado —repuso Hugh—. No me atrevía a confiar en haberlo conseguido.

—El primero de la clase, muchacho —dijo el cirujano—. Teniendo en cuenta que los exámenes se han adelantado varios meses, detecto más indulgencia de la habitual en las calificaciones, aunque le aseguro que usted los habría superado de todas maneras, como era de esperar.

—Gracias, señor —respondió Hugh—. Esto significa mucho para mí.

—En el futuro inmediato, mientras continuamos con los planes para el hospital, nos han pedido que distribuyamos a nuestros cirujanos de tal manera que tengamos la totalidad del frente cubierto. Me han asegurado, de todos modos, que nuestro grupo podrá seleccionar y elegir a sus propios pacientes, razón por la cual le pido que no permita que los administradores le fueren a atender casos de medicina general. Y cuidado con los ortopedistas. Se abren camino a codazos; son unos arribistas.

—Sí, señor —dijo Hugh.

—Elija los casos más útiles y guarde siempre una copia de las notas de todos ellos —añadió el cirujano—. Los casos solo serán de utilidad para el futuro de la ciencia mientras tengan notas que los respalden.

—Entendido —repuso Hugh—. Hay que trabajar con notas meticulosas.

—Siempre es buena idea tener un juego adicional de todas ellas —continuó el cirujano—. El que viaja con el paciente siempre es susceptible de acabar extraviándose, sobre todo si el paciente fallece.

—No le decepcionaré, señor —aseguró Hugh, levantándose para estrecharle la mano al cirujano.

Sir Alex lo miró fijamente y tosió para aclararse la garganta de un modo que indicó que tenía aún alguna cosa más que añadir.

—Son momentos muy complicados para todos, hijo mío, pero sobre todo para las señoras que dejaremos atrás —dijo. Por un momento, Hugh albergó la horrorosa idea de que su tía Agatha pudiera haber escrito a sir Alex—. Esto está siendo muy duro para mi hija, que está tremendamente angustiada por la inminente partida de muchos de sus amigos —añadió.

—No tenía ni idea —contestó Hugh.

La había visto brevemente durante la primera conferencia del cirujano, pero estaba tan ocupada con sus banderas y sus plumas que no había podido hacer más que regalarle su más deslumbrante sonrisa al verlo en uniforme.

—Detrás de su efusividad juvenil esconde admirablemente bien sus sentimientos —comentó sir Alex, y suspiró—. Se parece mucho a su difunta

madre.

Cogió de la mesa de despacho una fotografía en un marco de plata y le mostró a Hugh la imagen de su difunta esposa, que miraba al frente, sin sonreír, vestida de negro y con un collar de perlas, una Biblia en una mano y un pavo real paseándose de forma totalmente improbable por la balaustrada de piedra en la que estaba apoyada. Por mucho que la fotografía no sugiriera un historial familiar de efusividad, Hugh se sintió conmovido por el gesto. Sir Alex nunca le había contado hasta entonces ninguna anécdota de carácter personal.

—Se aprecia una belleza similar —dijo Hugh, y el comentario se vio recompensado por el destello de una emoción fuerte disimulada por una tos.

—La realidad es que vivimos tiempos excepcionales —señaló sir Alex—. Solo quería decirle que no me interpondré en su camino, hijo mío. No debemos titubear; no hay que dudar y hay que aprovechar la brecha, por decirlo de algún modo.

Cayó en un incómodo silencio, se acarició el bigote y se giró hacia la ventana, como si hubiera decidido no mirar a Hugh. Hugh supuso que sir Alex estaba hablando de Lucy, que estaba dándole permiso sin habérselo él solicitado. Que aquel ilustre hombre anticipara lo que tenía Hugh en mente no era una sorpresa, pero que le ofreciese su apoyo era un honor demasiado grande como para ser posible.

—La felicidad de la señorita Ramsey tiene que ser la principal preocupación de sus amigos —empezó a decir Hugh.

—Eso mismo le dije yo —replicó el cirujano—. Le dije que aceptaré lo que ella decida, sin tener en cuenta rango o excelencia, pero, si quiere que le sea sincero, me preocupa, Grange.

—¿Le preocupo yo? —preguntó Hugh, sorprendido con su propia franqueza.

—No, no, usted cumpliría perfectamente —respondió sir Alex—. Me preocupan un par de tipos más que, por decirlo de alguna manera, no tienen cabeza ni para lucir corona.

—¿Debo entender con ello, señor, que desea que la señorita Ramsey se case con quien ella desee? —preguntó Hugh con un tono más seco de lo que pretendía, tal vez porque no le había gustado que le dijera que «cumpliría» dada la dificultad del momento.

—No es que le dé exactamente carta blanca —dijo el cirujano—. Sino que sugiero acción inmediata por parte de cualquier pretendiente interesado. No quiero que se marche a Gales sin antes haber emitido la notificación de su compromiso. Ella teme quedarse aislada y arrinconada en medio del campo. Y,

francamente, tengo completamente decidido sacarla de Londres.

—No existe amenaza inmediata contra Londres —señaló Hugh. Se imaginó de repente a Lucy, con el más frívolo de sus vestidos, sentada en un oscuro salón galés en compañía de una tía anciana que echa cabezadas continuamente mientras hace calceta, su juventud y su frescura enterradas por completo y la lluvia aporreando los cristales de las ventanas—. Verse exiliada sería muy duro para ella.

—Tal vez no tengamos todavía zepelines sobrevolando el Támesis —replicó el cirujano—. Pero Londres, en tiempos de guerra, se transforma en un lugar de caos y libertinaje. Mi querida esposa siempre se negó a sentarse en un banco público del parque, pero ayer mi hija subió a un ómnibus y luego invitó a casa a tomar el té a tres jóvenes que había conseguido convencer para que se alistasen.

—Con su permiso, sería un honor poder hablar con ella —dijo Hugh—. E independientemente de lo que ella opine de mí, le doy mi palabra de que la animaré a tener en cuenta su seguridad por encima de todo.

—Gracias —respondió sir Alex—. Su tía vive en el corazón de Cardiff, no en un risco solitario sobre Snowdon. Tendrá suficiente vida social y ello me permitirá consagrarme a nuestra causa con la conciencia tranquila.

Hugh encontró a Lucy en el jardín, acurrucada en una silla de la pequeña glorieta. Las sillas estaban cubiertas con mantas, como si alguien pretendiera protegerlas del fresco otoñal que el calendario sugeriría. Pero hacía calor y solo el aroma fuerte y especiado de los ásteres indicaba el cambio de estación. Cuando Hugh se acercó, Lucy lo saludó extendiendo ambas manos.

—Está usted muy... elegante —dijo Hugh, inclinándose para besarla en cada mano.

Lucy iba vestida con un conjunto de falda y chaqueta de sarga de color azul, con charreteras de color granate y una banda roja y blanca cruzada. Llevaba el cabello recogido bajo un desenfadado sombrerito adornado con un alfiler con la bandera de San Jorge. Un uniforme encantador.

—Me alegro de que por fin haya venido a verme —contestó ella—. Un soldado con todas las de la ley y ahora también cirujano.

—Veo que ya se lo ha dicho su padre.

—Se lo sonsaqué —confesó Lucy—. Últimamente he aprendido a ser muy insistente.

—Ya lo veo.

—¿Le gusta mi uniforme? —preguntó, levantándose para alisarse la falda—. Mis amigas y yo hemos puesto en marcha una organización, la Brigada de Reclutamiento de San Jorge.

—¿Es necesario tener comités y reglamentos para repartir plumas? —preguntó Hugh.

—Ayer los del periódico nos hicieron una fotografía y la publicaron con el titular «¡Las chicas de Jorge!». Mire, Hugh.

Le enseñó un recorte de un periódico con una fotografía de gran tamaño en la que se veía a una docena de chicas en la parte posterior de un ómnibus saludando con la mano a la cámara.

—Se hará usted famosa —dijo Hugh. Sabía que aquella fotografía requería varios minutos de posado, razón por la cual el saludo se veía artificial—. Esa pobre chica del fondo no tiene brazos —añadió.

—Maisie se olvidó de quedarse quieta y, como saludó de verdad, los brazos le salieron borrosos —explicó Lucy, mirando la fotografía por encima del hombro de él.

—¿Y es posible que vayan todas maquilladas?

—No sea estirado, Hugh. Todo el mundo sabe que para una fotografía profesional es imprescindible un poco de maquillaje teatral —dijo ella—. Lo importante es que llamando la atención de esta manera estamos contribuyendo de verdad a la causa de la guerra.

—Ya, pero imagino que su padre no estará muy contento —replicó Hugh.

—No se la he enseñado —reconoció Lucy. Dobló la hoja de periódico y se la guardó en el bolsillo—. Ahora que lo hemos ayudado a reclutar a su centenar de médicos, no puede pretender que pare —prosiguió—. El país necesita todos los hombres que estén disponibles y nosotras podemos colaborar en ello.

—Que estemos en guerra no significa que debemos olvidar el decoro —dijo Hugh—. Estoy seguro de que lo único que le preocupa a su padre es su reputación.

—¿Por qué los hombres insisten en que la guerra es solo cosa de ustedes? —preguntó Lucy—. Las chicas no pensamos quedarnos sentadas en casa tejiendo mientras ustedes corren sus aventuras.

—La guerra no es ninguna aventura —rebatió Hugh.

Lucy lo fulminó con la mirada.

—Precisamente a eso me refiero —dijo—. En momentos de peligro nacional como el actual, hay que permitírnos colaborar.

—Lo siento —contestó Hugh—. Su padre y yo compartimos el deseo de

protegerla.

—Hablar como mi padre no es precisamente el rasgo más atractivo de un joven —señaló ella.

—Soy un idiota —dijo Hugh, golpeándose la frente con el puño en un gesto de falsa desesperación mientras ella se reía de él—. Cuénteme sus aventuras —añadió, esperando de todo corazón no escuchar más que una lista de actividades banales.

Pasearse por Londres a bordo de un ómnibus alquilado y convenientemente decorado era, al parecer, la actividad principal del grupo. Las habían invitado también a presentarse en el Albert Hall y habían asistido a una cena con fines de reclutamiento que se había celebrado en Whitehall, pero lo del ómnibus había sido la actividad que más había emocionado a Lucy.

—Y el mes que viene habrá una fiesta en los jardines de palacio y formaremos una guardia de honor en la puerta antes de sumarnos al acto, cada una con un ramillete de rosas de té.

Suspiró.

—Suena todo muy emocionante —comentó Hugh, reprimiéndose de preguntarle dónde pensaban encontrar rosas de té en pleno octubre.

—No puede llegar a imaginarse lo emocionante que es hacer algo importante para el mundo —dijo ella muy seria y uniendo las manos para subrayar su entusiasmo—. Resulta mucho más gratificante que copiar notas de casos clínicos, responder correspondencia como una empleada o tener que sacar el polvo de la consulta de mi padre porque no se fía de la criada.

Parecía tan triste que Hugh se sintió impulsado a cogerle las manos. Un rayo del sol de media tarde se filtró entre los tejados y salpicó el cabello de Lucy, tiñéndolo de un dorado rosáceo, y de entre sus turgentes labios, sanos y jóvenes, escapó un suspiro. Hugh notó que le temblaban las manos y que la chaquetilla aumentaba de volumen al inspirar aire profundamente.

—No tenía ni idea de que fuera usted tan infeliz —señaló.

—Hasta que no me case, debo cumplir con mi deber para con mi padre —contestó ella—. Pero confío en usted, Hugh, y le confieso que deseo huir hasta del olor de esta consulta.

—Se merece usted vivir sus aventuras —afirmó Hugh—. Se lo merece todo.

Lucy bajó la vista y se ruborizó. Permanecieron sentados en lo que Hugh confiaba que fuese un silencio de entendimiento e intentó buscar las palabras para una declaración formal.

—Supongo que sabe que le he prometido a mi padre que, si me comprometía

en matrimonio, iría a Gales y me quedaría allí con mi tía —dijo Lucy en voz baja.

—Sería un alivio para ambos saber que está usted sana y salva en el seno de la familia —respondió Hugh.

—Pero el mes que viene es la fiesta en los jardines reales —prosiguió ella. Sus labios turbadores esbozaron un mohín—. ¿Comprende mis dificultades? —añadió.

—Como futura desposada, tendrá otras preocupaciones que atender —señaló Hugh, sonriendo—. Me gustaría pedirle... —empezó a decir.

—No, no, no me lo pida, Hugh —le interrumpió ella, retirando las manos para agitarlas hacia él, como si estuviera ahuyentando a un perrito—. No deseo decirle que no, pero si me traicionara diciendo que sí, tendría que marcharme muy lejos. Lleguemos a un entendimiento sin palabras, sin promesas.

—¿A qué tipo de entendimiento? —preguntó él—. ¿Y qué quiere que le diga a su padre?

—Lo único que le pido son unos meses, Hugh —respondió ella—. Entonces tendrá todo lo que quiera. Un día, todo esto puede ser suyo —dijo, moviendo la mano en dirección a la casa hacia la que acababa de expresar su más declarada aversión.

—Lo único que pido yo es tenerla a usted —contestó él, preguntándose si ella estaría realmente dispuesta a vivir con él en un piso alquilado en Old Brompton Road o en una casita en el tipo de barrio remoto que podía permitirse pagar un joven cirujano.

—Su integridad es una de las cualidades más atractivas que posee, Hugh —comentó ella—. Y no todos los hombres la tienen.

Lo dijo tan seria que él no pudo evitar reírse.

—Confío en que no descubriese esta verdad en un ómnibus —dijo.

—¡Oh, Hugh! —exclamó ella, dándole un cachete en broma—. Es precisamente por esto que lo adoro.

Hugh se sorprendió a sí mismo al ver que, en vez de quedarse desolado por el deseo de Lucy de retrasarlo todo unos meses más, se sentía curiosamente contento, e incluso algo aliviado, por poder continuar tal y como estaban. Imaginó que debía de ser porque la guerra inspiraba a la gente a aferrarse a la vida que tenía en aquel momento. Sin previo aviso, pasó por su cabeza una breve imagen de las risas y los bailes en aquel campo de lúpulo de Sussex. Intentó ignorarla y, durante la media hora siguiente, siguió prestando atención a Lucy y a su relato sobre la transformación que había experimentado su vida en Londres.

En contraste con el resplandor del día soleado, la penumbra y el aire viciado de aquel pequeño pub con vigas oscuras eran casi impenetrables, y el olor a hígado frito y a cerveza rancia se aferraba a la garganta junto con el humo de una infinidad de pipas y puros. Grupos de estudiantes, pasantes y vendedores se apiñaban junto a la barra de cobre y Hugh se abrió paso con cierta dificultad hasta el lugar donde su primo y dos amigos formaban un círculo alrededor de un barril que hacía las veces de mesa y donde estaban comiendo pastel de carne con la elegancia de los estibadores del puerto. Daniel estaba en mangas de camisa, la corbata guardada en el bolsillo, y lucía una mancha oscura de licor justo encima del corazón. Junto al plato, tenía una pinta de cerveza y una copa de whisky pegajoso y, sin abandonar el acalorado debate, uno de sus acompañantes se levantó y rellenó hasta el borde las copas de whisky.

—¡Por la poesía y la muerte! —gritó, y levantó la copa para beberse el contenido de un trago.

—¡Por la poesía que trasciende la muerte! —proclamó el otro, apurando también la copa y retirando a continuación el plato.

—¡Por la poesía por encima de todo! —brindó Daniel, y habría bebido la copa entera de no haber llegado Hugh para agarrarlo por el brazo.

—Hola, primo —dijo.

—Hu-Hugh —contestó Daniel, pronunciando con cierta dificultad el sonido de la «h»—. Llegas justo a tiempo de brindar por el rey. ¡Nos vamos al ejército!

—¡Por el rey! —exclamó el amigo que sujetaba la botella. La levantó y bebió directamente de ella.

—¡Por la patria y el rey! —gritó el otro, incapaz de levantarse del asiento.

—¡Por el rey!

El pub estalló en vítores y Hugh no logró hacerse oír entre el coro que entonaba *Land of Hope and Glory*, afortunadamente abreviada por la incapacidad del público de recordar más que las cuatro líneas del estribillo. Cuando los cánticos se apaciguaron, Hugh tomó asiento en un taburete y le pidió a una camarera una ración de pastel de carne y riñones.

—Por un oficial, hago cualquier cosa, cariño —dijo la chica, guiñándole seductoramente el ojo.

—Solo el pastel, sin guisantes ni puré —añadió Hugh.

—Hugh, te sentirás muy orgulloso de mí —aseguró Daniel—. Mi padre se sentirá orgulloso. Mis amigos, los que me queden en este mundo cruel —sacó

entonces la corbata del bolsillo y se secó los ojos con ella—, se sentirán orgullosos. Nos vamos a la guerra, Hugh. Nos vamos... «Por el valle de la muerte cabalgaron los quinientos».

—Los seiscientos —corrigió el amigo que no podía levantarse de la silla.

—¿Qué dices, Tubby? Hugh, te presento a mi amigo Tubby Archer.

—Seiscientos... La Brigada ligera... Seiscientos —insistió Tubby.

—¿Seiscientos? Mierda, eso son muchos caballos —dijo el otro amigo, que acunaba ahora la botella como si fuese un bebé.

—Longshanks, amigo mío, lo son, efectivamente, y eso es..., es...

A Daniel le entró tal ataque que no podía ni hablar, se quedó con la boca abierta y llorando de la risa.

—Dice el dueño que se calmen un poco, ¿podrán, caballeros? —advirtió la camarera, sirviéndole un pastel de carne humeante a Hugh.

—Disculpe —dijo Hugh—. A lo mejor podría traerles un poco de café.

—¡No, no, no! —exclamó Daniel, moviendo el dedo en gesto amenazante—. Vamos a alistarnos en el ejército de Su Majestad y no queremos ir sobrios.

—No queremos ir sobrios, si es que acabamos yendo —cantaron los tres amigos.

—Disculpe —volvió a decir Hugh.

—No pasa nada —contestó la camarera—. Déjelos que griten todo lo que les venga en gana, los pobres. Cuando se despierten a las órdenes del sargento mayor estarán mucho más calladitos.

Le guiñó otra vez el ojo a Hugh y se marchó. Daniel empezó entonces a gimotear y decir:

—Vuelve, Peggy de mi corazón. ¡Te amo!

Los tres amigos se apaciguaron e iniciaron una interpretación más sosegada y armoniosa de *Peg o' My Heart*, respetando, muy de vez en cuando, el tono de la canción. Se tranquilizaron lo bastante como para que Hugh pudiera darle unos cuantos bocados al pastel y disfrutar de un buen trago de cerveza fuerte. Cuando hubieron terminado, los tres entraron en un estado sensiblero y parecían a punto de romper a llorar, una leve mejoría con respecto a los gritos beodos de antes.

—¿Qué es todo eso de alistarse? —preguntó Hugh—. Te tenía por un pacifista.

—No, no soy pacifista, soy un poeta —respondió Daniel—. Pero ha llegado el momento, primo, ha llegado el momento de demostrar a gente de ese estilo que los hombres de verdad, la valentía de verdad, se halla en las trincheras.

—¿Así que piensas alistarte en la infantería? —preguntó Hugh, sin poder

disimular una sonrisa al imaginarse al escrupuloso Daniel en una trinchera enfangada.

—Longshanks..., te presento a Bill Longshanks, del Círculo Poético de Greater Pimlico, pues resulta que Longshanks tiene un tío que puede meternos en el regimiento de los Artists Rifles. Oficial de instrucción. Solo poetas y artistas. Nada de diletantes ricos, sino única y exclusivamente artistas de verdad con la misión de describir nuevas formas de valentía y construir, con la ayuda de sonetos y pinceles, una nueva hermandad de artistas-soldados. —Hizo una pausa, durante la cual fijó la mirada en la jarra de cerveza y, al descubrir que estaba aún medio llena, la levantó como si fuera a brindar otra vez—. Esta misma tarde nos vamos, chicos.

—Creo que antes tendrías que recuperar la sobriedad. Es posible que, con la cabeza despejada, lo veas todo bastante distinto.

—No, no, me arrojaré al valle con los caballos —proclamó Daniel—. No hay tiempo que perder.

—No hay caballos —precisó Longshanks—. Solo rifles y esas cosas. Hay que ir en tren. Sale a las cuatro en punto de Kings Cross.

—Me necesitan, Hugh —dijo Daniel—. Necesitan un editor para el periódico del regimiento.

—Daniel Bookham es el hombre que escribirá nuestra historia en versos épicos —declaró Longshanks.

—Trabajaré a la luz de una sola vela en mi búnker, incluso bajo una cortina de fuego —dijo Daniel—. Y cuando suene la corneta al final de la jornada y retiren los cuerpos destrozados víctimas de la carnicería, me encontrarán a mí, con el último ejemplar pegado al pecho...

Se secó una lágrima y, junto con sus amigos, bajó apesadumbrado la cabeza para lamentar ya la destrucción del regimiento.

—Me parece que estás poniendo el carro delante del caballo, por mucho que no haya caballos —dijo Hugh—. No es una decisión que deba tomarse estando borracho.

—Es la mayor aventura de nuestra época —replicó Longshanks, que no estaba tan borracho como le había parecido a Hugh de entrada—. ¡Es el lienzo definitivo y los segundones no están invitados!

—¡Escuchad, escuchad! —gritaron a coro Daniel y Tubby Archer.

Hugh comprendió, con desazón, que los susurrantes reclutadores recurrían a estratagemas sin fin; que el elogio y el insulto, las perspectivas profesionales y el amor, el honor familiar y el brillo dorado y resplandeciente de la oportunidad

servían a todos los efectos para reclutar y vestir de caqui a todo tipo de hombres.

—Yo me he alistado, de modo que soy el último que podría disuadirte de esta idea —dijo Hugh—. Pero antes de hacerlo pedí permiso a mi padre y la bendición de mi madre y tú, primo Daniel, harás lo mismo, y creo que deberías avisar también a tío John y a tía Agatha.

—Podríamos ir mañana —propuso Tubby—. En el primer tren, lo que nos da tiempo suficiente para una buena comida y solucionar asuntos pendientes.

—Mañana está bien —dijo Longshanks—. Pero de todos modos le mandaré hoy un telegrama a mi tío para comunicarle nuestras intenciones, y espero que no me hagáis quedar como un mentiroso escaqueándoos a última hora.

—¿Y qué pasará con tu casera, Tubby? ¿No descubrirá tus intenciones con este retraso? —preguntó Daniel—. Tenía entendido que pensabas largarte saltando por la ventana de atrás.

—Haré las maletas y me marcharé por la puerta principal —declaró Tubby—. Informaré a la señora sobre mis planes con la máxima seriedad y le prometeré una libra de la carne que me dará la paga del rey.

—Mejor que tengamos un cabriolé esperando —sugirió Daniel—. Por si debemos salir con prisas.

—Tengo tiempo para acompañarte a casa de tu padre —le dijo Hugh a Daniel—. ¿O pasamos por su club por si está por allí?

—No es necesario —contestó Daniel—. Bastará con que le haga llegar una nota a través del correo de la noche. Mi padre se quedará entusiasmado cuando reciba la noticia.

—En ese caso, tendríamos que ir a ver a tío John en el ministerio —dijo Hugh—. Tengo la sensación de que necesitarás su ayuda para explicarle a tía Agatha que su sobrino favorito se marcha a la guerra.

—No soy el favorito, el favorito eres tú —replicó Daniel. Se giró hacia sus amigos—. Creen que él es el inteligente, con su ciencia y su medicina, y que yo no soy más que un pobre poeta sin un céntimo.

—Te apuesto lo que quieras a que no puedes repetir tres veces «pobre poeta sin un céntimo» sin escupirle cerveza a todo el mundo —dijo Hugh—. Anda, mejor que vayamos yéndonos, Daniel.

Agarró a su primo por el brazo y, con muchas protestas por parte de los amigos y después de acordar a voces un montón de cosas que no tenían ningún sentido, Hugh sacó prácticamente a rastras a Daniel del pub y tiró de él para ir en busca de un autobús que los llevara a Whitehall.

La casita de Algernon Frith y Amberleigh de Witte era un edificio bajo con techo de paja situado en medio del campo y protegido por un jardín completamente desatendido. Las ventanas pintadas de verde estaban desconchadas y el moho otorgaba un tono grisáceo a los aleros y las paredes enyesadas. La verja de entrada, también de color verde y con los soportes podridos, estaba abierta y había una bicicleta tumbada en un porche en el que destacaban dos macetas grandes de cerámica vidriada de color azul intenso con flores de tonalidades mediterráneas, rojo, rosa y naranja. El aire de dejadez de la casita podía inspirar desdén pero a Beatrice, que se acercaba con Celeste por un camino de acceso estrecho y cubierto de hierba, le pareció curiosamente romántica. En aquel momento, una chica se asomó a la puerta y las saludó.

—Pasen, señoritas, por favor —dijo, casi sin aliento y mirándolas con los ojos muy abiertos, como si no estuviera acostumbrada a los invitados—. La señora está en el jardín de atrás.

Recorrieron un pasillo y emergieron a un jardín sombreado por árboles que se inclinaban bajo el peso de ancianas parras. Amberleigh de Witte estaba debajo de una pequeña pérgola situada junto a un estanque, recostada en una tambaleante tumbona de mimbre. Llevaba un vestido de tarde suelto de color verde y el cabello, sujeto solo por una cinta estrecha, le caía sobre el hombro izquierdo. Estaba escribiendo en un libro grande encuadernado en cuero y no se levantó cuando Beatrice y Celeste se acercaron, sino que se limitó a mover una larga y fina mano y a decirles:

—Vengan, tomaremos el té. He pedido champán, pero está todavía enfriándose en la fresquera.

Sobre la mesita de madera que tenía su lado, una tetera silbaba sobre el quemador y un juego de tazas blancas y azules de porcelana antigua esperaba a ser llenado. Un soporte para pasteles mostraba el surtido habitual de sándwiches y panecitos de roca, que se habían vuelto muy populares como consecuencia de la escasez de azúcar. Pero en una bandeja de cerámica había además un

resplandeciente pastel de cerdo. Y encima de un viejo tonel había un cuenco con lo que parecían muslos de pato confitados, recubiertos con grasa amarilla, custodiados con embelesada atención por un spaniel, cuyo morro rozaba casi el borde del recipiente. Copas de champán y una botella oscura con un licor desconocido completaban la pródiga y poco convencional escena del té.

—Ha sido muy amable al invitarnos —dijo Beatrice.

La nota que había recibido, escrita en papel de carta de color azul claro perfumado con aroma de lirio, reiteraba la esperanza de Amberleigh de Witte de que Beatrice le trajera alguno de sus escritos. Una propuesta de aquel calibre por parte de una autora tan destacada fue como un bálsamo para las maltrechas esperanzas de Beatrice y, en consecuencia, se había esforzado por elegir lo mejor de su escaso arsenal de poemas originales y borradores. Cualquier indicio de duda, cualquier posibilidad de que Agatha Kent no considerara correcta la idea de visitar a una mujer cuya mala reputación era equiparable a su renombre, no era nada en comparación con la emoción de haber recibido la oferta de compartir con ella su trabajo.

—Veo que me ha traído algunas páginas para leer —observó Amberleigh, dejando a un lado su libro y su pluma y señalando la carpeta de cartón que Beatrice sujetaba bajo el brazo.

—No me atrevía ni a recordárselo —contestó Beatrice, ruborizándose ante la posibilidad de mostrar la habitual falsa modestia de un estudiante nervioso ante la mirada castaña y penetrante de Amberleigh.

—Con una tarde tan espléndida, creo que prefiero leer su trabajo que seguir escribiendo el mío —comentó Amberleigh, volviendo la cabeza hacia el estanque para gritar—: ¡Johnny, Minnie, tenemos visita!

Sorprendida, Beatrice buscó con la mirada al hombre cuya presencia no esperaba, pero al otro lado del estanque solo vio a la señorita Finch, la fotógrafa, agazapada entre unos juncos. Iba vestida con un guardapolvo largo y bombachos para montar en bicicleta remetidos en las botas. Un sombrero de fieltro de tamaño considerable protegía tanto su cabeza como la cámara.

—¡Ya vamos! —respondió la señorita Finch, saludándolas con la mano—. Solo una más, Minnie. Esta vez medio girada hacia mí.

Minnie Buttles emergió de debajo de lo que a Beatrice le habían parecido unos matorrales y salió del agua desnuda de cintura para arriba. Se cubrió parcialmente con el extremo de una sábana extendida sobre la superficie verde. Tenía el cabello mojado y suelto sobre la espalda y la corona de hierbas y rosas ajadas cayó ladeada sobre sus ojos.

—Esta es la última, Johnny —gritó—. La ninfa de la primavera está a punto de caer víctima de una neumonía.

—Ya conocen a la señorita Finch y a la señorita Buttles —dijo Amberleigh en un tono tan despreocupado que daba a entender que tener invitadas nadando desnudas en el estanque a media tarde era lo más normal del mundo—. Oh, empuje al gato para que salga de la silla y pueda sentarse —añadió, señalando una serie de sillas de jardín en estado andrajoso—. Sabe perfectamente que tiene que ceder su sitio a los invitados.

—Yo..., sí, trabajamos juntas en las labores de asistencia a los refugiados belgas —repuso Beatrice.

Mientras intentaba empujar al flaco gato gris para que saltara al césped, reflexionó acerca de lo poco que sabía sobre la gente con la que se reunía en el salón del comité. Le costaba creer que la tímida Minnie Buttles fuera aquella mujer que estaba desnuda en el estanque delante de ella, pero no se atrevía a volver a mirar para confirmarlo. Se concentró en el gato, que escupió y bufó hasta que logró liberar la uña que se le había quedado enganchada en el mimbre y se marchó por fin corriendo.

—Y mademoiselle Celeste, la princesa de Bélgica —continuó Amberleigh, tendiéndole una mano a Celeste—. Encantada de volver a verla.

—Gracias, madame. Me alegro mucho de estar en su casa.

—Es usted exquisita. Seguro que la señorita Finch también quiere tomarle alguna fotografía.

—No, no puedo. Mi padre no aprueba la fotografía —dijo Celeste—. Piensa que la fotografía destruye el arte.

—¿Y usted qué piensa? —preguntó Amberleigh.

—Yo no tengo..., ¿cómo se dice?..., opiniones, sí —respondió Celeste.

Tomó asiento en una silla azul claro, cuyo brazo había sido reparado con un vendaje de lana de tejer de color rojo.

—Una mujer siempre debe tener opinión —rebatió Amberleigh—. Por mucho que nadie nos la pida, nadie nos puede impedir tenerla.

Celeste dedicó unos instantes a traducir y digerir lo que acababa de oír antes de responder muy despacio en inglés.

—Fue muy triste tener que dejar en casa el cuadro, la *peinture*, de mi madre —dijo por fin—. De haber tenido una fotografía pequeña, podría haberla llevado siempre junto a mi corazón.

—Muy bien dicho, señorita Celeste —contestó Amberleigh—. Tiene usted todos los ingredientes de una auténtica bohemia.

—No estoy del todo segura de que el padre de Celeste fuera a aprobar la idea —intervino Beatrice.

—¿La hemos escandalizado ya antes de servir el té, señorita Nash? —preguntó Amberleigh—. Tendría que haberle advertido de que estaríamos en un jardín de mujeres.

—Por lo visto, los jardines de Sussex están llenos de mujeres *en déshabillé* —comentó Beatrice, por no mencionar, pensó, a las que preferían utilizar de vez en cuando pantalones y nombres masculinos.

—*C'est en toute innocence, je vous assure* —dijo Amberleigh, sonriéndole a Celeste—. Mis tardes no son más que un lugar de reunión donde las mujeres podemos descansar, discutir, crear..., sin las restricciones que imponen la moda y la sociedad. Nos quitamos los zapatos, el corsé y disfrutamos de la intimidad de este espacio privado.

—¿Algo así como el Movimiento para el Vestido Racional? —preguntó Beatrice.

—Dios mío, espero que a ninguna de nosotras se le ocurra ponerse ese atuendo tan insípido que proponen —exclamó Amberleigh—. Cambiar los límites que impone el corsé por la invisibilidad de un vestido recto confeccionado con tela de cáñamo no me parece que pueda calificarse de libertad.

—Me gustaría descalzarme —dijo con timidez Celeste—. Me duelen un poco los pies de andar por estos caminos.

—Lo siento mucho, Celeste —contestó Beatrice.

Hasta la casita de Amberleigh debía de haber cinco o seis kilómetros de caminata y Beatrice los había recorrido a su paso habitual, sin tener en cuenta que Celeste llevaba unos zapatos donados que no eran de su medida. Como era habitual, no se había quejado en absoluto.

—Fuera zapatos y fuera medias —la animó Amberleigh—. El barro de mi estanque es tan calmante para los pies cansados como cualquier tipo de tratamiento. Es la caliza. Una cataplasma maravillosa.

—No sé si... —empezó a decir Beatrice, pero Celeste ya se había arremangado las faldas hasta los muslos y estaba desenrollando las gruesas medias oscuras para dejar al descubierto unas piernas blanquísimas.

—Reivindicar un pequeño espacio para nosotras nos ayuda a recuperar la inocencia de la infancia —explicó Amberleigh—. Y a través del prisma de la inocencia, siempre es posible vislumbrar las cosas más auténticas. Reconocerá en ello unas posibilidades creativas inmensas, ¿verdad, señorita Nash?

—Supongo —respondió Beatrice, aunque el tono dubitativo de su voz la obligó a ser sincera—. Mi padre me enseñó a imaginar el arte como la forma más elevada de la creación humana, como una esencia que va más allá de la cultura y la erudición. No como una materia prima extraída a partir de unos pies enfangados o...

Se interrumpió antes de decir cualquier cosa que pudiera resultar ofensiva.

Amberleigh soltó una carcajada.

—O de beber a media tarde —dijo, cuando la criada llegó con un barril de madera del que extrajo varias botellas y un pedazo grande de hielo—. Le aseguro, querida señorita Nash, que el champán se convierte en una auténtica musa cuando se aborda con la reverencia que se merece.

—¿Me serviría un poco de té antes de que me muera de frío? —preguntó Minnie, que acababa de abandonar su reino en el estanque y se había vestido con una túnica suelta sobre la que se había colocado una manta como si fuera una toga. Estaba fumando un cigarrillo con una boquilla de marfil—. A veces pienso que sería más rápido que Johnny me pintara a tener que esperar para las fotografías.

—¿Una copa de champán? —le ofreció Amberleigh.

—No, no —contestó Minnie—. Me da sueño y... La verdad es que la señorita Celeste sería un motivo perfecto para Johnny tal y como está ahora, ¿verdad?

Celeste caminaba de puntillas por el borde del estanque, presionando el musgo y el fango con los dedos de los pies, las faldas recogidas y formando un globo alrededor de las rodillas. Se agachó entonces para observar de cerca un zancudo de agua posado sobre la superficie con sus largas patas, y su figura se reflejó en el agua formando un arco.

—Nada de fotografías, por favor —dijo secamente Beatrice—. Tengo que velar por la respetabilidad de Celeste. —Cuando terminó la frase, vio que Minnie se sonrojaba—. Lo siento. Solo pretendía decir que Celeste es muy joven y su padre muy anticuado.

—También lo es el padre de Minnie, el vicario —replicó Alice Finch, que dejó con cuidado la cámara y el trípode de madera detrás de la tumbona de Amberleigh—. Pero le expliqué que el arte se hace. Y que puede hacerse aprovechándose de una pobre chica dispuesta a entregar su reputación a cambio de pan o que también puede hacerse convirtiéndonos nosotras en modelos y aparecer entonces en el arte que colgaremos encima de la repisa de la chimenea.

—Pero usted no aparece —observó Beatrice.

—Lo hemos intentado, créame —contestó la señorita Finch mientras Minnie

sonreía—. Pero resulta que la cámara no ama mi rostro. Mi Diana cazadora..., bueno, podría haber sido perfectamente la portada del catálogo de un constructor. Razón por la cual en todas nuestras obras de belleza yo me mantengo detrás del objetivo y Minnie brilla delante de él con todo su esplendor.

—Vigilamos mucho qué arte puede publicarse y cuál no —explicó Minnie—. Soy hija de un vicario, no una mujer mundana.

—Siento mucho si con mis palabras he dado a entender que desaprobaba lo que hacen —se disculpó Beatrice—. Estoy más acostumbrada a escritores que a artistas. Perdónenme, por favor.

—Beba un poco de champán y la perdonaremos —dijo Amberleigh.

—Para Celeste y para mí solo té, gracias —respondió Beatrice.

—Ustedes los escritores abusan de sus personajes y los llevan a comportarse de maneras en las que ustedes nunca se comportarían —señaló la señorita Finch—. Luego los juzgan con dureza y los arrojan al abismo para el deleite de sus respetabilísimos lectores.

—Creo que me encuentro en una situación tan apurada como cualquiera en la que haya podido poner a mis personajes —replicó Amberleigh.

—Pero pasará con el tiempo —observó Minnie—. Y, entretanto, sus amistades se alegran de poder disfrutar de ustedes en exclusividad.

—No parece que tengamos tantas amistades como me imaginaba, mi querida Minnie —rebató Amberleigh. Sacó una nota del bolsillo y la miró—. Agatha Kent me escribe para excusar su asistencia a nuestro té de la tarde. Está tan ocupada con las labores de ayuda a los belgas, dice, que se ve obligada a negarse este placer y sufrir la vergüenza de ser incapaz de devolver la invitación en el futuro inmediato.

—La tenía en mejor concepto —repuso Minnie.

Beatrice no dijo nada, pero, cuando miró a Celeste, que estaba descalza bebiendo el té, percibió una punzada de preocupación infiltrándose por el filo de su felicidad. Habría acudido a aquel té a toda costa, pero ahora deseaba haberse inventado cualquier excusa para no haberlo hecho en compañía de Celeste.

—Tillingham y la señora Kent lo dispusieron todo para que pudiéramos alquilar esta casa —explicó Amberleigh—. Confiaba en que eso se tradujera en ser bien acogidos en esta pequeña ciudad pero, por lo que se ve, las puertas están cerradas.

—Todos somos refugiados, de un tipo o de otro —comentó Alice Finch con un suspiro. Se dejó caer en una silla y estiró las piernas para quitarse las botas—. Brindemos por ello.

Beatrice abrió la boca para objetar, pero, después de reflexionarlo un instante, decidió mantenerse callada. Y mientras el té caliente le alcanzaba el fondo de la garganta se preguntó: en el caso de ser también ella una refugiada, ¿dónde estaba la casa a la que esperaba regresar cuando llegara el momento? Tosió, y supuso que esa era la causa de las lágrimas que acababan de llenarle sin previo aviso los ojos.

—En honor a las amistades creativas que de verdad importan —dijo Amberleigh, hojeando el contenido de la carpeta de Beatrice—, solicito el permiso de la señorita Nash para leer su obra.

Fingir una protesta no merecía la pena y, por primera vez en su vida, Beatrice disfrutó de la emoción de escuchar sus propias palabras pronunciadas en voz alta para una audiencia. Recibir consejo sobre sus escritos, saber que alguien quería conocer su opinión creativa sobre algunas de las fotografías de Alice y tener tanto a Alice como a Amberleigh escuchando con atención las ideas que iban surgiéndole, le produjo a Beatrice una sensación tan mareante como la que debía de producir el champán que estaban bebiendo las mujeres de más edad. Amberleigh le dijo que podía instalarse a escribir en su jardín siempre que le apeteciera y la velada se prolongó bajo el resplandor del sol que se reflejaba en el agua y la cálida conversación a la sombra de los árboles. Solo cuando Celeste, que había estado entreteniéndose confeccionando collares de margaritas para el gato rebelde, expresó su firme deseo de regresar descalza a casa, Beatrice cayó en la cuenta de lo tarde que era. Horrorizada, le pidió a Celeste que se calzara como una chica respetable y, después de una despedida brevísima, se marcharon corriendo a casa, conscientes de que les esperaba una cena fría y más de un comentario malicioso de la tremendamente recelosa señora Turber.

El señor Fothergill le había hecho llegar a Beatrice una nota comunicándole que podía visitar a su empleado en el momento en que le fuese más conveniente y por ese motivo se encontraba una vez más en el salón alfombrado de aquellas oficinas, mirando por las ventanas y preguntándose si las abrirían en alguna ocasión. En aquel cuarto había más polvo que oxígeno y ansiaba salir de nuevo al aire libre. Transcurridos unos minutos, el señor Poot emergió del laberinto de estancias de la parte posterior del edificio con una sonrisa de bienvenida dibujada en el rostro, como si fueran amigos de toda la vida. A continuación, apareció un chico con una bandeja con el té y Beatrice, viendo hasta qué punto aquel hombre prolongaba el apretón de manos y cuánto acercaba la silla para sentarse junto a ella, pensó que tendría que haber acudido a la cita acompañada, por mucho que siempre le hubiera fastidiado tener que ir escoltada por una carabina.

—Es solo por un tema relacionado con unas viejas cartas —dijo él después de que ella hubiera declinado la invitación a una taza de té, rechazado un plato de almendras garrapiñadas y sido muy breve en su respuesta a los comentarios del señor Poot sobre lo agradable de las condiciones climatológicas.

—¿Perdón? —contestó ella, con el tono más gélido que fue capaz de adoptar.

—Entiendo que los administradores de su fondo testamentario están esperando que usted les devuelva unas cartas de cierto valor —explicó él.

—Le aseguro que no tienen ningún derecho sobre esas cartas —replicó Beatrice—. En su día ya dejé muy claro, tanto al editor de mi padre como a la familia de mi tía, que cualquier carta que esté todavía en mi posesión pertenece a mi propia correspondencia y no forma parte de los archivos de mi padre.

—¿Y no podría hacer usted otra copia? —preguntó el señor Poot—. Me da la impresión de que esta riña es por una tontería.

Le parecía imposible poder explicarle al señor Poot el insulto que suponía que hubieran entregado su manuscrito al señor Tillingham y que todo el trabajo tan duro que había llevado ella a cabo hubiera sido rechazado y, a la vez, cedido

para que se apropiaran de él otras personas. Suspiró.

—No veo motivos para discutir más sobre el tema —zanjó.

—Amenazan con cortar su paga mensual y no satisfacer el resto de las diez libras —dijo el señor Poot, y se le formó entre los ojos una arruga de preocupación aparentemente sincera—. No me gustaría nada verla en esa situación, señorita Nash.

—Son dos cosas que no tienen nada que ver —objetó Beatrice.

—¿Y cómo piensa pagar sus facturas cuando no llegue el cheque? —preguntó él—. A mi tío ya le ha llamado la atención el hecho de que justo ayer encargó usted no uno, sino dos vestidos, en el mostrador de confección de Pike Brothers.

—¿Y cómo es posible que haya llegado a su conocimiento? —preguntó Beatrice. No pudo evitar que el rubor le subiera a las mejillas. Y eso que el señor Poot no había mencionado ni la ropa interior ni las medias que también había adquirido, aunque se imaginaba que tanto él como el señor Fothergill debían de haber contado hasta la última cinta e hilo—. ¿Acaso hay alguien espíandome?

En el mismo momento de formular la pregunta recordó que el señor Poot había entrado en la tienda justo cuando ella se iba. Se había quitado el sombrero y le había sostenido la puerta, y su sonrisa servil y su saludo —familiar en exceso y pronunciado para que todos los clientes lo oyesen— le habían provocado un escalofrío. Recordó que ella se había limitado a saludarlo con un escueto gesto de cabeza y que había pasado por su lado lo más rápidamente posible. La expresión que esbozaba ahora el señor Poot no daba a entender ningún ánimo de venganza, pero su impasibilidad la puso furiosa.

—Querida señorita Nash, cómo se haya obtenido esa información es un dato que carece de importancia. Le aseguro que yo no sabía nada —dijo el señor Poot—. Pero ya que el señor Fothergill está al corriente de que ha hecho usted un pedido más bien cuantioso justo después de que llegáramos a un acuerdo con respecto a sus modestas intenciones financieras, ha considerado conveniente que usted y yo hablemos, solo entre nosotros, para solventar este asunto de las cartas para satisfacción de sus administradores...

Dejó el comentario en el aire y se quedó a la espera de una explicación esbozando una tímida sonrisa que invitaba a las confidencias. Beatrice tenía la fuerte sensación de que con solo pestañear y ruborizarse de un modo atractivo conseguiría que se mostrase conforme con cualquier explicación que decidiera inventarse. Pero decidió, en cambio, mirarlo directamente a los ojos.

—Señor Poot, acordamos que su firma recibiría una copia mensual de mis cuentas y que usted se encargaría personalmente de evitar un conteo detallado de

mis gastos personales —señaló—. No entiendo el porqué de esta intrusión.

—Eso fue exactamente lo que le dije al señor Fothergill —replicó el señor Poot—. Le dije que confiara en su carácter sensato. Pero considera que es de nuestra incumbencia buscar garantías de que será usted capaz de pagar sus deudas.

—Seré capaz —aseveró Beatrice.

—Le aseguro que soy su más humilde aliado —dijo él, llevándose la mano al pecho como si fuera a realizar un juramento—. Pero no nos andemos con evasivas —añadió—. Un pedido tan grande podría considerarse un despilfarro, y teniendo en cuenta que lo que falta de las diez libras no ha llegado todavía, ¿cuál es su fuente de ingresos?

—¿Pretende usted insultarme? —exclamó ella—. ¿Me acusa de acudir a prestamistas?

—Jamás se me ocurriría sospechar que fuera usted a recurrir a una opción tan poco respetable como esa —contestó él, mirándola fijamente, como si le sorprendiese que ella pudiese conocer incluso su existencia—. Podría darse el caso de que la señora Kent le hubiese prestado dinero.

—No lo ha hecho —replicó Beatrice. El señor Poot meneó la cabeza lentamente, como si estuviese decepcionado. Beatrice pensó en lo mucho que le gustaría poder aporrear la coronilla de aquella cabeza aceitosa con el mango de ébano de su sombrilla. La cogió y se levantó—. No pienso permitir que me espíen, señor Poot.

—Le aseguro que soy su amigo —insistió él—. Lo único que intento es impedir que mi tío escriba a sus administradores con respecto a un asunto que, estoy seguro, solo servirá para reforzar la terquedad de su postura.

Beatrice se detuvo en seco aun estando desesperada por abandonar aquella sala, que parecía irse encogiendo a medida que iban consumiendo su aire rancio. Tenía que hacer lo posible por impedir que aquella comunicación llegara a los administradores de su fondo testamentario. Volvió a sentarse, pero sin soltar la sombrilla.

—Si necesita saberlo, le diré que he vendido algunos libros —le aclaró—. El señor Evans, de la calle principal, tenía un comprador para una edición muy excepcional de *La vida de Samuel Johnson*, de Boswell, y como nunca me agradó el doctor Johnson, tanto por sus costumbres personales como por su arrogancia, ni tampoco el señor Boswell, por la veneración tan falta de crítica que muestra hacia el personaje, decidí liquidarlos a ambos para poder comprarme vestidos.

—Me confieso sorprendido —dijo el señor Poot.

—¿Considera poco adecuado que una dama venda sus posesiones a cambio de dinero? —preguntó ella.

—¡Lo que me sorprende es que pueda conseguir dos vestidos y media docena de prendas de señora, que no son dignas de mención en este momento, por el precio de un libro!

«Aunque tenía que mencionarlas», pensó ella.

—Eran tres volúmenes encuadernados en tafilete —explicó Beatrice—. Eran un regalo que mi padre recibió de una dama y nunca pudo separarse de ellos, aunque yo siempre consideré que tanto los libros como la dama en cuestión eran de lo más vulgar.

—Me satisface saber que los libros fueron el origen de esos fondos —comentó él—. Pero le aconsejo, y se lo digo por amarga experiencia personal, que no recurra a sus posesiones como solución a largo plazo para sus gastos.

Suspiró y se limpió las gafas. Había sido sincero por un momento y Beatrice volvió a sentir cierta compasión por un joven que vivía en circunstancias apuradas. No estaba en condiciones de juzgar con tanta dureza a nadie por su aspecto.

—Ejem..., y me preocupa también que la seda blanca no sea la compra más útil para una mujer en su situación —añadió, estropeando con ello cualquier destello de compasión.

—Han convencido a su tía para que me pida, con poquísima antelación, participar en la carroza que está preparando para el desfile y, como bien sabrá, ha especificado que todo aquel que acompañe a Britania debe vestir de seda blanca —le explicó Beatrice—. Creo que debo costear personalmente la causa de los refugiados belgas y garantizar el triunfo de la señora Fothergill en el desfile.

En el transcurso de la reunión semanal del comité, se había sentido profundamente humillada cuando la señora Fothergill le había hecho la propuesta por indicación de lady Emily y la alcaldesa no había conseguido ocultar su evidente rechazo pese a esbozar una sonrisa. Agatha Kent no estaba presente en la reunión para evitar o suavizar la situación incómoda que se había creado cuando la señora Fothergill le había indicado, con una sonrisa afectada, que era libre de declinar la oferta si no podía sufragar el coste de un vestido de seda. Beatrice había aceptado rápidamente, no solo para que el resto de los integrantes del comité, que habían bajado la mirada a su programa para eludir la tensión generada, se sintieran de nuevo cómodos, sino también para ver cómo la expresión de engreimiento de la señora Fothergill se transformaba en desazón.

Confiaba en que la dependienta no se hubiera equivocado al decirle que la seda podía teñirse posteriormente con un útil tono azul marino.

—Bien..., bien, de acuerdo, pues —dijo el señor Poot, intentando encontrar un cumplido elegante.

—Son mis primeras compras desde que abandoné el luto —señaló Beatrice—. El único vestido bueno que tengo es negro y temo que lucirlo sea un mal presagio.

—Su sensibilidad habla mucho a su favor —contestó el señor Poot—. Cualquier hombre podría considerarse afortunado por conocer a una mujer con una cabeza tan equilibrada.

Beatrice tuvo la impresión de que iba a darle unos golpecitos de consuelo en la mano y la retiró rápidamente para devolver a su lugar un mechón de pelo invisible.

—Gracias, señor Poot —dijo.

Se levantó, se recolocó los guantes y empezó a moverse desde detrás de la mesita hacia la puerta.

—Pero, por muy equilibrada que sea —prosiguió él—, la animaría a acceder a las exigencias de los administradores.

—Les escribiré enseguida —aseguró ella, aunque sabía que el contenido de la carta sería muy distinto al que él se imaginaba—. ¿Puedo contar con su apoyo?

—Puede —respondió él—. Tranquilizaré a mi tío y confío en que usted y yo vayamos entendiéndonos mejor. Agradecería su confianza, señorita Nash.

—Por supuesto, señor Poot —repuso ella, y le ofreció la sonrisa más tímida que fue capaz de esbozar y no se encogió cuando él se llevó su mano a los labios.

En la calle, desató toda su rabia decapitando varios dientes de león que crecían entre las grietas del pavimento. Las cabezas doradas, arrancadas con la punta de acero de la sombrilla y transformadas en las minúsculas cabezas del señor Poot y de su tía Marbely, fueron sucumbiendo discretamente bajo sus talones.

Beatrice recuperó en gran medida su buen humor en el camino cuesta arriba hasta casa de Agatha Kent. La señora Kent no se había dejado ver mucho por la ciudad en los últimos días y corrían rumores de que estaba indispuesta, un hecho que sorprendió y despertó gran interés en la ciudad, donde se decía de ella que era «fuerte como un caballo», «sólida como un acorazado» y otras frases por el estilo, llenas de buenas intenciones aunque carentes por completo de feminidad.

Beatrice se había ofrecido voluntaria para tomar las notas de las reuniones del comité de asistencia a los refugiados belgas en ausencia de Agatha y, ahora que las había transcrito y editado en un informe final, se disponía a entregárselas en su casa. Teniendo en cuenta que el nuevo curso empezaría a la semana siguiente, confiaba en que Agatha la invitara a quedarse a tomar el té y de este modo aprovechar el encuentro para recibir algún consejo de última hora y consuelo para empezar a navegar en las aguas traicioneras de la vida escolar.

Le abrió la puerta la doncella, Jenny, que esbozó una expresión de alivio al ver que era Beatrice. No era el semblante que solía ofrecer ante una visita inesperada, lo que invitó a Beatrice a preguntar:

—¿Va todo bien, Jenny?

—Me alegro de que haya venido, señorita —contestó la chica, apartándose para hacerla pasar al vestíbulo—. La señora Kent lleva varios días sin estar en casa para recibir visitas. Pero sé que usted le gusta.

—No es mi intención molestar —dijo Beatrice—. Solo venía a entregarle unos papeles.

—No, no, pase, pase —insistió Jenny—. La cocinera y yo ya no sabemos qué hacer para animarla. La cocinera se lo contará personalmente.

La llamó, y la cocinera de la señora Kent abrió la puerta de la antecocina y salió corriendo al vestíbulo, secándose las manos en el delantal.

—Me alegro de verla, señorita —la saludó la cocinera.

—He oído decir que la señora Kent está enferma —comentó Beatrice.

—No tanto como para llamar al médico, no creo —dijo Jenny—. Pero se pasa el día encerrada en su cuarto. Ni siquiera se viste.

—Ayer le subimos las comidas y ni siquiera probó el pudin de carne —explicó en voz baja la cocinera—. ¡Imagínese! ¿La señora Kent menospreciando mi pudin de carne? Eso es lo nunca visto.

—Yo me preguntaba si tendríamos que llamar por teléfono al señor Kent —apuntó Jenny—. Pero no nos gustaría tener que hacerlo, sabiendo que está siempre tan ocupado.

—Con lo de la guerra y esas cosas —añadió la cocinera.

—Y los dos jóvenes también están fuera —señaló Jenny.

—Acompaña a la señorita Nash al estudio de la señora Kent, directamente, y yo subiré enseguida con la bandeja del té —le dijo la cocinera a Jenny—. Así no podrá negarse a recibir la visita.

—No es mi intención molestar —repitió Beatrice.

—Tonterías —zanjó la cocinera—. Será usted un alivio para unos ojos

cansados. Y asegúrese, señorita, de que la señora come un par de sándwiches.

Arriba, en la puerta del estudio, ni Jenny ni la cocinera le dieron a su señora oportunidad de poner reparos. Después de llamar brevemente, Jenny anunció en tono alegre la visita de Beatrice, como si fuera algo esperado, y la cocinera casi empujó a Beatrice, dándole un codazo sin que la bandeja del té se tambaleara en absoluto, hacia el interior del pequeño porche cerrado adyacente al dormitorio de Agatha.

—Enseguida sirvo el té, señora —anunció la cocinera, sin articular la frase como una pregunta. Depositó la bandeja cargada sobre una mesita sin tener en cuenta los papeles y las revistas esparcidos por su superficie—. Y asegúrese de probar las tartitas de moras, señorita, están recién salidas del horno.

Con esto, las dos criadas abandonaron la estancia y Beatrice se quedó a solas con su reacia anfitriona.

Agatha estaba hundida entre cojines en el banco que se extendía junto a la ventana del porche y envuelta en la bata que en una ocasión le prestó a Beatrice. Llevaba el cabello recogido en una trenza suelta, las piernas al aire y los pies calzados con unas zapatillas bordadas. En el asiento había un montón de periódicos y revistas, varios ejemplares más en el suelo. Un par de medias colgado en el respaldo de una silla y un peine encima de la mesa sugerían una incongruente desatención. Agatha levantó una ceja en un gesto de perplejidad, pero su rostro se mantuvo flácido, como si no tuviera ni energía para hablar.

—Siento molestar —dijo Beatrice—. Venía a entregarle las notas de las reuniones del comité y las criadas han pensado que tal vez necesitaría un poco de compañía animada.

—La compañía animada es a la melancolía como el zumo de limón a una quemadura —contestó Agatha—. Pero, si me promete no sonreír ni parlotear, puede quedarse y servir el té. Me temo que esta tarde no tengo ni energía para levantar la tetera.

—¿Se encuentra indispuesta? —preguntó Beatrice, disponiéndose a servir el té—. No parece... —volvió a mirar a su alrededor—, no parece usted.

—Confío en que disculpe mi aspecto —dijo Agatha, pasándose una mano por el pelo—. No tenía ni idea de que iba a recibir visitas. —Aceptó una taza de té, se inclinó sobre ella con los ojos cerrados y aspiró el vapor aromático que desprendía—. No soy yo, la verdad. ¿Pero quién puede serlo en tiempos tan terribles como estos?

—La echamos de menos en el comité —comentó Beatrice—. Sin su presencia, lady Emily es incapaz de controlar el desdén que siente hacia la

señora Fothergill.

—Albergaba la vaga esperanza de que si me quedaba aquí acurrucada todo se detendría —explicó Agatha—, como si hubiera sido simplemente una pesadilla.

—¿Se refiere a que la señora Fothergill se esfumaría? —preguntó Beatrice—. Me habría encantado verla desaparecer de la sala del comité en una bocanada de humo.

—Me refiero a la guerra, evidentemente —contestó Agatha—. Es una pesadilla, ¿verdad? Andamos todos tan atareados trabajando por ella y con la emoción y la premura de hacer cosas importantes, que no nos hemos parado a pensar en lo que es en realidad.

—Celeste y yo disfrutamos de un té encantador en casa de Amberleigh de Witte —dijo Beatrice.

Confiaba en sorprender a Agatha Kent e incitarla a regañarla. Agatha era la brújula que había ayudado a Beatrice a establecer su rumbo y aquella criatura pálida y aletargada con ideas extrañas parecía haberle robado su persona.

—He estado repasando mis revistas —continuó Agatha, como si no la hubiese ni oído. Depositó el platillo en el banco, a su lado, y cogió un ejemplar de la publicación semanal *Gentlewoman*—. No me había dado cuenta, ¿sabe?, de hasta qué punto ha llegado la guerra a inmiscuirse en nuestras vidas. —Empezó a hojearla lentamente—. Siempre me había gustado la columna de ecos de sociedad, los compromisos y las bodas, noticias alegres sobre jóvenes que inician una nueva vida...

—En casa de mi tía siempre leía la sección de «Demandas de gobernantas y doncellas» —le explicó Beatrice, ofreciéndole a Agatha una bandejita con sándwiches—. No porque me plantease hacer carrera como doncella, sino porque me resultaba reconfortante saber que tenía algo donde poder agarrarme.

—Lo primero fue la cancelación de la visita del rey a Cowes —dijo Agatha, haciendo referencia a las regatas del mes de agosto. Rechazó los sándwiches con un gesto—. Luego los cargos militares acompañando a los nombres en los ecos de sociedad... «El subteniente vizconde de Lindsey, del regimiento real, comunica su compromiso con...», y así sucesivamente. —Hizo una pausa y, cuando suspiró, fue como si se desinflara lentamente entre los cojines que la rodeaban—. Luego las cancelaciones... «El vizconde y su prometida, que iban a contraer matrimonio en la iglesia parroquial de St. George...». Primero solo un par entre muchas bodas, luego más cancelaciones que anuncios. Y ahora las listas andan llenas con los nombres de los mejores jóvenes de Gran Bretaña, anunciando su fallecimiento en lugar de su matrimonio, vidas terminadas antes

incluso de que puedan empezar.

—Es terrible —convino Beatrice—. En ambos lados del conflicto habrá familias muy antiguas que perderán a sus herederos, y linajes familiares que se verán interrumpidos.

—Si no protegemos a los vástagos de las grandes familias, mucho me temo que madres de todas partes perderán a sus hijos.

Volvió la cabeza y levantó una mano para apretarse la nariz, como si con ello quisiera evitar que le brotaran las lágrimas. Beatrice permaneció en silencio. En el exterior, los árboles inclinaban sus copas y llamaban con sus ramas a las ventanas, el sol bailaba sobre el césped y el mar brillaba a lo lejos; por un momento, fue como si la naturaleza se burlara de la fragilidad del hombre con su permanencia.

—Imagino que está preocupada por su sobrino Hugh —dijo Beatrice. Sintió una punzada de dolor al pronunciar aquellas palabras, como si las preocupaciones de Agatha fueran contagiosas. Recordó las graves premoniciones del señor Tillingham y pensó que Hugh acabaría corriendo tanto peligro como cualquier otro—. Pero los médicos estarán muy alejados del frente, ¿no? —preguntó, sorprendiéndose por el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—Con el talento de Hugh, cabe esperar que esté apostado en un hospital base próximo al frente o, como mucho, en un puesto de evacuación de heridos —respondió Agatha—. Sigue siendo muy peligroso, pero Hugh es sensato y nos sentimos muy orgullosos de él.

Estaba llorando, por mucho que hubiera hablado en un tono comedido. Las lágrimas resbalaban por las arrugas que contorneaban sus mejillas y goteaban desde la barbilla. No parecía, sin embargo, consciente de ellas.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Beatrice. Se arrodilló junto a Agatha y la abrazó. Estaba perpleja viendo que la mujer de la que ahora dependía había perdido todas sus fuerzas. El interés egoísta y la preocupación iban emparejados—. Por favor, se lo ruego, ayúdeme a comprender qué le sucede.

Agatha se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se quedó mirándola un momento antes de recordar de pronto que guardaba un pañuelo en el bolsillo de la bata. Lo sacó y se secó la cara. Respiró hondo, como si buscara ayuda para articular las palabras.

—Daniel también se ha alistado —anunció con voz débil—. Y él no es médico, sino que está recibiendo instrucción para ser oficial y no hago más que

mirar estas páginas y ver su nombre en todos los anuncios de soldados fallecidos.

Miró a Beatrice a los ojos y las lágrimas reaparecieron de forma descontrolada. Beatrice no sabía cómo consolarla. Se le llenaron también los ojos de lágrimas y parpadeó con fuerza para mantener la compostura, porque Agatha la necesitaba.

—Seguro que la instrucción durará mucho tiempo y es muy posible que la guerra termine antes de lo que imaginamos —consiguió decir.

No creía que fuera a ser así, puesto que el marido de Agatha había afirmado lo contrario. Cuando Agatha asintió y le presionó la mano, Beatrice comprendió que ambas estaban intentando consolarse con una mentira fácil.

—Enseguida me puse a trabajar por la causa y a pedir a los demás que sumaran sus esfuerzos, me sentía muy importante —comentó Agatha—. Pero solo ahora me doy cuenta de lo fácil que es hacer eso cuando se trata de los hijos de otras mujeres.

—Por el bien de Daniel y de Hugh, tiene que intentar no derrumbarse —le aconsejó Beatrice—. Ahora que ve tan claramente lo que nos jugamos todos, su trabajo es más importante que nunca. Tiene que seguir liderando esta ciudad, señora Kent. Si se bate en retirada, temo que nuestras iniciativas no podrán salir adelante.

—Es exactamente lo mismo que me dijo mi marido —replicó Agatha—. Pero él al menos tuvo la oportunidad de ver a Daniel antes de que se alistara. No me lo comunicaron hasta que Daniel ya se hubo marchado. ¿Por qué los hombres siempre creen saber lo que es mejor para nosotras?

—Su marido es un buen hombre.

Fue lo único que se le ocurrió a Beatrice, por mucho que estuviera pensando en que su propio padre había depositado su dinero en fideicomiso y ni siquiera se lo había mencionado, en que le había permitido creer que podría ser una mujer independiente y al final la había tratado como una incapaz. Aquel tipo de instintos, comprendía ahora, debían de estar enraizados incluso en los mejores hombres del mundo.

—Sin duda pensaba que no sabría controlarme y montaría una escena —continuó Agatha. Suspiró otra vez, pero empezó a recuperar el color de las mejillas y se enderezó en su asiento—. Y eso es justo lo que he estado haciendo estos días: pensar como una tonta que podía retirarme del mundo y dejar que siguiera girando.

—El señor Kent se sentiría aliviado si supiese que vuelve a estar activa —dijo

Beatrice—. Usted es nuestro eje central.

—No sé muy bien por dónde empezar —confesó Agatha.

Miró a su alrededor y puso mala cara, como si se diera cuenta en aquel momento del desorden reinante. Beatrice pensó que un baño y un buen cepillado serían un buen comienzo, pero se conformó con acercarle una bandeja con pastelitos.

—Antes que nada, pruebe una de estas tartitas de moras —le propuso—. Órdenes de la cocinera.

—Gracias por venir a sacarme de mi ciénaga de desesperación —dijo Agatha—. Y mientras como, podría intentar explicarme por qué nuestra respetada profesora de latín está dispuesta a poner en riesgo tanto su reputación como la mía yendo a visitar a esa tal De Witte.

El primer día de escuela fue un alivio para Beatrice. El aula la llamaba como si fuera la voz dulce de la civilización convocándola a salones de mármol blanco donde la poesía y las matemáticas, la pintura y la música, resonaban en pacífica armonía. Mientras descendía la cuesta, cruzaba el concurrido patio de la estación y se acercaba al pulcro edificio con cubierta a dos aguas de tejas rojas y alegres jardineras en las ventanas, se sintió invadida por la esperanza de que la inocencia de los alumnos alejaría la guerra de sus ojos aquel luminoso día de septiembre y de la faz de la tierra a la mañana siguiente.

En el instante en que cruzó las verjas de la escuela, recibió en la falda el impacto de un terrón de hierba y vio de refilón a unos niños lanzándose terrones, piedras e incluso un zapato viejo desde los lados opuestos de un seto, hasta que una voz rasgó el aire con un grito agudo.

—¡Es una profesora! ¡Salid por piernas!

Y una aglomeración de figuras echó a correr hacia la parte lateral del edificio del colegio escondiendo la cara; los canotieres y las americanas marrones del uniforme hacían su identidad indistinguible.

—¿Está bien, señorita? —preguntó una niña con una chaqueta marrón similar y con el cabello recogido con tanta tirantez que parecía estar estirándole la piel de la cara. Llevaba en las manos un montón de libros y un sombrero—. Si quiere, puedo darle todos los nombres, señorita.

—De momento no, pero si vuelve a suceder me veré obligada a pedirlos —contestó Beatrice con el ceño fruncido, dispuesta a no alentar chivatazos tan fáciles. La niña se quedó alicaída, de modo que Beatrice suavizó la expresión, se sacudió la tierra de la falda con un guante y le preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Jane, señorita —respondió la niña con entusiasmo—. Estos niños se pasan el día jugando a la guerra, lanzándose cosas. Y entonces, si le dan a alguien, gritan: «¡Le hemos dado al alemán!», y salen corriendo como si volvieran a estar todos en un mismo bando. De todas maneras, ¿quién quiere jugar a juegos tan estúpidos como ese?

Por el comentario, Beatrice dedujo que a aquella niña le encantaría que la invitaran a participar.

En aquel momento aparecieron corriendo dos niños con palos cruzados sobre el pecho, apuntándose mutuamente y emitiendo el sonido de los disparos del rifle. Cargaron contra ellos por detrás otro grupo de niños, cabalgando caballos imaginarios, armados con espadas de madera y profiriendo gritos estremecedores y palabrotas.

—¡Alto! Nada de correr por el patio —advirtió una voz masculina, y el señor Dimbly, el profesor de gimnasia, salió apresuradamente por la puerta.

—Perdón, señor —dijo uno de los niños, pero ni ellos ni los jinetes bajaron el ritmo ni una pizca cuando desaparecieron en dirección a las pistas de tenis.

—Bienvenida al segundo frente occidental, señorita Nash —dijo el señor Dimbly, su toga levantándose por los aires al avanzar a grandes zancadas hacia ella—. Corra, señorita Jane. Los alumnos no entran por la puerta principal, ya lo sabe.

—Sí, señor —contestó Jane y, con los hombros encogidos, corrió hacia la entrada lateral de las niñas, como si esperara las humillaciones que estaban por llegar.

—Mantener a las chicas en su área, antes y después de clase, es complicado —comentó el señor Dimbly—. Es inevitable que los chicos acaben dándoles empujones, pero en los tiempos que corren es prácticamente imposible impedirles que jueguen a las guerras. Con tanta excitación en el ambiente están más revoltosos de lo habitual.

—Habla usted casi como si lo aprobara, señor Dimbly —dijo Beatrice.

—Los niños que se creen soldados trabajan mucho más duro en el gimnasio —explicó él—. Y, evidentemente, les cuesta mucho más estarse quietos en clase de latín, aunque eso ha dejado ya de ser mi problema, ¿verdad? —Sonrió de tal modo que la posible malicia que contuvieran sus palabras quedó erradicada al instante.

—Espero que la clase de latín sea antes de la de gimnasia —comentó Beatrice.

—Pase y le enseñaré la sala de profesores —dijo él—. Hay hornillo y tetera y a veces las profesoras tienen la amabilidad de obsequiarnos con galletas y panecitos de roca caseros, aunque con la guerra no sé si este curso lo tendremos tan bien.

En su demanda de productos recién horneados mostró casi la misma astucia que un cachorrillo y Beatrice no pudo tomárselo a mal.

—Siento tener que informarle sobre mi nulidad en el manejo del horno, señor

Dimbly —contestó—. ¿Podré, pese a ello, mantener la cabeza bien alta en la sala de profesores?

—No se preocupe —repuso él—. No es que sea una exigencia y, si quiere que le diga la verdad, los panes de roca de la señorita Devon son una auténtica roca. —Abrió la puerta principal de roble con cristales tintados y, cuando Beatrice pasó por su lado, le guiñó el ojo—. Si la despensa está vacía, no me importa prepararme un huevo duro sirviéndome del mechero Bunsen del laboratorio, señorita Nash. De modo que, si le entra hambre, venga a visitarme a la sala de ciencias.

—Creo que podré esperar a la hora de la cena, señor Dimbly —respondió Beatrice, confiando en haber empleado un tono lo bastante serio como para aplacar cualquier deseo de flirteo por parte de su interlocutor.

—Todos tenemos un ejército en el estómago, señorita Nash —dijo él—. Ya lo verá.

Los sonidos del aula a medida que iban entrando los alumnos no se distinguían mucho del rugido de un teatro abarrotado, la única diferencia consistía tal vez en que el tono era más agudo. El aula recién encalada, con sus pupitres de roble reluciente y su pizarra inmaculada, se inundó rápidamente con el hedor de la lana húmeda, las botas de cuero y el olor a pies y sobacos, humeantes después del ejercicio físico en el patio y en las calles. Beatrice se quedó con los nudillos blancos de sujetarse con tanta fuerza en el borde de su mesa e intentó no retroceder ante aquel asalto. Después de un verano impartiendo clase a los tres chicos protegidos por Agatha Kent, no esperaba un aula tranquila con alumnos rubios de tez pálida que acataran obedientemente el tutelaje de Virgilio, pero comprendió enseguida que no estaba preparada para aquel grupo enorme de caras sudorosas y llenas de granos que tenía enfrente. Los había tan flacuchos y jóvenes como Snout, que estaba mal sentado en un pupitre de la parte posterior del aula y se entretenía disparando al cogote de otros chicos bolas de papel mascado que escupía desde una pajita. Otros eran casi hombres, lucían curiosos brotes de vello facial y gritaban con voz ronca. Ni siquiera se fijó en la niña que había visto en el patio y en otra niña que también había entrado en el aula, ambas instaladas en pupitres contiguos en el rincón del fondo.

Beatrice ya había tosido varias veces para aclararse la garganta y tomar la palabra y había golpeado la mesa con la regla para pedir silencio, pero el caos seguía reinando hasta que se abrió la puerta y una voz potente, la del director,

gritó para pedir que se callaran.

—Muy bien, caballeros y señoritas, el que continúe hablando sentirá la caricia de mi vara y recibirá una hora de castigo. ¿Quién sigue todavía moviendo la boca?

Se produjo una rigidez colectiva, brazos pegados a los costados, barbillas levantadas y un silencio inmediato en el aula. Beatrice, a quien le silbaban los oídos después de aquel rato de caos, no pudo hacer otra cosa que mover la cabeza en un gesto de gratitud hacia el director.

—¡Siéntense! —dijo el director. Hubo un dejarse caer en las sillas generalizado, algún rechinar de tacos en el suelo de madera y un descenso de cabezas. El director, mirando las hileras de alumnos como si sus ojos pudieran atravesar aquellos recalitrantes cráneos, se situó en la cabecera del aula, entre Beatrice y los estudiantes—. Muy bien —continuó—. La señorita Nash es su nueva profesora de latín y espero que le muestren el debido respeto. Si escucho alguna tontería más en el aula de la señorita Nash, entraré para impartir las consecuencias. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor director —fue la respuesta a coro.

—*Nanos gigantium humeris insidentes* —declamó el director llevándose la mano al corazón—. Nunca olviden su deber para con aquellos gigantes a cuyos hombros están aupados, cuyas palabras se han transmitido a lo largo de los milenios incluso para llegar a cabezas tan pringosas y desagradecidas como las suyas.

—Sí, señor director —contestó la clase en monótono unísono.

—Pues veo que ya está aquí, señorita Nash —prosiguió el director, con un tono de voz normal y animado—. Bienvenida al último curso de latín. Procure que hinquen los codos y no tenga miedo de crujiarles el pescuezo si es necesario. *Oderint dum metuant*, como suele decirse.

Y volvió a marcharse, cerrando la puerta a sus espaldas y dejando en el público un ambiente de muda cooperación. Beatrice no quería que sus alumnos la odiasen, pero agradeció el breve interludio de miedo, por mucho que se esfumara rápidamente en cuanto los chicos empezaron a mirarla directamente y a agitarse en sus asientos.

—Jack, por favor, pase lista —dijo muy seria, contenta de fijarse en una cara conocida—. Y a continuación haremos un breve repaso de lo que aprendieron el curso pasado.

A veces tenía la impresión de que aquellas dos primeras semanas habían durado mil días. Beatrice no recordaba ya la primera jornada de clases, y ni el medio sábado o el domingo entero de descanso habían servido para darle un respiro. Vivía en una penumbra de agotamiento provocada por el estrépito de los pies indisciplinados que golpeaban sin cesar las patas de los pupitres, el olor de los chicos, que impregnaba por completo hasta la cal de las paredes y la hilera de caras anodinas que la recibía cada vez que le daba la espalda a la pizarra para formular una pregunta a la clase. Intentaba no dar a sus tutelados un trato más especial de lo necesario, pero, por la expresión pétrea que mostraban, sabía que los había convertido en el blanco de una atención no deseada. Su error más clamoroso fue pedirle a Snout que recitara el que era, según informó ella a toda la clase, su pasaje favorito de Virgilio, aquel en el que Eneas rescata a su padre del incendio de Troya. Snout le había lanzado una mirada que dejaba traslucir lo traicionado que se había sentido y había recurrido a derramar el tintero sobre el libro para distraer a todo el mundo de la humillación que la profesora le había infligido. Después de recapacitar, Beatrice lo había mandado al despacho del director, y Snout había obedecido, guiñando el ojo al recibir las risas y los vítores de sus compañeros de clase.

Por las noches, cenaba sumida en el más profundo silencio y se esforzaba por no quedarse dormida delante del plato. Disculpándose, le daba enseguida las buenas noches a la pobre Celeste, que le respondía con un murmullo preocupado. Beatrice confiaba en despertarse más fresca al día siguiente, más endurecida para su puesto, pero tenía la sensación de estar hundiéndose lentamente bajo la arremetida de los alumnos, que solo se callaban cuando se les pedía que participaran en los placeres del latín.

—Tiene usted un aspecto horroroso —le comentó el señor Dimbly el segundo sábado en la sala de profesores durante la pausa de media mañana.

Le sirvió una taza de té fuerte.

—Justo lo que una mujer desea oír, gracias —respondió ella secamente, engullendo con rapidez el té con la esperanza de que la sensación de la garganta ardiendo la obligara a despertarse.

—Tengo algo para usted —dijo él, y extrajo del bolsillo de su voluminosa toga un huevo rubio templado—. Lo he cocido esta mañana.

—Es muy amable por su parte —contestó ella, rechazándolo con un gesto.

—Tiene que mantenerse fuerte —intervino la señorita Clauvert, que estaba sentada junto a la estufa con su amiga, la señorita Devon. Ambas habían dejado por un momento sus labores de punto y mordisqueaban con placer huevos

similares—. Durante mi primer mes aquí, me desmayaba casi a diario, hasta que el señor Dimbly me dio este consejo. —Sonrió con afectación al señor Dimbly, que se puso colorado.

—Muchos huevos, manzanas, té fuerte y una cucharada de aceite de hígado de bacalao dos veces por semana —dijo él, bruscamente—. Sirve para mantenerse fuerte y protege contra las plagas y las enfermedades de un aula llena de pilluelos sucios.

—Gracias, señor Dimbly —repuso Beatrice—. Siguiendo la recomendación de la señorita Clauvert, aceptaré su amabilidad.

Cogió el huevo caliente, rompió la cáscara con el respaldo de una silla y lo peló encima de la tapa abierta de la pequeña estufa negra de la sala de profesores.

—Siempre digo que nuestro señor Dimbly es un hombre muy amable, un caballero —comentó la señorita Clauvert, y se ruborizó tanto como él, hasta el punto de que la señorita Devon olvidó por un momento su edad y soltó una risita.

—Yo apuesto por una friega de alcanfor y un trocito pequeño de tiza una vez a la semana —dijo el señor Dobbins, el profesor de matemáticas, que llevaba una toga tan vieja que había adquirido un desagradable color gris. Beatrice se lo imaginó delante de la pizarra, ensimismado en una fórmula compleja y masticando distraídamente un trozo de tiza por el bien de su salud—. No puedo comer huevos. Me provocan flatulencia —añadió.

—¡Señor Dobbins, por favor! —exclamó la señorita Devon.

—Lo siento —replicó él, dejándose caer en un sillón. Levantó el periódico para colocarlo a modo de pantalla y Beatrice oyó que murmuraba—: Antes podías hablar libremente en la sala de profesores. Si no les gusta, deberían tener su propia sala.

—¿Cuándo dejaré de sentirme tan fatigada? —preguntó Beatrice—. He hecho expediciones, he subido montañas...

—Estos alumnos son fatigadores..., o fatigantes, ¿qué es lo correcto, señorita Devon? —inquirió la señorita Clauvert.

—Creo que los dos son correctos —respondió la señorita Devon—. Intentarán agotarla, señorita Nash.

—Tiene que luchar contra ellos con todo su ingenio —dijo la señorita Clauvert—. Póngales ejercicios imposibles y verá cómo se quedan callados.

—Y recurra a la regla con más regularidad —intervino el señor Dimbly—. Atice golpes a diestro y siniestro, es un buen ejercicio para usted y ayuda a

mantenerlos a raya.

—No creo que el castigo corporal indiscriminado sea un método de enseñanza válido —rebató Beatrice—. Pretendo llegar a ellos a través del pensamiento racional y poder compartir con ellos la sed de conocimiento.

El comentario provocó carcajadas en todos los presentes en la pequeña sala.

—Cuando deje de hablar así dejará de sentirse tan muerta de cansancio —dijo la señorita Devon—. ¿Verdad, señor Dimbly?

Más carcajadas, y Beatrice no pudo hacer otra cosa que masticar su huevo inmersa en un triste silencio. Más tarde aquella misma mañana encontró la ocasión para golpear con fuerza con la regla un par de pupitres. Y cuando Snout ventoseó expresamente justo cuando ella estaba explicando que la prueba del próximo día serviría para determinar quién podría y quién no optar a los exámenes para conseguir una beca, no dudó en pasarle la regla rozando la oreja. Fue como si todos enderezasen la espalda y dejaran de ser mudos e inexpresivos y, cuando Snout hizo un mínimo gesto de asentimiento, Beatrice notó que la presión de su frente se aligeraba, como si acabara de quitarse una gorra de lana que le apretaba en exceso.

Cuando solo faltaba media hora para que la clase quedara libre para disfrutar del sábado por la tarde, el director asomó la cabeza por la puerta y le pidió a Beatrice si podía hablar un momento con ella en la biblioteca sobre los planes para la fiesta que iba a celebrarse en la ciudad. La participación de los alumnos de la clase avanzada de latín iba a consistir en un desfile por las calles disfrazados de guerreros romanos y en la recitación en el escenario de algunos discursos de enaltecimiento de la guerra extraídos de la *Eneida*, tanto en latín como traducidos al inglés por los propios alumnos. Sus tres estudiantes de verano habían asumido el liderazgo, Arty y Jack con cierto aire de experiencia y superioridad y Snout con sus continuas protestas de total indiferencia. Pero la clase había exhibido una diligencia inusual en su dedicación al proyecto, por mucho que la excitación se debiera en gran parte a la promesa de lucir disfraces y empuñar espadas.

Al parecer, el director quería sugerir que un alumno en concreto, el capitán del equipo de rugby, asumiera el papel de Eneas en la representación de la clase de latín, un rol que estaba destinado a Snout.

—Director, creo que se me debería permitir preparar la recitación en latín basándome en aquellos alumnos que puedan representar mejor al colegio —argumentó Beatrice—. El chico que he escogido para representar al héroe troyano siente una pasión muy especial por la obra y recita con fluidez. Es mi

mejor alumno y lo considero, además, uno de nuestros candidatos más preparados para obtener una beca en los exámenes de latín. El chico que usted sugiere se siente más a gusto en el campo de rugby que en la clase de latín y recita como un poste de madera.

—Aquí impera el sentido de la camaradería —dijo el director—. Como habrá visto, para que nuestro pequeño barco avance contra el viento me limito a guiarlo con solo un leve toque de timón.

—Lo que dice me parece maravilloso, director —contestó ella.

—Solo como reconocimiento a que usted es nueva en el colegio, me corresponde indicarle cuándo hay asuntos que tienen influencia sobre la situación —prosiguió él—. En lo único que pienso es en guiarla hacia la comprensión de las circunstancias y el mayor éxito posible.

—¿Hay alguna cosa que debería saber? —preguntó Beatrice.

—El joven en cuestión ha recibido ya muchas cosas de nosotros. Se le ha proporcionado una educación más completa de la que la mayoría de chicos de su condición podría disfrutar y creo que tiene motivos más que suficientes para valorar todo lo que hemos hecho por él.

—Es brillante —dijo Beatrice.

—Hay que preguntarse, naturalmente, si un exceso de estudios puede, en un momento dado, acabar produciendo a los jóvenes frustración con respecto a la vida que llevan —reflexionó el director—. Imagino que debe de resultar turbador descubrir que no puedes llegar más lejos y que has llegado ya a tanto que no te sientes cómodo con la vida en la que has nacido.

—La gente agradece la oportunidad de poder progresar —replicó Beatrice—. Y creo que el joven Sidley tiene grandes posibilidades de aportar honor al colegio mediante una beca, y voy a hacer lo posible para que la consiga.

—Me parece que, a pesar de los deseos de cambio de la señora Kent, tenemos que enfrentarnos al hecho de que el chico no debe optar a la beca —afirmó el director, meneando la cabeza en un gesto de educada lástima—. Es una cuestión de liderazgo, entiéndame —prosiguió—. Los líderes naturales que pueda haber entre nuestros alumnos son los que aportan honor a la institución y creo, señorita Nash, que cuando lleve usted algo más de tiempo aquí descubrirá que incluso los alumnos aceptan y admiran este liderazgo del que hablo, que esperan y desean verse así representados.

—Pero entiendo que los mejores y más brillantes... —empezó a decir Beatriz—. Realmente debo protestar, señor director.

—Un chico como ese jamás representaría adecuadamente a nuestro colegio,

señorita Nash —señaló el director. Habló en un tono tan amable que Beatrice se sintió casi obligada a mostrarse de acuerdo con él—. Imagino que parlotea un poco en latín, casi como en un truco de salón, imagino, pero jamás saldría adelante en compañía de chicos cultos de verdad, de familias de verdad. Le resultaría insoportable y sería el hazmerreír de todo el mundo.

—¿Y el capitán del equipo de rugby es uno de esos líderes que ha mencionado? —preguntó Beatrice.

Sabía de antemano la respuesta y, por desgracia, sabía también que si seguía protestando perjudicaría su posición.

—¡Así que también lo ha visto! —exclamó el director—. Me alegro muchísimo de que lo entienda. No era mi intención interponerme y usurparle la autoridad. —Se frotó las manos, encantado—. Imagínese lo espléndidamente bien que nuestro joven atleta llenará la coraza del general troyano y con qué autoridad empuñará la espada.

—Mientras pueda recitar en latín con un poco de sentimiento —comentó Beatrice, derrotada.

—Mientras lo haga en voz alta y clara lo conseguirá, en voz alta y clara —dijo el director.

Snout se había marchado a hurtadillas del gimnasio, donde el olor de las colchonetas de caucho de la India y de los pies sudorosos le superaba, y donde el señor Dimbly, que animaba siempre las hazañas de uno o dos de los deportistas más fuertes, dejaba que los demás chicos le golpearan y le dieran empujones para que trepara por las cuerdas y saltara el potro de cuero. Emergió al aire fresco de la tarde y se sentó en el suelo detrás de un arbusto de tejo, cerca de las ventanas de la biblioteca, para liar y fumar las pocas hebras de tabaco que aún le quedaban.

La voz de la señorita Nash, directa y con un tono de urgencia, se filtró a través de la ventana abierta. La voz más sosegada, de hombre mayor, del director, con sus frases largas y sus digresiones, era inconfundible. A los fisgones, decía su bisabuela, les quemar las orejas con carbón al rojo vivo. Fijó la mirada en la voluta de humo que salía de la punta del cigarrillo y se rascó el picor que le provocaba la lana del uniforme escolar. La tensión de la banda del sombrero en la cabeza se volvió insoportable y aspiró con fuerza el aroma de la tierra seca y el aroma a cementerio, céreo y verde, del tejo. Empezó a notar una sensación de calor en el cuello y apretó los dientes.

Soportar el flujo continuo de humillaciones mezquinas por parte de los demás chicos era duro. Hacer los deberes a la luz de una lámpara de aceite humeante y bajo los oscuros aleros de la casita era duro. Le habría gustado tener un padre que comprendiera la geometría de los triángulos o con quien poder discutir qué palabra podría retratar más vívidamente el calor de las batallas de la antigüedad desde la fría simplicidad del latín. Pero su padre trabajaba con el fuelle y el martillo y las cuentas, si las llevaba, las guardaba en la cabeza. Resultaba una labor solitaria escribir sobre lugares que apenas cabían en su imaginación; estudiar minuciosamente el atlas, mirar las fotografías de príncipes nativos de rincones remotos del imperio o de los tesoros que las expediciones científicas traían a los museos británicos. La geografía le parecía no menos fantástica que la historia y por ello le costaba lo mismo imaginarse las antiguas Troya o Roma que la moderna Bombay, y consideraba el latín una lengua más viva que el actual francés.

La lección más dura de todas, que acababa de escuchar una vez más filtrándose a través de la ventana de la biblioteca, era que las promesas de la señorita Nash se habían quedado en nada y que jamás podría escapar de ser quien era. En esto no se diferenciaba de ningún otro muchacho del condado. Por su cara, por su apellido o por su acento, todo el mundo sabía quién era todo el mundo y podía remontarse cien años en su historia. Era como si llevara en la chaqueta una etiqueta marrón con la historia familiar impresa en letras mayúsculas. O como si fuera uno de aquellos ejemplares que guardaba el señor Hugh flotando en apestoso conservante en el interior de un frasco con una etiqueta pegajosa en la tapa. Intercambiarse con otro chico era imposible, ni siquiera por un día. Ser distinto era imposible.

«Oh, si no es más que el chico de los Sidley, su padre es gitano...».

«Sí, al final la sangre siempre sale a relucir, dicen...».

Y ahora, era la voz del director la que resonaba en sus oídos:

«Un chico como ese jamás representaría adecuadamente a nuestro colegio...».

Se había atrevido a albergar esperanzas de que aferrarse a las aulas, por mucho que sus limitaciones le laceraran la piel como cadenas, podría llegar a ser su vía de escape. Pero era evidente que jamás le dejarían salir de la cárcel que implicaba ser quien era. Le sonreirían, pero las miradas de la gente siempre dirían lo mismo: «Sucio gitano». Estaba destinado a vivir y morir a escasos kilómetros de la mugrienta herrería de su padre y el hecho de haber recibido una educación elegante solo serviría para sugerir a los demás que era más astuto y menos fiable que su padre, que no sabía ni leer.

Apagó la colilla entre los dedos y notó la sensación de la ceniza caliente. La quemadura era como una ofrenda para sellar su juramento. Demostraría a todos que estaban muy equivocados con Richard Sidley. Se haría soldado y, como los guerreros troyanos de la *Eneida*, buscaría su destino en una gran aventura en tierras extranjeras. Se levantó del suelo y enfiló la ladera para cruzar a continuación el terreno de juego y llegar a la vía del ferrocarril. Si conseguía saltar al siguiente tren cuando ralentizara la marcha para pasar el cruce, conseguiría llegar al campamento del coronel Wheaton antes de la hora del té.

Tercera parte



«Más allá de la vía del tren, caminando entre la hierba,
Mientras las alas doradas se extienden en el cielo,
Y vuelan, vuelan siempre por encima de nuestras cabezas,
Veo todavía pasar tu figura vestida de caqui,
Y cuando me alejo del prado casi espero
Que seas tú quien me abra la puerta».

MARIAN ALLEN, *The Wind on the Downs*

La mañana de la fiesta amaneció despejada y el aire cortante de primeros de octubre sucumbió pronto a la calidez de un día más del veranillo de San Miguel. Beatrice abrió la ventana batiente, asomó la cabeza y dejó que un rayo de sol se filtrara en la fría habitación. Los pájaros que picoteaban entre los adoquines de la calle se dispersaron, su movimiento anunciando la aparición de una figura solitaria que ascendía por la empinada cuesta, y Beatrice reconoció los pasos lentos y la espalda encorvada de la esposa del pescadero, cuyo hijo se encontraba entre los fallecidos en las primeras batallas de la fuerza expedicionaria. Qué orgullosos se habían sentido su marido y ella de su joven soldado, veterano pese a todo, y qué interés y respeto había mostrado la ciudad hacia ellos durante las primeras semanas, cuando la sed de información y la oportunidad de sentirse próximos a la acción había convertido la pescadería en un hervidero de actividad y chismorreos. Pero ahora la mujer parecía haber envejecido de golpe varios años y el negocio iba de capa caída, puesto que la gente cedía al inmaduro instinto de evitar a unos padres de luto.

Beatrice había vivido lo mismo en el pueblo de su tía. Por cada persona que se paraba a sonreírle con compasión y a mencionar alguna cosa sobre su padre, muchas más daban media vuelta para mirar algún escaparate o cruzaban la calle bajando la sombrilla para que no se les viera la cara. Cuando posteriormente coincidía con ellas, se mostraban sorprendidísimas por no haberla visto últimamente.

En un día como el de hoy, se esperaba de las viudas y de las tristes madres que mantuvieran sus ropajes negros y sus caras pálidas encerradas en casa. En la historia, y también en las obras de arte expuestas en los museos, las que habían sufrido el sacrificio de esposos e hijos estaban ausentes de procesiones y festejos, pensó Beatrice. No había desfile de la victoria o de la paz que incluyera los féretros de los fallecidos. Sin apartarse de la ventana, aun a pesar de ser consciente del deseo de esconderse, Beatrice buscó los ojos de la esposa del pescadero y le regaló una sonrisa y un saludo antes de retirarse de nuevo a su

habitación.

Hugh se miró una última vez al espejo y recolocó la gorra en un ángulo que, a su entender, no le daba tanto el aspecto de conductor de autobús. La gorra hacía que las orejas se le vieran más grandes, creía, y la visera brillante proyectaba una sombra enfurruñada y permanente sobre sus ojos. Se habría sentido más feliz y más atractivo con una bata quirúrgica, pero sabía que un oficial tenía que presentarse en actos públicos vestido de uniforme, por rígido e incómodo que este fuera. Daniel, que estaba también en el cuarto de juegos y se estaba atando los cordones de las botas, conseguía darle a su uniforme un aspecto relajado, incluso hasta el punto de parecer un atuendo informal, y no daba muestras de estar sufriendo en absoluto la opresión que imponían las hombreras o el picor que provocaba el roce de la lana nueva en la piel. Le habían cortado el pelo y lo llevaba engominado pero, con todo y con eso, se le seguía rizando en la frente. Con expresión animada, Daniel tiró del cordón para pasarlo por el último ojal de latón y le dio una calada a un cigarrillo tempranero e ilícito.

—Te olerá la chaqueta a tabaco todo el día —dijo Hugh—. Y tía Agatha te soltará un sermón.

—Todos los soldados huelen a tabaco —replicó Daniel—. El soldado raso huele a tabaco, sudor y repollo; el oficial a tabaco, betún y loción para después del afeitado. La universalidad, en este sentido, es extraordinaria.

—Mis colegas huelen a tintura de yodo —comentó Hugh—. Me he bañado dos veces esta mañana y me he echado colonia del tío John para no marearme solo de olerme.

—Confío en que esos hunos huelan distinto —dijo Daniel—. Debe de ser difícil clavarle la bayoneta a algo que huele como tu compañero de litera.

—Según los periódicos, los alemanes apestarán a sangre de inocente —replicó Hugh.

—Palabras lanzadas al mundo como aquel que arroja piedras —observó Daniel—. Esos periodistas corren el riesgo de transformar la obligación moral de entrar en acción en una cruzada de venganza ciega.

—¿Quién se ha embarcado en una cruzada de venganza ciega? —preguntó el tío John, después de llamar a la puerta y entrar directamente.

—La prensa —respondió Daniel—. Exacerba al hombre de a pie de un modo irracional.

—¿Y lo que dices es el punto de vista habitual de los que visten tu uniforme?

—Hay una amplia variedad de puntos de vista —contestó Daniel—. Tenemos debates muy animados.

—Por eso siempre dije que no me parecía buena idea reunir a los escritores y a los artistas en una sola brigada —declaró el tío John, meneando la cabeza aunque con una sonrisa—. Si crees que vas a ser capaz de hacer una pausa de media hora en tu sedición, vuestra tía me ha comunicado que si queremos llegar a tiempo deberíamos empezar ya a desayunar.

—Si no os importa, voy a bajar a ver a mis colegas —dijo Hugh—. Quiero echar un último vistazo a la concurrencia antes del desfile. Confío en que me hayan guardado algo de comida.

—Mis camaradas tendrán que esperar —repuso Daniel—. La cocinera me ha dicho que estaba guardando un trozo formidable de beicon justo para hoy. Me niego a que el deber se interponga entre mi persona y unas buenas lonchas de tocino.

Cuando Hugh llegó al vestíbulo y se detuvo delante del espejo para recolocarse la gorra una vez más, captó la fragancia del beicon y vio, al otro lado de la puerta abierta, una esquina de la mesa preparada para el desayuno, el azul de las hortensias en el aparador, las cortinas blancas agitándose con la brisa. En la cocina se oían los sonidos apagados de sartenes y cacerolas, un rayo de sol se extendía sobre el suelo de roble oscuro y el olor a pulimento para la madera y a pintura se sumaba a los aromas más insistentes de la mesa del desayuno. Hugh comprendió de repente la importancia de los rituales de la mesa del desayuno, el valor de aquel vestíbulo tan normal con su paragüero y los rayos de sol que se filtraban a través de los paneles de la puerta de entrada. El deseo de sumarse a Daniel y la familia para desayunar juntos retrasó el movimiento de la mano en el pomo, pero una voz más potente que todo aquello le dijo que estaba siendo un sentimental, un auténtico sensiblero. Su partida de la casa no la haría caer a trozos como un frágil escenario de teatro y él no permitiría que la guerra cargara todas sus entradas y salidas con el peso de la tragedia. Su partida solo significaría que a Daniel le corresponderían más lonchas de beicon. Y como consecuencia de tan rápida resolución, Hugh entró de inmediato en el comedor y envolvió varias lonchas de beicon en una servilleta para poder comérselas por el camino.

La banda de música, instalada en una pequeña plataforma, estaba interpretando por tercera vez el estribillo de *Daisy Bell*. El sonido del trombón era plano pero,

en general, Agatha Kent se sentía muy satisfecha del desfile hasta el momento. El día era espléndido pero soplabla una brisa lo bastante potente como para que las banderolas se agitasen con la debida elegancia, las enaguas se levantaran y la gente apostada en las esquinas tuviera que llevarse de vez en cuando la mano al sombrero para sujetarlo. El desfile, que transcurría entre las casas y la gente que inundaba las calles pavimentadas, descendía como la espuma de una cascada para ir a desaguar en la calle principal, delante de la tribuna de autoridades, una magnífica sucesión de carrozas, automóviles decorados y procesiones de clubes e instituciones locales. Agatha tomaba nota en su cuaderno de los participantes a medida que iban pasando. El señor Tillingham desfilaba en un coche descubierto, acompañado por una chica vestida de Literatura, con un pergamino y una pluma dorada. La señorita Buttles y la señorita Finch recibieron grandes aplausos y risas como la reina Isabel I y sir Walter Raleigh, con sir Walter pilotando su nueva moto Triumph y la reina hada, feliz con su gorguera, ocupando el sidecar como un gallo de concurso. El alcalde, con su atuendo de gala completo, saludaba a la multitud desde lo alto de un ómnibus tirado por caballos y rodeado por representaciones de las distintas industrias de Rye, destacando entre ellas un pescador con una caña de pescar de la que colgaba un bacalao de grandes dimensiones. Los perros de la Asociación del Perro Deportivo y de Trabajo, que no paraban de ladrar y aullar, desfilaron con abrigo decorados con la Cruz de San Jorge y el escudo de armas del condado, con la excepción de un border terrier que había logrado arrancarse la prenda y sujetaba entre los dientes lo que quedaba de ella. Y a lo largo de todo el desfile, chicas con bonitos vestidos de verano adornados con bandas rojas, blancas y azules se abrían paso entre la muchedumbre con bandejas con banderitas de solapa confeccionadas en papel y cubos decorados para recaudar dinero con la intención de convencer al público para que adquiriese una bandera para la causa.

La tribuna de autoridades estaba abarrotada y el coronel Wheaton y lady Emily, cuyo coche había liderado el desfile, lo habían tenido difícil para ascender las escaleras centrales. El coronel Wheaton, vestido con un uniforme de su propia creación con varios bucles de cordón trenzado en el hombro derecho y una espada india antigua colgada de un cinturón de cuero profusamente labrado, estaba saludando a sus nuevas tropas lideradas por su hijo, Harry, que ocupaba la primera fila y lucía las insignias de un teniente. Los hombres marchaban algo rezagados, muchos de ellos cojeando en el interior de botas que se habían adquirido apresuradamente. Los rifles que llevaban eran de madera, puesto que las armas oficiales estaban aún por llegar.

—¿Verdad que los hombres de papá están maravillosos? —preguntó Eleanor Wheaton—. Son como soldados de verdad.

—El caqui no es muy llamativo como color de uniforme —comentó Agatha.

—Pero hace más complicado que te disparen en un campo de batalla —dijo su esposo, John, vestido con blazer y pantalón de franela. Agatha experimentó un repentino espasmo. Su marido habría estado guapísimo de uniforme, pensó, y no tenía ni un año más que el coronel Wheaton, que estaba resuelto a conseguir que le permitieran entrar en combate—. Mejor dejar los trenzados y los colores para las damas —añadió John, mirando a Eleanor.

Eleanor había elegido para la ocasión una chaqueta azul marino de corte militar, con botonadura doble y ceñida a la cintura mediante un cinturón de lana granate.

—Creo que entre mi padre y yo hemos dejado el mercado sin cordón trenzado —replicó, sin mostrarse en absoluto ofendida—. Después del incidente con los perros, pienso que tal vez he intentado demostrar en exceso mi patriotismo.

John levantó una ceja en un gesto inquisitivo y Agatha se encontró en la incómoda posición de no haber comunicado un hecho que era de gran relevancia para una parte y de escasa importancia para la otra. En una situación así, decidió sacrificar los sentimientos de John.

—Recuérdalo, querido —señaló—. Ya te conté que unos niños lanzaron piedras contra los dachshunds de lady Emily mientras Eleanor estaba paseándolos y que hicieron unos comentarios horrorosos tanto sobre ella como sobre los pobres perritos, diciendo que eran alemanes.

—Por supuesto que me lo contaste —contestó John, haciendo gala de sus habilidades diplomáticas y enarcando imperceptiblemente una ceja—. ¡Espantoso! Nadie con un mínimo de inteligencia pondría jamás en duda el patriotismo de esta rosa inglesa.

—Gracias, señor Kent —dijo Eleanor—. Pero creo que lo que más preocupa a mi madre son las acusaciones contra los perros.

—Es sorprendente que alguien pueda dudar del patriotismo de mis dachshunds —corroboró lady Emily—. Es un ultraje.

—La Asociación de Criadores va a cambiar el nombre de esta raza a Freedom Hound —añadió Eleanor—. Publicarán incluso el anuncio en los periódicos e imagino que nos ayudará.

—Qué forma más vulgar de mimar a las masas —comentó lady Emily—. Pero si con ello se salva aunque sea la vida de un solo perrito, habrá que soportarlo, imagino.

—Hablando de salvar vidas, por ahí llega la ambulancia de Hugh —indicó Agatha—. ¿Verdad que está guapo?

Hugh, muy serio, desfilaba delante de su ambulancia. La ambulancia, reluciente a más no poder, circulaba con las puertas traseras abiertas y dos de los hombres de Hugh saludaban con la gorra al público desde el interior. Los seguía otro hombre, que cargaba con orgullo una caja etiquetada como «Equipo portátil de rayos X». La caja era un engaño, puesto que un equipo portátil de rayos X era demasiado grande y demasiado valioso como para participar en un desfile rural, pero los Medical Corps se sentían tan orgullosos de su último avance médico que habían concedido permiso a Hugh para que construyera una maqueta para la ocasión.

Detrás de Hugh desfilaba el grupo de ocho oficiales de Daniel, en dos filas, todos con sus nuevos uniformes y gorras de color caqui, con el cinturón de cuero modelo Sam Browne de los oficiales y una pistolera en la cadera izquierda. Llevaban botas relucientes y la ausencia de cojera le sugirió a Agatha que los oficiales se habían acostumbrado a ellas.

—Es emocionante que el grupo de Daniel haya podido sumarse al desfile —dijo Eleanor—. Aunque esperaba que los Artists Rifles vistieran camisas de lino y portaran dagas.

—No son piratas —replicó Agatha—. Es un cuerpo de oficiales y se lo toman muy en serio, como deja entender su porte.

—Me muero de ganas de visitar la maqueta de la trinchera —exclamó Eleanor—. Me ha contado Beatrice Nash que tienen estanterías y mobiliario de madera de sauce y que cada noche, antes del toque de silencio, leen poesía.

—El desfile avanza con perfecta eficiencia —comentó John—. Señoras, son ustedes generales por derecho propio.

—Mejor no vendamos la piel del oso antes de cazarlo —dijo Agatha.

Se había fijado en que algunas de las chicas con los cubos de la recolecta se mostraban excesivamente directas en su intercambio con los hombres del público y había visto también que Snout, vestido con toga romana y sandalias, se había escabullido de entre sus compañeros de clase y cargaba también con uno de aquellos cubos. Uno de los caballos del carro de los bomberos andaba renqueante y había unos cuantos estudiantes que parecían incapaces de caminar en línea recta, como si tuvieran un defecto congénito que se lo impidiese; la formación parecía un rebaño de ovejas preocupadas y los maestros habían tenido que dedicar más tiempo a ejercer de pastores que a saludar. El desfile iba bien, pero no podía considerarse un éxito hasta que la última carroza, la de la escena

de Britania, se detuviese delante de la tribuna de autoridades para escuchar la interpretación de los himnos nacionales de Bélgica y Gran Bretaña y siguiera avanzando hasta el terreno donde se celebraría la fiesta para la enaltecida interpretación de *Land of Hope and Glory*. Se esperaba que la muchedumbre cantara también y que se motivara con ello a gastar dinero en las atracciones de la tarde. Entonces, y solo entonces, pensó Agatha, podría respirar tranquila.

Beatrice no podía negar que se estaba divirtiendo. Su nuevo vestido caía en atractivos pliegues sobre las sandalias doradas; su cabello había cooperado y se había dejado recoger con suavidad bajo una corona de laurel. Estaba excepcionalmente feliz y comprendía que todo ello tenía su origen en sentirse joven y bonita o en recordar, al menos, qué era sentirse joven y bonita, algo que los años de declive de su padre habían reducido a un sinsentido. Sentada en una caja tapizada, a la derecha del trono cubierto de flores de Britania, portaba un escudo decorado con la Cruz de San Jorge. Saludaba continuamente a la multitud y reservaba las mejores sonrisas para los niños que contemplaban boquiabiertos el espectáculo montados a los hombros de sus padres, agitando banderitas y pegajosas piruletas y preguntándose qué sería aquel desfile que se desplegaba frente a ellos. Beatrice sabía que los niños lo veían todo como algo real y que ni siquiera reconocían a la señora Fothergill, cuya cara maquillada había adquirido un aire regio bajo la corona de laurel y que saludaba con la contención de una auténtica monarca. Celeste, en el papel de Bélgica, estaba sentada en otra caja a los pies de Britania y lucía un vestido blanco con la parte delantera de la falda cubierta de encaje, un sencillo sombrero blanco con cintas y un chal tejido con los colores de la bandera belga. En cajas de distintas alturas, todas ellas cubiertas con tapete verde para sugerir un paisaje ondulado, las jóvenes damas de Escocia, Gales e Irlanda se asentaban detrás del trono. Delante de la carroza, una pequeña sección de una banda militar de Kent tocaba canciones patrióticas e himnos y, al paso de la carroza, la multitud cantaba retazos de la letra y agitaba los sombreros. Era tan emocionante que a Beatrice se le humedecieron los ojos. Ni siquiera los corazones más endurecidos podían resistirse a aquel día soleado y al fervor del patriotismo sencillo de la gente rural.

Cuando la carroza se aproximó a la tribuna de autoridades, Beatrice experimentó una agitación nerviosa que tenía menos que ver con superar la aprobación del coronel Wheaton, lady Emily y otros dignatarios y más con si Hugh y Daniel mantendrían su promesa de volver sobre sus pasos para

contemplar la llegada triunfal de Celeste y ella. Cuando Beatrice vio que Celeste se llevaba la mano a la cabeza para recolocar un mechón de pelo, comprendió que tampoco ella era inmune a esa adulación. Beatrice se enderezó un poco en su asiento pero se negó a arreglarse el cabello y a mirar a su alrededor en busca de rostros conocidos. Cuando la carroza detuvo por fin su marcha, la señora Fothergill se levantó ante los aplausos fervorosos de los ocupantes de la tribuna de autoridades y, después de un solemne gesto de asentimiento, desenvainó la espada que tan decorativamente colgaba del ceñidor de tela de tapicería que llevaba a la cintura.

—Mujeres de Gran Bretaña, preparaos para defender Bélgica —dijo con voz aguda.

—¿Pero qué estamos haciendo? —dijo Beatrice en voz baja—. Tenía entendido que era una escena sin discursos.

—El elemento sorpresa, querida mía —respondió la señora Fothergill—. ¡Preparadas!

Antes de que pudiera decir nada más, se oyó un rugido detrás de las tribunas y apareció un grupo de hombres vestidos con chaquetas de uniforme de color azul y coronados con el característico casco acabado en pico de los regimientos alemanes empuñando espadas, escopetas y utensilios de granja. Se abalanzaron sobre la carroza profiriendo gritos capaces de dejar la sangre helada a cualquiera. La banda empezó a tocar una marcha y la señora Fothergill a mover la espada a derecha e izquierda por encima de su cabeza y a chillar como una energúmena. Escocia e Irlanda apuntaron las jabalinas y empezaron a ahuyentar a los hombres, sin dejar de reír, mientras que Gales se agazapó detrás de su escudo y les gritó que pararan.

—Como te me acerques un paso más, mi padre te llevará ante el magistrado, Ernie Phillips —decía—. Y tú, Arthur Day, deja de agitar esa horca como si estuvieras loco.

—Defenderemos Bélgica hasta nuestro último aliento —gritó la señora Fothergill.

Beatrice tuvo que levantarse para eludir un golpe excesivamente entusiasta de una bayoneta que, vista de cerca, era a todas luces un instrumento teatral con la punta roma.

—No me lo puedo creer, señora Fothergill —dijo Beatrice—. ¿De verdad que ha montado usted esto de las hordas alemanas?

Pero sus palabras quedaron acalladas por Celeste, que se había quedado paralizada en su asiento y empezó a gritar, un chillido que fue subiendo de

volumen y que sugería que había recibido una herida mortal o que estaba siendo sometida a un potro de tortura de la época medieval. El grito continuó y la banda de música dejó de tocar uno a uno sus instrumentos y las hordas alemanas se quedaron inmóviles.

—Celeste, ¿está herida? —preguntó Beatrice.

Arrojó su escudo y se arrodilló para estrechar a Celeste entre sus brazos. La chica empezó a debatirse, como si Beatrice fuera el enemigo, y Beatrice miró a su alrededor en busca de ayuda. Vio que había conmoción en la calle y que Hugh se abría camino para poder subir a la carroza.

—Está fuera de sí —dijo Beatrice.

El grito desgarrador de Celeste se acalló de repente y el silencio que siguió fue casi tan ensordecedor como el chillido. Alrededor de su boca empezó a aparecer espuma y se le quedaron los ojos en blanco.

—Se ha quedado inconsciente —explicó Hugh—. Un ataque de algún tipo, me temo.

—Tengo formación en primeros auxilios —comentó la señora Fothergill—. Tal vez podría ayudar.

—Creo que ya ha hecho suficiente —contestó Beatrice, sin pensar—. Quizás todo el mundo podría apartarse un poco para que le llegue aire.

La muchedumbre, que había avanzado para ver qué sucedía, empezó a retirarse y Beatrice intentó colocarse de un modo adecuado para proteger a Celeste mientras Hugh la cogía en brazos para bajarla de la carroza.

—No creo que me merezca que me hablen de esta manera —oyó que decía Bettina Fothergill, y el tono razonable de Agatha Kent impidió que Beatrice replicara de nuevo apresuradamente.

—Señora Fothergill, el alcalde la necesita para abrir la tienda de las flores. Me parece que aquí todo está bien cubierto y, además, mi sobrino es médico.

—¿Me permite que la ayude a bajar, señora Fothergill? —añadió John—. Aquí traigo un escalón para usted.

—Me cuesta imaginar qué puede haber perturbado de este modo a la pobre niña —dijo la señora Fothergill, su voz prevaleciendo incluso mientras permitía que la apartaran del lugar del suceso—. En Bexhill pusieron en escena el mismo tipo de escaramuza y duplicaron la cantidad de donaciones.

—¿Y en Bexhill lo escenificaron también delante de algún belga? —preguntó John.

—Bueno, no, y ahí es precisamente donde nosotros íbamos a mejorar la iniciativa —fue la débil respuesta de la señora Fothergill, marchándose ya.

—¿Quieres sales? —preguntó Agatha.

—No, creo que es mejor llevarla a casa —respondió Hugh, sujetando a Celeste en brazos mientras Beatrice se disponía a acercarle a la nariz una botellita de color marrón.

Celeste refunfuñó y giró la cabeza para acurrucarse como una niña contra el hombro de Hugh.

—Mandaré llamar a su padre —dijo Agatha—. Y el director tendrá que encargarse del recitado en latín.

Beatrice le dio las gracias y, recogiendo todos los pliegues del vestido, se apresuró a seguir a Hugh hacia la calle principal. Recordó entonces las ocasiones en que su padre la llevaba en brazos, la sensación de volar por encima del suelo, la seguridad que le proporcionaban unos brazos fuertes, su aroma cálido y familiar en contraposición con los nuevos olores de una calle o de un bosque. Tuvo que contener el deseo repentino de haber sido ella, y no Celeste, la que se hubiera desmayado. Era una idea estúpida, completamente fuera de lugar en un momento de crisis como aquel, y se regañó en silencio pensando, además, que ella era mucho más grande y pesada que Celeste y que, de haberse dado el caso, la habrían depositado sin contemplaciones en un carromato para transportarla.

Al llegar a la casita, Hugh subió a Celeste a su alcoba, amueblada ahora con una segunda cama prestada por Agatha, un pequeño tocador y una cortina de tejido de tapicería que llegaba hasta el suelo y que servía para ocultar aquel rincón desde la escalera. Una vez instalada en la cama, Hugh le tomó el pulso, controlándolo con su reloj de bolsillo. Su rostro mostraba preocupación.

—El pulso es regular —dijo—. ¿Ha desayunado?

—No mucho —respondió Beatrice—. Estábamos las dos un poco nerviosas por el desfile.

A decir verdad, pensándolo bien era posible que Celeste solo hubiera tomado una taza de té. Mientras que ella había desayunado de un modo que ahora le parecía excesivamente copioso y poco refinado. Le había dado lástima tener que tirar la tostada con mermelada de grosellas de Celeste y los nervios le habían provocado más hambre de lo habitual.

—Imagino que no es más que la conmoción por la escena combinada con la falta de alimento —comentó Hugh—. Pero, para estar seguros, alguien debería quedarse con ella. Té templado con mucho azúcar y dieta ligera durante todo el día. Huevo hervido y cosas por el estilo.

Hugh fue a esperar abajo mientras Beatrice le quitaba trabajosamente a Celeste el vestido y el corsé y la metía en la cama. Celeste estaba sumida en un

estado febril y se estremecía al contacto; era como si volviese a ser la refugiada desaliñada y agotada de la primera noche.

—Está a salvo —le dijo Beatrice, acariciándole su melena dorada—. Se pondrá bien.

Celeste se limitó a girar la cabeza hacia el otro lado y cerrar los ojos. Beatrice se sentó a los pies de la cama y miró con lástima las sandalias aladas que se habían quedado tiradas en el suelo.

Cuando Beatrice bajó al salón poco después, el profesor ya había llegado. Estaba de pie junto a la ventana, moviéndose con inquietud y jugando con la cadena del reloj.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó, su expresión tensa por las malas noticias.

—Como le he dicho, seguro que no es nada de lo que preocuparse —respondió Hugh—. La conmoción, más los nervios de la mañana y la falta de desayuno, supongo. A menos que tenga algún problema médico anterior que yo desconozca.

—Todo es culpa mía —dijo el profesor, meneando la cabeza—. No tendría que haber permitido que una niña estuviese expuesta a esa atrocidad. No tendría que haberle dado permiso para participar.

—Se pondrá bien después de un día de descanso —le tranquilizó Hugh—. Si lo prefiere, le digo al doctor Lawton que pase mañana a visitarla.

—No, no será necesario —contestó el profesor—. He venido corriendo desde el festival, donde el señor Tillingham me ha pedido que lo acompañara para evaluar los calabacines que se exponen allí. Me siento aliviado al saber que mi hija está bien.

—¿Desea subir a verla? —preguntó Beatrice, animada, pensando ya en ponerse un delantal encima del vestido nuevo para prepararle a Celeste un poco de té y un huevo pochado.

—No, no, mejor será no molestarla —dijo el profesor—. Dígale que he estado aquí y, con su permiso, vendré a verla más tarde para que me informe. Creo que debo regresar a la fiesta para cumplir con mi deber.

—¿Seguro, profesor? —preguntó Beatrice, que había dejado de lado sus obligaciones con sus alumnos de latín en el instante en que Celeste se había desmayado.

Beatrice miró hacia la escalera y pensó en la chica temblorosa y en el consuelo que le aportaría notar la mano de su padre acariciándola.

—Le doy las gracias por ser tan amable y cuidar de mi hija —contestó el profesor, como si ella le hubiera sugerido otra cosa—. El joven doctor dice que

se pondrá bien, de modo que no hay nada más que hablar.

Y dicho esto, se puso el sombrero, que a punto estuvo de perder al pasar por debajo del dintel de la puerta.

—No me parece justo que tenga que quedarse al cuidado de Celeste y perderse por ello los festejos de la tarde —comentó Hugh.

Se quedaron los dos viendo cómo la figura del profesor desaparecía rápidamente calle abajo. El débil sonido de un organillo y la cacofonía de una banda de música competían para indicar que la fiesta había empezado ya en las marismas.

—Siento tener que perderme la carrera de cerdos —dijo ella con tono irónico. Hugh se echó a reír—. De nada sirve que alguien más se quede sin disfrutar del día —añadió—. Creo que tendría usted que regresar a la fiesta.

Hugh vaciló unos instantes, como si le apeteciera quedarse.

—Confío en que Abigail regrese a tiempo para que pueda asistir al baile de gala que se celebrará en la posada —dijo por fin.

—No creo que Celeste esté suficientemente recuperada, de modo que imagino que me quedaré aquí —replicó ella, pensando que, por mucho que renegara de la necesidad de ir escoltada, no estaba bien que una mujer asistiera sola a un baile público.

—Tonterías —contestó Hugh—. Ni Daniel ni yo soportamos tener que bailar con desconocidas. Vendré a buscarla personalmente y deberá hacernos un hueco en su carné de baile a los dos.

—Más bien será usted el que tendrá el carné de baile lleno.

—Estoy preparado para cumplir con mis deberes sociales en cualquier esquina del salón —replicó él—. Pero si prefiere que sea mi tía Agatha quien pase a recogerla, lo dispondré todo para que así sea.

—No será necesario —repuso Beatrice—. Ya no soy una niña.

—¿A las siete, pues? —dijo Hugh—. Entretanto, procure que la paciente esté tranquila. Imagino que sabrá prepararle un huevo duro, ¿no?

La fiesta estaba en su apogeo y Agatha, a la sombra del toldo de la entrada de la tienda donde se había dispuesto el té, dejó su libreta encima de un barril convenientemente vuelto del revés y miró a su alrededor con el cauto optimismo de quien ha preparado bien las cosas y cuyos esfuerzos están dando los frutos esperados, pero considera prematura cualquier muestra de satisfacción o distracción.

—Todo está saliendo maravillosamente bien —dijo su marido, que salía en aquel momento de la tienda con dos vasos de limonada fría y un plato con pequeños sándwiches—. Lo has sacado adelante, amiga mía.

—No soy supersticiosa —contestó Agatha—. Pero no pienso mostrarme de acuerdo contigo por si acaso a Bettina Fothergill se le ocurre hacer otra de las tuyas esta tarde.

—La gente que dice que no es supersticiosa se engaña a sí misma —aseveró John, pasándole un vaso y dejando el plato—. ¿Me permites que te ofrezca un sándwich de queso de la suerte?

—¿Y por qué es de la suerte? —preguntó Agatha.

—Porque no es de huevo y lechuga —respondió su marido—. Y, por lo tanto, es menos probable que cause problemas gástricos después de haber estado gran parte del día en una bandeja destapada, en el interior de una tienda y a temperatura elevada.

—Se me hace la boca agua solo de pensarlo —dijo Agatha, mirando con recelo los bordes resecos del pan—. Y estoy muerta de hambre, gracias.

—Ese chico, Snout, el que cargaba de un modo algo sospechoso con un cubo para donaciones —comentó John—, estaba dentro agasajando a varios de sus colegas con pasteles glaseados.

—Le daré un tirón de orejas —replicó Agatha—. Después de todo lo que hemos hecho por él...

—Me lo he quedado mirando muy serio, y me ha respondido invitándote a esta limonada —explicó John—. Se ha mostrado encantador, te lo digo porque si le montas el escándalo debes saber que podrías ser su cómplice.

—Eres incorregible, John —dijo Agatha—. Que te resulte a ti gracioso no significa que debas permitirle salirse con la suya con sus travesuras.

—Hay que dejar espacio para el florecimiento de la conciencia personal —rebatía John—. La terrorífica mano de la autoridad podrá inspirar miedo, pero jamás servirá para construir fortaleza de carácter. Estoy seguro de que, a las tantas de la madrugada, el joven Snout empezará a tener remordimientos y a sentirse culpable. Además, yo también estoy de fiesta. Y pienso celebrarlo sin utilizar para nada mi autoridad.

—Tendrías que habérmelo advertido —le reprendió Agatha—. Te he colocado como juez en el concurso de bebés guapos a las dos y luego, de cuatro a cinco, para controlar la caja de la recaudación.

John gruñó y le dio un bocado al sándwich de queso, pero no denegó la ayuda. Otros maridos se pondrían la medalla por el trabajo de sus esposas y aceptarían

honoros a cambio de donaciones económicas sin realizar en realidad ningún acto de filantropía. Para Agatha, una de las cualidades más destacadas de su esposo, y eso que tenía muchas, era que siempre había trabajado codo con codo con ella; o, mejor dicho, siempre hacía lo que ella le decía.

—Antes me gustaría visitar la maqueta de la trinchera de Daniel y echar un vistazo a la ambulancia de Hugh —dijo John, consultando el reloj—. ¿Quieres venir conmigo?

—La verdad es que tendría que darme una vuelta por los puestos y luego verificar el programa de entretenimientos para ver si todo está correcto —respondió Agatha.

—¿No te apetece ver a tus sobrinos acosados por jóvenes encantadoras que sienten pasión por las palas para cavar trincheras y las férulas ortopédicas? —insistió John, engullendo el último bocado—. Los chicos estarán aturullados siendo el centro de tanta atención.

—De acuerdo —aceptó Agatha—. Pero luego, si la tarde falla, tú serás el culpable por haberme distraído.

Después de mordisquear la parte central aún no reseca del sándwich y beber la limonada, Agatha acompañó a John hasta el otro extremo de las instalaciones, donde el césped municipal estaba completamente levantado y el aroma oscuro a tierra fresca atraía a la concurrencia hacia la maqueta de las trincheras. Solo había espacio para caminar en fila india por encima de tablones y Agatha tuvo que contentarse con vislumbrar el rubor de su sobrino por encima de las cabezas de tres de las chicas de las banderitas, que reían como tontuelas mientras él intentaba explicarles los avances constructivos que exhibía su trinchera.

—Y aquí puede verse cómo al colocar los sacos de arena en perpendicular, siguiendo la disposición del aparejo de ladrillo flamenco, conseguimos un muro más fuerte —dijo Daniel, palpando la pared de sacos de dos metros y medio de altura que hacía de la trinchera un lugar más fresco y amortiguaba los sonidos de la fiesta.

Por fin le llegó el turno a Agatha de asomar la cabeza al acogedor refugio amueblado con un camastro y una mesa plegable, una lámpara de aceite y una estantería de madera de sauce con tres libros de poesía. En la pared habían colgado dos o tres poemas, que aleteaban como mariposas nocturnas. La puerta podía cerrarse con una manta colgada a modo de cortina, que en aquel momento estaba recogida con un cordón trenzado, y en una ventanita abierta entre los sacos, enmarcada y dividida mediante ramas de madera de aliso, había un jarroncito de cerámica con un motivo de maíz y amapolas. Más adentro, en lo

que era la trinchera en sí, había una pequeña alcoba con un banco rústico de madera de sauce donde estaba sentado un oficial de los Rifles fumando en pipa y pintando en un pequeño bloc de acuarelas.

—Parece una casita encantadora, ¿verdad? —comentó una de las chicas.

—Una casita para dos —contestó otra, y siguieron caminando sin dejar de reír.

—No sé muy bien en qué estábamos pensando cuando decidimos que las chicas podían dedicarse a ofrecer banderitas como si fuesen vendedoras ambulantes —murmuró Agatha—. Hemos creado monstruos del descaro, por lo que parece.

—Muy buena construcción, subteniente —le dijo John a Daniel.

—¿La trinchera o las chicas? —preguntó Daniel.

—¡Daniel! —exclamó Agatha.

—Tía Agatha, permíteme que te presente a mi amigo Worthington. Es un pintor de Norfolk. El año pasado aceptaron en la academia una obra suya.

—Su trabajo me parece maravilloso —dijo Agatha, contemplando la marina pintada apresuradamente, aunque con gran confianza, en el papel grueso del bloc.

—La acuarela no es exactamente lo mío, señora —repuso el oficial, levantándose del banco y saludando con cierta torpeza, puesto que tenía ambas manos ocupadas con sus herramientas de trabajo—. Pero queríamos darle a todo esto un ambiente un poco artístico y la pintura al óleo huele demasiado fuerte para un espacio tan reducido como este.

—El efecto está muy conseguido —dijo Agatha—. ¿Será muy complicado mantener esto limpio cuando se entre en acción?

—Hemos fabricado una pequeña escoba con paja —explicó Daniel—, aunque imagino que, cuando seamos doce en un espacio de este tamaño, el suelo se enfangará mucho.

—¿Y dormiréis de uno en uno? —preguntó Agatha.

—Las trincheras de este tipo son para el oficial y tal vez también para el responsable de comunicaciones —respondió Worthington—. El resto no dormirá hasta que regrese a la retaguardia.

—Por eso necesitamos poesía, cantar, pintarrapear las paredes —explicó Daniel—. Para mantener la moral alta durante la batalla.

—Tal vez lo del jarrón sea un poco excesivo —opinó Agatha—. No sé si un arreglo floral casa muy bien con el espíritu militar.

—Tienes razón —dijo Daniel—. Creo que hemos sido demasiado

competitivos y que queríamos quedar mejor que el grupo del coronel Wheaton. Su trinchera no es más que una zanja grande.

—Pero ellos tienen cerveza —apuntó Worthington—. Va en contra de las normas, pero están recibiendo más visitas que nosotros.

Agatha empezó a oír una especie de zumbido mecánico que fue aumentando de volumen hasta sofocar casi las voces excitadas del exterior.

—¿Qué diantres es eso que se oye? —preguntó.

—Es la gran sorpresa que te tenía reservada, querida tía Agatha —respondió Daniel, estampándole un beso en la mejilla a su tía—. Una gran sorpresa para tu fiesta y por la que podrás ponerte una medalla.

—Parece una locomotora a vapor averiada —dijo Agatha—. ¿Qué has hecho ahora, Daniel?

—Sal a ver —contestó Daniel, cogiéndola de la mano.

A pesar de que estaba alarmada por lo que pudiera ser aquello, Agatha se sentía absurdamente feliz de ir de la mano de su sobrino. Daniel no había sido nunca dado a los abrazos ni a las muestras de afecto, ni siquiera de pequeño y, para ella, que ahora la cogiese de la mano era sorprendente.

Emergieron de la trinchera y, junto con la riada de gente, ascendieron la zanja hasta alcanzar el camino que transcurría entre las salinas y el río. Hugh y dos de sus hombres les hicieron gestos desde lejos para que se acercaran a ellos. El crepitar y el zumbido de varios motores se hizo más estruendoso y de pronto aparecieron cuatro biplanos, cableados como una cometa de caja, con un motor protuberante en la parte delantera que recordaba la cabeza de una mosca, que sobrevolaban en fila india las marismas procedentes del oeste.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó Agatha.

—Es Craigmore y su pelotón —explicó Daniel, besándole otra vez en la mejilla—. Iban de camino a Folkestone y le he pedido que pasara por aquí para animarte la fiesta.

—Es increíble —dijo Agatha—. Son preciosos.

—¿Y por qué van a Folkestone? —quiso saber Hugh, protegiéndose los ojos para poder ver mejor la aproximación de los aviones y cómo los pilotos realizaban una acrobacia colocándolos boca abajo y recuperando acto seguido la posición, espantando con las piruetas los rebaños de ovejas que pastaban por los campos.

—Embarcan hacia Francia y Craigmore me escribió para decirme que no podía marcharse sin despedirse —respondió Daniel—. Cogerá el tren aquí en cuanto aterricen.

—Vaya sorpresa —dijo Hugh—. Me alegro mucho por ti.

—Bettina Fothergill se morirá de envidia —comentó Agatha—. Vamos, saludémoslos.

John Kent siguió observando los aviones con atención, protegiéndose los ojos del sol, mientras Agatha se sumaba a Daniel, Hugh y la multitud para aplaudir y lanzar vítores como niños. La gente agitaba pañuelos, abanicos y sombreros y se agachaba cuando los aviones descendían y pasaban más cerca de sus cabezas. La banda de música empezó a interpretar una marcha animada cuando los aviones se elevaron por encima del campanario de la iglesia, dieron la vuelta y volvieron a bajar para abalanzarse sobre el río como una bandada de gansos. Ascendieron otra vez y sobrevolaron de nuevo la muchedumbre. Después de varios rizos más en el cielo, la banda realizó suavemente la transición hacia su decimoquinta interpretación de *Land of Hope and Glory* mientras los aviones sobrevolaban las marismas para marcharse. El último piloto se rezagó de la formación para ejecutar un final exclusivo, una pasada en paralelo al río y a la fiesta, tan lenta y a tan poca altura que los espectadores vieron cómo el piloto se retiraba el casco y las gafas para saludar agitando el brazo. Era el joven Craigmore, con su pelo rubio y una gran sonrisa. Agatha le vio la cara tan bien que parecía que estuviera simplemente en la orilla opuesta del río.

—¡Craigmore! —gritó Daniel, agitando también los brazos—. ¡Estoy aquí, estoy aquí!

Craigmore siguió agitando los brazos e inclinó brevemente la cabeza en un gesto de saludo, aunque Agatha dudaba que, con el viento que debía de estar entrándole en los ojos, pudiera identificarlos.

—¡Tres hurras por los Royal Flying Corps! —exclamó John, y la multitud gritó sus hurras con todas sus fuerzas cuando el avión de Craigmore aceleró para sumarse al grupo.

Daniel siguió mirando hacia arriba hasta que la estela de humo se fundió con el cielo azul y, mientras el gentío se dispersaba para regresar a las diversiones de la fiesta, sus familiares se quedaron esperando con él.

—¿Cómo has conseguido mantener esto en secreto? —preguntó Agatha cuando Daniel dejó por fin de mirar y dio media vuelta. Aprovechó que lo veía tan feliz para estamparle un beso en ambas mejillas y apretarle la mano una vez más—. Ha sido maravilloso, hijo mío.

—¿Así que el joven Craigmore ya se marcha al frente? —preguntó John—. Lo siento.

—Me ha comentado que ha sido él el que ha pedido que le brindaran ya la

oportunidad —contestó Daniel. Su expresión se volvió melancólica—. En otras circunstancias, le habría hecho entrar en razón, pero me dijo que quería verme antes de marcharse y no pienso poner en riesgo nuestro frágil reencuentro instándole a que se quede. Por el momento, su padre gana.

—Tu tía y yo nos sentimos orgullosos de ti —afirmó John, poniéndole una mano en el hombro—. Empiezas a demostrar madurez, hijo.

—Confío en que el compañero de juventud que he perdido acabe convirtiéndose en el amigo moderado cuando nos hagamos mayores —dijo Daniel—. Creo que escribiré un poema sobre el tema.

—Dios mío, eso parece más una frase para bordar a punto de cruz que un poema —comentó Hugh.

—Ya ha hablado el hombre mayor de mi juventud —replicó Daniel—. El de la sabiduría de anciano y la cara amargada.

—Chicos, estoy lista para subir al tiovivo —dijo Agatha—. Y, en el camino hacia allí, intentemos tropezarnos con Bettina para que pueda felicitar me por el éxito rotundo de la jornada.

Cuando, a las siete en punto, Hugh llamó a la puerta de casa de la señora Turber, estaba más ansioso de lo esperado. Ofrecerse a escoltar a un baile a una dama del vecindario no tenía por qué ser motivo de nervios, pero su primo Daniel, que lo acompañaba, estaba de un buen humor tan formidable que no había podido contenerse de bromear con Hugh durante todo el camino de descenso de la colina hacia la ciudad y luego cuesta arriba, hasta llegar a casa de la señora Turber.

—Tendrías que haber conseguido un cabriolé, ¿no te parece? —le dijo a Hugh al oído—. Obligar a una dama a caminar es una torpeza.

—El baile es en la posada, a unos centenares de metros de aquí —replicó Hugh—. La gente que haya decidido desplazarse en carruajes tendrá que hacer cola mientras nosotros estemos ya cenando.

—Solo lo digo porque podrías dar sensación de tacaño —señaló Daniel.

—Si no te comportas acabaré arreándote un puñetazo —contestó Hugh—. Me limito a hacer una buena obra, y ya está. La pobre señorita Nash no ha podido disfrutar de la tarde y he pensado que lo mínimo que podía hacer era ofrecerle mi brazo para acompañarla a la fiesta.

—Nadie supone que las solteronas tengan que divertirse —replicó Daniel—. Creo que viven para ser útiles a los demás.

En aquel momento se abrió la puerta y Abigail los recibió con una sonrisa.

—¿Sabían que a través de la ventana podemos oír todo lo que dicen? —preguntó.

—Un día me moriré de vergüenza por tu culpa, Daniel —protestó Hugh, mientras entraba en la casa detrás de su primo.

Beatrice, ataviada con un vestido blanco de seda, esperaba de pie en la sala, delante de la chimenea. Hugh imaginó que era el mismo vestido que había lucido durante el desfile, pero parte de las caídas de tejido que le daban un aspecto griego habían desaparecido para ceder paso a un escote pronunciado y a la forma ceñida y evidente de la cintura. Llevaba el cabello oscuro recogido, adornado

con una única dalia de color rosa intenso, y en el cuello, un camafeo antiguo colgado de una cinta de terciopelo de color granate. No llevaba más joyas y, a pesar de que intentó recibirlos con burlona seriedad, Hugh la encontró preciosa.

—Señorita Nash, está usted radiante —dijo Daniel—. Parece la gran sacerdotisa del templo.

—Otro término para referirse a una solterona, ¿no? —contestó Beatrice, poniéndose unos guantes largos.

—Beatrice, disculpe por favor a mi primo —intervino Hugh—. Ha insistido en venir cuando es evidente que no tiene la cabeza en el lugar que le corresponde.

A Hugh le habría gustado añadir también un cumplido, pero imaginó que, de hacerlo, su primo ridiculizaría su iniciativa.

—Estoy un poco nervioso, señorita Nash —explicó Daniel—. Mi querido amigo Craigmore va a venir a verme y todos bailaremos hasta el amanecer.

—Me alegro por usted —dijo Beatrice—. Espero que todas las jóvenes de Rye hayan pensado en calzarse sus zapatos de baile más resistentes.

—¿Qué tal está Celeste? —preguntó Hugh.

—Ha comido un huevo y ha bebido varias tazas de té templado —respondió Beatrice—. Está aún sumida en esa especie de estado febril, pero ha descansado bien y Abigail se quedará con ella.

—Pongámonos en marcha para asistir a nuestro alegre baile —dijo Daniel—. Estoy mareado como si ya estuviera corriendo el champán a raudales.

Hugh abrió la pequeña puerta de entrada de la casa y salió al exterior con Beatrice, Daniel siguiéndolos. Cuando Beatrice pasó por su lado, Hugh observó con detalle la curvatura del cuello, aspiró el aroma de la flor que le adornaba el pelo y apreció su esbelta figura. Aquel cabello parecía estar hecho para dejarlo caer en cascada y en la espalda del vestido, ceñida con cintas, un único lazo lo dejó de repente aturdido por el deseo de tirar de él. Aspiró una bocanada de aire fresco y se recordó que estaba prometido a otra mujer y que sobrepasarse en su amistad con Beatrice complicaría mucho la vida en Rye. Con un rígido gesto, se detuvo para ofrecerle el brazo.

—¿Señorita Nash?

—Señor Grange.

Beatrice le cogió el brazo y, durante el recorrido hasta la posada, la presión de la mano de ella en la manga de la chaqueta de él le llevó a ruborizarse con tanta intensidad que no se atrevió ni a mirarla.

La posada estaba resplandeciente de luz y decorada con macetas alargadas repletas de olorosas dalias y crisantemos. Beatrice no había visto una fiesta igual desde su regreso a Inglaterra y había olvidado el placer que proporcionaba la simple expectación. La orquesta tocaba en un pequeño escenario instalado en el salón de baile y había tres salas más abiertas y dispuestas para poder cenar y sentarse. Se oían risas por todas partes. En el vestíbulo, Alice Finch les hizo señas para que pasaran a una pérgola ornamentada también con flores, donde los hizo posar alrededor de un tronco cubierto de musgo y envuelto en terciopelo y los fotografió disparando un fogonazo de flash.

Las lámparas de araña del salón de baile habían sido electrificadas recientemente.

—Dios mío, hay tan buena luz que las mujeres corren el riesgo de aparentar su verdadera edad —comentó Daniel.

—Es usted terrible —dijo Beatrice.

—Vaya con cuidado —prosiguió él—. Las colegialas tienen prohibido salir de casa a ciertas horas.

Beatrice rio y le pegó en broma con su carné de baile.

—¿Me concederá uno de sus bailes? —preguntó Hugh.

Lo dijo tan serio que Beatrice estuvo a punto de reírse de él, pero decidió que le apetecía bailar con Hugh y, en consecuencia, le entregó el librito junto con el lápiz plateado.

—Oh, concédame también uno a mí —dijo Daniel—. Siempre es mucho mejor que una chica casadera con una madre insistente.

—¡Daniel! —exclamó Hugh.

—La señorita Nash sabe que bromeo y la trato como a una hermana —se defendió Daniel—. No es necesario ponerse tan belicoso, Hugh.

Mientras dudaba entre apuntar su nombre para el vals o para la menos comprometida mazurca que se iba a interpretar a continuación, Hugh cayó en la cuenta de que tenía el ceño fruncido.

—Puedo concederle una de las danzas rurales, señor Bookham —dijo con ecuanimidad Beatrice—. Pero tenga por seguro que procuraré hacerle tropezar.

El rápido menosprecio hacia su primo hizo reír a Hugh a carcajadas, y al fin se decidió por ponerse a la altura del atrevimiento de Beatrice y pedirle el vals.

Agatha estaba bailando el vals con su marido, y, a pesar de que le dolían los pies

después de una jornada tan larga, se relajó en el refugio de sus brazos y se permitió disfrutar del baile. El día había sido un éxito, el dinero recaudado había superado todas las expectativas y ni siquiera el fiasco menor de los alemanes de Bettina había causado daños permanentes.

—¿Estás feliz, querida? —preguntó John, girando con aplomo con ella por delante de dos parejas muy torpes que no se movían de un rincón—. Te veo un poco preocupada pese a haber tenido un día triunfal como el de hoy.

—Estoy feliz —respondió ella, regalándole la sonrisa que él buscaba—. Estoy bailando contigo, nuestros sobrinos están aquí con nosotros y no pienso pensar ni en comités ni en guerra en lo que queda de noche.

—Me parece que Hugh está muy feliz bailando con la señorita Nash —comentó John.

Agatha, que cuando bailaba dando vueltas siempre tenía que fijar la vista en un punto para no marearse, se arriesgó a intentar localizar a Hugh con la mirada y se desequilibró.

—Estás provocándome —contestó, realizando un torpe saltito para coger de nuevo el ritmo—. Sabes perfectamente que está comprometido con Lucy Ramsey.

—Bueno, la verdad es que ella no está aquí y él no parece echarla de menos —señaló su esposo—. Y la señorita Nash es una mujer inteligentísima.

—Si a esa inteligencia le sumamos la falta de recursos económicos, tenemos como resultado una mujer no casadera —replicó Agatha—. Adoro a Beatrice, pero Hugh no podría tener perspectivas de futuro con ella y tiene demasiado sentido común como para echar a perder una consulta de cirugía por una maestra sin un penique.

—Mis padres me decían que me casara por dinero —dijo su marido—. Pero elegí el amor de una mujer fuerte.

—Y mira todos los problemas que te he causado —replicó ella.

A Beatrice le estaba costando concentrarse en los pasos con Hugh sujetándola por la cintura. Hugh permanecía en silencio, aunque a veces daba la impresión de que quería decir alguna cosa y su cara esbozaba un sinfín de expresiones. Cuando el baile terminó, la acompañó hasta una silla vacía en la mesa de su tía y se ofreció para ir a buscarle un vaso de limonada.

—Sí, me encantaría un poco de limonada —dijo ella con elegancia—. Pero confío en que nuestra amistad sea lo bastante sólida como para que no se sienta

obligado a quedarse más rato conmigo cuando tendría que estar socializando.

—Intentaré no tomármelo como un rechazo —contestó Hugh—. Vuelvo enseguida con la limonada.

Beatrice estaba contemplando felizmente las evoluciones de la abarrotada pista de baile y admirando el porte de la gente de la ciudad con sus mejores galas, cuando captó el cuchicheo de un grupo de mujeres situadas detrás de un helecho de gran tamaño.

—No estoy diciendo que sea cierto —oyó murmurar a la señora Turber—. ¿Pero han visto cómo se ha desmayado? Aquí hay algo turbio, háganme caso.

—La verdad es que no es en absoluto normal —dijo otra voz—, aunque hay que tener en cuenta que son gente muy sensible.

Beatrice no quiso seguir escuchando. Con las mejillas encendidas, se levantó sin decir nada y se dirigió rápidamente a la sala hacia donde había ido Hugh. Estaba ocupada en su mayoría por caballeros, congregados junto a la barra o pidiendo bebidas para llevar a los otros salones. Beatrice se disponía a salir de allí cuando captó otra voz conocida, la del señor Poot, que estaba diciendo:

—Por supuesto que todo esto es estrictamente confidencial, pero si quieren que les diga la verdad..., se les pondrían los pelos de punta si supiesen lo que algunas de estas jóvenes han tenido que sufrir.

—Si se tratase de mi hermana o de mi hija, preferiría que hubiese muerto —comentó otro hombre.

—Las hay que suplican poder morir —contestó Poot—. Yo les digo, naturalmente, que la guerra es así y que deben soportarlo con valentía.

Se marchó y Beatrice se encontró de nuevo en el salón de baile sin apenas darse cuenta. Miró a su alrededor y le pareció ver cuchicheos por todos lados, cabezas inclinadas las unas hacia las otras, miradas vagando por la estancia.

—Sonría —dijo Eleanor Wheaton, asomando la cabeza por detrás de su hombro—. Cuando les demuestras que estás feliz, se vuelven locos.

—¿Quién se vuelve loco? —preguntó Beatrice.

—Todos los chismosos —respondió Eleanor—. Mírelos. Siempre cuchicheando.

Con mala cara, se llevó la mano al pequeño guardapelo de oro y diamantes que llevaba colgado al cuello.

—¿Hablan de usted? —preguntó Beatrice.

—Sí, a menudo hablan de mí, la baronesa alemana —le explicó Eleanor—. Y, por supuesto, chismorrean también sobre Amberleigh de Witte...

—No he visto ni a Amberleigh ni al señor Frith —observó Beatrice.

—No los ha visto porque no les han dado pase de entrada —repuso Eleanor—. Poco respetables para la remilgada sociedad de Rye.

—Es un baile público —señaló Beatrice.

—Y veamos, sí, también les gusta chismorrear sobre Alice Finch, porque es de Londres y es rara, eso es evidente. Chismorrear a pesar de aceptar todas las fotografías que les regala.

Eleanor señaló con discreción a diversas personas reunidas en el salón y se mostró satisfecha al ver que más grupillos de gente se giraban a su paso.

—Eso es terrible —exclamó Beatrice.

—Y, si pudieran, también chismorrearían sobre mi hermano, que se merece más críticas de las que recibe; pero, como es joven y guapo, no lo censuran tanto.

—¿Y qué más cosas ha escuchado? —preguntó Beatrice.

—Lo que quiero decir con todo esto, querida mía, es que preguntarlo no tiene sentido —dijo Eleanor—. Los chismorreos solo son corrosivos para el espíritu cuando les hacemos caso. Haga como yo, y haga como si oyera llover.

—¿Qué ha oído, Eleanor? —insistió Beatrice.

—Se habla sobre el pequeño desmayo de Celeste —respondió Eleanor a regañadientes—. Hay también rumores de que usted les ha lanzado el anzuelo tanto a los sobrinos de Agatha Kent como al de Bettina Fothergill.

—¿Al señor Poot? —se sorprendió Beatrice—. Están locos.

—Justo lo que yo digo —replicó Eleanor—. Locos. Seguramente como consecuencia del aburrimiento de vivir aquí. Pero no hay que hacerles ni caso. Oh, estupendo, aquí llega Hugh con champán.

Hugh se acercaba con dos copas de limonada.

—Señoras, la limonada, tal y como ha pedido Eleanor —dijo.

Beatrice le dio un buen trago y descubrió que el contenido de la copa de cristal era champán.

—He interceptado a Hugh —explicó Eleanor—. Ningún hombre en su sano juicio espera que una dama beba esa limonada pegajosa y desagradable.

—Eres una mala influencia, Eleanor —dijo Hugh.

—Y tú, mi querido Hugh, estás necesitadísimo de malas influencias —replicó ella—. Confío en que la señorita Nash se encargue de ello.

Y dicho esto, saludó, se sumergió en la multitud con su copa de champán y empezó a saludar a los conocidos con besos en las mejillas mientras las cabezas chismosas se inclinaban como juncos a su paso.

—Vive en su mundo —comentó Hugh—. Pero es buena chica.

—Estábamos hablando de chismorreos —dijo Beatrice.

—No hablemos —sugirió Hugh—. Disfrutemos del champán. Y, después, tal vez tenga usted la amabilidad de concederme la próxima tanda entera de bailes.

Tal vez fuera el champán, pero Beatrice notó que se sonrojaba como una niña en su primera temporada de baile mientras buscaba su carné. Hugh acababa de coger el lapicito plateado cuando se oyó una voz llamándole desde el otro lado del salón y Beatrice vio una mano enguantada que agitaba un carné de baile y un abanico confeccionado con plumas de avestruz blancas.

—¡Hola, Hugh, sorpresa, sorpresa! —dijo la propietaria del abanico. Era una chica que no podía ser mayor de diecinueve años, ataviada con un vestido de baile verde azulón y zapatos plateados, que sonreía con la seguridad de que la sorpresa iba a ser bien recibida—. Vengo a darte una sorpresa.

—Señorita Nash —dijo Hugh, claramente aturullado—. Permítame que le presente a la señorita Lucy Ramsey, hija de sir Alex Ramsey, el cirujano para el que trabajo.

—Encantada —contestó Beatrice, pero la chica estaba distraída colgándose del brazo de Hugh y mirándolo a los ojos.

—Oh, Hugh, ¿verdad que es una sorpresa magnífica? —preguntó—. No tenía ni idea de que la casa de fin de semana de los Hartley estuviera tan cerca de Rye. Estamos en Bexhill, y mi amiga Jemima Hartley y yo nos hemos pasado el día entero en el paseo vendiendo banderitas; y, como es de rigor, hemos tenido que entregar la pluma blanca nada menos que a tres tipos insolentes que insistían en lanzarnos proposiciones sin ir siquiera uniformados.

—Santo cielo —dijo Hugh, fijando la vista en el abanico de Lucy como si intentara buscar allí agujeros—. Confío en que no tenga planes de empezar a repartirlas por aquí.

—No se preocupe, estas son de avestruz y valen demasiado —respondió ella—. Bueno, el caso es que cuando vi un folleto anunciando estos festejos insistí en que nos acercaran hasta aquí para verle.

—Estoy sorprendido —dijo Hugh—. Y encantado, por supuesto. Le presentaré a mis tíos.

—Lo único que siento es no haber podido llegar antes —añadió Lucy—. Confío en que no se haya comprometido con todas las damiselas rurales del salón.

—Creo que el señor Grange está libre de obligaciones en ese sentido —intervino Beatrice, esbozando la sonrisa más amplia de la que fue capaz e intentando a la vez aplacar una inesperada punzada de decepción—. Les deseo a

los dos que disfrutaban de la velada, señorita Ramsey.

Cuando se marchaba, Beatrice oyó que Lucy Ramsey decía:

—Oh, Hugh, ¿no le apetecía bailar si yo no estaba? ¡Qué romántico por su parte!

Negándose a ceder a una infelicidad que no le correspondía en absoluto, Beatrice tachó el nombre de Hugh del carné de baile y procuró aceptar con una sonrisa otras parejas. Pero cuando el señor Dimbly la sacó a bailar la cuadrilla, se descubrió buscando a Hugh por todo el salón con la mirada, y cuando el señor Kent le solicitó bailar una polka, pasó todo el baile pidiéndole que le contara cosas de Hugh y de Daniel cuando eran pequeños y reteniendo en la memoria solo los fragmentos relacionados con Hugh. Le resultaba difícil entablar cualquier conversación cuando miraba por encima del hombro y veía a Hugh y Lucy evolucionando en la pista al son de los diversos bailes rurales. La chica era bonita y coqueta y tenía una risa cantarina que llegaba hasta los oídos de Beatrice a pesar del sonido de la orquesta y el rugido de las conversaciones. No podía culparla por su aparente escaso nivel intelectual pues, como mordazmente se repitió, incluso hombres tan cultos como Hugh parecían preferir ese estilo de mujeres.

Beatrice estaba tan distraída que, cuando el señor Poot apareció a su lado para pedirle que le acompañara en un *reel* escocés, fue incapaz de encontrar una excusa adecuada y tuvo que galopar arriba y abajo del salón con ambas manos pegadas a las palmas sudadas de él.

—Bailar es un ejercicio estupendo, ¿no le parece? —dijo el señor Poot—. Por mucho que nunca iría tan lejos como para apoyar excesos como los del tango, creo que es la excusa más agradable para que hombres y mujeres aúnen esfuerzos en una actividad vigorosa.

—Creo que esto ya es un exceso de por sí —replicó Beatrice—. Es una suerte que llevemos guantes.

—Su sentido del humor es punzante como una flecha, señorita Nash —contestó el señor Poot mientras formaban un arco para que pasaran por debajo en procesión el resto de risueños bailarines—. Y me ha atravesado el corazón.

—En ese caso, tal vez necesite sentarse, señor Poot —dijo Beatrice, cuando se separaron de nuevo para pasar a la cola del grupo.

—Retirémonos un momento —propuso él cuando unieron otra vez las manos, y tiró rápidamente de ella hacia detrás de una maceta con una palmera y de las

cortinas que daban acceso a un pequeño balcón.

Que el balcón diera justo encima del patio de establos de la posada, que desprendía un olor bastante fuerte, y que Beatrice se apresurara a retirar la mano para intentar regresar al salón, no fue ningún impedimento para el señor Poot.

—Le ruego que me conceda unos instantes de conversación con usted —dijo—. ¿No quiere sentarse? —añadió, y señaló una silla de hierro forjado situada al lado de la ventana, que Beatrice miró con recelo.

—Gracias, señor Poot —respondió ella—. Pero solo un momento. Le he prometido el próximo vals al señor Kent.

—Me parece que van a ofrecernos un interludio de violín —dijo el señor Poot, asomando la cabeza por un lado de la cortina—. Así que no nos interrumpirán.

—¿Una limonada, quizás? —sugirió Beatrice, confiando en que al mandarlo a un recado podría escapar de su compañía.

—Le traeré la limonada o cualquier otra cosa que su corazón desee —contestó el señor Poot—. Pero antes concédame un momento para expresar lo que no puedo seguir escondiendo.

Y, al decir esto, dobló una rodilla hacia el suelo y se llevó una mano al corazón.

—Santo cielo, no, señor Poot —dijo Beatrice, su voz transformándose en un chillido agudo de horror—. Se lo ruego.

—Soy yo quien debe rogarle a usted, señorita Nash —prosiguió él—. Me había preparado para exponer de la forma más racional posible la unión de dos personas para el beneficio mutuo; pero en vistas de la belleza que irradia hoy, tanto en su papel de majestuosa Inglaterra como esta noche, como figura de destacada elegancia en el salón de baile, me siento cautivado.

—No puede ser, señor Poot —insistió Beatrice, intentando levantarse para retirarse con educación. Pero él le agarró la mano entre las suyas y ella volvió a sentarse de golpe—. No espero una declaración —añadió.

—Sé que la sorprenderá, puesto que ha abandonado hace tiempo sus sueños de matrimonio por una vida solitaria de soltería —continuó él—. Pero usted ha capturado mi atención y mi corazón, señorita Nash. Le pido que sea mía y que unamos nuestras fortunas en este mundo.

—¿La fortuna de quién, concretamente? —cuestionó Beatrice que, una vez recuperada la compostura, no pudo evitar que su tono de voz sonara cortante.

—Sus fondos testamentarios, pese a que desconozco todavía su alcance, no son más que un incentivo agradable para nuestra causa común —dijo él—. La independencia de un caballero me permitirá acatar la ley y proporcionarle la vida

confortable y, me atrevería a decir, la envidiable posición social que conlleva ser la esposa de un abogado. —Miró hacia el techo, pensativo, y añadió—: Tal vez, con el tiempo, la esposa de un juez, o quizás alcaldesa, como mi tía.

—Ya, ser como su tía —observó Beatrice—. Resulta tentador.

—Acaba de hacer usted una broma graciosa, me consta —replicó él—. Pero plantéese, aunque sea solo eso, que el matrimonio la liberará para siempre de los fideicomisarios.

—Y usted pasaría a controlar mi dinero —señaló ella.

—¿Acaso no le he demostrado ya que soy tanto su amigo como su defensor? —exclamó él—. ¿Acaso no he aprobado la compra del vestido que lleva y le he entregado dos libras de mi bolsillo?

—¿Está diciéndome que ese adelanto salió de su dinero? —preguntó Beatrice, horrorizada.

Él hizo un gesto de liviano desdén.

—No lo considero una deuda —dijo—. Por mucho que los administradores del fondo aún tengan que reembolsármelo, no era mi intención que se enterara usted de ello, se lo aseguro. Ha sido un placer cargar con esta obligación en un rincón privado, junto al corazón.

Por unos instantes, ambos reflexionaron sobre la enormidad de aquella acción. Beatrice notó que la rabia empezaba a crecer en su interior con una intensidad que no había vuelto a experimentar desde el fallecimiento de su padre. Sabía que una emoción tan grande acabaría provocándole las lágrimas y no estaba dispuesta a darle esa satisfacción al señor Poot. Retiró la mano con brusquedad y se levantó de la silla sin prestar atención a la proximidad de aquel hombre. Y cuando ella se alzó junto a él, el señor Poot se vio obligado a echarse para atrás, so pena de quedar enterrado entre los pliegues de la falda del vestido.

—Declino su oferta y le pido que no me la repita nunca más —dijo, permitiendo que la rabia se insinuara en el tono cortante empleado—. Déjeme pasar, por favor.

—No es necesario ser tan grosero —respondió él, incorporándose con una expresión de terrible decepción—. Creo que le he hecho la oferta más respetable que podría recibir y que, como mínimo, tendría que darme una explicación de por qué una mujer como usted la rechaza con tal rapidez.

—Señor Poot... —empezó a decir Beatrice. Tenía pensado sermonearle y hacerle entender exactamente por qué no le debía ningún tipo de explicación, pero en el salón de baile se había iniciado una mazurca y vio de refilón a Lucy Ramsey, saltando y girando del brazo de Hugh, el abanico de plumas de avestruz

trazando un elaborado círculo. La decepción anterior y la rabia actual se esfumaron con un largo suspiro. Qué tonta había sido, pensó, desperdiciando energías en lo imposible y lo absurdo. Cuando, con una sonrisa de resignación, se volvió de nuevo hacia el señor Poot, afirmó—: Le debo una explicación. —Cogió el carné de baile, dibujó algo en una esquina y arrancó el trozo de papel para entregárselo—. Creo que debo seguir la popular iniciativa de la hija de sir Alex Ramsey, la señorita Lucy Ramsey.

—¿Qué es eso que me da? —preguntó él, perplejo ante aquel dibujo.

—Oh, lo siento, señor Poot, soy una dibujante malísima —dijo, buscando con la mirada y sin ningún disimulo alguna amistad en el salón—. Es mi penosa representación de una pluma. Tenga por seguro, señor, que nunca le acusaría de cobardía, pero comprendo que la pluma blanca es la única respuesta adecuada para un pretendiente que no viste uniforme. Y ahora, si me disculpa, veo que la señorita Devon está buscándome.

—Qué agradable es sentarse y ver cómo baila la juventud, ¿verdad? —dijo la señorita Devon cuando Beatrice tomó asiento a su lado. Las señoritas Porter, que habían acudido al baile con su labor de punto, movieron la cabeza en un gesto de asentimiento—. Yo ya estoy demasiado mayor para estas cosas y tampoco me expondría habiendo tantas damas jóvenes, pero es un placer contemplar la diversión y cenar un poquito, ¿no? —añadió.

Habiendo tan recientemente infligido y sufrido el rechazo romántico, Beatrice no sabía cómo responder. Vislumbrar de repente su futuro, sentada junto a la pared con un puñado de plumas colocadas a modo de tocado sin la más mínima gracia, siguiendo el ritmo de la música con la cabeza mientras las demás bailaban, la hizo palidecer. El matrimonio no le interesaba desde hacía mucho tiempo, pero cabía la posibilidad de que no se hubiese planteado correctamente lo que implicaba llevar una vida de solterona.

Cuando la orquesta anunció que tocaría un vals más y Lucy salió a la pista de baile del brazo de un capitán con un bigote impresionante, Beatrice bajó la vista y confió en que, si se ofrecía a las señoritas Porter para enrollar una madeja de lana, desanimaría a cualquier caballero que pretendiese importunarla. Pero de repente vio los zapatos de Hugh sobre el suelo de madera y, cuando levantó la cabeza, él le sonrió y le ofreció una mano.

Rendida al placer de bailar por el salón, con el vestido moviéndose como una campana, se quedó mirándolo y ambos rieron a carcajadas cuando ella le ofreció

una versión breve y cómica de la declaración del señor Poot.

—Daniel insistirá en que lo desafíemos a un duelo —dijo Hugh—. Pero creo que sería mejor que Harry Wheaton se encargase de darle una lección a ese patán.

—No, no, tiene que jurarme guardar el secreto —replicó ella—. No es mi intención humillarlo, pero si no se lo contaba a alguien creo que me habría muerto.

—¿Por qué todo el mundo deposita en mí la carga de sus secretos? —preguntó Hugh—. Eso de estar considerado como una persona de confianza acaba siendo un insulto para mi carácter.

Había tantas parejas bailando el vals en la pista que la muchedumbre acabó transportándolos al exterior, a una galería tranquila. Cuando se dieron cuenta de que estaban bailando solos, les pareció a ambos respetable sentarse a descansar en un pequeño sofá que había en un rinconcito decorado con flores. A diferencia de estar encerrada junto a una ventana con el señor Poot, estar sentada en silencio con Hugh y disfrutar de la comodidad de un sentimiento de amistad mutuo resultaba de lo más agradable. Sabía que aquello no podía ir más allá pero, aun así, era como si entre los dos flotara algo y Beatrice se esforzó por aplacar una leve sensación de vértigo.

—Me gustaría decirle que pienso que es usted muy valiente —comentó Hugh—. Haberse instalado por su cuenta, trabajar y vivir de los frutos de esa labor... Admiro su perseverancia, sobre todo cuando le toca enfrentarse a obstáculos como el del señor Poot.

—Hago simplemente lo necesario para mantener cabeza y alma unidas —contestó ella—. La verdad es que no he hecho prácticamente nada para cualquier otra causa que no fuese la mía.

—Ha acogido a una chica en una situación apurada —replicó él.

—Su belleza y su juventud me han hecho mucho más popular —repuso Beatrice, riendo—. Estoy segura de que habría una docena de señoras que matarían por quitármela de las manos.

—Rechaza cualquier elogio, así que la admiraré en silencio —dijo Hugh.

Allí sentados, solos los dos, el mundo parecía un lugar remoto y Beatrice se quedó confusa cuando oyó que alguien llamaba a Hugh y que Agatha estaba allí, a su lado, cogiéndole la mano. De repente, ya no estaban en aquella galería sino en el vestíbulo de la posada y había un joven con el uniforme de los Royal Flying Corps hablando con Daniel, y Daniel cayó de pronto de rodillas al suelo y Hugh lo sujetó con ambos brazos. Cuando Daniel profirió un alarido de dolor,

Beatrice se despertó por fin de su ensimismamiento.

—Acabamos de verles —dijo John Kent—. ¿Qué ha pasado?

—En el momento del aterrizaje había mucho viento, señor. Ráfagas potentes desde el mar. Chocó contra un árbol y empezó a caer en espiral.

—¿Ha sufrido? —preguntó John.

—Ha muerto en el acto, señor —dijo el joven oficial—. El aeroplano estalló como una bomba. Estamos conmocionados por lo sucedido.

Se secó los ojos y John pidió coñac a un empleado de la posada.

Daniel se mecía entre los brazos de Hugh y lloraba como un animal herido de muerte. Hugh le hablaba en voz baja para tranquilizarlo, pero su primo solo intentaba inclinarse más y más hacia el suelo, como si quisiese acabar tumbado allí para susurrarle su dolor a la alfombra. Hugh miró a su tío, y John Kent y el oficial lo ayudaron a arrastrar a Daniel hasta un banco. Llegó el coñac y le obligaron a bebérselo. El oficial se sirvió también una copa y se sentó sin decir nada en una silla, la gorra sobre las rodillas.

—Le agradezco que haya venido —dijo John—. Imagino que querrá regresar con sus hombres.

—Tenía tantas ganas de venir aquí esta noche —explicó el oficial—. Deseaba ver a su amigo antes de partir mañana.

—¿Siguen con los mismos planes? —preguntó John.

—Sí, señor. Con la primera luz del amanecer, señor. —Miró a Daniel, que era incapaz de separar la cabeza de las rodillas—. De hecho, tendría que ir marchándome, señor. Para poder coger el último tren.

—Por supuesto —repuso John. Miró a su alrededor y señaló a Harry Wheaton, que estaba junto a Eleanor en la puerta de acceso al salón de baile. Los gestos de asentimiento de la gente le provocaron a Beatrice una fuerte sensación de náuseas—. Wheaton, ¿podrías acompañar al amigo de Craigmore al tren?

—Sí, señor —contestó Wheaton, sin el más mínimo rastro de su habitual sonrisa lacónica, el rostro completamente serio—. Será un honor.

—Tenemos el coche fuera —dijo Eleanor—. ¿Quiere que me lleve a Daniel a casa, señor Kent?

John Kent aceptó el ofrecimiento y buscó con la mirada a su mujer, y solo entonces se dio cuenta Beatrice de que Agatha seguía cogiéndole la mano. Un empleado eficiente se acercó con rapidez con el chal de Agatha y Eleanor corrió a ayudarla a subir al coche. La siguieron John y Hugh; Daniel, ahora en silencio, caminaba con dificultad entre ellos.

Beatrice los siguió hasta la puerta de la posada y notó una presencia a su lado.

Era la hija del cirujano.

—Esto es un recordatorio de lo frágil que es la vida en estos tiempos —dijo Lucy Ramsey con un suspiro—. ¿Lo conocía?

—Sí —respondió Beatrice—. Era el hijo de lord North y amigo íntimo del primo de Hugh.

—Cada día que pasa es como un bien preciado, ¿verdad? —comentó Lucy—. Pobre Hugh. Ahora me doy cuenta de que he hecho muy mal haciéndolo esperar.

—¿Perdón? —dijo Beatrice.

—Quería que nuestra relación permaneciera en secreto, pero ahora pienso que debo autorizarle a que emita enseguida la comunicación que anuncie nuestro compromiso. —Se retiró detrás de la oreja un mechón de cabello rubio y sonrió solo con los labios—. Qué infantil ha sido por mi parte basarme en las formalidades y el ceremonial del matrimonio y no en el valor que todo esto tiene para un hombre que se marcha al frente —añadió—. Las mujeres también tenemos que cumplir con nuestro deber.

Miró a su alrededor e hizo un gesto para llamar a alguien que seguía en el salón de baile.

—Confío en que sean muy felices —dijo Beatrice.

Pero notaba en la boca un intenso sabor a ceniza y se esforzó por que no le temblara la voz. Se dijo que todo era consecuencia de la conmoción por la muerte de Craigmore, pero el dolor que vibraba en su interior tenía un matiz más egoísta.

—Siempre hemos sabido que lo seremos —contestó Lucy. Miró a Beatrice fijamente, y en sus ojos azules no había otra cosa que la frialdad del acero—. Encantada de conocerla —murmuró, y se marchó.

La orquesta seguía tocando en el caluroso y animado salón; las sombras de las parejas se reflejaban en las ventanas y las paredes de las fachadas de las casas de enfrente y en los charcos que una ligera lluvia había dejado en las calles. Sin duda alguna, los chismorreos debían de seguir corriendo junto con el vino y el champán. Pero cuando Beatrice salió de la cálida posada a la fría calle, la noche se había convertido ya en un sueño lejano.

Hugh estaba junto al coche, hablando con su tío, y Beatrice buscó el oscuro abrazo del umbral para protegerse, pues no sabía cómo hablarle en aquellos momentos. De pronto, apareció corriendo una figura que tiró con premura de la manga de la chaqueta de Hugh.

—Señor Grange, tiene que venir enseguida —dijo una voz que Beatrice reconoció como la de Abigail. La cara angustiada de la criada se giró cuando

Beatrice emergió de su escondite—. Tienen que venir usted y la señorita Beatrice. La señorita Celeste se está muriendo y no sé qué hacer por ella.

Viendo que Hugh dudaba, que miraba primero a Beatrice y después hacia el coche, su tío lo agarró por el brazo.

—No te preocupes, yo me encargaré de todo, Hugh —dijo—. Tú tienes que ir a ver a tu paciente.

A Beatrice le estaba costando mantenerse consciente e intentó ralentizar el ritmo de la respiración y ser útil. Los pulmones le ardían por correr de aquella manera por las calles oscuras y una punzada en el costado le exigió llevarse la mano a las costillas. Pero fue ver a Celeste retorciéndose de dolor, y aquellas sábanas manchadas de sangre, lo que casi le hizo caer desmayada. Celeste apenas los vio entrar en la pequeña alcoba; estaba concentrada en musitar sus últimas oraciones y en suplicar a *le bon Dieu* que la acogiera.

—Va a peor —dijo Abigail, llorando—. Se está muriendo.

—Trae toallas limpias, trapos limpios, lo que tengas —le ordenó Hugh—. Y una jofaina con agua caliente.

—Estamos aquí, Celeste —musitó Beatrice.

Se arrodilló junto a la cama para coger la manita blanca de Celeste e intentó no encogerse ante el olor a sudor y la sangre que manaba sin cesar.

—Déjenme tranquila, por favor —susurró Celeste—. Dios está castigándome.

Lloriqueó y encogió las rodillas en un espasmo de dolor.

—No creo que esté muriéndose —dijo Hugh, sin mirar directamente a la paciente—. Aunque no es mi especialidad, claro está. Tengo que examinarla.

—No, no —insistió Celeste. Se apartó y presionó la mano de Beatrice—. Dígale que se marche y déjenme morir.

—Es Hugh —trató de convencerla Beatrice—. Es un buen hombre y es el único médico que tenemos en estos momentos. Debe dejar que la ayude.

—No. Me moriría de vergüenza —dijo Celeste—. Por favor, que se marche.

—¿Qué hacemos? —preguntó Beatrice mirando a Hugh, que parecía casi aliviado de que le obligaran a marcharse.

Abigail subió por la escalera cargada con una montaña de ropa blanca y un jarrón con agua caliente. Hugh dudó unos instantes, pensando.

—No puedo recurrir a mi tía... —empezó a decir. Su rostro se iluminó de repente—. Abigail, la señora Stokes ha estado todo el día acampada en las salinas leyendo la buena ventura. ¿Sabes si sigue aún allí?

—No sabría decírselo —respondió Abigail, su cara con una expresión que daba a entender que ni la reconocía como su bisabuela ni era responsable de su paradero.

—La necesitamos —insistió Hugh—. Sé que el doctor Lawton recurre a ella a veces para que la ayude con..., con algunas mujeres.

—Aunque podría estar allí —dijo Abigail.

—Entonces, corre y tráela lo más rápido posible —le ordenó Hugh—. Creo que ella sabrá exactamente qué hacer.

Siguiendo instrucciones de Hugh, que se mantuvo lo más alejado posible de la cama, Beatrice envolvió a Celeste en una sábana vieja de las que había subido Abigail y utilizó un poco de agua y jabón para limpiarle al menos el sudor de la frente. Le retiró el cabello apelmazado y Celeste se tranquilizó un poco con el contacto. La respiración se volvió más regular, pero las muecas de dolor continuaban con cada nuevo espasmo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Beatrice en voz baja cuando cogió la jarra para ir a buscar más agua caliente en la cocina.

—Preferiría no hacer especulaciones hasta que llegue la señora Stokes —respondió Hugh—. No querría equivocarme.

—Tendríamos que ir a buscar a su padre —dijo Beatrice.

—¿Por qué no esperamos a que llegue la señora Stokes? —insistió Hugh—. Hay cosas que es mejor dejar de lado hasta que no estemos seguros.

Después de unos minutos que se hicieron interminables y durante los cuales Hugh comprobó varias veces el pulso de la paciente y Beatrice le acarició el pelo a Celeste e intentó no desmayarse con el olor metálico de la sangre, la señora Stokes subió corriendo la escalera, trayendo con ella un agradecido aroma a hoguera y a ungüento para el cabello. Lucía un vestido bordado confeccionado en tela gruesa y un fajín de terciopelo adornado con varias hileras de monedas de oro. Llevaba el cabello trenzado y recogido bajo un pañuelo rojo y los brazos repletos de tintineantes pulseras de oro. Antes de acercarse a la cama, se quitó las pulseras y las guardó en la bolsa de tela de lona que llevaba colgada al hombro.

—Celeste, la señora Stokes ha venido a ayudarla —anunció Beatrice. Celeste abrió los ojos de par en par al ver a aquella anciana—. No se asuste.

—No tiene motivos para asustarse de mí —dijo la señora Stokes—. He dado a luz a seis hijos, sin contar todos los demás que he ayudado a traer a este mundo.

He visto todo tipo de problemas de mujeres, desde gota hasta esas cosas que les pasan los maridos por juntarse con Dios sabe quién y que luego les dicen que son simples imaginaciones.

Cogió un trapo limpio del montón que había subido Abigail y se lo colocó en la cintura a modo de delantal.

—Estoy aquí a su lado —susurró Beatrice, acariciándole el pelo a Celeste.

—Ahora tendrá que salir, señorita —advirtió la señora Stokes—. Abigail y yo nos ocuparemos de ella.

—Pero...

—Lo último que quiere esta señorita es que los demás vean lo que le está provocando esto —dijo la señora Stokes—. Fuera, fuera. Déjenme hacer aquello por lo que me pagan ustedes.

—Estaremos justo aquí abajo, señora Stokes —la informó Hugh—. Llámeme si me necesita.

—Pongan agua a hervir —contestó la señora Stokes—. A todos nos apetecerá un té.

Hugh y Beatrice estuvieron durante veinte minutos sentados en silencio en el sofá del salón, escuchando el crujido del suelo, los pasos arriba y las órdenes que daba en voz baja la señora Stokes. Beatrice se acercó a recortar la mecha de la lámpara en una ocasión y Hugh se levantó varias veces para atizar el fuego y reavivar la llama o para coger las tenazas y echar más carbón por la escotilla de la cocina. Abigail bajó corriendo a por agua un par de veces; la segunda vez lo hizo con un puñado de hierbas secas y preparó una infusión de olor apesoso para la paciente. Beatrice temblaba de tanta ansiedad por lo que pudiera sucederle a Celeste, así que pronto empezó a padecer un fuerte dolor de cabeza. Por otro lado, se sentía satisfecha de que Hugh y ella estuvieran unidos ante aquella emergencia y de que las circunstancias los hubieran empujado a estar ahora allí, juntos en la penumbra. Pero a pesar de que la presencia de Hugh a su lado resultaba reconfortante, la noticia de su inminente compromiso matrimonial le estaba provocando una sensación novedosa de pérdida. Sorprendida, cobró de repente conciencia de la llamita de celos que ardía en su interior al pensar que Lucy Ramsey se lo llevaría y que aquel matrimonio supondría un cambio para lo que se había convertido en una relajada amistad.

La señora Stokes bajó lentamente las escaleras, peldaño a peldaño. Lo hizo cargada con un montón de ropa sucia, que dejó junto a la puerta.

—Es muy tarde para que unos huesos tan viejos como los míos anden subiendo cuestras y escaleras —dijo—. Agradecería un bocado de cierta sustancia, si acaso tuvieran por aquí algún pastel o tal vez un sándwich de carne.

—¿Te encargas de eso, Abigail? —pidió Beatrice.

—¿Qué tal está la paciente, señora Stokes? —preguntó Hugh—. Estoy ansioso por conocer su diagnóstico.

—A la paciente no le ha gustado mucho conocerlo, la verdad —respondió la señora Stokes—. Con las muchachas jóvenes siempre es una sorpresa y un golpe.

—¿Podrían, por favor, decirme qué está pasando? —dijo Beatrice—. Tengo que informar a su padre.

—El médico es él —contestó la señora Stokes, moviendo la cabeza en dirección a Hugh—. Él lo sabe.

Abigail preparó un trozo de carne entre dos rebanadas gruesas de pan. La señora Stokes olisqueó el plato, envolvió el sándwich en un pañuelo limpio y se lo guardó en la bolsa.

—¿Espasmos muy fuertes y hemorragia? —dijo Hugh, que se había puesto colorado—. ¿Lo ha perdido?

—No, por lo que yo sé —respondió la anciana—. Le he dado una infusión de viburno y tendrá que hacer reposo en cama, siempre y cuando se quieran evitar los espasmos. —Hablaba igual que un médico se dirigiría a otro. Hugh no respondió, pero el color de su cara se hizo más intenso y cerró y abrió la boca varias veces—. Abigail sabe qué tiene que hacer —añadió la señora Stokes, aceptando una taza de té.

—Sí, yaya —dijo Abigail.

—Hay una criatura —susurró Beatrice, tomando asiento lentamente. Fue como si se quedara sin aire—. Es imposible.

—Está encinta, señorita —confirmó la señora Stokes—. Embarazada, y por un hombre, a menos que el ángel Gabriel esté de nuevo entre nosotros.

—¿Y cómo? —preguntó Beatrice—. Es una refugiada y está siempre protegida.

—Ahora soy una vieja —dijo la señora Stokes, y suspiró—. Hubo un tiempo en que creía que todas las chicas llegaban al lecho matrimonial siendo inocentes y puras. Pero ahora sé que no es así. Existen mil historias sobre cómo puede haber sido y ninguna de ellas atinará en lo que realmente ha pasado.

—Creo que es una víctima de la guerra —comentó Hugh—. Y, como tal, no tiene ninguna culpa.

—¿Está insinuando una violación? —Beatrice notó una sensación de náuseas y se tapó la cara con las manos—. Oh, por favor, por favor, Dios mío, no permitas que haya sido eso.

—Eso o que dejó que algún pastorcillo tocara la flauta en sus pastos. —La señora Stokes rio entre dientes—. ¿Me pagarán ahora mis honorarios o se los reclamo al padre de la chica?

—Le agradecemos mucho que haya venido —dijo Hugh, muy serio. Hurgó en los bolsillos en busca de monedas y le tendió la palma abierta a la señora Stokes—. Coja usted lo que quiera, por favor. El doctor Lawton siempre me ha dicho que podemos confiar en su discreción.

La señora Stokes miró con ojos entrecerrados las monedas que había en la palma de la mano de Hugh y las cogió todas.

—Si fue forzada, no creo que la ciudad la considere inocente —aseveró. Cogió el bulto de ropa sucia y Abigail corrió a abrirle la puerta—. Quemaré toda esta ropa sin cobrarles nada para evitar la mala suerte.

La señora Turber estaba justo al otro lado de la puerta y dio un brinco, sorprendida de que se abriera de golpe, acompañado de un chillido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la señora Stokes, agitando una mano delante de la cara de la señora Turber, un gesto que hizo tintinear las pulseras—. ¿Quién grita en la calle y apesta a licor?

—¡Gitanos! —chilló la señora Turber—. ¿Gitanos en mi casa y robándome? ¡Socorro, que alguien me ayude!

—Señora Turber, no grite —dijo Beatrice, abriéndose paso por detrás de Abigail para salir a la calle—. Es solo la señora Stokes que ha venido a ayudarnos. La señorita Celeste se ha puesto gravemente enferma.

—Está robándome —insistió la señora Turber—. Conozco la ropa de cama de mi casa, evidentemente.

Señaló el bulto de ropa con un dedo huesudo e intentó recuperarlo.

—Hay que quemar esta ropa a menos que quiera que visiten su casa siete años de mala suerte —explicó la señora Stokes—. Y le agradecería que recordara que existe un maleficio especial para aquellos que impiden al viajero hacer un favor.

—¿Cómo se atreve a invitar a una gitana a mi casa? —le dijo la señora Turber a Beatrice—. Apostaría lo que fuera a que dentro de ese bulto está la mitad de mi cubertería, como mínimo.

—Le garantizo que no hay nada de eso, señora Turber —intervino Hugh,

saliendo a la calle detrás de Beatrice e interponiéndose entre las dos mujeres de más edad—. En ausencia del doctor Lawton, le he pedido a la señora Stokes que me ayudara y le garantizo su buena fe. De no ser así, yo mismo me encargaré de sustituirle la cubertería.

—¿Una gitana sucia y vieja? —exclamó la señora Turber—. En algo vergonzoso estará involucrada, seguro.

—¿A lo mejor en algo que habrá oído usted comentar desde la ventana? —replicó Beatrice, que no pudo controlar la rabia de su voz.

La señora Turber intentó disimular el rubor entrecerrando los ojos para fruncir el entrecejo.

—¿Turber? —dijo la señora Stokes, y Beatrice observó un cambio taimado en su mirada—. ¿No será la viuda del viejo capitán Turber, el que tenía esa goleta llamada *Toreador* que traía jerez de España un par de veces al año?

—Le agradeceré que no mancille el nombre de mi esposo mencionándolo —replicó la señora Turber—. ¡Una pobre viuda y además insultada en plena calle!

—Le pido perdón, señora —repuso la señora Stokes—. Jamás sería mi intención insultar a la viuda del fallecido capitán Turber, ni dedicarle otras palabras que no fueran bendiciones.

—Era un hombre muy respetado —aseveró la señora Turber, que se había sosegado un poco al oír hablar de su difunto esposo de un modo tan respetable.

—Sé que mi edad avanzada, y probablemente también la de usted, señora Turber, está protegida gracias a determinados barriles que pudieron entrar por la playa y se libraron de pasar por delante de las narices del aduanero —dijo la señora Stokes—. Muy buen hombre, el difunto capitán.

—No tengo ni idea de lo que me habla —replicó la señora Turber.

Estaba al borde de las lágrimas. Se llevó una mano a los ojos, como si estuviera mareada, y Hugh la cogió del brazo por el codo.

—En el salón de baile hacía mucho calor y está usted agotada, señora Turber —dijo Hugh—. ¿Me permite que la acompañe hasta la puerta?

—Gracias, señor Grange, estoy bastante cansada, creo —respondió ella.

Parecía que estuviese casi dormida y hablaba arrastrando las palabras, la factura evidente que le estaba pasando la larga velada de baile. Hugh la ayudó a subir los tres peldaños que daban acceso a la puerta principal y Abigail corrió por el pasillo para abrirla.

—Ya está en casa, señora Turber, sana y salva —dijo Hugh.

—Qué lástima lo de esa chica tan angelical —le susurró a Hugh mientras Abigail la ayudaba a entrar. Una vez dentro, le dijo a Abigail, subiendo la voz—:

El capitán nunca se echó a la mar, pero me invitó a cuidar de la pistola que me dio. Una bala para salvarme la vida, decía, y aún duermo con ella bajo la almohada.

—Dele la infusión dos veces al día, y ya sabe que estaremos en la recogida de la manzana por si me necesita de nuevo —le dijo la señora Stokes a Hugh. Le tendió la mano a Beatrice, y, cuando Beatrice fue a estrechársela, la señora Stokes le volvió la palma boca arriba y forzó la vista bajo la luz de la luna—. Veo hijos en su futuro —murmuró—. Procure casarse antes de que lleguen, querida.

Se echó a reír y siguió riendo cuesta abajo. Beatrice se frotó la palma de la mano, como si quisiera eliminar una mancha de tinta, y Hugh se mostró más turbado incluso de lo que lo había estado durante toda la noche.

—Se lo inventa —dijo—. Es buena sanadora, pero como pitonisa es un desastre.

—No voy a ser supersticiosa —contestó Beatrice.

Dejó las manos colgando en los costados y miró a Hugh.

—Tengo que ir a casa para ver cómo están mi primo y mi pobre tía —comentó Hugh—. Siento mucho tener que dejarla así.

—Por supuesto que tiene que ir con ellos —repuso Beatrice—. Espero que me haga saber qué tal siguen y, no se preocupe, yo cuidaré de Celeste.

—Tiene mucha suerte de poder contar con usted. —Cogió una mano de Beatrice entre las suyas—. Es usted excepcional, Beatrice.

—¿Y qué puedo hacer por ella, Hugh? —preguntó Beatrice, y ambos sabían que no se refería al malestar físico—. ¿Qué se puede hacer?

—Hablaré con mi tía —contestó Hugh—. Pero mejor será que esperemos unos días.

Cuando se giró para marcharse, Beatrice no pudo evitar decir:

—¿Irás a ver a la señorita Ramsey de camino a casa?

—¿La señorita Ramsey? —dijo Hugh, confuso al principio y luego sorprendido—. Dios mío. ¡Me había olvidado por completo de ella!

Beatrice no había tenido noticias de Hugh desde el baile y ningún miembro de la familia Kent asistió a la iglesia el domingo. A pesar de que entendía que todo estaba relacionado con el luto, se sentía muy sola. Celeste no se despertó hasta la hora de comer, luego guardó cama y se pasó el día mirando por la ventana con ojos vidriosos y languidez. Comentar los sucesos de la noche anterior, a pesar de que se cernían sobre la casa como un nubarrón invisible, no tenía sentido. Beatrice sabía que evitar aquel rincón junto a la escalera era de cobardes, pero permitió que Abigail renunciara a su tarde de domingo libre y cuidase de Celeste mientras ella pasaba el día leyendo en la sala y mirando por la ventana al mínimo ruido que oía.

A primera hora del lunes por la mañana, una llamada a la puerta interrumpió el desayuno y Beatrice corrió a abrir, esperando que la señora Turber no lo hubiera oído.

—No puedo pasar —dijo Hugh—. Me marcho a Londres en tren con mi primo. Quiere ir a visitar a la familia de Craigmore.

—¿Qué tal está? —preguntó Beatrice.

—Aguantando bastante bien después de un día de descanso —respondió Hugh. Se ruborizó enseguida, como si supiera, igual que ella, que con aquel ritual de conversación trivial conseguirían evitar un intercambio real y doloroso—. ¿Y qué tal está nuestra paciente? —añadió, con un exceso de alegría en la voz.

—Ayer descansó todo el día —le explicó Beatrice. Incapaz de mencionar la hemorragia, añadió—: Los síntomas han disminuido.

—En tales circunstancias, uno nunca sabe qué es mejor —dijo Hugh. Cambió el peso del cuerpo a la otra pierna y dirigió la mirada colina abajo, como si pudiera alcanzar a ver el vapor del tren a su llegada—. Le he dejado un mensaje muy detallado al doctor Lawton —añadió—. Y se lo he explicado todo a mi tía, que me ha pedido que usted le informe, a través de una nota, sobre cómo avanzan las cosas.

Beatrice sintió una punzada de decepción. Se dio cuenta entonces de que en el fondo había esperado que Agatha Kent se presentara corriendo en la casa, cargada con una cesta con caldo de carne y su maternal alegría, para aliviar a Beatrice de una responsabilidad tan abrumadora.

—Confío en que los sucesos no supusieran ningún inconveniente para la señorita Ramsey —comentó Beatrice, intentando que su voz no mostrara ni el más mínimo indicio de amargura.

—Estaba tremendamente preocupada —respondió Hugh—. Por supuesto, no le comenté nada acerca de nuestra paciente.

—Deseaba protegerla de algo tan desagradable —dijo Beatrice.

—No lo hice por delicadeza —replicó él, hablando con dificultad—. Mi intención fue proteger a Celeste y también a usted. La señorita Ramsey es una chica maravillosa, pero no se caracteriza precisamente por su discreción.

—Discúlpeme, por favor —repuso Beatrice—. Vivimos tiempos oscuros, pero ello no es excusa para ofenderle a usted o a la señorita Ramsey.

—Ojalá no tuviera que marcharme corriendo y dejarla con esta carga. —Le cogió la mano y la apretó—. Si no tuviera que apresurarme para coger el tren le contaría, de un modo más extenso, los muchos motivos por los que la considero admirable, señorita Nash.

—Entonces sería usted el que ofendería a la señorita Ramsey —replicó ella, y aunque sonrió, le resultó difícil mirarlo a la cara sin dejar traslucir el dolor que sentía.

—Es una chica maravillosa —volvió a decir él, empleando el tono firme del hombre que espera que la repetición sirva para reforzar la verdad.

La expresión de Beatrice debió de dejar entrever que la respuesta la había sorprendido, puesto que Hugh se ruborizó y dio la sensación de que quería decirle más cosas. Pero justo entonces se escuchó el silbato del tren en las marismas, anunciando su llegada inminente al paso a nivel, y el momento se perdió.

—Sepa que estaré pensando en Daniel y en usted —dijo Beatrice.

Su corazón se había transformado en un tumulto de confusión y no mencionar a la señorita Ramsey le proporcionó cierto placer. Pero en cuanto Hugh se hubo marchado, Beatrice se arrepintió de su mezquindad. No era la actitud adecuada, pensó, y se prometió que sus pensamientos en los días venideros estarían consagrados a los dos primos y a la terrible pérdida de su amigo.

Pensando todavía en Hugh Grange e intentando no seguir dándole vueltas a lo que podrían haberse dicho aquel lunes por la mañana de no haber interferido la tiranía de los horarios del tren, Beatrice llegó al colegio, donde reinaban el caos y la excitación. El señor Dimbly se había alistado. Sin advertirlo al colegio, había atendido la llamada del coronel Wheaton y se había alistado justo al salir de la fiesta. Uniformado, se había plantado frente al director para informarle de que no daría más clases porque iba a coger el siguiente tren para viajar hasta el campamento de instrucción. La señorita Clauvert se había derrumbado en la sala de profesores, víctima del paroxismo provocado por el dolor, y mientras la señorita Devon intentaba en vano asistirle frotándole las sienes con un poco de agua de colonia, los niños corrían a sus anchas por los pasillos y gritaban en las aulas. El director intentaba restaurar el orden vociferando en todas direcciones y amenazando a los estudiantes con la vara cada vez que pasaban por delante de la puerta de la sala de profesores.

—Señorita Nash, gracias a Dios que ha llegado —exclamó el director—. Ayude, por favor, al señor Dobbins a reunir a todos los alumnos para despedir como es debido a nuestro antiguo colega. Qué trastorno más innecesario.

Desapareció en dirección a la biblioteca y Beatrice se quedó mirando a la turbada señorita Clauvert y al avergonzado señor Dimbly y se hizo cargo de la situación.

—Señor Dimbly, ya que está usted aquí, reunamos a los niños para que puedan despedirse de usted como es debido —dijo—. Si se ocupa usted de formar a los suyos y a los de la señorita Devon, yo me encargaré del aula de la señorita Clauvert y de la mía.

—Por supuesto, señorita Nash. Buena idea —contestó él, aliviado de poder hacer algo más después de su torpe anuncio y de olvidarse por un rato de las lágrimas femeninas. Le abrió la puerta y cuando salieron al pasillo, que por un instante estaba libre de revoltosos alumnos, añadió—: Estaba preguntándome, señorita Nash, si podría pedirle que me escribiera.

—¿Escribirle, señor Dimbly? —repitió ella.

—Al frente —dijo él—. Sería un consuelo, imagino, entre tanto peligro, recibir cartas que poder guardar cerca del corazón.

Se quedó mirándola con intención. Se había puesto colorado hasta las orejas y la observaba tan fijamente que casi bizqueaba.

—Mejor haría guardándolas en un rincón seco y seguro de los barracones, señor Dimbly —respondió Beatrice—. Supongo que las condiciones pueden ser muy húmedas y aquello debe de ser un barrizal.

—Podría envolverlas en hule —propuso él. Estaba confuso, como si la conversación no estuviera yendo tal y como él esperaba—. No sé cómo lo hacen los soldados.

—Si me dice dónde enviarle la correspondencia, sería un honor escribirle unas líneas de vez en cuando —repuso Beatrice, empujada por la lástima—. Seguro que encontraré alguna historia divertida del colegio que contarle, si le apetece escuchar ese tipo de historias.

—Gracias, señorita Nash —dijo él. Le cogió la mano y le estampó un beso—. Saber que alguien en casa piensa en él con cariño fomenta la determinación de cualquier soldado.

Se fue corriendo por el pasillo antes de que ella pudiera presentar objeciones a aquella caracterización. Beatrice meneó la cabeza para alejar al señor Dimbly de sus pensamientos y se encaminó hacia su aula para empezar a recoger a su rebaño.

El señor Dimbly fue despedido con la interpretación de varios himnos y un pequeño discurso del director, que consiguió telegrafiar su desaprobación al profesorado y a la vez animar a los alumnos a lanzar vítores. Fue solo después de toda aquella excitación, tras haber conseguido por fin apaciguar a su clase, cuando Beatrice se dio cuenta de que había otra ausencia.

—¿Dónde está Snout..., quiero decir, el señor Sidley? —preguntó a la clase de latín.

Se produjo un silencio incómodo y hubo algún que otro codazo por debajo de los pupitres. Finalmente, y muy a regañadientes, Jack se levantó.

—Fue y se alistó —contestó—. No quiso decirnos nada hasta que lo tuvo todo cerrado, señorita.

—¿Se alistó? Quince años no es edad suficiente para alistarse —dijo Beatrice.

Se sujetó a su mesa con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos y tuvo que esforzarse para que no se le quebrara la voz.

—Pero resulta que su padre firmó la autorización dándole su permiso —le explicó Jack.

—El padre de Jack no le dio permiso —intervino Arty—. Y lo argumentó diciendo que Jack tenía bajo su responsabilidad una tarea tan importante para la guerra como guiar los rebaños de ovejas.

Resonó en el aula un coro de «beees» y todos rompieron a reír a carcajadas mientras Jack se ponía colorado como un tomate.

—Al menos lo he intentado —replicó, su voz cargada de desdén—. Los hay que son tan cobardes que ni siquiera lo intentan.

—¿Estás llamándome cobarde? —repuso Arty, levantándose de golpe—. Que sepas que estoy en los Scouts y que salgo cada noche a patrullar mientras tú duermes sano y salvo en tu camita como una niña.

—¿A quién estás llamando tú niña? —respondió Jack, cerrando las manos en puños.

—Siéntense antes de que coja sus respectivas cabezas y las haga chocar la una contra la otra —dijo Beatrice, su voz rebosante de rabia. Se acercó al pupitre de Arty y se quedó a su lado—. ¿Acaso lo considera una broma, esto de la guerra?

—No, señorita —contestó Arty, sentándose de nuevo, muy serio.

—¿Así es como honran a hombres como el señor Dimbly, que justo en estos momentos está preparándose para partir al frente?

—No, señorita —fue la respuesta en coro de los alumnos, más apagada y más seria.

Una de las niñas, Jane, rompió a llorar.

—Lo que debemos hacer para apoyar a nuestros soldados es llevar a cabo el trabajo que tenemos delante y ayudarnos mutuamente lo mejor que podamos —dijo Beatrice—. Ha llegado la hora de olvidarse de apodos infantiles y de juegos tontos.

Alguno más empezó a sorber por la nariz. Beatrice se acercó a los ventanales y contempló el día soleado sin verlo siquiera.

—Lo siento de verdad, señorita —dijo una voz.

Era Arty.

—Yo también, señorita —añadió Jack—. Arty y yo no hablábamos en serio, señorita.

—¿Es verdad eso de que Snout se ha alistado, Jack? —preguntó en voz baja Beatrice.

—Sí, señorita. Dijo que se marchaba a Francia para vivir grandes aventuras y poder disfrutar de tres comidas completas al día, señorita.

—Nunca ha viajado más allá de Hastings, señorita —explicó Arty—. Como la mayoría de nosotros.

—La guerra es un deber muy duro, y mucha gente muere cumpliéndolo —aseveró Beatrice—. Confío en que todos ustedes me escuchen con atención cuando les digo que no es una historia de aventuras.

Se acercó a la pizarra y, con la tiza rechinando, escribió la frase del día: «*Nulla dies umquam memori vos eximet aevo*».

Pero aquel día Beatrice no consiguió verle gloria alguna a la famosa promesa a los guerreros muertos de que el tiempo siempre los recordaría. Lo único que

alcanzaba a ver era a dos jóvenes troyanos, rebosantes de valentía y temeridad juvenil, marchando juntos hacia su aniquilación. Permaneció unos instantes junto a la pizarra para intentar serenar su expresión, y cuando levantó la vista encontró todas las cabezas bajadas, un silencio sepulcral. La excitación de la jornada se había esfumado del aula.

—¿Quién quiere empezar esta mañana la traducción de Virgilio? —dijo, con el tono de voz más amable posible.

A la salida del colegio, Beatrice puso rumbo hacia el extremo oeste de la ciudad, donde los comercios y las casas de los obreros se apiñaban hasta llegar a los muelles del río. La herrería era un edificio bajo y destartado al que se accedía mediante unas puertas abiertas similares a las que se encontrarían en cualquier establo. El sonido de los martillazos dominaba el ambiente, el olor a caballo era intenso y el resplandor del fuego hacía que el resto del interior quedara negro como boca de lobo. La casita de los Sidley estaba adosada a un lado, con una puerta baja, pintada con ese tono de marrón que sugiere pintura sobrante de alguna obra, y había una única ventana con una cortina raída en la estrecha planta baja. En una maceta, unas caléndulas luchaban por sobrevivir. Beatrice llamó con la aldaba de hierro y se fijó en que el peldaño de acceso estaba recién fregado y encalado.

—¿Quién es? —preguntó una vocecilla, seguida por un sonido de toses acercándose a la puerta.

—Soy Beatrice Nash, del colegio —respondió Beatrice.

Hubo unos instantes de duda detrás de la puerta y luego una cerradura que se giró lentamente, como si tuviera que forzarse y fuera una labor muy costosa. La puerta se abrió un poco y una mujer que respiraba con dificultad, la madre de Snout, se apoyó en el marco.

—Disculpe —dijo—. Últimamente me cuesta respirar. ¿Quiere pasar?

No esperó la respuesta y volvió a meterse en la casa. Beatrice la siguió hasta una salita estrecha. Era más pequeña que la de su casa, una estancia que ocupaba todo el ancho del edificio con una pequeña antecocina al fondo. El interior era oscuro, y a pesar de que el fuego de la chimenea estaba recién atezado y la alfombra de retales que cubría las tarimas de madera del suelo estaba limpia, el ambiente olía débilmente a hollín. No había sillones, solo unas cuantas sillas dispuestas alrededor del perímetro y una mecedora de mimbre junto al fuego en la que la señora Sidley tomó asiento.

—Venía a preguntarle por su hijo —explicó Beatrice, ocupando una de las sillas—. En el colegio dicen que se ha alistado, pero es muy joven para eso, ¿no?

Hubo unos instantes de silencio. La señora Sidley fijó la mirada en el montón de papel y carbón dispuesto en el hogar, como si estuviese viendo un rompecabezas.

—¿Podría acercar un fósforo al fuego? —dijo por fin—. Abigail está trabajando y cuando mi marido se concentra en herrar se olvida de venir y encendérmelo.

—Por supuesto —contestó Beatrice.

Cogió un fósforo largo de un recipiente de latón que había encima de la repisa de la chimenea y lo encendió rascándolo contra la parrilla que protegía de las chispas.

—No es que se olviden de mí, ya me entiende —precisó—. Pero acordarse constantemente de una inválida se hace duro. No quiero ser una carga para sus esperanzas.

Tosió y escupió sangre en un pañuelo de encaje. Beatrice apartó la mirada para concederle un poco de intimidad a la mujer.

—¿Dónde está su hijo? —preguntó.

—Tampoco quiero ser una carga para sus esperanzas —contestó la señora Sidley—. Pero dejarlo marchar ha sido terriblemente duro. He pensado que iba a morirme aquí mismo del dolor tan grande que he sentido en el corazón al ver que se iba.

—¿Entonces es verdad que se ha alistado? —dijo Beatrice.

—Estuvo toda la semana suplicándole a su padre que le firmara la autorización —respondió la señora Sidley—. Dijo que, si se negaba, se fugaría y se alistaría de todos modos.

—Pero necesita escolarización —replicó Beatrice—. Es capaz de hacerlo muy bien.

—Dijo que había escuchado con sus propios oídos que la escuela ya no le serviría de nada más —contó la inválida, observando adormilada la llama que empezaba a crecer—. Que no le permitirían optar a la beca de latín porque aún le echan en cara el origen de la familia de su padre. —Miró a Beatrice y le sonrió—. En cuanto conocí a mi marido, me olvidé de todo eso, de todas esas tonterías. Lo único que vi en sus ojos fue que me adoraba.

—No todo el mundo puede... Además de los académicos, hay muchos más requisitos —repuso Beatrice, pero, al decir aquello, se ruborizó y notó que las palabras se le quedaban atoradas en la garganta—. Hay gente que no quiere que

su hijo abandone los estudios.

—Mis hijos son muy prácticos —contestó la señora Sidley—. Abigail es muy directa y me dice que cuando yo me muera no quiere quedarse encerrada en esta casa, trabajando para su padre y sin tener vida propia ni hijos. —Hizo una pausa para llevarse de nuevo el pañuelo a la boca y respirar trabajosamente unas cuantas veces antes de proseguir—. Pero, aun así, viene cada noche a casa y se pone a limpiar. Nunca hace comentarios al respecto, sino que cumple, como buena chica que es.

—Vivo en casa de la señora Turber —dijo Beatrice.

—Sí, ya sé quién es —respondió la señora Sidley—. Mi Dickie cree que es usted lo mejor del mundo, señorita Nash. Dice que usted lo habría apoyado, pero que allí tampoco saben muy bien qué hacer con usted y tiene que andarse con cuidado.

—Sus hijos son muy maduros, señora Sidley —observó Beatrice, que creía que se iba a desmayar de vergüenza solo de pensar que aquel chico la había defendido pese a su debilidad.

—Pertenece a linajes muy antiguos —señaló la inválida—. En la familia de mi padre llevan generaciones trabajando como herreros y herradores por estas tierras. Y en la familia de mi marido llevan quinientos años trabajando como temporeros en este condado.

—Es asombroso, señora Sidley —dijo Beatrice, avergonzada por haber considerado que la familia de Maria Stokes no era más que algo efímero.

—Se saben todas las historias —continuó la señora Sidley—. Pero, naturalmente, no las cuentan a nadie de fuera de la familia. —Hizo una pausa y añadió—: La abuela de mi marido, la señora Stokes, tiene una Biblia con páginas de un metro donde lo tiene todo anotado.

—Conozco a la señora Stokes —dijo Beatrice. Y rápidamente añadió—: Fui a visitarla con la señora Kent.

—Una buena mujer, la señora Kent —comentó la señora Sidley—. Viene a verme a menudo y me trae caldo de carne.

—Viendo que está usted tan enferma, me pregunto por qué ha dejado que se marche su hijo —dijo Beatrice—. ¿No cree que lo echará mucho de menos? —La madre de Snout no derramó ni una lágrima, pero fue como si su piel se tornara más grisácea y unió sus manos secas y arrugadas, como si estuviera llorando—. No era mi intención perturbarla —añadió enseguida Beatrice—. Pero aborrezco la idea de que tenga que dejar los estudios.

—Es muy joven para ser soldado —observó la señora Sidley.

—Pero supo exponer bien sus argumentos, ¿no cree? —dijo una voz.

Beatrice dio un respingo al ver al herrador, un hombre con la cara negra por el hollín y con los hombros anchos y fuertes de haberse pasado la vida golpeando con el martillo y levantando el hierro, que acababa de entrar por la antecocina y rodeaba a su hijo con el brazo. Snout se ruborizó y empezó a jugar con nerviosismo con la nueva gorra del ejército. El uniforme le iba grande y el cinturón se lo ceñía de tal manera que le hacía parecer un bulto de ropa blanca sujeto con una cuerda.

—¿Quién es usted para cuestionar su decisión? —añadió el señor Sidley.

—Soy Beatrice Nash —contestó Beatrice, levantándose para demostrar que no le tenía miedo—. Doy clase de latín a su hijo.

—Y le dio clases también este verano —dijo el señor Sidley. Su acento de Sussex era mucho más marcado que el de la mayoría de los habitantes de la ciudad y lo identificaba como un hombre de campo. Sus ojos tenían las mismas arrugas que los de la señora Stokes y su barbilla afilada era calcada a la de su hijo—. Y él se lo agradeció mucho, ¿verdad, hijo? Aunque lo más probable es que ni se lo mencionara.

—Un día me trajo un conejo —comentó Beatrice—. La señora Turber se puso a chillar, pero el guiso de conejo le encantó.

—No tuvo importancia —dijo Snout, encogiéndose de hombros.

—Eres un buen muchacho —le alabó su madre.

—Un muchacho que sabe lo que se hace —afirmó el señor Sidley—. Vino y me contó lo que sucede en ese colegio y me dijo que estaría mucho mejor conociendo un poco el continente y aprendiendo a ser soldado.

—Es un chico brillante —replicó Beatrice—. El colegio es el lugar donde debería estar.

—Yo con once años ya estaba trabajando, igual que mi padre, y por mi cuenta, además —repuso el padre de Snout—. De modo que cuando vino a pedírmelo le di mi bendición, mi mejor cuchillo con mango de hueso y dos soberanos de oro. Y le dije que fuera a demostrar a esos mocosos que los Sidley son tan patrióticos como cualquier otro inglés y mejores que la mayoría. —Le dio una palmada en la espalda a Snout que a punto estuvo de tumbar al chico. La madre de Snout volvió la cabeza y se llevó el pañuelo una vez más a la boca—. Muchos chicos de su edad están ya trabajando y casados —añadió el herrador.

—Creía que a lo mejor se había escapado usted sin permiso, Snout —dijo Beatrice—. Pero veo que me equivocaba, de modo que no le molestaré más ni a usted ni a su familia.

—Si me lo permite, señorita, le estoy muy agradecido por todo lo que hizo por mí —respondió Snout—. Nadie nunca me había hablado como usted lo hacía, como si yo fuera una persona de verdad.

—Me gustaría que reconsiderase su decisión —insistió Beatrice, con tono apremiante—. Si regresa, le prometo que lucharé con más fuerza.

—Siempre recordaré todo lo que ha hecho por mí, pero ahora me alegro de ser un soldado y de haber dejado de ser estudiante —contestó Snout, cuadrándose.

No había más que decir. Beatrice abrió el bolso y extrajo del interior el ejemplar de la *Eneida* de Virgilio que había pertenecido a su padre.

—Esto le consolará en su largo viaje —dijo.

Snout se mordió el labio para no exhibir ni la más mínima debilidad pero, cuando habló a continuación, lo hizo con voz temblorosa.

—*Audentis fortuna iuvat*, señorita.

—Rezo para que la fortuna le favorezca, Snout —repuso Beatrice.

Escuchar la famosa cita de un guerrero destinado a morir en boca de aquel chico vestido con un uniforme que le iba grande resultaba muy duro.

—Tenemos que ir a la estación, señorita —anunció el herrador—. Tiene que estar en el campamento a la hora de cenar.

Cuando Snout partió, con el brazo de su padre rodeándolo otra vez por los hombros, Beatrice se quedó en la puerta para ofrecerle todo su apoyo a la llorosa madre.

—Si le hubiésemos dicho que no, se habría fugado —dijo la señora Sidley. Se apoyó contra el umbral de la puerta y Beatrice tuvo que hacer esfuerzos para sostenerla en pie—. Nuestros corazones lloran, señorita, pero al menos su pobre hermana y yo recibiremos alguna postal de vez en cuando.

El fallecimiento del teniente Lancelot Chalfont North, vizconde de Craigmore, miembro del primer batallón de los Royal Flying Corps e hijo único del conde de North, fue anunciado con solemnidad en todos los periódicos. Como al parecer no había razón para distinguir a la noble familia entre un goteo constante de muertes aristocráticas, y como el deceso no había sido consecuencia ni de una batalla ni de un acto de heroísmo, Hugh llegó a la conclusión de que el interés residía más bien en su habilidad de acompañar la noticia con una formidable fotografía de Craigmore ataviado de piloto y con pañuelo blanco al cuello, saludando desde la cabina de su aeronave Farman.

El funeral en Londres iba a tener carácter privado y había ajetreo por obtener invitaciones. El más triste de todos los actos se había convertido en un premio social y, con los rumores de la posible asistencia de un miembro de la familia real, las maniobras entre las anfitrionas londinenses eran feroces. El coronel Wheaton y lady Emily habían recibido una invitación y la tía Agatha informó de que el señor Tillingham había escrito a la familia una carta de condolencias de tres páginas elogiando al joven, en cuya compañía había pasado una tarde tan deliciosa que jamás se borraría de su cabeza, y se le había recompensado con un sobre con bordes negros.

Cuando Hugh fue a tomar el té con Lucy, dispuesto a disculparse de nuevo por haberla abandonado en pleno baile en Rye, ella se había mostrado más interesada por saber si tenía pensado asistir al funeral del buen amigo de su primo y si tendría que brindarle su apoyo con su presencia. Hugh intentó responder de forma vaga. Le habría encantado poder estar al lado de su primo si este se lo hubiera pedido, pero no podía decirle a Lucy que Daniel no había recibido ninguna invitación.

—Si para ello es necesario estar oficialmente prometidos... —dijo Lucy, con expresión recatada.

Hugh entendió con ello hasta qué punto estaba dispuesta a ceder a cambio de una invitación.

—No espero ser invitado —dijo secamente, y se disculpó por tener que marcharse enseguida para cuidar de su afligido primo.

Daniel había obtenido un permiso y había viajado a Londres, pero después de enviar una nota de condolencia, en la que ofrecía su presencia para cualquier cosa que la familia pudiera necesitar, no había recibido ningún tipo de comunicación y tampoco se había recibido nada en casa de su padre, donde iba a diario para verificar el correo, ni en la casa donde se alojaba Hugh. Cuando no estaba ocupado en las oficinas de *The Poetry Review*, que había accedido a publicar su poema sobre David en honor al joven hijo de lord North, Daniel se pasaba las horas tumbado y sumido en un estado de triste estupor en el camastro del vestidor de Hugh, lo que provocaba que la casera de Hugh llorara por «el pobre joven» y su amigo fallecido.

La tarde antes del funeral, Hugh llegó a casa después de una jornada de formación en medicina de campo y ejercicios de instrucción y encontró a Daniel sentado en el umbral de la puerta del edificio, contando las palomas que se posaban en el tejado de la casa de enfrente.

—Estoy excluido —dijo Daniel, en respuesta al saludo de Hugh.

Hugh suspiró. Después de un día muy largo, costaba ser paciente con Daniel, que estaba frágil como una cáscara de huevo agujereada.

—¿No está la casera en casa? ¿Tienes que sentarte a esperar aquí en los peldaños como un vagabundo? —le preguntó.

—He ido a casa de Craigmore y me han negado la entrada —respondió Daniel.

—¿Y qué te han dicho? —quiso saber Hugh.

Preocupado por lo que pudiera pasarle al uniforme, Hugh se apretujó al lado de su primo, subiéndose los pantalones por las rodillas y extendiendo los pies sobre el peldaño inferior. No era una postura elegante pero confiaba en que sirviese para brindarle todo su apoyo a Daniel.

—El mayordomo no me ha dejado pasar, pero yo me he plantado en la puerta de la caseta del guarda, por mucho que me hayan amenazado con llamar a la policía —explicó Daniel—. Al final, la hermana de Craigmore me ha hecho señas desde una puerta lateral para que me acercara y ha salido a la calle para hablar conmigo.

—Creo recordar que la tenías por una señorita muy sosa —señaló Hugh.

—Ha sido la única que ha tenido la valentía de enfrentarse a mí —contestó Daniel— para comunicarme que me consideran el culpable de la muerte de Craigmore.

—Eso es ridículo —dijo Hugh.

—Lo metieron en los Flying Corps para alejarlo de mi mala influencia —prosiguió Daniel—. Se negó a todas las presiones a las que se vio sometido para entrar en el antiguo regimiento de su padre, pero no pudo resistirse a la tentación de volar y su padre le ofreció un puesto para que se olvidara de mí.

—¡Absurdo! —exclamó Hugh, aunque en el fondo de su corazón sabía que era cierto—. Pero, incluso así, no pueden considerarte responsable de lo sucedido.

—La pérdida de un padre, el dolor de una madre —dijo Daniel—. Voy a ser el chivo expiatorio que llevará nuestros pecados al desierto.

—¿Y el funeral?

—No quieren ni verme allí —respondió Daniel—. Por lo visto, seguirán el féretro veinticuatro compañeros y profesores de la universidad vestidos con toga y birrete, y me han pedido que ni me acerque.

—Es cruel —comentó Hugh.

—La hermana me ofreció una invitación para un asiento en una tribuna reservada a antiguos tutores, viejos criados y cosas de ese estilo —explicó Daniel. No parecía ofendido, sino más bien asombrado—. Se arriesgaba con ello a ser víctima de la ira de sus padres y a manchar su reputación, y me pidió disculpas diciendo que eso era todo lo que podía hacer por mí.

—Al menos podrás asistir —dijo Hugh.

—Me negué, por supuesto —replicó Daniel.

—¿Por qué? —preguntó Hugh—. ¡Al menos habrías estado en la iglesia!

—¿Qué es un funeral sino pompa y boato, himnos sentimentales y damas abanicándose que rezan a la vez que comparan sombreros? —Para alivio de Hugh, se levantó y se pasó la mano por la frente, como si con el gesto pudiera despertar el cerebro—. He confeccionado una elegía en forma de poema. Me quedaré en la calle, bajo la lluvia, y veré pasar a mi amigo por última vez.

—¿Cómo sabes que lloverá? —preguntó Hugh, tomando mentalmente nota de asegurarse de que tenía en casa dos paraguas.

—Dios no sería tan cruel como para castigarnos con el sol —respondió Daniel—. El luto pide cielos oscuros.

Llovió, tal y como quería Daniel, una lluvia fría y persistente que dejó mustios los sombreros de las señoras y se aposentó sobre los abrigos de lana para dejar helados tanto a los mirones en la calle como a los invitados al funeral, cobijados

bajo la gélida piedra de la iglesia. En la acera se había congregado una multitud para ver pasar el cortejo fúnebre. Algunos se habían desplazado para despedir al difunto; viejos soldados cargados de medallas y unos cuantos veteranos residentes en el asilo de Chelsea con su chaqueta roja. La mayoría, sin embargo, arrastrada por el frenesí de fascinación sensiblera impulsada por la prensa, estaba allí para señalar, para admirar el desfile de personalidades y para observar con atención los carruajes en busca de algún invitado de la realeza.

Los periódicos sensacionalistas no habían parado de llenar sus páginas con fotografías de todo tipo: Craigmore de pequeño, Craigmore en bañador azul con un remo al hombro, una panorámica neblinosa de la finca de su familia. Una fotografía reciente de encargo mostraba a su hermana y su prometido llorando junto a una sofisticada fuente de la que manaban cintas de crepe negro y plumas, la una sosteniendo una Biblia y el otro con una espada enfundada. Incluso *The Times* había publicado por la mañana el programa del funeral y un extracto de un poema a modo de elegía. Hugh se quedó pasmado cuando, al leer muy despacio unas líneas que le sonaban curiosamente familiares, acabó identificándolas como una parte de la «Oda al David de Florencia» de Daniel, extraída de *The Poetry Review*.

En una calle cercana a la iglesia, Hugh y Daniel se instalaron en el umbral de una puerta, desde cuyos peldaños podrían ver la procesión y protegerse un poco de la lluvia. Daniel, que no había expresado ningún tipo de euforia por verse publicado en *The Times* y que se había negado a que Hugh corriera a comprar más ejemplares, temblaba en el interior de su abrigo de lana, con el cuello subido y un ejemplar de *The Poetry Review* en el bolsillo. Había insistido en ir con la cabeza descubierta y tenía el pelo pegado a la cara. Hugh consideró aquello una muestra de cariño ritual capaz de provocarle una bronquitis o algo peor.

Las gaitas y los tambores indicaron la llegada de la carroza fúnebre acristalada, tirada por cuatro caballos negros. El sonido de las pezuñas estaba amortiguado por bolsas de lona e iban engalanados con penachos de plumas moradas. Voluminosas anteojeras negras les impedían ver la sombría tarea que estaban llevando a cabo. Dos lacayos ocupaban el peldaño posterior del carruaje, escoltados por seis hombres más a cada lado. El féretro de madera de roble, con anclajes y anillas de bronce, estaba cubierto con una bandera con el blasón familiar y un manto de rosas rojas.

Cuando el féretro pasó por delante de donde estaban, Hugh sujetó a Daniel por el codo pero no dijo nada. Su primo continuó temblando, siguió la carroza fúnebre con la mirada y extendió la mano hacia la calzada. Se quedó mirándola

durante mucho rato, como si pudiera seguir viendo la carroza después de que doblara la esquina para llegar frente a la iglesia, como si pudiera ver la larga procesión de sacerdotes y monaguillos balanceando los incensarios y portando el reluciente crucifijo, como si pudiera ver el féretro de Craigmore instalado, con delicada rotundidad, a los pies del altar.

—Tendríamos que irnos y dejar de mojarnos —dijo Hugh, un buen rato después de que hubiera terminado el desfile y con la calle completamente vacía.

—Concédeme un momento más —contestó Daniel.

Esperó a que pasara un solitario ómnibus y saltó a la calzada para coger una pluma de avestruz teñida en morado que había caído de uno de los caballos. Estaba embarrada y chorreando, pero la sacudió un poco y se la guardó en la chaqueta, para que se secase con el contacto con su cuerpo. Solo entonces permitió que Hugh lo cogiera del brazo y pudieran emprender el camino de vuelta a casa bajo la lluvia.

Pasaron tres largos días antes de que Agatha Kent anunciara de viva voz su llegada a la casa justo a la hora del té. Venía cargada con comida para la enferma y un regalo para la señora Turber.

—Ya sé que es duro tener gripe en casa, señora Turber —dijo en el umbral, donde los vecinos pudieran oírla. Obsequió a la casera con una caja grande adornada con un lazo llena de exquisitos mazapanes—. Mi marido se lo envía especialmente desde Londres.

La señora Turber no pudo hacer más que abrir la boca en silencio, como una carpa, puesto que al aceptar la caja debía engullir, en recíproca cortesía, la gran mentira que acompañaba el obsequio.

—El doctor Lawton dice que está mucho mejor —informó Beatrice cuando Agatha cruzó la puerta—. Normalmente duerme por las tardes, pero puedo ir a despertarla.

—Lady Emily dice que en el hospital todo el mundo echa de menos los conciertos de piano de la señorita Celeste, pero que, por supuesto, tiene que concentrarse en su mejoría —contestó Agatha, buscando aún dominar por completo a la señora Turber—. No moleste a la paciente por mi culpa —añadió—. Solo venía para comentar un par de asuntos con la señorita Nash.

La señora Turber cerró la puerta de la salita y Agatha se acercó a la ventana para despojarse lentamente de los guantes para conducir. Previamente, había dejado en una silla el amplio sombrero con velo que utilizaba para ir en automóvil. Se la veía triste.

—Empezaba a dudar que fuera a venir —murmuró Beatrice—. Lo siento, pero sé que muchas señoras se lavarían las manos respecto a este asunto y como no había tenido noticias de usted...

—Confío en no haber pretendido nunca situarme por encima de las demás mujeres de esta ciudad —respondió Agatha—. Sería de lo más arrogante por mi parte. —Se instaló en la silla que había junto a la ventana y dejó los guantes al lado del sombrero—. Me temo que soy tan mezquina como cualquiera de ellas.

Pero el truco consiste en ser consciente de ello.

—Yo también estoy conmocionada —reconoció Beatrice, hablando despacio. Durante aquellos días había descubierto que le costaba compartir techo con Celeste. Había pasado largas horas encerrada en su habitación escribiendo, con escasa fe y aún menos ideas; su deseo de desayunar y marcharse al colegio la había llevado a llegar tan temprano que el bedel tenía que abrirle por la puerta lateral; todo ello eran excusas para no tener que oler la piel recién enjabonada de Celeste, ver su cuerpo hinchándose debajo del camisón o su cara iluminada por las brasas moribundas de la chimenea y ser testigo de la soledad de su melancolía. Eludía la presencia de Celeste como si su desgracia fuera un pecado que llevara grabado en la carne. Agatha guardó silencio y tiró de un hilo suelto de uno de los guantes—. Pero en el fondo de mi corazón sé que mi deber como mujer es combatir mi debilidad y plantarle cara a la injusticia —añadió finalmente.

—Las mujeres, por lo que parece, siempre cargaremos con la vergüenza de Eva —dijo Agatha—. En mi juventud ya era así y mucho me temo que siga igual cuando ya no estemos. —Miró por la ventana un prolongado momento, como si estuviera contemplando el paso de los años—. La guerra solo sirve para empeorarlo —añadió—. Un soldado muere y la chica que se consideraba prometida con él se queda con todos sus sueños rotos y con un hijo. Me ha contado el vicario que, en momentos como los que estamos viviendo, se salta todas las reglas para conseguir que las parejas jóvenes puedan casarse en el periodo de tiempo que transcurre entre que se reciben las órdenes y se procede al embarque.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Beatrice.

—Vengo de casa de Amberleigh de Witte —respondió Agatha—. He ido a pedirle que acoja a nuestra pobre refugiada. Unos meses de descanso después de su «gripe» y la criatura adoptada por la esposa de algún campesino que se avenga a ello. Son acuerdos frecuentes.

—Sabía que no nos había abandonado —dijo Beatrice—. La señorita De Witte es la solución perfecta. No se mueve en sociedad y Celeste ya conoce la casa. ¿Por qué no habré pensado en ella?

—Pero no nos ha servido de nada —puntualizó Agatha—. Amberleigh ha declinado ayudarnos.

—¿Pero por qué? —preguntó Beatrice—. Ella sabe perfectamente lo que es sentirse rechazada por todo el mundo.

—Exactamente —dijo Agatha—. La señorita De Witte me ha explicado, de

modo bastante convincente, lo que pensaba de mi solicitud de ayuda. Como ha señalado, con diversos y humillantes ejemplos, yo no he hecho ningún esfuerzo para abrirle a ella las puertas.

—¿Y es eso cierto? —inquirió Beatrice.

—Señorita Nash, creo que soy una mujer sensata, pero no soy una revolucionaria —replicó Agatha—. Ese matrimonio no cabe en la cabeza de nadie y la señorita De Witte tendrá que soportar el estigma que conlleva. No la invitaría nunca a tomar el té.

—Creo que prefieren la soledad —observó Beatrice—. Se tienen el uno al otro.

—Sobrevivir a esa soledad es algo que pocos matrimonios consiguen —dijo Agatha—. La mujer anhela compañía y acabará alejando de sus brazos a su marido por un exceso de atención doméstica.

—Tienen su trabajo, sus libros —rebató Beatrice—. Seguro que eso les ayuda a aguantar.

—¿Ha conocido usted a muchos escritores, señorita Nash? —preguntó Agatha—. Ansían la atención social. Me temo que el señor Tillingham nunca volverá a publicar nada más, dado que anda siempre callejeando y rara vez se encierra en su despacho.

—¿Le negaría también una invitación a tomar el té a Celeste? —quiso saber Beatrice al oír los pasos de Abigail en el pasillo y el traqueteo de la bandeja del té.

Agatha no respondió de inmediato, sino que esperó en silencio a que Abigail dejara la bandeja y dispusiera las tazas.

—Gracias, Abigail. Eso es todo —dijo Beatrice—. Ya lo sirvo yo.

Cuando se retiró la sirvienta, esperó una respuesta.

—No puede ni imaginarse la compasión que me inspira Celeste —contestó al fin Agatha—. Pero pese a que seguiría acogiéndola a tomar el té como un acto caritativo, nunca se lo pediría si esperara a otros invitados, del mismo modo que nunca la invitaría a cenar. —A Beatrice le tembló la mano al servir el té y derramó un poco de Earl Grey en el platillo—. Si le cuento una verdad tan poco halagadora para mi persona es porque debemos comprender nuestros límites, querida.

—¿Qué vamos a hacer? —volvió a preguntar Beatrice.

—He escrito también a la comadrona de mi difunta hermana, que vive en Gloucestershire —le explicó Agatha—. Siempre fue una mujer de gran discreción. Pero, si todo falla, tendremos que pensar en su reputación.

—Por mí no se preocupe —dijo Beatrice.

—No ser sincero tampoco es halagador —replicó Agatha—. Todos somos criaturas sociales, querida mía. No creo que le apetezca perder su casa o su posición, ¿verdad?

Beatrice negó con la cabeza.

—La consideraba más progresista, señora Kent —señaló con rigidez—. Al fin y al cabo, Celeste es inocente en lo que a este asunto respecta.

—Me considera poco ilustrada, pero ahora es usted la que está ciega —rebatía Agatha, interrumpiéndola—. Por alguna cosa será eso que dicen de que es un destino peor que la muerte. Si el rumor se propagara, incluso sin haber una criatura de por medio, me temo que ningún hombre consideraría jamás a Celeste como posible esposa, ni siquiera como amante, y ninguna mujer querría recibirla en su casa. —Acabó el té y cogió los guantes—. Pienso, querida mía, que esta mácula en particular seguirá existiendo mucho después de que sus sufragistas hayan alcanzado todos sus sueños de emancipación.

—Es terrible —dijo Beatrice, aunque se sonrojó al reconocer la verdad que escondían las palabras de Agatha.

—Tiene que ser muy precavida con el contagio —insistió Agatha—. Llegará pronto el día en que el estado de Celeste se hará evidente y no podrá seguir aquí con usted.

—Me temo que Celeste está agotada de pura desesperación —indicó Beatrice—. Tendríamos que compadecernos de ella.

—Bettina Fothergill huele la compasión a un kilómetro de distancia y le encantaría enterrarnos a todos —dijo Agatha—. Comprenda, por favor, que la única manera de ser de alguna ayuda es cultivando un nivel convincente de desinterés.

Beatrice se esforzó por seguir comportándose con normalidad pero algún rumor, tal vez expresado en primer lugar por la señora Turber, empezó a ejercer una influencia tan lenta y sutil como el cambio que experimenta un barómetro antes de la llegada de un banco de nubes de lluvia. Las amigas de la señora Turber seguían acudiendo a la casa para tomar el té. Pero si antes lo hacían para capturar un destello de belleza, ahora presentaban mayor tendencia a mirar fijamente, a masticar en silencio sus sándwiches y a cuchichear en el pasillo con la señora Turber a la salida. Los belgas que acudían al estudio del jardín vecino se entretenían ahora más tiempo con sus hijos y dejaban a Celeste bordando en

silencio, mientras que su padre cogía prestados libros cada vez más voluminosos de la biblioteca del señor Tillingham y leía a solas junto a la ventana.

En el colegio, la señorita Devon y la señorita Clauvert se comportaban con más frialdad con Beatrice. Siempre que entraba en la sala de profesores para tomar su habitual taza de té, tenía la sensación de que unían sus sillas en un rincón y le daban la espalda. Pero Beatrice lo achacaba a que la señorita Clauvert la había descubierto un día escribiéndole una carta al señor Dimbly antes de que empezaran las clases. Tal y como le informó muy seria la señorita Devon, después de que la señorita Clauvert tuviera que marcharse a casa con dolor de cabeza de tanto llorar, el señor Dimbly le había pedido a la señorita Clauvert que le escribiera y esta se lo había tomado como alguna especie de promesa, razón por la cual la carta de Beatrice parecía una flagrante intromisión. Beatrice no tenía tiempo para aquellas tonterías y se alegraba de poder disfrutar a solas de su té de la mañana.

Incluso Eleanor Wheaton había dejado de aparecer por casa sin previo aviso y de enviar invitaciones, pero la ausencia de los alegres excesos y de la generosidad de Eleanor, a pesar de contribuir al ambiente de melancolía que reinaba en la casita, no era motivo de alarma. Que Beatrice no se diera cuenta de ello era tal vez resignarse voluntariamente a la ceguera.

Fueron las señoras del Comité de Asistencia a los Refugiados las que por fin dieron voz y forma a la intensidad de la excitación que se vivía bajo los tejados de Rye. En una reunión de emergencia que se desarrolló durante una comida, la señora Fothergill sugirió que Beatrice quedara excusada de las discusiones.

—Perdón —dijo Beatrice—. ¿Qué es lo que se va a discutir que no pueda oír yo?

—Se trata de un tema delicado, querida —contestó lady Emily—. Y queremos tener en cuenta tanto su sensibilidad como la posición en la que se encuentra usted.

—He dejado claro que pienso que este no es lugar para discutir tal asunto —observó Agatha Kent, fingiendo que estaba distraída tratando de localizar un pañuelo en alguno de sus bolsillos.

—Y así puede hacerlo constar en el acta, querida Agatha —repuso la señora Fothergill—. Pero, en mi opinión, tenemos una responsabilidad hacia aquellos que donan a la causa y la obligación moral de supervisar a nuestros acogidos.

—Les aseguro que no soy precisamente la mujer más sensible de la sala —dijo Beatrice—. No tengan miedo a causarme conmoción alguna.

—Como guardiana que es de mentes jóvenes, tal vez debería proteger mejor

su reputación —replicó la señora Fothergill.

—Creo que esto es algo que le concierne directamente a ella —intervino Agatha, dejando de buscar y mirando a los ojos a Bettina Fothergill—. Si quiere continuar con el tema, Bettina, permita que la chica sepa a qué se enfrenta.

Beatrice detectó cierta tensión bajo aquel tono neutral y se le encogió el corazón.

—Yo no tengo ninguna objeción a que se quede —dijo lady Emily—. Es posible que necesitemos su cooperación.

—Me gustaría recordar a todo el mundo que lo que aquí se discute es estrictamente confidencial —señaló Agatha, mirando furibunda a Bettina Fothergill—. Y, por el amor de Dios, acabemos con esto antes de que entre el señor Tillingham.

La señora Fothergill, viendo el panorama, se sintió de repente presionada para empezar. Tosió un poco y movió los labios sin decir nada, como si estuviera ensayando con qué frase iniciar su discurso.

—Es de lo más lamentable, claro está, que la chica haya sufrido una atrocidad —dijo—. La señora Turber es la dama más cristiana y caritativa que existe y llora sin cesar como consecuencia de lo imposible de la situación.

—La señora Turber tiene un gusto discutible por propagar chismorreos y la compasión de una cesta para el carbón —rebató Agatha Kent—. Me cuesta imaginármela llorando.

—No es un chismorreo, querida Agatha —respondió la señora Fothergill—. La señora Turber me asegura que no habría confirmado nada si la tal De Witte no me lo hubiera ya mencionado.

—¿Pero de qué hablan? —le preguntó Beatrice a Agatha, por mucho que lo hubiera comprendido enseguida y, avergonzada, estuviera conteniendo la respiración ante aquel modo tan descarado de diseccionar y examinar un dolor tan íntimo como el de Celeste, considerándolo un problema a valorar junto con el conteo de las recaudaciones o el precio del jabón del albergue.

Agatha bajó la vista y se ruborizó hasta el cuello, la imagen de desinterés que había intentado mantener hecha pedazos. Beatrice nunca la había visto sin saber qué decir.

—Es de conocimiento general que su huésped ha sufrido una indignidad innumerable —dijo Alice Finch. Se escucharon varios gritos sofocados—. Bien, señoras, si vamos a discutirlo, deberíamos hablar claro al respecto —añadió.

—Esa pobre chica, pobrecita —comentó Minnie Buttles.

—Es lamentable. Una chica tan encantadora —opinó la señora Fothergill—.

Pero vivimos en una ciudad respetable y hay que hacer algo, señoras. La señora Turber me ha dado a entender, con la máxima discreción, que le gustaría tenerla fuera de su casa en una semana.

—No permitiré que la echen a la calle —replicó Beatrice.

—No le queda otra elección, querida mía —contestó la señora Fothergill—. El comité escolar ve con recelo su permanencia en el puesto. En la próxima reunión se discutirá el asunto. —Se abanicó la cara con un pañuelo y añadió—: Me imagino qué diría lady Marbely sobre el tema.

—Ella no tuvo ninguna culpa —dijo Minnie.

—¿No es esta la causa por la que nuestros ejércitos han entrado en Bélgica? —preguntó Alice Finch—. ¿Para vengar estas atrocidades?

—No pretendemos eludir nuestro deber principal —señaló la señora Fothergill—. Pero recibir en nuestros salones a esa chica, en el estado en que se encuentra, es totalmente imposible.

—¿No hablará a mi favor, señora Kent? —preguntó Beatrice.

No consiguió articular más que un susurro ronco. Al horror por la crudeza de la conversación se le sumaba la vergüenza de tener que temer por su puesto de trabajo.

—Hasta ahora nunca se me pasó por la cabeza que Inglaterra pudiera caer —dijo Alice Finch, poniéndose de repente en pie—. ¿Pero a qué se ha quedado reducida Inglaterra si no es capaz de levantarse y proteger a una chica inocente de las heridas de la tiranía?

—Las excentricidades sociales de algunos han recibido en esta ciudad más protección de la que tenían derecho a esperar, señorita Finch —respondió la señora Fothergill, su rostro triunfante y resplandeciente ante el silencio conformista de Agatha—. Tal vez querría usted acogerla.

—Colocaría a mi padre, el vicario, en una posición realmente extraña —contestó Minnie después de que Alice, furiosa, se sentara abruptamente—. Pero lo intentaremos si no se le encuentra otro hogar. A lo mejor la señora Kent podría hacerse cargo.

Agatha negó con la cabeza.

—De tratarse de una de las refugiadas de origen campesino, pasaríamos por alto la situación, evidentemente —intervino lady Emily—. Pero ella y su padre cenan en nuestras casas y ella se relaciona con nuestras hijas. Coincidió con la señora Fothergill en que trasladarla a otra casa no solucionaría el problema.

—La señora Kent ha intentado escondernos durante días esta desafortunada situación —dijo Bettina Fothergill, sus ojos brillantes de satisfacción—. No

podemos contar con que mantuviera confinada a la chica de un modo apropiado.

—¿Y dónde quieren que vaya? —preguntó Beatrice, su nauseabundo sentimiento de vergüenza desafiado por un pequeño destello de rabia—. Ya se ha visto expulsada de su casa. Aquí vive entre desconocidos. Después de todo lo que ha sufrido, ¿de verdad creen que es justo que sufra de nuevo en nuestras manos?

—A un lugar nuevo donde nadie conozca su historia —respondió Agatha, tomando por fin la palabra—. Empezar de cero podría ser lo mejor tanto para Celeste como para su padre.

—Tendría que ser un lugar lo suficientemente remoto y secreto —apuntó lady Emily.

—Lejos del alcance de personas poco escrupulosas que pudieran caer en la tentación de continuar con chismorreos —dijo Alice Finch, mirando de reojo a Bettina Fothergill, que se limitó a asentir para dar a entender que estaba de acuerdo.

—El señor Tillingham está bien relacionado con el comité nacional de refugiados —prosiguió lady Emily—. Seguro que podrá disponerlo todo para que nuestros invitados sean acomodados a través de otro comité.

—Es una lástima para el pobre profesor —añadió la señora Fothergill—. Un hombre tan culto no se merece estos problemas.

—¿Quién hablará con el señor Tillingham? —preguntó Minnie—. Yo me moriría de turbación de tener que explicárselo.

—La señora Kent es nuestra voz más diplomática —sugirió Alice Finch.

—Creo que la señora Kent preferiría hacer lo más honorable y dimitir de su puesto en nuestro pequeño comité —dijo Bettina Fothergill, y a continuación adoptó un tono despreocupado, como si todo el mundo fuera a estar de acuerdo con ella—. Por lo tanto, no podría hablar en nuestro nombre.

Se produjo un silencio en la mesa. Lady Emily bajó la vista hacia sus manos enguantadas y la señora Fothergill sonrió con afectación. La expresión le recordó a Beatrice la de un gato que acaba de capturar al periquito de la casa. Agatha volvió a hablar, y se dirigió directamente a lady Emily.

—Tendrán mi carta de dimisión mañana —anunció—. La señora Fothergill podría hablar por ustedes, en vez de hacerlo yo.

Lady Emily asintió pero no dijo nada.

—Creo que para la imagen de la ciudad sería malo que en determinados círculos se supiese que el alcalde y yo hemos tenido algo que ver con esta retirada —replicó la señora Fothergill, aturullada—. Si en Bexhill se enteraran...

—Ya hablaré yo con el señor Tillingham —zanjó Alice Finch—. Le explicaré su propuesta, pero no pienso fingir y decir que estoy de acuerdo con ella.

—Veo al señor Tillingham por el jardín —indicó lady Emily—. Suspendamos la reunión y dejemos que la señorita Finch lleve a cabo un deber tan desagradable como este.

—Recuérdale la urgencia del caso y la necesidad de total discreción —apuntó la señora Fothergill—. Deberían estar fuera en el plazo de una semana y sin causar ningún alboroto.

Cuando las reunidas se dispersaron, Agatha desapareció corriendo sin hablar con nadie. Ver derrotada a una mujer de una fortaleza tan formidable como ella dejó a Beatrice con sensación de debilidad y náuseas y, por un momento, tuvo la impresión de que la roca sobre la que la ciudad estaba edificada, que se alzaba inmutable por encima del terreno arenoso de las marismas, empezaba a resquebrajarse y a tambalearse bajo sus pies.

Dos días después, cuando Beatrice llegó a casa del colegio, encontró la pequeña sala de estar llena de monjas. Abigail acababa de traerles más agua caliente para el té y la señora Turber, que pululaba por el pasillo, llevó a Beatrice aparte y le dijo:

—Se han comido dos bandejas de pan con mantequilla y un pastel de semillas entero. Para que luego digan de la vida de pobreza y contemplación.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Beatrice.

Celeste y ella habían visitado a las tres monjas refugiadas para llevarles algo de comida y ofrecerse a ejercer como traductoras para sus anfitrionas, las señoritas Porter. Pero Beatrice no había pensado en invitarlas a tomar el té y ellas tampoco se habían presentado nunca en la casa. Celeste estaba detrás de la bandeja, ofreciéndoles las tazas, pero estaba tan pálida y su expresión era tan infeliz que no daba la sensación de que la visita estuviera animándola espiritualmente.

—Las ha traído su padre y luego se ha marchado enseguida —explicó la señora Turber—. Es un hombre maravilloso, me sabe muy mal por él.

—Si su hija no se viese obligada a marcharse de su casa —replicó Beatrice—, no habría motivos para compadecerle.

—Es una verdadera desgracia —contestó la señora Turber—. Si se tratara solo de mi reputación, seguiría alojándola, por supuesto...

Era una mentira tan atroz que Beatrice se sintió obligada a admirar a la señora

Turber de la misma manera que alguien admiraría la pincelada de un artista cuya obra aborreciera.

—Entraré y me sentaré un rato con ellas —anunció Beatrice—. Dígale, por favor, a Abigail que me traiga una taza.

Después de un pequeño rato de conversación, Beatrice entendió que, en cuestión de pocos días, las monjas viajarían al norte para sumarse a un grupo de su orden que había sido invitado a ocupar una parte de un convento. Estaban emocionadas como niñas ante la perspectiva de recuperar su vida enclaustrada habitual, y felices de poder incorporar a la orden una nueva acólita tan maravillosa a partir de las cenizas de la guerra. Con ese leve retraso que se produce aun comprendiendo con excelencia otro idioma, Beatrice se vio obligada a respirar hondo cuando se dio cuenta de que se referían a Celeste.

—Celeste, no puede ser verdad —dijo Beatrice.

Celeste le lanzó una mirada de tristeza y derrota.

—Mi padre ha decidido que tome los hábitos —le explicó—. Dice que le dará una gran alegría y que, ante los ojos de Dios, tendré la inocencia de un ángel.

—¿Y usted quiere tomar los hábitos? —preguntó Beatrice.

—No es una orden obligada a guardar silencio —dijo Celeste—. Podré cantar y aprenderé a tocar el órgano.

La monja más mayor habló en francés para explicarle a Beatrice que el padre de Celeste había tomado la decisión y que tendría calzado nuevo y un abrigo de lana gruesa para el viaje, y que la ciudad de Rye había prometido una donación de veinte libras para la orden.

—¿Y..., y el niño? —preguntó Beatrice, tartamudeando al pronunciar por primera vez la palabra delante de Celeste.

—La orden acepta madres solteras y encuentra hogares para los bebés —contestó Celeste, su mano moviéndose de manera inconsciente hasta reposar en su vientre—. No preguntan por qué.

—No tiene por qué hacer esto, Celeste —subrayó Beatrice—. Encontraremos otra salida.

—Si lo hago, mi padre podrá quedarse aquí, con el señor Tillingham —respondió Celeste—. De lo contrario, dicen que ambos deberíamos emprender un largo viaje, y eso no sería muy bueno para su salud.

—Evidentemente, es una solución brillante para él —dijo Beatrice—. Pero ¿y lo que usted pueda opinar?

—¿Acaso no sirvió usted fielmente a su padre hasta su muerte? —preguntó Celeste—. ¿No es responsabilidad de la hija pensar en el bien de su padre?

—Mi padre nunca me pidió que sacrificara el resto de mi vida y...

Pero mientras pronunciaba aquellas palabras, Beatrice recordó que su padre le había comunicado que iban a regresar a casa, con la familia de él, cuando ella estaba a medio curso de su último año en la universidad de California. Ella le había suplicado con educación que no lo hiciesen, pero él ya había reservado los billetes, una tarea de la que solía ocuparse ella, y había ordenado también a su casero que empezara a embalar todo su mobiliario. Consciente de que la muerte se acercaba, su padre había decidido recurrir al hogar de su infancia como si fuese un talismán. Beatrice no sabía a cuántas cosas había tenido que renunciar su padre para volver a ser aceptado en el seno familiar. Lo único que sabía era que le habían convencido para que depositara su herencia en fideicomiso y que había firmado los documentos pertinentes. El dinero no le importaba, pero le dolía en el corazón que, después de tantos años de haber sido su fiel compañera, él no le hubiera concedido la libertad. Su padre había intercambiado el futuro de su hija por unos meses de nostalgia. Beatrice miró a Celeste, sentada entre túnicas de tela burda y tocas almidonadas, y no pudo más que ser sincera.

—Creo que la tarea de un padre es protegernos, pero si fracasa, si nos traiciona, debemos protegernos nosotras.

Las monjas, que no entendían lo que se estaba hablando en inglés, devoraban los últimos bocados de pastel con la satisfacción del que solo pide a la vida los placeres más sencillos, y empezaron a agitar las túnicas y a recoger sus mínimas pertenencias para marcharse. A modo de despedida, Celeste bajó la cabeza para recibir un beso de cada una de ellas. Beatrice las saludó con una inclinación de cabeza pero no les estrechó la mano. Eran ancianas amigables, para quienes la interrupción repentina de su vida contemplativa había sido a buen seguro tan traumática como para cualquier otro refugiado, y no les deseaba ningún mal. Pero representaban una cárcel para Celeste.

—Tiene que haber otra manera —le dijo a Celeste—. No la abandonaré.

Pero, por mucho que quisiera, sabía que era una promesa que no podría mantener. Si perdía el trabajo, y con su asignación interrumpida, no le quedaría otro remedio que regresar a Marbely Hall.

—Me pregunto si los muros del convento serán lo bastante altos como para esconder mi vergüenza —susurró Celeste—. Por mucho que Dios me perdone, yo siempre tendré que recordarlo.

La publicación del poema de Daniel en *The Times* llenó de satisfacción a Agatha y lo consideró una prueba, por fin, de que estaba llamado a ser poeta. El hecho fue muy comentado en la ciudad de Rye y el periódico pasó de mano en mano, un detalle que compensó de algún modo la indignidad de haber sido expulsada del comité por Bettina Fothergill.

En Londres, el poema fue citado y publicado en otros periódicos para acompañar la fotografía del funeral y, cuando John regresó de la gran ciudad, informó de que le habían llegado rumores de que lo habían adaptado a una melodía popular y que se cantaba, con grandes aplausos, en una sala de espectáculos. Sin embargo, el poema no había sido del agrado de lord North, que en una seria carta enviada a *The Times* había mostrado sus objeciones a la grosera vulgaridad de informar del fallecimiento de su hijo con fotografías publicadas sin su permiso y con floridos versos de oprobioso carácter. No se tomó la molestia de escribir a la prensa de segunda categoría, aunque era posible que sus abogados sí lo hubieran hecho, puesto que diversos periódicos publicaron posteriormente pequeñas notas pidiendo disculpas. Pero las objeciones de la familia no hicieron más que darle vida al poema y Agatha recibía cada vez más felicitaciones de vecinos cuyo interés por la literatura se había visto alentado por el acre aroma del escándalo. Incluso Emily Wheaton se detuvo un día a la salida de la iglesia para felicitarla, y, a pesar de que Agatha estaba alarmada viendo que la popularidad era capaz de quebrantar incluso la cautela de la aristocracia, se alegró de que todo el mundo escuchara su conversación y que el intercambio indicara a una ceñuda Bettina Fothergill que Agatha había dejado de estar en desgracia.

Agatha había escrito a Daniel, que seguía en los barracones, para felicitarlo por la publicación del poema en un tono discreto, a fin de no parecer demasiado complacida con un éxito que en última instancia estaba relacionado con el fallecimiento de un joven. Y se había llevado una sorpresa al recibir un telegrama de respuesta en el que Daniel le informaba de que había dejado los

Artists Rifles y que llegaría a casa con John en el tren del viernes por la tarde.

Estaba esperando en la estación cuando llegó el tren de la tarde procedente de Ashford. En otras circunstancias, habría enviado a Smith con el automóvil, o incluso habría dejado que Daniel subiera a casa solo, pero, al recibir el telegrama anunciando su llegada, Agatha había dado a Jenny y a la cocinera un montón de órdenes y le había dicho a Smith que lo acompañaría a la estación.

Le había sentado bien ordenar que airearan las sábanas, que encendieran las chimeneas en los dormitorios y que se llenaran botellas de agua caliente. Había ordenado preparar al horno la pierna de cordero que había estado reservando para el domingo y la cocinera y ella habían estado discutiendo en la despensa si abrir latas de salmón o de ostras ahumadas y si la ocasión exigía un bote de espárragos blancos. La cocinera era de la opinión de que el señor de la casa y el joven se sentirían más agasajados con un pudín al vapor y Agatha accedió a utilizar parte de sus menegantes reservas de azúcar y un tarro de mermelada de cerezas. Completarían el menú unos huevos rellenos y una lechuga tardía y la cocinera prometió complementar el pudín con unas natillas.

La logística doméstica le había parecido una respuesta preferible a la parálisis y el miedo que se habían apoderado de ella al conocer la noticia de la muerte del joven Craigmore. Como empeñada en demostrar la verdad de un viejo cliché, la sangre se le había helado literalmente en las venas: la había notado bombeando por las extremidades, ansiosa por escapar de su cuerpo, y las manos se le habían quedado entumecidas. No sabía muy bien cómo había conseguido llegar a casa, aunque empezaba a recordar que Beatrice Nash la había sujetado por el brazo en la puerta de la posada y que John no le había soltado la mano en ningún momento en el interior del automóvil, de vuelta a casa. Le daba pánico indagar si el frío y el miedo habían sido una respuesta excesiva para un joven amigo de Daniel, cuyo agradable rostro había visto solo brevemente, riendo en un campo de lúpulo. Pero en el transcurso de los últimos días, no había podido dejar de pensar en él, y su pérdida le recordaba aquel día a principios de verano en que había visto una abeja tambaleándose y realizando movimientos extraños en el suelo de la terraza. Había tenido la osadía y la compasión suficientes como para recogerla con una gruesa hoja azulada de hosta y transportarla hasta el césped, pero la abeja había seguido debatiéndose y zumbando en la hierba, emitiendo un sonido que le había recordado el de un timbre cuando se pulsa con rabia, hasta que sus diminutas patitas se habían colapsado y había muerto. Posteriormente, el

jardinero le había explicado que la colmena se había caído, que todas las abejas habían muerto en el interior de sus panales y que por aquel año se había acabado la miel.

Llegó el tren, y con él la reconfortante sensación que producían su horario regular y su recto avance por las vías, la regularidad de la admisión y descarga de pasajeros en estaciones de ladrillo idénticas, el silbido del vapor y el olor acre a cenizas. Aparecieron John y Daniel, que iba cargado con el petate y vestido aún de uniforme. Agatha esperó a que el jefe de estación los saludara y a que Daniel y John le estrecharan la mano e intercambiaran con él las palabras de rigor. Entonces vieron que los estaba esperando y las sonrisas que esbozaron acabaron con su recato. Agatha echó a correr por el andén como una colegiala e intentó abrazarlos a ambos a la vez, riendo y llorando simultáneamente.

—Tranquila —dijo John, separándose con delicadeza para recoger el sombrero, que Agatha le había tirado sin querer al suelo—. ¿Dónde está mi esposa y su famosa moderación diplomática?

—La vida es demasiado preciosa como para seguir desperdiciándola con la etiqueta —replicó ella—. Y ahora, John Kent, voy a besarte en público. — Esperaba que Daniel hiciese algún comentario provocador, pero se mantuvo en silencio y, cuando Agatha se deshizo del abrazo de su marido, vio que la sonrisa de su sobrino no conseguía ocultar su triste agotamiento. Le dio un beso en la mejilla, lo asió por el brazo y le dio la otra mano a John—. ¿Vamos a casa? — dijo.

—Si pudierais dejarme antes en casa del coronel Wheaton, tengo que presentarme ante él enseguida —contestó Daniel—. Pero no te preocupes; estaré en casa a tiempo para la cena.

—¿En casa del coronel Wheaton? —preguntó Agatha. Le dio la impresión de que ni Daniel ni John querían mirarla a los ojos. Se detuvo en seco y se llevó las manos a las caderas—. ¿Qué significa todo esto?

—He pedido un traslado al destacamento del coronel Wheaton, con efecto inmediato —respondió Daniel—. Tía Agatha, felicítame. Me marcho a Francia.

Después de cenar, y envuelta en un abrigo para protegerse del frío de finales de octubre, Agatha se sentó en la terraza, a pesar de que empezaba a oscurecer, y reflexionó sobre lo dolorosos que podían llegar a ser los últimos rayos de sol para un corazón afligido. John se sentó en un banco a su lado para disfrutar de su coñac, como si no pasara nada. Agatha no le habló. No podía hablarle. John

había hecho lo que consideraba necesario para ayudar a Daniel pero a Agatha le dolía como una herida profunda, como una traición. A lo lejos, en el césped, Daniel, fumando un cigarrillo e inmerso en sus pensamientos, era casi una sombra, una silueta plana dibujada contra el cielo del atardecer.

—De haber habido una alternativa mejor, lo habría desviado hacia otro lado —dijo John. Agatha percibió que la estaba mirando. Sin duda alguna, con la expresión honesta y sincera que utilizaba a tal efecto en el mundo diplomático. No replicó, sino que se limitó a dar un sorbo al té y a mirar a Daniel y el cielo—. Te prometo que ha sido la mejor opción —añadió.

—Se marcha a Francia —contestó por fin Agatha, notando las palabras gélidas en el interior de la boca—. Me prometiste que jamás vería Francia.

—Te prometí hacer lo posible para encontrarle un puesto seguro —replicó John—. Pero las circunstancias han cambiado, Agatha. Iban a licenciarlo.

—A licenciarlo de forma honorable —señaló Agatha.

—Sí, por supuesto que dijeron eso —repuso John—. Nadie sugirió que hubiera algún caso sobre el que responder, pero siempre habría quedado una pregunta cerniéndose sobre el asunto. La interferencia de lord North lo dejó claro en este sentido.

—Pero habría estado sano y salvo —dijo Agatha.

—¿A qué precio, querida mía? —preguntó John—. Una vida sin honor no es vida. Y te garantizo que una licencia del ejército, por honorable que fuera, habría sido tomada por todo el mundo como prueba de que las descabelladas quejas del padre de Craigmore escondían algo de verdad.

—Sugerir que Daniel es una influencia corrupta es ridículo —se quejó Agatha—. ¿Difamarlo por el simple hecho de ser poeta?

—El desconsuelo de lord North linda con la locura y estoy seguro de que, para él, todos los bohemios son sospechosos —respondió John—. Un puesto discreto en el regimiento del coronel Wheaton era de lejos la mejor opción, y Wheaton me ha hecho el favor sin ningún problema, pues cree que yo puedo mover los hilos para que él y sus reservistas logren entrar a formar parte del ejército regular.

—¿Y puedes?

—No te lo diré, y así podrás seguir manteniendo tu fe en mi capacidad de influencia.

—Tu influencia no ha servido para proteger a Daniel, de modo que he perdido toda mi fe en ella —replicó Agatha—. No le permitiré ir a Francia, John.

—Agatha, ya hemos hablado del tema —dijo John.

—Sí, sí, de mis límites como tía que soy —repuso Agatha—. Ya me mordí la lengua al ver que Hugh se alistaba, puesto que es médico y estará en la retaguardia. Pero el caso de Daniel es distinto. Por el amor de Dios, John, los hombres de Wheaton van a ir al frente.

—Vayamos paso a paso —contestó John—. De momento, están todavía de instrucción. No se han emitido aún órdenes de embarque.

—El joven Craigmore ha muerto. El hijo del pescadero ha muerto. En las columnas de sociedad de esta semana he contado cinco funerales por cada boda.

Agatha notó que se le quebraba la voz. Bajó la barbilla hacia el pecho para disimular el temblor de la boca. No quería representar el papel de mujer débil y llorosa, pero cada vez que pensaba en Daniel, saludando desde la ventanilla de un tren cargado de soldados, toda su fuerza y su resistencia se evaporaban y la dejaban vacía como una caña seca.

—Debes aguantar, querida mía —dijo John—. Haré lo que pueda, pero debemos ser sutiles. Daniel no es menos patriota que cualquier otro joven y le dolería mucho descubrir que estamos en contra de su marcha.

—Antes me marcharía yo —aseveró Agatha.

—Si hicieras eso, los alemanes pondrían pies en polvorosa —replicó John—. Por desgracia, no te admitirían.

—Porque soy mujer —dijo Agatha.

—Y porque eres demasiado terca y obstinada —señaló su esposo—. Imagínate un ejército de Agathas Kent, todas negándose a hacer lo que se les dice.

—Exageras —repuso ella.

Pero, aunque sabía que lo único que pretendía su marido era sacarla de su tristeza, sintió cierto consuelo. Era su manera de funcionar como pareja. Y así había sido desde el principio, cuando él la sacó de la tristeza después del fallecimiento de su prometido.

Recordó entonces los uniformes. Tenían prisa por casarse porque el regimiento de su prometido había sido destinado inesperadamente a Suez. Era una tarde tranquila y ella, vestida de novia, esperaba a que su padre fuera a recogerla. Entonces, en el almacén de municiones de la estación de tren se produjo una pequeña explosión. Un hombre vestido de capitán corrió a comunicárselo. Y luego los largos meses en Gloucestershire, donde todos confiaban en que la ayuda de su hermana la sacara de la peligrosa dejadez en que se había sumido. Recordaba aún el olor que desprendía el jazmín marchito del ramo. Y odiaba Gloucestershire, adonde solo había regresado una vez, para

asistir al funeral de su hermana.

John la había amado a pesar de todos los esfuerzos de Agatha por rechazarlo. Su puesto los había llevado a vivir a lugares exóticos, donde ella se había convertido en una mujer fuerte. Aun sabiendo que no tendrían hijos, y ella se desesperaba y se culpaba por ello, él le había ayudado a mantener la cordura con sus chistes y sus eternas palabras amables. Ella había tenido libertad para descargarse con él y protestar contra todo, y él, con calma, siempre había impedido que se derrumbara. Ahora, Agatha se sentía avergonzada por haber respondido con tanta amargura, como si él le hubiera fallado. Suspiró.

—Supongo que tengo que dejarlo en tus manos y limitarme a disfrutar, como siempre he hecho, de cada día que Daniel y Hugh compartan con nosotros.

—Creo que con esta actitud has acaparado más felicidad maternal que una madre de diez hijos —contestó John—. Y yo a la vez disfruto de los beneficios de ser tío sin tener que pagar ninguno de los gastos que acompañan la paternidad. Es una bendición para ambos.

—¿Y quién exagera ahora? —dijo Agatha, que fingió desconocer que John realizaba modestas contribuciones a los gastos de educación de los sobrinos y que les regalaba cheques sustanciosos en Navidad y cumpleaños.

Por mucho que John fomentara la austeridad y el trabajo duro, Agatha sabía que sería capaz de mover cielo y tierra por cualquiera de los dos chicos. De modo que sonrió, le dio un beso en la mano e intentó no dejar traslucir su temor de que, con la convulsión que estaba viviendo Europa, esta vez su marido podía fallarle.

Durante los días siguientes, corrieron tantos rumores sobre las órdenes de embarque inminente de las tropas del coronel Wheaton que Agatha empezó a sentirse terriblemente ansiosa. A pesar de que tenía toda la confianza del mundo depositada en su esposo, él no le había comunicado nada. ¿Y si su ayuda llegaba demasiado tarde? Decidida a poner en marcha el pequeño plan que había elaborado para rescatar a Daniel de su loca terquedad, se plantó en la residencia de los Wheaton una tarde, armada con su mejor sonrisa y una cesta con salchichas envueltas en hojaldre y galletas de queso.

—Un regalo para el té de los convalecientes —le dijo al mayor Frank, que la recibió en el vestíbulo principal.

El vestíbulo estaba despojado de sus habituales cuadros y las estatuas estaban envueltas en lonas, aunque Agatha no sabía muy bien si era para protegerlas de

cualquier daño o para proteger a los soldados de su desnudez en bronce y mármol. Un joven cabo ocupaba un pequeño escritorio y en la baranda de la escalera habían colgado un tablón grande de corcho para los anuncios. Una alfombra tosca cubría los suelos de mármol.

—Gracias, señora Kent —contestó el mayor—. Agradecerán mucho una comida casera para acompañar el té.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Agatha.

—Tengo algún que otro problema para conseguir acomodar a todas las señoras que desean venir a tocar el piano y cantar por las tardes —respondió él—. Entre las que son incapaces de sostener una nota, las que se pasan el rato llorando por los «pobrecillos hombres» y las que buscan un futuro marido entre los heridos leves, muchos pacientes nos piden poder tomar tranquilamente el té en la sala donde permanecen ingresados.

—¿Y mi querida amiga, lady Emily? —preguntó Agatha—. ¿Consigue llevarse bien con ella?

—Tenemos nuestro acuerdo —respondió él—. En confianza, le diré que tanto mi personal como yo accedemos a todos sus planes y los enviamos al cuartel general para su aprobación inmediata. La aprobación lleva su tiempo, de modo que vamos tirando bien.

—Habla usted igual que mi esposo, mayor —dijo ella—. En confianza, le diré que hay un par de ministros que funcionan estupendamente con un tipo de acuerdo muy similar.

—¿Le apetecería visitar todo esto? —preguntó él—. Es casi la hora del té y podría ofrecerle una taza en el salón de baile.

—De hecho, esperaba ver al coronel Wheaton, si es que está en casa —respondió Agatha—. No quería desplazarme al campamento e interrumpirle en sus deberes.

—La familia se ha retirado al ala este de la casa —explicó el mayor—. Pero el coronel suele pasearse por las salas a la hora del té para animar a los pacientes. Si lo desea, la acompaño para ver si lo localizamos.

El coronel acabó su ronda en el salón de baile y fue a sentarse con Agatha y el mayor. El mayor Frank, siempre tan discreto, encontró una excusa para ausentarse y Agatha consideró que el murmullo de las conversaciones y la interpretación al piano de Minnie Buttles, ciertamente torpe aunque entusiasta, le proporcionaban la privacidad suficiente como para plantear su súplica.

—No se trata precisamente del té más refinado del mundo. Creo que el ejército compra lo que considera lo bastante fuerte como para arrancarte la piel

de la lengua —dijo el coronel, después de dar un sorbo al té espeso que contenía su taza.

—Seguro que a sus oficiales no les causa ningún daño —contestó Agatha. Miró a su alrededor y se le encogió el corazón al ver a tantos oficiales del ejército sonrientes, bebiendo el té, leyendo el periódico, fingiendo ignorar una cabeza vendada, un miembro ausente o una tos seca y descarnada. En la mesa contigua, un joven capitán, sin heridas visibles, intentaba controlar un temblor tan intenso en las manos que hacía sonar la taza contra el platillo y acabó derramando el té sobre el mantel. Cuando Agatha apartó la vista, una enfermera le trajo un tazón grande de la cocina—. Son increíblemente valientes, ¿verdad? —añadió.

—Estos son los afortunados —respondió el coronel Wheaton—. Vivos y en Inglaterra..., aunque probablemente no podrán volver al servicio. Para la mayoría de ellos, la guerra se ha acabado.

—Ojalá fuera así para todos —dijo Agatha.

—¡Concédame antes la oportunidad de vivirlo personalmente! —replicó el coronel—. Mis hombres esperan recibir órdenes en cualquier momento. Queremos darles su merecido a esos hunos.

—Lo sé, coronel, y sé también que para usted y para su hijo es muy importante servir a la patria —repuso ella.

—Más importante para él que para mí —señaló el coronel—. Yo soy un perro viejo al que sacan de casa. Y me alegro de poder realizar otro intento en el campo de batalla, pero Harry... tiene un futuro brillante. Esta guerra será la base de la carrera de muchos jóvenes, y Harry tiene una oportunidad real de progresar si consigue meterse de lleno en la causa.

—Mi sobrino Daniel no es un soldado de carrera —observó Agatha—. Es un poeta muy bueno. A lo mejor ha visto usted su poema publicado en *The Times*.

—No se lo recriminaremos —respondió el coronel—. Está desempeñando con excelencia su papel como instructor. Es un oficial muy prometedor, diría incluso.

—Tiene un alma muy sensible —dijo Agatha.

—No tiene de qué preocuparse —contestó el coronel. Se inclinó y le dio unos golpecitos tranquilizadores en la mano—. Distingo a la legua el carácter de mis hombres y, créame, tenemos a un par sobre los que albergo muchas dudas. Pero su sobrino no está entre ellos. Se muestra apasionado por entrar en batalla. Lo de la poesía no tiene por qué impedir que un hombre sirva a su país y pienso escribirle al brigadier lord North para decirle exactamente esto.

—¿A lord North?

—Sí, ese viejo inepto me escribió una funesta nota en la que me sugería que debía rechazar a su Daniel. Algo relacionado con ese poema que dice usted que escribió. Pero como ya le dije a lady Emily, después de la grosería que cometió ese hombre al marcharse de casa sin darnos ni siquiera las gracias, lo considero algo corto de sesera y no pienso prestarle ninguna atención. ¿Quién se cree que es? Por mucho que ahora sea brigadier, no tiene ningún mando sobre mí.

El coronel dio un puñetazo a la mesa para subrayar sus palabras. Las tazas repiquetearon y la pianista se saltó unas notas. Agatha bajó la voz al ver que las cabezas se volvían hacia ellos.

—¿Me está diciendo que pretendía licenciar a mi sobrino? —preguntó.

—Así es. Algo absurdo. Al parecer piensa que la poesía es una muestra atroz de decadencia.

—Es ridículo —señaló Agatha—. Aunque debo admitir que temo por un joven poeta en pleno fragor de la batalla. Su hijo y usted han nacido para las armas, mi querido coronel. Cualquiera es capaz de ver que se han forjado en la clase guerrera de Inglaterra y que encuentran la máxima expresión de la felicidad en el combate...

—Le agradezco la fe que deposita en nosotros, querida señora —dijo el coronel, extraordinariamente satisfecho.

—Pero creo que mi Daniel serviría a su país mucho mejor de estar asignado, tal vez, a un puesto de información. Mi esposo está buscándole un puesto así, donde Daniel pudiera utilizar sus dotes artísticas con la misma efectividad que usted utiliza sus dotes marciales, mi querido coronel.

—Comprendo cómo se siente, señora Kent —contestó el coronel—. Pero su sobrino vino a verme y me suplicó con pasión poder incorporarse al primer contingente que parta hacia el frente. Se mostró inflexible en cuanto a su deseo de marcharse a combatir.

—Es un muchacho apasionado —replicó ella. La ansiedad le presionaba el pecho como un aro de hierro y empezó a notar que el ritmo de su respiración se aceleraba—. No puede decirse que sea el mejor para juzgar sus actos.

—Le digo de antemano que su sobrino nunca aceptaría un traslado como el que sugiere, señora Kent —observó el coronel—. Si usted y su marido consiguen convencerlo para que cambie de idea, no me interpondré en su camino. Tengo un gran respeto por el señor Kent y enviaré al chico donde él me diga. Pero ya le advierto que no lo aceptará.

—En este caso, debería licenciarlo, coronel Wheaton —repuso Agatha—. No por orden de lord North, sino por mi bien. Se lo suplico.

—Señora Kent, creo que haría bien reconsiderando sus palabras —dijo el coronel. Estaba mirando a su alrededor, como si esperara que su esposa o el mayor Frank pudieran interrumpir la conversación—. Ya ha sido amenazado una vez con la licencia. El señor Kent me solicitó, como un favor especial, que aceptara al muchacho en mis filas.

—No es mi intención que lo licencie de verdad —replicó Agatha—. Bastaría solo con la amenaza. Dígale que lord North lo ha colocado a usted en una posición imposible.

—Señora, lord North insinúa una conducta de decadencia moral —explicó el coronel—. A su esposo no le gustaría que amenazase al chico con una información tan vil como esa.

—A veces, debemos guiar a la juventud por el buen camino —arguyó Agatha—. Confío en que le fui útil a su hija durante el baile de la fiesta cuando le aconsejé que guardase su nuevo guardapelo. Con la fotografía de su esposo con su nuevo uniforme en el interior, algún que otro entrometido podría haberse preguntado cómo lo había recibido, estando como está prohibido todo tipo de comunicación con Alemania. —Se produjo un largo silencio entre ellos. Agatha se levantó para recoger los guantes y el bolso. El coronel empezó a mostrar un pequeño tic que le agitaba el bigote—. Simplemente le pido ayuda para hacer entrar en razón a mi sobrino, coronel —dijo a modo de despedida—. Llevamos tanto tiempo siendo amigos que sé que podemos confiar el uno en el otro.

Después de recibir la orden de embarque, y un permiso de tres días para poner todos sus asuntos en orden, Hugh decidió iniciar su guerra portándose como un cobarde; disfrutaría de sus tres días de permiso en el campo y luego viajaría a Folkestone para sumarse a las tropas y cruzar hacia Francia. De este modo, se dijo, confiaba en poder evitar la partida con el ostentoso jaleo de la banda de música y las banderitas antes de subir al tren. Despedidas tan artificiosas y rituales eran ocasiones idóneas para realizar promesas irrevocables y la verdad que evitaba era que, por mucho que su compromiso con sir Alex estuviera muy claro, había empezado a desarrollar una leve tendencia a no querer establecer nada definitivo con Lucy Ramsey.

Después de su aparición en el baile de Rye, Lucy le había declarado sin tapujos su deseo de hacer oficial su compromiso. Y cada avance que hacía ella provocaba un paso hacia atrás de él. Tenía la sensación de estarse batiendo en retirada, eludía la conversación sobre el tema, se excusaba por tener que abandonar la estancia y dejaba a la hermosa Lucy sumida en una expresión de herida perplejidad. La llegada de las órdenes de embarque no había resuelto su ambivalencia y, en consecuencia, se había despedido con desinterés, al finalizar un té en compañía de su padre, y se había marchado después de estrecharles la mano a ambos con energía y sin brindar oportunidad alguna a un abrazo lloroso.

El tren que partía de Londres estaba lleno a rebosar de soldados y Hugh estaba apretujado en el fondo de un vagón repleto de escoceses que ya se habían despedido de la familia en Aberdeen y que ahora estaban entretenidos con las despedidas escandalosas y lascivas que estaban teniendo lugar en el andén.

—Mira, ese de ahí está metiéndole mano. ¡Vamos, chaval!

—Y ese pobre tipo de allí, con la mujer y los tres niños que no quieren soltarlo. Me parece que lo de ir a ver a los hunos será como unas vacaciones para él.

—Esa de ahí es tan fea que empujaría hasta a un cuáquero a alistarse. ¿No podría haberla besado en casa para evitar que nuestros ojos se abrasen solo de

ver la escena?

—No seas irrespetuoso con las londinenses —dijo otro—. No hay ninguna que sea más fea que tu mujer.

—Este no tiene mujer. ¡Era su madre!

Hugh se sentía incómodo apretujado entre tantos traseros cubiertos con tela de cuadros y asentados sobre piernas gruesas y venosas y con los empujones y zarandeos de los hombres que querían asomarse por la ventanilla. Habría preferido que fueran menos alborotadores, pero tampoco quería quedar como el oficial envarado y ridículo que les pedía que se callaran.

—¿Subteniente Grange? ¿Hugh Grange? —preguntó un maletero desde la puerta del compartimento.

—Yo soy Hugh Grange.

Intentó no levantar mucho la voz, pero cuando miró al maletero supo que sus compañeros de vagón se habían girado hacia él y los oyó murmurar con su acento marcado e ininteligible.

—Vienen a despedirse de usted —dijo el maletero—. Disculpen, caballeros. —Se abrió paso a codazos entre los escoceses y asomó la cabeza por la ventanilla para gritar—: ¡Por aquí, señorita!

El maletero y el resto de hombres hicieron un visible esfuerzo por hacerse a un lado y dejar espacio a Hugh en la ventanilla. Hugh se acercó a regañadientes y con la horrorosa sensación de estar siendo observado con ojos curiosos y lenguas afiladas.

—Hugh, Hugh, estoy aquí —gritó Lucy Ramsey.

Llevaba un serio abrigo gris, botas moradas y una boa de plumas negras, transmitiendo a todo el mundo el mensaje de que estaba de luto. Iba acompañada por dos jóvenes amigas que ya se habían llevado el pañuelo a la nariz a la espera de ser testigos de una conmovedora escena.

—No tendría que haber venido —señaló Hugh—. Los andenes están abarrotados.

—No podía dejar que se marchara sin despedirme como es debido —contestó ella.

—Baje a verla, señor —dijo uno de los escoceses, y otro debió de abrir el cierre de seguridad porque Hugh se vio de pronto empujado por la puerta y cayendo del escalón al andén y entre los brazos de Lucy.

—No creo que pueda soportar dejarle marchar —continuó ella, retrocediendo un poco para echar la cabeza hacia atrás y mirarlo con expresión anhelante.

—Pero si me quedara, me entregaría una pluma —dijo Hugh, intentando

mantener un tono jocoso.

Sonrió a las jóvenes acompañantes e intentó ignorar el ansia por abandonar lo más pronto posible los brazos de Lucy. Los soldados asomaron la cabeza para observar la escena con gran interés.

—Sé que se marchará, por supuesto, Hugh —replicó Lucy—. ¿Pero qué hare yo durante su ausencia? Sin saber si está vivo o muerto, cada día será una agonía.

Apareció una lágrima, que inició su descenso por su hermosa mejilla y que ella, con valentía, dejó caer, desenfrenada. Hugh era consciente de que tendría que sentirse conmovido por su angustia, pero lo único que se le ocurrió pensar fue que a Beatrice Nash jamás se le habría pasado por la cabeza someterlo a una escena tan ridícula como aquella.

—Le aseguro que me mantendré sano y salvo —repuso, rompiendo con cautela el abrazo. Su mala educación le llevó a sentirse de inmediato culpable: Lucy era joven y no podía ignorar de aquel modo su turbación. Le cogió ambas manos y añadió—: Los puestos de evacuación de heridos y los hospitales están alejados del frente.

—Si al menos tuviéramos una esperanza definida a la que poder aferrarnos —dijo Lucy—. Sé que le he hecho esperar de un modo espantoso, Hugh, pero ¿no me permitiría remitir una nota a *The Times*? Serviría para aportar calidez a nuestros momentos de miedo más oscuros.

—¡Dale algo a lo que agarrarse! —gritó una voz ronca, y varios hombres se echaron a reír con sorna de un modo tal, que Hugh habría respondido de no tener claro que no quería exagerar aún más la escena.

—Mi conciencia no me permite obligarla a una promesa en tiempos tan peligrosos como los que estamos viviendo —contestó, en lo que esperaba que fuese un tono amable pero firme—. Jamás querría que desperdiciase su juventud y su belleza con un luto.

—Creo que sería una viuda muy interesante —respondió Lucy. Retiró detrás de la oreja un mechón de cabello y sonrió—. No quiero decir con esto que desee el estado de viudez para nadie pero, en estos tiempos, una mujer sensata puede utilizar la seriedad de tal posición para obtener más autoridad.

Hugh no sabía cuál era la respuesta correcta para una oferta como aquella, si es que realmente lo que acababa Lucy de ofrecerle era convertirse en su viuda. Mientras intentaba dar con la réplica adecuada, el tren emitió su silbato y el maletero asomó la cabeza por la puerta del vagón para gritar:

—¡Todo el mundo a bordo!

—Tengo que irme —dijo Hugh.

Lucy sollozó y se inclinó sobre el pecho de Hugh en una actitud que le permitía a él la libertad de darle un beso apasionado. Hugh se quedó dudando por encima de su carita de porcelana, pero apartó a Lucy con delicadeza y le cogió la mano. Se la besó, y a continuación besó la mano de las dos amigas, que se mostraron agradecidas por verse incorporadas con aquel gesto al pequeño drama. En cuanto la locomotora escupió una nube de vapor, Hugh subió corriendo al vagón y cerró la puerta. Saludó desde la ventanilla a las tres damas llorosas y, acto seguido, se vio por suerte empujado hacia el interior por el aluvión de soldados que quería asomarse para lanzar besos y proferir cumplidos e insultos que fueron quedando acallados con la melodía de fondo de la banda de música que había acudido a despedir el tren.

El ambiente en la cena era tan tenso que cada vez que un tenedor rozaba un plato parecía que sonase un disparo. Jenny, la criada, intuyó la tensión y, en un intento de eludirla, actuó con torpeza depositando ruidosamente en la mesa la jarra del agua y derramando la sopa de guisantes en el mantel al servírsela con cucharón a Hugh, que cubrió con la servilleta la mancha verde en expansión y recibió de ella una mirada de agradecimiento.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó el tío John.

—El tren iba abarrotado —respondió Hugh.

El silencio volvió a presionar los oídos.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó su tío.

—El lunes por la mañana —respondió Hugh—. Con el primer tren.

No era el rumbo más adecuado para la conversación, puesto que tía Agatha sofocó un sollozo con la servilleta, retiró la silla con tanta fuerza que le partió una pata y abandonó corriendo la estancia.

—No era mi intención disgustarla —se disculpó Hugh—. Estoy seguro de que no correré peligro.

—Es por Daniel —le explicó su tío.

—Por supuesto —dijo Hugh, lamentando el inevitable matiz de fastidio de su tono de voz. Incluso su marcha al frente quedaría eclipsada—. Él estará en el centro de la acción, lo sé, pero ¿ha recibido ya órdenes?

—Me temo que la venganza de lord North ha vuelto a levantar su desagradable cabeza.

—Lo cual me parece completamente injusto —contestó Hugh.

—El coronel Wheaton estaba dispuesto a ignorar la pataleta de lord North pero, al parecer, alguien lo ha convencido para que presione a Daniel y consiga su dimisión.

—¿Quién lo ha presionado? ¿Quién haría una cosa así? —preguntó Hugh, pensando que si el coronel había decidido no hacer caso al poderoso lord North, no podía concebir quién podía haber logrado que cambiara de idea.

—Ahí está el problema —dijo John—. Al coronel se le escapó que la presión le llegó por parte de tu tía Agatha.

—¿De la tía Agatha? —exclamó Hugh—. Imposible.

—Evidentemente, ella no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. No podía comprender hasta qué punto pueden llegar a ser peligrosas las acusaciones de lord North. Carece de una imagen clara del paisaje de inmoralidad que las alegaciones de lord North dan a entender y me confieso demasiado cobarde como para trazar un mapa y mostrarle a tu tía las cosas de las que podría ser acusado su sobrino.

—Pero todo esto es pura basura —se indignó Hugh, ruborizándose—. Conozco perfectamente a mi primo y él jamás... Es ultrajante.

—Tu tía cree que tiene razón, pero esta vez se ha pasado —dijo John—. Daniel se ha marchado y no sabemos dónde. Lo único que sabemos es que no quiere tener más contacto con nosotros.

—¿Y ahora qué hará?

—Tu tía esperaba que renunciase a ese puesto y aceptara otro en el despacho de propaganda, en Londres —respondió John—. Pero Daniel quiere plantar batalla y ha solicitado una vista.

—Bien hecho —opinó Hugh.

—Es una pésima idea—replicó John—. El fango seguirá allí, independientemente de lo que se averigüe, y acabarán licenciándolo de todos modos.

El tío John suspiró. Por primera vez, Hugh vio en él el rostro de un anciano. Su enérgico tío, con su porte siempre diplomático, estaba agotado.

—A veces es más fácil gestionar una guerra que una esposa —prosiguió John—. Tu tía sabe que ha cometido un tremendo error, y eso, por supuesto, la lleva a sostener una postura mucho más terca que si hubiera hecho lo correcto. Está destrozada.

—Pasará, ya lo verás —contestó Hugh.

Sintió un escalofrío en el estómago al plantearse la inimaginable idea de una ruptura en la familia. Tía Agatha era como un punto fijo del universo alrededor

del cual los demás conseguían localizarse en todo momento. Resultaba inconcebible que Daniel dejara de tumbarse apoyando los pies en los sofás de la sala o de incordiar a la cocinera para que le sirviese pastel para desayunar.

—Se dijeron cosas terribles —señaló su tío.

—Estoy seguro de que Daniel ya está arrepentido de sus palabras —comentó Hugh—. Si tienes alguna idea sobre dónde puede estar, déjame ir a hablar con él.

—Me temo que ya es demasiado tarde para hablar —respondió su tío—. La vista está programada para este domingo.

Daniel estaba en el estudio del señor Tillingham, sentado junto a la chimenea con la cabeza entre las manos. Hugh había sido invitado a pasar a verlos después de unos minutos de ansiosa espera en el vestíbulo de la planta baja, desde donde había podido ver al profesor, que estaba en el comedor disfrutando en solitario de un oporto y de un queso aromático.

—Pase, hijo mío —dijo el señor Tillingham, que dio la impresión de sentirse aliviado al verlo—. Me temo que mis escasas habilidades en el terreno de los consejos están agotadas por completo y algunos refuerzos nos irán muy bien.

—Hugh no tiene ninguna necesidad de cargar con mis sórdidos problemas —comentó Daniel—. Se marcha al frente, señor Tillingham, y no hay que distraerlo con las nimias humillaciones que yo pueda estar padeciendo.

—Deja ya de beber de tu proverbial cicuta —replicó Hugh—. No es momento de gestos exagerados.

—¿Y qué gestos son entonces los que merece la traición de mi tía? —preguntó Daniel—. ¿Ha terminado ya de lavarse las manos que ha manchado con mi sangre?

—Ella únicamente pretendía evitar que te marchases al frente —dijo Hugh—. A pesar de que intentar retener en casa a un ser querido y que otros vayan en su lugar es vergonzoso, tienes que entender que lo hizo por amor, no por malicia.

—Se entromete constantemente —protestó Daniel—. Y no tiene ni idea de a qué me enfrento.

—No es demasiado tarde para dimitir de ese puesto —observó Hugh—. Tío John dice que está prácticamente seguro de que podría colocarte en la oficina de propaganda.

Daniel se levantó y se acercó a la chimenea y, sin sacar las manos de los bolsillos, apoyó la bota en el parachispas. Volvió la cara hacia el fuego y permaneció en silencio unos instantes.

—Ir a Francia era importante para Craigmores —dijo—. Nunca le hice caso cuando hablaba de servir a la patria. Estaba demasiado ocupado hablando siempre de mí. —Se giró y esbozó una sonrisa tensa—. Voy a ir al frente en honor a Craigmores, para terminar lo que él empezó y para servir a la patria como él deseaba hacer.

—Craigmores está muerto —contestó Hugh—. Lo que tú puedas hacer en la guerra no va a cambiar ese hecho. No habrá nunca venganza suficiente para devolverlo a la vida.

—No se trata de venganza —replicó Daniel—. Sino de deber. Craigmores creía estar cumpliendo con su deber y yo no pienso eludir el mío sentándome en un despacho londinense y escribiendo carteles para animar a los jóvenes a alistarse.

—Si la vista va mal, podrían expulsarte —señaló Hugh—. No creo que seas del todo consciente del problema en que estás metido, Daniel.

—Me temo que su primo tiene razón, mi joven amigo —intervino el señor Tillingham—. Recuerdo un joven que, hará cosa de veinte años, eligió tomar esa postura. Y su terquedad acabó como el mayor escándalo de la época.

—No pretenderá comparar a Daniel con aquel dramaturgo —dijo Hugh, horrorizado. Sintió náuseas al comprender las implicaciones que la comparación conllevaba. Le costaba mirar a su primo a los ojos—. Ese hombre era un... Era un degenerado.

Daniel bajó la vista y el señor Tillingham fijó la mirada en la empuñadura de plata de su bastón y fingió rascar una manchita.

—Arrogancia o nobleza..., fueran cuales fuesen sus motivos, el caso es que se ganó la cárcel y la muerte de un indigente —repuso Tillingham en un suave tono de reproche, aunque Hugh no supo adivinar si iba dedicado al dramaturgo o a él. Tillingham fijó la vista en el fuego, su mirada más cansada y los párpados más caídos de lo que era habitual en él—. El escándalo y el miedo han obligado a muchos artistas y escritores a huir al continente o a retirarse en una casa en la campiña.

—No quiero decir que no fuese un buen escritor —comentó Hugh, apresurándose a suavizar su arbitrario rechazo. Viendo el silencio reflexivo de Daniel, no le apetecía jugar el papel de absolutista moral—. La verdad es que no es de mi época —remató.

—El padre de Craigmores está haciendo todo lo posible por mancillar nuestra amistad con ese tipo de vergüenza y es precisamente por eso por lo que no puedo escabullirme y dejar que sus insinuaciones se impongan —explicó despacio Daniel—. Pero no se trata de lo mismo, te lo aseguro. No tienen nada con lo que

poder desacreditarme.

—Unas cuantas cartas, un par de poemas..., nada sino las exageraciones efusivas del poeta en su juventud —dijo el señor Tillingham—. En mis tiempos, yo mismo escribí cartas más efusivas y escandalosas. Y no significaban nada.

—¿Accedería a decir esto mismo en la vista de mi caso? —preguntó Daniel.

—Hijo mío, sabe que no hay nada que no fuera a hacer por usted —respondió el señor Tillingham. Hugh vio que reprimía con rapidez una expresión de terror—. Pero exponerme a un tema así pondría en peligro el importante trabajo que estoy realizando a escala nacional por la guerra. —Viendo que Daniel no replicaba, prosiguió, como si se dispusiera a acumular excusas en un expediente legal y, como resultado de ello, fuera a quedar dispensado—. Soy un viejo bohemio —dijo, como si le costara reconocerlo—. La respetabilidad que me he ganado es una prenda fina y ligera con la que protejo mi desnudez de la humillación y el escarnio público.

—Entiendo —contestó Daniel—. Jamás sería mi intención ponerlo en una situación incómoda.

—Además, hay un par de cartas cuyo significado era exactamente el que exponían y no puedo confiar en absoluto en que las personas receptoras no las saquen a la luz en el caso de que mi nombre apareciera mencionado en este escándalo —añadió Tillingham, sinceramente asustado.

—Te suplico que dimitas de tu puesto, Daniel, y que no pongas en peligro tu reputación —dijo Hugh—. Pero si insistes en seguir adelante, me presentaré como testigo de carácter. —Le estrechó la mano con fuerza—. Te conozco desde niño, primo, y juraré sobre la Biblia que tanto tu conducta como tu moral son irreprochables.

—Es muy amable por tu parte, Hugh —dijo Daniel.

—Si así lo cree, no es perjurio —señaló el señor Tillingham.

—¡Señor Tillingham! —farfulló Hugh, pero Daniel y Tillingham se limitaron a intercambiar una sonrisa, tal y como hacen quienes saben más de lo que dicen saber.

Los interrumpió una llamada en la puerta y la entrada del ama de llaves para anunciar que la señorita Nash estaba abajo con el profesor y que había entendido que había algún tipo de emergencia. Bajaron al comedor y encontraron a Beatrice Nash, con expresión alarmada, y al profesor todo lo ansioso que puede estar un hombre después de una buena cena rematada con pudín, queso y media botella de oporto reserva.

Hugh deseaba poder decirle muchísimas cosas a Beatrice y deseaba también

que ella le sonriera. Pero el aspecto de Beatrice exigía una expresión tan seria como la que Hugh había mostrado a lo largo de toda la discusión que acababa de tener lugar en el estudio.

—Celeste ha desaparecido —les informó Beatrice—. Dijo que venía aquí, a visitar a su padre, y viendo que no volvía he decidido venir a por ella, pero el profesor me dice que no la ha visto.

—Así es —ratificó el profesor—. El señor Tillingham y yo hemos estado aquí toda la velada, cenando.

—Como es su última noche aquí antes de su partida, consideré normal que viniera a visitarlo, profesor —explicó Beatrice con cierta sequedad.

El profesor apartó la vista y empezó a limpiarse las gafas.

—Creí que era mejor mantener silencio —dijo él—. Despedirnos mañana por la mañana supongo que será suficiente, ¿no?

—Tal vez no, profesor —rebató Beatrice—. Celeste se siente muy infeliz y ahora se ha fugado, o algo peor.

—¿Se ha llevado alguna cosa con ella? —preguntó Hugh.

—No lo sé —respondió Beatrice—. Iré enseguida a comprobarlo.

—La acompaño —dijo Hugh—. Entretanto, señor Tillingham, tal vez podría llamar por teléfono a mi tío para que empiecen a inspeccionar los caminos en coche.

—Daniel, ¿podría ocuparse del teléfono por mí? —inquirió el señor Tillingham—. La mujer de la centralita me inspira un miedo atroz.

—Vaya con cuidado con lo que dice —recomendó Beatrice.

—Cierto, no hay necesidad de sumar más escándalos —dijo Hugh—. Por una vez, confiemos en que no haya vecinos escuchando en la línea.

En cuanto llegó a su casa, Beatrice subió corriendo para buscar entre la ropa de Celeste y mirar debajo de la cama.

—Tendrán que dragar el río —comentó la señora Turber desde los bajos de la escalera, cruzada de brazos.

—Lo único que falta es el vestido blanco con el encaje —anunció Beatrice, bajando a la sala—. No creo que lo llevara puesto, pero no estoy segura.

—¿Falta alguna cosa más? —dijo Hugh—. No me gusta en absoluto tener que formular esta pregunta, pero ¿había dinero en la casa que pudiera haber cogido?

—¡Santo cielo, la caja del dinero! —exclamó la señora Turber.

Se marchó corriendo. Unos instantes después se oyó un grito y Abigail hizo su aparición en la sala.

—Señorita, el dinero está aquí, pero la pistola de la señora Turber ha

desaparecido. La que le regaló el capitán.

—Oh, no —gimió Beatrice.

Se sentía mareada e impotente. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de nada? ¿Qué tipo de amiga era si había dejado que Celeste saliera de la casa con una pistola encima? ¿No había captado ningún temblor cuando la chica se había despedido de ella? ¿No había notado el miedo, no había visto su expresión de determinación?

—Beatrice, preste atención —dijo Hugh. Ella notó que la cogía por el brazo y la sacudía. Se le despejó la cabeza de repente—. No especulemos, vamos a buscarla siguiendo la lógica —añadió.

—La encontrarán en el río —insistió la señora Turber.

—Si lo hacen, tal vez quede grabado en su conciencia, señora Turber.

A Beatrice le habría gustado poder abalanzarse sobre la engreída cara de su casera y arañarla.

—Eso jamás —contestó la señora Turber.

—Quédense aquí —dijo Hugh—. Daniel y yo rastreamos la orilla del río mientras el señor Tillingham y el profesor miran por la parte alta de la ciudad. Mi tío y el chófer inspeccionarán los caminos principales en quince kilómetros a la redonda.

—Voy con ustedes —repuso Beatrice—. No puedo quedarme aquí sin hacer nada.

—Los reservistas y los Boy Scouts patrullan el canal por la noche —apuntó Abigail—. Yo podría bajar a avisar al jefe de la patrulla de exploradores por si la ven.

—No creo que sea conveniente —contestó Beatrice.

Le angustiaba la indecisión entre incorporar más gente a la búsqueda y saber que crear más escándalos iba a ser imposible de superar. Miró a Hugh y comprendió que la entendía.

—Estoy seguro de que no será necesario —dijo Hugh—. No debemos alarmar a más gente de la necesaria. Seguro que la encontraremos enseguida.

—Si se dedican a recorrer las marismas en plena noche, alguien acabará disparándoles —señaló la señora Turber—. Recuerden bien lo que les digo.

Hugh, Daniel y Beatrice bajaron corriendo a los oscuros muelles y empezaron a mirar entre barcos de pesca y barcasas. Un vigilante nocturno les comentó que no había visto a ninguna mujer recientemente, pero un grumete les informó de que creía recordar una figura en la orilla opuesta del río. A cambio de unas monedas, se encaramó a un mástil para observar las marismas y dijo que le

parecía haber visto, río abajo, por encima del dique, un titileo blanco que bien podía ser el vestido de una mujer.

—Aunque también podría ser una vieja vela colgada a secar —dijo el vigilante nocturno—. Un hombre ve aquello por lo que le pagan que vea.

No le hicieron caso y cruzaron el río corriendo para enfiar el sendero cubierto de hierba en dirección al mar. Las casas dieron rápidamente paso a los arbustos y estos a campos cubiertos con matorrales de hierba aptos solo para el consumo de ovejas y cabras.

—Si tiene una pistola, ¿por qué tendría que ir al río? —preguntó Hugh, siempre práctico.

—Porque, si tiene una pistola, es más probable el río que el tren —respondió Daniel—. En el tren no es necesaria una pistola, pero es más sucio.

—Te veo muy seguro —replicó Hugh.

—Los poetas nos imaginamos la muerte —dijo Daniel—. El río es la elección más romántica. Me imagino que la pistola es solo a modo de garantía.

—Aplicar una explicación lógica a un acto irracional es una locura en sí —intervino Beatrice—. Dejen de hablar y dense prisa.

El camino pasaba por un grupillo de casitas de pescadores y luego el río trazaba un último meandro y llegaba al mar. El suelo estaba ahora lleno de ásperos guijarros y correr era más complicado. El margen del río se había elevado con respecto al agua y estaba protegido con gruesos muros construidos con montañas de madera y planchas. En la oscuridad se distinguía una solitaria cabaña, ennegrecida por la brea y con tejado de chapa metálica. A la sombra de la cabaña, una figura, la de una mujer, se cernía sobre la orilla del río y, delante de sus ojos, arrojó un bulto blanco al agua.

—¡Celeste! —chilló Beatrice.

Habiendo agotado el aire de sus pulmones con la carrera, gritar resultaba difícil. El corazón le retumbaba en el pecho. Cuando Celeste se giró hacia ellos y la luz de la luna iluminó la pistola que tenía en la mano, Beatrice resbaló con una mata de malas hierbas que crecía entre las piedras y perdió el equilibrio. Al intentar detener la caída, se golpeó las rodillas y las muñecas contra los guijarros. Se mordió el labio y notó sabor a sangre.

—Ya la tengo —oyó que decía Hugh, y percibió sus brazos rodeándola, ayudándola a incorporarse—. Ve tú, Daniel.

—Tengo que ir con ella —afirmó Beatrice, intentando ponerse en pie—. Ayúdeme a levantarme, ayúdeme, Hugh.

—Despacio, primero asegurémonos de que no está herida —contestó Hugh—.

Seguramente es mejor que no corramos todos a la vez hasta allí.

Mantenerse en pie no era fácil. Beatrice notaba un fuerte escozor en las rodillas y le costaba respirar. El sabor de la sangre le provocó náuseas.

—Puedo tenerme en pie —aseguró.

Le dolían las manos y las muñecas y se las acercó al pecho con cuidado.

—Permítame que la ayude —dijo Hugh—. Con su permiso.

La rodeó con el brazo y, con su ayuda, Beatrice empezó a caminar con rigidez hacia donde Daniel estaba hablando con Celeste.

—Más rápido —le urgió—. Tengo que salvarla.

—Me parece que Daniel está haciendo un buen trabajo —repuso Hugh. Celeste se había alejado de la orilla del río para sentarse en un poste bajo de los que se utilizaban para amarrar los barcos más grandes en la desembocadura del río. Daniel se encaramó en otro, a una distancia respetable—. A las chicas jóvenes les encanta Daniel.

—¿Y si fracasa? —preguntó Beatrice—. Tengo que ir hasta allí.

—Mi tía se ha metido en un grave problema por creer que solo ella podía solucionar las cosas —dijo Hugh—. ¿No cree que a lo mejor, de vez en cuando, tendría que dejar que los demás la ayudaran?

Se quedó mirándola con expresión bondadosa. Beatrice respiró hondo y se inclinó contra él, pensando cuánto le gustaría poder apoyar la cabeza en su hombro y dejarla allí. Permanecieron inmóviles un buen rato, viendo cómo Daniel seguía hablando y Celeste le daba respuestas tímidas; no podían, sin embargo, oír qué decían.

Y entonces Celeste se echó a reír. El sonido que llegó hasta Beatrice fue tan dulce para sus oídos como el de las alondras sobrevolando las marismas en verano. La gente que reía no se disparaba con pistolas ni se arrojaba a un río gélido, pensó. La gente que reía estaba a salvo.

—Si ahora se lanza al río, mi primo tendrá que darnos alguna explicación —comentó Hugh—. Será mejor que intervengamos antes de que acabe provocándole un ataque de risa.

Se cobijaron en la pequeña cabaña. En silencio, Hugh encendió la salamandra que el pescador había dejado cargada con leña y carbón. Beatrice entró en calor en cuestión de minutos, pero siguió abrazando a Celeste hasta que también ella dejó de temblar y el calor de la estufa empezó a darle color a la cara. La inspección del interior alquitranado de la cabaña dio como resultado una botella

de ron, cerrada con un corcho encerado. Daniel no perdió ni un minuto en romper el lacre e instar a Celeste a beber un trago para combatir el frío. Bebieron todos y, cuando el calor del ron fue abriéndose ardientemente paso hacia el estómago, Beatrice pensó que le gustaría quedarse felizmente encerrada toda la vida en aquella pobre cabaña. Hugh cogió un pañuelo, lo empapó con ron y le limpió con delicadeza la sangre y la tierra de las manos. La sensación de alivio y lo avanzado de la noche le provocaron sopor; se inclinó contra el hombro de Hugh y cerró los párpados hasta adormilarse.

—Supongo que tendríamos que ir volviendo a casa —sugirió Hugh—. Hay mucha gente por ahí fuera buscándonos.

—Estoy preparada para volver a casa —aseguró Celeste—. Tengo que decirle a mi padre que lo siento mucho.

—Estábamos muy preocupados —señaló Beatrice—. Dígame, por favor, que nos dejará ayudarla, Celeste. No soportaría que volviera a intentar acabar con su vida.

Celeste se sonrojó como una niña arrepentida y replicó en voz muy baja:

—Siento mucho haberle causado tanto dolor. Pero nunca podría haberme quitado la vida. Es pecado.

—¿Pero y el río? —preguntó Beatrice—. ¿Y la pistola?

—La señorita Celeste lo había planificado todo de un modo increíblemente inteligente —dijo Daniel.

—Arrojé el vestido al río para que, al menos durante un tiempo, me dieran por muerta —explicó Celeste—. Y así podría haber ido andando hasta otra estación para coger un tren rumbo a Londres. Y luego, en la gran ciudad, podría haberme hecho pasar por otra refugiada.

—¿Y la pistola? —preguntó Beatrice.

El rubor de Celeste era de dolor y humillación.

—La señora Turber dice que disparar para protegerse de los hombres no es pecado —contestó—. Nunca jamás volvería a pasar por eso.

—Oh, Celeste, ¿cómo es posible que llegara a concebir este plan? —exclamó Beatrice. Abrazó a la chica con fuerza—. Si piensa marcharse, me iré con usted —añadió—. No volveré a fallarle.

—No tendrá que marcharse, señorita Nash —dijo Daniel. Cogió la mano de Celeste y le estampó un beso—. Celeste y yo somos amigos, acosados ambos por el escándalo y las dificultades. Pero esto se ha acabado y hemos tomado la firme decisión de derrotar a nuestros enemigos con un único golpe espectacular que, debo confesar, es fruto de mi invención.

—¿Qué quieres decir con todo esto? —quiso saber Hugh—. La situación es grave y no es momento de andarse con frivolidades.

—Hugh, Beatrice, toca felicitarlos —anunció Daniel—. Celeste ha accedido a convertirse en mi esposa.

—¿Tu esposa? —se asombró Hugh—. ¿Te has vuelto loco?

—Todo lo contrario. Somos dos personas con las ideas muy claras —repuso Daniel—. No hay nada mejor para despejar las ideas que considerar la muerte y el exilio como dos alternativas perfectamente viables.

—¿Y salvaremos con esto a Celeste? —preguntó Beatrice, que empezaba a comprender el plan y confiaba en que Celeste, casada con Daniel Bookham, pasaría de ser una persona a la que evitar a una mujer a la que felicitar.

—Celeste me salvará a mí —respondió Daniel—. Llegaré a la vista como un hombre recién casado con una preciosa y joven esposa. La antigua institución del matrimonio conquistará cualquier insinuación y calumnia.

—Pero quedaréis encadenados el uno al otro para toda la vida —señaló Hugh—. Y luego está la criatura.

—Si Dios quiere, tendremos un hijo el año que viene —contestó Daniel—. Un poco pronto, suponemos, pero será bienvenido.

—Y yo que me consideraba en contra del matrimonio —dijo Beatrice—. Por el amor de Dios, Hugh Grange, esto lo resuelve todo.

—Quiero que Daniel sea feliz —aseveró Hugh.

—Quiero que Celeste sea feliz —replicó Beatrice.

—En los tiempos oscuros en que vivimos, la felicidad ha adquirido una nueva y más apremiante definición —terció Daniel—. Os aseguro que le he hablado con un lenguaje muy franco. Le he ofrecido todas las ventajas mundanas del matrimonio y toda la protección de un hermano. Nunca le causaré ningún daño y ambos viviremos libres de las críticas.

—Un arreglo poco convencional —insistió Hugh, aunque su rostro empezó a iluminarse con una cautelosa sensación de alivio.

—Creo que podremos forjar una vida en común muy confortable a partir de las cenizas en las que nos han enterrado los mezquinos.

—¿Quiere hacerlo, Celeste? —preguntó Beatrice.

La sonrisa reverencial de Celeste insinuaba que tal vez no entendía por completo el alcance de la propuesta de Daniel. Ni siquiera Beatrice lo comprendía muy bien, pero no encontraba el lenguaje adecuado con el que presionar para conocer más detalles.

—Estoy muy feliz —respondió Celeste.

—Tenga por seguro, mi buena Beatrice, que no le fallaré a mi esposa en ningún deber que ella me exija, ni mis actos la pondrán jamás en un compromiso —declaró Daniel—. El honor y la discreción nos acompañarán hasta la ancianidad.

—Celeste se va a casar —le dijo Beatrice a Hugh.

Contra su voluntad, y debido tanto al ron como a la consternación, rompió a llorar y escondió la cara en la chaqueta de Hugh.

Cabía esperar dificultades por parte de las tortuosas preferencias burocráticas tanto del ayuntamiento como de la iglesia, pero Daniel y Hugh llegaron con todos los documentos necesarios poco después de que Beatrice y Celeste se sentaran a esperarlos en la sala.

—Es por la guerra —informó Hugh—. El vicario dice que prefiere un matrimonio sin amonestaciones que una erupción de chicas solteras abandonadas.

—Como Celeste ha estado asistiendo los domingos a la iglesia con la señora Turber y usted, nos ha apuntado como miembros de la parroquia y me ha mandado al ayuntamiento a buscar la licencia —explicó Daniel—. Con dos testigos y una pequeña contribución, nos casará a las tres.

—Y podremos estar de vuelta en casa a la hora del té —añadió Hugh.

—Ahora solo me falta obtener la bendición de su padre —dijo Daniel.

—¿Y si no concede su permiso? —preguntó Celeste—. Las monjas vienen a buscarme al mediodía. —Buscó a tientas la mano de Beatrice, su expresión llorosa—. ¿Y si considera que la vergüenza que le he causado es excesiva?

—Sea sensata, amiga mía —contestó Beatrice—. Es un enlace excelente. Estará muy satisfecho.

—Acompañeme —le rogó Celeste—. ¿Me acompañará, por favor?

—Iremos todos juntos a casa del señor Tillingham —dijo Daniel—. De este modo, cuando haya obtenido la bendición de su padre, anunciaré nuestra felicidad y observaremos la cara del señor Tillingham cuando caiga en la cuenta de que está obligado a abrir su mejor botella de champán para brindar por la feliz ocasión.

—De ser jugador, apostaría contra ti —replicó Hugh con una sonrisa.

El feliz cuarteto entró en casa del señor Tillingham y tres de sus componentes se quedaron esperando con ansiedad en el salón mientras Daniel y el profesor

hablaban en el comedor. Las gruesas paredes solo filtraban el murmullo de las voces y Beatrice se esforzó por no prestarles atención. Se concentró en distraer a Celeste con una carta del rey que había recibido el señor Tillingham, en la que le expresaba su agradecimiento por su labor con los refugiados, y que el señor Tillingham había enmarcado con ébano y exhibía en una mesita auxiliar entre una lámpara y un pequeño globo terráqueo.

—Oh, sí, el ama de llaves la puso ahí —explicó el señor Tillingham entrando en ese momento en el salón para unirse a ellos—. Le dije que la dejara fuera de la vista de todo el mundo.

Hugh le hizo un breve resumen de la misión que los había llevado hasta allí y el señor Tillingham tardó un momento en encontrar la réplica adecuada. Para sorpresa de Beatrice, el escritor se excusó y le pidió al ama de llaves que sirviera champán frío.

—Ha perdido su apuesta —le dijo a Hugh.

—Tendría que haber imaginado que no se puede apostar contra mi primo —replicó Hugh.

Por fin se abrió la puerta del comedor y se oyeron pasos aproximándose a la puerta del salón. Era Daniel, su expresión airada.

—Se niega —informó Daniel—. Dice que Celeste está prometida con la Iglesia católica y que, a pesar de la bienvenida que han recibido en St. Mary, jamás se plantearía un matrimonio fuera de la fe católica.

—Todo está perdido —murmuró Celeste.

—A ver, un momento, tiene que haber una manera de alcanzar algún compromiso —dijo Hugh.

Se oyeron más pasos en el pasillo y el profesor apareció en el umbral de la puerta. Esbozó un mínimo saludo y se dirigió a su hija.

—Ve a prepararte —le ordenó—. Las hermanas llegarán enseguida. Confío en que sepas cuál es tu deber y estés lista para hacer lo que te pido.

—Me parece una postura muy arrogante —intervino Hugh—. Después de toda la amabilidad que se le ha brindado, profesor, creo que mi primo se merece una respuesta mejor por parte de usted.

—Nuestra gratitud no conoce límites —replicó el profesor—. Pero mi hija ya está prometida, y considero que tengo libertad para elegir lo mejor para su vida.

—Este matrimonio limpiará su reputación —dijo Beatrice—. Cerrará cualquier boca y significa además que Celeste podrá quedarse aquí, con usted.

—Soy incapaz de transmitirle la importancia y los misterios de la fe católica, querida señora —contestó el profesor—. Pero tenga claro, por favor, que un

padre sabe siempre lo que es mejor para su hija.

Fue como si la luz del sol se evaporase de la estancia, y Beatrice no sabía si era consecuencia de una nube pasajera o de su desesperación.

—Mi matrimonio acabaría con las habladerías, pero él seguiría sabiendo la verdad —dijo Celeste por fin—. Me manda lejos porque no soporta mirarme.

—Eso no es verdad —afirmó el profesor, aunque su rostro decía lo contrario.

—Por eso me fui al río, padre —prosiguió Celeste—. Para que no tuvieras que volver a mirarme y contemplar mi vergüenza hacerse más visible cada día que pasa.

—No hay nada más que discutir —zanjó el profesor—. La decisión está tomada.

—Si tengo que marcharme y convertirme en monja de clausura —declaró Celeste—, haré mi confesión. Le pediré a Beatrice que vaya a buscar al señor Poot para que tome nota pública de mi testimonio.

—No harás tal cosa —contestó el profesor, poniéndose colorado—. Te quedarás callada.

—Le explicaré que llegaron los alemanes —continuó Celeste—. Que me obligaste a ponerme mi vestido más nuevo, un vestido cargado de encaje, y que le ordenaste a la criada que me recogiera el cabello. Y que me pellizcaste las mejillas para que cobrasen color y que me diste el crucifijo de oro de mi madre para que me lo colgara al cuello.

—Te ordeno que calles —exigió el profesor—. Y ustedes márchense, por favor.

—Creo que el privilegio de despedir de mi casa a los invitados me está reservado, profesor —dijo el señor Tillingham, que acababa de aparecer detrás de él—. Personalmente, la narración de la joven dama me resulta cautivadora.

—Cortaste rosas blancas y olorosas del jardín y la criada me puso una detrás de la oreja —siguió relatando Celeste— y otra en el escote del vestido...

Se levantó de la silla y miró a su padre a los ojos. Él no pudo sostenerle la mirada y bajó la vista. Incómodo, cambió el peso del cuerpo a la otra pierna.

—Ordenaste sacar el mejor juego de té y una botella de champán que reservabas para alguna celebración. ¿Era el champán reservado para mi boda, padre? Hiciste servir el té acompañado con champán y coñac y yo me senté en el salón a esperar, por mucho que la criada me animara a huir de allí. Todos los criados huyeron, pero tú saliste a la puerta e invitaste al oficial a pasar a tomar el té.

—La biblioteca era mi obligación —alegó el profesor. Miró a su alrededor,

sus ojos suplicando apoyo—. No teníamos nada que temer de los alemanes. Son gente civilizada y nosotros no éramos campesinos asustados. Nos quedamos allí para proteger los libros.

—Y tomamos el té y él me hizo muchos cumplidos y tú no me dijiste que me marchara del salón, sino que le dabas la razón y le hablaste sobre la belleza de mi madre y de cómo habías protegido mi vida para hacer de mí una persona fresca y sencilla.

—El oficial tenía hermanas —explicó el profesor—. Dio a entender que comprendía el valor de mi vigilancia.

—Atestiguaré que hablaste de tu vigilancia —dijo Celeste—. Pero, papá, ¿por qué aquel día no la ejerciste? Cuando empezamos a oler a humo, cuando la biblioteca se incendió, me dijiste que me quedara y luego te fuiste.

—Tenía que salvar los libros —adujo el profesor—. El oficial me brindó a sus hombres para que me ayudaran a ponerlos en lugar seguro. —Hizo una pausa y añadió—: Teníamos un Gutenberg y un libro de horas que dicen que perteneció a Leonor de Aquitania. Teníamos manuscritos de valor incalculable que conseguí salvar aquel día. Los llevamos a la capilla y los almacenamos en una cripta.

—Él te brindó a sus hombres para poder salvar tus libros, pero cuando yo me levanté para ir contigo a ayudarte, él me pidió más té y tú me dijiste que me quedara con el oficial y lo atendiese —prosiguió Celeste—. Me acercó la boca al oído, padre, y me susurró cosas tan repugnantes que se me cortó la respiración.

Su voz se volvió soñolienta, como si estuviera alejándose de las imágenes que retenía en la cabeza.

—*Il m'a enfoncée sur le canapé, et il a arraché à mes jupons et à mon corset. Il m'a fait si mal...* —Miró a su padre y pareció serenarse, retomando el inglés—. Grité pidiéndote ayuda, pero no viniste, padre. Veía las agujas del reloj de porcelana girando muy lentamente; y *maman*, que me miraba desde su cuadro, y estaba muy triste. Y tú seguías sin venir.

—Yo no sabía... —dijo su padre—. Jamás me habría imaginado...

—¿Qué sentido tiene proteger a una hija si no puedes ni imaginarte los monstruos de los que pretendes protegerla? —preguntó Beatrice.

—Creo que él lo sabía —comentó el señor Tillingham—. Desde un punto de vista puramente literario, yo lo habría escrito así.

—Es la tragedia suprema —intervino Daniel—. La mayor traición: el tesoro por encima del honor, el valor de una hija puesto en una balanza y descubrir que el peso se inclina hacia el lado contrario.

—¿Pero de qué están hablando? —preguntó el profesor—. Creo que no es tema para sus interminables conversaciones literarias.

—Oh, por supuesto que lo es, mi querido profesor —replicó el señor Tillingham—. Con su hija encerrada en un convento, tendremos libertad para explorar el tema desde un prisma literario sin correr peligro alguno de perturbarla.

—Aunque, por supuesto, habrá que cambiar los nombres —apuntó Beatrice—. Yo cambiaría los nombres.

—Ese velo de misterio, sin embargo, no hará más que inflamar las especulaciones —advirtió el señor Tillingham—. Controlar la fiebre del público por hacerse con información escabrosa resulta imposible.

—No se atreverá a escribir tal difamación —dijo el profesor. Se acercó a trompicones a una silla y se derrumbó en ella—. Ningún hombre decente haría caer jamás tal vergüenza sobre el nombre de otro hombre, sobre el nombre de una gran universidad.

—Y yo jamás violaría el buen nombre del padre de mi esposa —replicó Daniel—. Protegería su reputación y la reputación de mis herederos, a toda costa.

Daniel habló mirando al señor Tillingham y el señor Tillingham frunció el ceño; sin duda, pensó Beatrice, no le apetecía renunciar a esa historia.

—Muy bien —dijo el señor Tillingham—. Aunque tropezar con un buen filón y no poder explotarlo siempre resulta doloroso. Creo que estoy a punto de sufrir dispepsia.

—Tal vez tendría que beber un poco de champán —sugirió Hugh.

—¿Me entregará a su hija, profesor? —inquirió Daniel—. Juro que jamás le infligiré daño alguno. Reconoceré a la criatura como mi hijo y siempre tendrá abiertas las puertas de nuestra casa.

—Muy bien —dijo el profesor. Hizo un esfuerzo y levantó la cabeza para mirar a su hija a los ojos—. Retiro mis objeciones al matrimonio y, si así lo desea Celeste, y por cuestión de decoro, la acompañaré hasta el altar.

Seguía con semblante serio, pero la barbilla empezó a temblarle mientras hablaba.

—Me haría muy feliz —contestó Celeste.

Le tendió una mano a su padre pero se lo pensó mejor y se tapó con ella la boca antes de girarse hacia la ventana.

—Ha llegado el momento de descorchar el champán —dijo el señor Tillingham, que disimuló la incómoda pausa cogiendo una botella que le acercó

el ama de llaves y ordenándole discretamente que se retirara con la segunda botella que traía—. Creo que con una habrá suficiente.

Después de hacer circular las copas de champán, agarró a Beatrice por el brazo y se la llevó hacia un rincón.

—Gracias, señor Tillingham —dijo Beatrice—. Ha inclinado la balanza hacia el lado correcto y ha cambiado dos vidas para siempre.

—Oh, no era mi intención, se lo aseguro —replicó el señor Tillingham—. Soy demasiado egoísta como para dedicar mi tiempo a los demás. Le advierto, querida mía, que el egoísmo es uno de los riesgos que conlleva vivir solo.

—Procuraré evitar tal infortunio —contestó ella.

—Se convierte en infortunio solo cuando quien lo padece es cruel —añadió el señor Tillingham. Fijó la vista en el profesor y Beatrice adivinó en su mirada el destello de la penetrante perspicacia que impregnaba sus escritos—. Bettina Fothergill creyó conveniente abordarme para solicitar mi opinión con respecto al lugar que ocupa usted en el comité y, en confianza le digo, también en relación con su puesto en el colegio.

Tal vez fuera por el agotamiento de una noche casi sin dormir o por la acumulación de ansiedad de los últimos días, pero Beatrice notó que las fuerzas la abandonaban de repente. Se dejó caer lentamente en un sillón y posó la copa en la mesita auxiliar que había al lado.

—Creo que cuando termine el trimestre me pedirán que me vaya —dijo.

No podía ni mirarlo, de modo que fijó la vista en un busto de mármol blanco que había en la mesa y cayó en la cuenta, con el humor residual que aún le quedaba, de que se trataba del señor Tillingham.

—No, no, ni hablar de que se vaya —contestó él—. Tengo que ir a visitar a Bettina hoy mismo y darle a entender lo inconveniente que sería para mí que usted se marchara de la ciudad justo ahora que estamos los dos en el momento cumbre de nuestro libro sobre su padre.

—No entiendo—dijo Beatrice.

—Es muy sencillo, querida —repuso el señor Tillingham—. He decidido que soy demasiado perezoso para iniciar de nuevo el proyecto yo solo. Será mucho más eficiente utilizar su excelente introducción como base de la mía. Luego, tendrá usted que preparar un pequeño epílogo, reflexiones puramente personales de la amante hija, nada académico, y uniremos nuestras cabezas para discutir un par de cambios con respecto a las cartas que queremos incluir.

—No hablará usted en serio, señor Tillingham —exclamó Beatrice.

Se quedó mirándolo para discernir si tal vez se encontraba mal o el champán

lo había superado de alguna manera. Pero la cara seria del señor Tillingham no revelaba nada; estaba, eso sí, levemente ruborizado por el esfuerzo que le suponía mostrarse tan despreocupado.

—Por supuesto —dijo él—. Ver el rostro engreído de esa mujer arrugarse como una bola de papel en una chimenea recién encendida me producirá un momento de placer inconmensurable. Superará con creces el dolor de tener que comprometer mi tiempo y... ¿digamos que una quinta parte de mis honorarios?

Beatrice sonrió y reprimió el deseo de cogerle la mano y besársela.

—La gente debería saber que esconde usted un alma rebosante de generosidad.

—Estoy seguro de que se trata de un simple espasmo de carácter temporal —replicó el señor Tillingham, horrorizado—. Le ruego que no haga mención de nada de todo esto, so pena de incitar futuras exigencias sobre mi tiempo y mi bolsillo.

—En ese caso, ¿le parecería bien que acordáramos el veinticinco por ciento de los honorarios como importe adecuado para garantizar tanto mi plena cooperación como mi silencio? —dijo ella, riendo.

Daniel y Celeste se casaron discretamente en St. Mary a las tres en punto de la tarde. Su padre la acompañó hasta el altar y Beatrice y Hugh actuaron como testigos. El señor Tillingham fue el único invitado, su papel limitado a lanzar severas miradas al profesor de vez en cuando. Hugh había defendido la presencia de su tío y su tía, pero Daniel se había mostrado inflexible y no había querido comunicárselo. Beatrice adivinó la consternación en el rostro de Hugh y se le encogió el corazón. Daniel envió un telegrama a su padre, esperando un sermón de reprimenda, y le sorprendió recibir una escueta felicitación y un sustancioso cheque bancario a modo de respuesta. Cuando entraron en la iglesia, Beatrice oyó que el señor Tillingham le comentaba a Hugh en voz baja que el alivio que debía de haber sentido el padre tenía que haber superado cualquier escrúpulo que pudiera albergar ante un matrimonio tan repentino.

En el interior de la iglesia, un edificio antiguo y de techos altos, con metales resplandecientes e inundado por el aroma de los crisantemos tardíos colocados en jarrones decorativos, Beatrice se sintió imbuida por un curioso sentimiento de paz, la sensación de que el mundo, a veces, acababa siendo justo. Miró a Hugh, que estaba muy serio, de pie y concentrado, preparado para el momento de ser invitado a firmar en el registro. Beatrice pensó que le recordaba a su padre,

aunque luego se vio obligada a reconocer que su padre era menos fiable, menos recto. A menudo, su padre era tan espontáneo que podía llegar a hacer daño. Había renunciado a puestos, cambiado de vivienda y despedido a criados en los momentos menos oportunos. Su último viaje de regreso a casa había resultado tan impulsivo como muchos de sus planes.

No se imaginaba a Hugh Grange trazando planes repentinos, lo cual le parecía una cualidad perfecta para un hombre. Y mientras lanzaban un puñado de arroz a los novios a la salida de la iglesia, Beatrice se preguntó si volvería a verlo antes de que se marchara. No había leído aún el anuncio de su compromiso en la prensa, lo cual le proporcionaba una extraña sensación de consuelo y desenterraba una calidez de sentimientos que hacía tiempo que había decidido encerrar a cal y canto. Había tomado la firme decisión de amortiguar cualquier anhelo que pudiera perturbar el tipo de vida que se había creado. Pero mientras lanzaba el arroz, se permitió albergar la esperanza de que Hugh tal vez le pidiera que lo acompañara a dar un paseo.

—Confío en que la vista de Daniel salga bien —dijo Beatrice en cuanto los novios se marcharon a bordo de un cabriolé hacia la estación para coger el tren hasta Hastings y alojarse en la suite del hotel que Daniel había reservado. A la mañana siguiente, Daniel pensaba presentar en la vista la factura del hotel.

—Yo también —contestó Hugh—. Si todo queda resuelto, el lunes por la mañana partiremos juntos a Francia.

—¿Francia? —preguntó Beatrice, notando que se le encogía el corazón.

—Nos marchamos los dos al frente —respondió Hugh.

Beatrice se sintió enferma de repente. El frente había dejado de ser la gran aventura. Después de que los ejércitos enemigos se atrincheraran en Flandes, las fuerzas británicas estaban siendo diezmadas lentamente en Ypres. El resultado de la guerra había dejado de ser la victoria cantada tan pregonada por la prensa.

—Le deseo buena suerte —dijo Beatrice, viendo cómo sus pequeñas esperanzas se quedaban en nada ante la enormidad de aquella partida.

La vista terminó incluso antes de empezar. En el tosco barracón que utilizaba el coronel a modo de cuartel general, la belleza de Celeste, que lucía un vestido sobrio y un par de guantes nuevos de color blanco prestados por Beatrice, deslumbró al coronel y al pequeño grupo de oficiales reunidos para la ocasión. Daniel le pidió al coronel que bendijera su matrimonio y el coronel se quedó tan aliviado como un hombre perdonado a los pies del patíbulo. Habría resultado

casi cómico, pensó Hugh, haber visto al coronel intentando llevar a cabo aquel acto. Se trataba, a buen seguro, de un tema en el que se le habrían presentado grandes dificultades para encontrar las palabras adecuadas.

La joven pareja se despidió en el patio de armas y más de un soldado, en las tiendas o pasando por su lado en formación, tuvo que secarse una lágrima al ver a los jóvenes enamorados separados tan pronto por el inminente embarque del regimiento. Hugh se encargaría de acompañar a Celeste a casa y Daniel le pidió que transmitiera a sus tíos la noticia de su matrimonio y de su partida.

—Diles que no vengan a la estación —le advirtió Daniel—. No me gustaría ser descortés con ellos en un lugar tan público como ese.

—¿Y yo qué? —protestó Hugh—. Me marcho en el mismo tren. ¿No voy a poder tener a nadie que me despida?

—Tú haz lo que quieras —contestó Daniel—. No te negaré ese consuelo. Le pediré al sargento mayor que me esconda bajo el asiento si es necesario.

—Me despediré de ellos en casa —dijo Hugh. Le espantaba la escena que podía tener lugar en la estación—. ¿Qué medidas has tomado respecto a tu esposa?

—Me temo que no he tomado ninguna —respondió Daniel—. Imagino que Celeste recibirá algún tipo de prestación y que seguirá viviendo en el mismo sitio. Beatrice se encargará de ella.

—No creo que vaya a ser posible —objetó Hugh—. Tendría que irse a vivir con tu padre.

—Dios mío, no —exclamó Daniel—. Mejor en el convento que eso. ¿Qué hago, Hugh?

—Hablaré con el tío John —contestó Hugh—. A lo mejor la aceptan en casa.

Hugh habló intentando mantener un tono neutral, pero ansiaba con desesperación que Daniel se mostrase de acuerdo. Llegar a ese tipo de arreglo sería clave para que, con el tiempo, regresara al seno de la familia.

—No pienso cambiar de idea —aseveró Daniel—. Pero te agradecería, Hugh, que hablastes con ellos esta noche. —Sonrió y le estrechó la mano a Hugh—. Nos vemos mañana en el tren. Y que empiece de una vez la guerra de verdad.

El coronel lo dispuso todo para que Hugh y Celeste regresaran a Rye en una carreta cargada con suministros para el tren del día siguiente y, desde la estación, Hugh acompañó a Celeste a pie hasta la casa de Beatrice, donde fue recibida con efusivas exclamaciones y buenos deseos por la señora Turber, sobre la cual el matrimonio de Celeste había surtido el efecto deseado. Cabía esperar que difundiera las buenas noticias con la misma efectividad con que había

cuchicheado sobre las malas.

—Tengo que volver a casa —le dijo Hugh a Beatrice, en la puerta—. Quiero intentar reparar la brecha que se ha abierto entre Daniel y nuestros tíos.

Estaba muy preocupado y Beatrice deseaba ayudarlo de alguna manera.

—¿Se enfadarán mucho por la boda? —preguntó.

La enormidad de lo que habían hecho, conspirar para unir para toda la vida al sobrino de Agatha con Celeste sin que sus tíos estuvieran al corriente, pesaba como una losa sobre Beatrice.

—Vivimos tiempos complicados, y lo que está hecho, hecho está. —Hugh hizo una pausa—. Daniel y yo nos vamos mañana por la mañana y quería preguntarle si le importaría escribirme —añadió.

—Me metí en un montón de problemas por acceder a escribirle al señor Dimbly —le explicó Beatrice—. No era consciente de que escribir cartas implicaba algún tipo de vínculo. —Mientras hablaba, se dio cuenta de que estaba siendo falsamente modesta y que articulaba las palabras con torpeza. Dudó un momento antes de decir—: No me gustaría ofender a la señorita Ramsey.

—Escribir no implica ninguna obligación o vínculo —replicó Hugh. Dudó también antes de continuar—. Siempre es agradable recibir correspondencia cuando se está lejos de casa.

—En ese caso, le escribiré complacida —respondió ella, con cierto tono de interrogación en la voz.

Era evidente que Hugh estaba luchando contra sus emociones. Cogió la mano de Beatrice y la apretó.

—No puedo decirle honradamente que esté del todo libre de obligaciones con respecto a la señorita Ramsey —señaló—. Me avergüenza confesar que tal vez no me he comportado del modo más franco. —Dudó de nuevo y continuó—: Pero lo que sí puedo asegurarle es que entre ella y yo no existe ningún compromiso formal.

El corazón de Beatrice se detuvo a la espera de que le dijese algo más. La miraba con tanta intensidad que durante un instante pensó que tal vez iba a cogerla entre sus brazos.

—¿Hugh? —dijo, su nombre cargado con una intimidad completamente nueva.

—Parece como si nunca fuese el momento adecuado —se lamentó él—. Me marchó a Francia y por nada del mundo le pediría algo sin ser antes totalmente libre.

—En ese caso, nuestra amistad debería ser suficiente —contestó ella, y, a

pesar de que la vista empezaba a nublársele, no estaba dispuesta a derramar lágrimas para incomodar su partida—. Y nos escribiremos como amigos.

—Es usted la mejor mujer que existe, Beatrice Nash —dijo él, y le levantó la mano para besarle la palma.

—¿Puedo ir mañana a despedirle? —preguntó ella.

No estaba segura, sin embargo, de si sería capaz de soportarlo. Empezaba a experimentar la misma sensación de enorme pérdida que había sentido con la desaparición de su padre. Alejó de sí la imagen del río gélido y del terrible barquero. A diferencia de la partida sin retorno de su padre, rezaría para que Hugh regresara.

—No, no lo haga, por favor —respondió Hugh—. No deseo exponerla a la vulgaridad de una despedida en la estación de tren.

—Pensaré en usted a menudo —dijo Beatrice, pestañeando para evitar las lágrimas.

—Si todo va bien con mis tíos, creo que vendrán a buscar a Celeste —señaló él—. ¿Se sentirá bien volviendo a estar sola, Beatrice?

—Estoy acostumbrada a mi independencia, Hugh —respondió Beatrice.

Pero en cuanto él echó a andar por la calle empedrada, tuvo que contenerse para no gritarle que volviera. Nunca antes había entendido con mayor claridad el coste que acarrea la independencia. Jamás en su vida se había sentido tan sola.

Cuarta parte



«Demos gracias a Dios que nos ha deparado esta hora,
Que ha cautivado a nuestra juventud y nos ha despertado del sueño
Con mano firme, mirada transparente y poder desmedido,
Para transformarnos en nadadores que se zambullen en lo más puro,
Contentos de escapar de un mundo envejecido, frío y cansado.
¡Dejad atrás los corazones enfermos a los que el honor no consiguió conmovier,
Y a los semihombres y sus canciones deprimentes y obscenas,
Y a todos los míseros vacíos de amor!».

RUPERT BROOKE, *1914 War Sonnets I*, «Peace»

El cigarrillo no había sosegado el temblor de sus manos, pero Hugh siguió insistiendo en forzar la entrada de aquel humo acre en los pulmones con la esperanza de que al menos sirviera para eliminar el hedor a sangre seca y tintura de yodo que le inundaba la nariz, la garganta y hasta el último poro de la piel. Sabía que tenía que empezar a lavarse para ir a la cantina de oficiales a cenar, pero el agotamiento hacía que le resultara más agradable continuar sentado al abrigo de la soleada puerta del hospital y fumar aquel pitillo que le habían pasado los camilleros al salir, dispuestos a emprender de nuevo el largo viaje hasta el frente.

El hospital base, al que había sido asignado desde que en otoño desembarcara en el norte de Francia, estaba situado en un pequeño pueblo a escasos kilómetros de la costa. Ocupaba unas antiguas bodegas, que a su vez estaban instaladas en una abadía medieval. La antigua piedra irradiaba más frío a medida que el invierno se intensificaba y las pocas ventanas apenas dejaban entrar la luz del exterior aunque, al menos, los gruesos muros servían para amortiguar el eco de las ametralladoras, que seguía escuchándose débilmente en dirección este. Hugh había descubierto rápidamente que odiaba hacer de cirujano y realizar las rondas matutinas entre las hileras de heridos para indicar, con un simple movimiento de dedo, los casos que le ocuparían la jornada. Al cabo de pocas semanas, había dado órdenes a las enfermeras de que solo trataría tres casos de traumatismo encefálico al día. Durante el resto de la guardia, recibiría cualquier caso considerado urgente.

Hugh solía perder la noción de las horas que pasaba de pie en aquel suelo resbaladizo y manchado de sangre y trabajando con el interminable tren de camillas con heridos que iban pasando por la mesa de operaciones. Se frotó las manos lentamente. Tenía los dedos secos y rasposos de tanto utilizar agua caliente, jabón carbólico y el cepillo con el cual se lavaba las manos entre paciente y paciente. Nunca se saltaba el ritual del lavado, por mucho que a veces las enfermeras fuesen las que sujetaran las arterias segadas, por mucho que a

veces oyera que los pacientes respiraban sangre. Sus movimientos eran siempre concienzudos, el tono de sus órdenes moderado y mantenía una expresión tranquila incluso ante las heridas más espantosas. Con ello se había ganado ese respeto por parte de sus superiores que tanto había ansiado cuando estudiaba, aunque ahora los elogios habían dejado de interesarle. El sueño de hacer fama y fortuna como cirujano, de tener una consulta próspera y una casa majestuosa en Harley Street era algo insignificante y vacío en comparación con la carnicería que presenciaba a diario. Su tranquilidad era simplemente un adormecimiento que le evitaba caer en la locura.

Le dio una última calada al cigarrillo y notó el calor en las yemas de los dedos. Resistió el impulso de dejar que le quemara la piel. Tiró la colilla y la aplastó con la suela de la bota, que estaba sucia de sangre, tierra y grandes manchas moradas de tintura de yodo. Se levantó y estiró el cuerpo, rotó los hombros en un intento de aliviarlos después de las doce horas que había pasado inclinado sobre carne herida y bajo las sombras que proyectaba la escasa luz de las lámparas. El ambiente de la tarde de finales de febrero era gélido, aunque al menos no llovía. Era como si en Francia lloviese siempre, como si la lluvia fuese un regalo especialmente odioso de la providencia, nunca lo bastante intensa como para renunciar a la batalla pero sí lo suficientemente copiosa como para que las jornadas fuesen penosas.

—Buenas noches, doctor Grange.

Cruzaron la puerta dos enfermeras envueltas en largas capas de lana y calzadas con gruesas botas. Hugh tenía la garganta tan seca que ni pudo responder, de modo que se limitó a saludarlas con la mano y ver cómo las cofias almidonadas oscilaban camino abajo como dos palomas blancas, una imagen incongruente con el paisaje desalentador y embarrado. Le había sorprendido la silenciosa resistencia de las enfermeras. Para las mujeres tenía que ser más duro. No porque fueran más débiles, sino porque los pacientes, al ver un rostro femenino, la aureola de los volantes de una cofia, solían agarrarse a su mano y suplicarles unas palabras de consuelo, rogarles esa compasión que ningún hombre le exigiría jamás a él, el médico. El trabajo ya era suficientemente duro de por sí revestido de la pretensión de insensibilidad y las anotaciones de hojas clínicas. ¿Cuánto más duro debía de ser cuando aquel velo de frialdad profesional se veía perforado ininidad de veces al día por un moribundo que te susurraba un mensaje destinado a su madre?

—Señor Grange, quiero decir, teniente, señor. —La voz le sonó familiar—. ¿Es usted el señor Grange, señor?

El flaco soldado, enterrado bajo el cuello de un chaquetón de lana que le iba enorme, guiaba un desvencijado carro civil tirado por un perro lobo gris con una sola oreja. El carro iba lleno hasta los topes, la carga sujeta con cuerdas y protegida por una lona. Tenía un aspecto tan poco militar que daría igual que estuviera cubierto con un pedazo de carpa de circo. El chico se echó la gorra hacia atrás y el agotado cerebro de Hugh capturó los ángulos de su cara y sus ojos penetrantes.

—Caramba, Snout, ¿de verdad eres tú? —dijo Hugh—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy en la guerra, igual que usted, señor —respondió Snout, sonriendo.

—Me refiero a qué haces justo aquí —puntualizó Hugh, adelantándose para estrecharle la mano—. Tenía entendido que el destacamento del coronel Wheaton estaba más hacia el norte.

—Nos trasladaron para rellenar algunos huecos a unos treinta kilómetros al este de aquí —le explicó Snout—. Hemos estado en el centro de la acción, señor.

—¿Está contigo mi primo? —preguntó Hugh, intentando mostrarse despreocupado pero con el corazón encogido por el miedo de escuchar una mala respuesta.

—Sí, señor, está bien —respondió Snout—. Se ríen de él porque escribe poemas mientras esperan para entrar en acción, pero siempre es el primero cuando dan la señal.

—¿Y Harry Wheaton?

—Le entró un trozo de metralla en el brazo y lo han ascendido a capitán —dijo Snout—. Está confinado en el campamento, pero sigue dando órdenes y yo soy su asistente, por eso estoy aquí, pateándome los campos con su visto bueno.

—¿Qué llevas en el carro? —preguntó Hugh.

—El coronel Wheaton quiere ofrecer una cena al regimiento y el capitán Wheaton me ha enviado a buscar cosas refinadas, como jamón y champán y latas de una cosa que se llama «foyes grass» —respondió Snout.

—¿Fuagrás? —se sorprendió Hugh—. ¡No me digas que en ese carro tan asqueroso llevas fuagrás!

—No sé lo que llevo, señor —contestó Snout—. Porque no entiendo lo que pone en extranjero en las latas. Pero el hombre del que lo conseguí me juró que sí era eso y el capitán Wheaton tendrá que apañarse con lo que le lleve. Estamos en guerra.

—¿Quieres pasarte por mi barracón a tomar el té, Snout? —propuso Hugh. Viendo que Snout dudaba, añadió—: Ya sé que va en contra de las normas, pero me alegro de ver una cara conocida y tengo unas galletas que he estado

reservando para una ocasión especial como esta.

—Vamos, Lobito, que tenemos galletas —dijo Snout, tirando del arnés del perro. Hugh echó a andar al lado del apestoso Lobito y Snout se volvió hacia él y esbozó una gran sonrisa que dejó patente que seguía siendo un niño—. Pues sí, señor Hugh —comentó—. La gente se piensa que a un viejo gitano como yo puede pedirle que se pase el día yendo de un lado a otro del regimiento. Pero nadie nos invita a tomar el té, ¿a que no, Lobito?

Hugh le devolvió la sonrisa, avergonzado. En el fondo de su mente tenía pensado pedirle a Snout que le llevara una nota a Daniel, algo que iba también contra las normas. Su comportamiento era igual que el de cualquier otro soldado.

—Me parece que tengo también carne en lata —dijo Hugh—. Si a tu lobo no le importa compartirla con nosotros, claro.

Hugh había planeado pasar los dos días de permiso en la costa, donde un oficial que hiciera saber que estaba dispuesto a pagar el importe que se le pidiera podía asegurarse un plato de ostras frescas, un buen asado y una botella de vino tinto desenterrada de la bodega privada del hotelero. Para Hugh era un misterio cómo lograban los hoteleros ofrecer aquellos pequeños lujos en plena guerra y recordaba que en su último permiso había estado a punto de romper a llorar cuando había visto una trufa de chocolate en su plato.

Pero en vez de un pase para ir a la costa, el encuentro con Snout le había llevado a solicitar uno para desplazarse hasta los puestos de auxilio en la vanguardia con el fin de inspeccionar el transporte de los heridos entre el frente y el hospital. Una semana después, armado con su pase, había subido a bordo de una ambulancia que viajaba hacia el este con la esperanza de llegar a la caída de la noche a los barracones de su primo, siempre y cuando los datos que le había proporcionado Snout fueran precisos.

—Si nos inspecciona y encuentra deficiencias, ¿cree que nos mandarán a casa? —preguntó el conductor, un rollizo caporal con la chaqueta manchada y un pitillo apagado que se había metido en la boca en cuanto habían dejado atrás el hospital.

El hombre se inclinó hacia delante para limpiar el vaho que la condensación había acumulado en el parabrisas. En el exterior, la llovizna sumaba tristeza al deprimente paisaje de fango, árboles muertos e interminables convoyes de camiones, caballos y hombres que avanzaban lentamente en ambas direcciones.

—En realidad no se trata de una inspección —contestó Hugh, pensando que la

guerra consistía, en apariencia, en aquel eterno desfile de tropas y vehículos marchando eternamente hacia otra parte—. Solo voy a echar un vistazo. Intento salir un poco del quirófano y percibir mejor cómo funcionan las cosas.

—Solo va a echar un vistazo, Archie —repitió el conductor, con un marcado acento *cockney*—. ¿Como una excursión?

—Podemos ofrecerle una visita completa, jefe —dijo Archie—. Con una parada en la tienda de souvenirs en el camino de vuelta a casa, ¿a que sí, Bill?

Se echaron los dos a reír y Hugh captó la insubordinación, aunque entendía cómo se sentían. Su puesto de evacuación de heridos recibía constantes visitas de dignatarios —desde oficiales del ejército de alto rango hasta alguna que otra periodista— que habían obtenido órdenes que les permitían husmear por todas partes sin ningún reparo e interrumpir incluso la labor de los quirófanos con preguntas ridículas y peticiones para revisar informes y registros.

—El único primo que tengo es un teniente que está apostado en algún punto de esas colinas —explicó, moviendo la cabeza en dirección al tenue perfil de montañas grisáceas que se veía a lo lejos—. Llevamos tiempo sin tener noticias de él y confío en poder verlo.

Se produjo una pequeña pausa y Bill, el conductor, habló en tono menos jocoso.

—Por allá arriba lo han pasado mal —comentó—. Tuvieron que llamarnos unas cuantas veces para que fuéramos a ayudarlos y cargamos montañas de ellos, ¿verdad, Archie?

Archie guardó silencio y miró por la ventanilla. Bill hurgó en sus bolsillos y encontró un fósforo, que rascó contra el salpicadero y utilizó para encender el cigarrillo.

—Lo siento —dijo Hugh.

—Perdimos a dos de nuestros camilleros y ellos perdieron a más de los que teníamos nosotros ya allí —añadió Archie.

—La semana pasada nos ocupamos de un camillero que salía tambaleándose de las trincheras, cubierto de sangre —comentó Bill—. Una explosión se había llevado por delante a su compañero y a la mitad del pobre tipo que estaban transportando, y estaba tan ido que ni se había dado cuenta. —Rio y aspiró con fuerza el cigarrillo.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Hugh.

—Le dimos una copa de coñac, una taza de té y lo colocamos de nuevo para que echara a andar en la dirección correcta —respondió Archie—. Mientras tengas las dos piernas y los dos brazos, ya se te considera apto para transportar

camillas.

—Desde entonces la cosa ha estado algo más tranquila —dijo Bill—. Espero que su primo esté refugiado en alguna bodega libre de humedad, señor. Jugando al whist y saboreando un plato de esa sopa india con curry, el famoso *mulligatawny*.

—Lo dudo —contestó Hugh.

—Los jefes de intendencia se liaron —explicó Archie—. Y enviaron a la zona veinte mil latas de sopa con curry. Todo el mundo está harto de ella.

—Puedes conseguir dos latas a cambio de una pizca de tabaco de liar —aseguró Bill—. No pretendo decir con esto que nos dediquemos a hacer negocios con el material del gobierno, claro.

—Claro que no —dijo Hugh.

—La gente de por aquí también está harta de esa sopa —comentó Archie—. Siempre que me encuentro a alguien le pregunto: «¿No tendrías por casualidad un poco de *paindi burr*?» y ellos me dicen: «*Non, non, pas di curry*».

Hugh sonrió al escuchar aquella aproximación fonética al *pain de beurre* francés. La rapidez con que los soldados británicos habían adaptado el idioma francés a su propio uso resultaba sorprendente, por mucho que su vocabulario se limitara a comida, bebida y palabras malsonantes.

—Me han dicho que hay por ahí un chico muy emprendedor que se dedicó a pegar etiquetas de sopa de pollo a las latas de *mulligatawny* y se las vendió a un granjero a cambio de conejos —dijo Bill.

—Pues a mí me han contado que los franceses pegan en nuestras latas etiquetas de cualquier cosa, desde paté hasta pudin de sebo, y luego nos las revenden —replicó Archie—. Si quieres que te dé mi opinión, creo que al final alguien acabará fusilado por esto.

—¿Así que se dedica usted a curar heridos? —preguntó Bill—. Nosotros nos limitamos a descargar a esos pobres tipos y nunca tenemos noticias de si sobreviven o no.

—Ahora tenemos un buen sistema desde el puesto de evacuación de heridos en adelante —repuso Hugh—. Evidentemente, los hay que nunca llegan a pasar por nosotros. Si están muy mal, les administramos morfina y nos ofrecemos a transmitir los mensajes que deseen a sus familias.

—Nosotros tenemos nuestro propio sistema —comentó Bill—. Si hay más de tres cuartas partes de hombre, lo subimos. Menos que eso, le damos un cigarrillo y guardamos su morfina para otro muchacho. Resulta gracioso, pero cuando están tan acabados no parece que sientan dolor.

—Todo muy gracioso, sí —dijo Archie—. ¿Un pitillo, jefe?

La ambulancia lo dejó junto a las ruinas de un pueblo que había quedado reducido a poco más que la mitad de la iglesia y un conjunto de casitas con tejados de paja chamuscados. Más allá del pueblo, los bosques, abrasados por los bombardeos, cubrían las colinas. El campamento de tiendas del ejército británico, colocadas en círculo alrededor de un pequeño granero, había formado un nuevo poblado a orillas de un río.

Harry Wheaton levantó la vista de la mesa de caballete junto a la que estaba sentado y lanzó un grito de bienvenida cuando Hugh hizo su entrada en el granero.

—Dios mío, eres un auténtico consuelo para estos ojos cansados, Grange —dijo—. ¿Traes noticias de casa?

—Ayer recibí algunas cartas —respondió Hugh—. Mis tíos siguen bien, pero la señorita Nash me escribió para decirme, entre otras cosas, que la niñera de tu hermana ha tenido que marcharse apresuradamente.

—¿Conque cartas de la señorita Nash, pillín? —comentó Wheaton, enarcando una ceja—. ¿Y qué te ha contado la señorita Nash sobre Fräulein?

—Que corrían rumores de que andaba metida en actividades sospechosas y recibía cartas desde Alemania —contestó Hugh, haciendo caso omiso a las insinuaciones de Wheaton—. Nada que haya podido demostrarse, al parecer, pero suficiente para que tu familia le haya encontrado trabajo en América y le haya pagado el pasaje.

—Pobre Fräulein —murmuró Wheaton—. Ya le dije a Eleanor que acabaría causándole problemas a la pobre mujer.

—¿Qué tiene Eleanor que ver con el espionaje? —preguntó Hugh.

—Nada, nada en absoluto —respondió Wheaton—. Solo alguna que otra carta de amor. Totalmente inofensivas, pero ya le dije que no debía implicar a la niñera alemana.

—Entiendo —repuso Hugh.

—Eleanor siempre hace lo que le viene en gana, como si para ella las normas no existiesen —continuó Wheaton, en tono animado—. Me alegro de que siga sana y salva y estoy seguro de que a Fräulein le encantará América.

—¿Y tú? ¿Has recibido cartas? —preguntó Hugh.

—Las cosas por aquí han estado bastante complicadas —contestó Wheaton, señalándole el brazo, que llevaba colgado en un cabestrillo—. El correo fue la

primera víctima de los bombardeos. Seguimos todavía a la espera de que se reanuden los envíos.

—¿Te lo ha mirado algún médico? —quiso saber Hugh.

—Es una herida superficial —respondió Wheaton—. No es suficiente para que me den la baja. El viejo me ha nombrado responsable de preparar una cena para todo el regimiento, como si yo fuese un factótum del Claridge, aunque imagino que tendría que estarle agradecido por poder disfrutar de un breve respiro y alejarme del fuego de las trincheras.

Se quedó serio y pálido, y Hugh vio que ni siquiera Harry Wheaton era capaz de fingir que el frente era una aventura para caballeros.

—¿Qué tal está el coronel? —preguntó Hugh.

—Entre tú y yo, está un poco viejo para este tipo de guerra —respondió Wheaton—. Se impacienta cuando toca cavar trincheras y querría estar en Berlín el martes.

—Nadie esperaba que nuestros esfuerzos fueran a empantanarse de esta manera —señaló Hugh.

Los frentes de batalla, tan fluidos durante el otoño, habían acabado estancándose en Flandes y el norte de Francia y, a lo largo del invierno, los ejércitos habían estado excavando redes de trincheras cada vez más sofisticadas. Era un tipo de combate lento y correoso y el hospital de Hugh recibía un flujo constante de heridos, no solo procedentes de las grandes ofensivas, sino también como consecuencia de las acciones de los francotiradores y de los bombardeos que a diario convertían aquello en un infierno.

—Es una nueva forma de librar la guerra, eso seguro —dijo Wheaton—. Tuve que explicarle al coronel que utilizar las ametralladoras y las alambradas no es actuar de manera poco deportiva. —Sonrió de nuevo y se rascó con impaciencia el pelo recién cortado—. Lo gracioso del caso es que, mientras tantas mujeres andan preocupadas por sus maridos y sus hijos, a mí ya me ves, aquí, preocupado por mi padre.

—Tenéis un buen cuartel general —dijo Hugh. Echó un vistazo a su alrededor. El granero era oscuro, las vigas le daban un aspecto cavernoso, el suelo estaba enfangado y unas lonas impermeables protegían los compartimentos de los establos que había detrás. En uno de los lados había mesas y sillas plegables apiladas y un montón de banderitas a la espera de ser colgadas para el festejo. Dos soldados manipulaban una radio de madera en una esquina y desde una zona cubierta con un toldo, al otro lado de una puerta lateral, se filtraba un intenso olor a comida—. ¿Dónde guardáis la cubertería del regimiento?

—Tanto la cubertería como una vajilla completa llegarán hoy en carro desde la costa —respondió Wheaton, consultando los mapas abiertos sobre la mesa de caballete—. Guardamos carne de verdad en una bodega. La sopa está enlatada. Los cocineros están preparando postres con las sobras de los pudines de Navidad y en la hielera tenemos champán.

—Mucha planificación, imagino —dijo Hugh—. Ojalá nuestras ofensivas se prepararan con el mismo nivel de detalle.

—Los ejércitos funcionan según tengan el estómago y a los oficiales de alto rango les gusta estar bien alimentados —repuso Wheaton—. Si todo sale bien, a lo mejor me dan otro ascenso.

—He oído que el joven Snout, Dickie Sidley, ha estado ayudándote —comentó Hugh—. Me alegro de que mantengas al chico alejado de primera línea.

—Es un muchacho luchador y tiene una nariz estupenda para encontrar comida —contestó Wheaton—. Pero siento decirte que la semana pasada se vio en medio de un fuerte bombardeo.

—¿Y está bien? —preguntó Hugh, alarmado, imaginándose al flacucho chico ensangrentado y sin vida.

—Está bien, pero ese condenado perro que siempre va con él se asustó con las explosiones y salió huyendo y ahora el muchacho se pasa el día buscándolo —le explicó Wheaton—. He tenido que excusar su ausencia mil veces, pero ya me he cansado y al final acabarán pegándole un tiro confundiéndolo con un desertor.

—¿Me permites que le eche un vistazo? —preguntó Hugh—. Estamos recibiendo muchas víctimas de bombardeos que se quedan desorientados y estoy intentando documentar los síntomas.

—Acabo de mandarlo a las trincheras con tu primo —dijo Wheaton.

—Pero si no es más que un niño —señaló Hugh, horrorizado.

—Exactamente por eso —replicó Wheaton—. Lo que acabo de decirte sobre que podrían confundirlo con un desertor no es ninguna broma. He pensado que el chico estaría más seguro con Daniel. Que en una trinchera pequeña tendrá menos probabilidades de largarse.

—Me gustaría ir a verlos —dijo Hugh—. ¿Es posible?

—Bajarán mañana —respondió Wheaton—. No sé si te habrás enterado, pero lord North ha sido nombrado brigadier de este comando.

—¿No lo dirás en serio? —se asombró Hugh—. ¿El padre de Craigmores? ¡Ese hombre es un imbécil!

—Estará mañana en la cena del regimiento y antes de la cena habrá una sesión de instrucción con equipamiento completo y un desfile —contestó Harry—.

Estás invitado, si es que aún sigues por aquí.

—Gracias, encantado —dijo Hugh—. Pero de verdad que me gustaría subir hasta allí y ver personalmente las condiciones en que se encuentran. Estoy en una especie de gira de inspección.

—Una petición de lo más excepcional —observó Wheaton—. Lo que pide la mayoría es largarse en dirección contraria. Pero como quieras. Ordenaré a alguien que te guíe hasta allí en cuanto termine el bombardeo de la tarde.

—¿Bombardeo? —preguntó Hugh.

—Una costumbre regular como un reloj, siempre a primera hora de la mañana y, luego, justo después de la hora del té —dijo Wheaton—. Nos hacemos pedazos mutuamente durante un par de horas y después, el resto del día, lavamos calcetines y nos jugamos las cervezas.

La caminata hasta la línea de frente era oscura y traicionera. El olor a humo y pólvora flotaba en la neblina y el fuego seguía ardiendo en el fondo de los agujeros provocados por los proyectiles que plagaban la cresta donde trincheras protegidas con sacos hacían frente a los alemanes situados en el valle. Los oscuros tajos excavados en la tierra daban fe de las trincheras de comunicación que zigzagueaban hacia la retaguardia, donde las tropas se rotaban para intentar disfrutar de unas pocas horas de sueño. Más lejos, las patrullas en la reserva vivaqueaban protegiéndose con cualquier cosa que pudieran encontrar. Durante el ascenso, adelantaron a Hugh a paso ligero distintos grupos de hombres cargados con barriles de agua y comida y varios equipos de camilleros cruzaron el camino en sentido contrario con los heridos y los muertos de la tarde.

Hugh localizó a Daniel en una cabaña de piedra construida aprovechando la roca de la colina, un lugar ideal donde resguardarse de los proyectiles con trayectoria errada. Sus hombres estaban acampados junto al murete de piedra que delimitaba un pasto y se habían confeccionado un refugio con ramas chamuscadas y lonas. Habían prendido pequeñas hogueras para hervir el agua para el té y cuando Hugh llegó al umbral de la puerta de la cabaña, y aun a pesar del diabólico paisaje que lo rodeaba, experimentó la sensación de estar en casa. La puerta de la cabaña estaba cubierta con una sábana vieja. Hugh tosió para anunciar su presencia y una voz lo invitó a pasar.

Daniel estaba tumbado en un catre plegable, leyendo un libro a la luz de las velas. En un hogar de piedra ardía un pequeño fuego, donde hervía un cazo con sopa. Snout dormía en un rincón, encima de un montón de paja y tapado con una

manta basta. Había un segundo catre que permanecía vacío. Un par de dibujos pintados con acuarelas clavados en la pared y un saco de dormir plegado sugerían que un segundo oficial compartía aquel reducido espacio con Daniel.

—Debo de estar soñando —dijo Daniel—. ¿Mi primo Hugh de senderismo por Francia?

—Pasaba por aquí por casualidad —contestó Hugh—. Y he olido a sopa.

—Es *mulligatawny* —aclaró Daniel.

—Sí, ya me he enterado del lío —repuso Hugh.

Daniel se incorporó rápidamente y corrió a abrazar a Hugh. Hugh cayó en la cuenta de que en el transcurso de todos aquellos años nunca se habían abrazado, que ni siquiera se habían dado una palmada en la espalda, y pensó que era triste y extraño que fuera necesaria una guerra para borrar de un plumazo las frías formalidades de la vida.

—La guerra reduce nuestras necesidades —dijo Daniel—. En la vida normal, nunca me di cuenta del placer que me produce verte.

—Eres muy amable —contestó Hugh—. ¿Tienes noticias de casa?

—Tía Agatha me ha enviado muchas cartas, Hugh —respondió Daniel—. Intento encontrar en mi interior el perdón que me facilite poder escribirle, pero hasta el momento he quemado todos los borradores.

—He traído todas mis cartas para enseñártelas —dijo Hugh, sacando del interior del abrigo un paquetito envuelto en lona impermeable. La terquedad de su primo resultaba decepcionante, pero el tiempo era demasiado valioso como para ponerse a discutir—. ¿Está libre ese camastro para pasar aquí la noche?

—Sí —contestó Daniel—. Hace dos días que un francotirador le voló la cabeza a mi antiguo camarada, Worthington, de los Rifles. Tengo que enviarle sus dibujos a su esposa.

Hugh se quedó sin saber qué decir y Daniel removi6 el fuego para colocar mejor los troncos.

—¿Qué tal está el chico? —preguntó finalmente Hugh, señalando a Snout, que seguía durmiendo.

—Tengo la impresión de que esto está siendo demasiado para él, después de que el impacto de un proyectil le destrozara el carro y asustara al perro —repuso Daniel—. No le hemos visto heridas, pero se le ha ido un poco la cabeza. Estoy intentando devolverlo a casa, pero no es sencillo, aunque hasta un imbécil se daría cuenta de que no tiene los diecinueve.

—¿Se queda dormido cuando no debería? —preguntó Hugh—. Estamos viendo casos de este tipo de neurastenia.

—Sí, y despertarlo no es fácil —respondió Daniel—. Cuando el olor a fritura del desayuno no despierta a un muchacho como este, es que hay algo raro.

Bebieron la sopa y un asistente les trajo un pedazo de queso de sabor muy fuerte y una *baguette* recién hecha. A Hugh no le cabía en la cabeza que pudiera haber todavía un horno que produjera pan, pero la *baguette* sabía a tiempos de paz.

—Lo de comer pan recién hecho en un lugar como este provoca ganas de llorar, ¿verdad? —dijo Daniel. Le ofreció una petaca y Hugh bebió un trago de ron—. He estado intentando explicarlo en un poema, pero estoy a mucha distancia de poder capturar la idea; va sobre plazas soleadas, chicas que ríen en otros idiomas, amigos que pasean por paisajes de verano con una mochila y sin ninguna responsabilidad..., bla, bla, bla.

—El pan del hospital está harinoso y tiene el sabor de la lata donde lo guardan —comentó Hugh—. Es un buen sustento para el ejército británico, pero está asqueroso.

Después de la sencilla cena, Daniel le ofreció a Hugh una pipa que guardaba Worthington dentro del saco de dormir y los dos primos fumaron y se entretuvieron manteniendo viva la llama del fuego.

—¿Será cierto eso que dices de que la guerra reduce nuestras necesidades? —preguntó Hugh—. ¿O será que el miedo y las privaciones nos llevan a valorar más las cosas sencillas?

—Creo que, con los años, nuestra habilidad para ser felices acaba quedando oculta detrás de los intentos baladíes de llevarse bien con todo el mundo, de querer salir adelante —dijo Daniel—. Pero la guerra devora esos años de podredumbre, igual que le sucede a un penique viejo cuando lo metes en vinagre. —Hizo una pausa y añadió más tabaco a la pipa, lo presionó con calma y volvió a prenderla con un palito encendido con el fuego—. Aquí lo único que tenemos que hacer es cumplir con nuestro deber; y cuando el deber se demuestra incapaz de esquivar la bala perdida de un francotirador, uno deja de creer en ese concepto arrogante de que el hombre puede controlar su destino.

—La guerra es una lección de humildad —convino Hugh.

Pensó en sus primeros intentos de salvar a los que habían sufrido lesiones en la cabeza, en cómo había empezado a redactar sus notas cada vez con más prisas, en cómo sus papeles estaban cada vez más manchados de sangre y en cómo, al final, había decidido dejar de tomar notas porque ni siquiera todas las notas del mundo lograrían alterar la verdad de que la mayoría de los hombres con el cráneo agujereado acababa muriendo y que podía salvar a más gente operando

cualquier otra cosa que no fuese el cerebro.

—Es una especie de libertad —dijo Daniel—. Soy libre, no del miedo a la muerte, sino de creer que puedo controlar la muerte.

—Ya ha hablado el poeta guerrero —replicó Hugh—. Anticipo un montón de versos acabados en «fango» y «sangre».

—Tú bromea, pero es posible que ahora pueda escribir de verdad sobre el David —contestó Daniel, su rostro muy serio—. Y no para describirlo como un bello pastorcillo, sino como un joven soldado asustado que conocía su deber.

—David creía que Dios lo protegía —señaló Hugh.

—Lo que no lo diferencia de cualquier soldado que se lanza al combate —observó Daniel—. ¡Reza a Dios y mantente agachado!

—Brindaré por eso —dijo Hugh, bebiendo otro trago del ron barato de la petaca de Daniel—. Dios mío, creo que esto serviría de combustible para un camión.

—El viejo Hugh —repuso Daniel, riendo—. Siempre ayudándome a ser una persona seria. Hablar de poesía contigo no sirve para nada, aunque tal vez te gustaría leer un par de poemillas graciosos que he compuesto para los hombres.

A pesar de estar a menos de cuatro kilómetros de distancia de las líneas alemanas, el coronel Wheaton había insistido en que una banda de música completa acompañase las maniobras y el desfile. El regimiento recibía al brigadier lord North y a diversos oficiales de alto rango de otros regimientos y no podía permitirse que la amenaza alemana restara prestigio a la ocasión. El brigadier llegó acompañado por un pequeño ejército de ayudantes y por un grupo de prisioneros, encadenados en un carromato, que ya habían sido juzgados por el consejo de guerra por diversos crímenes pero que estaban todavía pendientes de ser fusilados. Las ejecuciones se habían retrasado por una cuestión burocrática: la ausencia de un capellán que les administrara los últimos sacramentos. Por desgracia, se descubrió que el coronel había hecho traer a un capellán que realizaría la invocación antes de la cena, de modo que la ocasión festiva iría seguida por un pelotón de fusilamiento al amanecer. Ni el coronel ni el capellán, que había realizado el viaje movido por la promesa de una buena cena y que ahora pasaría la noche con los condenados, estaban felices ante la idea.

Con tabloncillos de madera clavados sobre barriles habían montado una plataforma desde la que los invitados podrían presenciar el desfile. Habían peinado y engalanado los caballos, cepillado los uniformes, limpiado de barro y lustrado las botas, y los sargentos mayores habían agobiado e insultado a los soldados hasta conseguir que ellos y su equipamiento formaran unas filas suficientemente presentables. Los que acababan de llegar de las trincheras fueron colocados en las zonas perimetrales, donde los uniformes sucios serían menos visibles y no se notaría tanto el cansancio que pesaría en sus pies. Teniendo en cuenta las hostilidades que se habían vivido en el pasado, Harry Wheaton había procurado que la unidad de Daniel quedara bien al fondo, lejos de la vista del brigadier. En las primeras filas, los oficiales habían desempolvado uniformes y espadas y el coronel había hecho traer, junto con la cubertería, el carnero oficial del regimiento. El carnero llevaba un abrigo de color granate ribeteado con cinta trenzada dorada y los cuernos rematados con adornos

también dorados. Esbozaba una mueca tan desdeñosa como la de cualquier otro general y agitaba la cabeza y tiraba de la fuerte cadena de latón cada vez que vislumbraba un pedazo de hierba.

Como visitante no programado y oficial de rango inferior que era, Hugh observó discretamente el despliegue y la marcha desde un espacio cercano a la tribuna que quedaba en la penumbra. Resultaba surrealista lo que se asemejaba aquel acto a los desfiles militares festivos que se celebraban en la ciudad, y, cuando las unidades desfilaron por delante de la minúscula tribuna, Hugh casi esperó ver a las señoras con sus sombrillas y a los niños agitando banderitas. Solo los sonidos ocasionales de una artillería invisible recordaban que estaban en un escenario activo de aquella guerra.

Terminado el desfile, el brigadier y su séquito fueron invitados a pasar revista a las tropas y recorrieron despacio las filas, liderados por el coronel Wheaton y con el capitán Wheaton cubriendo la retaguardia. La banda de música hizo una pausa durante la inspección y, con el silencio, Hugh logró escuchar el aleteo de un solitario cuervo que cruzaba el valle. Se veían pocas aves últimamente, pues parecían tener aversión a los paisajes desolados creados por el hombre, y estaba concentrado observando la escena cuando en la cocina adyacente al granero se produjo un alboroto.

Una forma gris correteaba entre las tiendas y Hugh vio que se trataba de un perro enorme con un trozo impresionante de ternera asada entre las fauces. El apetitoso olor del asado caliente llevó a muchos ojos a girarse, los hombres paralizados y atentos. Pero el sonido de un silbido penetrante entre las filas detuvo en seco al perro, que dio media vuelta y trotó obedientemente hacia las últimas filas, donde depositó su premio a los pies del soldado Dickie «Snout» Sidley.

—Lobito malo —dijo la voz de un chico, que se transmitió por el gran espacio abierto, cuando Snout sujetó al perro por el collar—. ¿Dónde te habías metido?

—¿Qué hace ese asqueroso animal en una plaza de armas del ejército británico? —rugió el brigadier, avanzando con rapidez hacia donde estaba Snout.

—Lo siento, señor, perdón, señor, enseguida me lo llevo, señor —dijo Snout, dirigiendo su súplica a Daniel igual que un niño se dirigiría al adulto que conoce.

Se agachó para coger la carne con las dos manos.

—No hable a menos que se le dé permiso para hacerlo, soldado —dijo el coronel Wheaton—. Y, por el amor de Dios, que alguien se lleve esa carne.

Uno de los cocineros, que había salido corriendo de las cocinas, apareció con un plato y cogió la carne.

—Está destrozada, señor —comunicó—. No vale para nada.

—¿Puedo dársela entonces a Lobito, señor? —preguntó Snout—. Seguro que le apetece un poco de carne.

—¿Este muchacho es idiota o qué? —exclamó el brigadier después de que el cocinero le diera un tirón de orejas a Snout y se marchara volando—. ¿Acaso reclutamos imbéciles?

—¿Capitán Wheaton? —preguntó el coronel Wheaton.

—¿Teniente Bookham? —preguntó el capitán Wheaton.

—Con su permiso, señor —dijo Daniel—. El chico sufrió durante un bombardeo y habíamos dado por perdido al perro. Ambos están recuperándose, señor.

—Fue herido en el bombardeo, señor —añadió Harry Wheaton.

—No estoy sordo —gritó el brigadier—. Ya he oído lo que ha dicho el teniente.

—Perdón, señor —dijeron ambos Wheaton al unísono.

—Teniente, ¿es ese un animal militar oficialmente registrado? —preguntó el brigadier.

Daniel levantó una ceja en un gesto inquisitivo dirigido a Harry, que respondió:

—No, señor brigadier.

—¿Y lo que llevaba en la boca eran suministros del gobierno, capitán? —preguntó el brigadier, dirigiéndose a Harry.

—Por lo que parece formaba parte de la cena del regimiento, señor —respondió Harry—. Aunque, a decir verdad, el perro y su carro fueron imprescindibles para que el soldado Snout pudiera cumplir con su deber y conseguir gran parte de los ingredientes de la mencionada cena.

—Acaben con él —ordenó el brigadier—. Es un chucho repugnante y una desgracia para el buen nombre del regimiento.

—Sí, señor —contestó el coronel Wheaton.

Harry Wheaton estaba descompuesto, pero no dijo nada.

—Solicito permiso para hablar, señor —intervino Daniel.

—Teniente Bookham, Daniel Bookham, creo —repuso el brigadier.

—Puede decirse que el perro fue reclutado cuando el soldado Snout lo encontró abandonado, señor —arguyó Daniel—. Tira de un carro pesado y nos ha resultado muy útil.

—Teniente, ¿por qué será que no me sorprende que hable usted en defensa de tan atroces desmanes? —dijo el brigadier—. El perro es un ladrón y su

mantenimiento un despilfarro de recursos. Sin unos estándares básicos, nunca conseguiremos ganar esta guerra.

—No es ningún ladrón —exclamó Snout, poniéndose muy colorado. El insulto, pensó Hugh, había tocado la fibra sensible del chico—. Ha pasado días perdido y estaba muerto de hambre. Normalmente, solo come sobras.

—Acabe con él ahora mismo —insistió el brigadier, moviendo la cabeza en dirección a Harry Wheaton.

Ya había dado media vuelta para retirarse cuando Snout cayó de rodillas al suelo y abrazó al perro por el cuello.

—No lo matará, no puede hacerlo —gritó Snout. El perro le lamió las lágrimas con una lengua tremendamente grande—. Él no ha hecho nada. No es más que un perro.

—Capitán —dijo el brigadier—. Acabe con el perro y acuse al soldado por indisciplina. Asegúrese de que sea debidamente castigado.

—No es más que un niño, señor, y quedó afectado tras un bombardeo —replicó Daniel.

El brigadier se volvió lentamente y esbozó una sonrisa que no era precisamente de humor.

—Coronel, por lo que parece, su teniente desea también ser acusado de indisciplina, pero estoy dispuesto a pasar por alto su insubordinación para no estropear los festejos.

—Solicito permiso para retirar al soldado, señor —dijo Daniel, mirando al coronel Wheaton.

—Sí, sí, hágalo sin montar mucho revuelo —contestó el coronel.

—No, no lo matarán —gritó Snout mientras Daniel indicaba a dos caporales que se lo llevaran de allí.

—Snout, haz lo que se te dice, es mejor para ti —dijo Daniel, acercándose a la cara del muchacho y poniendo la mano sobre el perro, que había empezado a ladrar.

Hugh no sabía si Daniel tenía algún plan para salvarle la vida al perro. Estaba corriendo por el perímetro de la plaza de armas para intentar llegar hasta Snout y Daniel sin molestar a nadie, cuando Snout consiguió liberar un brazo y asestó un gancho directo a la mandíbula de Daniel que lo dejó tumbado en el suelo.

El brigadier dio una señal a alguien de su séquito.

—Cojan al soldado y pónganlo junto con los demás prisioneros —ordenó—. Pegar a un oficial es una ofensa máxima. Niño u hombre, responderá por ello al amanecer.

El soldado ayudó a los caporales y entre los tres consiguieron llevarse de allí al chico, que no dejó en ningún momento de patear.

—Estoy ileso —dijo Daniel, cuando algunos hombres le ayudaron a incorporarse—. Ha sido solo un accidente.

—Qué lástima —replicó el brigadier, acercándose a Daniel e inclinándose para bajar la voz—. Una vez más, va usted a ser la causa de la muerte de un joven.

Y con una risotada, se alejó y señaló al coronel.

—¿Harry? —dijo el coronel Wheaton, moviendo la cabeza en dirección a su hijo.

Harry desenfundó su pistola y se encaminó hacia el perro.

—Estate ahí quieto, chico —susurró, y le acarició la oreja al perro.

Para sorpresa de Hugh, el perro se quedó inmóvil, casi como si supiera lo que iba a pasar, y Harry le disparó con limpieza entre los ojos. Cuando el cuerpo gris se derrumbó en el suelo, Snout, que estaba siendo conducido a rastras hacia la parte posterior del granero, emitió un aullido tan animal como el de un perro y lo suficientemente emotivo, pensó Hugh, como para llegar hasta el corazón más duro.

—Bien —dijo el brigadier—. Disperse a los hombres y vayamos a cenar, ¿de acuerdo?

Daniel habría hablado de nuevo, pero Hugh llegó justo a tiempo de agarrarlo con fuerza por el brazo. Harry Wheaton enfundó la pistola, su cara algo blanca pero, por lo demás, imperturbable.

—Mejor pedir clemencia después de la cena —dijo Hugh—. Que circule el oportuno, y luego pide la bendición del rey, no sé si me explico.

—Los hombres son nuestra responsabilidad, Wheaton —señaló Daniel.

—Ponerse en el lugar del débil está muy bien —replicó Harry—. Pero intenta evitar que te destituyan o alguna cosa peor por insubordinación, Bookham. Conozco los enfrentamientos que tuviste con lord North. Mostrémonos joviales hasta el postre e intentaré que el brigadier esté de humor y se muestre misericordioso.

—A mí se me ha quitado el hambre —dijo Hugh—. Tú utiliza tus poderes de persuasión, Harry. Yo iré a echarle un vistazo a ese chico.

En el desvencijado establo de ovejas a cielo raso había un total de cinco prisioneros. Estaban tan sucios y sarnosos que se hacía difícil adivinar su edad,

su rango o, incluso, si eran británicos. Estaban cada uno por su lado, sentados en el suelo con las rodillas pegadas a la barbilla o tumbados hechos una bola y rascándose para combatir los piojos que acosaban a la mayoría de los soldados. No estaban encadenados, pero sus caras mostraban una apatía que sugería que no constituían ninguna amenaza para los dos soldados que los custodiaban. Uno de los hombres había suplicado un cigarrillo, un ejemplo más, pensó Hugh, de cómo un humilde pitillo se había convertido en la última llama de humanidad.

—Inspección médica —anunció Hugh, mostrando su bolsa botiquín y confiando en que tanto su rango como su insignia de los RAMC ocultaran la ausencia de permiso oficial para visitar a los prisioneros.

—Sí, señor —contestaron los guardias, y realizaron un apático intento de ponerse firmes.

Aquel saludo no habría superado el visto bueno del brigadier y Hugh se preguntó si sabrían lo fina que era la línea que había entre ellos y los prisioneros.

—Descansen —dijo Hugh—. ¿Qué son estos prisioneros?

—Criminales, maleantes y desertores, señor —contestó el muchacho más bajito, que tenía la cara llena de granos y esbozaba una mueca desagradable—. Han pasado por el consejo de guerra y se los ejecutará al amanecer, señor.

—En otras circunstancias, el brigadier los habría hecho fusilar al instante, pero como venía aquí ha querido montar con ellos un poco de espectáculo —añadió el segundo guardia—. Para subirnos la moral, señor.

—¿Les han dado comida y agua?

Uno de los guardias puso cara de no entender nada y el otro se encogió de hombros.

—Acabamos de empezar la guardia, señor —respondió el más alto—. Nosotros nos limitamos a vigilarlos.

—Puede que sean criminales y desertores —dijo Hugh—. Pero son soldados británicos y nosotros somos soldados británicos. Supongo que habrán oído que el brigadier insiste en que se mantengan los estándares de conducta.

—Sí, señor —respondió el más alto, y, por la cara alarmada que puso, Hugh intuyó que había oído hablar de la legendaria cólera del brigadier.

Hugh decidió que era el más dispuesto a cumplir órdenes, de modo que adoptó su expresión más severa y dijo:

—Las condiciones de estos prisioneros son su responsabilidad, soldado. Vaya de inmediato a la cocina y traiga una cacerola con té y algo de pan y mantequilla.

—¡Sí, señor! —repuso el soldado, y saludó rápidamente antes de marcharse

corriendo.

—Voy a revisarlos para controlar heridas y cualquier enfermedad infecciosa que puedan tener —advirtió Hugh al guardia que se había quedado—. ¿Necesita acompañarme?

—Vigilaré desde aquí, señor —contestó el guardia. El labio abandonó la mueca de desdén para mostrar ansiedad—. ¿Algo contagioso, señor? Tendrá que ir con cuidado, señor.

Hugh hizo una parada de rigor junto a dos de los hombres. Uno tenía un corte muy desagradable encima del ojo, que supuraba por los bordes. Hugh le entregó una botellita de tintura de yodo y unas gasas y le dijo que se lo limpiara. El soldado con el cigarrillo tenía el pie de trinchera con más mal aspecto que Hugh había visto hasta el momento: tiras de piel blanca arrugada colgando en los tobillos, los dedos ensangrentados y negros con costras abiertas. Un fuerte olor sugería un inicio de gangrena. Hugh le dio un paquete de morfina para el dolor y un par de calcetines de lana limpios para cubrirse los pies. De no estar pendiente de ser fusilado al amanecer, necesitaría cuidados de enfermería para no perder aquel pie.

Los otros dos estaban sucios pero ilesos y dormitaban. Hugh pasó entonces a su objetivo, la esquina del establo donde Snout estaba tendido, hecho un ovillo e inconsciente, sobre unos hierbajos. Tenía un ojo morado, el labio partido y sangre en la nariz. Cuando Hugh lo tocó para ponerlo boca arriba, gimoteó y opuso una débil resistencia.

—Estate quieto, Snout —dijo Hugh—. Soy yo, Hugh Grange. Voy a limpiarte.

El chico movió lentamente la cabeza en sentido afirmativo. Mantuvo los ojos cerrados, pero las lágrimas empezaron a resbalar por sus ensangrentadas mejillas. Hugh lo palpó en busca de fracturas o lesiones internas. Había recibido un par de golpes fuertes en el estómago, pero no se veía sangre bajo la piel. Los soldados que lo habían arrastrado hasta allí se las habían hecho pagar al muchacho por resistirse.

Con una gasa y agua de su cantimplora, Hugh le lavó la cara al chico, le empapó con yodo el corte en el labio y le dio un paño mojado con agua para que se lo aplicara sobre el ojo morado. Finalmente, lo ayudó a sentarse y a apoyar la huesuda espalda contra el muro de piedra.

—Han disparado a Lobito, señor —dijo Snout, sus labios temblando—. ¿Está muerto, señor?

—Se ha ido, Snout —respondió Hugh—. Se ha ido sin rechistar, como un

buen perro. Tendrías que sentirte orgulloso por haberlo entrenado tan bien.

—Yo no le enseñé nada, señor —replicó Snout—. No hice otra cosa que atarlo al carro.

—Lo siento —dijo Hugh.

—Me hacía sentirme valiente, señor —explicó Snout—. La guerra no tiene nada que ver con lo que dicen que es.

—Entiendo a qué te refieres —repuso Hugh—. No se parece en nada a la gloriosa epopeya clásica de Virgilio, ¿verdad? Pero no tienes que avergonzarte de sentir miedo, Snout.

—La señorita Nash me regaló su libro de Virgilio —dijo Snout. Hugh cerró los ojos un instante para retener mejor la imagen fugaz del rostro de Beatrice que apareció de repente en aquel desvencijado establo de ovejas—. Pero quedó destrozado con la bomba —añadió.

—Estás metido en un gran lío, Snout —le informó Hugh, abriendo los ojos y haciendo lo posible por obligarse a regresar al presente—. ¿Sabes que pegaste al teniente Bookham?

—¿Le pegué? —dijo Snout, pasmado—. Es un buen hombre, el teniente. Siempre le da a Lobito la corteza de los bocadillos.

El chico dio la impresión de que iba a quedarse dormido y Hugh lo sacudió con cuidado por el brazo.

—Necesito que entiendas qué está pasando, Snout —lo apremió Hugh—. Necesito que estés preparado para enfrentarte a un consejo de guerra al amanecer.

Snout abrió los ojos y sonrió, adormilado.

—Gracias por habernos traído té, señor —dijo—. A Lobito le gusta.

El chico se quedó profundamente dormido y, por mucho que Hugh lo zarandeara, no consiguió que volviera a despertarse. Lo depositó con cuidado en el suelo y extrajo de la bolsa una pequeña manta, una bolsa de papel que contenía un panecillo y una cantimplora de agua. Cubrió a Snout con la manta y dejó la comida y la bebida escondidas debajo, confiando en que los demás prisioneros no se percataran de ello. El chico respiraba tranquilo y el pulso era regular y fuerte. Hugh no podía hacer más por el momento. A regañadientes, se incorporó y dejó a Snout durmiendo.

—Ese chico de ahí es menor de edad y está herido —le dijo al guardia de la puerta. Mientras hablaban, llegó el segundo guardia con una lata grande de té y una caja con bocadillos. Hugh miró muy serio a los guardias—. No ha pasado aún por el consejo de guerra. Si le sucede cualquier cosa, los consideraré a

ambos responsables y tendrán que responder de sus actos ante el brigadier. ¿Queda claro?

Se marchó, dejando a los dos soldados murmurando y adecuadamente acobardados, aunque Hugh no sabía muy bien si era por su muestra de autoridad o por la simple mención del brigadier.

Hugh estaba acostado en el suelo de la tienda de Daniel, intentando que el abrigo que había colocado encima de la manta no se desplazara y combatiendo el frío con unos calcetines por encima de los guantes, cuando su primo irrumpió en la tienda borracho y lanzando vítores de alegría.

—¡Han conmutado las sentencias! —anunció—. El regimiento ha pedido públicamente honrar la ocasión con la clemencia y el brigadier ha hecho un sermón digno de Salomón y ha recibido una tremenda ovación por sus desvelos.

—Es un alivio —dijo Hugh—. ¿Han puesto en libertad al chico?

—Supongo que habrá una vista por la mañana —contestó Daniel—. Pero considerando el precedente de esta noche, Harry confía ciegamente en que lo tendremos de nuevo entre nosotros con un castigo por su insolencia equivalente a quedarse sin paga unas cuantas semanas.

—¿Quién hizo la petición? —preguntó Hugh—. Imagino que no serías tú.

—He tratado de mantenerme lo más alejado posible del brigadier —respondió Daniel—. Se ha ocupado del tema Harry Wheaton. Ha soltado un par de citas falsas en latín y varias metáforas relacionadas con la caza del zorro. Que Dios le ayude si alguien ha tomado nota de todo ello por escrito, porque estoy seguro de que los que no estaban borrachos de champán y asado no habrán entendido nada, pero el truco le ha funcionado.

El amanecer surgió rojizo en un cielo lleno de nubarrones, y tan frío que el fango se había helado en los surcos de los caminos y el agua se había solidificado en las jofainas. En vez de los trinos de los pájaros, el sol fue recibido por el estruendo de la artillería pesada y el campamento se llenó enseguida de hombres gritando y con prisas, del sonido sordo de las pisadas de los caballos y del rugido de los motores. Cuando el estruendo de las bombas y el humo empezó a descender hacia el pueblo, Hugh, que corría en aquellos momentos hacia el granero donde estaba instalado el cuartel general, se preguntó si quizás el desfile y en especial la banda de música habrían sido buena idea. Los alemanes parecían

haber recalculado el alcance y la dirección de su artillería y acababa de caer una bomba en el río y otra había explotado justo encima de la ya maltrecha iglesia.

En el cuartel general, el ceño fruncido del brigadier hablaba a voces de que tenía un dolor de cabeza monumental. Cuando alguien le sugirió que partiese de inmediato hacia un lugar más seguro, no se mostró en absoluto flexible.

—Nunca ganaremos esta guerra si agachamos la cabeza y nos acobardamos ante cualquier bombardeo —declaró—. Hagámosles entender que somos como la marea cuando empieza a subir y que sus iniciativas son como las piedrecitas que los niños lanzan al mar.

—Descuidaría mi deber si no insistiese en que tomara las medidas apropiadas para proteger una parte tan vital de nuestro mando —replicó el coronel Wheaton—. Usted y sus ayudantes tienen que poder comandarnos desde un lugar seguro.

El brigadier no era inmune a los halagos.

—En ese caso, refugiémonos en la bodega y acabemos pronto con esto —dijo.

Transportaron mesas y linternas a la bodega, un pequeño edificio con una parte enterrada en el subsuelo, provisto de gruesas paredes de piedra y un tejado cubierto de hierba. Hugh corrió discretamente hasta donde estaban su primo y Harry Wheaton para preguntar qué sucedía.

—Me temo que el brigadier se arrepiente de haberse mostrado blando al ofrecer clemencia a los prisioneros —respondió Harry Wheaton—. Pero como no puede retractarse de la palabra dada al regimiento, ha decidido poner como ejemplo al único prisionero que no ha sido sentenciado todavía y que, por lo tanto, no fue objeto de su clemencia.

—Piensa someter a Snout a consejo de guerra —dijo Daniel, blanco.

—El espacio es pequeño, de modo que será mejor que limitemos el número de hombres —ordenó el brigadier—. Usted y yo, coronel, somos técnicamente suficientes para constituir el tribunal. Imagino que no tendrá usted escrúpulos en cuanto a dispensar disciplina y ejercer la mano de la justicia.

—No, señor —contestó el coronel—. Aunque tal vez estaría bien que el capitán Wheaton se sumase también a nosotros. Creo que sería preferible disponer de tres oficiales, a ser posible.

—Muy bien —dijo el brigadier, por mucho que fuera evidente que no le había gustado que le llevaran la contraria—. Y usted también, médico —añadió, señalando a Hugh—. Necesitaremos a un médico que examine al prisionero y ratifique la muerte si se produce la ejecución.

—Me gustaría hablar en nombre del prisionero, señor —dijo Hugh—. Tiene derecho a ser representado.

—Si así lo desea, tendrá que actuar también como oficial médico —respondió el brigadier—. De lo contrario, no hay espacio para usted.

—De acuerdo —dijo Hugh.

—El oficial que fue atacado tendrá que bajar también —señaló el brigadier con desdén y fingiendo no recordar personalmente a Daniel—. El capellán se ganará así el sustento y mi ayudante se encargará de todo y rellenará los documentos. Creo que ya estamos listos.

Snout parecía aún más joven que a principios del verano, cuando su mayor preocupación eran las declinaciones del latín y conseguir dinero para caramelos y tabaco. El duro invierno lo había dejado más delgado y su cara magullada tenía la expresión perdida de un niño recién despertado. Llevaba las manos atadas con una cuerda y Hugh se preguntó si alguien consideraba realmente necesario tener que sujetar de aquel modo a un chico evidentemente agotado.

El ayudante del brigadier sentó al muchacho en una silla y le quitó la gorra. Con una segunda cuerda, le sujetó los tobillos al asiento.

—Señor, ¿de verdad es necesario todo esto? —preguntó Harry Wheaton—. No representa ningún peligro.

—Si la sentencia es la muerte, la ejecutaremos inmediatamente —respondió el brigadier—. No tiene sentido arriesgarse a montar un pelotón de fusilamiento bajo este bombardeo.

El capellán disimuló la sensación de atragantamiento tosiendo para aclararse la garganta y Daniel sofocó un grito, mientras que el coronel Wheaton se apresuró a añadir:

—Naturalmente, nada está decidido hasta que no escuchemos las pruebas.

—Es una simple precaución —comentó el brigadier—. Mejor atar al prisionero mientras se muestre dócil.

El relato de los hechos fue brutalmente veloz; la reacción del brigadier a los atenuantes, igualmente concisa.

—Que usted haya salido ileso, teniente Bookham, es irrelevante, igual que también lo es que exhiba usted la tendencia natural de un líder a proteger a su hombre —manifestó el brigadier—. Todo el mundo vio el ataque, e ignorar el ataque físico a un oficial sería desastroso para la disciplina y posiblemente nos llevaría a perder la guerra.

—Alego que es menor de edad y que no debería estar autorizado a prestar servicios —dijo Daniel.

—Tampoco es excusa —insistió el brigadier—. Imagino que estará usted de acuerdo conmigo, coronel.

—El chico se presentó voluntario con el permiso de su familia —explicó el coronel Wheaton—. De lo contrario, no lo habría aceptado. De haber una petición exigiendo su regreso, la habría considerado, pero...

—Pero no la hay, de modo que no tenemos base alguna para considerarlo fuera de la legislación militar ordinaria —concluyó el brigadier.

—Señor, como oficial médico, considero que el chico no está en condiciones de presentarse ante este tribunal —alegó Hugh—. Creo que padece neurastenia producida por las explosiones durante un bombardeo.

—Si disculpáramos la conducta de todos los soldados que se han quedado sordos por las explosiones durante un bombardeo, no nos quedaría ejército —repuso el brigadier—. Tengo entendido que esta ansiedad ha provocado que el chico se escapara varias veces.

—Así es, señor —contestó Harry Wheaton—. Pero es un buen muchacho y nunca se habría marchado de tener bien la cabeza. Todos podemos dar fe de su buen carácter.

—Desertor además de amotinado —dijo el brigadier—. Lo siento, pero creo que las pruebas son muy claras en este caso y que el chico es un malhechor y debe ser declarado culpable por haber agredido a su superior delante de los soldados. Hay que dar ejemplo. ¿Coronel Wheaton?

—Siento muchísimo que los actos del chico fueran tan públicos que resulte imposible ignorarlos —declaró el coronel—. Estoy de acuerdo en que es culpable, pero recomendaría clemencia.

—Soy de la misma opinión —dijo Harry Wheaton—. La iniciativa del brigadier anoche fue un gran honor para el regimiento y subió la moral a los soldados. Confío en que el brigadier continúe por su camino de sabiduría y justicia durante esta sombría mañana.

—Tenemos unanimidad, por lo tanto —concluyó el brigadier—. Pero, por desgracia, no podemos extender la clemencia de anoche a este caso so pena de ser tildada de debilidad. Soy responsable de la disciplina de aquellos que están a mi mando y, como tal, dicto que el chico sea ejecutado.

—No —dijo Hugh—. Esto es una monstruosidad.

—Debido a lo exigente de las circunstancias, la sentencia se llevará a cabo de inmediato. —El brigadier miró a su ayudante, que estaba tomando nota de la vista en un diario oficial. El ayudante se detuvo un momento, como si no estuviese seguro de cómo documentar la frase—. De inmediato —confirmó el brigadier—. Denle un poco de ron al muchacho y que el capellán hable con él.

Snout había permanecido en silencio durante toda la vista, mirando a su

alrededor completamente aturdido. El ayudante le acercó una petaca y lo ayudó a beber. Snout esbozó una mueca al descubrir el sabor pero bebió con la avariciosa experiencia del soldado que sabe que la ración diaria de ron aniquila el frío durante un rato. El capellán cogió una silla para sentarse a su lado y empezó a recitar un salmo en voz baja.

—Ayer fue usted muy efectivo, capitán —le dijo el brigadier a Harry Wheaton—. ¿Se prestaría voluntario? Convocaré un pelotón de fusilamiento si no queda otro remedio, pero arriesgar a doce hombres con el bombardeo que tenemos encima me parece ineficiente.

—Ayer acabó con un perro —señaló Daniel, furioso.

No se dirigió al brigadier como «señor» y dio un paso hacia él con determinación. Hugh lo detuvo extendiendo un brazo.

—Le ruego que lo reconsidere —insistió Hugh—. Las evidencias médicas son claras y la edad por sí sola ya bastaría como atenuante.

—Entre un perro y un traidor no hay mucha diferencia —replicó con calma el brigadier—. Desertores, malhechores..., son chuchos rabiosos que hay que eliminar antes de que infecten al resto de la manada.

—¿No tiene usted compasión? —preguntó Daniel con la voz ahogada del hombre que engulle todas sus emociones—. ¿Tiene acaso que acabar con el chico para hacerme daño a mí?

Hugh se situó delante de Daniel y lo empujó hacia atrás cogiéndolo por los hombros.

—¡Calla! —le susurró con pasión—. No vas a darle ese placer.

—Ignoraré los insultos del teniente porque no dispongo de todo el día; tengo una guerra que dirigir —dijo secamente el brigadier al coronel Wheaton—. ¿Puede el capitán llevar a cabo la sentencia o debemos poner en peligro la vida de doce hombres y formar un pelotón de fusilamiento?

—El chico pregunta por el señor Hugh —intervino el capellán—. ¿Es alguno de ustedes el señor Hugh?

Hugh zarandéó a Daniel a modo de advertencia y corrió al lado de Snout. El muchacho estaba llorando; las lágrimas le resbalaban en silencio por el cuello. Hugh se arrodilló y le secó la cara con un pañuelo.

—Quiero a mi mamá —dijo Snout—. Quiero ver a mi mamá y a mi hermana Abigail, señor Hugh.

—Lo sé, Snout, lo sé —contestó Hugh.

—Quiero volver a casa, señor Hugh.

—Volverás a casa, Dickie —le aseguró Hugh, cogiendo las manos atadas del

chico—. Me parece que será solo un momento y enseguida estarás colina abajo, caminando hacia Rye, y tu madre y tu padre estarán esperándote en la puerta de tu casa.

—¿Y cree que también estará Lobito? —preguntó Snout.

—Sé que tu perro te encontrará, si puede —contestó Hugh—. Yo estaré aquí contigo, Dickie. El teniente Daniel también está aquí. Y el capitán Wheaton.

Cuando Hugh levantó la vista vio que Daniel se estaba secando los ojos y que Harry miraba hacia otro lado para disimular su turbación.

—Ya basta —dijo el brigadier. Incluso él estaba blanco, como si su conciencia o su bilioso estómago estuvieran incordiándole—. Tal vez el pelotón resulte más adecuado. Veo que el capitán está superado.

—Lo haré yo —replicó Hugh. La muerte era inevitable y esperar la formación del pelotón de fusilamiento sería una agonía. El corazón amenazaba con estallarle en el pecho, pero veía a pacientes muriéndose a diario. Sabía muy bien qué sucedía cuando se prolongaba el sufrimiento y había aprendido a ver cuándo había llegado el momento de levantar la mano para dejar que un hombre muriera en paz—. Soy médico. Será indoloro y rápido.

—Por el amor de Dios, Hugh, no —protestó Daniel.

Se interpuso entre Hugh y Snout y apartó a Hugh de un empujón tal que lo mandó contra los sacos de patatas que había en un rincón.

—Dios, cómo aborrezco estos batallones con amigos. Todo el mundo se conoce y nadie quiere disparar al jardinero del vecino —dijo el brigadier—. Háganse a un lado, caballeros. Acabaré con esto yo mismo.

Cuando desenfundó la pistola, Daniel se arrojó delante de Snout y el ayudante del brigadier corrió para apartarlo. Se enzarzaron con la violencia de una auténtica pelea en el limitado espacio. Snout, atado todavía a la silla, cayó al suelo. El brigadier seguía apuntando con la pistola, más hacia Daniel que hacia Snout, y Hugh gritó para que, por accidente o con intención, no disparara contra Daniel. Los Wheaton, padre e hijo, estaban hipnotizados por la escena y parecían incapaces de moverse, como si observar la totalidad de aquel impacto fuera a tener un peso específico en sus futuras carreras. Hugh agradeció que, por fin, el coronel Wheaton se plantara delante del brigadier.

Cuando la bomba impactó directamente en el tejado, Hugh apenas si tuvo tiempo de percatarse de la luz blanca y cegadora de la conmoción y del sonido estrepitoso, interrumpido en seco por la pérdida de conciencia.

No quería despertarse. La sensación de estar bajo el peso de lo que fuera que lo cubría era agradable y si se movía le dolía; era mucho mejor sumergirse en aquel sueño profundo. Volvió a moverse, y fue como si lo que le había caído encima lo asfixiara. Tenía tierra en la boca y en la nariz. Tosió, farfulló e intentó coger aire. El ambiente olía a hierba, a tierra mojada y a hoguera. Empezaba a costarle más mantenerse dormido, pero despertarse, con aquel dolor intenso y el zumbido en los oídos, resultaba demasiado duro.

Oyó que lo llamaban unas voces lejanas. Notó manos rascándole el pecho. Abrió los ojos, pero solo se veía cielo oscuro. Las gotas de lluvia le mojaban con insistencia la cara. Recordó entonces que había caído una bomba en la bodega e intentó gritar, pero no tenía voz. Lo único que podía hacer era abrir la boca y notar la lluvia cayéndole en la lengua. Alguien lo cogió por los hombros y el dolor se intensificó y no pudo más que dejarse arrastrar cuando un montón de manos tiró de él para separarlo de la tierra que amenazaba con engullirlo.

El puesto de evacuación de heridos era un caos de camillas amontonadas de cualquier manera en el suelo, bajo la lluvia. Había sido un bombardeo a gran escala, casi una ofensiva, y los heridos cubrían un campo entero de trigo. Hugh se había despertado en una ambulancia conocida y había descubierto que no estaba malherido. Era la ambulancia de Archie y de Bill, y Archie no había parado de contar chistes sobre viajes de vacaciones a la playa mientras le vendaba el torso por un par de costillas rotas y curaba el corte que se había hecho Hugh en la cabeza. Pero no había podido hacer nada por solucionar el zumbido infernal de los oídos. A pesar de la explosión, Hugh había conservado las botas, pero los pantalones habían volado y se había encontrado tumbado semidesnudo en una camilla. Archie lo había tapado con una manta y había hecho comentarios procaces. Ahora estaba sentado sobre una caja, delante de la estación, e intentaba despejar la cabeza lo suficiente para ofrecer ayuda o localizar a su primo y a los demás en el inmenso campo de camillas.

—Aquí tiene unos pantalones y una taza de té —dijo Archie—. Y ahora nos tenemos que ir, jefe. Llevamos una carga a la estación de tren.

—¿Ha visto a mi primo? ¿Sacaron a más gente de aquel agujero? —preguntó. Bebió un trago de té ardiente y dejó que el calor le quemara la garganta.

—No lo sé con seguridad —contestó el conductor de la ambulancia.

—Jamás imaginé que los ángeles fueran tan feos, pero ustedes fueron una auténtica visión para unos ojos enfermos —dijo Hugh—. Gracias.

—¿A quién está llamando feo? —replicó Archie—. Me parece que debe de haber sufrido algún tipo de lesión en el globo ocular, señor.

Hugh se llevó una mano a la zona dolorida de las costillas y empezó a recorrer lo mejor que pudo las hileras de camillas y los grupos de heridos sentados en el campo. Sabía que disponía tan solo de unos minutos para buscar antes de que alguien interrumpiera su recorrido o antes de que se viese obligado a intervenir para ayudar a los heridos. Buscar a su primo era una actitud egoísta habiendo tantísimos otros primos, hermanos e hijos sangrando y gritando, pero la urgencia

de localizar a Daniel era tan intensa como el zumbido de la cabeza. Recorrió las filas impulsado por el horror de saber que, si no lo encontraba, nunca podría enfrentarse a la posibilidad de volver a casa.

Lo detuvo por fin el torniquete suelto de un desconocido. Un soldado pedía a gritos ayuda para su vecino y Hugh, al ver cómo brotaba la sangre a chorros de una arteria, corrió a apretar el cinturón de cuero que le habían colocado al herido en el muslo y a asegurar el vendaje después de hacer jirones su pañuelo.

—Gracias, señor, no lo habría contado —dijo el soldado que lo había llamado.

Cuando Hugh se volvió para hablar con él, el soldado ya estaba muerto, la mirada vacía y una gran mancha de sangre manando todavía a borbotones de la parte inferior del abdomen. Hugh le cerró los ojos y le colocó los brazos cruzados sobre el pecho. Le habría gustado tener un paño para taponarle la cara, pero tendría que conformarse con colocarle la gorra en las manos. En lugar de rezar una oración, tomó la decisión de ayudar a Daniel cumpliendo con su deber con todos los heridos.

—¿Dónde están los quirófanos de campaña? —preguntó a un camillero—. Soy cirujano.

Trabajó durante diez o doce horas seguidas, de pie junto a una improvisada mesa de operaciones y moviéndose mecánicamente para restañar, detener hemorragias y cerrar todo tipo de heridas que se le ponían delante. Le dolían tanto las costillas que a veces tenía que parar y esperar a que pasara la oleada de náuseas, pero rechazó en todo momento la morfina por temor a que perjudicara sus habilidades. Los camilleros apenas tenían tiempo para hervir los instrumentos y tenerlos disponibles al mismo ritmo que llegaban los pacientes y Hugh, levantando un momento la vista de un intestino delgado que emergía por el orificio causado por la metralla y que estaba intentando devolver a su sitio, descubrió con sorpresa que la enfermera no era la misma de cuando había empezado. Ni siquiera se había percatado del cambio de turno, pues había seguido sin cesar tendiendo la mano a la espera de instrumentos y devolviéndolos a una palma abierta cuando terminaba con ellos.

No fue hasta entrada la noche que el flujo de heridos empezó a ralentizarse y Hugh, después de sacudir la cabeza para despejarse un poco, comprendió que ya no era capaz de pensar con cordura. El dolor de las costillas era tan intenso que tenía los ojos llenos de lágrimas. La cabeza le palpitaba y notaba los dedos entumecidos después de tantas horas de cortar y suturar. Habló con la enfermera y salió de la tienda. Se lavó la cara y las manos con jabón carbólico y agua helada. Aceptó un contundente bocadillo de jamón y una taza de té de la mujer

que gestionaba una improvisada cantina situada en la parte trasera del furgón de un carnicero. Alguien le dio un par de calcetines limpios, se los puso y casi lloró de placer al percibir el contacto de la lana cálida y seca en los pies. Pidió una manta, y a pesar de que estaba tan cansado que prácticamente se caía, buscó una lámpara de queroseno y empezó a caminar. Encorvado como un viejo, inspeccionó las irregulares hileras de hombres que llenaban tanto las tiendas como el campo, los vendajes blancos resplandecientes bajo la gélida luz de la luna. Observó caras sucias y rotas y pensó que todos eran sus hermanos y primos. Y aunque seguía pidiéndole a Dios que cuidara de su primo Daniel, le bastaba con estar allí entre los compañeros de Daniel y haber hecho todo lo posible por ayudarlos.

En un campo repleto de centenares de heridos durmientes y quejumbrosos, Hugh logró localizar sus compañeros cuando oyó a Harry Wheaton pidiéndole a viva voz a una enfermera que le trajera una botella de borgoña y una docena de ostras.

—El servicio de este establecimiento es una auténtica porquería —dijo Wheaton, cuando la enfermera se marchó corriendo—. Mi amigo pedirá langosta.

Wheaton se quejaba por el cuenco de sopa de rabo de buey y el pedazo de pan que ella acababa de dejarle. Estaba incorporado en una camilla, el brazo en un cabestrillo y las piernas tapadas con una lona.

—¡Harry! —exclamó Hugh—. Llevo tiempo buscándoos a todos.

—Pues ya nos has encontrado, o lo que queda de nosotros, claro está —contestó Harry—. Despierta, Bookham, está aquí tu primo. —Daniel estaba semiinconsciente en el camastro contiguo, la cabeza completamente vendada—. Me han dicho que lo mantenga despierto —añadió Harry—. Pero siempre ha sido un perezoso incurable, ¿verdad, Bookham? Siempre con ganas de echarse una siesta.

—Daniel, ¿puedes oírme? —preguntó Hugh.

Se agachó junto al camastro de Daniel y le buscó el pulso. Era débil pero regular.

Daniel parpadeó y se pasó la lengua por los labios.

—¿Eres tú, Hugh? —respondió—. Creí que habías muerto.

—¿Cómo te encuentras? —dijo Hugh—. ¿Puedes moverte?

—Escúchame, Hugh —repuso Daniel. Levantó una mano y Hugh se la cogió

—. Tienes que llevarte al chico a casa. Por favor, prométeme que te llevarás al chico a casa.

—Se refiere al joven Sidley —explicó Harry. Movi6 la cabeza en direcci6n al otro lado del pasillo y Hugh se acerc6 a ver al chico, que tenia el pecho vendado y respiraba con dificultad—. Dicen que le ha entrado metralla en un pulm6n.

—Snout, ¿me oyes? —pregunt6 Hugh.

El chico abri6 los ojos y se qued6 mirando un buen rato a Hugh. Luego esboz6 una sonrisa y volvi6 a cerrar los ojos. Hugh regres6 con Daniel.

—He oido a los m6dicos hablando entre ellos —dijo Harry en voz baja—. Han confeccionado una lista con los que pueden sobrevivir al viaje con el fin de instalarlos en trenes ambulancia y llevarlos hasta la costa. Los que est6n demasiado d6biles se quedan fuera.

—Es un nuevo sistema —confirm6 Hugh—. As6 la mayoria sobrevive y a los que est6n muy mal se les ahorra un dolor adicional que no les hace ning6n bien.

—Daniel y el joven Snout no est6n en la lista —señal6 Harry—. Si tienes alguna autoridad, tendrías que hacer algo, y r6pido.

—¿D6nde est6n los dem6s? —pregunt6 Hugh—. ¿Tu padre? ¿Lord North?

—Muertos —respondi6 Harry. Gir6 la cabeza para esconder sus emociones—. Mi padre ha muerto, Hugh.

—Lo siento mucho —dijo Hugh.

—Somos los 6nicos supervivientes —le explic6 Harry—. Como ya les he dicho..., fue una l6stima que cayera la bomba justo cuando el tribunal acababa de declarar inocente al chico e íbamos ya a marcharnos.

—Gracias —dijo Hugh, apret6ndole a Harry el brazo.

—Por supuesto, tu primo tuvo que a±adir que el brigadier se lanz6 sobre el muchacho para protegerlo cuando cay6 la bomba —prosigui6 Harry—. Siempre elucubrando historias. Ahora, lord North se convertir6 en un h6roe nacional.

El m6dico responsable del puesto de evacuaci6n de heridos se mostr6 muy servicial.

—Ha realizado un trabajo excelente, teniente —dijo—. Incorporar6 a su primo a la lista de evacuados y le proporcionar6 a usted un pase para que lo acompañe hasta la costa.

—¿Y el asistente de mi primo? —pregunt6 Hugh.

—Lo siento —respondi6 el m6dico—. A±adir un oficial a la lista es una cortesía, pero que otros soldados se salten la cola empezaría a parecer un

incumplimiento de las normas. Créame, dedicamos gran parte de nuestro tiempo a rechazar solicitudes realmente vehementes.

—Le agradezco mucho la ayuda, señor —dijo Hugh.

Sabía que era mejor no discutir. Él habría hecho lo mismo de haber sido el responsable del servicio e incluso era posible que hubiera denegado la prioridad a Daniel. Qué diferente era, pensó Hugh, aplicar las reglas en general a aplicarlas a la propia familia. Reflexionó sobre la eficiencia con que había llevado a cabo las intervenciones, sobre cómo había remendado como buenamente había podido sin tener mucho en cuenta si los heridos morían después. Había muchos más esperando y no había podido perder tiempo lamentando las pérdidas.

Al amanecer, Hugh esperó junto a Harry y Daniel a que llegara la flota de ambulancias en busca de la siguiente tanda de pacientes. Le alegró ver a Archie y Bill por el campo y los saludó con la mano.

—¿Pueden ocuparse de mis pacientes? —les preguntó.

—Encantados, por supuesto —respondió Archie—. Nadie se fija en quién transportamos siempre y cuando vayan etiquetados debidamente.

Un identificativo verde en la chaqueta indicaba que el paciente era apto para el transporte.

—Llévaos al chico en vez de a mí —pidió Daniel. Intentó arrancarse el identificativo de la chaqueta—. Diremos que ha habido un error y encontraré espacio en el siguiente convoy.

—Tienes que marcharte ya —dijo Hugh—. Y no quiero discusiones.

Bill levantó una ceja en un gesto inquisitivo y Hugh habló con él aparte.

—¿Está mal? —preguntó Bill.

—Sí —respondió Hugh—. Tiene un agujero en el cráneo, un tipo de herida que no puede ni limpiarse ni tratarse en un puesto de evacuación. Si consigo llevarlo a casa, o aunque sea a algún hospital grande de la costa, tendrá posibilidades.

—¿Y el chico?

—Tampoco está muy bien —contestó Hugh—. Podría ser que tuviera el pulmón infectado. No puede seguir en un lugar tan frío como este y necesita cuidados intensivos, pero lo han marcado para que se quede.

—Mira, lo mejor sería que se los llevarsen a los dos y que yo me esperara al siguiente convoy —dijo Harry Wheaton, e intentó quitarse el identificativo con la mano buena.

—Hoy todo el mundo quiere ser héroe —comentó Bill—. Los ricachones de clase alta que se superan para ser románticos, Archie.

—Calla, que me entrarán ganas de llorar —repuso Archie—. Esto es tan bueno como un espectáculo musical.

—Hombrecillo insolente —dijo Harry.

—Si el brazo no está infectado —observó Hugh—, supongo que no pasará nada porque retrasemos un poco la evacuación del capitán Wheaton.

—Pero lo que sucede es que no es su única herida, ¿verdad, jefe? —dijo Bill.

Con un rápido giro de muñeca, retiró la lona que cubría el camastro de Harry. La pierna izquierda de Harry había desaparecido de rodilla para abajo y el muñón ensangrentado estaba envuelto con tal cantidad de vendajes que parecía la rama podada de un árbol.

—Dios mío, Harry, ¿por qué no me lo has dicho? —preguntó Hugh—. La amputación es una herida muy grave.

—No quería tu lástima —respondió Harry—. Con la mía ya tengo bastante para mantenerme ocupado.

—Tú también necesitas un hospital, Harry —dijo Hugh—. Mientras permanezcas aquí, existe una posibilidad real de gangrena.

—De acuerdo, Archie, ¿qué te parece si volvemos a ser chapuceros y cargamos a un par de pasajeros adicionales con las identificaciones cambiadas? —preguntó Bill—. No es algo que no hayamos hecho ya.

—Esta vez nos lo deducirán de la paga, seguro —contestó Archie—. Pero, aunque lo hagamos, solo conseguirían llegar hasta el tren.

—¿Y si nos perdemos por el camino? —propuso Bill—. ¿Y si los llevamos hasta la costa?

—Tampoco es algo que no hayamos hecho ya—dijo Archie—. Pues acelera, antes de que el sargento mayor nos pille.

En el puerto, la ambulancia se mezcló con las procedentes de la estación de tren y descargó el pequeño grupo de Hugh y cuatro hombres más directamente en el hospital que había cerca de los muelles. Bill y Archie recibieron una bronca importante por transportar a seis pacientes con solo cinco juegos de documentos de autorización. Sus caras, ingeniosamente desconsoladas, y sus movimientos inquietos no consiguieron evitar cierta expresión de sarcasmo en el sargento mayor del muelle de carga. De no haber sido tan necesarios sus servicios, habrían ido a parar a un calabozo —sobre el cual el sargento afirmaba tener potestad—, pero se limitó a quitarles dos semanas de paga y los envió a realizar otro viaje y a dejarlos sin tiempo libre para la cena.

Hugh les estrechó la mano e intentó darles dinero, pero ambos se mostraron rotundos en su rechazo.

—Guárdese lo —dijo Bill—. El champán y el tabaco están muy caros aquí en el puerto.

—Gástese lo en una mujer, jefe —añadió Archie—. A ver si así se le pone una sonrisa en esa cara tan larga.

Se marcharon, intercambiando aún comentarios sobre el aspecto personal de Hugh y su exceso de formalidad, lo que llevó a Hugh a comprender por fin que aquel tipo de rufianes tan pedestres formaba una parte indeleble de la debilitada columna vertebral de Inglaterra tan importante como los chicos que pululaban por los campos de juego de Eton.

El hospital era también un punto de reunión de pacientes destinados a Inglaterra, y las salas, que ocupaban dos almacenes de los muelles, estaban llenas de heridos a la espera de un barco hospital que los devolviera a casa. La organización en esos almacenes era algo más caótica que la del edificio principal y Hugh pudo persuadir sin problemas a varios camilleros para que Snout, el asistente, pudiera permanecer en compañía de su oficial, el capitán Wheaton. En cuanto estuvieron instalados con Daniel, Hugh le pidió a Harry Wheaton que cuidara de ellos mientras él se ocupaba de encontrar pases para viajar a Inglaterra en el siguiente barco.

—No sé muy bien qué puedo hacer excepto verlos dormir —dijo Harry, esforzándose en todo momento por hacerse el valiente y el interesante para que se fijara en él una hermosa enfermera vestida de blanco almidonado que repartía té entre las camas.

—Pues asegúrate de que siguen durmiendo —contestó Hugh—. No los dejes morir en mi ausencia.

En las gigantescas oficinas de los muelles, Hugh consiguió localizar a su mentor, el coronel sir Alex Ramsey, en un rincón, rodeado por dos paredes de archivadores y detrás de un montón de mesas de empleados y enfermeras, rodeadas a su vez por más paredes de archivadores. Las lámparas metálicas de color verde que colgaban del techo proyectaban en el espacio una palidez enfermiza.

—Como habrá visto, las cosas no están saliendo como nos imaginábamos —dijo el cirujano—. Me tienen aquí dirigiendo la mitad de los hospitales. Me paso el día armado con un cortapapeles, no con un bisturí.

No parecía, sin embargo, muy insatisfecho con su puesto.

—Yo he estado muy ocupado —le explicó Hugh—. No se equivocó cuando

me habló de la experiencia que adquiriría. Aunque es posible que la haya ganado a costa de los pobres que cayeron en mis manos en vez de en las de los cirujanos más expertos.

—Seguimos teniendo en cartera un hospital especializado en heridas craneales para el año próximo.

—¿Significa eso que la guerra se prolongará aún todo ese tiempo, señor?

—Estamos haciendo planes para hacerlo realidad —replicó el cirujano—. ¿Qué puedo hacer por usted, hijo mío?

Hugh le relató una breve versión de lo sucedido y le rogó que asignara a su pequeño grupo tres pases para el siguiente barco que zarpara rumbo a Inglaterra. El cirujano expuso también sus dudas con respecto al soldado.

—Es menor de edad, señor —señaló Hugh.

—Imagino que debemos dar pruebas de nuestro compromiso con los hombres y demostrar que no damos preferencia a los oficiales —dijo el cirujano—. Y supongo que tendrá pensado acompañarlos.

—Me deben un permiso —ratificó Hugh.

—¿Y utilizará parte de ese permiso para ir a visitar a mi hija? —preguntó el cirujano.

Hugh notó una punzada de pánico en el pecho, que ignoró rápidamente. Por unos instantes, su sentido del honor entró en combate con la necesidad de salvar a su primo. Intentó imaginarse a Lucy, pero solo conseguía ver a Beatrice Nash, riendo en la terraza de casa de su tía, su cabello desprendiéndose de los pasadores por un golpe repentino de viento. Abrió la boca para responder, pero el cirujano lo interrumpió.

—Lo entenderé como un no —dijo—. Una lástima, pero no ha podido evitarse. Se ha comprometido con el joven Carruthers. Se ha incorporado a los Coldstream Guards.

—Me alegro mucho por ella —contestó Hugh.

—Usted es mejor cirujano. Pero comprenderá que ha sido inevitable. Tendré que ponerlo a trabajar conmigo.

—Lo entiendo, señor —repuso Hugh.

Se sintió aliviado al comprender de repente que la casa de ladrillo rojo y la elegante consulta desaparecían oficialmente de su futuro. Se sentía feliz por dejar correr el sueño de convertirse en el cirujano más famoso de Londres, puesto que ahora no tenía el más mínimo interés por las trampas superficiales de la fama y la posición social. Y empezó a visualizar los tejados rojos de las casas de Rye, apiñados alrededor de la iglesia, y la extensión verdosa de las marismas

bajo el sol, las oscuras protuberancias de las colinas de Sussex al fondo y una casita en una empinada callejuela adoquinada.

—Le doy un pase de diez días —dijo el cirujano—. Le deseo toda la suerte del mundo, hijo mío.

Mientras esperaban la llegada de un barco hospital, Hugh consultó con otros médicos, cambió personalmente los vendajes de sus pacientes y habló con las enfermeras para conseguir más caldo de carne, más mantequilla y más mantas. Utilizó sus credenciales para poder quedarse con ellos todo el día, y de noche durmió en el suelo junto al camastro de Daniel, envuelto en una manta. Si el amor y el cariño servían para devolver a su primo y a los demás sanos y salvos a casa, estaba decidido a proporcionárselos.

Pero Daniel empeoró mientras los otros mejoraban. Sufría fiebres intermitentes que le provocaban temblores y lo dejaban empapado en sudor. No tenía el cráneo abierto, lo que habría significado una muerte segura, pero la herida de la cabeza no curaba con la rapidez que a Hugh le habría gustado y empezaba a sospechar que el cerebro de su primo sufría una inflamación. Daniel se mostraba confuso, no sabía dónde estaba y había llamado «tía» a la enfermera varias veces.

La mañana en que la silueta del barco hospital se dibujó en el Canal de la Mancha, Daniel estaba tranquilo y extrañamente lúcido después de una noche entera de temblores y sudor.

—No conseguiré irme de aquí, Hugh —dijo—. He soñado toda la noche con el jardín de casa de tía Agatha y el tío John, y con que tú y yo estábamos fumando en la terraza y yo sabía que estaba sentado allí por última vez.

—No digas esas cosas —contestó Hugh—. Ya llega el barco, Daniel.

—No tengo miedo —comentó Daniel—. Pienso que Craigmore está esperándome. Lo único que me da pena es dejaros a todos, y no quiero que estés triste.

—Ya llega el barco —repitió Hugh.

—Cuida del chico —dijo Daniel—. Llévalo a casa con su madre.

—Lo llevaremos juntos a casa.

—¿Estás despierto Wheaton? —preguntó Daniel.

—Estaría durmiendo si no estuvieseis vosotros hablando como pescaderas —respondió Harry, utilizando la brusquedad para ocultar sus emociones.

—Siento lo de tu padre, Harry —dijo Daniel.

—Si lo ves por allá arriba, fúmate un puro con él de mi parte —repuso Harry—. Dile que no baje y se rasgue las vestiduras cuando le coja prestadas las armas para practicar el tiro.

—Un sentimiento encantador —observó Daniel—. Y yo que te tenía por un asilvestrado, Harry.

La conversación le había subido aparentemente la moral, pero su respiración seguía siendo muy superficial.

—Volverás a casa conmigo —dijo Hugh—. Insisto.

—Tengo que darte mis poemas —contestó Daniel. Con alguna dificultad, buscó su libretita negra debajo de la almohada—. Enciérralos en un cajón si es necesario, pero podrías pedirle a Beatrice Nash que los editara.

—¿No preferirías que lo hiciera tu amigo, el señor Tillingham? —preguntó Hugh.

—No, no, él los editaría hasta la muerte a su propia imagen y semejanza —dijo Daniel—. Tu Beatrice tiene buena mano. Si quieres publicarlos, dáselos a Beatrice.

—No es «mi» Beatrice —indicó Hugh.

—Pues haz que lo sea —replicó Daniel—. Es evidente que está hecha para soportarte.

—Tienes que ser fuerte, Daniel —dijo Hugh.

Pero Hugh vio una lágrima resbalar por su mejilla. Su enérgico primo menor estaba muy débil y su piel había adquirido ya la transparencia extraña y cética de la muerte.

—¿Querrías escribirme una carta, Hugh, como hacen para todos los chicos que van a dejarnos?

—Por supuesto —respondió Hugh.

Buscó una pluma y encontró una página en blanco al final de la libreta.

—Dale a mi padre todos los respetos de parte de su hijo y dile que espero haber cumplido con mi deber —dictó Daniel—. A mi tío John, escríbele diciendo que le envío todo el amor que un sobrino puede sentir por su queridísimo tío. —Hizo una pausa para coger un poco de aire y continuó—. Dile a Celeste que me hizo el hombre más feliz del mundo y que con la caricia de su mano restauró mi buen nombre y mi espíritu. Confío en que ella y el niño disfruten de una vida feliz.

—¿Y qué mensaje tienes para tía Agatha? —preguntó Hugh. Daniel no respondió. Empezaba a adormilarse—. No te olvides de ella, Daniel. No la abandones con rabia, primo, hazlo al menos por mí.

—Dile que siempre lo supe —contestó débilmente Daniel.

—¿Que te quería? —preguntó Hugh.

—Dile que siempre percibí su enorme amor como una manta que me envolvía. Y ahora que he llegado casi al lugar que ella tanto temía —hizo una pausa y fijó la mirada como si estuviese contemplando un paisaje totalmente nuevo—, dile que entiendo mejor por qué intentó con todas sus fuerzas salvarme. He hecho que sus miedos se vuelvan realidad.

—Nada de esto ha sido culpa tuya —señaló Hugh—. Cumpliste con tu deber.

—Oh, Hugh, se sentirá desdichada —repuso Daniel—. Dile que moriré con su nombre en los labios.

—Eres la mitad de mi vida, primo —dijo Hugh. Apenas podía escribir, las lágrimas estaban mojando el papel y emborronando la tinta—. No puedes dejar que vuelva a Sussex solo. No te vayas, por favor.

—Tú también eres la mitad de mi vida —respondió Daniel—. Vive por los dos, Hugh. Ama por los dos. Y, por el amor de Dios, intenta ser un poco menos formal.

—¿Escribo también eso? —preguntó Hugh, sonriendo y llorando al mismo tiempo.

—Sí, mi querido Hugh. La nota inesperada es siempre lo que crea el poema. Y tú, Hugh, eres la nota inesperada.

Escribía a Daniel a diario y reservaba entre las diez y las once de la mañana para sentarse en su estudio y, contemplando de vez en cuando las ramas desnudas de los árboles y el hielo que se acumulaba sobre los setos, redactar con esmero sus frases. Estaba siendo un invierno duro y el estudio con ventanales no tenía ningún tipo de calefacción. Jenny solía traerle un ladrillo caliente para los pies y utilizaba mitones para escribir; el frío y el vapor del aliento incorporaban la dimensión necesaria de penitencia al ritual. No le suplicaba que volviera a quererla, ni que la perdonara por lo que había hecho obnubilada por la ansiedad y el miedo. No pretendía que sus súplicas representaran para él una carga. Le escribía un animado relato de los pequeños acontecimientos que, amontonados uno sobre el otro, construían un día normal. Le escribía sobre Smith y el jardinero, que habían recogido las últimas calabazas congeladas. Le escribía explicándole que había tenido que hablar muy seriamente con la cocinera, que ya no se calzaba las botas y deambulaba por la cocina con calcetines de hombre porque tenía los juanetes inflamados. Le informaba con detalle sobre la alegría de Celeste y lo decidida que estaba a no permitir que su creciente talle le impidiera seguir visitando enfermos y realizar sus labores. Había confeccionado encaje para los gorritos de bebé y donado gran parte a la iglesia para otras madres jóvenes, y tocaba el piano cada semana en el hospital y los hospicios.

Tenían gallinas detrás de los establos y estaban trazando un plan para transformar el césped de su jardín privado y plantar verduras en primavera. En un exceso de precaución, procuraba no hacer un listado de las idas y venidas de John. Se refería a él como «un tío tuyo» e informaba de noticias tan interesantes como que se había comportado como un bebé cuando el dentista había tenido que arrancarle una muela y sobre su nuevo interés por adquirir cabras, cabras que ofrecían leche y carne y que tenían un tamaño más adecuado que una vaca para una casa de ciudad. Jenny y la cocinera, le explicaba, habían protestado ante la idea de comer cabra, como si les hubieran ofrecido serpiente cascabel o cocodrilo, y, por otro lado, «un tío tuyo» estaba inmerso en complejas

negociaciones para enviar las cabras a una granja en su debido momento e intercambiarlas por una porción más pequeña de cordero sacrificado.

No le pedía nada a cambio. No le pedía ni cartas ni poemas. No incluía frases que pudieran dar a entender que esperaba recibir noticias de él y que deseaba muchísimo volver a verlo. Se limitaba a enviarle miniaturas de su hogar, minuciosamente descritas, con la esperanza de que aquellas imágenes lo animaran; y guardaba en secreto la esperanza de que no pusiera mala cara si visualizaba la imagen de su tía en las escenas que le describía.

Agatha había dejado de mirar los periódicos y las revistas ilustradas, tampoco hojeaba las revistas para señoras, que miraban de soslayo a la guerra. Una receta de pastel de carne sin carne o un pudín de zanahorias para Navidad que resultara económico, las instrucciones para tejer calcetines o un anuncio de vendajes eran puñaladas en el corazón, más dolorosas que los boletines diarios. Lo ignoraba todo y vivía con el consuelo que le proporcionaba avivar, cuidar y criticar su propio miedo. El desarrollo paciente y constante de sus deberes era su nuevo ritual, su libro de las horas. La redacción de la carta por la mañana, las horas dedicadas a las visitas, el tiempo consagrado a vestirse para la cena, por mucho que la cena fuera sin carne y Celeste y ella se sentaran a la mesa de las cartas del salón para no tener que encender la chimenea del comedor. Dar cuerda a los relojes, realizar el pedido de forraje de invierno para el caballo, la atención continuada a los refugiados y la inspección de las botas para mandarlas al zapatero. Dedicaba toda su atención a aquellas cosas y no dejaba espacio en su cabeza para disfrutar del lujo del dolor.

La Navidad había llegado y se había marchado con una tenue calidez. Beatrice Nash y el señor Tillingham habían cenado en casa. Agatha le había regalado al señor Tillingham un librito de poemas en latín, que había elegido en un anticuario especializado en libros conocido de John, que tenía su establecimiento en Charing Cross Road. Beatrice le había regalado al señor Tillingham un marcador de páginas de marfil que había pertenecido a su padre y Celeste, un exquisito paño de encaje para las gafas. Con mucha floritura, el señor Tillingham había obsequiado a las señoras con la misma caja de guantes de piel falsa de zapa que había regalado a su secretaria. Su frugalidad era de esperar, pero Beatrice se había sentido claramente dolida por aquella falta de preocupación por intentar diferenciar de algún modo a las señoras. Agatha confiaba en que el regalo que tenía para Beatrice, una copia antigua de Chaucer encuadernada en cuero de cabritilla y con ilustraciones en color, sirviera de algún modo como compensación. John y ella habían recibido una carta de Hugh, seria y con la

formalidad característica del muchacho, llena de historias positivas sobre su alojamiento y la eficiencia del hospital. No se quejaba de las condiciones ni contaba los horrores que debía de estar viendo, y Agatha se lo agradecía. Después de la cena, Agatha leyó la carta en voz alta y Celeste sacó una postal, con flores de lana bordadas y una frase sentimental impresa, en la que Daniel había escrito brevemente para felicitar la Navidad a todos los de casa. Hicieron circular la postal y Agatha la cogió con avaricia para repasar con el dedo la firma, como si con ello pudiera invocar la presencia de Daniel en la estancia.

La postal quedó instalada en la repisa de la chimenea de la habitación verde que ocupaba Celeste y, de vez en cuando, Agatha se colaba allí para volver a tenerla en las manos y observar los trazos de la caligrafía. Si Jenny o Celeste entraban inesperadamente, Agatha pasaba un dedo por la repisa y soplabla el imaginario polvo antes de ordenar que le dieran otro desempolvado, o sacudía las cortinas y se preguntaba en voz alta si habría que repasarlas de nuevo.

Hoy escribió que los vientos de marzo habían cesado y que, con los días cada vez más largos y las noches retirándose de su dominio invernal, las campanillas de invierno y los primeros narcisos desafiaban el hielo para asomar en los parterres que daban al sur. No extraía ninguna conclusión ni esperanza de aquellos hechos, sino que los dejaba simplemente florecer sobre el fino papel de escribir y en los trazos de la pluma. A pesar del olmo desnudo que golpeaba los cristales del estudio y el gélido frío que se filtraba a través de las ventanas, el luminoso cielo azul y los pequeños gorriones que ahuecaban las alas y afilaban los picos en sus ramas le permitían empezar a imaginarse ya la primavera.

Se escuchó el teléfono desde las entrañas de la casa y Agatha bloqueó el sonido para impedir que penetrara en su cabeza. Durante aquella hora no había que molestarla y Jenny se encargaría de comunicarle a quien llamara que no estaba aún disponible. Una llamada en la puerta violó su bien mantenido arreglo y provocó que cayera una gota de tinta en la hoja.

—Lo siento, señora —dijo Jenny—. Pero es el señor Kent al teléfono, e insiste.

La sacudida del miedo, la necesidad de inspirar hondo, el disimulo de cualquier temblor que pudiera hacerse visible; Agatha se levantó lentamente, secó la carta con el papel secante y guardó la pluma.

—Dile al señor Kent que enseguida voy —contestó.

Dejó que la criada bajara corriendo mientras ella se quitaba los guantes y la manta de lana que utilizaba a modo de chal y, con paso digno, cruzaba el salón de la planta superior y descendía la resplandeciente escalera. Correr y tal vez

resbalar, y a resultas de ello torcerse un tobillo, no tenía ningún sentido. Tampoco tenía sentido dar por sentado que su marido la llamaba desde Londres por algún asunto urgente. Mejor conservar aquella vida de paciencia que con tanto cuidado había ido construyéndose...

—Acabo de recibir un telegrama en clave del cirujano de Hugh —dijo John—. «Grange, Wheaton, Bookham, Sidley STOP Rumbo a Inglaterra STOP HS Folkestone 18:00 STOP».

—Dios mío, están heridos —exclamó Agatha.

—He llamado al mayor Frank al hospital y va a enviar su ambulancia. Vuelven a casa, Agatha.

—Tengo que ir a Folkestone —dijo ella.

—Cojo el tren en una hora —contestó su marido—. Deja que lo gestione yo, Agatha. No sabemos con qué vamos a encontrarnos.

—Voy yo también —insistió Agatha—. No habrá fuerza alguna en la tierra capaz de impedir que vaya a ese puerto.

Colgó el teléfono y llamó a gritos a Celeste, Jenny, la cocinera y Smith. La casa entera llegó corriendo.

Beatrice salía del colegio para ir a comer a su casa al mediodía cuando Agatha Kent la adelantó por la calle sin siquiera saludarla.

—¿Señora Kent? ¿Agatha? —gritó Beatrice.

—No puedo pararme —dijo Agatha—. Tengo que ir a Folkestone y, claro, el automóvil se lo llevaron hace semanas y los trenes están imposibles últimamente, de modo que tengo que encontrar a alguien con un coche o un carro.

El ejército había comprado la mayoría de los coches privados para dar servicio a la guerra y los trenes iban tan lentos y tan llenos de soldados que viajar se había convertido en una labor muy complicada.

—Con un par de caballos podría llegar en pocas horas —contestó Beatrice.

La distancia hasta Folkestone era de cincuenta kilómetros, pero un caballo al trote podía realizar el trayecto en cuatro o cinco horas.

—Pero estarían agotados y débiles por el esfuerzo y luego no podría volver a casa. —Se detuvo a coger aire—. Los chicos están en un barco hospital con Harry Wheaton y el joven Sidley —añadió, muy afectada—. Pueden estar heridos de gravedad. No lo sabemos.

—Alice Finch —dijo Beatrice—. Tenemos que localizar a Alice Finch.

Alice había conseguido que su motocicleta quedara exonerada y formara parte de su querido cuerpo de mensajeros en moto y bicicleta. El cuerpo estaba integrado por varias damas fieles a la causa, algunos exploradores y un surtido de ciclistas demasiado mayores o demasiado jóvenes para entrar en la milicia y que disfrutaban con la emoción de circular en plena oscuridad y transportar mensajes entre los puestos de centinelas de la costa.

—¿Una motocicleta? —cuestionó Agatha—. No sé.

—Tonterías —dijo Beatrice—. Pero espero que pueda llevarnos a las dos, ya que pienso acompañarla.

No se detuvo ni un momento a pensar en las clases de la tarde. Tenía ante sus ojos la imagen de Hugh, ensangrentado y pálido en una camilla. Corrieron colina arriba hasta la casa de Alice e interrumpieron con brusquedad su comida con Minnie Buttles. Alice accedió enseguida a llevarlas y Minnie corrió a buscar gafas y un par de pantalones para Beatrice, que tendría que montar a horcajadas en la motocicleta. Sacaron el aparato del cobertizo y Agatha se instaló en el sidecar con una lata de gasolina de reserva entre las piernas. Beatrice se sujetó con el cinturón aquel par de pantalones tan extraños y montó detrás de Alice. Minnie empujó la motocicleta y el motor cobró vida. Alice abrió el acelerador y, con una imagen que provocó la salida de los tenderos a las puertas de sus establecimientos y los ladridos de los perros, las tres mujeres recorrieron a toda velocidad la calle principal y se adentraron en las marismas, cabellos y cintas de sombreros ondeando al viento.

El puerto de Folkestone era un lugar caótico para quien no estaba acostumbrado. Camiones y ambulancias zigzagueaban por los muelles sin tener aparentemente en cuenta las procesiones de soldados, camilleros y heridos a pie que marchaban como hormigas de almacén en almacén. En medio de aquel caos, destacaba un barco a vapor grande, atracado y con la pintura descascarillada. La cruz roja pintada en la chimenea era su única protección contra los submarinos que patrullaban el canal. Estaban descargando camillas tanto de la cubierta como a través de una puerta inferior que daba acceso a las bodegas, mientras que los heridos que podían caminar renqueaban a duras penas por la pasarela. Había hombres con muletas, otros en sillas de ruedas. Y los camilleros estaban desembarcando incluso a algunos sentados en sillas metálicas normales y corrientes.

Desde lo alto de una colina, Alice ralentizó el motor para decir:

—Parece que el perímetro está vigilado. Intentaré utilizar mis credenciales para acercarlas todo lo posible.

Teniendo en cuenta que las credenciales de Alice consistían en un certificado que Minnie y ella habían impreso en su estudio y entregado a todos los miembros de su cuerpo de mensajeros, Beatrice imaginó que no podrían acercarse ni de lejos al barco.

Por suerte, el soldado recién incorporado que custodiaba el punto de control más pequeño estaba superado por la tarea de sujetar el rifle y el portapapeles y a la vez tener que subir y bajar la pesada barrera.

—Brigada de motocicletas, transporte a enfermeras —gritó Alice cuando se acercaron—. No puedo parar por si acaso las bujías me fallan. —Extrajo un certificado del interior de la chaqueta y se lo entregó al soldado mientras dejaba la motocicleta en punto muerto y la hacía avanzar con los pies—. Abre rapidito, muchacho —le ordenó—. No querrás decapitar a dos matronas con la barrera, ¿verdad?

—Por supuesto que no, señora —replicó el chico, y a pesar de que abrió los ojos de par en par por la incongruente imagen de unas mujeres en pantalón y con unas gafas pringosas, corrió a subir la barrera y las dejó pasar, mientras el rifle le quedaba colgando del hombro en un ángulo peligrosísimo.

Alice guio la motocicleta hasta la pasarela y la estacionó entre las ambulancias que aguardaban para trasladar a los heridos.

Desde allí abajo, la muchedumbre empezó a cobrar un aspecto menos aleatorio. Beatrice detectó patrones en la forma de repartir a los heridos: algunos iban a las ambulancias, otros hacia el edificio acondicionado como hospital. Había hombres con portapapeles y listas dando instrucciones a los camilleros a medida que desembarcaban. Las enfermeras corrían arriba y abajo por las filas de soldados para controlar las heridas.

—Tendríamos que preguntar a alguno de esos hombres con portapapeles —dijo Beatrice—. Son los que tienen las listas.

—No, esos seguro que nos obligarían a marcharnos —contestó Agatha—. ¿No ven que tienen a todas las familias detrás de esa valla? —Cerca de la carretera principal, un pequeño grupo de gente agitaba los brazos y gritaba. Pero estaban demasiado lejos para oír algo o hacerse oír—. Tendríamos que preguntar a una enfermera.

Salió de detrás de las ambulancias y preguntó a una enfermera vestida con un sobrio uniforme de color azul marino y una cofia con volantes y cubierta con un desaliñado gabán masculino. La enfermera miró a su alrededor y asintió. Se

acercó entonces a uno de los hombres de los portapapeles y le formuló una pregunta. Mientras el hombre consultaba los papeles, Beatrice inspeccionó aquella inmensidad de caras en busca de la de Hugh. Resultaba alarmante la enorme cantidad de hombres que, a primera vista, le parecieron él: una forma similar de volver la cabeza, el perfil de la mandíbula, un par de ojos grises detrás de un aparatoso vendaje, la mano extendida de un hombre cuya cara estaba tan quemada que había quedado irreconocible. Por un momento temió haberse olvidado de la cara de Hugh. Tal vez se había borrado de su memoria, igual que había estado sucediendo con el rostro de su padre a lo largo de aquel invierno. Borrándose hasta el punto de que tenía que detenerse a pensar, sentarse y rescatar de nuevo todas las facciones, cada peculiaridad de sus cejas, hasta que recuperaba la cara para evocarla de inmediato.

A quien primero vio fue a John Kent, que salía de detrás de la última ambulancia de la fila y estaba hablando con el conductor. Agatha también lo vio y echó a correr hacia él. Beatrice se giró dispuesta a seguirla, pero la cara de Hugh se interpuso en su camino. No sabía de dónde había salido. El corazón se le detuvo y lo miró de arriba abajo en busca de heridas. Ni siquiera se tomó la molestia de mostrar recato. Allí había tantos heridos que no tenía sentido pensar en los buenos modales.

—Beatrice —dijo él.

Beatrice corrió hacia Hugh y él la abrazó con fuerza, la cabeza hundida en el hombro de ella, sus propios hombros temblando mientras luchaba por no desmoronarse.

—¿Están los demás con usted? —preguntó Beatrice, la cara pegada al pelo de él—. ¿Daniel?

—Daniel se ha ido —respondió Hugh con voz ronca—. No he podido traerlo a casa, Beatrice.

—Lo siento mucho —dijo ella.

Mientras lo consolaba, vio a Agatha peleándose con todo el mundo para poder llegar a la parte posterior de la ambulancia. Su esposo la retuvo y le habló al oído. A pesar del abrazo de John, Agatha dobló las rodillas y echó la cabeza hacia atrás para emitir un grito que parecía brotar desde lo más profundo del dolor.

—Tenemos que ir con su tía —dijo Beatrice.

Hugh dudó unos instantes, como si no quisiera soltarla. Pero levantó la barbilla, fingiendo que era capaz de ver perfectamente bien a pesar de tener la visión borrosa por las lágrimas no derramadas, y corrieron a ayudar a John y a su

desconsolada esposa.

Seguir la ambulancia de vuelta a Rye fue una experiencia agrídulce; lo fue también verla detenerse delante de casa de los Wheaton y ver a lady Emily y Eleanor llorando de alegría y de dolor, acunando entre sus brazos a Harry Wheaton. Agatha bajó del asiento delantero del vehículo como si hubiera envejecido cien años durante los pocos kilómetros del viaje. John la sujetó por el brazo. Agatha solo fue capaz de saludar lentamente con la cabeza a lady Emily, mientras que lady Emily solo pudo darle un beso en la mejilla, como si la muerte las hubiera dejado a ambas sin habla. Hugh ayudó a descargar las camillas mientras el mayor Frank examinaba los distintivos de los pacientes y se pronunciaba sobre su acomodación en el hospital.

—Este no va aquí —dijo el mayor—. Es un soldado y esto es un hospital de oficiales.

—Es un chico de la ciudad, mayor —replicó Hugh—. Era el asistente tanto de Harry, aquí presente, como de mi primo Daniel. El último deseo de mi primo fue que llegara sano y salvo a casa.

—Entiendo perfectamente ese sentimiento —contestó el mayor Frank—, pero es imposible. No podemos mezclar a los hombres en las salas, ¿sabe? Hay que mandarlo en tren a Brighton.

—No, no puede ser —insistió Hugh—. No sobreviviría al viaje y, además, su familia no tiene dinero para desplazarse a Brighton y cuidar de él.

—Estoy atado de pies y manos —dijo el mayor—. Viendo su aspecto, creo que no debería ni haber cruzado el canal.

—Lo instalaré en el ala privada de la casa —intervino Harry Wheaton. Tenía la voz ronca por el agotamiento y el dolor. El muñón supuraba por los bordes del vendaje y era evidente que la agonía era mayor de lo que parecía—. Ordene que pongan un camastro en el despacho de mi padre. Así las enfermeras lo tendrán más fácil para atenderlo y su familia podrá venir a visitarlo entrando por las puertas del jardín.

—Harry, ¿no pretenderás instalar al hijo del herrador en el despacho de tu padre? —dijo lady Emily—. ¿Qué pensaría de un insulto así tu difunto padre?

—Ahora ya no es su despacho —respondió Harry.

—¿Cómo dices?—exclamó su madre.

—Discúlpame, madre —replicó Harry—. Pero mi padre, el coronel, siempre cuidó de sus hombres, y creo que yo debería hacer lo mismo. —Hizo un gesto en

dirección a los camilleros que portaban la camilla donde Snout permanecía inconsciente; tenía las mejillas encendidas y el pecho silbaba cada vez que respiraba—. Vamos, vamos. Al despacho, por favor. —Y cuando la camilla se fue, Harry añadió, en voz baja—: Tal vez si hubiera defendido la causa de ese flacucho un poco antes...

—Se lo comunicaré a sus padres —dijo Alice—. Y ahora acompañaré a la señorita Nash a su casa.

Cuando Beatrice subió al sidecar, después de remangarse los holgados pantalones una vez más delante de una perpleja lady Emily, Hugh le cogió la mano.

—Por lo que parece, el deber vuelve a separarnos —susurró—. Me aseguraré de que Snout queda instalado como es debido y luego iré a casa de mis tíos.

—No se preocupe por mí —contestó Beatrice, correspondiendo a la presión que él ejercía en su mano—. Agradezco mucho que esté usted aquí para ayudarles. Lo de Daniel es una pérdida insoportable, Hugh.

—Después de que haya estado un rato con ellos, ¿me permite ir a visitarla? —preguntó Hugh.

—Estaría encantada de recibirlo —respondió ella—. Lo esperaré despierta.

—No volveré a abandonarla —dijo Hugh, y le apretó la mano con pasión—. Ahora sé que estoy en casa.

—Y yo no le dejaré marchar —repuso ella, mirándolo directamente a los ojos sin ruborizarse en absoluto.

En cuanto Hugh dio media vuelta, Alice puso en marcha el motor y arrastró la motocicleta hasta que por fin se encendió.

—Voy a pedirle a Minnie que vaya a hablar con su padre —dijo Alice—. Creo que alguien va a necesitar al vicario a primerísima hora de la mañana.

Beatrice llegó a su casa y encendió el fuego tanto en la chimenea como debajo del hervidor de su pequeña cocina. Cogió la cena ligera, que le habían dejado preparada bajo un paño húmedo, y la dispuso en la mesa como si fuese una comida fría. Desenterró aquella botella de jerez que le había regalado un día un chico mimado que acababa de perder una pierna. Cuando el hervidor silbó, lo llevó al lavabo y se lavó para sacarse de encima tanto la suciedad como gran parte de aquella jornada. Se puso un vestido cómodo, se cepilló el cabello para dejarlo suelto por encima de los hombros, cerró bien las puertas de las habitaciones de la casera y se sentó a oscuras junto a la chimenea, nerviosa pero

sin miedo, a la espera de que llegara Hugh. La confusión de la guerra era eso, pensó Beatrice. Que alguien estuviera llorando a un difunto en un salón, o secándole la frente a un moribundo, y que entretanto, en una casita de una calle adoquinada, dos jóvenes enamorados decidieran plantarle cara a la sorprendente carga de la muerte y la pérdida con su amor y su pasión.

Hugh y Beatrice se casaron al día siguiente y entraron juntos en la iglesia un día inesperadamente templado, como si fueran a celebrar el equinoccio de primavera, cuando el mundo alcanza el equilibrio perfecto entre luz y oscuridad y la primavera da indicios de una nueva vida. La guerra había eliminado y demostrado la inutilidad de la etiqueta tanto del duelo como del matrimonio.

Hugh llamó por teléfono a su tío a primera hora, y le concedió total libertad para quedarse en casa. Pero acudieron a la iglesia los Kent y Celeste. Y a pesar de estar derrotados por el dolor, no mostraron contrariedad, sino que solamente ofrecieron palabras tiernas de cariño y felicidad. Alice Finch y Minnie Buttles estuvieron también presentes para firmar en el registro como testigos del enlace y el vicario desarrolló un ritual breve y sencillo, sin el adorno de himnos y oraciones superfluas.

El chico, Snout, aguantó una semana más. Sus pulmones sucumbieron lentamente a una neumonía contraída como corolario de una fiebre de las trincheras que nada tenía que ver con la herida posterior. Hugh pasó muchas horas con el doctor Lawton junto a la cama del muchacho y consultando con los médicos del hospital. La familia de Snout se convirtió en una presencia constante en casa de los Wheaton y salía y entraba por la puerta del jardín. Cada mañana, acercaban a la casa a la madre inválida, cuya lucha por la vida de su hijo parecía estar dándole fortaleza. La bisabuela acudía a visitarlo con hierbas y tisanas, preparados de terrible olor que le facilitaban la respiración pero que no servían para derrotar las infecciones. Le frotaba el pecho a Snout con ungüentos y recitaba oraciones y hechizos que llevaron a las enfermeras del hospital, que asomaban de vez en cuando la cabeza, a hablar de brujería.

En una guerra larga, la acumulación de tristeza es tan lenta que la solicitud de funerales empieza a superar la de matrimonios y los parroquianos acaban guardando sus abrigos negros bien cepillados en el primer lugar del armario. La hoja parroquial, entregada a mano el martes, anunciaba que durante la ceremonia

de la comunión del domingo se celebraría el funeral para dos oficiales caídos y enterrados en el extranjero; el coronel Archibald Preston Danforth Wheaton, comandante del segundo batallón, quinta división, Royal East Sussex, de Wheaton Hall, Rye; y el teniente Daniel Sidney Bookham, también del segundo batallón, quinta división, Royal East Sussex, de Rye y Lansdowne Terrace, Londres. La nota destacaba que habían muerto en combate, un incentivo para asistir similar al cartel del verdulero que anuncia «recién llegado de Devon» o «recogido hoy mismo». Pero antes, había un chico al que dar sepultura.

El funeral por Richard Sidley fue el sábado. Beatrice se sentía culpable por enfrentarse al triste ritual con el corazón caliente y las mejillas sonrosadas de una recién casada. Por la mañana, Hugh y ella habían estado el uno en brazos del otro hasta el último momento, observando las manecillas del reloj y buscando excusas, y atajos para vestirse, con el fin de poder vivir unos momentos más alejados del mundo real.

Ahora estaban en la calle adoquinada, delante de la iglesia, a la espera de la llegada del cortejo fúnebre. Agatha había insistido en que se encontraba bien para asistir a la ceremonia y esperaba entre su esposo y Celeste, la cara avejentada y blanca en contraste con el negro del abrigo. También Celeste parecía mayor de la edad que tenía, pero sujetaba el brazo de Agatha con fuerza y Beatrice tenía la impresión de que, en el transcurso de los últimos días, había adquirido ya la resistencia de una madre.

En la estrecha acera se había congregado gran parte de la ciudad; estaban presentes incluso el alcalde y su esposa, él sombríamente vestido y con el collar de alcalde protegido en el interior de un sobretodo oscuro. Asistían también muchos compañeros de clase de Snout, nerviosos, rascando las botas contra los bordillos. Los había que se mostraban avergonzados, como si todas las burlas y empujones que le habían infligido al pobre chico estuvieran acosándolos. El féretro enfiló lentamente la calle, transportado por el mejor carretón de la funeraria y cubierto con la bandera británica y la de la ciudad, con sus leones rampantes. Detrás del féretro, la madre de Snout montada en un carro tirado por un poni, al que el padre de Snout azuzaba por su terquedad. A su lado, la hermana de Snout, Abigail, con un ramo de azucenas y portando, curiosamente, un bote lleno de monedas bajo el brazo.

Un revuelo entre la muchedumbre saludó la aparición por la esquina de la bisabuela de Snout, que conducía personalmente un carromato lleno hasta los topes de barriles e iba vestida con una chaqueta de color granate abrochada con soberanos de oro y una falda negra que adquiría volumen gracias a un montón de

enaguas negras y rojas. Llevaba el pelo canoso trenzado alrededor de la cabeza y un sombrero de copa encima, cubierto con un largo velo de encaje. El carromato estaba recién pintado, los ejes de la rueda en rojo y oro. Los caballos enganchados en las lanzas tiraban al unísono; sus crines y las plumas de las patas, cepilladas hasta parecer seda, ondeaban al viento. El arnés tintineaba con sus cascabeles y el cuero recién encerado resplandecía.

Detrás de la caravana marchaba una procesión de gitanos, llegados desde todos los rincones del condado. En primer lugar, un chico tirando de un caballo sin jinete con un par de botas unidas sobre el lomo. Luego los hombres, con expresión grave y vestidos con abrigos negros animados con corbatas rojas, flores y botones dorados. Detrás, carros con ofrendas florales y carrmatos con ancianas y niños y, al final, chicas con sus madres, engalanadas con sus mejores vestidos y el cabello trenzado cubierto con un chal oscuro o una mantilla. Los hombres se quedaron fuera de la iglesia, un ejército oscuro, silencioso y triste. Solo el relincho ocasional de algún caballo impaciente y el movimiento de la cabeza y de su arnés rompían el silencio que reinaba en la calle. Beatrice vio que algunos ciudadanos de Rye se marchaban con disimulo, demasiado orgullosos como para compartir el santuario de la iglesia con los romaníes. Otros entraron corriendo a la iglesia, y Beatrice observó distraídamente e intentó distinguir quién estaba allí para lamentar la pérdida, quién para ser visto por los demás y quién estaba tremendamente ansioso a la espera de que la ceremonia acabase y poder comentar con las amistades la historia de los gitanos que habían asistido al funeral.

La liturgia de la iglesia envolvió a Richard Sidley con el reconfortante manto de la conformidad y fue enterrado en el cementerio de la colina con toda la solemnidad y el respeto que se merecía un soldado caído en combate y un chico de aquella ciudad. La señora Stokes permaneció junto al padre de Snout, su nieto, al lado de la sepultura, ambos inmóviles y erguidos como los ángeles de piedra de las tumbas de alrededor, y los gitanos se quedaron algo alejados y sumidos en un silencio equiparable al del cementerio en sí. Beatrice intentó mantenerse tan firme como ellos. Pero cuando el vicario recitó aquel fragmento de Juan 14:2, «En la casa de mi padre hay muchas moradas», se inclinó sobre el fuerte brazo de Hugh y rompió a llorar contra su manga por el chico que había entregado la vida por un país y una ciudad que no siempre habían reconocido su valor.

Después, cuando los asistentes empezaron a desfilar, Beatrice vio que la señora Stokes abrazaba a Agatha. Las dos mujeres conversaron en voz baja y

Agatha le dio un beso en la mejilla a la anciana.

—Las viejas siempre acabamos enterrando a nuestros hijos —dijo la señora Stokes—. ¿Por qué el buen Dios no se nos llevará a nosotras?

—Es cierto. ¿Por qué? —replicó Agatha—. No somos tan fuertes como Él cree.

—Cuando por fin lo vea, le cantaré las cuarenta —dijo la señora Stokes—. Tendrías que estar en la fosa conmigo, le diré.

La luz del atardecer caía sesgada sobre la planicie de las marismas y el frío del crepúsculo era un recordatorio de que el verano aún quedaba muy lejos. Hacía menos de un año que Hugh Grange había ido a la estación a recoger a Beatrice. Ahora, mientras animaba al poni a que siguiera tirando del carrito, observó la curvatura de su mejilla y su manera de unir las manos sobre el regazo y le pareció increíble que se hubiese convertido en su esposa. El precio que había debido pagar por su felicidad había sido elevado, pero no suficiente como para extinguir sus esperanzas. En cuestión de pocos días tenía que volver al frente y nadie podía garantizar que su nombre no acabara apareciendo en la lista de los fallecidos. Pero hoy y mañana era un hombre casado y enamorado y pensaba vivir cada momento como si las jornadas fuesen un año entero.

—¿Has oído la alondra? —preguntó Beatrice. Entre la hierba se oía una melodía temblorosa, un sonido que él habría pasado por alto al quedar prácticamente ofuscado por el sonido de los cascos del caballo—. Volverán a llenar el ambiente en cuanto llegue el verano. La «exaltación» de las alondras, lo llaman.

—Y entonces estaré de nuevo en casa —dijo Hugh—. Nos tumbaremos boca arriba en el campo y contaremos pájaros.

—No creo que intentar contarlos tenga mucho que ver con esa exaltación —replicó ella, y a pesar de que esbozó una sonrisa no pudo evitar que la tristeza del día le hiciese temblar la barbilla.

Cuando, después de cruzar las marismas, llegaron al mar, pasearon de la mano por las dunas y se encontraron con los familiares y amigos de la señora Stokes reunidos en la playa. Tía Agatha, tío John y Celeste estaban con Abigail en un extremo del grupo, y su tío llevaba en las manos un pequeño paquete. Por la tarde, Hugh le había ayudado a reunir su contenido: un libro de Longfellow, lleno de anotaciones en los márgenes y con manchas de vino y de los restos de las cenas de un poeta universitario; su esmoquin de terciopelo favorito, con

coderas y las mangas deshilachadas; la gorra del ejército, que Hugh había traído a casa. No habían incluido ninguna poesía de Daniel, pues confiaban en que tuviesen un valor importante para el mundo, aunque la tía Agatha había sacrificado una preciosa carpeta llena de escritos de infancia de su sobrino. Se habían reunido para decirle adiós a Richard Sidley en privado, lejos de las miradas curiosas de la ciudad, y la señora Stokes había tenido el honor de incluir a los tíos de Hugh en el ritual.

El tío John se adelantó para subir los peldaños de madera de la caravana de Maria Stokes y depositar el paquete junto a la pequeña colección de prendas y posesiones de su bisnieto. Abigail corrió para dejar el bote lleno de monedas y su padre cogió la cesta de hierbas aromáticas y flores silvestres que llevaba su esposa y la depositó también en el interior.

—Era mi hijo —dijo el padre de Snout—. Un estudiante, un soldado y un buen hijo para su madre. —Cogió un tronco de la hoguera y lo sostuvo en alto—. Y, debajo de todo esto, era uno de los nuestros, un orgulloso romaní.

Arrojó el tronco al interior y la caravana, recién pintada, prendió como una antorcha y quedó rápidamente engullida por una bola de fuego y humo. El humo, desafiando a la guerra, se elevó hacia el cielo y la caravana ardió como una baliza. Un violín y un acordeón interpretaron una melodía lenta y quejumbrosa. Y continuaron todos allí, mientras el cielo se quedaba sin luz, la luna en cuarto creciente ascendía por el este y las olas incesantes ignoraban los pequeños rituales de la humanidad para cubrir la orilla y retirarse acto seguido, guiadas por la mano regular y extraña de la fuerza de la gravedad.

EPÍLOGO

«Ven conmigo —dijo—, y te mostraré dónde yace tu hijo».

RUDYARD KIPLING, *El jardinero*

En pleno verano de 1920, Beatrice y Hugh acompañaron a la tía Agatha al continente. Los campos del norte de Francia y de Flandes lucían ya nuevas capas de hierba y heno que cubrían la mutilada desnudez de los campos de batalla. Las primeras cosechas se habían plantado en las zonas menos maltrechas y las amapolas rojas movían con suavidad su cabeza entre el trigo. Las casas de huéspedes y los hoteles estaban llenos y decorados festivamente con banderolas y toldos de vivos colores, bajo los cuales las señoras cenaban vestidas con prendas más sueltas y ligeras que celebraban el advenimiento de una nueva época, mucho más liberal.

Estaba de moda visitar a los muertos, que estaban diseminados por la zona en cementerios de pequeños pueblos o en claros de bosques, y a menudo en un terreno delante de lo que había sido un puesto de evacuación de heridos. No habría repatriación de cuerpos. Pero sí estaban planeados nuevos cementerios más dignos. En Londres, como en Rye, se hablaba de las nuevas guías turísticas que se estaban publicando y de cómo encontrar la *pension* perfecta desde la cual visitar los campos de batalla.

«El *vieux* Jacques y su esposa nos atendieron estupendamente en la Pension Michel», había repetido una y otra vez Bettina Fothergill. Su único sobrino, Charles Poot, había conseguido un puesto gubernamental en Londres y había observado la guerra desde lejos y con comodidad, pero ella había ido a visitar la tumba del sobrino del primo de su esposo, un pariente lejano, y había compensado su falta de proximidad al sacrificio confirmándose como una experta en la logística de la visita. Beatrice se daba cuenta de que los que más habían perdido mantenían más discreción con respecto a sus peregrinajes, se marchaban sin anunciarlo y regresaban con una fotografía de la tumba realizada

por algún fotógrafo local. Pero ahora que estaba en Francia, sentía más simpatía hacia el oportunismo de la gente del lugar, hacia los servicios fotográficos y los fragmentos de metralla de recuerdo, hacia las granjas convertidas en improvisadas *pensions*, porque en aquellas tierras destrozadas seguía siendo complicado ganarse la vida y alimentar a la familia durante el invierno.

Hugh había dejado a sus pacientes en manos del doctor Lawton, que se había jubilado y cuya consulta había heredado. Por Rye se había oído alguna protesta puesto que, a pesar de que todo el mundo admiraba al pulcro y joven cirujano que había decidido cambiar sus ambiciones londinenses por una vida tranquila como médico rural, eran seres egoístas a los que no les gustaba que se hubiese marchado con su joven esposa a disfrutar de unas vacaciones de julio más que retrasadas. Beatrice, dada la escasez de profesores, había seguido en el colegio hasta el final de la guerra, pero, como mujer casada que era, había sido mandada educadamente a casa en cuanto se firmó el armisticio. Ahora dedicaba casi todo su tiempo a la escritura. Su pequeña edición de los poemas de Daniel Bookham, con una preciosa introducción en la que ensalzaba su pasión por los ideales platónicos y sus dos grandes amores, hacia su amigo y hacia su esposa, había sido bien recibida y ocupaba un lugar entre los muchos libros de poesía de poetas que ahora descansaban para siempre en los campos del continente. Después de haber recibido un adelanto por parte del editor de su padre a modo de agradecimiento por su labor en el libro de Tillingham, estaba trabajando también en su novela. El tío John no los había acompañado a Francia. Aquejado por la ciática, había decidido quedarse con Celeste, que se había convertido para ellos en una hija, y su hijo en un nieto, y que se había quedado en Inglaterra cuando su padre se había marchado apresuradamente al terminar la guerra.

Beatrice se levantó temprano, como era habitual, y se sentó junto a la ventana de la habitación de la *pension* para intentar escribir unas líneas. Pero descubrió que tenía la atención dividida entre el esplendor de la luz matutina que se derramaba sobre los campos y el esplendor de su joven esposo, que seguía durmiendo entre las sábanas arrugadas. Jamás se habría imaginado que el matrimonio fuera a incrementar y perfeccionar los demás placeres de la vida. Compartir libros, hablar sobre el trabajo, escribir cartas y ver la vida reflejada en los ojos de la pareja le había aportado una intensa sensación de satisfacción. Pero por debajo de aquella felicidad corría una fina veta de tristeza que millones de mujeres seguirían percibiendo a pesar de los años transcurridos. No impediría que sus pies siguiesen caminando, ni perjudicaría sus rutinas cotidianas; pero corría entre la población igual que los hilos de cobre del sistema telefónico, y las

conectaba, tanto entre ellas como a la tragedia que había asolado sus corazones igual que había asolado los campos que se extendían ahora al otro lado de la ventana.

Gracias a la influencia de tío John y del señor Tillingham, Daniel había estado entre los primeros en ser trasladado desde su tumba improvisada y descansaba ahora en uno de los nuevos cementerios experimentales, aún inacabado. El señor Tillingham lo había dispuesto todo para que pudieran realizar una visita privada y se reuniría con ellos a la hora del desayuno. Había aprovechado la labor que había llevado a cabo con los refugiados para reclamar un puesto en la Comisión Imperial de Tumbas de Guerra, donde se había sumado a las voces literarias que formaban parte de un grupo de diseñadores de cementerios que incorporaba además a los mejores arquitectos, paisajistas e ingenieros británicos. Lo mínimo que esperaba por su trabajo era ser nombrado caballero. El señor Tillingham estaba pasando el verano en la zona para poder inspeccionar los planos, realizar tareas de supervisión diaria de las obras y extender su influencia más allá de lo que se pedía de él.

Agatha estaba ya en la sala de desayunos cuando Beatrice y Hugh bajaron. Tenía delante de ella un plato con huevos pochados y fruta que ni siquiera había tocado. Estaba bebiendo una taza de té, que sujetaba con las dos manos, inmóvil, como si estuviera enfrascada en una conversación con los gorriones que picoteaban las flores de las macetas de la ventana.

—Buenos días, tía —dijo Hugh.

Le dio un beso en la mejilla. Agatha cerró los ojos al percibir el contacto. Beatrice tenía la sensación de que la presencia de Hugh provocaba en Agatha tanto una gran alegría como un gran dolor y temía que su tía nunca consiguiera verlo sin el fantasma de su primo pegado a la espalda.

—Buenos días a todos —saludó el señor Tillingham, haciendo su entrada en la sala con el júbilo efusivo del monarca que se dirige a su trono.

El anciano camarero lo saludó con una inclinación de cabeza y la chica que se ocupaba de la cocina corrió a servirle una gruesa tostada de pan y un huevo pasado por agua; era un cliente habitual que les proporcionaba además muchos huéspedes y lo mimaban con desmesura.

—Un día espléndido, sin duda —prosiguió—. Mantendremos las verjas cerradas hasta que acabemos, mi querida señora, pero tendríamos que empezar pronto.

Dicho esto, se sentó a la mesa y se tomó todo el tiempo del mundo para disfrutar metódicamente de su desayuno.

Bajo un cielo azul, con el sonido del canto de los pájaros en los álamos y una ligera brisa agitando las hojas, el cementerio resultaba dolorosamente bello. Su forma rectangular quedaba delimitada por un sencillo muro de jardín, con la altura suficiente como para no ocultar la magnificencia de la campiña. Las tumbas, confeccionadas con piedra caliza de Portland, traída especialmente de Dorset, estaban colocadas en hileras uniformes que flanqueaban senderos rectos cubiertos de hierba. Una cruz en la verja y un monolito al fondo proporcionaban peso y espiritualidad al escenario. Pero para Beatrice, la belleza la otorgaban las docenas de rosales de color rosa, ahora amontonados, que un jardinero estaba plantando pacientemente entre las tumbas para que los muertos descansaran en un hermoso y pulcro jardín inglés.

Bajaron del carruaje y el señor Tillingham se detuvo para hablar con el vigilante. Hugh cogió a Agatha del brazo para recorrer el camino y se reunieron todos en la escalera de la monolítica Piedra del Recuerdo mientras el vigilante iba a consultar con el jardinero la localización de la tumba que habían ido a visitar.

—La inscripción fue una elección de Kipling, tal vez demasiado obvia —dijo Tillingham, señalando la frase grabada: «Su nombre pervive para siempre»—. Yo les recomendé eliminar el «para», pues lo considero superfluo, pero al ser de la Biblia, tanto él como la comisión se mostraron firmes en cuanto a mantener la frase original. Permítanme que les ofrezca una breve explicación del significado de la Cruz del Sacrificio y su decoración en bronce...

Pero Agatha Kent siguió caminando hacia el vigilante y el jardinero, que se acercaban hacia ellos. Hablaron en francés y le señalaron la zona central de las hileras de tumbas.

—¿Nos disculpan un momento? —dijo Hugh—. Creo que a mi tía le gustaría seguir sola.

Miró a Beatrice para obtener su permiso y ella le respondió con una sonrisa y un gesto de asentimiento. En cuanto a cercanía a la pérdida y el dolor, ella era poco más que una turista en comparación con su esposo y la tía de este. Esperaría pacientemente con el señor Tillingham y él jugaría con la cadena de su reloj y observaría la escena desde la distancia; y ambos tendrían que examinar su irrelevancia en la historia que se estaba desarrollando en aquel jardín.

Hugh cogió del brazo a Agatha y ella giró a la izquierda para seguir una de las filas y despacio, muy despacio, continuó caminando. Beatrice sabía que estaba leyendo los nombres, bien para diferir la agonía, bien con la esperanza de que

aquel conjuro pudiera borrar el nombre de Daniel de la piedra caliza. Pero encontraron por fin la lápida y el sonido de un único sollozo llegó hasta el lugar donde ellos estaban esperando.

—Con las madres siempre es así —comentó el jardinero.

Beatrice abrió la boca con intención de corregirlo pero de pronto vio, tan claro como el cielo azul que resplandecía sobre su cabeza, que, por supuesto, aquel hombre acababa de decir la verdad.

Pasado un momento, se atrevió a mirar al señor Tillingham. Su expresión era tan ávida como la de un glotón antes de un banquete. Comprendió que estaba pensando en cómo utilizar la tragedia secreta de Agatha, imaginando una novela famosa con la que bañar en oro su reputación y rodearse de una nueva aura de compasión exquisita. Beatrice no entendía cómo podía seguir adelante arrancando el alma a la gente que conocía para mezclarla luego en su paleta como un burdo pintor. Porque de repente tuvo la sensación de que las novelas de aquel hombre estaban llenas de personas que conocía y a las que había traicionado. Tillingham debió de intuir que Beatrice lo observaba. Tosió, cambió el peso del cuerpo a la otra pierna y se volvió para mirarla con aquellos ojos grises y decirle, casi disculpándose:

—Uno siempre tiene la precaución de cambiar los nombres, claro está. Es una cuestión de cortesía.

Beatrice se alejó para continuar con su dolor a solas, en una escena que sabía que ningún escritor podría jamás capturar hasta el punto de llevar al hombre a olvidarse para siempre de las guerras. Agatha se había arrodillado en la hierba, Hugh estaba inclinado con silenciosa elegancia sobre ella, consolándola; el blanco lechoso de las tumbas y el intenso tono de las rosas sobre la hierba recién cortada. Y en lo alto, una solitaria alondra que llenó de alabanzas la cúpula azul del cielo.

AGRADECIMIENTOS

Cuando a las once de la mañana del 11 de noviembre de 1918 terminó la Primera Guerra Mundial, muchos poetas jóvenes, incluyendo entre ellos a Rupert Brooke y Wilfred Owen, habían muerto por su patria. La obra de los poetas de la guerra es un recuerdo del conflicto tan imperecedero como la amapola roja...

Los escritores y los poetas constituyen el corazón de mi novela, y supongo que no es casualidad que los autores más renombrados de Sussex y de Kent, que ocupaban una estantería muy especial de la librería de Rye cuando yo era joven, vivieran todos durante este periodo: Henry James, E. F. Benson, Radclyffe Hall, Vita Sackville-West, Rudyard Kipling y Virginia Woolf. Edith Wharton estaba también en esa estantería, pues visitaba con regularidad Rye para sacar a pasear en coche a su amigo Henry James. Por desgracia, la librería ya no está, como tampoco están las tiendas de libros de segunda mano donde invertía todo el dinero que ganaba con mi pequeño trabajo de los sábados en polvorientos libros de tapa dura de estos autores. Su vida y su obra, sin embargo, siguen inspirándome.

Una novela con trasfondo histórico supone un gran reto. De entre los muchos libros, páginas web y otras fuentes que he consultado para escribir este libro, me gustaría destacar algunos: *Autobiografía*, de Agatha Christie, y *Testament of Youth*, de Vera Brittain, me mostraron la llegada a la edad adulta de dos mujeres en este periodo tan tumultuoso, en el que la rigidez de su educación quedó barrida de un plumazo por la convulsión de la guerra. *Myself When Young*, editado por Margot Oxford, recopila la historia de diversas mujeres británicas famosas que recuerdan su infancia eduardiana y ofrecen infinidad de detalles sobre el periodo. *Henry James at Work*, escrito por Theodora Bosanquet, su amanuense durante muchísimo tiempo (editado por Lyall Powers), no muestra solamente un retrato íntimo del «Cher Maître», como a él le gustaba que lo llamasen, sino también, y más importante, me ofreció una perspectiva sobre la vida de Theodora como mujer soltera e independiente que emprendió su propia

carrera literaria después de la muerte de James.

La historia militar puede ser dura de leer, pero *Europe's Last Summer*, de David Fromkin, me proporcionó una visión clara del día a día previo a la declaración de la guerra y me ayudó a comprender qué se traía entre manos el tío John. En *Boy Soldiers of the Great War*, de Richard Van Emden, me llevé la sorpresa de descubrir que en los servicios militares británicos se alistaron más de doscientos cincuenta mil chicos menores de edad, como Richard Sidley. El Informe Bryce, un informe del gobierno británico fechado en 1915, similar al informe en el que colabora el señor Poot, describe las atrocidades que se vivieron en Bélgica y se muestra irónicamente chistoso en su negativa a describir determinadas atrocidades porque eran demasiado atroces. Y no fue en absoluto gracioso descubrir que la violación, pese a estar ampliamente documentada, no estaba oficialmente prohibida en los niveles más altos y, en consecuencia, no se clasificó como un crimen de guerra. Encontré diarios de guerra, fotografías y crónicas en muchas páginas web, entre las que me gustaría destacar 1914-1918.net y firstworldwar.com, mantenidas por entusiastas que realizan un trabajo soberbio de recopilación y conservación de información. Quiero asimismo dedicarle una mención a Google por el milagro de ser capaz de buscar cualquier idea con solo teclear media frase.

Mi descripción de la vida en el Rye eduardiano está basada en una serie de cuadernillos que llevan el nombre de *Rye Memories*, el resultado de un proyecto de recopilación de la historia oral llevado a cabo por alumnos de mi antiguo colegio, Thomas Peacocke (Rye Grammar en 1914 y Rye College en la actualidad) y personas mayores de la ciudad. Mi agradecimiento para la señora Jo Kirkham, miembro de la Orden del Imperio Británico, antigua alcaldesa de Rye e historiadora de la ciudad, que puso en marcha este proyecto y que me aconsejó en múltiples ocasiones, proporcionándome información adicional sobre la historia de la ciudad. El boletín informativo *Bexhill Quarterly*, de 1914, fue uno de los grandes hallazgos que realicé en la biblioteca de Rye y es el causante de que Bexhill haga un cameo en la novela.

Cuanto más profundicé en mi investigación sobre los romaníes británicos, más avergonzada me sentí de mi desconocimiento sobre la terrible situación internacional en la que vive este pueblo, una minoría étnica reconocida por las Naciones Unidas y contra la que el racismo y los prejuicios persisten desde hace más de mil años. Quiero dar las gracias a la profesora Ethel Brookes, de la Rutgers University, experta internacional en estudios romaníes, por darme a conocer el trabajo de Ian Hancock, *We are the Romani people*, por su

asesoramiento y por la franqueza con que siempre comentó mi investigación.

Cualquier error en la investigación es solo mío, y quiero destacar que todo el asesoramiento con respecto a Virgilio y el latín fue cortesía de la autora Madeline Miller. Creo que mi poesía está más en deuda con la «Oda a una rana agonizante», de *Los documentos póstumos del Club Pickwick*, que con el indeleble legado de los poetas de la guerra británicos, pero mi prosodia fue expertamente diseccionada por la poeta Julie Sheehan, galardonada con el Whiting Award y profesora de SUNY Stony Brook Southampton (un saludo desde aquí a toda la gente de Southampton). Creo que si no diera las gracias a los espacios que hacen posible poder investigar y escribir —las bibliotecas—, cometería una gran negligencia. La New York Public Library de la calle 42, y sus libros, representa para mí los salones de mármol de la civilización. La British Library Newspapers, de Colindale, me dio acceso a esos enormes libros encuadernados en cuero que contienen en su interior los periódicos y las revistas originales de 1914, ejemplares que leí durante horas sentada ante un gran pupitre de madera de roble. Esta división de la biblioteca está actualmente cerrada y el acceso a las publicaciones originales se ha restringido por el bien de su conservación. Por desgracia, ni los microfilmes ni la búsqueda digital de contenido pueden sustituir la emoción ni los hallazgos fortuitos que se producen cuando lees un periódico de la misma manera que habrían hecho mis personajes. Fue una alegría poder trabajar en la biblioteca de Rye, con su estantería dedicada a los recursos históricos locales, y también en la Rogers Library de Southampton, Nueva York, donde me refugié durante muchísimas horas para acabar esta novela.

Doy fe de que escribir una segunda novela es más duro y para nada más fácil que escribir la primera, y por ello tengo que dar las gracias a las muchas personas que me han ayudado en mi lucha creativa. Empezaré dándole las gracias a mi agente, Julie Barer, de The Book Group, y a todos sus colegas, entre los que destacan Anna Geller y Meg Ross, y saludando de un modo especial a los exalumnos de Barer, William, Leah, Gemma y Anna W. En la primera reunión que mantuve con Julie, comprendí que esta extraordinaria agente estaba dispuesta a aceptarme y a asegurarme un pequeño lugar dentro de la gran comunidad de escritores. Cuando salí de sus oficinas y pisé una concurrida calle de Nueva York, fue como si el paisaje de mi segunda novela se extendiera ante mí, como si estuviera en lo alto de una colina de Sussex en compañía de Agatha Kent. A punto estuvo de atropellarme un taxi, pero puedo decir que esta novela nació entonces, en un momento de pura euforia.

Mi agradecimiento eterno para Susan Kamil, mi editora en Random House, por apostar por la primera novela de una desconocida y apoyarme durante todo el proceso de redacción de la segunda. Su edición siempre da en el blanco. Su risa es contagiosa. El equipo de Random House es alucinante. Mi agradecimiento para Gina Centrello, Avidah Bashirrad, Sally Marvin, Andrea DeWerd, Robbin Schiff, Benjamin Dreyer, Evan Camfield, Jennifer Garza, Leigh Marchant y Molly Turpin. Y gracias también a Caitlin McCaskey y Lisa Barnes del equipo de relaciones públicas de Penguin Random House.

Mi maravillosa editorial en el Reino Unido, Bloomsbury, me ofreció un apoyo inestimable en la edición británica. Mi agradecimiento para Alexandra Pringle, mi editora, y para el fundador Nigel Newton, que comparte conmigo su cariño por Sussex. Gracias también a Antonia Till, Alexa von Hirschberg y Angelique Tran Van Sang. Mi agradecimiento para mi agente británico, Caspian Dennis, de Abner Stein, cuyas amables palabras me ayudaron a sobrevivir durante los momentos más complicados. Gracias también a Patrick Gallagher y Annette Barlow (Australia), Maggie Doyle y Katel le Fur (Francia), Annette Weber (Alemania) y a todos mis editores y editoriales de todo el mundo.

La vida del escritor puede ser frustrante y solitaria, y los que me ayudan a sobrevivirla son los amigos y la familia, capaces también de darme una merecida reprimenda o ponerme mala cara cuando es necesario. Gracias a mis amigas escritoras, Mary Kay Zuravleff, Susan Coll, Michelle Brafman y Cindy Krezel. Gracias a Lisa Genova y Tim Hallinan por darme consejos desde tan lejos. Amigos de Brooklyn, gracias a todos, y muy en especial a Susan Leitner, Sarah Tobin y Leslie Alexander, que me conocen desde antes incluso de que cogiera por primera vez un lápiz, igual que Joe Garafolo y Helena Huncar y su familia.

Y por último, y en primer lugar, siempre está la familia. A mis padres, Alan y Margaret Phillips, que dejaron atrás Sussex para emprender una nueva vida emocionante en el sudoeste de Francia y que defendían que mi novela no necesitaba ningún tipo de edición, gracias por vuestro amor incondicional. Mi agradecimiento también para mi suegro, el periodista David Simonson, cuyas fieles e inquebrantables atenciones para con mi elegante y amable suegra, Lois Simonson, durante el declive de su salud fueron una lección de amor y familia para todos nosotros. Gracias a mi hermana, Lorraine Pearce, y a su familia por mantenernos conectados con Sussex e invitarnos a las reuniones familiares.

Un agradecimiento muy especial para Ian Simonson, mi hijo mayor e ingeniero informático, por la ayuda en el diseño de la página web y por rescatar la cronología de mi historia en un momento crítico. Jamie Simonson, mi hijo

menor, se marchó a estudiar al extranjero cuando empecé las labores de edición, tal vez para evitar tener que socorrerme con sus excepcionales dotes para la escritura. Nuestra mayor alegría siempre ha sido ver el mundo a través de los ojos de nuestros hijos a medida que han ido creciendo hasta convertirse en hombres. Son una inspiración, por mucho que a menudo bromeen sobre mis escritos.

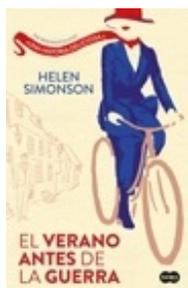
Y gracias a John, que siempre está ahí, mi amor, mi mejor amigo y mi esposo desde hace ya unos treinta años. Que los años hayan pasado tan rápido solo puede significar que han sido años de felicidad. Vivamos el futuro a toda velocidad.

NOTAS DE LA TRADUCTORA

[1] *Snout* en inglés significa «hocico».

La luminosa historia de una familia, una ciudad y un mundo en sus últimos momentos de inocencia.

«Una novela para curar la ausencia de *Downton Abbey*.»
The Washington Post



El verano de 1914 es uno de los más bellos que se recuerdan en la idílica ciudad inglesa de Rye. Allí acaba de llegar Beatrice Nash con un gran baúl de libros, ansia de independencia y nuevas ideas que pocos en Rye asocian a una profesora de latín.

En un descanso de sus estudios de medicina, Hugh Grange se encuentra también en la ciudad visitando a su tía Agatha, una verdadera institución local que se ha jugado su cuidadosamente construida reputación con la contratación de la joven maestra.

Pero mientras Beatrice se prepara para descubrir una nueva vida, y quizá el amor, en esta pintoresca comunidad, el verano parece a punto de acabar y lo inimaginable está a punto de comenzar...

La crítica ha dicho...

«Memorable.»
Daily Mail

«Un libro con un precioso envoltorio que se convierte en una historia de dignidad y coraje... Simonson tiene una mirada observadora y un don para la comedia... Los seguidores de *Downton Abbey* suspirarán de placer.»
Kirkus Reviews

«Hay un resplandor nostálgico y cálidamente seductor en esta evocación de una ciudad unida que se ve rota y a la vez reforzada por el comienzo de la guerra... Una lectura envolvente y enormemente emotiva.»
The Sunday Times

«En el marco de una historia de amor en tiempos de guerra, Simonson captura a la perfección las contradicciones de la vida en una ciudad pequeña: los idílicos pasatiempos, los vecinos metomentodo, la insinuación de que existen secretos y verdades inconfesables... el resultado es un enorme disfrute y una lectura adictiva.»

Entertainment Weekly

«El dulce intercambio de bromas entre dos espíritus afines que se deslizan lentamente hacia el amor está tan delicadamente elaborado como una taza de porcelana china.»

The Seattle Times

«Cada una de sus páginas es un placer y una sorpresa.»

The Buffalo News

«El meticuloso detalle y la elegancia con la que de manera tan hermosa evoca la atmosfera de la época, solo son igualados por la profundidad emocional que hace que esta novela sea tan conmovedora como entretenida.»

Sunday Mirror

SOBRE LA AUTORA

Helen Simonson nació en Inglaterra y pasó su adolescencia en un pueblecito cercano a Rye, East Sussex. Graduada por la London School of Economics, ha pasado las tres últimas décadas en Estados Unidos y vive actualmente en Brooklyn. Su novela de debut, *El mayor Pettigrew se enamora*, ocupó los primeros puestos en la lista de libros más vendidos de *The New York Times* y fue traducida y publicada en veintiún países. Este es su segundo libro.

Título original: *The Summer Before the War*
© 2018, Helen Simonson
© 2018, Isabel Murillo, por la traducción
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-075-9

Diseño de cubierta: Adaptación de la cubierta original de Lynn Buckley / Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de la Cubierta: © Lynn Buckley

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ÍNDICE

[El verano antes de la guerra](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Cuarta parte](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas de la traductora](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)